



Paisajes del Apocalipsis

antología de relatos sobre el final de los tiempos

George R.R. Martin · Cory Doctorow · Jonathan Lethem

Orson Scott Card y otros · Editado por JOHN JOSEPH AN

Lectulandia



Paisajes del Apocalipsis es un recorrido por diversos e inquietantes escenarios donde se ha producido una ruptura radical con la civilización tal y como la conocemos, ya sea debida a guerra nuclear, desastre ecológico o cataclismo cósmico. Así pues, las historias que forman la presente antología se centran no tanto en las causas que determinan el desastre como en imaginar el modo de supervivencia y de vida de una civilización colapsada, explorando qué cambios científicos, psicológicos, sociológicos y fisiológicos tendrán lugar tras el Apocalipsis.

En algunos casos los supervivientes luchan por reconstruir la sociedad, en otros simplemente sobreviven rebuscando entre los escombros de ciudades despobladas y enfrentándose a mutantes y malhechores, pero en todos ellos el escenario, el paisaje donde acontece lo real, ha mutado a pesadilla para albergar otras formas de horror.

En esta ocasión, la colección Gótica de Valdemar se adentra en el territorio de la literatura de anticipación para mostrar realidades alteradas e inquietantes que se ciernen sobre un mundo y una sociedad amenazada por sus propios excesos, tanto más perturbadoras cuanto más verosímiles y cercanas parecen.

John Joseph Adams, uno de los editores y antólogos más reputados en la actualidad en el ámbito del terror y la anticipación científica, ha preparado un verdadero banquete de historias post-apocalípticas escritas en las dos últimas décadas, reuniendo a 21 autores de la talla de: George R. R. Martin, Jonathan Lethem, Orson Scott Card, Gene Wolfe, Cory Doctorow, Paolo Bacigalupi, Octavia E. Butler, Neal Barrett Jr. y un largo etcétera, que pondrán a prueba nuestra capacidad de emoción y de reflexión ante el negro futuro que nos acecha y que podría desatarse en un abrir y cerrar de ojos...

Lectulandia

AA. VV.

Paisajes del Apocalipsis

antología de relatos sobre el final de los tiempos

Valdemar - Gótica 89

ePub r1.0

Titivillus 07.10.17

AA. VV., 2012

Traducción: Marta Lila Murillo

Ilustración de cubierta: Adam Adamowicz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Paisajes del Apocalipsis

* * *

INTRODUCCIÓN

John Joseph Adams

Hambruna. Muerte. Guerra. Peste. Estos se suponen que son los heraldos del Apocalipsis bíblico... Armagedón, el Fin del Mundo. En la ciencia ficción, el fin del mundo normalmente es causado por medios más concretos: una guerra nuclear, un desastre (o guerra) biológico, un desastre ecológico/geológico, o un desastre cosmológico. Pero, tras cualquier gran cataclismo, quedan supervivientes... La ciencia ficción post-apocalíptica especula cómo sería la vida para estos supervivientes.

La primera obra post-apocalíptica de importancia es *The Last Man (El último hombre)*, (1826), escrita por la madre de la ciencia ficción y autora de *Frankenstein* Mary Shelley, así que el subgénero es en esencia tan viejo como la propia ciencia ficción. Aunque sus orígenes están firmemente arraigados en la ciencia ficción, la ficción post-apocalíptica siempre ha podido escapar a las tradicionales fronteras entre géneros. Varias novelas clásicas del género, tales como *Alas, Babylon (Ay, Babilonia)* de Pat Frank, *On the Beach (La hora final)* de Nevil Shute, y *Earth Abides (La Tierra permanece)* de George R. Stewart, fueron publicadas como novelas *mainstream*. Esa tendencia está experimentando un resurgimiento con autores como Cormac McCarthy, que se adentra en el territorio post-apocalíptico con su lúgubre novela *The Road (La carretera)*... que no sólo ha llegado a *best seller* y a ser el libro elegido por el Oprah Book Club, sino también el ganador de un Pulitzer.

Pero la ciencia ficción ha producido el suficiente volumen de clásicos con extensión de novela, incluyendo el indiscutible rey del subgénero, *A Canticle for Leibowitz (Cántico por Leibowitz)* de Walter Miller, por no mencionar *The Long Tomorrow* de Leigh Brackett, *No Blade of Grass (La muerte de la hierba)* de John Christopher, o la injustamente infravalorada *The Long Loud Silence (El clamor del silencio)* de Wilson Tucker. Podría seguir enumerando títulos durante horas... y eso es lo que hago en el apartado de «Otras lecturas» que se encuentra al final de este libro.

La ciencia ficción post-apocalíptica adquirió mayor importancia tras la II Guerra Mundial, sin duda debido en gran parte al poder devastador de la bomba atómica que el mundo pudo presenciar, y alcanzó sus mayores cotas de popularidad durante el periodo de la Guerra Fría, cuando la amenaza de la aniquilación nuclear mundial parecía una posibilidad muy real.

Pero, cuando cayó el Muro de Berlín, también lo hizo la popularidad de la ficción post-apocalíptica. Si examinan la página de *copyrights* de esta antología, podrán advertir que sólo dos de las historias incluidas en este volumen fueron escritas en los

años 90. Por otro lado, más de la mitad de estas narraciones fueron publicadas originalmente a partir del cambio de milenio. Así pues, ¿a qué se debe este resurgimiento? ¿Es porque el clima político recuerda ahora al clima que se vivió durante la Guerra Fría? En épocas de guerra y malestar global, ¿es tan fácil imaginar un mundo despoblado, un mundo destruido por la propia humanidad?

¿Sólo se trata de esto, o hay algo más? ¿Qué es lo que nos atrae de esos lúgubres paisajes, de las tierras yermas de la literatura post-apocalíptica? En mi caso, esa atracción está clara: suple nuestra afición por la aventura, por la emoción del descubrimiento y el deseo de una nueva frontera. También nos permite comenzar desde cero, limpiar la pizarra e imaginar cómo podría haber sido el mundo si hubiéramos sabido entonces las cosas que ahora sabemos.

Quizás el atractivo del subgénero está mejor explicado en esta cita de «The Manhattan Phone Book (Abridged)» [«La guía telefónica de Manhattan (abreviada)»] de John Varley:

Todos amamos las historias post-nucleares. Si no fuera así, ¿por qué se habrían escrito tantas? Hay algo fascinante en la desaparición de todas esas personas, en el vagar por un mundo despoblado, rapiñando latas Campbell de cerdo con alubias, defendiendo a la propia familia de los merodeadores. Sin duda es horrible, sin duda nos apenamos por toda esa gente muerta. Pero en algún lugar oculto de nuestra mente pensamos que estaría bien sobrevivir, comenzar de nuevo. En secreto, sabemos que sobreviviremos. Son los demás los que morirán. De eso tratan las historias post-nucleares.

¿O quizás esto es sólo el comienzo de la conversación? Lean las historias y decidan por ustedes mismos. Los relatos incluidos en este volumen van más allá del «vagar», la «rapiña» y la «defensa» que Varley describe en esa cita. Lo que encontrarán aquí son cuentos de supervivencia y de vida tras el holocausto nuclear que exploran qué cambios científicos, psicológicos, sociológicos y fisiológicos tendrán lugar tras el Apocalipsis.

Lo que *no* encontrarán aquí son cuentos que describan un día después con alienígenas conquistando el mundo, o el terror inducido por un ataque zombi; ambos se ajustan a los escenarios post-apocalípticos, pero son temas para otro momento (u otras antologías). En los relatos que siguen encontrarán veintidós escenarios apocalípticos de ciencia ficción diferentes. Algunos de ellos son inverosímiles y poco probables, mientras que otros son plausibles y demasiado fáciles de imaginar. Algunos de los relatos coquetean con lo fantástico. Muchos se aventuran hacia territorio del horror. Todos exploran una pregunta: ¿Cómo podría ser la vida tras el fin del mundo tal como lo conocemos?

1

OCTAVIA E. BUTLER

El sonido de las palabras

[The Sounds of Speech]

Octavia E. Butler fue autora de una docena de novelas y varios relatos cortos... un gigante en este campo que murió antes de tiempo. Fue la primera escritora de ciencia ficción que recibió la prestigiosa beca *genius* de la MacArthur Foundation, y también recibió un premio al mérito aún en vida por su obra producida desde el PEN American Center. En el campo de la ficción especulativa también fue reconocida su obra tras ganar dos Hugo, dos Nebula y un Locus... y su novela corta *Bloodchild* obtuvo los tres galardones. Murió en febrero de 2006.

La obra de Butler explora con frecuencia el tema de la vida tras el Apocalipsis. Aunque ninguna de sus novelas podría ser clasificada *primariamente* como post-apocalíptica, sus tres series en varios volúmenes (la trilogía *Xenogenesis*, las series *Patternist*, y la bilogía *Parable*) tienen lugar en un entorno post-apocalíptico, convirtiéndola en una importante autora de este subgénero, aunque sus libros no pertenezcan realmente a él.

Este relato, que ganó el premio Hugo en 1984, fue escrito por Butler tras presenciar una sangrienta y absurda pelea mientras iba en el autobús. En su colección de relatos, *Bloodchild and Other Stories*, Butler afirmaba que al presenciar la pelea se preguntó «si la especie humana evolucionaría lo suficiente para comunicarse sin emplear un tipo u otro de puños». Y entonces, se le ocurrió la primera línea de este relato^[1].

El sonido de las palabras

Hubo problemas a bordo del autobús de Washington Boulevard. Rye se había hecho a la idea de encontrarse tarde o temprano con problemas en aquel viaje. Había aplazado su marcha hasta que la soledad y la desesperanza la empujaron a irse. Pensaba que podía quedarle un grupo de familiares vivos... un hermano y sus dos hijos a treinta kilómetros, en Pasadena. Eso suponía un viaje sin retorno de un día, si tenía suerte. La inesperada llegada del autobús cuando abandonó su hogar en Virginia Road le había parecido una señal de buena suerte... hasta que los problemas comenzaron.

Dos jóvenes se habían enzarzado en un desacuerdo de algún tipo o, más probablemente, un malentendido. Estaban de pie en el pasillo, gruñendo y haciéndose gestos mutuamente, cada uno en su propia precaria posición vertical, mientras el autobús daba bandazos sobre los baches del asfalto. El conductor parecía empeñado en desequilibrarles. Sin embargo, sus gestos se interrumpían justo antes de traducirse en contacto físico: falsos puñetazos, movimientos de mano intimidantes que reemplazaban perdidos insultos.

Los pasajeros observaban a la pareja, luego se miraban y emitían breves sonidos de ansiedad. Dos niños lloriqueaban.

Rye estaba sentada a poca distancia, detrás de las partes en disputa y frente a la puerta trasera. Los observó atentamente, sabiendo que la pelea comenzaría cuando alguno perdiera los nervios o cuando la mano de alguno resbalase o alguno de ellos apurase su limitada capacidad de comunicación. Estas cosas podían pasar en cualquier momento.

Una de ellas ocurrió cuando el autobús pasó por encima de un bache especialmente profundo y uno de los hombres, alto, delgado y desdeñoso, fue lanzado hacia su oponente más bajito.

Inmediatamente, el hombre más bajo lanzó su puño izquierdo haciendo añicos la mueca de desdén. Golpeó a su oponente más alto como si no tuviera ni necesitara otra arma distinta a su puño izquierdo. Le golpeó lo suficientemente fuerte y rápido para derribar al hombre alto antes de que este pudiera recobrar el equilibrio o devolver el golpe ni tan siquiera una vez. La gente gritaba y chillaba atemorizada. Los que estaban más cerca se arrastraron para quitarse de en medio. Otros tres jóvenes rugieron excitados y comenzaron a gesticular violentamente. Luego, por algún motivo, una segunda discusión se inició entre dos de estos tres... probablemente porque uno había tocado o empujado sin querer al otro.

Cuando la segunda pelea dispersó a los pasajeros asustados, una mujer sacudió el hombro del conductor y gruñó mientras gesticulaba hacia la pelea. El conductor le devolvió el gruñido mostrándole los dientes. Asustada, la mujer se apartó.

Rye, que conocía los métodos de los conductores de autobús, se sujetó con fuerza

a la barra del asiento frente a ella. Cuando el conductor pisó el freno, ella estaba preparada y los combatientes no. Estos cayeron sobre los asientos y sobre los pasajeros que gritaban, creando aún más confusión. Se produjo al menos una nueva discusión.

En el momento en que el autobús paró por completo, Rye ya se había puesto en pie y empujaba la puerta trasera. La consiguió abrir con el segundo empujón y bajó de un salto, sujetando su mochila con un brazo. Varios pasajeros la siguieron, pero algunos se quedaron en el autobús. Los autobuses eran tan escasos e irregulares en esos tiempos que la gente se montaba en cuanto podía, pasara lo que pasara. Quizás no hubiera otro autobús ese día... o incluso ni siquiera al día siguiente. La gente comenzaba a andar y si veían un autobús le hacían señas para montar. Los que realizaban viajes entre ciudades, como el de Rye desde Los Ángeles a Pasadena, hacían planes para acampar, o pedían refugio a los habitantes de la zona arriesgándose a que estos les robaran o asesinaran.

El autobús no se movió, pero Rye se alejó unos pasos. Tenía intención de esperar a que acabara la bronca para montarse de nuevo, pero si había disparos quería contar con la protección de un árbol. Así pues, estaba cerca de la acera cuando un Ford azul abollado al otro lado de la calle hizo un cambio de sentido y aparcó delante del autobús. Los coches no abundaban en estos tiempos debido a la escasez de combustible y de mecánicos no discapacitados. Los coches que todavía funcionaban tenían tantas probabilidades de ser utilizados como armas como de servir de medio de transporte. Así pues, cuando el conductor del Ford le hizo una seña a Rye para que se acercara, ella se alejó con cautela. El conductor bajó del auto... era un hombre grande y joven, con una barba pulcra y espeso cabello moreno. Llevaba un abrigo largo y una expresión de cautela similar a la de Rye. Ella estaba a unos pocos metros de él, esperando a ver qué hacía. Él miró hacia el autobús, que en esos momentos se mecía por el combate que tenía lugar en el interior, luego hacia el pequeño grupo de pasajeros que se habían bajado. Finalmente volvió a mirar a Rye.

Ella le devolvió la mirada, plenamente consciente de su vieja automática del calibre cuarenta y cinco que escondía bajo la chaqueta. Observó las manos del hombre.

Éste señaló el autobús con la mano izquierda. Las ventanillas de cristal oscuro tintado del autobús le impedían ver lo que estaba ocurriendo dentro.

El uso de su mano izquierda interesó a Rye más que su obvia pregunta. Los zurdos tendían a estar menos discapacitados, a tener mayor capacidad de razonamiento y comprensión, y eran menos tendentes a la frustración, la confusión y la ira.

Ella imitó su gesto, señalando hacia el autobús con la mano izquierda, luego lanzó puñetazos al aire con ambos puños.

El hombre se quitó el abrigo revelando un uniforme del Departamento de Policía de Los Ángeles, incluyendo la porra y el revólver de reglamento.

Rye retrocedió otro paso. Ya no había Departamento de Policía de Los Ángeles, ya no existía *ningún* gran organismo, gubernamental o privado. Había patrullas de vecinos e individuos armados.

Nada más.

El hombre sacó algo del bolsillo del abrigo y luego metió el abrigo en el coche. A continuación volvió a hacer señas a Rye para que regresara a la parte trasera del autobús. Llevaba algo de plástico en la mano. Rye no entendía lo que quería hasta que él se dirigió a la puerta trasera del autobús y le hizo señas para que se quedara allí. Ella obedeció, principalmente por pura curiosidad. Policía o no policía, quizás pudiera hacer algo para detener esa estúpida pelea.

El hombre avanzó rodeando la parte delantera del autobús dirigiéndose al lateral donde la ventanilla del conductor estaba abierta. Le pareció que el hombre lanzaba algo al interior del autobús. Ella estaba todavía intentando ver a través del cristal tintado cuando los pasajeros comenzaron a salir a trompicones por la puerta trasera, asfixiados y llorosos. Gas.

Rye sostuvo a una anciana que se hubiera caído si no llega a sujetarla y bajó en brazos a dos niños pequeños cuando estaban a punto de ser derribados y pisoteados. Pudo ver al hombre de barba ayudando a bajar a la gente por la puerta delantera. Cogió a un flaco anciano que salió despedido por un empujón de uno de los que peleaban. Desequilibrada por el peso del hombre, apenas pudo echarse a un lado cuando el último de los jóvenes salió a empujones. Éste, sangrando por la nariz y la boca, se chocó contra otro, y se enzarzaron ciegamente, todavía llorosos por el gas.

El hombre con barba ayudó a bajar al conductor del autobús por la puerta delantera, aunque el conductor no pareció agradecer mucho su ayuda. Durante unos instantes, Rye pensó que iba a iniciarse otra pelea. El hombre de barba retrocedió y observó al conductor que gesticulaba amenazante, gritándole con una ira sin palabras.

El hombre de barba se quedó inmóvil, rehusando responder a unos gestos tan claramente obscenos. Las personas menos discapacitadas solían hacer esto: retrocedían, a menos que fueran físicamente amenazados, y dejaban a los otros con menos control que gritaran y brincaran de un lado a otro. Era como si pensasen que comportarse de forma tan irascible como los que tenían menor entendimiento fuera rebajarse. Era una actitud de superioridad, y así era como lo percibía la gente como el conductor del autobús. Tal «superioridad» era castigada frecuentemente con palizas, incluso con la muerte. Rye ya había podido experimentarlo en carne propia. Como resultado, nunca salía de casa desarmada. Y en este mundo donde el único lenguaje común posible era el lenguaje corporal, ir armado solía ser suficiente. Raras veces se vio obligada a desenfundar la pistola, o ni siquiera a mostrarla.

El revólver del hombre de barba estaba todo el tiempo a la vista. Aparentemente eso fue suficiente para el conductor del autobús. El conductor escupió con expresión disgustada, miró furioso al hombre de barba durante unos segundos más, y luego se dirigió a su autobús lleno de gas. Lo observó durante unos instantes; estaba claro que

deseaba entrar, pero el gas todavía era muy denso. De todas las ventanillas, sólo la pequeña ventanilla del conductor estaba abierta. La puerta delantera estaba abierta, pero la trasera no se quedaba abierta a menos que alguien la sujetara. Por supuesto, el aire acondicionado se había averiado hacía tiempo. Llevaría un rato hasta que el autobús quedara totalmente despejado. Era propiedad del conductor, su modo de vida. Había pegado en los laterales fotografías de viejas revistas que mostraban objetos que aceptaba como pago por el billete. Luego usaba lo que reunía para alimentar a su familia o para intercambiar por otros productos. Si su autobús no funcionaba, él no comía. Por otro lado, si el interior de su autobús era destrozado por peleas absurdas, tampoco podría comer demasiado bien. Aparentemente el conductor no era capaz de deducir esto. Lo único que comprendía era que le llevaría bastante tiempo poder usar su autobús de nuevo. Sacudió el puño frente al hombre de barba y gritó. Parecieron oírse palabras en ese grito, pero Rye no pudo entenderlas. No sabía si era culpa del conductor o suya. Había oído tan pocas palabras coherentes humanas durante los últimos tres años que ya no sabía con certeza si podría seguir reconociéndolas, ya no estaba segura del grado de su propia discapacidad. El hombre con barba suspiró. Miró hacia el coche, luego hizo una señal a Rye. Estaba listo para irse, pero antes quería algo de ella. No. No, él quería que ella se marchara con él. Que se arriesgase a meterse en el coche cuando, a pesar de su uniforme, la ley y el orden ya no significaban nada... ni siquiera las palabras significaban nada.

Sacudió la cabeza con un gesto de negación universalmente entendible, pero el hombre siguió haciéndole señas.

Entonces sacudió la mano en alto indicándole que se fuera. El hombre estaba haciendo lo que los menos discapacitados raras veces hacían: atraer una atención potencialmente negativa hacia otro de su clase. La gente del autobús había comenzado a mirarla.

Uno de los hombres que habían estado peleándose dio unas palmadas en el brazo de otro, luego señaló primero al hombre de barba y luego a Rye, y finalmente sostuvo en alto los primeros dedos de su mano derecha, como si mostrara dos tercios de un saludo de boy scout. Fue un gesto muy rápido y su significado resultó obvio incluso a distancia. La habían agrupado con el hombre de barba. ¿Y ahora qué?

El hombre que había hecho el gesto se dirigió hacia ella.

Rye no tenía ni idea de lo que pretendía, pero se mantuvo en su sitio. Era unos quince centímetros más alto que Rye y quizás diez años más joven. Rye no se veía capaz de escapar de él corriendo. Ni esperaba que nadie fuera a ayudarla si necesitaba ayuda. Toda la gente a su alrededor eran extraños.

Hizo un gesto... una clara indicación al hombre para que parase. No tenía intención de repetir el gesto. Afortunadamente, el hombre obedeció, se limitó a gesticular obscenamente y algunos de los otros hombres rieron. La pérdida del lenguaje verbal había dado pie a toda una nueva gama de gestos obscenos. El hombre, con cruda simpleza, la había acusado de tener sexo con el hombre de barba,

y había sugerido que también complaciera al resto de hombres presentes... comenzando por él.

Rye le miró con cautela. La gente podría perfectamente permanecer al margen y limitarse a mirar si el tipo intentaba violarla. También permanecerían parados mirando cómo le disparaba. ¿Llevaría él las cosas tan lejos?

No lo hizo. Tras una serie de gestos obscenos sin acercarse más a ella, se giró desdenosamente y se alejó.

Y el hombre de barba seguía esperando. Se había quitado el revólver reglamentario, con la funda y todo. Volvió a hacer el gesto con ambas manos vacías. Sin duda tenía la pistola en el coche y a mano, pero le impresionó que se lo quitara. Quizás fuera de fiar. Quizás simplemente se sentía solo. Ella misma llevaba sola ya tres años. La enfermedad la había despojado de todo; mató a sus hijos uno a uno, mató a su marido, a su hermana, a sus padres...

La enfermedad, si es que era una enfermedad, había acabado incluso con la costumbre de depender unos de otros para sobrevivir. Al extenderse por todo el país, la gente apenas tuvo tiempo de atribuirlo a los soviéticos (aunque estos también habían enmudecido, junto al resto del mundo), a un nuevo virus, a un nuevo contaminante, a la radiación, o a un castigo divino... La enfermedad se manifestaba con la rapidez de un ataque en la manera en que discapacitaba a las personas, y era similar a un accidente cerebro-vascular en algunos de sus efectos. Pero el daño era extremadamente específico. El lenguaje siempre se perdía o quedaba severamente dañado. Nunca se recuperaba. Con frecuencia también se manifestaban parálisis, deficiencias intelectuales o la muerte.

Rye se dirigió hacia el hombre de barba, ignorando los silbidos y aplausos de dos de los jóvenes y sus señales con el pulgar en alto hacia el hombre de barba. Si él les hubiera respondido con una sonrisa o tan siquiera les hubiera hecho caso de alguna forma, Rye sin duda hubiera cambiado de idea. Si se hubiera tomado el suficiente tiempo para pensar sobre las posibles consecuencias letales de meterse en el coche de un extraño, habría cambiado de idea. Por el contrario, pensó en el hombre que vivía en frente de su casa. Raras veces se lavaba desde que contrajo la enfermedad. Y se había habituado a orinar en cualquier lugar que le pillara. Ya tenía dos mujeres... una de ellas se encargaba de cuidar sus grandes jardines. Le toleraban a cambio de su protección. Él ya había dejado claro que deseaba que Rye se convirtiera en su tercera mujer.

Rye entró en el coche y el hombre de barba cerró la puerta. Le miró mientras rodeaba el coche hasta la puerta del conductor... y también le vigiló las espaldas, pues se había dejado la pistola en el asiento junto a ella y el conductor del autobús y un par de jóvenes se habían acercado unos pasos. Sin embargo, no hicieron nada hasta que el hombre de barba estuvo dentro del coche. Entonces uno de ellos lanzó una piedra. Otros siguieron su ejemplo, y mientras el coche se alejaba varias piedras rebotaron sin causar daño alguno.

Cuando el autobús estuvo a cierta distancia de ellos, Rye se limpió el sudor de la frente y anheló poder relajarse. El autobús la habría acercado más de medio camino a Pasadena. Sólo habría tenido que recorrer andando quince kilómetros. Se preguntó cuántos kilómetros le iba a tocar andar al meterse en el coche... y también se preguntó si andar una larga distancia iba a ser su único problema.

En Figueroa y Washington, donde el autobús normalmente tomaba un desvío a la izquierda, el hombre de barba se detuvo, la miró y le indicó que eligiera una dirección.

Cuando Rye señaló hacia la izquierda y él realmente giró a la izquierda, comenzó a relajarse. Si él deseaba ir a donde ella le dirigiera, quizás es que era de fiar.

Mientras pasaban junto a bloques de edificios calcinados y abandonados, almacenes vacíos y coches destrozados o desguazados, él se sacó una cadena de oro por encima de la cabeza y se la pasó a ella. El colgante que llevaba era una piedra negra lisa y pulida. Obsidiana. Su nombre quizás era Rock o Peter o Black, pero decidió bautizarlo como Obsidiana. Incluso su memoria, en ocasiones totalmente inútil, retendría un nombre como Obsidiana. Ella le enseñó el símbolo de su propio nombre: un alfiler en forma de larga espiga de trigo. La había comprado mucho antes de que comenzara la enfermedad y el silencio. Desde entonces siempre la llevaba encima, creyendo que era lo más cercano a su nombre, Rye^[2], que podría encontrar. Las personas como Obsidiana, que no la conocían de antes, probablemente pensaban que se llamaba Trigo. Aunque tampoco es que importase demasiado. Ya nunca más escucharía a nadie pronunciar su nombre.

Obsidiana le devolvió el alfiler. Le cogió la mano cuando ella la alargó para cogerlo y frotó su pulgar en las callosidades de su mano.

Se detuvo en First Street y volvió a preguntar qué dirección tomar. Entonces, tras girar hacia la derecha, según le indicó ella, aparcó cerca del Centro de Música. Allí, él tomó un papel plegado del salpicadero y lo desplegó. Rye reconoció que se trataba de un callejero, aunque no entendía lo que estaba escrito en él. Él alisó el mapa, volvió a tomar la mano de ella y guió su dedo índice a un punto. La señaló, se señaló a sí mismo y señaló el suelo. Lo cual significaba: «Estamos aquí». Rye comprendió entonces que él quería saber adónde iba. Ella quería decírselo, pero sacudió la cabeza con tristeza. Había perdido su capacidad de leer y escribir. Ésa era su discapacidad más grave y más dolorosa. Había sido profesora de historia en la UCLA. Se había dedicado a la escritura por cuenta propia. Y ahora ni siquiera era capaz de leer sus propios escritos. Tenía una casa llena de libros que no podía leer, pero tampoco se sentía con fuerzas para quemarlos como combustible. Y su memoria no conseguía recordar mucho de lo que había leído anteriormente.

Observó el mapa, intentando calcular. Ella había nacido en Pasadena, había vivido quince años en Los Ángeles. En esos momentos se encontraba cerca del Centro Cívico de L.A. Conocía las posiciones relativas de las dos ciudades, conocía calles, direcciones, incluso sabía que debía permanecer alejada de las autopistas, ya

que podrían estar bloqueadas por coches destrozados y pasos elevados destruidos. Debería ser capaz de señalar Pasadena, aunque no pudiera reconocer la palabra.

Vacilante, apoyó la mano sobre un trozo en color naranja claro en la esquina superior derecha del mapa. Tenía que ser el punto correcto. Pasadena.

Obsidiana le apartó la mano y miró debajo, luego plegó el mapa y lo puso de nuevo en el salpicadero. En el último segundo, ella fue consciente de que él podía leer. Probablemente también podría escribir. De repente, comenzó a odiarlo... un odio amargo y profundo. ¿De qué le servía a él leer y escribir... a un hombre maduro que jugaba a polis y ladrones? Pero él podía hacerlo y ella no. Ella nunca podría. Sintió náuseas de odio, frustración y envidia en el estómago. Y a tan sólo unos centímetros de su mano había una pistola cargada.

Rye permaneció inmóvil, observándole, casi imaginándose su sangre. Pero la ira se inflamó y decayó, y no hizo nada.

Obsidiana le tomó de la mano con vacilante confianza. Ella le miró.

El rostro de Rye había revelado demasiado. Cualquier persona que todavía viviera en lo que quedaba de sociedad humana habría reconocido esa expresión, esa envidia.

Cerró los ojos exhausta e inhaló profundamente. Había sentido anhelo por el pasado, odio por el presente y una creciente desesperanza y sinsentido, pero nunca había sentido unas ganas tan fuertes de matar a otra persona. Abandonó su casa finalmente porque había estado a punto de suicidarse. No encontraba ninguna razón para seguir viviendo. Quizás por eso entró en el coche de Obsidiana. Nunca antes había hecho algo así.

Él le tocó la boca e hizo movimientos de parloteo con el pulgar y los dedos. ¿Podía hablar?

Ella asintió y observó cómo brotaba y desaparecía en él una envidia más leve. Ahora ambos ya habían admitido lo que no era seguro admitir, y no se había producido ninguna violencia. Él se tocó la boca y la frente y luego sacudió la cabeza. No hablaba ni comprendía las palabras. La enfermedad había jugado con ellos, arrebatándoles lo que cada uno valoraba más, o eso sospechaba Rye.

Tiró de la manga de Obsidiana, preguntándose por qué había decidido por su cuenta mantener vivo el Departamento de Policía de L.A. con el escaso equipo que le quedaba. En todo lo demás, parecía bastante cuerdo. ¿Por qué no estaba en su casa cultivando maíz, Criando conejos y niños? Pero ella no sabía cómo preguntar.

Entonces él puso la mano sobre el muslo de Rye y ella tuvo que enfrentarse a otra cuestión. Sacudió la cabeza. Enfermedad, embarazo, indefensa y solitaria agonía... no.

Él le masajeó el muslo suavemente y sonrió con obvia expresión de incredulidad.

Nadie la había tocado durante tres años. No había querido que nadie la tocara. ¿Por qué arriesgarse a traer un niño a un mundo como este, incluso si el padre estaba dispuesto a quedarse y ayudar a criarlo? Pero el deseo era demasiado fuerte. Obsidiana no podía imaginarse lo atractivo que le resultaba: joven, probablemente

más joven que ella, limpio, pidiendo lo que quería en lugar de ordenarlo. Pero nada de eso importaba. ¿Qué eran un puñado de momentos de placer en comparación a toda una vida de consecuencias? Él la atrajo aún más hacia él y durante unos segundos Rye se permitió disfrutar de esa cercanía. Oía bien... un buen olor a hombre. Se separó a su pesar.

Él suspiró y alargó la mano hacia la guantera. Ella se tensó, sin saber qué esperar, pero lo único que sacó fue una cajita. Ella no podía entender lo que había escrito en la caja. No entendió lo que era hasta que él rompió el envoltorio, abrió la caja y sacó un condón. Él la miró, y en un principio ella apartó la mirada sorprendida. Luego se rió. No se acordaba de cuándo fue la última vez que había reído.

Él sonrió, señaló el asiento trasero, y ella se rió en voz alta. Incluso durante su adolescencia, no le habían gustado nada los asientos traseros de los coches. Pero miró a su alrededor, a las calles vacías y edificios en ruinas, luego salió y se metió en el asiento trasero. Él dejó que ella le pusiera el condón, y luego pareció sorprendido por sus ansias.

Un poco más tarde, estaban sentados juntos, cubiertos con el abrigo de él y sin ninguna gana de volver a ser de nuevo casi extraños totalmente vestidos. Él hizo un gesto de acunar un bebé y la miró con expresión de pregunta.

Ella tragó saliva y sacudió la cabeza. No sabía cómo decirle que sus hijos estaban muertos. Él tomó su mano y dibujó una cruz sobre ella con su dedo índice, luego volvió a hacer el gesto de acunar un bebé.

Rye asintió, sostuvo en alto tres dedos y luego se giró, intentando detener un repentino torrente de recuerdos. Se había dicho a sí misma que los niños que crecían en esos tiempos eran merecedores de lástima. Corrían por los cañones de los centros urbanos sin ningún recuerdo real de qué habían sido esos edificios o ni siquiera cómo habían sido. Los niños del presente recolectaban libros y madera para quemarlos como combustible. Corrían por las calles persiguiéndose y gritando como chimpancés. No tenían futuro. Ya eran todo lo que podrían llegar a ser.

Él puso la mano sobre su hombro y ella se giró repentinamente, rebuscando por el asiento la cajita y rogándole que le hiciera el amor otra vez. Él podía aportarle olvido y placer. Hasta ese momento ninguna otra cosa lo había logrado. Hasta ese momento, cada nuevo día la había acercado al momento en que haría lo que no había hecho cuando abandonó su hogar: meterse la pistola en la boca y apretar el gatillo.

Preguntó a Obsidiana si quería ir a casa con ella, quedarse con ella.

Él la miró sorprendido y complacido cuando la entendió. Pero no le respondió de inmediato. Finalmente, sacudió la cabeza, como ella había temido. Probablemente se lo pasaba demasiado bien jugando a polis y ladrones y recogiendo a mujeres.

Rye se vistió con silenciosa decepción, incapaz de sentirse enfadada con él. Quizás ya tenía una esposa y un hogar. Era probable. La enfermedad había afectado más a los hombres que a las mujeres... había matado a más hombres y había discapacitado gravemente a más hombres. Los hombres como Obsidiana no eran

corrientes. Las mujeres, o bien se conformaban con menos o permanecían solas. Si encontraban a un Obsidiana hacían todo lo posible por quedárselo. Rye sospechaba que tenía una mujer más joven y más bonita cuidándole.

Él la tocó mientras ella se ataba la funda de la pistola y le preguntó con una complicada serie de gestos si estaba cargada.

Ella asintió con expresión grave. Él le dio unas palmaditas en el brazo.

Rye le volvió a preguntar si quería ir a casa con ella, en esta ocasión usando una serie de gestos distinta. Antes le había parecido que dudaba. Quizás se dejara cortejar.

Él salió del coche y se montó en el asiento delantero sin responderle. Ella volvió a sentarse delante, observándole. En ese momento él tiró de su uniforme y la miró. Ella pensó que le estaba preguntando algo, pero no sabía qué.

Él se quitó su placa, la señaló con un dedo, luego se señaló el pecho. Claro.

Rye tomó la placa de su mano y clavó su espiga de trigo en ella. Si jugar a polis y cacos era su única locura, le dejaría jugar. Ella lo acogería, con su uniforme y todo. Se le ocurrió que finalmente podría perderle por alguien que él conociera de la misma forma que la había conocido a ella. Pero al menos podría disfrutarlo por un tiempo. Él volvió a coger el callejero, le dio unos golpecitos con el dedo, señaló vagamente en dirección noreste hacia Pasadena, luego la miró.

Ella se encogió de hombros, le tocó el brazo, luego el suyo propio, y sostuvo los dedos índice y corazón muy juntos, sólo para asegurarse.

Él tomó los dos dedos y asintió. Estaba con ella.

Ella le quitó el mapa y lo tiró sobre el salpicadero.

Señaló hacia atrás, al suroeste... de regreso a casa. Ya no tenía que ir a Pasadena. Podía seguir teniendo a su hermano y sus dos sobrinos allí... tres varones diestros. Ya no tenía que averiguar si estaba tan sola como temía. Ya no estaba sola.

Obsidiana tomó Hill Street en dirección sur, luego Washington hacia el oeste, y ella se reclinó hacia atrás, preguntándose cómo iba a ser tener otra vez a alguien. Con lo que había logrado rapiñar, los alimentos en conserva que había preparado y lo que había cultivado, había suficiente comida para los dos. Sin duda había suficiente espacio en una casa de cuatro dormitorios. Él podía trasladar sus cosas allí. Y lo mejor de todo, el animal que vivía en la casa de enfrente recularía y posiblemente no la obligaría a matarle.

Obsidiana la arrimó hacia él y ella apoyó la cabeza sobre su hombro, cuando de repente él frenó de golpe, haciendo que casi saliera despedida del asiento. Por el rabillo del ojo, Rye había visto que alguien pasaba corriendo delante del coche. Un solo coche en la calle y alguien tuvo que cruzarse con él.

Tras enderezarse, Rye vio que la persona que corría era una mujer que huía de una casa de vieja estructura y en dirección a un escaparate protegido con tablones remachados. Ella corría en silencio, pero el hombre que la perseguía gritaba algo parecido a un galimatías mientras corría. Llevaba un objeto en la mano. No era una pistola. Un cuchillo, quizás.

La mujer intentó abrir la puerta del comercio, pero estaba cerrada. Miró angustiada a su alrededor y agarró un fragmento de cristal roto del escaparate. Después se giró blandiendo el cristal en la mano para enfrentarse a su perseguidor. Rye pensó que era más probable que se cortara la mano a que lograra herir a alguien con aquel cristal.

Obsidiana saltó del coche, gritando. Era la primera vez que Rye oía su voz... profunda y ronca por la falta de uso. Hacía el mismo sonido una y otra vez, como hacían algunos de los que carecían de habla: «¡Da, da, da!»

Rye salió del coche mientras Obsidiana corría hacia la pareja.

Él había sacado la pistola.

Temerosa, ella desenfundó la suya propia y liberó el seguro. Miró a su alrededor para ver si alguien más había sido atraído a la escena. Vio al hombre mirar a Obsidiana y a continuación, repentinamente, se abalanzó hacia la mujer. La mujer le rajó la cara con el cristal, pero él le inmovilizó el brazo y logró apuñalarla dos veces antes de que Obsidiana pudiera dispararle.

El hombre se inclinó hacia delante y luego se desplomó, agarrándose el abdomen. Obsidiana gritó, luego hizo gestos a Rye para que ayudara a la mujer. Rye se arrodilló junto a la mujer, recordando que tenía poco más que vendas y antiséptico en su mochila. Pero ya no se podía hacer nada por la mujer. La había apuñalado con un cuchillo de deshuesar largo y fino.

Rye tocó a Obsidiana para informarle de que la mujer estaba muerta. Él se había inclinado antes para comprobar si el hombre herido que yacía inmóvil estaba muerto. Pero en el momento en que Obsidiana levantó la mirada para ver qué quería Rye, el hombre abrió los ojos. Con el rostro crispado, agarró el revólver recién enfundado de Obsidiana y disparó. La bala impactó en la sien de Obsidiana y éste se desplomó.

Ocurrió así de simple y rápido. Un segundo más tarde, Rye disparó al hombre herido cuando giraba el cañón de la pistola hacia ella.

Y Rye se quedó sola... con tres cadáveres.

Se arrodilló junto a Obsidiana, con los ojos secos, el ceño fruncido, intentando entender por qué todo había cambiado tan repentinamente. Obsidiana se había ido. Había muerto y la había abandonado... como todos los demás.

Dos niños muy pequeños emergieron de la casa de la que el hombre y la mujer habían salido corriendo... un niño y una niña de unos tres años. Cogidos de la mano, cruzaron la calle hacia Rye. La miraron, luego pasaron por su lado y se dirigieron hacia la mujer muerta. La niña sacudió el brazo de la mujer como si estuviera intentando despertarla.

Rye no pudo soportarlo más. Se levantó, sintiendo náuseas de dolor y rabia en el estómago.

Creía que si los niños echaban a llorar, no podría evitar las náuseas y el vómito.

Esos dos niños se habían quedado solos. Ya eran lo suficientemente mayores para rapiñar comida. No necesitaba más dolor en su vida. No necesitaba los hijos de una

extraña que crecerían para convertirse en chimpancés sin pelo.

Rye regresó al coche. Al menos, podría volver a casa en coche. Recordaba cómo se conducía.

La idea de que debía enterrar a Obsidiana se le ocurrió justo antes de llegar al coche, y entonces sí que vomitó.

Había encontrado y perdido a ese hombre tan rápidamente... Era como si le hubieran arrebatado el consuelo y la seguridad y le hubieran propinado una repentina e inexplicable paliza. Su cabeza no terminaba de aclararse. No podía pensar.

De alguna forma, se obligó a volver donde yacía Obsidiana para mirarlo. Se encontró de rodillas junto a él sin recordar cuándo se había arrodillado. Le acarició el rostro, la barba. Uno de los niños hizo un ruido y ella les miró, y miró a la mujer que probablemente había sido su madre. Los niños le devolvieron la mirada, obviamente asustados. Quizás fue ese miedo en el rostro de los niños lo que finalmente pudo con ella.

Había estado a punto de montarse en el coche y abandonarlos. Había estado a punto de hacerlo, a punto de abandonar y dejar morir a dos bebés. Sin duda había visto a muchos muertos. Tendría que llevarse a los niños a casa con ella. No sería capaz de seguir viviendo si tomaba cualquier otra decisión.

Rye echó una ojeada a su alrededor buscando un lugar para enterrar tres cadáveres. O dos. Se preguntó si el asesino sería el padre de los niños. Antes del silencio, la policía siempre decía que algunas de las llamadas más peligrosas a las que acudían eran las llamadas de disturbios domésticos. Obsidiana tendría que haberlo sabido... aunque el saberlo no le habría hecho quedarse en el coche. Tampoco le habría hecho quedarse a ella. Rye no habría podido presenciar el asesinato de la mujer sin hacer algo.

Arrastró a Obsidiana hasta el coche. No tenía nada con lo que cavar, y tampoco tenía a nadie que vigilase mientras ella cavaba. Sería mejor llevarse los cuerpos y enterrarlos junto a su marido y sus hijos. Después de todo, Obsidiana sí iría a su casa.

Cuando logró colocarlo en el suelo de la parte trasera, regresó para recoger a la mujer.

La niña pequeña, delgada, sucia, solemne, se puso en pie y, sin pretenderlo, ofreció a Rye un regalo. Cuando Rye comenzó a arrastrar a la mujer por los brazos, la niña pequeña gritó:

—¡No!

Rye soltó a la mujer y miró a la niña.

—¡No! —repitió la niña, que se acercó hasta quedarse junto a la mujer—. ¡Márchate! —le dijo a Rye.

—No hables —le dijo el niño pequeño.

No era un sonido borroso o confuso. Ambos niños habían hablado y Rye les había entendido. El chico miró al asesino muerto y se apartó de él. Tomó a la niña de la mano.

—Cállate —susurró.

¡Palabras fluidas! ¿Había muerto la mujer porque podía hablar y había enseñado a sus hijos a hablar? ¿Había sido asesinada por la ira enconada de un marido o por la ira envidiosa de un extraño?

Y los niños... debieron nacer tras el silencio. ¿Les afectó la enfermedad entonces? ¿O eran simplemente inmunes? Sin duda habían tenido suficiente tiempo para enfermar y enmudecer. La mente de Rye dio un salto hacia delante. ¿Y si los niños de tres años o menores estaban bien y eran capaces de aprender el lenguaje? ¿Y si lo único que necesitaban era profesores? Profesores y protectores.

Rye echó una mirada al asesino muerto. Para su vergüenza, creyó entender algunas de las pasiones que debían de haberle impulsado a hacerlo, fueran las que fuesen.

Ira, frustración, desesperanza, envidia demente... ¿Cuántos había como él... gente dispuesta a destrozarse lo que no podía tener?

Obsidiana había sido protector, había elegido ese papel por quién sabe qué razones. Quizás ponerse un uniforme obsoleto y patrullar las calles vacías era lo que hacía que no se pusiera una pistola en la boca. Y ahora que había algo que valía la pena proteger, se había ido.

Ella había sido profesora. Y bastante buena. También había sido protectora, aunque sólo de sí misma. Se había mantenido con vida cuando no tenía ninguna razón por la que vivir. Si la enfermedad dejaba en paz a estos niños, ella podría mantenerlos con vida.

Levantó a la mujer muerta en sus brazos y la colocó en el asiento trasero del coche. Los niños se echaron a llorar, pero ella se arrodilló sobre el asfalto agrietado y les susurró, temerosa de asustarlos con la dureza de su voz largamente acallada.

—No pasa nada —les dijo—. Os venís con nosotros también. Vamos —los levantó a ambos, uno en cada brazo. Eran tan ligeros. ¿Habían estado comiendo suficiente?

El chico cubrió la boca de Rye con la mano, pero ella apartó la cara.

—No pasa nada si hablo —le dijo—. Mientras no haya nadie alrededor, no pasa nada —dejó al niño en el asiento delantero y éste se movió sin que se lo dijera para hacer sitio a su hermanita. Cuando ambos estuvieron en el coche, Rye se inclinó sobre la ventanilla, mirándoles, y observó que ya estaban menos asustados y que la miraban con tanta curiosidad como temor.

—Soy Valerie Rye —dijo ella, saboreando las palabras—. No pasa nada si me habláis a mí.

2

ORSON SCOTT CARD

Chatarra

[Salvage]

Orson Scott Card es el autor del best seller *Ender's Game* (*El juego de Ender*), galardonado con los premios Hugo y Nebula. La secuela de *Ender's Game*, *Speaker for the Dead* (*La voz de los muertos*), también ganó ambos premios, convirtiendo a Card en el único autor que ha acaparado los dos premios más codiciados del género durante dos años consecutivos. Card también ha ganado el World Fantasy Award, ocho Locus, y ha obtenido una gran cantidad de otros reconocimientos.

Además de *Ender's Game* y el resto de obras del Enderverso, Card es autor de docenas de novelas, incluyendo los libros de la saga de *Tales of Alvin Maker* (*Saga de Alvin Maker*) y las series de *Homecoming* (*La saga del retorno*). También ha publicado más de ochenta relatos breves, que han sido recopilados en varios volúmenes, como el célebre *Maps in a Mirror* (*Mapas en un espejo*).

«Chatarra» fue uno de los primeros relatos en los que Card explora abiertamente su sentimiento religioso y fue una de sus primeras incursiones en la ciencia ficción post-apocalíptica. Este cuento, uno de los relatos del «Mar Mormón» de Card, apareció originalmente en *Folk of the Fringe* (*La gente del margen*), una colección de historias situadas en el Estado post-apocalíptico de Deseret. Allí, a las orillas de un Great Salt Lake desbordado, los supervivientes de una civilización en ruinas confían en su fe y en el prójimo para continuar y reconstruir...

Chatarra

Después de dejar el ferry, la carretera era tan empinada que el camión apenas podía alcanzar suficiente velocidad. Deaver reducía marchas constantemente, estremeciéndose al escuchar el chirrido de la caja de cambios. Sonaba como si la transmisión estuviera haciéndose puré. La había estado retocando durante todo el trayecto por Nevada, y si el ferry de Wendover no le hubiera transportado estas últimas millas por el Mar Mormón, se habría visto obligado a hacer autoestop durante un largo trecho. Tuvo suerte. Era una buena señal. Parecía que de momento la fortuna iba a sonreírle. El mecánico le miró con el ceño fruncido cuando entró traqueteando en el muelle de carga.

—¿Has estado forzando el embrague, chico?

—¿Embrague? —dijo Deaver bajando de la cabina—. ¿Qué es un embrague?

—¿Es que no oyes que la transmisión está hecha polvo? —replicó el mecánico sin sonreír.

—Un montón de mecánicos por toda Nevada se ofrecieron a arreglarlo, pero les dije que estaba reservándolo para ti.

El mecánico le observó como si pensara que se había vuelto loco.

—No hay mecánicos en Nevada.

Si no fueras un tonto de baba, pensó Deaver, sabrías que estaba bromeando. Algunos de estos viejos mormones eran tan estirados que no podían ni sentarse. Pero Deaver no dijo nada. Se limitó a sonreír.

—Este camión va a tener que quedarse aquí unos cuantos días —dijo el mecánico.

Me parece bien, pensó Deaver, tengo planes.

—¿Cuántos días le echas?

—Unos tres días de momento. Ya puedes marcharte.

—Mi nombre es Deaver Teague.

—Díselo al jefe, él lo apuntará.

El mecánico levantó el capó para comenzar con las pruebas rutinarias mientras los operarios descargaban las viejas lavadoras y neveras y el resto del material que Deaver había ido recogiendo a lo largo de su trayecto. Deaver apuntó la lectura del kilometraje, lo llevó a la ventanilla y el capataz le pagó.

Siete dólares por cinco días de conducción y carga, durmiendo en la cabina y comiendo cualquier cosa que los granjeros pudieran compartir. Era bastante más de lo que tenía mucha gente, pero no había futuro en este negocio. El reciclado de chatarra no iba a durar siempre. Algún día recogería el último lavavajillas averiado de otros tiempos, y entonces se quedaría sin trabajo.

Bueno, Deaver Teague no iba a quedarse con los brazos cruzados esperando ese momento. Sabía dónde estaba el oro, había estado planeando cómo hacerse con él

durante semanas, y si Lehi tenía el equipo de buceo, tal como le había prometido, entonces mañana por la mañana realizarían un trabajito de reciclado de chatarra por cuenta propia. Si tenían suerte regresarían a casa ricos.

Deaver tenía las piernas agarrotadas, pero las relajó rápidamente y rompió a correr con facilidad por los pasillos del Centro de Reciclado de Chatarra. Bajó los escalones de dos en dos, entró de un salto en el vestíbulo y, cuando llegó al cartel que anunciaba RECICLADO DE MATERIAL INFORMÁTICO PEQUEÑO, abrió de golpe la puerta e irrumpió en el cuarto.

—¡Eh, Lehi! —dijo—. ¡Hora de irse!

Lehi McKay no le prestó atención. Estaba sentado delante de una pantalla de televisión, sacudiendo una caja negra que sujetaba sobre sus piernas.

—Si haces eso te quedarás ciego —dijo Deaver.

—Calla, cara pez —Lehi no apartó los ojos de la pantalla. Aporreaba un botón en la caja negra y giraba un mando que sobresalía de ella. Una burbuja de color en la pantalla explotó y se dividió en cuatro.

—Me han dado tres días libres mientras arreglan la transmisión del camión —dijo Deaver—. Así que mañana es la expedición al templo.

Lehi borró de la pantalla la última bola. Aparecieron más bolas.

—Parece divertido —dijo Deaver—, es como barrer la calle y que luego pase otra tropa de caballería.

—Es un Atari. De los años sesenta o setenta o algo así. Los ochenta. Viejo. No se puede hacer mucho con las piezas, es un cacharro de sólo ocho bits. Todos estos años guardado en el ático de alguien en Logan, y el cabrón aún funciona.

—Los antiguos probablemente ni sabían que lo tenían.

—Probablemente.

Deaver observó el juego. Lo mismo una y otra vez.

—¿Cuánto costaba algo así?

—Mucho. Quizás quince o veinte pavos.

—Dan ganas de potar. Y aquí está sentado Lehi McKay, enmerdándose la pelota como hacían los antiguos. Lo único que sacaban en claro era una pelota dolorida, Lehi. Y escoria para el cerebro.

—Cierra el pico, estoy intentando concentrarme.

Finalmente acabó el juego. Lehi dejó la caja negra sobre la mesa de trabajo, se giró de espaldas a la máquina y se levantó.

—¿Tienes todo listo para la inmersión de mañana? —preguntó Deaver.

—Era un buen juego. En los viejos tiempos la gente empleaba la mayor parte del tiempo en divertirse. Mamá dice que los niños ni siquiera podían conseguir trabajo hasta los dieciséis años. Era la ley.

—No me digas... —preguntó Deaver.

—Es cierto.

—Pero si no sabes distinguir tu lengua de un cagarro, Lehi. No sabes distinguir

un latido de tu corazón de un pedo.

—¿Quieres que nos echen de aquí a los dos, hablando de esa manera?

—Yo ya no tengo que someterme a las reglas del colegio, ya aprobé sexto grado, tengo diecinueve años, llevo solo desde que tenía cinco —se sacó los siete dólares del bolsillo, los sacudió una vez y se los volvió a guardar despreocupadamente—. Me va bien, y hablo como quiero. ¿Crees que le tengo miedo al Obispo?

—El Obispo no me da miedo. Ni siquiera voy a la iglesia, excepto cuando quiero quedar bien con mamá. Son un hatajo de cagarrutas de conejo.

Lehi se rió, pero Deaver pudo ver que estaba un poco asustado de hablar de esa forma. Tiene dieciséis años, pensó Deaver, es grande y listo, pero sigue siendo un niño pequeño. No entiende que es ser un hombre.

—Vendrá Rain.

—Rain siempre viene. ¿Cómo crees que se inundó el lago? —Lehi dejó escapar una risita mientras desenchufaba todos los aparatos sobre la mesa.

—Me refiero a *Lorraine*^[3] Wilson.

—Ya sé a lo que te refieres. ¿Tiene el barco?

—Y también tiene un par de parachoques fantásticos —Deaver ahuecó las manos—. Sólo necesitan que les quiten un poco el polvo.

—¿Por qué siempre tienes que hablar de guarradas? Desde que comenzaste a trabajar en la recogida de chatarra, Deaver, tu boca parece una alcantarilla. Además, es un saco de patatas.

—Tiene casi cincuenta años, ¿qué más quieres? —se le ocurrió a Deaver que Lehi parecía estar echándose atrás. Lo cual probablemente significaba que iba a fastidiarlo todo de nuevo como de costumbre—. ¿Puedes conseguir el material de buceo?

—Ya lo tengo. Pensaste que la iba a cagar —Lehi volvió a soltar una risita.

—¿Tú? ¿Cagarla? No, hombre, tú eres de fiar para *cualquier* cosa.

Deaver se dirigió a la puerta. Podía oír a Lehi a sus espaldas, todavía cerrando algunas cosas. Debían usar mucha electricidad allí dentro. Por supuesto, no tenían más remedio; necesitaban los ordenadores encendidos todo el tiempo, y el reciclado de material era la única forma de conseguirlos. Pero cuando Deaver veía cómo se derrochaba tanta electricidad a un mismo tiempo, no podía evitar pensar en su propio futuro. Tendría todas las máquinas que deseara, nuevas, y toda la electricidad que fuera necesaria. Ropas que nadie más llevaría, su propio carro y caballo, o incluso un coche. Quizá fuera el que comenzara a *fabricar* coches de nuevo. No necesitaba estúpidos juegos del pasado de reventar bolitas.

—Todo ese material está muerto y acabado, morritos de pato, muerto y acabado.

—¿De qué hablas? —preguntó Lehi.

—Muerto y acabado. Todo tu material informático.

Fue suficiente para que Lehi saltara, como siempre hacía. Deaver sonrió y se sintió perverso y fuerte mientras Lehi farfullaba a sus espaldas; cómo usaban ahora los ordenadores mucho más que en los viejos tiempos, cómo los ordenadores hacían

que todo siguiera funcionando un día y otro día y otro día más... Era encantador, a Deaver le gustaba, el chico era tan *intenso*. Como si todo fuera el fin del mundo. Pero Deaver sabía la verdad. El mundo estaba muerto, ya había llegado el fin del mundo, así que nada importaba, se podrían tirar todos esos cacharros al lago.

Salieron del Centro y recorrieron el muro de retención. A sus pies, a lo lejos, estaba el puerto, un pequeño círculo de agua en el fondo de un cuenco, con la ciudad de Bingham posada en uno de sus cantos. Antes había existido allí una mina de cobre a cielo abierto, pero cuando el nivel del agua subió construyeron un canal hasta la mina, y ahora tenían una bonita escollera sobre la Isla Oquirrh en medio del Mar Mormón, donde las fábricas podían ensuciar la atmósfera y no había vecinos que se quejaran por ello.

Muchas otras personas se les unieron en la empinada y sucia carretera que bajaba hasta el puerto. Nadie vivía en la propia ciudad de Bingham, porque era tan sólo un lugar de trabajo, de día y de noche. Con turnos de entrada y turnos de salida. Lehi hacía uno de esos turnos; vivía con su familia en la otra orilla del estrecho de Jordania en Point-of-the-Mountain, que era el peor lugar para vivir jamás proyectado; se montaba en el ferry todos los días a las cinco de la mañana y de regreso todas las tardes a las cuatro. Se suponía que después tenía que ir al colegio durante un par de horas, pero Deaver pensaba que era una tontería, se lo decía a Lehi todo el tiempo y se lo volvió a decir ahora. La escuela quita mucho tiempo y ofrece muy poco a cambio, una pérdida de tiempo.

—Tengo que ir a la escuela —dijo Lehi.

—Dime cuánto es dos más dos, ¿o aún no has llegado al dos más dos?

—Tú la acabaste, ¿no es así?

—No sirve de nada a partir del cuarto curso —propinó un suave empujón a Lehi. Normalmente Lehi le respondía al empujón, pero no en esta ocasión.

—Prueba a conseguir un trabajo de verdad sin un certificado de sexto grado, ¿vale? Y ya estoy muy cerca de lograrlo.

Habían llegado ya al ferry. Lehi sacó su pase.

—¿Vendrás conmigo mañana o no?

Lehi hizo una mueca.

—No sé, Deaver. Te pueden arrestar por andar merodeando por allí. Es una tontería arriesgarse. Dicen que hay cosas muy extrañas en los viejos rascacielos.

—No vamos a meternos *dentro* de los rascacielos.

—Bueno, es incluso peor *allí*, Deaver. No quiero ir allí.

—Sí, claro, el Ángel Moroni probablemente esté esperando para asomarse y decir buga-bugabuga.

—No digas eso, Deaver —Deaver le estaba haciendo cosquillas; Lehi se rió e intentó escabullirse de él—. Para, cara de ladilla. Vamos. Además, la estatua de

Moroni fue trasladada al Monumento de Salt Lake que está en la montaña. Y hay un vigilante todo el tiempo.

—De todas formas, la estatua está sólo chapada en oro. Lo que te digo es que aquellos viejos mormones escondieron toneladas de material allá abajo en el Templo, que sólo están esperando a que alguien que no tenga miedo del fantasma de Bigamy Young...

—Cállate, comemocos, ¿vale? ¡La gente puede oírte! ¡Mira a tu alrededor, no estamos solos!

Por supuesto, era cierto. Algunas personas los estaban observando. Pero bueno, Deaver ya se había dado cuenta de que a los mayores les gustaba observar a los jóvenes. Les hacía sentirse mejor ante la idea de palmarla. Es como si dijeran, VALE, me estoy muriendo, pero al menos no somos tan estúpidos como vosotros. Así pues, Deaver miró directamente a una mujer que le estaba mirando y murmuró.

—Vale, soy estúpido, pero al menos no voy a morirme.

—Deaver, ¿por qué siempre tienes que decir eso cuando pueden oírte?

—Es cierto.

—En primer lugar, Deaver, ellos no se están muriendo. Y en segundo lugar, tú eres efectivamente estúpido. Y en tercer lugar, el ferry ya está aquí —Lehi propinó un suave puñetazo a Deaver en la barriga.

Deaver se encogió fingiendo gran dolor.

—Vaya, qué desagradecido el colega, de verdad que sí, yo le doy mi última miga de pan y este es el agradecimiento que recibo.

—¡*Nadie* habla con ese acento ya, Deaver! —chilló Lehi.

El barco comenzó a alejarse.

—¡Mañana a las cinco treinta! —gritó Deaver.

—No vas a conseguir despertarte a las cuatro treinta, no me vengas con esas, no te vas a levantar...

Pero el ruido del ferry y de las fábricas y máquinas y camionetas se tragó el resto de sus insultos. De todas formas, Deaver ya se los sabía. Quizás Lehi sólo tuviera dieciséis años, pero era un buen tipo. Algún día Deaver se casaría, pero a su mujer también le gustaría Lehi. E incluso Lehi podría casarse, y a su esposa le gustaría Deaver. Y más le valdría, o la monada tendría que volverse a su casita a nado.

Tomó el tranvía en dirección a su casa en Fort Douglas y se dirigió andando hasta el vetusto edificio del cuartel donde Rain le permitía quedarse. Se suponía que era un trastero, pero ella guardaba las fregonas y detergentes en su casa, de manera que había suficiente espacio para un camastro. No mucho más, pero estaba en la Isla Oquirrh sin que le alcanzara la peor parte de peste, humo y ruido. Podía dormir y eso bastaba, porque se pasaba la mayor parte del tiempo fuera en la camioneta.

En cualquier caso, ese cuarto en verdad no era su hogar. Su hogar era en mayor medida el lugar donde vivía Rain, una habitación llena de corrientes de aire al final del cuartel, con una señora regordeta y desaliñada que le servía buenas y abundantes

comidas. Hacia allí dirigió sus pasos en ese momento, entró directamente y la sorprendió en la cocina. Ella le gritó por haberla asustado, le chilló por entrar sucio y dejar el suelo marcado con sus pisadas, y le dejó que se comiese un trozo de manzana antes de regañarle por escaparse antes de la cena.

Se dio una vuelta por la casa y cambió las bombillas de cinco habitaciones antes de la cena. Allí, las familias estaban hacinadas en dos cuartos por familia en el mejor de los casos, y la mayoría debían compartir las cocinas y hacer turnos para comer. Algunas de las habitaciones eran lugares terribles, donde las guerras familiares cesaban sólo durante el tiempo que tardase Deaver en cambiar las bombillas, y en ocasiones ni tan siquiera esa tregua era respetada.

Otras familias lo soportaban mejor; el lugar era pequeño, pero se llevaban bien. Deaver estaba seguro de que su familia debió ser como una de las buenas, porque si hubiera habido tantos gritos él los recordaría.

Rain y Deaver comieron y apagaron todas las luces mientras él escuchaba música en el viejo tocadiscos que Deaver le había sacado a Lehi. En realidad no debían tenerlo, pero pensaban que si no encendían ninguna luz mientras lo escuchaban no habría mayor gasto de electricidad, y lo devolverían en cuanto alguien lo reclamase.

Mientras tanto, Rain tenía algunos discos viejos de su época adolescente. Las canciones eran de ritmos fuertes, y esa noche, como hacía en ocasiones, Rain se levantó y se movió al ritmo de la música con extraños bailecitos que Deaver no entendía a menos que se la imaginase como si fuera una ágil jovencita, y con el cuerpo como debería haberlo tenido entonces. No era difícil de imaginar, estaba ahí en sus ojos y en su sonrisa todo el tiempo, y sus movimientos desprendían secretos que años de una dieta rica en féculas y la falta de ejercicio habían ocultado.

Entonces, como siempre, sus pensamientos vagaban hacia la imagen de algunas de las chicas que solía ver desde la ventanilla del camión, mientras conducía por los campos donde trabajaban agachadas a destajo, hasta que oían el camión y entonces se erguían y saludaban. Todo el mundo saludaba al camión de recogida de chatarra, en ocasiones era la única cosa con motor que pasaba por allí, su único contacto con las viejas máquinas. Todos los tractores, toda la electricidad, estaban reservados para las Tierras de Nuevo Suelo; los viejos lugares se morían. La gente dio media vuelta y se despidió de sus últimas memorias. A Deaver le ponía triste, y él detestaba estar triste, toda esas personas que se aferraban a un pasado que nunca existió.

—Nunca existió —dijo en voz alta.

—Sí, sí existió —susurró Rain—. *Girls just wanna have fun* —murmuró siguiendo la canción—. Odiaba esta canción cuando era joven. O quizás era mi madre la que la odiaba.

—¿Entonces tú eres de aquí?

—Indiana —dijo ella—. Uno de los Estados, lejos en el Este.

—¿Fuiste también una refugiada?

—No. Nos trasladamos aquí cuando tenía dieciséis o diecisiete, no recuerdo bien.

En cuanto las cosas se pusieron feas en el mundo, muchos mormones se trasladaron al hogar. Esto siempre fue el hogar, en todo caso.

El disco acabó. Ella lo apagó y encendió las luces.

—¿Has llenado el depósito de gasolina del bote? —preguntó Deaver.

—Créeme, te aseguro que no te conviene ir allí —dijo.

—Si hay oro allí abajo, lo quiero.

—Si hubiera oro allí, Deaver, lo habrían sacado antes de que el agua lo cubriera. La subida del agua no pilló desprevenida a la gente, ya sabes. El Mar Mormón no fue una inundación repentina.

—Si no estuviera allí abajo, ¿por qué tanto secretismo? ¿Cómo es que la Patrulla del Lago impide que la gente vaya allí?

—No lo sé, Deaver. Quizás porque mucha gente lo considera un lugar sagrado.

Deaver estaba acostumbrado a esta respuesta. Rain nunca acudía a la iglesia, pero seguía hablando como una mormona. En realidad, la mayoría de la gente lo hacía cuando se les tocaba la fibra. A Deaver no le gustaba cuando se ponían religiosos.

—Los ángeles necesitan protección oficial, ¿es eso?

—Solía ser un lugar muy importante para los mormones de antaño, Deaver —dijo sentándose en el suelo y apoyando la espalda contra la pared bajo la ventana.

—Bueno, ahora no es nada. Ya tienen otros templos, ¿no es así? Y están construyendo el nuevo en Zarahemla, ¿verdad?

—No lo sé, Deaver. El de aquí siempre ha sido el verdadero. El centro —se inclinó hacia un lado, se apoyó en la mano y bajó la mirada al suelo—. Aún lo es.

Deaver vio que su expresión se nublabá, realmente triste. Les ocurría a muchas personas cuando recordaban los viejos tiempos. Como una enfermedad que jamás fue curada. Pero Deaver conocía la cura. Al menos para Rain.

—¿Es cierto que mataban a gente allí dentro?

Funcionó. Ella le miró y la languidez abandonó su cuerpo.

—¿Es de eso de lo que habláis los camioneros todo el día?

Deaver sonrió.

—Se oyen historias. Gente descuartizada por haber dicho dónde estaba escondido el oro.

—Deaver, ya conoces a muchos mormones, ¿realmente piensas que iríamos por ahí descuartizando a gente por revelar secretos?

—No lo sé. Depende de qué secreto se cuente, ¿no? —estaba sentado sobre sus manos, rebotando ligeramente sobre el sillón.

Él notaba que ella estaba en realidad un poco loca, pero que no lo quería estar. Así que fingía hacerse la loca. Rain se irguió en su asiento y cogió un cojín para lanzárselo.

—¡No, no! —gritó Deaver—. ¡No me descuartices! ¡No me conviertas en comida para peces!

El cojín le golpeó y fingió que moría con mucha ceremonia.

—No bromees con esas cosas —dijo ella.

—¿Con qué cosas? Tú ya no crees esas viejas historias. Nadie se las cree.

—Quizás no.

—Se suponía que Jesús iba a regresar, ¿no? Se lanzaron bombas atómicas por aquí y por allá y se suponía que él iba a venir.

—El Profeta dijo que éramos demasiado malvados. Que Jesús no regresaría porque amábamos demasiado las cosas mundanas.

—Venga, si fuera a venir ya habría venido, ¿no?

—Todavía podría hacerlo —dijo ella.

—Nadie cree eso —dijo Deaver—. Los mormones son sólo el gobierno, eso es todo. El Obispo es elegido juez en todas las ciudades, ¿no? El presidente del consejo de ancianos es siempre alcalde, es sólo gobierno y política, nadie lo cree ya. Zarahemla es la capital, no una ciudad sagrada.

No podía ver a Rain porque estaba totalmente tumbado sobre su espalda en el sofá. Cuando ella no le respondió, Deaver se levantó y la buscó. Estaba inclinada sobre el lavabo, apoyada en la encimera. Él se escabulló tras su espalda para hacerle cosquillas, pero algo en su postura le hizo cambiar de idea. Cuando se acercó, vio lágrimas rodando por sus mejillas. Era una locura. Todas estas personas de los viejos tiempos enloquecían muy a menudo.

—Sólo estaba bromeando —dijo él. Ella asintió—. Es sólo parte de los viejos tiempos. Ya sabes lo que pienso sobre eso. Quizás si recordase sería distinto. Algunas veces deseo poder recordar.

Pero era mentira. A él no le gustaba recordar. La mayoría de las cosas no podía recordarlas incluso aunque quisiera. Lo primero que podía recordar eran momentos en los que cabalgaba sobre un caballo, tras un hombre que sudaba mucho, sólo cabalgando y cabalgando. Y luego sólo las cosas más recientes, cuando iba al colegio, pasando de una casa de acogida a otra, y cuando finalmente se esforzó un año, acabó el colegio y consiguió un trabajo. No se le empañaban los ojos recordando ninguno de esos lugares. Sólo recordaba haber pasado por ellos, eso es lo único que hizo, nunca perteneció a ningún sitio quizás hasta ahora. Ahora el formaba parte de este lugar.

—Lo siento —dijo él.

—No pasa nada —dijo ella.

—¿Aún vas a llevarme allí?

—Dije que te llevaría, ¿no?

Sonaba sólo un poco enojada y supo que no pasaría nada si volvía a bromear con ella.

—No creerás que tendrá lugar el Segundo Advenimiento de Jesús mientras estamos allí, ¿verdad? Si es eso lo que piensas, será mejor que lleve corbata.

Rain sonrió, luego volvió el rostro para mirarle y le dio un suave empujón.

—Deaver, vete a la cama.

—Voy a levantarme a las cuatro y media, Rain, y entonces serás una *girl who has fuuun...*

—No creo que la canción se refiriese a excursiones en barco de buena mañana. Ella lavaba los platos cuando Deaver se marchó a su cuartucho diminuto.

Lehi le estaba esperando a las cinco y media, exactamente según lo planeado.

—No me lo puedo creer —dijo—. Estaba seguro de que llegarías tarde.

—Me alegro de que hayas llegado a la hora —dijo Deaver—, porque si no vinieses con nosotros no sacarías tajada.

—No vamos a encontrar oro, Deaver Teague.

—Entonces, ¿por qué me acompañas? No me vengas con esas, Lehi, sabes que tu futuro está con Deaver Teague, y no te conviene quedarte atrás. ¿Dónde está el material de buceo?

—No lo llevé *a casa*, Deaver. ¿No has pensado que mi madre se pondría a hacer preguntas?

—Siempre está haciendo preguntas —dijo Deaver.

—Es su trabajo —dijo Rain.

—No me da la gana que nadie ande preguntándome por todo lo que hago —dijo Deaver.

—No hace falta que te pregunten —dijo Rain—, tú mismo nos lo cuentas constantemente, queramos oírlo o no.

—Si no quieres oírlo, no tienes por qué hacerlo —dijo Deaver.

—No te enfades —dijo Rain.

—De repente los dos os estáis quedando conmigo —exclamó Deaver—. ¿Es que el templo os vuelve locos? ¿Es así como funciona la cosa?

—No me importa que mi madre me pregunte cosas. Me parece bien —afirmó Lehi.

Varios transbordadores realizaban la ruta de Point a Bingham de día y de noche, así que tuvieron que dirigirse al norte un trecho antes de virar hacia el oeste en dirección a la Isla de Oquirrh. Las fundiciones teñían de naranja las nubes barrigudas en el cielo nocturno, y las barcas de carbón descargaban al mismo ritmo que durante el día. La nube de polvo de carbón, tan mugrosa y negra durante el día, parecía niebla blanca bajo la luz de los focos.

—Mi padre murió justo allí, a estas horas del día —dijo Lehi.

—¿Cargaba carbón?

—Sí. Se dedicaba a vender coches. Ese trabajo desapareció con él.

—Tú no estabas allí, ¿verdad?

—Escuché el derrumbe. Estaba dormido, pero me desperté. Y luego oí muchos gritos y gente corriendo. Por aquel entonces vivíamos en la isla, siempre escuchábamos los sonidos del puerto. Quedó enterrado bajo una tonelada de carbón

que cayó desde una altura de más de quince metros.

Deaver no supo qué responder a eso.

—Tú nunca hablas de tus viejos —dijo Lehi—. Yo siempre recuerdo a mi padre, pero tú nunca hablas de tus viejos.

Deaver se encogió de hombros.

—No los recuerda —dijo Rain con calma—. Lo encontraron en algún lugar de las llanuras. El populacho atacó a su familia, aunque eran muchos, él debió esconderse o algo parecido, es todo lo que pueden suponer.

—Bueno, ¿qué ocurrió? —preguntó Lehi—. ¿Te escondiste?

Deaver no se sentía cómodo hablando de aquello, porque no recordaba nada a excepción de lo que la gente le había contado. Sabía que otras personas recordaban sus infancias, y nunca le gustó que los otros mostraran tanta sorpresa porque él no recordase la suya. Pero Lehi le estaba preguntando, y Deaver sabía que uno no debía ocultar cosas a los amigos.

—Supongo que lo hice. O quizás les parecí demasiado idiota para matarme, o algo así —se rió—. Seguramente era un chavalín muy tonto, ni siquiera recuerdo mi propio nombre. Suponen que yo debía de tener entre cinco y seis años, la mayoría de niños sabían sus nombres, pero yo no. Así que, bueno, los dos tipos que me encontraron se llamaban Teague y Deaver.

—Pero tendrías que acordarte de algo.

—Lehi, ni siquiera sabía cómo hablar. Me dicen que no solté ni una sola palabra hasta los nueve años. Estamos hablando de un aprendiz con retraso.

—Guau —Lehi se quedó en silencio unos instantes—. ¿Cómo es que no decías nada?

—No importa —dijo Rain—. Ahora ya lo ha compensado con creces, Deaver el hablador. El campeón de los habladores.

Bordearon la isla hasta rebasar Magna. Lehi les condujo a una caseta que Reciclados Underwater había instalado en el extremo norte de la Isla Oquirrh. La puerta estaba abierta y la cabaña llena de equipos de buceo. Los amigos de Lehi habían rellenado de aire algunas botellas. Cogieron dos trajes de buceo y linternas sumergibles. Rain no iba a sumergirse, así que no necesitaba nada.

Se alejaron de la isla con el rumbo habitual de navegación desde Wendover. Al menos en esa dirección la gente tenía la suficiente sensatez para no viajar de noche, así que no había mucho tráfico. Al cabo de un rato llegaron a mar abierto. En ese momento Rain detuvo el pequeño motor fueraborda que Deaver había conseguido para ella y que Lehi había instalado.

—Es la hora de sudar y dejarse la piel —dijo Rain.

Deaver se sentó en el banco central, pasó los remos por las argollas y comenzó a remar.

—No vayas demasiado rápido —dijo Rain—. O te saldrán ampollas.

Una embarcación, que podría haber sido la Patrulla del Lago, pasó en una

ocasión, pero a excepción de esto, nadie se acercó a ellos mientras cruzaban el estrecho a mar abierto. Luego los rascacielos se alzaron ocultando grandes porciones de la noche estrellada.

—Dicen que hay gente que nunca fue rescatada y que aún vive allí —susurró Lehi.

—¿Pero tú crees —dijo Rain con desdén— que puede quedar algo allí para que alguien sobreviva? Además, el agua está todavía demasiado salada y no se puede beber hasta que pase mucho tiempo.

—¿Y quién dice que están vivos? —susurró Deaver con su voz más misteriosa. Hace unos dos años, habría asustado a Lehi y le habría hecho abrir los ojos como platos. Pero ahora este se limitó a mirarle enojado.

—Venga, Deaver, que no soy un niño.

Sin embargo fue Deaver quien se estremeció ligeramente. Los enormes agujeros de los que habían caído trozos de cristal y plástico parecían bocas esperando a absorberle y engullirlo a las profundidades, hasta la ciudad de los ahogados. A veces soñaba con miles y miles de personas que vivían bajo el agua. Seguían conduciendo sus coches, se ocupaban de sus asuntos, compraban en tiendas, iban al cine. En sus sueños nunca hacían nada malo, se limitaban a ocuparse de sus asuntos. Pero siempre se despertaba sudando y asustado. Sin motivo. Simplemente le asustaba.

—Creo que deberían volar todas estas cosas antes de que se derrumben y maten a alguien —afirmó Deaver.

—Quizás es mejor dejarlas en pie —dijo Rain—. Quizás a mucha gente le gusta recordar a qué altura logramos llegar.

—¿Y qué hay que recordar? Construyeron edificios altos y luego dejaron que se inundaran, ¿de qué pueden sentirse orgullosos? —respondió Deaver.

Deaver intentaba que Rain no hablara sobre los viejos tiempos, pero a Lehi parecía gustarle abundar en el tema.

—¿Estuviste aquí en alguna ocasión antes de que llegara el agua? —preguntó Lehi.

Rain asintió.

—Vi una cabalgata justo por esta misma calle. No recuerdo si era la Tercera sur o la Cuarta sur. Supongo que era la Tercera. Vi una recua de veinticinco caballos desfilando todos untos. Recuerdo que pensé que era una pasada. No se veían muchos caballos por aquel entonces.

—Yo en cambio he visto demasiados —dijo Lehi.

—Los que odio son los que no veo —dijo Deaver—. Debería ser obligatorio que llevaran pañales.

Rodearon un edificio y enfilaron hacia un pasaje rumbo norte-sur entre dos torres. Rain estaba sentada en la popa y lo vio la primera.

—Allí está. Podéis verlo. Ahora sólo se ven las torres.

Deaver remó por el pasaje. Había seis agujas que sobresalían por encima del

agua, pero las cuatro más cortas estaban tan inclinadas que sólo los tejados puntiagudos parecían estar secos. Las dos torres altas tenían ventanas que no estaban cubiertas. Deaver estaba decepcionado. Que estuvieran así abiertas significaba que cualquiera podría haber entrado. Todo era menos peligroso de lo que había esperado. Quizás Rain tenía razón y allí no había nada.

Amarraron el bote en la cara norte y esperaron a que amaneciera.

—Si hubiera sabido que iba a ser tan fácil —dijo Deaver—, podría haber dormido otra hora.

—Duerme ahora —dijo Rain.

—Quizás lo haga —le respondió Deaver.

Se bajó del banco y se tumbó en el fondo del bote.

Sin embargo, no se durmió. La ventana abierta de la torre estaba sólo a unos pocos metros, un profundo agujero negro rodeado del gis del granito del templo iluminado por las estrellas. Estaba allí abajo, esperándole; su futuro, una oportunidad de conseguir algo mejor para él y para sus dos amigos. Quizás un trozo de tierra en el sur, donde hacía más calor y la nieve no se amontonaba un metro y medio cada invierno, y donde no había lluvia en el cielo y lago en cualquier dirección donde se mirase. Un lugar donde podría vivir mucho tiempo y echar la vista atrás y recordar buenos tiempos con sus amigos, todo eso le esperaba allí bajo el agua.

Por supuesto, nadie le había *contado* lo del oro. Fue en la carretera, en un pequeño bar en Parowan donde los camioneros sabían que podían parar porque la mina de hierro tenía unos turnos tan absurdos que los comedores nunca se cerraban. Incluso tenían café, caliente y amargo, porque no había muchos mormones por esos lares y los mineros no permitían que el Obispo los sometiera. De hecho allí le llamaban Juez en lugar de Obispo. Los otros conductores no hablaban con Deaver, claro está, hablaban unos con otros, cuando uno de ellos contó la historia sobre cómo los mormones, durante los días de la fiebre del oro, reunieron todo el oro que consiguieron y lo escondieron en las estancias superiores del templo, a las que tan sólo el profeta y doce apóstoles tenían acceso. Al principio Deaver no le creyó, aunque Bill Horne asentía como si supiera que era cierto, y Carl Silber dijo que a él nunca lo iban a pillar enredando en el templo mormón porque era la manera más sencilla de acabar muerto. La forma en la que hablaban, atemorizada y en voz baja, convenció a Deaver de que realmente lo creían, que era cierto, y también supo otra cosa: si alguien iba a lograr hacerse con ese oro, ese era él.

Incluso aunque *fuera* fácil llegar hasta allí, eso no significaba nada. Sabía qué sentimientos tenían los mormones por el templo. Había estado preguntando a la gente, pero nadie quería hablar sobre ello. Y nadie iba allí, tampoco; preguntó a mucha gente si en alguna ocasión habían navegado hasta allí para echar un vistazo, y todos se quedaban callados y sacudían las cabezas o cambiaban de tema. ¿Y por qué iba a vigilarlo la Patrulla del Lago si todo el mundo estaba demasiado asustado para ir? Bueno, todo el mundo a excepción de Deaver Teague y sus dos amigos.

—Muy bonito —dijo Rain.

Deaver se despertó. El sol brillaba sobre las montañas; debía de haber amanecido hacía ya tiempo. Miró en la misma dirección que los ojos de Rain. Era la torre Moroni en la cima de la montaña que dominaba la vieja capital, donde habían colocado la estatua del templo hacía unos años. Se veían brillantes y lustrosos el viejo tipo y su trompeta. Pero cuando los mormones creyeron que esa trompeta iba a sonar, esta permaneció en silencio y su fe se ahogó. Ahora Deaver sabía que sólo se aferraban a ella por respeto a los viejos tiempos. Bueno, Deaver vivía nuevos tiempos.

Lehi le enseñó cómo usar el material de inmersión y practicaron tirándose por la borda al agua un par de veces, una vez sin el cinturón de pesas y otra vez con él. Por supuesto, Deaver y Lehi nadaban como peces... la natación era el principal pasatiempo que todo el mundo podía practicar gratuitamente. Pero con las gafas y la boquilla de oxígeno era distinto.

—La boquilla sabe a pezuña de caballo —dijo Deaver entre las dos inmersiones.

Lehi comprobó que el cinturón de pesas de Deaver estaba bien ajustado.

—Tú eres el único tipo en la Isla Oquirrh que lo sabe.

A continuación se dejó caer del barco. Deaver se tiró también recto y la botella de oxígeno le golpeó ligeramente la cabeza, pero no le hizo demasiado daño y no se le cayó la linterna.

Nadó alrededor del templo, iluminando las piedras con su luz. Infinidad de plantas acuáticas brotaban a los lados del templo, pero aún no lo habían cubierto del todo. Había una enorme placa metálica justo en la fachada del edificio, a un tercio de la altura total del mismo. LA CASA DEL SEÑOR, decía. Deaver la señaló para mostrársela a Lehi.

Cuando subieron de nuevo al bote, Deaver preguntó sobre la placa.

—Parecía dorada —afirmó Deaver.

—Antes había otra placa allí —dijo Rain—. Era un poco diferente. Quizás esa sí fuera de oro. Pero esta es de plástico. Lo hicieron para que el templo siguiera teniendo una placa, supongo.

—¿Estás segura de eso?

—Recuerdo cuando la pusieron.

Por fin Deaver se sintió lo suficientemente seguro para bajar al templo. Tuvieron que quitarse las aletas para escalar por la ventana de la torre; Rain se las lanzó después. A la luz del día no había nada de aterrador en la ventana. Se sentaron en el alféizar, mientras el agua les golpeaba los pies y allí se pusieron las aletas y las botellas. A mitad de los preparativos, Lehi se detuvo. Simplemente se quedó sentado.

—No puedo hacerlo —dijo.

—No hay nada que temer —dijo Deaver—. Venga, no hay fantasmas ni ninguna otra cosa ahí abajo.

—No puedo —dijo Lehi.

—Será lo mejor para ti —exclamó Rain desde el bote.

Deaver se giró para mirarla.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que no deberíais hacerlo.

—¿Entonces por qué me has traído hasta aquí?

—Porque tú querías que lo hiciera. No tenía sentido.

—Es tierra sagrada, Deaver —dijo Rain—. Lehi así lo siente. Por eso no va a bajar.

Deaver miró a Lehi.

—Es que no me parece bien —dijo Lehi.

—Son sólo piedras —dijo Deaver.

Lehi no dijo nada. Deaver se puso las gafas, cogió una linterna, se colocó la boquilla en la boca y saltó.

Pero el suelo estaba tan sólo a treinta centímetros. Le pilló totalmente por sorpresa; se cayó y se quedó sentado sobre su trasero en cuarenta y cinco centímetros de agua. Lehi se sorprendió igualmente, pero después rompió a reír, y Deaver también se rió.

Deaver se puso en pie y comenzó a chapotear en busca de las escaleras. Casi no podía dar un paso, las aletas le obligaban a avanzar muy lentamente.

—Anda hacia atrás —sugirió Lehi.

—¿Y entonces cómo se supone que veo hacia dónde voy?

—Mete la cabeza bajo el agua y mira, cara de ladilla.

Deaver metió la cabeza en el agua. Sin el reflejo de la luz diurna sobre la superficie podía ver bien. Allí estaban las escaleras.

Se levantó y miró a Lehi. Lehi sacudió la cabeza. Seguía convencido de no ir.

—Como quieras —dijo Deaver. Avanzó hacia atrás por el agua hasta el escalón superior. Luego se colocó la boquilla y bajó.

No era fácil bajar por las escaleras. Son sencillas cuando no se flota, pensó Deaver, pero una verdadera lata cuando se bajan golpeando las botellas contra el techo. Finalmente pensó que podía agarrarse de la barandilla e impulsarse hacia abajo. Las escaleras giraban interminables. Cuando acabaron, vio que un montón de basura se había apilado a los pies de la escalera, bloqueando parcialmente la puerta. Buceó por encima de la basura, que parecía estar compuesta de virutas de metal y astillas de madera, y llegó a una estancia más amplia.

La linterna no alumbraba muy lejos a través del agua turbia, así que buceó hasta las paredes, recorriéndolas de arriba abajo. Allí el agua estaba fría, y se movió más rápido para mantenerse caliente. Había hileras de ventanas arqueadas a ambos lados, con hileras de ventanas circulares sobre ellas, pero habían sido recubiertas con madera desde el exterior y la única luz era la de la linterna de Deaver. Finalmente, tras recorrer un par de veces la estancia y el techo, llegó a la conclusión de que tan sólo era una habitación grande, y que a excepción de la basura que cubría el suelo, se

encontraba vacía.

Ya en ese momento sintió la punzada de la decepción. Se obligó a ignorarla. Después de todo, no iba a estar justamente aquí fuera en una habitación tan grande como esta, ¿no es así? Debía ser un tesoro secreto.

Había un par de puertas. La pequeña en medio de una de las paredes estaba abierta. En otro tiempo unas escaleras habían conducido a ella. Deaver nadó hacia allí e iluminó el interior. Sólo era otra habitación, más pequeña en esta ocasión. Encontró otras dos habitaciones, pero habían sido despojadas de todo hasta la roca viva. No había nada.

Probó a examinar algunas de las piedras en busca de puertas secretas, pero se cansó rápidamente... la linterna no iluminaba lo suficiente para encontrar alguna fina grieta, aunque estuviera allí. Ahora la decepción se hizo real. Mientras buceaba, comenzó a preguntarse si tal vez los camioneros sabían que les estaba escuchando. Tal vez se lo inventaron todo sólo para que él picara y lo hiciera. Una broma, aunque no le verían hacer el ridículo.

Pero no, no, no podía ser. Ellos lo creían, seguro que sí. En todo caso, ahora sabía lo que ellos no sabían. Fuera lo que fuese que hicieran los mormones allí en los viejos tiempos, no había ningún oro en los pisos de arriba. Por ahí se esfumaba su futuro. Pero qué demonios, se dijo, he llegado hasta aquí, lo he visto, y encontraré alguna otra cosa. No hay razón para desanimarse.

No intentaba engañarse, y no había nadie más allí a quien poder engañar. Era un trago amargo. Había pasado mucho tiempo pensando en los lingotes de oro o las bolsas llenas del precioso metal. Siempre se lo había imaginado escondido tras una cortina. Se veía descorriendo la cortina y reflotando el tesoro... y habría bolsas llenas de oro, y simplemente las sacaría y eso sería todo. Pero no encontró ninguna cortina, no había escondrijos secretos, no había nada en absoluto, y si tenía un futuro, tendría que buscárselo en otro lugar. Regresó nadando a la puerta que daba a las escaleras. En ese momento pudo ver mejor la montaña de basura, y se le ocurrió preguntarse cómo habría llegado hasta allí. Si uno está escondiendo un tesoro, no lo deja en bolsas o lingotes, lo deja por cualquier sitio, como si fuera basura para asegurarse de que la gente no lo toque.

Reunió todas las piezas metálicas y finas que pudo transportar en una mano y nadó cuidadosamente subiendo por el hueco de la escalera. Lehi tendría que bajar con él ahora y ayudarlo a subirlo; podían hacer bolsas con sus camisas y transportar muchas en cada viaje.

Sacó la cabeza del agua y luego avanzó hacia atrás los últimos escalones y cruzó el suelo sumergido. Lehi estaba aún sentado en el alféizar, y Rain estaba allí a su lado, con los pies desnudos colgando en el agua. Cuando llegó allí se giró y les mostró el metal que llevaba en las manos. No podía ver bien sus rostros, porque la parte externa de las gafas estaba empañada con el agua y le reflejaba la luz del sol.

—Te has arañado la rodilla —dijo Rain.

Deaver le pasó la linterna y, cuando tuvo la mano libre, se quitó las gafas y los miró. Estaban muy serios. Volvió a mostrarles las piezas de metal.

—Mirad lo que he encontrado allá abajo.

Lehi cogió un par de piezas. Rain no apartaba la mirada del rostro de Deaver.

—Son sólo latas viejas, Deaver —dijo Lehi en voz baja.

—No, no lo son —dijo Deaver.

Pero entonces miró el puñado de piezas de metal y se dio cuenta de que era cierto. Habían sido cortadas por un lado y presionadas hasta dejarlas planas, pero sin duda eran latas.

—Hay algo escrito en ellas —dijo Lehi—. Dice: «Amado Señor, cura a mi chica Jenny, por favor Te lo pido».

Deaver depositó el montón de latas sobre el alféizar. Luego cogió una, la giró y encontró las palabras. «Perdona mi adulterio, no volveré a pecar».

Lehi leyó otro. «Que mi chico regrese sano y salvo de las llanuras, oh, Dios Mío».

Cada mensaje había sido marcado con una uña o un trozo de cristal, y las letras estaban toscamente escritas.

—La gente solía rezar todo el día en el templo y traía nombres escritos y rezaban en el templo por ellos —dijo Rain—. Ya nadie reza aquí, pero aun así la gente sigue trayendo los nombres. Escritos en metal para que duren.

—No deberíamos leerlas —dijo Lehi—. Deberíamos devolverlas a su sitio.

Había cientos de ellas, o tal vez miles de esas plegarias metálicas allá abajo. Deaver pensó que la gente debía de acudir allí constantemente. Los mormones debían tener un tráfico regular de gente que iba allí para depositar esas cosas. Pero nadie se lo había dicho.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó a Rain.

Rain asintió.

—Tú las has traído aquí, ¿verdad?

—Algunas... A lo largo de los años.

—Tú sabías lo que había ahí abajo.

Ella no respondió.

—Te advertió que no vinieras —apostilló Lehi.

—¿Tú también lo sabías, Lehi?

—Sabía que la gente venía, pero no sabía lo que hacían.

Y Deaver, de repente, se dio cuenta del enorme alcance de todo ello. Lehi y Rain, ambos lo sabían. Todos los mormones lo sabían, entonces. Todos lo sabían, y él les había preguntado en innumerables ocasiones, y nadie se lo había dicho. Ni siquiera sus amigos.

—¿Por qué dejasteis que viniera aquí?

—Intentamos detenerte —dijo Rain.

—¿Por qué no me lo contasteis?

Ella le miró a los ojos.

—Deaver, habrías pensado que te estaba dando largas. Y te habrías reído de esto si te lo hubiera contado. Pensé que era mejor que lo vieras por ti mismo. Pensé que así tal vez dejarías de ir por ahí diciéndole a la gente lo idiotas que son los mormones.

—¿Piensas que haría eso? —sostuvo en alto otra plegaria metálica y la leyó en voz alta—: «Ven rápido, Jesús, antes de que muera» —la sacudió frente a ella—. ¿Crees que me reiría de esta gente?

—Te ríes de todo, Deaver —exclamó Lehi.

Deaver miró a Lehi. Lehi nunca antes le había dicho algo así. Deaver nunca se reiría de algo realmente importante. Y esto era realmente importante para ellos, para los dos.

—Esto es vuestro —dijo Deaver—. Todo esto es vuestro.

—Nunca dejé una plegaria aquí —dijo Lehi.

Pero cuando Deaver dijo *vuestro* no quería referirse sólo a ellos, a Lehi y Rain. Se refería a todos ellos, a toda la gente del Mar Mormón, a todos los que lo habían sabido y nunca se lo habían contado, a pesar de que les había preguntado en repetidas ocasiones. Todas las personas que vivían allí.

—Vine para encontrar algo para mí aquí, y vosotros sabíais todo el tiempo que ahí abajo tan sólo había cosas *vuestras*.

Lehi y Deaver se miraron, luego volvieron a mirar a Deaver.

—No son nuestras —dijo Rain.

—Yo había estado aquí —dijo Lehi.

—Son vuestras cosas —se sentó en el agua y comenzó a quitarse el equipo de inmersión.

—No te enfades —dijo Lehi—. Yo no lo sabía.

—Sabías más de lo que me contaste. Durante todo este tiempo pensé que éramos amigos, pero no era cierto. Vosotros dos teníais este lugar en común, con todos los demás, pero no conmigo. Todos menos yo.

Lehi llevó las piezas metálicas con cuidado hasta las escaleras y las lanzó. Se hundieron de inmediato, cayeron y ocuparon su lugar sobre el montón de súplicas.

Lehi remó a través de los rascacielos hacia el lado oriental de la vieja ciudad, y luego Rain encendió el motor y se deslizaron por la superficie del lago. La Patrulla del Lago no los vio, pero Deaver ahora sabía que no importaba demasiado si los veían. La Patrulla del Lago estaba formada principalmente por mormones. Sin duda estaban al corriente del tipo de tráfico que había allí, y permitían que ocurriera siempre que fuera de forma discreta. Probablemente sólo paraban a las personas que no estaban allí para eso.

Durante todo el camino de regreso a Magna para devolver el material de inmersión, Deaver permaneció sentado en la parte delantera del bote, sin hablar con los otros. Donde Deaver estaba sentado, la proa del barco parecía curvarse bajo su cuerpo. Cuanto más rápido iban, más parecía que la barca flotara por encima del agua. Simplemente se deslizaban por encima de la superficie, sin atravesarla muy

profundamente, formando algunas olas, pero el agua siempre volvía a alisarse.

Sentía cierta pena por aquellas dos personas sentadas en la popa del barco. Seguían viviendo en la ciudad sumergida, pertenecían a ese lugar, y el hecho de no poder ir allí les rompía el corazón. Pero no a Deaver. Su ciudad ni tan siquiera había sido construida aún. Su ciudad era el mañana.

Había conducido una furgoneta de recogida de chatarra y vivido en un cuartucho demasiado tiempo. Quizás se marchara al sur, a las Tierras de Nuevo Suelo. Quizás pudiera hacerse con un trozo de tierra. Ser propietario de algo, cultivar la tierra, quizás podría llegar a formar parte de aquel lugar. En cuanto a aquí, bueno, nunca perteneció a este lugar, del mismo modo que jamás formó parte de las casas de acogida y colegios a lo largo de su vida, sólo fueron una parada más durante un año, o dos, o tres; lo supo en todo momento. Nunca hizo amigos aquí, pero eso era lo que quería. No estaría bien hacer amigos, porque tendría que irse y los decepcionaría. No veía nada bueno en hacerle eso a la gente.

3

PAOLO BACIGALUPI

Gente de arena y escoria

[The People of Sand and Slag]

Paolo Bacigalupi es autor de varios relatos breves publicados en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, *Asimov's*, y en las antologías *Logorrhea* y *Fast Forward*. Su relato «Calorie Man» ganó el Theodore Sturgeon Memorial Award en el 2006, y fue nominado para el Hugo. En el 2007, un relato ambientado en el mismo mundo, «Yellow Card Man», también fue nominado para el Hugo, y sirve de base para una novela en curso. «The People of Sand and Slag», que apareció por primera vez en 2004, quedó finalista en los premios Hugo y los Nebula. Una colección de relatos cortos de Bacigalupi, *Pump Six and Other stories*, está disponible en las librerías desde febrero de 2008.

Bacigalupi afirma que para esta historia se inspiró en un perro salvaje que vivía en el Pozo Berkeley de la Atlantic Richfield Company, un depósito de desechos tóxicos a las afueras de Butte, Montana. Era demasiado salvaje para que pudieran atraparlo, pero aceptaba la comida que le dejaban, y de alguna manera logró sobrevivir a pesar del ácido sulfúrico y los metales pesados que contaminaban su entorno.

Ambientada en un futuro lejano y con personajes escasamente reconocibles como humanos, «La gente de arena y escoria» reflexiona sobre la humanidad, el progreso tecnológico y nuestro amor por las soluciones simples para problemas complejos.

Gente de arena y escoria

—¡Movimiento hostil! ¡Dentro del perímetro! ¡Bien adentro!

Me quité las gafas de inmersión sensorial mientras la adrenalina me recorría todo el cuerpo. El paisaje virtual que había estado a punto de arrasarse desapareció y fue reemplazado por las múltiples vistas de nuestra sala de control de operaciones mineras de la SesCo. En la pantalla, el rastro rojo fosforescente de un intruso se deslizaba por un mapa del terreno, una gota caliente como sangre derramándose hacia el Pozo 8.

Jaak había salido ya de la sala de control. Corrí a por mi equipo.

Alcancé a Jaak en el cuarto de equipamiento, cuando estaba cogiendo una TS-101 y algunos cartuchos detonadores y se enfundaba el exoesqueleto de impacto sobre su cuerpo tatuado. Se colgó en bandolera sobre sus enormes hombros unas cuantas mochilas de regeneración y corrió a las taquillas exteriores. Me ajusté mi propio exoesqueleto, tomé la 101 de la armería, comprobé que estaba cargada y le seguí.

Lisa ya estaba en el HEV, y las turbohélices aullaban como *banshees* cuando la trampilla se despresurizó. Unos centauros centinelas me apuntaron con sus 101, luego se relajaron cuando los datos sobre el tipo de blanco amigo/hostil se cargaron en sus Visores frontales. Salí disparado por el asfalto con la piel de gallina y azotado por el gélido viento de Montana y la estela del chorro a propulsión de los motores del Hentasa Mark V. Sobre nuestras cabezas, las nubes brillaban anaranjadas reflejando las luces de los robots mineros de la SesCo.

—¡Vamos, Chen! ¡Muévete! ¡Muévete! ¡Muévete!

Me zambullí en el cazador. La nave se impulsó a los cielos. Se ladeó y me lanzó contra una mampara, luego los motores Hentasa giraron en amplios círculos y el cazador salió propulsado hacia delante. La portezuela del HEV se deslizó hasta cerrarse. El aullido del viento enmudeció.

Avancé con dificultad hacia la cabina de vuelo y eché un vistazo por encima de los hombros de Jaak y Lisa hacia el paisaje.

—¿Qué tal la partida? —preguntó Lisa.

—Estaba a punto de ganar —exclamé con una mueca—. Llegué hasta París.

Atravesamos la niebla que cubría los lagos de la cuenca, surcándolos a unos centímetros del agua, hasta llegar a la otra orilla. El cazador se tambaleaba porque el software antichoque corregía su rumbo bruscamente y nos alejaba del terreno accidentado. Lisa anuló los ordenadores y forzó a la nave a bajar casi hasta el suelo, tan bajo que podría haber extendido los brazos y arrastrado las manos por el pedregal mientras gritábamos.

Las alarmas aullaban. Jaak las apagó mientras Lisa forzaba al cazador a volar aún más bajo. Delante de nosotros se cernía la cresta de una montaña de relave. Rozamos la cumbre dejando una marca en una de las caras y bajamos en caída espeluznante

hasta el siguiente valle. Los motores Hentasa temblaban cuando Lisa los forzaba hasta los límites de su amortiguación. Nos lanzamos hacia arriba y sobrevolamos otra cima. Frente a nosotros, el desgarrado paisaje escarpado de las montañas mineras se extendía por el horizonte. Volvimos a zambullirnos en la niebla y nos deslizamos a baja altura sobre otro lago de la cuenca, dejando una espumosa estela en las espesas aguas doradas.

Jaak estudió los escáneres del cazador.

—Ya lo tengo —sonrió—. El blanco se mueve, aunque de forma muy lenta.

—Contacto en un minuto —anunció Lisa—. No se ha detectado ninguna táctica defensiva.

Observé al intruso en las pantallas de rastreo; mostraban los datos a tiempo real que nos suministraban los satélites de la SesCo.

—Ni siquiera es un objetivo camuflado. Podríamos haberle enviado un mini desde la base si hubiéramos sabido que no iba a jugar al escondite.

—Podrías haber acabado tu partida —dijo Lisa.

—Aún estamos a tiempo de bombardearlo —sugirió Jaak.

—No, echemos un vistazo —dije, sacudiendo la cabeza—. Si lo fulminamos nos quedamos con las manos vacías y Bunbaum querrá saber para qué hemos movilizado el cazador.

—Treinta segundos.

—Le daría igual, como si alguien que yo me sé no hubiera sacado ya un cazador para darse una vueltecita por Cancún —dijo Jaak.

—Me apetecía nadar —dijo Lisa encogiéndose de hombros—. Era eso o partiros las piernas.

El caza se deslizó por otra cadena de crestas.

—El blanco se mueve —dijo Jaak observando su monitor—. Sigue avanzando lentamente. Lo cogeremos.

—Quince segundos para el salto —anunció Lisa.

Se desabrochó el cinturón y pasó al control de software. Los tres nos abalanzamos hacia la escotilla mientras el HEV se empinaba repentinamente hacia el cielo; el piloto automático intentaba desesperadamente alejarse del espeluznante peligro de las rocas bajo su barriga.

Saltamos por la escotilla, uno, dos, tres, cayendo como Ícaros. Impactamos contra el suelo a cientos de kilómetros por hora. Nuestros exoesqueletos explotaron como si fueran de cristal, lanzando los fragmentos al cielo. Las esquirlas llovieron a nuestro alrededor, negros pétalos metálicos que burlaban el radar y la detección térmica de nuestro enemigo mientras rodábamos vulnerables a trompicones en el pedregoso barrizal.

El cazador pasó a toda velocidad por encima de la cumbre, los Hentosas aullaban dirigiéndose a toda prisa hacia el objetivo. Me incorporé lentamente y corrí hacia la cumbre, chapoteando en barro de relave amarillo y restos de nieve sucia. A mis

espaldas, Jaak yacía en el suelo con los brazos destrozados. Las escamas de su exoesqueleto marcaban por dónde había rodado su cuerpo, un largo rastro de metal negro brillante. Lisa yacía unos cien metros más allá, un fémur le había atravesado el muslo como un brillante y blanco signo de exclamación.

Llegué a la cumbre y observé el valle.

Nada.

Aumenté el amplificador de visión del casco. Las monótonas laderas de desechos de relave se expandían a mis pies. Rocas, algunas tan grandes como nuestro HEV, algunas agrietadas y reventadas con potentes explosivos, compartían las laderas con el esquisto y la fina arenilla de material de desecho de las operaciones de la SesCo.

Jaak se deslizó a mi lado, seguido unos segundos después por Lisa, con el pantalón del uniforme de vuelo desgarrado y ensangrentado. Se limpió el barro amarillento del rostro y se lo comió mientras observaba el valle.

—¿Hay algo?

—Nada todavía —dije sacudiendo la cabeza—. ¿Estás bien?

—Es un corte limpio.

—¡Allí! —exclamó Jaak, señalando.

Abajo, en el valle, algo corría perseguido por el cazador. Se escabulló por un riachuelo poco profundo, viscoso por el ácido del relave. La nave lo dirigió en nuestra dirección. Nada. Ningún fuego de misil. Nada de juego sucio. Sólo la criatura corriendo. Una masa de pelo enmarañado. Cuadrúpeclo. Cubierto de barro.

—¿Es algún tipo de biomáquina? —me pregunté.

—No tiene manos —murmuró Lisa.

—Ni ninguna clase de equipamiento.

—¿Qué tipo de cabrón enfermo construye una biomáquina sin manos? —susurró Jaak.

—¿Un reclamo, quizás? —pregunté inspeccionando las crestas cercanas.

Jaak comprobó los datos escaneados y transmitidos por los instrumentos más penetrantes del cazador.

—No lo creo. ¿Podemos hacer que el cazador se eleve? Quiero echar un vistazo a los alrededores.

Tras la orden de Lisa, el cazador tomó altura permitiendo así que sus sensores tuvieran un alcance más amplio. El aullido de sus turbohélices fue silenciándose a medida que ganaba altitud.

Jaak aguardó mientras aparecían más datos en su visor frontal.

—No, nada. Y tampoco hay nuevas alertas de ninguna de las estaciones del perímetro. Estamos solos.

—Deberíamos haber enviado sólo un mini desde la base —dijo Lisa sacudiendo la cabeza.

Abajo en el valle la precipitada carrera de la biomáquina se ralentizó hasta convertirse en un trote. Parecía no haber notado nuestra presencia. Ahora se

encontraba más cerca y podíamos distinguir su forma: era un cuadrúpedo peludo con una cola. De sus patas colgaban mechones de pelo, como ornamentos apelmazados con terrones de barro de relave. Tenía las patas manchadas por los ácidos de los estanques de la cuenca, como si hubiera estado cruzando ríos de orina.

—Sin duda es una biomáquina horrenda —dije.

—Biopapilla cuando haya acabado con ella —dijo Lisa colocándose la 101 sobre el hombro.

—¡Espera! —exclamó Jaak—. ¡No lo extermines!

—¿Qué ocurre ahora? —le espetó Lisa con expresión irritada.

—No es una biomáquina —susurró Jaak—. Es un perro.

Se enderezó repentinamente y corrió colina abajo hacia el pedregal, en dirección al animal.

—¡Espera! —gritó Lisa, pero Jaak ya estaba totalmente expuesto y se esfumó a velocidad máxima.

El animal miró a Jaak, que bajaba gritando y aullando por la ladera, luego se giró y corrió. No podía competir con Jaak. Medio minuto más tarde Jaak alcanzó al animal.

Lisa y yo intercambiamos miradas.

—Bueno —dijo ella—, es terriblemente lenta si se trata de una biomáquina. He visto centauros andar más rápido.

Cuando llegamos al lugar donde estaban Jaak y el animal, Jaak ya lo tenía acorralado en un oscuro barranco. El animal estaba en el centro de una pequeña cascada de agua turbia, sacudiéndose y gruñendo y enseñándonos los dientes mientras le rodeábamos. Intentó romper el cerco, pero Jaak lo mantuvo acorralado sin dificultad.

De cerca, el animal parecía incluso más patético que a distancia, un sarnoso de unos treinta kilos que no hacía otra cosa más que gruñir. Sus patas estaban heridas y sangraban y había perdido matas de pelo que dejaban al aire quemaduras químicas infectadas.

—Por todos los demonios —susurré mirando al animal—. Parece realmente un perro.

—Es como encontrar un maldito dinosaurio —dijo Jaak sonriendo.

—¿Cómo ha logrado vivir aquí fuera? —dijo Lisa barriendo con el brazo el horizonte—. No hay nada para sobrevivir. Debe de ser un espécimen modificado —lo estudió con detenimiento y luego miró a Jaak—. ¿Estás seguro de que no hay nada que esté penetrando el perímetro? ¿No es alguna especie de reclamo?

—Nada —dijo Jaak sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera un atisbo.

Me incliné hacia la criatura. Su boca estaba congelada en un rictus de odio.

—Está bastante maltrecho. Quizás es real.

—Oh, sí —confirmó Jaak—, sin duda es real. Vi una vez un perro en un zoológico. Os lo aseguro, esto es un perro.

—No es posible —dijo Lisa sacudiendo la cabeza—. Estaría muerto si fuera un perro de verdad.

—Ni hablar —dijo Jaak sonriendo y sacudiendo la cabeza—. Míralo.

Extendió el brazo para apartar el pelo del rostro del animal y enseñarnos el hocico.

El animal se abalanzó y hundió los dientes en el brazo de Jaak. Después sacudió el brazo violentamente, gruñendo, mientras Jaak observaba a la criatura aferrada a su carne. Sacudía la cabeza hacia delante y hacia atrás, intentando arrancarle el brazo. La sangre brotó a borbotones alrededor del hocico cuando sus dientes perforaron las arterias de Jaak.

Jaak se rió. Dejó de sangrar.

—Maldita sea. Mirad esto —levantó el brazo hasta que el animal quedó colgando fuera del agua, empapado—. Tengo una mascota.

El perro colgaba del grueso brazo de Jaak. Intentaba sacudirlo una y otra vez, pero sus movimientos resultaban inútiles ahora que colgaba sin tocar el suelo.

Incluso Lisa sonrió.

—Debe de ser un bajón despertarte y descubrir que eres el último eslabón en tu cadena evolutiva.

El perro gruñó, decidido a continuar colgado.

Jaak se rió y sacó su cuchillo de monomol.

—Ahí tienes, perrito —Jaak se cercenó el brazo, dejándolo en la desconcertada boca del animal.

—¿Crees que podemos sacar algo de dinero por él? —dijo Lisa ladeando la cabeza.

—Leí en algún sitio que antes se comían a los perros —dijo mientras observaba cómo el perro devoraba su brazo cercenado—. Me pregunto a qué saben.

Comprobé la hora en mi visor frontal. Ya habíamos desperdiciado una hora en una práctica que no iba a reportarnos ningún punto extra.

—Coge a tu perro, Jaak, y súbelo al cazador. No vamos a comérselo hasta que llamemos a Bunbaum.

—Probablemente lo catalogue como propiedad de la empresa —se quejó Jaak.

—Sí, eso es lo que siempre ocurre. Pero aun así tenemos que informar. Será mejor que conservemos las pruebas, ya que no lo hemos exterminado.

Esa noche cenamos arena. Fuera de la seguridad del búnker los robots mineros traqueteaban de un lado a otro, horadando más y más la tierra, convirtiéndola en un puré de relave y ácido mineral que dejaban en charcas expuestas cuando golpeaban el nivel freático, o apilaban en montañas de trescientos metros de altura de desecho mineral. Era reconfortante oír esas máquinas circulando de un lado a otro durante todo el día. Sólo tú, los robots y las ganancias, y si no se oían detonaciones mientras

te tocaba la guardia, siempre tenía uno ese acompañamiento extra.

Después de la cena nos sentamos y realizamos incisiones en la piel de Lisa para implantarle cuchillas en sus extremidades, de manera que al moverse fuera como un filo de cuchillo en cualquier dirección. Ella había pensado que fueran de monomol, pero con ese material sería muy fácil cortarse una extremidad accidentalmente y ya perdíamos suficientes partes del cuerpo como para añadir más leña al fuego. Ese tipo de basura era para gente que no tuviera que trabajar: estetas de la ciudad de Nueva York y California.

Lisa tenía un equipo DecoraDerm para incisiones. Lo compró la última vez que nos marchamos de vacaciones y tuvo que emplear un buen dinero extra para hacerse con él, en lugar de comprarse un barato modelo de los que tanto abundan. Nos dedicamos a cortar su piel y su carne hasta el hueso y colocar las cuchillas. Un amigo nuestro en L.A. decía que sólo celebraba fiestas DecoraDerm para que todo el mundo pudiera hacerse sus modificaciones y ayudarse unos a otros a llegar a los lugares del cuerpo más difíciles de alcanzar.

Lisa me había implantado una columna vertebral brillante, una preciosa línea de luces de aterrizaje color lima que me recorría toda la espalda desde la rabadilla hasta la base del cráneo, así que no me importó ayudarla, pero Jaak, que se hacía todas las modificaciones en un viejo estudio de cicatrices y tatuajes de Hawai, no estaba tan conforme. Era un poco frustrante porque la carne de Lisa intentaba cerrarse antes de colocar las cuchillas, pero finalmente cogimos el ritmo y una hora más tarde comenzaba a tener un buen aspecto.

Cuando acabamos el diseño frontal de Lisa, nos sentamos a su alrededor y la alimentamos. Tenía junto a mí un cuenco de barro de relave que rocié en su boca para acelerar el proceso de integración. Cuando no la alimentábamos, vigilábamos al perro. Jaak lo había metido en una jaula improvisada en una esquina de la sala común. Allí permanecía inmóvil, como si estuviera muerto.

—He comprobado su ADN —dijo Lisa—. Es realmente un perro.

—¿Bunbaum te ha creído?

—¿Tú qué crees? —respondió lanzándome una mirada asesina.

Me reí. En SesCo se esperaba que los responsables de defensa táctica fueran rápidos, flexibles y mortíferos, pero la realidad era que nuestro Procedimiento Operativo Estándar siempre era el mismo: lanzar bombas a intrusos, destruir los restos hasta derretirlos para evitar que volvieran a desarrollarse, e irse a la playa de vacaciones. Éramos independientes y responsables de las decisiones tácticas, pero no había ninguna posibilidad de que SesCo creyera que sus soldados de exterminación habían encontrado un perro entre sus montañas de relave. Lisa asintió.

—Bunbaum quería saber cómo demonios un perro podía haber sobrevivido aquí —dijo—. Luego me preguntó por qué no lo habíamos detectado antes. Quería saber para qué nos paga —se apartó su corto flequillo de la cara y miró al animal—. Debería haberlo exterminado.

—¿Qué quiere que hagamos? —pregunté.

—No está en el manual. Volverá a llamarnos.

Examiné al animal tullido.

—Me gustaría saber cómo ha sobrevivido. Los perros comen carne, ¿verdad?

—Quizás algunos de los operarios le daban carne. Como hizo Jaak.

—No lo creo —dijo Jaak sacudiendo la cabeza—. El cabrón vomitó mi brazo casi en el mismo momento que acabó de comérselo —meneó su nuevo muñón que volvía a crecer rápidamente—. No creo que nuestra carne sea compatible con él.

—Pero nosotros sí podríamos comérselo, ¿verdad? —pregunté.

Lisa se rió y engulló una cucharada de relave.

—Nosotros podemos comer cualquier cosa, estamos en lo más alto de la cadena alimenticia.

—Es raro que no pueda comernos.

—Probablemente tengas más mercurio y plomo corriendo por tus venas de los que pudiera tener jamás cualquier animal anterior a la tecnología weevil^[4].

—¿Y esas sustancias son malas?

—Solían ser venenos.

—Qué raro.

—Creo —siguió Jaak— que puedo habérmelo cargado cuando lo metí en la jaula —examinó al animal con expresión seria—. No se mueve como antes. Y escuché un chasquido cuando lo embuté ahí dentro.

—¿Y qué?

—Que no creo que se esté curando —dijo Jaak encogiéndose de hombros.

El perro realmente parecía estar un tanto perjudicado. Se limitaba a yacer allí, con los flancos moviéndose arriba y abajo como un fuelle. Tenía los ojos entrecerrados, pero no parecía enfocarlos en ninguno de nosotros. Cuando Jaak hizo un movimiento repentino, dio una sacudida, pero no se puso en pie. Ni siquiera aulló.

—Nunca me imaginé que un animal pudiera ser tan frágil —dijo Jaak.

—Tú también eres frágil —dije—. No es ninguna sorpresa.

—Sí, pero sólo le he roto un par de huesos y mira cómo está. No hace nada más que estar ahí tumbado, jadeando.

—No se cura —dijo Lisa frunciendo el ceño pensativamente. Se incorporó, se puso en pie con dificultad y se acercó a la jaula para mirar. Su voz sonaba excitada—. Es un perro de verdad. Es como éramos nosotros antiguamente. Podría llevarle semanas curarse. Un hueso roto, y no lo cuenta.

Alargó una mano con cuchilla incorporada, la introdujo en la jaula y realizó un fino corte en una de las patas. Comenzó a sangrar, y siguió sangrando. Tardó varios minutos en empezar a coagularse. El perro yacía inmóvil y jadeaba, claramente exhausto. Lisa se rió.

—Es difícil imaginar cómo hemos podido vivir lo suficiente para evolucionar desde ese estadio —dijo—. Si le cortas las patas, no le vuelven a crecer —ladeó la

cabeza fascinada—. Es tan delicado como una roca. Si lo rompes, ya no vuelve a unirse —alargó la mano para acariciar el pelaje enmarañado del animal—. Es tan fácil de matar como el cazador.

El comunicador pitó. Jaak fue a contestar.

Lisa y yo miramos al perro, nuestra pequeña ventana particular a la prehistoria.

—Bunbaum ha enviado a un biólogo para echarle un vistazo —anunció Jaak cuando regresó a la sala.

—Quieres decir un bio-ingeniero —le corregí.

—No. Biólogo. Bunbaum dice que estudian a los animales.

Lisa se sentó. Comprobé sus cuchillas para ver si se le había soltado alguna.

—Ése sí que es un trabajo sin salidas.

—Supongo que los clonan a partir del ADN. Estudian lo que hacen. La conducta y ese tipo de mierdas.

—¿Y quién los contrata?

—La Fundación Pau tiene a tres en plantilla —dijo encogiéndose de hombros—. Especialistas en el origen de la vida. A uno de esos es a quien han enviado. Mushinoséqué. No me quedé con su nombre.

—¿El origen de la vida?

—Sí, ya sabes, lo que hace que funcionemos. Lo que hace que estemos vivos. Ese tipo de cosas —explicó Jaak.

Vertí un puñado de barro de relave en la boca de Lisa. Lo engulló agradecida.

—El barro es lo que nos hace estar vivos —dije.

—Pero no hace estar vivo a ese perro —dijo meneando la cabeza hacia el perro. Entonces, los tres miramos al animal—. Es difícil saber lo que le hace vivir.

Lin Musharraf era un tipo bajito con pelo negro y una nariz ganchuda que le llenaba el rostro. Se había esculpido la piel con diseños en espiral de implantes brillantes, de manera que reflejaba espirales de cobalto en la oscuridad cuando saltó del HEV contratado.

Los centauros enloquecieron alrededor del visitante no autorizado y lo acorralaron contra su nave. Lo rodearon a él y a su equipo de ADN, olisqueándolo, escaneando su maleta, apuntando con los 101 a su brillante rostro mientras le enseñaban los dientes.

Le dejé que sudara un minuto antes de quitárselos de encima. Los centauros se retiraron, rezongando y en círculos, pero no le exterminaron. Musharraf parecía agitado. No me extraña. Son monstruos aterradores: más grandes y rápidos que un hombre. Sus protocolos de conducta les hacen violentos, las actualizaciones de sensibilidad les proporcionan inteligencia para operar equipamiento militar, y su básica respuesta de lucha/huida es tan rudimentaria que sólo saben atacar cuando están siendo amenazados. He visto a un centauro partido por la mitad descuartizar a un hombre en cachitos con sus manos y luego unirse a un asalto de fortificaciones en cumbres enemigas, arrastrando su machacado esqueleto e impulsándose sólo con los

brazos. Son unas criaturas excelentes para que te guarden las espaldas cuando la escoria comienza a volar.

Saqué a Musharraf de la melé. Un lote completo de añadidos de memoria parpadeaba en la parte posterior de su cráneo: un ancho tubo de recepción de datos estaba conectado directamente al cerebro, sin protección antichoque. Los centauros podrían habérselo cargado con un golpe fuerte en la nuca. Quizás su corteza craneal se hubiera regenerado, pero nunca más hubiera podido ser la misma persona. Si se observaban las triples aletas parpadeantes de inteligencia plegadas en la parte posterior de su cabeza, se podía deducir que se trataba de la típica rata de laboratorio. Todo cerebro y ningún instinto de supervivencia. No me habría insertado extras de memoria en la cabeza ni por todos los triples bonos extra del mundo.

—¿Tenéis un perro? —preguntó Musharraf cuando estuvimos fuera del alcance de los centauros.

—Eso creemos —le conduje al interior del búnker, pasé por nuestra armería y sala de pesas hasta la sala común, donde teníamos guardado el perro. Éste nos miró cuando entramos, era el primer movimiento que hacía desde que Jaak lo metió en la jaula.

Musharraf se paró en seco y lo observó.

—Extraordinario.

Se arrodilló delante de la jaula del animal y abrió la puerta. Le acercó un manojito de bolitas. El perro se incorporó arrastrándose, Musharraf se echó hacia atrás, dejándole espacio, y el perro le siguió tenso y cauto, olisqueando las bolitas. Enterró el hocico en su mano morena, resoplando y engullendo bolitas.

—¿Y lo encontrasteis en las fosas de relave? —preguntó Musharraf levantando la mirada.

—Correcto.

—Extraordinario.

El perro se acabó las bolitas y olisqueó la palma buscando más. Musharraf se rió y se puso en pie.

—Ya no hay más. No ahora —abrió su equipo de ADN, sacó una jeringuilla de muestra y se la clavó al perro. El émbolo de la muestra se llenó de sangre. Mientras tanto, Lisa le observaba.

—¿Le hablas? —preguntó.

—Es un hábito —respondió Musharraf encogiéndose de hombros.

—Pero no entiende.

—Bueno, no, pero le gusta oír voces.

El émbolo de la jeringuilla se llenó totalmente. Extrajo la aguja, separó el émbolo con la muestra y lo colocó en el equipo. El software de análisis se encendió con un parpadeo y la sangre desapareció en el interior del equipo con una suave succión de vacío.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un perro —dijo Musharraf encogiéndose de hombros—. Los perros son así.

Todos fruncimos el ceño. Musharraf comenzó a realizar pruebas con la sangre, tarareando desafinadamente mientras trabajaba. Su equipo de ADN parpadeaba y chirriaba. Lisa le observó mientras realizaba las pruebas, claramente cabreada porque la SesCo hubiera enviado a una rata de laboratorio para volver a hacer unas pruebas que ella ya había hecho. Era fácil entender su irritación. Un centauro podría haber realizado esas pruebas de ADN.

—Estoy sorprendido de que hayáis encontrado un perro en vuestras fosas —susurró Musharraf.

—Íbamos a exterminarlo —dijo Lisa—, pero Bunbaum no nos dejó hacerlo.

—Qué considerado por vuestra parte —dijo Musharraf mirándola de reojo.

—Órdenes —respondió Lisa encogiéndose de hombros.

—Sin embargo, estoy seguro de que tu arma de rayo termal te supuso una poderosa tentación. Qué amable de tu parte que no aniquilases a un animal muerto de hambre.

Lisa frunció el ceño con expresión de sospecha. Comencé a preocuparme por que terminara arrinconando a Musharraf. Ya estaba lo suficientemente loca sin necesidad de que la gente le hablase con sarcasmos. Los añadidos de memoria de la parte trasera de su cabeza representaban una tentación demasiado grande: una colleja y adiós a la rata de laboratorio. Me pregunté entonces si alguien lo echaría de menos en caso de que lo arrojásemos a un lago de la cuenca. Era tan sólo un biólogo, por amor de Dios.

—¿Sabías —dijo Musharraf dando la espalda a su equipo de ADN y aparentemente ignorante del peligro que corría— que en el pasado la gente creía que debíamos sentir compasión por todas las criaturas de la Tierra? No sólo por nosotros mismos, sino por todos los seres vivos.

—¿Y?

—Pues que espero que sientas compasión por un científico loco y no me descuartices hoy —Lisa se rió, yo me relajé y Musharraf continuó animado—. Es realmente extraordinario que encontrarais un espécimen semejante en vuestras minas. No había oído de la existencia de un espécimen vivo desde hacía diez o quince años.

—En una ocasión, vi uno en un zoológico —dijo Jaak.

—Sí, bueno, el zoológico es el único lugar que les queda. Y los laboratorios, por supuesto. Todavía proporcionan datos genéticos de utilidad.

Siguió estudiando los resultados de las pruebas, asintiendo a medida que la información se descargaba en la pantalla del equipo.

—¿Quién necesita animales cuando se pueden comer piedras? —dijo Jaak sonriente.

—Tecnología weevil —dijo Musharraf mientras comenzaba a guardar su equipo de ADN—. Exactamente. Logramos trascender el reino animal —cerró el estuche del equipo y asintió mirándonos a los tres—. Bueno, ha sido de lo más revelador. Gracias

por dejarme examinar vuestro espécimen.

—¿No vas a llevártelo?

Musharraf se detuvo, sorprendido.

—Oh, no. No lo creo.

—¿Entonces no es un perro?

—Oh, sí, sin duda es un perro real. Pero ¿qué podría hacer yo con él? —sostuvo en alto un frasco con sangre—. Tenemos el ADN. No vale la pena mantener un espécimen vivo. Son muy caros de mantener, ya sabéis. La fabricación de alimentos para organismos básicos es muy compleja. Salas limpias, filtros de aire, luces especiales. Recrear la red vital no es fácil. Es más sencillo deshacerse totalmente de esta que intentar recrearla —echó un vistazo al perro—. Desafortunadamente, nuestro peludo amigo jamás sobreviviría si se le aplicara la tecnología weevil. Los gusanos le devorarían tan rápido como devoran cualquier otra cosa. No, tendríais que fabricar al animal desde cero. Y realmente, ¿de qué serviría? ¿Una biomáquina sin manos? —rió y se dirigió a su HEV.

Nos miramos. Corrí tras el doctor y lo alcancé en la escotilla que daba al exterior. Se detuvo cuando estaba a punto de abrirla.

—¿Vuestros centauros me reconocen ahora? —preguntó.

—Sí, está seguro.

—Bien —despresurizó la escotilla y salió al frío del exterior.

—¡Espera! —le seguí—. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer con él?

—¿Con el perro? —el doctor subió al HEV y comenzó a abrocharse el cinturón de seguridad. El viento nos azotaba, transportando abrasadora arenilla de los montones de relave—. Devolvedlo a las fosas. Os lo podríais comer, supongo. Tengo entendido que es un verdadero manjar. Hay recetas para cocinar animales. Llevan un tiempo, pero pueden dar unos resultados extraordinarios.

El piloto de Musharraf accionó las turbohélices.

—¿Estás de broma? Musharraf se encogió de hombros y gritó por encima del creciente aullido de los motores:

—¡Deberíais probarlo! —exclamó—. ¡Es sólo otra parte de nuestra herencia que se atrofió con la tecnología Weevil!

Empujó hacia abajo la puerta de la cabina de vuelo, aislándose en el interior. Los turbohélices giraron con más fuerza y el piloto me hizo señas para que me apartara de su estela mientras el HEV se elevaba lentamente a las alturas.

Lisa y Jaak no se ponían de acuerdo sobre lo que hacer con el perro. Teníamos protocolos para solucionar conflictos. Siendo una tribu de asesinos, los necesitábamos. Normalmente, el consenso funcionaba entre nosotros, pero en algunas ocasiones nos enzarzábamos empecinándonos cada uno en nuestras posiciones y, después de eso, no se podía hacer mucho más sin que alguien saliera malherido. Lisa

y Jaak se cerraron en banda, y tras un par de días de disputas en los que Lisa amenazaba con cocinar a la criatura en plena noche mientras Jaak estuviera descuidado, y Jaak amenazaba con cocinarla a ella si lo hacía, finalmente optamos por el voto de la mayoría. A mí me tocaba deshacer el empate.

—Yo propongo que nos lo comamos —dijo Lisa.

Estábamos sentados en la sala de control, observando las imágenes de satélite de las montañas de relave y las manchas de los robots mineros excavando la tierra. En una esquina, el objeto de nuestra discusión dormitaba en su jaula, encerrado allí por Jaak en un intento de influir en el resultado de la votación. Giró su silla del puesto de observación, apartando su atención de los mapas de operaciones.

—Creo que deberíamos quedárnoslo —dijo—. Mola. Como en los viejos tiempos, ¿sabéis? Quiero decir, ¿a quién demonios conocéis que tenga un perro de verdad?

—¿Y quién demonios va a querer meterse en ese lío? —respondió Lisa—. Yo propongo que probemos la carne de verdad.

Se hizo un fino corte en el antebrazo con sus cuchillas. Pasó el dedo por las resultantes gotitas de sangre y las probó mientras la herida se cerraba.

Ambos me miraron. Yo eché la mirada al techo.

—¿Estáis seguros de que no podéis decidir este tema sin mi ayuda? —pregunté.

—Venga, Chen —dijo Lisa sonriendo—, tú decides. Fue un descubrimiento del grupo. Jaak no se enfadará, ¿verdad?

Jaak la observó con mirada asesina.

—No quiero que el coste de su comida vaya a cargo de las bonificaciones de grupo —dije mirando a Jaak—. Habíamos acordado usar parte de esas bonificaciones para un nuevo equipo de inmersión sensorial. Ya estoy cansado del viejo.

—Me parece bien —dijo Jaak encogiéndose de hombros—. Puedo asumir yo solo el coste. Simplemente me abstendré de hacerme tatuajes.

Me recliné en mi asiento, sorprendido, y luego miré a Lisa.

—Bueno —dije—, si Jaak quiere pagar, creo que deberíamos quedárnoslo.

Lisa me miró con expresión incrédula.

—¡Pero podríamos cocinarlo! —exclamó.

Miré al perro que yacía jadeando en su jaula.

—Es como tener un zoológico particular —dije—. Me gusta la idea.

Musharraf y la Fundación Pau nos abastecieron con un suministro de comida para el perro y Jaak consultó un viejo banco de datos sobre cómo entablillar huesos rotos. Compró también un filtro de agua para que pudiera beber.

Pensé que había tomado la decisión correcta teniendo en cuenta que Jaak asumiría los gastos, pero realmente no preví las complicaciones que ocasionó tener un organismo no-modificado en el búnker. La criatura cagaba por todos los rincones y, en ocasiones, no comía y enfermaba sin motivo aparente, y sanaba muy lentamente, así que todos acabamos haciendo de enfermeros mientras el animal yacía en su jaula.

Yo temía que Lisa le rompiera el cuello en plena noche, pero, aunque refunfuñaba, no llegó a asesinarlo. Jaak intentaba comportarse como Musharraf. Hablaba con el perro. Consultó en las bibliotecas todo sobre los perros de los viejos tiempos. Cómo corrían en manadas. Cómo solía alimentarlos la gente.

Intentamos averiguar qué raza de perro era, pero no pudimos afinar mucho, y luego Jaak descubrió que las distintas razas de perros podían procrear entre sí, así que lo único que se podía hacer era suponer que se trataba de alguna clase de perro ovejero grande, quizás con la cabeza de un Rottweiler, combinado con alguna otra clase de perro, como un lobo, o un coyote u otro espécimen.

Jaak creía que tenía algo de coyote, porque se suponía que tenían gran capacidad de adaptación, y fuera lo que fuese nuestro perro, debía de poseer una gran capacidad de adaptación para haber logrado sobrevivir en los pozos de relave. No contaba con los refuerzos de los que disponíamos nosotros y, sin embargo, había logrado vivir entre ácidos minerales. Incluso Lisa estaba impresionada.

Me encontraba bombardeando intensivamente a los Recesionistas Antárticos, realizando pasadas bajas, obligando a los cabrones a alejarse más y más por el témpano de hielo. Con un poco de suerte, lograría sacar a todos los aldeanos y llevarlos hasta un vestigio de plataforma continental y ahogarlos a todos antes de que supieran lo que les estaba ocurriendo. Volví a lanzarme, ametrallándoles, y luego con un giro conseguí alejarme de su fuego defensivo.

Resultaba divertido, pero era tan sólo una forma de matar el tiempo entre bombardeos reales. Se suponía que la nueva Realidad de Inmersión era tan buena como la de las salas de juegos, total inmersión y retroalimentación, y de carga portátil. La gente se enganchaba tanto que debían alimentarse por vía intravenosa para evitar marchitarse mientras estaban dentro.

Estaba a punto de hundir un cargamento entero de refugiados cuando Jaak gritó:

—¡Sal aquí! ¡Tienes que ver esto!

Me quité las gafas y corrí hacia la sala de control con un subidón de adrenalina. Cuando llegué allí, Jaak estaba de pie en el centro del cuarto con el perro, sonriendo. Lisa irrumpió en la sala un segundo más tarde.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —exclamó.

—Mirad esto —dijo Jaak sonriente; se giró hacia el perro y extendió la mano—. Choca esos cinco.

El perro se sentó sobre sus cuartos traseros y con expresión seria le ofreció una pata. Jaak sonrió y le sacudió la pata, luego le lanzó una bolita de comida. Se giró hacia nosotros e hizo una reverencia.

—Hazlo otra vez —dijo Lisa con el ceño fruncido.

Jaak se encogió de hombros y volvió a realizar el número una segunda vez.

—¿Piensa? —preguntó Lisa.

—Ni idea —dijo Jaak encogiéndose de hombros—. Puedes enseñarle a hacer cosas. Las bibliotecas están llenas de estudios sobre ellos. Se les puede entrenar. No como a los centauros o a ese tipo de criaturas, pero les puedes enseñar a hacer pequeños trucos y, dependiendo de la raza, pueden aprender tareas especiales.

—¿Qué tareas?

—Algunos son entrenados para atacar. O para encontrar explosivos.

—¿Como armas nucleares y ese tipo de cosas?

Lisa parecía impresionada.

—Supongo —dijo Jaak encogiéndose de hombros.

—¿Puedo probar? —pregunté.

—Inténtalo —dijo Jaak asintiendo.

Me acerqué al perro y extendí la mano.

—Choca esos cinco.

El animal sacó la pata. Se me erizaron los pelillos del pescuezo. Era como enviar señales a los extraterrestres. Es decir, uno espera que una biomáquina o un robot te obedezca. Centauro, ve allí y salta por los aires. Encuentra la fuerza operativa. Trae refuerzos. El HEV era similar en ese sentido. Obedecía a todo. Pero eran objetos diseñados.

—Dale comida —dijo Jaak tras pasarme unas bolitas de comida—. Tienes que darle comida cuando lo hace bien. Le ofrecí la bolita de comida.

El perro me lamió la palma con su larga y rosada lengua. Volví a extender la mano.

—Choca esa —dije, y volvió a extender la pata. Nos estrechamos las manos. Sus ojos color ámbar me miraron con expresión solemne.

—Qué cosa más rara —dijo Lisa. Sentí un escalofrío, asentí y reulé. El perro me miró mientras me alejaba.

Esa noche me eche en la litera y estuve leyendo. Había apagado las luces y sólo brillaba la superficie del libro, iluminando las literas con un suave halo verde. Algunas de las obras de arte que Lisa había comprado relucían tenuemente en las paredes: una decoración en bronce de un fénix alzando el vuelo y rodeado de llamaradas estilizadas; un grabado de plancha xilográfica del Monte Fuji y otro de un poblado cubierto de espesa nieve; una foto de los tres en Siberia tras la campaña de Península, sonrientes y animados entre los escombros.

Lisa entró en el cuarto. Sus cuchillas brillaban a la tenue luz de mi libro, destellos de chispas verdes que perfilaban sus miembros al moverse.

—¿Qué lees? —preguntó mientras se desnudaba y se metía en mi cama.

Sostuve el libro y leí en voz alta:

Córtame y no sangraré. Gaséame y no respiraré.

Apuñálame, dispárame, cercéname, golpéame.

He engullido la ciencia.

Soy Dios.

Solo.

Cerré el libro y el brillo murió. En la oscuridad, Lisa se revolvió bajo las mantas.

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Ella estaba mirándome.

—«Hombre Muerto», ¿verdad?

—Es por el perro —dije.

—Qué lecturas más lúgubres —me tocó el hombro con su cálida mano y las cuchillas incrustadas me arañaron ligeramente la piel.

—Antes éramos como ese perro —dije.

—Patético.

—Aterrador.

Nos quedamos en silencio durante un rato.

—¿Alguna vez te has preguntado —dije finalmente— qué nos ocurriría si no tuviéramos nuestros conocimientos científicos, si no tuviéramos nuestros enormes cerebros y nuestra tecnología weevil y nuestros estimuladores celulares y...?

—¿Y todo lo que hace que disfrutemos de una buena vida? —Linda se rió—. No —dijo masajeándome la barriga—. Me gustan todos esos pequeños gusanos que habitan en tu estómago.

Comenzó a hacerme cosquillas mientras recitaba:

Gusanitos retorciéndose en tu tripa,
gusanitos retorciéndose te alimentan Nelly.

Los microweevils se comen lo malo,
y te lo cambian por algo bueno.

—Eso no es de Yearly —dije mientras la apartaba riéndome.

—Tercer curso. Bio—lógica básica. La señora Alvarez. Era muy buena en tecnología weevil.

Intentó hacerme cosquillas de nuevo, pero volví a apartarla.

—Sí, bueno —respondí—, Yearly sólo escribía sobre la inmortalidad, pero no la aceptaba.

Lisa dejó de hacerme cosquillas y se tumbó de nuevo a mi lado.

—Bla, bla, bla. No aceptaba ninguna modificación genética. Ni inhibidores celulares. Estaba muriéndose de cáncer y se negó a tomar las drogas que hubieran podido salvarle. Nuestro último poeta mortal. Una pena. ¿Y qué?

—¿Alguna vez te has planteado por qué no quiso aceptarlo?

—Sí. Quería ser famoso. El suicidio es una buena forma de llamar la atención.

—No, en serio. Pensaba que para poder ser humanos necesitábamos tener animales. Todo ese asunto de la red vital. He estado leyendo sobre ello. Es de lo más

extraño. No quería vivir sin ellos.

—La señora Alvarez lo odiaba —respondió Lisa—. También había compuesto algunas cancioncillas sobre él. De todas formas, ¿qué se suponía que debíamos hacer: diseñar tecnología weevil y cadenas de ADN para cada estúpida especie? ¿Sabes lo que habría costado hacer eso? —se acurrucó rozándome el rostro con la nariz—. Si quieres ver animales, ve al zoológico. O consigue unos cuantos componentes de construcción y haz algo, si eso te hace feliz. Algo con manos, por amor de Dios, no como ese perro —se quedó mirando la parte baja de la litera superior—. Yo cocinaría ese perro sin pensármelo ni un segundo.

—No sé —respondí negando con la cabeza—. Ese perro es distinto a una biomáquina. Nos mira, y hay algo en su mirada, y no es nosotros. Quiero decir, coge cualquier biomáquina de por ahí y es básicamente nosotros pero con distinto aspecto, pero no este perro... —me quedé callado, reflexionando.

—Os estrechasteis las manos, Chen —rió Lisa—. No te preocupas por un centauro cuando te saluda —se encaramó encima de mí—. Olvida al perro. Concéntrate en lo que importa.

Su sonrisa y las hojas de sus cuchillas centellearon en la penumbra.

Me desperté con algo lamiéndome la cara. Al principio pensé que era Lisa, pero ella se había cambiado a su litera. Abrí los ojos y vi al perro.

Era extraño tener a un animal lamiéndome, como si quisiera hablarme, o decirme hola o algo parecido. Volvió a lamerme y pensé que había cambiado mucho desde que intentó arrancarle un brazo a Jaak. Puso las dos patas delanteras sobre mi cama y luego, con un solo movimiento pesado, se subió a la litera conmigo y se acurrucó a mi lado.

Durmió allí toda la noche. Me resultaba extraño tener algo junto a mí que no fuera Lisa, pero era cálido y había algo amistoso en su actitud. No pude evitar sonreír mientras volvía a dormirme.

Volamos a Hawai para disfrutar de unas vacaciones en la playa y nos llevamos al perro con nosotros. Nos sentó bien alejarnos del frío nortero y disfrutar del cálido Pacífico, estar en la playa y contemplar el horizonte interminable. Era agradable pasear por la playa cogidos de la mano mientras las negras olas se estrellaban contra la arena.

Lisa era una excelente nadadora. Aparecía y desaparecía a través del brillo metálico del océano como una anguila de la antigüedad, y cuando salía a la superficie su cuerpo desnudo brillaba con cientos de gotas de iridiscente petróleo.

Cuando el Sol comenzó a ponerse, Jaak hizo arder el océano con su 101. Nos sentamos y observamos la enorme bola roja del Sol hundiéndose a través de velos de humo, y su luz enrojecía más profundamente a cada minuto que pasaba. Las olas llameantes se abalanzaban sobre la playa. Jaak sacó su armónica y la tocó mientras

Lisa y yo hacíamos el amor en la arena.

Habíamos planeado amputar a Lisa durante el fin de semana, para que probase lo que ella me hizo las anteriores vacaciones. Era la moda en L.A., un experimento sobre la vulnerabilidad.

Se la veía preciosa, allí echada sobre la playa, ingeniosa y excitada por nuestros juegos en el agua. Le retiré con la lengua los ópalos de petróleo de su piel y le cercené las extremidades, dejándola más indefensa que un bebé. Jaak tocaba su armónica y contemplaba la puesta de sol, y contempló cómo reduje a Lisa a su esencia.

Tras el sexo, nos quedamos tumbados en la arena. Los últimos rayos de Sol se hundían bajo el agua y brillaban rojizos sobre las ardientes olas. El cielo, que se había espesado con partículas y humo, oscureció.

—Deberíamos venir de vacaciones aquí más a menudo —dijo Lisa dejando escapar un suspiro de satisfacción.

Tiré de un trozo de alambre de púas enterrado en la arena. Se soltó y lo enrollé alrededor de mi brazo superior, una banda ceñida que horadó mi piel. Se lo mostré a Lisa.

—Solía hacer esto todo el tiempo cuando era niño —sonreí—. Me pensaba que era la hostia.

—Y lo eres —dijo Lisa sonriendo.

—Gracias a la ciencia.

Eché un vistazo al perro. Estaba tumbado en la arena a poca distancia. Parecía huraño e inseguro en el nuevo entorno, alejado de la seguridad de los pozos de ácido y las montañas de relave de su tierra natal. Jaak estaba sentado junto al perro y tocaba el instrumento. Las orejas del animal se agitaban con la música. Jaak sabía tocar. El sonido melancólico de la armónica se propagaba rápidamente por la playa hasta donde estábamos tumbados. Lisa giró la cabeza, intentando ver al perro.

—Gírame.

Hice lo que me pidió. Sus miembros ya estaban volviendo a crecer; pequeños muñones que crecerían hasta su tamaño original. Por la mañana ya estaría completa, y bellísima.

—Esto es lo más cerca que estaré de entenderlo —dijo ella.

—¿Disculpa?

—El perro es vulnerable a todo. No puede nadar en el océano. No puede comer nada. Tenemos que traerle la comida por avión. Tenemos que limpiarle el agua. El último eslabón de una cadena evolutiva. Sin la ciencia, seríamos tan vulnerables como él —entonces me miró y sonrió—. Tan vulnerable como yo ahora. Esto es lo más cerca que estaré jamás de la muerte. Al menos, no estando en combate.

—Es una pasada, ¿verdad?

—Por un día. Me gustó más cuando te lo hice yo a ti. Ya estoy muriéndome de hambre.

Le di un puñado de arena aceitosa y miré al perro, erguido y desconcertado en la playa, olisqueando cautamente algún trozo de hierro oxidado que sobresalía de la arena como una aleta de memoria gigantesca. El animal jugueteó un rato con un trozo de plástico rojo pulido por el océano y lo masticó unos segundos antes de dejarlo. Comenzó a lamerse alrededor del hocico. Me pregunté si no habría vuelto a envenenarse.

—Sin duda le hace a uno preguntarse cosas —susurré mientras alimentaba a Lisa con otro puñado de arena—. Si alguien viniese del pasado y nos encontrara aquí y ahora, ¿qué crees que pensaría de nosotros? Igual ni tan siquiera nos consideraría humanos.

—No, nos considerarían dioses —dijo Lisa mirándome seriamente.

Jaak se levantó y atravesó la espuma permaneciendo en pie con las negras aguas ardientes hasta las rodillas. El perro, empujado por algún instinto desconocido, le siguió, pisando cautamente la arena y escombros.

El perro se quedó enredado en un haz de alambre nuestro último día de playa. Le dejó destrozado: cortes por todo el pellejo, patas rotas, casi asfixiado. Se había desgarrado una de sus propias patas intentando liberarse. Cuando lo encontramos, era un amasijo sanguinolento de pelo a jirones y carne viva.

Lisa y yo nos arrodillamos para comenzar a liberar al perro. Gemía y movía la cola débilmente cuando comenzamos a sacarlo. Jaak estaba en silencio. Lisa le dio un manotazo en la pierna.

—Venga Jaak, baja aquí. Se va a desangrar si no te das prisa. Ya sabes lo frágil que es.

—Creo que nos lo deberíamos comer —dijo Jaak.

—¿En serio? —dijo Lisa mirando hacia arriba sorprendida.

—Claro —respondió Jaak encogiendo los hombros.

Le miré desde donde estaba, arrancando cables enredados del torso del perro.

—Pensé que querías que fuera tu mascota. Como en el zoológico —dije.

—Esas bolitas de comida son caras —dijo Jaak sacudiendo la cabeza—. Me estoy gastando la mitad del salario en comida y agua filtrada, y ahora esta mierda —sacudió la mano hacia el perro enmarañado—. Hay que cuidarlo constantemente. No vale la pena.

—Pero sigue siendo tu amigo. Os disteis la mano.

—Tú eres mi amigo —dijo Jaak riendo; bajó la mirada al perro y arrugó el rostro pensativo—. Es, es... un animal.

Aunque habíamos comentado ociosamente cómo sería comerse al perro, fue una sorpresa verle tan decidido a matarlo.

—Quizás deberías consultarlo con la almohada —dije—. Podemos llevarlo al búnker, curarlo, y luego puedes decidir cuando se te pase un poco el cabreo.

—No —sacó la armónica y tocó unas pocas notas, una rápida escala de jazz. Se quitó la armónica de la boca—. Si tú quieres poner el dinero para su alimentación,

quédatelo, supongo, pero si no es así... —se encogió de hombros.

—No creo que debamos cocinarlo.

—Ah, ¿no? —dijo Lisa mirándome—. Podríamos asarlo, aquí mismo, en la playa. Miré al perro, una masa animal jadeante y fiel.

—Sigo pensando que no deberíamos hacerlo.

—¿Quieres pagar su alimentación? —dijo Jaak mirándome seriamente.

—Estoy ahorrando para pillarme un nuevo equipo de inmersión sensorial —dije dejando escapar un suspiro.

—Sí, bueno, yo también tengo cosas que quiero comprar, ¿sabes? —flexionó los músculos, luciendo sus tatuajes—. Quiero decir, ¿qué tiene de bueno, joder?

—Te hace sonreír.

—Las gafas de inmersión sensorial también te hacen sonreír. Y no tienes que limpiar sus cagadas. Venga, Chen. Admítelo. Tú tampoco quieres ocuparte de él. Es un puñetero coñazo.

Nos miramos todos y luego al perro.

Lisa asó el perro en un espetón sobre plásticos ardiendo y petróleo recogido de la superficie del océano. No sabía mal, pero al final se hacía difícil entender por qué su carne era tan apreciada. He comido centauros sacrificados que sabían mejor.

Después paseamos por la orilla. Las olas iridiscentes rompían y bramaban sobre la arena, dejando lenguas de petróleo cuando retrocedían y el Sol rojizo se sumergía en la distancia. Sin el perro pudimos disfrutar realmente de la playa. No teníamos que preocuparnos de que no pisara ácido o que no se enredara en un alambre de púas medio enterrado en la arena, o de que no comiera algo que le hiciese vomitar durante media noche.

Sin embargo, aún recuerdo cuando el perro me lamió el rostro y acurrucó su mole peluda en mi cama, y recuerdo su cálido aliento junto a mí, y, en ocasiones, lo echo de menos.

4

M. RICKERT

Pan y bombas

[Bread and Bombs]

Los relatos de Mary Rickert han sido publicados regularmente en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* durante varios años desde 1999, cuando apareció su primera historia, «The Girl Who Ate Butterflies». Su obra también ha sido publicada en *SCI FICTION* y en la antología *Feeling Very Strange*, resultando nominada para los premios Nebula.

Su colección de relatos *Map of Dreams* ganó el L. Crawford Award como mejor primer relato largo de fantasía.

Rickert afirma que se inspiró para este relato en las noticias sobre los paquetes de alimentos que se lanzaban desde el aire por aquel entonces en Afganistán, que estaban empaquetados con embalaje del mismo color que las bombas que detonaban cuando eran recogidas por niños hambrientos. Muchos autores han escrito relatos inspirados en los sucesos acaecidos a partir del ataque del 11 de septiembre; éste es el que nos ofrece Rickert.

Pan y bombas

Los extraños hijos de la familia Manmensvitzender no iban a la escuela, así que sólo supimos que se habían mudado a la vieja casa de la colina porque Bobby los había visto instalándose allí con su extraña colección de mecedoras y cabras. No entendíamos cómo alguien podía vivir allí, con todas las ventanas rotas y el patio lleno de zarzales. Durante un tiempo todos esperábamos ver en la escuela a los hijos, dos niñas que, según Bobby, tenían el pelo de color de humo y los ojos como aceitunas negras. Pero nunca fueron.

Estábamos en cuarto curso, a esa edad en la que parece que uno se está despertando de un largo sueño a un mundo impuesto por los adultos; recuerdo calles que teníamos prohibido cruzar, cosas que no debíamos decir, y recuerdo cruzándolas y diciéndolas. Las misteriosas niñas Manmensvitzender fueron tan sólo una de las muchas revelaciones que tuvieron lugar ese año, incluyendo la evolución de nuestros cuerpos, mucho más excitante (y, en ocasiones, desconcertante). Nuestros padres, sin excepción, nos habían educado explorando este tema con tanto detenimiento que Lisa Bitten aprendió antes a decir vagina que su dirección, y Ralph Linster asistió en el parto de su hermanito, Petey, cuando su madre rompió aguas una noche en la que comenzó a nevar súbitamente antes de que su padre llegara a casa. Pero el significado real de esta información no comenzó a calar en nosotros hasta ese año. Estábamos despertando a las maravillas del mundo y del cuerpo, a las extrañas sensaciones al descubrir que un amigo era guapo, o apestoso, o que se hurgaba la nariz, o que era gordo, o que llevaba la ropa interior sucia, o que sus ojos no pestañeaban al mirarte muy de cerca y sentir de repente que te ruborizabas. Cuando el manzano silvestre floreció con capullos de color rosa brillante, bullendo con el zumbido de las abejas, y nuestra profesora, la señora Graymoore miraba por la ventana y suspiraba, nos pasábamos notas por las filas y hacíamos planes alocados para el picnic escolar, cómo íbamos a tender una emboscada con globos de agua y lanzar tartas al director. Por supuesto, nada de eso ocurría finalmente. Sólo Trina Needles se sentía defraudada porque realmente creía que sí ocurriría, pero también seguía llevando lazos en el pelo y se chupaba secretamente el pulgar y no era más que un bebé grande.

Liberados durante el verano, corríamos o montábamos en bici hasta casa, pidiendo a gritos diversión y escape, y luego nos dedicábamos a hacer todo lo que se nos ocurría, todas las cosas que habíamos imaginado mientras la señora Graymoore suspiraba contemplando el manzano silvestre que ya había perdido su esplendor y de nuevo parecía un árbol de lo más común. Lanzábamos pelotas, montábamos en bici, patinábamos con monopatines por la avenida, cogíamos Hores, nos peleábamos, nos reconciliábamos, y todavía seguían faltando horas para la cena. Veíamos la tele y no pensábamos que nos aburríamos, pero después de un rato nos poníamos con la cabeza boca abajo y mirábamos la tele en esa postura, o cambiábamos de canales todo el rato

o buscábamos motivos para pelearnos con cualquiera que estuviera en la casa (aunque yo era hija única y no podía hacer esto último). Y entonces oímos el extraño ruido de las cabras y las campanas. En la penumbra apolillada de las salitas de estar todos descendimos las cortinas y miramos por las ventanas a la amarillenta luz solar.

Las dos niñas Manmensvitzender, ataviadas con ropas de circo de brillantes colores y pañuelos vaporosos, uno morado y el otro rojo y con brillantes lentejuelas, bajaban rodando por la calle en un carromato de madera tirado por dos cabras con cascabeles en sus pescuezos. Así es como comenzaron los problemas. Los periódicos nunca mencionan nada de esto; el fulgor de los capullos del manzano silvestre, nuestra inocencia, el sonido de los cascabeles. Por el contrario, se centran en los desafortunados acontecimientos. Dijeron que éramos unos salvajes de los que nadie se ocupaba. Es extraño. Dijeron que éramos peligrosos. Como si la vida fuera de ámbar y nos hubiéramos formado y conservado así, sin evolucionar desde esa deformada imagen terrorífica, como si no nos hubiéramos desarrollado para convertirnos en lo que somos hoy en día: un profesor, una bailarina, un soldador, un abogado, varios soldados, dos médicos y yo, escritora.

Todo el mundo afirma en momentos como los días inmediatamente posteriores a la tragedia que algunas vidas quedaron arruinadas y algunos futuros destrozados, aunque sólo Trina Needles se lo creyó y finalmente se suicidó. El resto de nosotros sufrimos varias formas de condena y continuamos con nuestras vidas. Sí, es cierto, con un pasado oscuro, pero quizás os sorprenda descubrir que se puede vivir con ello. La mano que sostiene la pluma (o tiza, o estetoscopio, o pistola, o la piel del amante) es tan diferente de la mano que encendió la cerilla, y tan incapaz de tal acto, que ni tan siquiera es una cuestión de perdón o curación. Es extraño echar la vista atrás y creer que éramos aquellos niños. ¿Eres tú el que eras entonces? Con once años miramos cómo bajan las motas de polvo lentamente en el rayo de sol que arruina la imagen de la televisión, y se escucha el sonido de cascabeles y cabras y una risa tan pura que todos salimos corriendo para ver a las chicas con sus pañuelos de colores brillantes, sentadas en el carro de cabras que se detiene con un tamborileo de pisadas de patas de cabra y el traqueteo de ruedas de madera, y entonces lo rodeamos para observar esos ojos oscuros y hermosos rostros. La niña más pequeña, si es que nos guiamos por el tamaño, sonrío, y la otra, más joven que nosotros, pero al menos de ocho o nueve años, nos mira con enormes lágrimas rodando por sus mejillas morenas.

Nos quedamos allí de pie un rato, mirando, y luego Bobby dice:

—¿Qué le ocurre?

La niña más pequeña mira a su hermana, que parece estar intentando sonreír a pesar de las lágrimas.

—Lo hace todo el tiempo.

Bobby asiente y mira con los ojos entrecerrados a la chica, que continúa llorando aunque logra preguntar:

—¿De dónde sois, chicos? Bobby mira a su alrededor con una expresión en su

mirada de me-estás-tomando-el-pelo, pero cualquiera puede ver que le gusta la chica que llora, sus oscuros ojos y pestañas brillan con las lágrimas que reflejan el sol.

—Son las vacaciones de verano.

Trina, que había estado chupándose el pulgar furtivamente dice entonces:

—¿Puedo dar una vuelta?

Las chicas dicen que claro. Trina se abre camino por entre el pequeño grupo y se sube al carromato. La niña más pequeña le sonrío. La otra parece intentar hacerlo, pero comienza a llorar aún más alto. Parece que la propia Trina se va a poner a llorar también, hasta que la más pequeña dice:

—No te preocupes. Ella es así.

La chica que llora sacude las riendas y los cascabeles suenan y las cabras y el carromato bajan traqueteando por la colina. Oímos el agudo chillido de Trina, pero sabemos que está bien. Cuando regresan, hacemos turnos para montar hasta que nuestros padres nos llaman con silbatos y gritos y portazos. Vamos a casa a cenar y las niñas se dirigen a su propia casa, una todavía llorando, la otra cantando al ritmo de los cascabeles.

—He visto que estabais jugando con las refugiadas —dice mi madre—. Ten cuidado cuando estés con esas niñas. No quiero que vayas a su casa.

—No he ido a su casa. Sólo hemos jugado con las cabras y el carromato.

—Bueno, está bien entonces, pero mantente alejada de allí. ¿Cómo son?

—Una ríe mucho. La otra llora todo el rato.

—No comas nada de lo que te ofrezcan.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—¿No me puedes explicar por qué no?

—No tengo que darte explicaciones, jovencita, soy tu madre.

No vimos a las niñas al día siguiente, ni al siguiente. El tercer día Bobby, que había comenzado a llevar un peine en el bolsillo de atrás y se ponía la raya del pelo a un lado, dijo:

—Bueno, demonios, simplemente vayamos allí.

Comenzó a subir la cuesta, pero ninguno le seguimos.

Cuando regresó esa noche corrimos a su encuentro para que nos informara de su visita, gritándole las preguntas como si fuéramos reporteros.

—¿Has comido algo? —pregunté—. Mi madre dice que no debo comer nada allí.

Se giró y me observó atentamente con tal mirada que por unos segundos olvidé que tenía mi misma edad, que era sólo un niño como yo, a pesar de su nuevo estilo de pelo y la mirada persistente de sus ojos azules.

—Tu madre tiene prejuicios —dijo.

Se giró y se metió la mano en el bolsillo, sacó el puño y lo abrió revelando un puñado de pequeños caramelos envueltos en papeles de colores brillantes. Trina alargó sus dedos regordetes hacia la palma de la mano de Bobby y le arrebató uno

color naranja brillante. Fue seguida por una ráfaga de manos hasta que sólo quedó la palma de Bobby vacía.

Los padres comenzaron a llamar a sus hijos. Mi madre estaba de pie en la entrada, pero estaba demasiado lejos para ver lo que estábamos haciendo. Los envoltorios de los caramelos flotaron por el callejón en remolinos azules, verdes, amarillos y naranja.

Mi madre y yo normalmente comíamos por separado. Cuando estaba en casa de mi padre comíamos juntos delante de la tele, lo cual ella decía que era cosa de bárbaros.

—¿Bebe? —solía preguntarme.

Madre estaba convencida de que padre era un alcohólico y se pensaba que yo no recordaba esos años en los que él debía venir del trabajo a casa más pronto porque yo le llamaba para decirle que ella se había quedado dormida en el sofá, todavía con el pijama puesto y la mesita del café llena de latas y botellas, las cuales él tiraba a la basura con expresión sombría y pocas palabras.

Mi madre sigue ahí, apoyada en la encimera, y me observa.

—¿Has jugado con esas niñas hoy?

—No. Pero Bobby sí.

—Bueno, no me extraña, realmente nadie vigila a ese chico. Recuerdo cuando su padre iba al instituto conmigo. ¿Te lo he contado alguna vez?

—Ajá.

—Era un hombre atractivo. Bobby también es un chico atractivo, pero aléjate de él. Me da la impresión de que juegas demasiado con él.

—Casi no juego con él. Él juega con esas niñas todo el día.

—¿Te ha contado algo sobre ellas?

—Me dijo que algunas personas tienen prejuicios.

—Oh, vaya, ¿en serio? ¿Y de dónde habrá sacado esa idea? Debe ser de su abuelo. Escúchame bien, ya nadie habla de esa manera a excepción de unos cuantos agitadores, y existe una explicación para eso. Hay gente que ha muerto por culpa de esa familia. Simplemente recuerda eso. Muchas, muchas personas murieron por su culpa.

—¿Te refieres a Bobby o a las niñas?

—Bueno, en realidad a ambos. Pero especialmente a esas chicas. No habré comido nada de ellas, ¿verdad?

Desvié la mirada hacia la ventana, fingiendo estar interesada por algo nuevo en nuestro patio, y luego volví a mirarla a ella, dando un pequeño respingo, como si me acabara de despertar.

—¿Qué? Oh, no.

Me miró con los ojos entrecerrados. Yo fingí no estar preocupada. Tamborileé con sus uñas rojas sobre la encimera de la cocina.

—Escúchame bien —dijo endureciendo el tono de voz—, estamos en guerra.

Puse los ojos en blanco.

—Tú ni siquiera lo recuerdas, ¿verdad? Bueno, cómo ibas a acordarte, eras tan sólo una mocosa. Pero hubo un tiempo en que este país no conocía la guerra. Fíjate, la gente solía volar en aviones todo el tiempo.

Detuve el tenedor a medio camino de mi boca.

—Bueno, qué estupidez más grande.

—No lo entiendes. Todo el mundo lo hacía. Había una forma de ir de un lugar a otro. Tus abuelos lo hacían muy a menudo, y también tu padre.

—¿Tú has volado en un avión?

—Y tú también —dijo ella sonriendo—. ¿Lo ves? No sabes muchas cosas, señorita. El mundo antes era un lugar seguro y, entonces, un día dejó de serlo. Y esas personas —señaló hacia la ventana de la cocina, directamente a la casa de los Miller, pero sabía que no se refería a ellos— lo empezaron.

—Son sólo un par de niñas.

—Bueno, no ellas exactamente, me refiero al país de donde proceden. Por eso quiero que tengas cuidado. No se sabe qué hacen aquí. Así que el pequeño Bobby y su abuelo radical pueden decir que todos tenemos prejuicios, pero ¿quién habla todavía de esa manera? —se acercó a la mesa, movió una silla y se sentó frente a mí—. Quiero que comprendas que no hay forma de saber dónde está el mal. Así que límitate a alejarte de ellas. Prométemelo.

El mal. Difícil de entender. Asentí.

—Bueno, de acuerdo —dijo ella corriendo la silla hacia atrás, luego se levantó y agarró su paquete de cigarrillos del alféizar de la ventana—. Ten cuidado de no tirar ninguna miga. Ésta es la época del año de las hormigas.

Desde la ventana de la cocina podía ver a mi madre sentada junto a la mesa de picnic, mientras una columna gris de humo subía en espiral por encima de ella. Enjuagué los platos, llené el lavavajillas, limpié la mesa y salí a sentarme en los escalones de la entrada, a pensar en el mundo que nunca conocí. La casa de la colina resplandecía a pleno sol. Las ventanas rotas habían sido cubiertas con unos trozos de plástico que absorbían la luz.

Esa noche uno sobrevoló Oakgrove. Me desperté y me puse el casco. Mi madre chillaba en su cuarto, demasiado asustada para ser de alguna ayuda. Mis manos no temblaban de la misma forma que las de ella, y no me quedé paralizada en la cama chillando. Me puse el casco y lo escuché sobrevolando y alejándose. No a nosotros. No a nuestra ciudad. No esta noche. Me quedé dormida con el casco puesto y por la mañana me desperté con sus marcas en las mejillas.

Ahora, cuando el verano se acerca, cuento las semanas que faltan para que los manzanos y lilas florezcan, y los tulipanes y narcisos estén en flor antes de marchitarse con el calor del verano, y pienso en lo mucho que se parece a ese periodo

de nuestra inocencia, ese despertar al mundo con toda su incandescencia, antes de estar sometidos a sus sombras hasta llegar a ser lo que somos.

—Tendrías que haber conocido el mundo por aquel entonces —dice mi padre cuando le visito a su residencia de ancianos.

Lo hemos oído tantas veces que ya no significa nada. Los pasteles, el dinero, el interminable surtido de todo.

—Antes teníamos seis tipos distintos de cereales —levanta un dedo pedagógicamente—, bañados de azúcar, ¿te imaginas? Se solían poner rancios. Los tirábamos. Y los aviones. El cielo estaba lleno de aviones. De verdad. La gente viajaba de esa manera, familias completas. No importaba si alguien se mudaba a otro sitio. Qué demonios, simplemente te montabas en un avión e ibas a verlos.

Siempre que habla de esta forma, siempre que cualquiera de ellos lo hace, suenan perplejos, asombrados. Sacude la cabeza y suspira.

—Éramos tan felices...

No puedo oír hablar de aquellos tiempos sin pensar en flores primaverales, la risa de los niños, el sonido de cascabeles y el repiqueteo de las cabras. Humo.

Bobby está sentado en el carromato, sujetando las riendas, y con una preciosa niña de piel oscura a cada lado. Recorren la calle de un lado a otro durante toda la mañana, riendo y llorando, y sus vaporosos pañuelos ondean a su paso como un arco iris.

Las banderas cuelgan desgastadas de las astas y porches. Las mariposas revolotean paseándose por los jardines. Las gemelas Whitehall juegan en su jardín trasero y el chirrido de sus columpios oxidados retumba por todo el vecindario. La señora Renquat se ha tomado el día para llevar a varios niños al parque. No he sido invitada, probablemente porque odio a Becky Renquat y se lo he dicho varias veces durante el curso, tirándole del pelo, que era una cascada de oro blanco tan brillante que no podía resistirme. Es el cumpleaños de Ralph Paterson y la mayoría de los niños pequeños pasan el día con él y su padre en el Parque de Atracciones de la Cueva del Hombre de Nieve, donde se pueden hacer todas las cosas que los niños solían hacer cuando la nieve aún era segura, como ir en trineo y hacer hombres de nieve. Lina Breedsore y Carol Minstreet fueron al centro comercial con su niñera, que tiene un novio que trabaja en la sala de cine y que puede pasarlos gratis para ver películas todo el día. La ciudad está vacía a excepción de las pequeñas gemelas Whitehall, Trina Needles, que se chupa el pulgar y lee un libro en el columpio de su porche, y Bobby, que va de un lado a otro de la calle con las chicas Manmensvitzender y sus cabras. Yo estoy sentada en mi porche despellejándome las costras de heridas en las rodillas, pero Bobby sólo habla con ellas, en voz tan baja que no puedo oír lo que dice. Finalmente me levanto y les bloqueo el paso. Las cabras y el carromato traquetean hasta pararse, y los cascabeles siguen sonando

cuando Bobby dice:

—¿Qué pasa, Weyers?

Últimamente me he dado cuenta de que tiene unos ojos tan azules que no puedo mirarlos durante más de treinta segundos, como si me quemasen. Dirijo la mirada a las chicas, que sonríen, incluso la que está llorando.

—¿Qué problema tienes? —le digo a ésta.

Sus enormes ojos oscuros se agrandan, aumentando los blancos lagos lechosos a su alrededor. Mira a Bobby. Las lentejuelas de su pañuelo reflejan el sol.

—Por Dios, Weyers, ¿de qué estás hablando?

—Simplemente quiero saberlo —digo todavía mirándola a ella—, qué es esto de estar llorando todo el rato, quiero decir, ¿es una enfermedad o qué?

—Oh, por todos los santos...

Las cabezas de las cabras retrocedieron y los cascabeles repiquetearon. Bobby tira de las riendas. Las cabras retroceden con fuertes pisadas y el traqueteo de las ruedas, pero continúa bloqueándoles el paso.

—¿Qué problema tienes? Es una pregunta totalmente razonable —grito a su sombra a contraluz del brillante sol—. Sólo quiero saber cuál es su problema.

—No es asunto tuyo —grita Bobby y al mismo tiempo la niña pequeña dice algo.

—¿Qué? —le pregunto.

—Es la guerra, y todo el sufrimiento.

Bobby mantiene a las cabras quietas. La otra niña se apoya en su brazo. Sonríe pero continúa llorando.

—Bueno, ¿y qué? ¿Le ocurrió algo?

—Simplemente ella es así. Siempre llora.

—Qué estupidez.

—¡Oh, por Dios Santo, Weyers!

—No puedes llorar todo el tiempo, esa no es forma de vivir —dije.

Bobby da un rodeo guiando las cabras y el carro, evitándome. La niña más pequeña se gira y me mira hasta que, a cierta distancia, me saluda con la mano, pero yo me giro sin contestarle el saludo.

Antes de haber quedado abandonada y luego ocupada por los Manmensvitzender, la casa grande de la colina había pertenecido a los Richter.

—Y tanto que eran ricos —dice mi padre cuando le cuento que estoy investigando sobre un libro—. Pero, ya sabes, por aquel entonces todos lo éramos. ¡Deberías haber visto aquellos pasteles! Y los catálogos. Nos solían llegar catálogos por correo y se podía comprar cualquier cosa de esa manera, te enviaban el producto por correo, incluso un pastel. Solíamos recibir un catálogo, cómo se llamaba, ¿Henry y Danny?, o algo parecido. Los nombres de dos tipos. En cualquier caso, cuando éramos jóvenes sólo se conseguía fruta, pero después, cuando todo el país enriqueció,

se podían pedir bizcochos con crema de mantequilla, o nos llegaban unas torres de paquetes llenos de caramelos, bombones y frutos secos, y galletas y chocolate y, oh, Dios mío, todo llegaba por correo.

—Me estabas hablando sobre los Richter.

—Fue terrible lo que les ocurrió, a toda la familia.

—Fue la nieve, ¿verdad?

—Y tu hermano, Jaime, fue entonces cuando lo perdimos.

—No tenemos por qué hablar de eso.

—Todo cambió después de eso, ya sabes. Eso es lo que hizo que tu madre comenzara a beber. La mayoría de la gente perdió sólo uno, algunos ni siquiera eso, pero ya sabes lo de esos Richter. Esa casa grande en la colina... y cuando empezó a nevar todos salieron a pasear en trineo. El mundo era distinto por aquel entonces.

—No me lo imagino.

—Bueno, tampoco pudimos nosotros. Nadie pudo adivinarlo. Y créeme, nos devanamos los sesos intentando entenderlo. Todo el mundo intentaba imaginarse que sería lo siguiente que harían. Pero ¿nieve?, es decir, ¿cómo puede haber tanta maldad, de todas formas?

—¿Cuántos murieron?

—Oh, miles. Miles.

—No, quiero decir cuántos Richter.

—Los seis. Primero los hijos y luego los padres.

—¿No era raro que los adultos también se infectasen?

—Bueno, no muchos de nosotros jugamos en la nieve tanto como ellos.

—Así que debisteis notarlos, o algo así.

—¿Qué? No. Estábamos demasiado ocupados por aquel entonces. Muy atareados. Ojalá pudiera acordarme. Pero no puedo acordarme con qué estábamos tan ocupados —se frota los ojos y mira por la ventana—. No fue vuestra culpa. Quiero que sepas que lo entiendo.

—Papá.

—Me refiero a ti y los otros niños, es simplemente el mundo que os dimos, tan lleno de mal por todas partes que ni siquiera sabíais detectarlo.

—Sí lo sabíamos, papá.

—Y aún no sabéis hacerlo. ¿Qué te viene a la mente cuando piensas en la nieve?

—Pienso en la muerte.

—Bueno, ya lo ves. Antes de que eso ocurriera significaba alegría. Paz y alegría.

—No me lo puedo imaginar.

—Bueno, a eso me refiero.

* * *

—¿Te sientes bien? —me sirve los macarrones, pone el plato frente a mí y se

queda de pie, apoyada en la encimera, mirándome comer. Yo me encojo de hombros. Me pone una fría palma en la frente. Da un paso hacia atrás y frunce el ceño—. No habrás comido nada de esas niñas, ¿verdad?

Negué sacudiendo la cabeza. Cuando estaba a punto de hablar de nuevo, dije:

—Pero los otros niños sí.

—¿Quién? ¿Cuándo? —se inclina tan cerca de mí que puedo distinguir las profundas líneas de maquillaje en su rostro.

—Bobby. Algunos de los otros niños. Comieron caramelos.

Su mano se desploma con fuerza contra la mesa. El cuenco de macarrones salta, y también la vajilla. Se derrama algo de leche.

—¡Te lo dije! —grita.

—Bobby juega con ellas ahora todo el tiempo.

Me mira con ojos entrecerrados, sacude la cabeza y a continuación cierra las mandíbulas con un chasquido y una expresión de lúgubre resolución.

—¿Cuándo? ¿Cuándo comieron esos caramelos?

—No lo sé. Hace unos días. No pasó nada. Dijeron que estaban buenos.

Ella abre y cierra la boca como un pez. Se gira en redondo y coge el teléfono mientras abandona la cocina. Cierra dando un portazo. La puedo ver a través de la ventana, andando de un lado a otro del jardín trasero, gesticulando violentamente con los brazos.

Mi madre fue la que organizó la reunión ciudadana y todo el mundo vino, vestidos como si fuera día de misa. Los únicos que no aparecieron fueron los Manmensvitzender, por motivos obvios. La mayoría de las familias llevaron a sus hijos, incluso a bebés que se chupaban los pulgares o el borde de una mantita. Yo estaba allí, y también estaba Bobby y su abuelo, que mordisqueaba la boquilla de una pipa apagada y se inclinaba una y otra vez susurrando cosas a su nieto durante la reunión, que pronto comenzó a ser acalorada, aunque no hubiera mucha discusión. El calor era provocado por la simple excitación de todos en general, especialmente mi madre con su vestido estampado de rosas, los labios pintados de un rojo brillante, incluso hasta yo llegué a percibir que poseía cierta belleza, aunque aún era demasiado joven para entender lo que había en esa belleza que no la hacía totalmente agradable.

—Debemos recordar que todos somos soldados en esta guerra —dijo entre abundantes aplausos.

El señor Smyths sugirió una especie de arresto domiciliario, pero mi madre señaló que eso implicaría que alguien de la ciudad les llevara comestibles.

—Todo el mundo sabe que esas personas están hambrientas. En todo caso, ¿quién va a pagar por todo ese pan? —dijo—. ¿Por qué tenemos que pagarlo nosotros?

La señora Mathers mencionó algo sobre la justicia.

—Ya nadie es inocente —apuntó el señor Hallensway.

—Entonces, está decidido —dijo mi madre, en pie en la parte delantera de la sala, apoyada ligeramente contra la mesa de la junta municipal.

Entonces, la señora Foley, que acababa de mudarse a la ciudad desde el poblado de Chesterville recientemente destrozado, se irguió con esa forma peculiar suya de encoger los hombros y unos ojos que miraban a todos lados nerviosos, por lo que algunos habíamos comenzado a llamarla en secreto la Mujer Pájaro, y con una voz temblorosa tan suave que todos tuvimos que inclinarnos hacia delante para oírla, dijo:

—¿Pero está alguno de los niños realmente enfermo?

Todos los adultos se miraron entre sí y a los hijos de los otros. Pude ver la decepción de mi madre al ver que nadie informaba de ningún síntoma. La discusión avanzó entonces hacia los caramelos con envoltorios de colores brillantes y Bobby, sin ponerse en pie ni levantar la mano, dijo en voz alta:

—¿Es de eso de lo que se trata? ¿Os referís a estos caramelos?

Se echó hacia atrás en la silla para meterse la mano en el bolsillo y sacó un puñado de ellos.

Se escuchó un murmullo general. Mi madre agarró con ambas manos el borde de la mesa. El abuelo de Bobby, que mostraba una sonrisa alrededor de su pipa, tomó uno de los caramelos de la palma de Bobby, lo peló y se lo metió en la boca.

El señor Galvin Wright tuvo que usar su martillo para calmar las voces. Mi madre se enderezó y dijo:

—Muy bonito, arriesgando su propia vida de esa forma, sólo para demostrar no sé qué.

—Bueno, estás en lo cierto cuando hablas de demostrar algo, Maylene —dijo él, mirando fijamente a mi madre y sacudiendo la cabeza, como si estuvieran manteniendo una discusión privada—, pero estos caramelos son los que guardo en casa para quitarme el vicio de fumar. Los encargo con el catálogo del Government Issue. Son totalmente inocuos.

—Nunca dije que fueran de ellas —dijo Bobby, que primero miró a mi madre y luego buscó por la sala hasta encontrar mi rostro, pero yo fingí no darme cuenta. Cuando nos fuimos mi madre me cogió de la mano clavándome sus rojas uñas en la muñeca.

—No digas nada —dijo—, no se te ocurra decir ni una palabra más.

Me envió a mi cuarto y me quedé dormida con la ropa puesta y pensando en cómo disculparme.

A la mañana siguiente, cuando oigo los cascabeles, cojo una barra de pan y espero en el porche hasta que las veo subir por la cuesta. Entonces me coloco bloqueándoles el paso.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —dice Bobby.

Le ofrezco la barra, como si fuera un diminuto bebé alzado ante Dios en la

iglesia. La chica llorona llora con más fuerza, su hermana se aferra al brazo de Bobby.

—¿Qué crees que estás haciendo? —grita él.

—Es un regalo.

—¿Qué clase de regalo idiota es éste? ¡Llévatelo! Por todos los santos, bájalo.

Bajo los brazos a los lados, la barra se balancea en la bolsa colgando de mi mano. Las dos niñas están llorando.

—Sólo intentaba ser amable —digo, con una voz temblorosa como la de la Mujer Pájaro.

—Dios, no tienes ni idea de nada —dice Bobby—. Tienen miedo de nuestra comida, ¿ni siquiera sabes eso?

—¿Por qué?

—Por las bombas, idiota. ¿Por qué no piensas de vez en cuando?

—No sé a qué te refieres.

Las cabras sacuden los cascabeles y el carromato se menea hacia atrás y adelante.

—¡Las bombas! ¿Ni siquiera lees tus libros de historia? Al principio de la guerra les enviamos bombas embaladas como si fueran paquetes de alimentos, que explotaban al tocarlas.

—¿Eso hicimos?

—Bueno, nuestros padres lo hicieron —sacude la cabeza y tira de las riendas. El carromato se aleja traqueteando, y ambas niñas se acurrucan contra él como si yo fuera peligrosa.

—¡Oh, éramos tan felices! —dice mi padre, recreándose en sus recuerdos—. Éramos como niños, ¿sabes?, tan inocentes que no teníamos ni idea.

—¿Ni idea de qué, papá?

—De que teníamos suficiente.

—¿Suficiente de qué?

—Oh, de todo. Teníamos suficiente de todas las cosas. ¿Es eso un avión? —me mira con acuosos ojos azules—. Ven, déjame que te ayude a ponerte el casco.

Lo golpea, dejándose cardenales en sus frágiles manos.

—Déjalo, papá. ¡Para!

Lo manipula torpemente con dedos artríticos intentando desabrochar la hebilla, pero no puede. Lloro entre las manos llenas de pecas. Se queda adormilado.

Ahora que echo la vista atrás y contemplo cómo éramos ese verano, antes de la tragedia, comprendo fugazmente lo que mi padre me ha estado intentando decir todo este tiempo. No se trata de los pasteles, ni de los catálogos para comprar por correo, ni de los viajes aéreos que solían hacer. Aunque utiliza todas estas cosas para describirlo, no es eso a lo que se refiere. En otro tiempo existía una emoción diferente. La gente solía tener una forma de sentir y estar en el mundo que ya ha

desaparecido, se ha esfumado tan completamente que tan sólo hemos heredado su ausencia.

—En ocasiones —le digo a mi marido— me pregunto si mi felicidad es realmente felicidad.

—Claro que es realmente felicidad —dice él—, ¿qué otra cosa podría ser?

Sentíamos que estábamos siendo atacados. Las Manmensvitzender, con sus lágrimas y miedo al pan, sus extrañas ropas y apestosas cabras eran niñas como nosotros y no podíamos quitarnos la reunión ciudadana de nuestras cabezas, lo que los adultos habían considerado hacer. Nos subíamos a los árboles, corríamos tras los balones, regresábamos a casa cuando nos llamaban, nos limpiábamos los dientes cuando nos lo ordenaban, acabábamos el vaso de leche, pero habíamos perdido esa sensación que teníamos antes. Es verdad que no entendíamos qué era lo que nos habían arrebatado, pero sabíamos lo que se nos había dado y quién nos lo había dado.

No convocamos una reunión como ellos. La nuestra simplemente ocurrió, un día tan caluroso que estábamos sentados en la casa de juegos de Trina Needles abanicándonos con las manos y quejándonos del tiempo como los mayores. Mencionamos el arresto domiciliario, pero parecía imposible hacerlo cumplir. Contemplamos algunas opciones como globos de agua o empapelarles la casa con papel del váter. Alguien mencionó mierda de perro en bolsas de papel ardiendo. Creo que fue en ese momento cuando la discusión cambió de tono.

Podríais preguntarnos ¿quién cerró la puerta? ¿Quién construyó los montones de palitos? ¿Quién encendió las cerillas? Todos lo hicimos. Y si debo consolarme con algo, veinticinco años después de haber destrozado mi capacidad de sentir mi propia felicidad, o la de cualquier otra persona, me consuelo con esto. Fuimos todos nosotros.

Quizás ya no habrá más reuniones ciudadanas. Quizás este plan sea como los que ya hemos intentado antes. Pero se convoca una reunión ciudadana. Los mayores se reúnen para discutir cómo no ser sometidos por el mal y, también, sobre la posibilidad de ensanchar Main Street. Nadie se percata de que se escabullen los niños. Tuvimos que dejar solos a los bebés, chupándose los pulgares o las esquinas de las mantitas, no formaban parte de nuestro plan de redención. Éramos niños. No nos lo pensamos demasiado.

Cuando llegó la policía no estábamos «agitándonos espasmódicamente en una salvaje imitación de bailes bárbaros» o sufriendo ataques, como informaron los periódicos. Aún veo a Bobby, con el cabello húmedo pegado a la frente, el brillante rubor de sus mejillas mientras bailaba bajo los blancos copos que caían de un cielo del que nunca nos habíamos fiado. Trina giraba en círculos con los brazos en aspas, y las niñas Manmensvitzender con sus cabras y su carromato lleno de mecedoras apiladas, alejándose de nosotros por la carretera, con los cascabeles sonando, igual

que en la vieja canción. De nuevo el mundo volvía a ser un lugar seguro y bello. Excepto cerca del ayuntamiento, donde los grandes copos blancos se alzaban como fantasmas y las llamas devoraban el cielo como un monstruo hambriento que jamás tiene suficiente.

5

JONATHAN LETHEM

De cómo logramos entrar en la ciudad
y salir de ella

[How We Got In Town and Out Again]

Jonathan Lethem es el escritor, entre otras novelas, de los bestsellers *The Fortress of Solitude* (*La fortaleza de la soledad*), *Motherless Brooklyn* (*Huérfanos de Brooklyn*), y *You Don't Love Me Yet* (*Todavía no me quieres*), su última obra. Su primera novela, *Gun, with Occasional Music*, obtuvo los galardones William L. Crawford y Locus, y quedó finalista en los Nebula. Lethem ha publicado más de sesenta relatos cortos en distintas publicaciones, desde *The New Yorker* y *McSweeney's* hasta *F&SF* y *Asimov*. Su primera colección de relatos breves, *The Wall of the Sky, the Wall of the Eye*, consiguió el World Fantasy Award. En el 2005 le fue concedida la beca «genius» de la Fundación MacArthur por su contribución a la literatura.

«De cómo entramos en la ciudad y salimos» es uno de los relatos escritos por Lethem perteneciente a la serie que clama contra las tecnologías de realidad virtual. En una entrevista publicada en *Science Fiction Studies*, Lethem afirmó: «No planeé... escribir una serie de historias... examinando nuestra propia resistencia a la tecnología. Pero tras vivir en San Francisco durante los años en que tuvo lugar una fuerte explosión ideológica utópica sobre la realidad virtual y las tecnologías de las computadoras, sentí una necesidad instintiva de dar forma a mi propio escepticismo sobre las promesas que se estaban haciendo y que me parecían de una gran ingenuidad. Y así es como nacieron estas historias sobre la resistencia».

Si combinamos esto con la investigación de Lethem sobre los maratones de baile de los años 50, ya tenemos esta historia.

De cómo logramos entrar en la ciudad y salir de ella

Cuando vimos por primera vez a alguien cerca del centro comercial, Gloria y yo comenzamos a buscar palos.

Íbamos a robarles, si es que no eran demasiados. El centro comercial estaba a unos ocho kilómetros de la ciudad a la que nos dirigíamos, así que nadie se enteraría. Pero cuando nos acercamos Gloria vio sus furgonetas y dijo que eran virtualeros. Yo no sabía lo que era eso, pero eso es lo que me dijo.

Era verano. Dos días antes Gloria y yo nos habíamos separado de un grupo que tenía comida, pero ya no podíamos aguantar más sus cánticos religiosos.

No habíamos comido desde entonces.

—¿Y que hacemos? —dije.

—Déjame que hable yo —dijo Gloria.

—¿Crees que podemos entrar en la ciudad con ellos?

—Mejor que eso —dijo ella—. Sólo cierra el pico.

Dejé caer el trozo de tubería que había encontrado y entramos cruzando por el aparcamiento. En ese centro ya hacía bastante tiempo que no quedaba comida, pero los virtualeros estaban sacando sillas plegables de una de las tiendas y amarrándolas a los techos de sus furgonetas. Eran cuatro hombres y una mujer.

—Eh —dijo Gloria.

Dos de los tipos eran sólo mozos de carga, nos ignoraron y continuaron cargando. La mujer estaba sentada en la parte delantera de la furgoneta. Fumaba un cigarrillo.

Los otros dos tipos se giraron. Eran Kromer y Fearing, pero yo aún no sabía sus nombres.

—Pírate —dijo Kromer. Era un tipo alto y de mirada torva, con un diente de oro. Estaba bastante estropeado, pero el diente de oro confirmaba que nunca había perdido una pelea ni se había hundido totalmente en la miseria—. Estamos ocupados —dijo.

Estaba siendo razonable. El que no estaba en una ciudad no estaba en ningún sitio. ¿Por qué pararse a hablar con alguien que has conocido en ningún sitio?

Pero el otro tipo sonrió a Gloria. Tenía el rostro afilado y un pequeño bigote.

—¿Quiénes sois? —preguntó sin mirarme a mí.

—Sé a qué os dedicáis, chicos —dijo Gloria—. Yo ya estuve en uno antes.

—Oh, ¿sí? —dijo el tipo, aún sonriente.

—Vais a necesitar concursantes —dijo ella.

—Es rápida —le dijo al otro, y luego, dirigiéndose a Gloria—: Yo soy Fearing.

—¿Fearing qué?

—Sólo Fearing.

—Bueno, yo soy sólo Gloria.

—Está bien —dijo Fearing—. Éste es Tommy Kromer. Somos los encargados de

este tinglado. ¿Cuál es el nombre de tu pequeño amigo?

—Puedo decir mi propio nombre —dijo—. Soy Lewis.

—¿Sois de la encantadora ciudad de allí delante?

—No —dijo Gloria—. Nos dirigimos allí.

—¿Y exactamente cómo pensáis entrar? —preguntó Fearing.

—En cualquier caso —dijo Gloria, como si fuera una respuesta—, ahora, contigo.

—Creo que estás presuponiendo demasiado.

—O podríamos contarles a los de la ciudad cómo desvalijasteis el último lugar en donde estuvisteis y que nos han enviado para prevenirles —dijo Gloria.

—Es rápida —dijo Fearing una vez más, sonriendo, y Kromer sacudió la cabeza. No parecían muy preocupados.

—Os convendría que fuera con vosotros —dijo Gloria—. Soy toda una atracción.

—No veo qué daño puede hacernos —afirmó Fearing.

—Un tanto delgada para ser una atracción —dijo Kromer encogiéndose de hombros.

—Y tanto que estoy delgada —dijo ella—. Por eso Lewis y yo tenemos que comer algo.

Fearing la miró fijamente. Kromer había regresado a la furgoneta con los otros tipos.

—O si no podéis alimentarnos... —comenzó a decir Gloria.

—Basta, cielito. No más amenazas.

—Necesitamos comer.

—Comeremos algo cuando entremos —dijo Fearing—. Tú y Lewis podéis comer algo si vais a entrar.

—Claro —dijo ella—. Vamos a entrar... ¿cierto, Lewis?

Supe que debía decir «cierto».

Por supuesto, la milicia ciudadana salió al encuentro de las furgonetas. Pero parecían estar avisados de que los virtualeros iban a pasar, y una vez que Fearing hubo hablado con ellos durante un par de minutos, abrieron las puertas y echaron un vistazo rápido al interior, luego nos hicieron señas para que pasáramos. Gloria y yo íbamos en la parte trasera de la furgoneta, con un montón de equipamiento y uno de los mozos, el llamado Ed. Kromer, iba al volante. Fearing conducía la furgoneta en la que iba la mujer. El otro mozo conducía la última solo.

Nunca antes había entrado en una ciudad en furgoneta, pero, en cualquier caso, había logrado entrar en dos ocasiones antes. La primera vez yo solo, simplemente me arrastre y repté al interior, la segunda porque Gloria fue con un tipo de la milicia.

De todas formas, las ciudades no eran gran cosa. Quizás esta fuera diferente. Avanzamos unas cuantas manzanas y un tipo nos hizo señas para que Fearing se detuviera. Se acercó a la ventanilla de la furgoneta y hablaron, luego regresó a su

coche, haciendo señas a Kromer mientras caminaba. Le seguimos.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Gloria.

—Gilmartin es el adelantado —dijo Kromer—. Pensé que lo sabías todo.

Gloria no respondió.

—¿Qué es un adelantado? —pregunté.

—El que nos consigue un lugar y la gasolina que necesitamos —explicó Kromer—. Ayuda a sobrellevar mejor el impacto de la ciudad. Pone a la gente nerviosa.

Estaba oscureciendo. Me sentía bastante hambriento, pero no dije nada. El coche de Gilmartin nos guió hacia un enorme edificio con forma de varadero, aunque no estaba cerca del agua. Kromer dijo que antes era una bolera.

Los mozos comenzaron a transportar material y Kromer me hizo ayudarles. El edificio estaba lleno de polvo y totalmente vacío, y algunas luces no funcionaban. Kromer dijo que de momento fuéramos metiendo las cosas. Se llevó una de las furgonetas y regresó y descargamos un montón de catres pequeños que el adelantado Gilmartin les había alquilado, y así supe dónde iba a dormir esa noche. Aparte de eso, había material para el concurso. Cables de ordenador y trajes espaciales de plástico, y un montón de televisores. Fearing se llevó a Gloria y regresaron con comida, pollo frito y ensalada de patata, y comimos todos. Yo no podía parar de ir y venir para servirme más, pero nadie dijo nada.

Luego, fui a acostarme a un catre. Nadie me hablaba. Gloria no iba a dormir en un catre. Creo que estaba con Fearing.

El adelantado Gilmartin había hecho bien su trabajo. Los de la ciudad ya andaban husmeando por el lugar a primera hora de la mañana. Fearing estaba fuera hablando con ellos cuando me desperté.

—El registro comienza a las doce del mediodía, ni un minuto antes —decía—. Poneos en fila y quedaos por aquí. Serviremos café. Pero, ojo, sólo deben presentarse los que estén en buenas condiciones... nuestro doctor os examinará y nunca han logrado engañarle. Es lógica darwiniana, amigos. El futuro es para los fuertes. Los débiles tendrán que heredar el aquí y ahora.

Dentro, Ed y el otro tipo organizaban los equipos. Tenían alrededor de treinta trajes de plástico cableados a soportes en el centro del local, tan enmarañados con cables y pequeños alambres que parecían moscas muertas atrapadas en una telaraña. Debajo de cada traje había un armazón de metal ligero, como una especie de bicicleta con asiento pero sin ruedas, y también un reposacabezas. Alrededor de la telaraña estaban instalando monitores en un arco frente a los asientos. Cada traje llevaba un dorsal en la espalda, y los monitores tenían números en la parte superior que coincidían con los de los trajes.

Cuando Gloria apareció no me dijo nada, pero me pasó unos cuantos bollos y café.

—Y esto es sólo el principio —dijo ella cuando vio que abría los ojos como platos—. Nos darán tres comidas al día mientras dure esto. O, en todo caso, mientras duremos nosotros.

Nos sentamos fuera y comimos mientras escuchábamos a Fearing. No paraba de hablar. Algunas personas estaban puestas en fila, como él les había dicho. No era de extrañar, Fearing era un charlatán de primera. Otros escuchaban y simplemente se ponían nerviosos o excitados y se marchaban, pero yo sabía que volverían más tarde, aunque fuera como espectadores. Cuando nos acabamos los bollos, Fearing se acercó y nos dijo que nos pusiéramos en la cola también.

—No tenemos que ponernos —dijo Gloria.

—Sí, tenéis que hacerlo —dijo Fearing.

En la Fila conocimos a Lane. Dijo que tenía veinte años, como Gloria, pero parecía más joven. Podría haber tenido dieciséis, como yo.

—¿Has hecho esto alguna vez? —le preguntó Gloria.

Lane negó sacudiendo la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó.

—Pues claro —dijo Gloria—. ¿Has salido alguna vez de esta ciudad?

—Un par de veces —dijo Lane—. Cuando era niña. Me gustaría salir ahora.

—¿Por qué?

—He roto con mi novio.

Gloria frunció los labios y dijo:

—Pero tienes miedo de irte de la ciudad y por eso haces esto.

Lane se encogió de hombros.

Me gustaba, pero a Gloria no.

El doctor resultó ser Gilmartin el adelantado. No creo que fuera un médico de verdad, pero me auscultó el corazón. Nadie me había hecho eso antes y me hizo sentir bien.

El registro era un trámite estúpido, un paripé. Hicieron un montón de preguntas, pero sólo rechazaron a un par de mujeres y a un tipo, Gloria dijo que porque eran demasiado viejos. El resto fue aceptado, a pesar de que algunos parecían bastante hambrientos, exactamente como yo y Gloria. Esta era una ciudad hambrienta. Más tarde me imaginé que en parte ese era el motivo de que Fearing y Kromer la hubieran elegido. Uno podría pensar que iban donde estaba el dinero, pero se estaría equivocando.

Tras el registro nos dijeron que no apareciéramos en toda la tarde. La cosa comenzaba a las ocho en punto.

Paseamos por el centro de la ciudad, pero casi todas las tiendas estaban cerradas. Todo lo bueno estaba en el centro comercial, pero para entrar había que enseñar una tarjeta de identidad que Gloria y yo no teníamos.

Así pues, como siempre dice Gloria, nos dedicamos a matar el tiempo, ya que tiempo era todo lo que teníamos.

Cuando regresamos, el lugar parecía diferente. Habían instalado focos en los techos de las furgonetas y Fearing hablaba por el micrófono. Habían colocado un cartel sobre la entrada. Le pregunté a Gloria y ella lo leyó: «Maratón Virtual». Ed vendía cervezas que sacaba de una fresquera y que compraban algunos individuos, a pesar de que probablemente él mismo las acabara de adquirir en la ciudad a la mitad de precio. Era una noche calurosa. Vendían las entradas pero no dejaban que nadie entrara todavía. Fearing nos dijo que entrásemos.

La mayoría de los concursantes ya estaban allí. Anne, la mujer de la furgoneta, estaba allí, comportándose como cualquier otro participante. Lane también estaba allí y nos saludamos. Gilmartin estaba ayudando a todo el mundo a ponerse los trajes. Era necesario desnudarse, pero a nadie parecía importarles. El hecho de ser concursantes lo justificaba, como si fuéramos invisibles para los demás.

—¿Podemos colocarnos uno al lado del otro? —le pregunté a Gloria.

—Claro, aunque da lo mismo —dijo ella—. No podremos vernos una vez estemos dentro.

—¿Dentro de dónde? —dije.

—De los paisajes —respondió—. Ya lo verás.

Gloria me ayudó a meterme en el traje. Era de plástico, con cables por todos lados y con refuerzos en las rodillas, las muñecas, los codos, las axilas y la entrepierna. Me probé la máscara, pero era pesada y no vi que nadie más la llevara puesta, así que me la quité hasta que tuviera que ponérmela. Gilmartin intentó ayudar a Gloria, pero ella le dijo que podía hacerlo sola.

Así que allí estábamos, de pie y medio desnudos, con cables colgando en la enorme e iluminada bolera vacía, y entonces, de repente, Fearing y su potente chorro de voz entraron, permitiendo que el público pasara. Las luces se apagaron y todo comenzó.

—Treinta y dos espíritus jóvenes están listos para escapar de este mundo nadando hacia el brillante y reluciente futuro —continuó Fearing—. La pregunta es: ¿hasta qué distancia de ese futuro les llevarán sus cuerpos? Nuevos mundos al alcance de sus manos... una cornucopia de paisajes virtuales para alucinar y asombrarse y hacer gozar a los sentidos. Estos afortunados chicos se sumergirán en un océano de datos que arrollarán sus desnutridas sensibilidades... hemos preparado una colección realmente brillante de entornos para que los exploren... y ustedes podrán ver todo lo que ellos ven en los monitores que hay frente a ustedes. Pero ¿cuál de ellos se adelantará al resto? ¿Durante cuánto tiempo pueden cabalgar en la cresta de la ola? ¿Cuál de ellos podrá superar a los otros y llevarse el gran premio... mil dólares? Eso es lo que vamos a averiguar aquí.

Gilmartin y Ed estaban ajustándonos las máscaras y accionando los interruptores para conectarnos y tumbarnos en los soportes. El asiento de la bicicleta era cómodo, con la cabeza apoyada en el reposacabezas y un cinturón alrededor de la cintura. Se podían mover los brazos y las piernas como si estuviéramos nadando, como había dicho Fearing. Ahora no me importaba colocarme la máscara, porque el público me estaba poniendo nervioso. A muchos de ellos no los podía ver por las luces, pero sabía que estaban allí, mirando. La máscara me cubría las orejas y los ojos. Alrededor de la barbilla tenía una banda de cable y velcro. Dentro estaba oscuro y en silencio al principio, a excepción de la voz de Fearing que aún me llegaba por los auriculares.

—Las reglas son simples. Nuestros concursantes disfrutarán de un periodo de treinta minutos de descanso cada tres horas. A estos chicos se les alimentará, no se preocupen por eso. Nuestro doctor controlará su salud. Seguro que han escuchado historias terroríficas, pero nosotros somos un espectáculo con clase: no verán terror aquí. Los chicos reciben el cuidado de calidad que proporcionamos de una sola forma: una conexión continua y en vigilia con el flujo de datos. Somos inflexibles en eso. Dormir es morir... podéis dormir en vuestro propio tiempo, pero no en el nuestro. Un solo lapsus y quedáis fuera del juego... esas son las reglas.

Los auriculares comenzaron a zumbar. Deseaba haber podido sacar la mano y sostener la de Gloria, pero ella se encontraba muy lejos.

—No podrán obtener ayuda de los jueces de pista, o de otros concursantes, para localizar las riquezas de percepción del ciberespacio. Algunos descubrirán las llaves que abren las puertas a miles de mundos, otros se quedarán atascados en la antesala del futuro. Cualquiera a quien se le pille entrenando durante los periodos de descanso quedará descalificado... sin avisos ni segundas oportunidades.

La voz de Fearing calló y los paisajes comenzaron.

Me encontraba en un pasillo. Las paredes estaban llenas de cajones, como si fuera un enorme armario que se extendía hasta el infinito. Los cajones estaban marcados con palabras que yo desconocía. Al principio no podía moverme, a excepción de la cabeza, luego me las arreglé para andar y simplemente hice eso durante un rato. Pero nunca llegaba a ningún sitio. Me daba la impresión de que andaba en un enorme círculo; subía por la pared, cruzaba el techo y luego bajaba por la otra pared. Así que finalmente abrí uno de los cajones. No parecía mayor que lo necesario para contener unos lápices, o lo que fuera, pero cuando tiré de él se abrió como una puerta y la crucé.

—Bienvenido a Anuncios Personales intensos —dijo la voz. Lo único que había allí era unos colores. La puerta se cerró a mis espaldas—. Debe tener dieciocho años o más para utilizar este servicio. Para evitar cualquier cargo, por favor salga ahora.

No salí, porque no sabía cómo hacerlo. El espacio con colores parecía pequeño, aunque carecía de bordes. Aun así, daba la sensación de ser pequeño.

—Éste es el menú principal. Por favor extienda el brazo y haga una de las siguientes selecciones: mujeres buscan hombres, hombres buscan mujeres, mujeres buscan mujeres, hombres buscan hombres, o alternativos.

Cada uno de ellos formaba un bloque de palabras en el aire. Alargué el brazo y toqué la primera.

—Después de cada selección, seleccione *uno* para volver a ver la grabación, *dos* para grabar un mensaje para esta persona, o *tres* para avanzar a la siguiente selección. Puede accionar el tres en cualquier momento para avanzar a la siguiente selección, o cuatro para retroceder al menú principal.

Entonces una mujer entró en el espacio de colores conmigo. Estaba vestida y llevaba los labios pintados.

—Hola, mi nombre es Kate —dijo. Me miraba como atravesándome la cabeza con los ojos, mirando algo a mis espaldas, y se retorció mechones de cabello mientras hablaba—. Vivo en San Francisco. Trabajo en el distrito financiero, como directora de personal, pero mi verdadera pasión son las bellas artes, actualmente pinto y escribo...

—¿Cómo entraste en San Francisco? —pregunté.

—... acabo de comprarme un par de botas de montaña y tengo ganas de escalar Mount Tam este fin de semana —dijo ella, ignorándome.

—Nunca he conocido a nadie de allí —dije.

—... buscando a un hombre al que no le intimide la inteligencia —continuó ella—. Es importante que estés a gusto con lo que haces, y el lugar donde te encuentras. También quiero a alguien que sea lo suficientemente seguro para poder expresar mi vulnerabilidad. Debería dársete bien escuchar...

Seleccioné el tres. Sé leer números.

Entró otra mujer, así de sencillo. Ésta era tan joven como Gloria, pero con un aspecto más delicado.

—No dejo de preguntarme por qué *demonios* estoy haciendo esto de los contactos —dijo ella, suspirando—. Pero sé la razón... quiero una cita. Soy nueva en el área de San Francisco. Me gusta ir al teatro, pero tengo una mentalidad bastante abierta. Me crié y eduqué en Chicago, así que creo que soy más de la costa este que de la oeste. Hablo rápido y con sorna. Supongo que adopto una actitud un poco cínica ante estos anuncios, el cielo aún debe abrirse, el rayo aún debe golpear...

Me deshice de ella, ahora que ya sabía cómo hacerlo.

—... tengo mi propio negocio de jardinería y paisajismo...

—... alguien que sea divertido, no un rarito...

—... soy tierna, soy sensual...

Comencé a preguntarme de qué año serían esas mujeres. No me gustaba cómo me hacían sentir, una mezcla entre culpable e intimidado al mismo tiempo. No creía poder hacerlas felices de la forma que esperaban, pero tampoco creía que iba a tener la oportunidad de intentarlo, de todas formas.

Me llevó bastante rato volver al pasillo. Desde ese momento presté más atención al sitio donde me metía.

El siguiente cajón era prácticamente lo opuesto. Todo espacio y ninguna persona. Pilotaba un avión y sobrevolaba casi toda la tierra, o eso me pareció. Había una hilera de diales e interruptores bajo las ventanillas, pero no significaban nada para mí. Al principio estaba en las montañas y chocaba constantemente, lo cual resultaba bastante aburrido, porque una voz me corregía antes de volver a empezar y tenía que esperar. Pero entonces llegué al desierto y logré mantenerme en el aire sin chocarme demasiado. Aprendí a decir «no» cada vez que la voz sugería algo diferente como «ataque el objetivo» o «acción evasiva».

Quería volar un rato, eso era todo. El desierto se veía espléndido desde allí arriba, a pesar de que yo había atravesado ya demasiados desiertos.

Si no fuera porque necesitaba ir a mear, podría haberme quedado allí para siempre. La voz de Fearing se coló y dijo que era la hora del primer periodo de descanso.

—... todavía frescos y entusiasmados tras su primera zambullida en las maravillas del futuro —decía Fearing al público. El lugar estaba sólo medio lleno—. Este mundo ya parece monótono y gris en comparación. Sin embargo, consideren la ironía, a medida que sus mentes inquisitivas se vayan acostumbrando a estos esplendores, sus cuerpos comenzarán a rebelarse...

Gloria me enseñó cómo desconectar los cables para que pudiera salir de entre todos esos cachivaches, con el traje puesto y dejando la máscara en el asiento. Todos estaban en fila para entrar en el baño. Luego nos dirigimos a la sala grande, en la parte trasera, donde habían puesto los camastros, pero nadie se fue a dormir ni nada parecido. Supuse que queríamos hacerlo en el siguiente descanso, pero en ese momento me sentía demasiado excitado, como todos los demás. Fearing seguía hablando, como si nuestro descanso fuera una parte tan importante del espectáculo como cualquier otra.

—Esplendores, ja —dijo Gloria—. Menudo montón de ciberbasura de segunda mano.

—Estuve en un avión —empecé a contar.

—Calla —dijo Gloria—. Se supone que no debemos hablar de ello. Tan sólo, si encuentras algo que te gusta, recuerda dónde está.

No lo había hecho, pero no me preocupaba.

—Bebe agua —dijo ella—. Y come algo.

Iban repartiendo bocadillos y cogí un par, uno para Gloria. Pero ella no parecía tener muchas ganas de hablar.

El falso doctor Gilmartin iba con mucha ceremonia de un lado a otro revisando y auscultando a todo el mundo, aunque sólo se trataba del primer descanso. Supuse que

el objetivo final de cuidarnos tanto era recordar a la gente en los asientos que existía la posibilidad de que vieran a alguien lesionarse.

Ed estaba repartiendo manzanas de una bolsa. Tomé una, me alejé y me senté en el camastro de Lane. Se la veía bonita con su traje.

—Mi novio está aquí —dijo ella.

—¿Volvéis a estar juntos?

—Me refiero a mi ex. Estoy fingiendo que no lo he visto.

—¿Dónde está?

—Está sentado justo delante de mi monitor —ladeó la cabeza señalando.

No dije nada, pero desee haber tenido a alguien del público mirándome.

Cuando regresé, entré primero en una biblioteca llena de libros. Al coger cada uno de ellos de su estante, se transformaba en un espectáculo distinto, con mapas e ilustraciones, pero cuando logré averiguar que se trataba de publicidad comercial sobre cómo gestionar el dinero, me aburrí.

A continuación entré en una mazmorra. Comenzaba con un mago haciéndome crecer a partir de un bicho. Estábamos en su laboratorio, lleno de tarros y telarañas. Su rostro era como una vela derretida y hablaba muy parecido a Fearing. Había murciélagos revoloteando a nuestro alrededor.

—Debes retomar la búsqueda de Kroyd —dijo, y comenzó a tocarme con su bastón. Yo podía ver mis brazos y piernas, pero no iban cubiertos con el traje de virtualero. Estaban llenos de músculos. Cuando el mago me tocó aparecieron en mis manos una espada y un escudo—. Estos son tus compañeros, Rip y Batter —dijo el mago—. Te obedecerán y protegerán. No debes traicionarlos jamás usando cualquier otra arma. Ese fue el error de Kroyd.

—De acuerdo —dije.

El mago me envió entonces a la mazmorra y Rip y Batter me hablaban. Me decían lo que debía hacer. Sonaban muy similares al mago.

Nos topamos con un gusanoleón. Así es como Rip y Batter lo denominaron. Tenía la cabeza llena de gusanos con diminutos rostros y Rip y Batter sugirieron matarlo, lo cual no fue difícil. La cabeza explotó y todos los gusanos huyeron hacia las baldosas del suelo como si fueran gotas de agua.

Entonces nos encontramos con una mujer vestida con ropa provocativa que también blandía una espada y un escudo. Sus armas estaban cubiertas de piedras preciosas y en apariencia mucho mejores que Rip y Batter. Este fue el error de Kroyd, cualquiera podía verlo claramente. Pero me imaginé que Kroyd no estaba aquí y yo sí, y que quizás él había cometido un error que yo también quería cometer. Rip y Batter comenzaron a gritar cuando las intercambié por las armas de la mujer, y entonces ella las tomó y luchamos. Cuando me mató, regresé a la entrada de la habitación del mago, donde había entrado al principio, de nuevo con el tamaño de

una chinche. En esta ocasión me marché en la otra dirección, de regreso a los cajones.

Y es entonces cuando conocí al hombre de nieve.

Estaba echando un vistazo a un cajón que no parecía tener nada dentro. Todo era simplemente negro. Entonces vi una pequeña lista de números parpadeantes en una esquina.

Toqué los números. Ninguno hacía nada excepto uno.

El fondo seguía totalmente negro, pero ahora había cinco imágenes de un hombre de nieve. Estaba formado por tres bolas blancas que parecían más de plástico que de nieve. Sus ojos eran unos simples círculos y su boca no se movía bien cuando hablaba. Sus brazos eran palos, pero se doblaban como si fueran de goma. Había dos imágenes tuyas donde se le veía pequeño y alejado, una desde abajo, como si estuviera en una colina, y otra que mostraba la parte superior de su cabeza, como si estuviera en un agujero. Y luego había otra que mostraba sólo su cabeza, y otra grande de cuerpo entero. En la última se le veía mirando a través de una ventana, pero no se podía ver la ventana, sólo el recuadro que ocultaba la parte inferior del cuerpo del hombre de nieve.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Lewis.

—Yo soy el señor Achís —su cabeza y brazos se movían en las cinco imágenes mientras hablaba. Sus ojos se hacían grandes y pequeños.

—¿Qué es este lugar en el que estás?

—No es un lugar —dijo el señor Achís—. Es sólo un archivo corrupto.

—¿Por qué vives en un archivo corrupto?

—Fueron los abogados de derechos de autor —dijo el señor Achís—. Yo les ponía nerviosos —sonaba feliz dijera lo que dijese.

—¿Nerviosos por qué?

—Yo participaba en un especial de Navidades de la televisión interactiva. Pero en el último minuto alguien del departamento legal pensó que me parecía demasiado a un hombre de nieve que salía en un videojuego llamado *Lanzador de barro*. Era ya demasiado tarde para rediseñarme, así que simplemente me recortaron y me tiraron en este archivo.

—¿Y no puedes ir a otro sitio?

—No poseo mucha movilidad —saltó y giró arriba y abajo, y siempre aterrizaba en el mismo lugar, en cada una de las imágenes, cinco veces al mismo tiempo. La imagen que no tenía cuerpo también botaba.

—¿Echas de menos el espectáculo?

—Sólo espero que les esté yendo bien. Todo el mundo ha estado trabajando tanto. No me atreví a decirle que probablemente de eso hacía muchísimo tiempo.

—¿Y qué haces tú aquí, Lewis? —preguntó el señor Achís.

—Estoy en un Maratón Virtual.

—¿Qué es eso?

Le hablé de Gloria y Fearing y Kromer, y del concurso. Creo que le gustó saber que volvía a aparecer en la televisión.

No quedaban muchos espectadores en los asientos. Fearing les hablaba acerca de lo que ocurriría al día siguiente cuando regresaran. Kromer y Ed nos llevaron a todos a la parte de atrás. Eché un vistazo al camastro de Lane. Ya estaba dormida. Su novio había desaparecido de su asiento en la fila de delante.

Me tumbé en el camastro junto a Gloria.

—Estoy cansado ahora —dije.

—Pues duerme un poquito —me dijo ella poniéndome el brazo por encima de los hombros. Pero aún escuchaba a Fearing afuera, hablando sobre un «maratón sexual», y le pregunté a Gloria qué era—. Eso es para mañana por la noche —dijo ella—. No te preocupes por ello ahora.

Gloria no iba a dormir, se limitaba a echar una mirada alrededor.

Encontré el Muestrario de SmartHouse. Era una casa con una voz dentro. Al principio busqué por todos lados para ver de quién era la voz, pero después supuse que se trataba de la propia casa.

—¡Responde al teléfono! —dijo. El teléfono sonaba.

Descolgué el teléfono y la iluminación del cuarto cambió al encenderse una lámpara sobre la mesa junto al teléfono. La música en la habitación cesó.

—¿Qué le parece la rapidez de respuesta?

—Estupenda —dije. Colgué el teléfono.

Había un televisor en la habitación, y lo encendió. Mostraba una imagen de comida.

—¿Ve eso?

—¿Se refiere a la comida? —dije.

—¡Eso es el contenido de su nevera! —dijo—. Los paquetes con una aureola azul caducarán en las siguientes veinticuatro horas. ¡El paquete con aureola negra ya ha caducado! ¿Le gustaría que lo eliminara por usted?

—Claro.

—¡Ahora mire por las ventanas!

Miré. Fuera había montañas.

—¡Imagine despertarse todas las mañanas en los Alpes!

—Yo...

—Y cuando esté preparado para ir al trabajo, ¡su coche ya estará caliente en el garaje! —las ventanas cambiaron del paisaje de montañas a una imagen de un coche en un garaje—. ¡Y su buzón de voz informa a todos los que llamen que no se encuentra usted en casa cuando el coche no esté en el garaje!

Me pregunté si podría ir a algún sitio si bajaba y conducía el coche. Pero estaban intentando venderme esta casa, así que probablemente no podría.

—¡Y la televisión le informa cuándo estará disponible la película basada en el libro que se esté leyendo!

La televisión sintonizó una película, las cortinas de las ventanas se cerraron y la lámpara junto al teléfono se apagó.

—No sé leer —dije.

—Pues con más razón entonces, ¿no es así? —dijo la casa.

—¿Y qué tal el dormitorio? —pregunté; se me ocurrió echarme un sueñecito.

—¡Allá vamos!

Se abrió una puerta y entré. El dormitorio tenía otra televisión. Pero la cama no estaba bien. Tenía una maraña de garabatos electrónicos encima.

—¿Qué le ocurre a la cama?

—Alguien la borró —dijo la casa—. Una pena.

Tuve la certeza de que había sido Fearing o Kromer el que había estropeado la cama; no querían que nadie se acomodara y se durmiera quedando descalificados del concurso. Al menos, no todavía.

—¡Lo siento! —dijo la casa—. ¡Permítame que le muestre el centro de trabajo!

En el siguiente descanso me fui derecho al camastro de Gloria y me acurruqué, y ella se acurrucó rodeándome. Era muy temprano y no había todavía ningún espectador y Fearing no hablaba. Creo que se había ido a echar una cabezada.

Kromer nos despertó.

—¿Siempre tiene que dormir contigo como un bebé?

—Déjale en paz —dijo Gloria—. Puede dormir donde quiera.

—No lo entiendo —dijo Kromer—. ¿Es tu novio o tu hermano pequeño?

—Ninguna de esas dos cosas —dijo Gloria—. ¿A ti qué te importa?

—De acuerdo —dijo Kromer—. Pero mañana tenemos un trabajito para él.

—¿Qué trabajito? —dijo Gloria.

Hablaban como si yo no estuviera allí.

—Necesitamos un hacker para un número que hemos montado —dijo Kromer—. Él lo hará.

—No ha estado en un paisaje virtual antes —dijo Gloria—. No es un hacker.

—Es lo que más se le parece de todo lo que tenemos. Le guiaremos durante todo el número.

—Lo haré —dije.

—De acuerdo —dijo Gloria—, pero entonces dejadlo fuera del Maratón Sexual.

—¿Le estás protegiendo? —dijo Kromer sonriendo—. Lo siento. Todos tienen que jugar al Maratón Sexual, cielo. Es el número principal. Los clientes no nos dejan romper las reglas —señaló a las máquinas—. Será mejor que salgáis ahí.

Sabía que Kromer pensaba que yo no sabía lo de Gloria y Fearing, u otras cosas. Me entraron ganas de decirle que no era tan inocente, pero no creo que le hiciera gracia a Gloria, así que me quedé callado.

Fui a hablar con el señor Achís. Recordé dónde lo había encontrado la primera vez.

—¿Qué es un maratón de sexo? —pregunté.

—No lo sé, Lewis.

—Nunca he tenido sexo —dije.

—Yo tampoco —dijo el señor Achís.

—Todo el mundo cree que me lo hago con Gloria sólo porque siempre vamos juntos a todas partes, pero sólo somos amigos.

—Eso está bien —dijo el señor Achís—. Está bien ser amigos.

—Me gustaría ser el novio de Lane —dije.

En el siguiente descanso Gloria dormía mientras Gilmartin y Kromer me explicaban el número. Marcarían uno de los cajones para que entrara en él, y allí encontraría muchos números y letras, pero sólo tenía que presionar todo el rato «1-2-3» pasara lo que pasara. Se suponía que era un archivo de seguridad, dijeron ellos. Los espectadores pensarían que estaba rompiendo códigos de seguridad, pero era sólo una pantomima. Entonces ocurriría algo, pero no me dijeron de qué se trataba, sólo que debía quedarme callado y dejar que fuera Fearing quien hablase. Así que supe que iban a quitarme la máscara. No sabía si debía decírselo a Gloria.

Fearing ya estaba otra vez en pie, dando la bienvenida al público. Yo no podía creerme que alguien estuviera interesado en venir de espectador a primera hora de la mañana, pero Fearing exclamaba:

—... la obstinada determinación de sobrevivir personifica al espíritu fronterizo que hace un tiempo hizo grande a un país llamado Norteamérica —y—... cuerpos jóvenes retorciéndose en agonizante comunión con el futuro —supongo que eso sonaba muy divertido.

Una mujer de la ciudad ya se había rendido. Pero no Lane.

Un sitio tranquilo para ir era Marte. Era como el avión, todo espacio y ninguna persona, pero mejor, porque no había ninguna voz que ordenase apuntar a blancos, y no había peligro de colisión.

Fui al cajón que me dijeron. La voz de Fearing en mi oído me dijo que ya era la hora. El lugar era un almacén de información, como la biblioteca empresarial. Ninguna persona, sólo archivos con muchas lucecitas parpadeantes y palabras

complicadas. Una voz me preguntaba en todo momento por «la contraseña de acreditación de seguridad», pero siempre había un lugar para que yo pulsase «1-2-3», y así hice. Era como una broma, como una pared hecha de plumas que se desmorona cada vez que la tocas.

Encontré un fajo de papeles con algo escrito. Algunas de las palabras habían sido suprimidas y otras eran rojas y brillaban parpadeantes. Se escuchaba una sirena. Entonces sentí unas manos que tiraban de mí hacia fuera y alguien me quitó la máscara.

Había dos tipos tirando de mí a quienes nunca había visto antes, y Ed y Kromer tiraban de ellos a su vez. Se chillaban unos a otros, pero era como una pantomima, porque nadie tiraba o chillaba demasiado fuerte. Fearing dijo entonces:

—¡Los federales, los federales!

Un grupo de espectadores estaban apiñados alrededor de mi monitor, supongo que intentando leer el fajo de papeles que yo había sacado, pero ahora observaban la acción.

Fearing se aproximó y sacó una pistola de juguete, y lo mismo hizo Kromer, y apuntaron a los dos hombres, apartándolos de mí. Estoy seguro de que la audiencia sabía que era todo falso. Pero estaban todos muy excitados, quizás simplemente al recordar los tiempos en los que los federales eran de verdad.

Me bajé del armazón y eché un vistazo a mi alrededor. No sabía lo que iban a hacerme ahora que estaba fuera, pero no me importaba. Era mi primera oportunidad para ver cómo se veía a los participantes con sus trajes y máscaras, nadando en el flujo de información. Ninguno de ellos sabía qué estaba pasando, ni siquiera Gloria, que estaba justo a mi lado durante todo el tiempo. Simplemente siguieron moviéndose por los paisajes. Miré a Lane. Se la veía bien, como si estuviera bailando.

Mientras tanto, Fearing y Kromer persiguieron a esos hombres hasta la parte de atrás. Los espectadores alargaban el cuello intentando ver algo. Fearing salió, cogió el micrófono y dijo:

—No es culpa del chico, amigos, sólo sus honestos instintos de hacker para destapar la corrupción de datos encriptados. Los federales no quieren que los rastreemos, pero el chico no puede evitarlo.

Ed y Kromer comenzaron a embutirme de nuevo en el traje.

—Los hemos ahuyentado —dijo Fearing, dando unas palmaditas a su pistola—. Cuidamos de los nuestros. Nunca se puede estar seguro de quién va a venir a meter las narices, ¿verdad? Para su protección y la nuestra vamos a tener que borrar ese archivo, pero este incidente es un buen ejemplo de que un chico con talento para los datos no conoce límites para desentrañar cualquier cosa en el ciberespacio. No podemos expulsarlo de la competición por hacer lo que es natural para él. Denle un caluroso aplauso, amigos.

Los espectadores aplaudieron y algunos lanzaron monedas. Ed las recogió para

dármelas, luego me dijo que me pusiera la máscara. Mientras, Gloria y Lane y los demás seguían navegando por sus paisajes.

Comencé a entender lo que Kromer y Fearing vendían. No era una sola cosa. Había algo falso y algo real, y lo demás era una mezcla en la que no se podía distinguir entre lo uno y lo otro. Los espectadores probablemente no sabían por qué querían eso, tan sólo les hacía olvidar sus vidas de mierda durante unos instantes contemplando a los únicos humanos más estúpidos que ellos... es decir, nosotros.

—Mientras tanto, el gran espectáculo continúa —dijo Fearing—. ¿Cuánto durarán? ¿Quién se alzaría con el premio?

Se lo conté a Gloria durante el descanso. Ella se limitó a encogerse de hombros y me dijo que me asegurase de que Kromer me daba el dinero. Fearing hablaba con Anne, la mujer de la furgoneta, y Gloria los miraba como si quisiera que estuviesen muertos.

Un tipo estaba echado en su catre hablando consigo mismo, como si nadie pudiera oírle, y Gilmartin y Kromer se acercaron a él y le informaron de que quedaba descalificado del concurso. No pareció importarle.

Fui a ver a Lane, pero no hablamos. Nos sentamos en su camastro y nos cogimos de la mano. Yo no sabía si para ella significaba lo mismo que para mí, pero me gustaba la sensación. Después del descanso fui a hablar con el señor Achís. Me contó la historia del espectáculo de las Navidades. Dijo que no siempre se trataba de recibir regalos. En ocasiones, también había que darlos.

El Maratón Sexual comenzó avanzada la noche. Vacieron la sala y la gente tuvo que pagar de nuevo para volver a entrar, porque se trataba de un evento especial. Fearing había estado calentando el ambiente durante todo el día, anunciando que era sólo para adultos, que marcaba la diferencia entre un hombre y un niño, y cosas como esas. También dijo que algunos participantes quedarían fuera del concurso. Así que todos estábamos bastante nerviosos cuando nos explicó las reglas.

—¿Qué serían los paisajes sin el sexo virtual? —dijo—. Nuestros viajeros deben ahora probarse a sí mismos en el reino de lo sensual... porque el futuro consiste en mucho más que fría y dura información. Es un lugar de deseo y tentación y, como siempre, la supervivencia será para los más fuertes. Los soldados serán ahora conducidos por el campo de batalla... la cuestión es: ¿encontrarán la Pequeña Muerte, o la Grande?

—No es una muerte real —susurró Gloria, pero no me explicó nada más.

—De nuevo, las reglas son tan simples que hasta un niño podría seguirlas. En el entorno del Paisaje-sexual nuestros concursantes tendrán la libertad de elegir entre una variedad de parejas de fantasía. Hemos llenado este programa de opciones, hay

algo para cada gusto, créanme. No cuestionaremos sus elecciones, pero (y aquí está la trampa) presentaremos gráficos de los resultados. Sus trajes nos informarán de quiénes consiguen el orgasmo sexual en la siguiente sesión, y a aquellos que no lo consigan se les dará el pasaporte. Los trajes no mienten. Alcanzad el éxtasis o morid, amigos, alcanzad el éxtasis o morid.

—¿Lo pillas ahora? —me preguntó Gloria.

—Supongo —dije.

—Como siempre, los miembros de la audiencia no deben interferir con los concursantes durante el acto. Sigán sus fantasías a través de los monitores, u observen sus jóvenes cuerpos luchando contra el agotamiento, intentando tender un puente hacia la lujuria virtual y una respuesta física auténtica. Pero sin *touchee*.

Kromer andaba de un lado a otro, comprobando los trajes.

—¿Quién va a estar en tu fantasía, chico? —me preguntó—. ¿El hombre de nieve?

Había olvidado que me observaban en mi monitor cuando hablaba con el señor Achís. Me ruboricé.

—Que te jodan, Kromer —dijo Gloria.

—Cuando quieras, cielito —dijo él, riendo.

Bueno, logré no perderme durante el Paisaje-sexual, y no me avergüenza mucho decir que encontré a una chica que se parecía a Lane, a no ser por lo mucho que se esforzaba por mostrarse sexy. Pero el caso es que se parecía a Lane. No tuve que hacer mucho para abordar el tema del sexo. Era lo único que había en su mente. Quería que le dijera lo que iba a hacer con ella, y como no se me ocurría nada ella comenzó a sugerir cosas y yo simplemente mostraba mi acuerdo. Y cuando lo hacía, ella se meneaba y suspiraba como si fuera realmente excitante hablar de ello, aunque fuera ella la que llevaba la voz cantante. Quería tocarme, pero no podía hacerlo realmente, así que se quitó la ropa, se acercó a mí y comenzó a tocarse. Yo también la toqué, pero no notaba gran cosa, era como si mis manos estuvieran hechas de madera, lo cual no debía de ser muy agradable para ella, aunque se comportaba como si fuera maravilloso.

Yo también me toqué un poco. Intenté no pensar en la audiencia. Estaba un tanto confundido sobre lo que había en ese traje y con la fuerte respiración de la chica en mi oreja, pero logré los resultados deseados. No me resultó difícil.

Luego pude regresar a los cajones, pero Kromer me había hecho avergonzarme por visitar al señor Achís, así que me fui a Marte aunque me habría gustado hablar con él.

La audiencia estaba totalmente excitada en el siguiente descanso. Sin duda ahora

sí tenían la sensación de estar recibiendo lo que habían pagado. Me metí en el camastro de Gloria. Le pregunté si ella también se lo hizo con sus propias manos.

—No debías hacer eso —dijo ella.

—¿Y de qué otra forma?

—Yo simplemente fingí. No creo que puedan notar la diferencia. Sólo quieren verte retorcerte un poco.

Bueno, algunas de las mujeres de la ciudad parece ser que no se retorcieron lo suficiente, porque Kromer y Ed las sacaron del concurso. Un par de ellas se fueron llorando.

—Ojalá no lo hubiera hecho —dije.

—Da lo mismo —dijo Gloria—. No te sientas mal. Probablemente otros también lo hicieron.

No echaron a Lane, pero la vi llorando.

Kromer entró en la parte de atrás.

—Métete en tu propio catre, hombrecillo de nieve —me ordenó.

—Déjalo en paz —dijo Gloria. No miraba a Kromer.

—Hay alguien aquí que quiere conocerte —dijo Kromer a Gloria—. Señor Warren, esta es Gloria.

El señor Warren le estrechó la mano. Era bastante viejo.

—He estado admirándola —dijo—. Es muy buena.

—El señor Warren se pregunta si le permitirías que te invitara a una copa —dijo Kromer.

—Gracias, pero necesito dormir —dijo Gloria.

—Quizás más tarde —dijo el señor Warren.

Después de que se fuera, Kromer volvió y dijo:

—No deberías despreciar un dinero tan fácil.

—No lo necesito —dijo Gloria—. Voy a ganar tu concurso, maldito chulo.

—Vamos, Gloria —dijo Kromer—. No querrás dar una falsa impresión.

—Déjame en paz.

Me di cuenta en ese momento de que Anne ya no estaba en el área de descanso y supuse que Anne sí aceptaba esa clase de dinero fácil que Gloria había rechazado. No soy tan estúpido.

La excitación por el Maratón Sexual me había impedido darme cuenta de lo cansado que estaba realmente. Después de eso me vi cabeceando por los distintos paisajes. Tenía que estar moviéndome todo el rato.

Tras probar unas cuantas cosas nuevas, fui a ver otra vez al hombre de nieve. Como era a primera hora de la mañana, pensé que Kromer estaría dormido y que no habría mucha audiencia pendiente de lo que yo hacía en el monitor. Así que el señor Achís y yo conversamos tranquilamente, y eso me ayudó a mantenerme despierto.

Yo no era el único que estaba cansado después de esa noche. En el siguiente descanso vi que un grupo de concursantes se habían retirado o habían sido descalificados por dormirse. Ya sólo quedábamos diecisiete. Yo mismo apenas podía mantenerme despierto. Pero se me quitó el sueño de golpe cuando oí unos gritos que provenían del camastro de Lane.

Eran sus padres. Supongo que se enteraron de lo del Maratón Sexual, quizás los avisó su novio, que también estaba allí. Lane estaba sentada y llorando detrás de Fearing, mientras este ordenaba a los padres que se marcharan de allí.

—¡Soy su padre! ¡Soy su padre! —decía el hombre todo el rato. Su madre tiraba de Fearing, pero Ed se acercó y se puso a tirar de ella.

Me puse en pie, pero Gloria me agarró por el brazo.

—Mantente apartado de esto —me dijo.

—Lane no quiere ver a ese tipo —dije.

—Deja que los de la ciudad se ocupen de sus propios asuntos, Lewis. Deja que el padre de Lane se la lleve a casa si puede. Peores cosas podrían pasarle.

—Tú lo único que quieres es verla fuera del concurso —dije.

Gloria se rió.

—No me preocupa que tu novia me supere —dijo—. De todas formas, está a punto de romperse.

Así que me limité a observar. Kromer y Ed consiguieron sacar a empujones a los padres y al novio de Lane del área de descanso, de vuelta a sus asientos. Fearing les gritaba, componiendo una escena para entretener a la audiencia. Para él todo formaba parte del espectáculo. Anne, la de la furgoneta, se acercó y se puso a hablar con Lane, que todavía lloraba, pero ya en silencio.

—¿Crees realmente que puedes ganar? —le pregunté a Gloria.

—Claro, ¿por qué no? —dijo ella—. Puedo durar.

—Estoy bastante cansado —de hecho, sentía los ojos como si los tuviese llenos de arena.

—Bueno, si te retiras, quédate por aquí. Probablemente puedas sacarle a Kromer algo de comida a cambio de ayudar con la limpieza o algo así. Voy a ganar a estos cabrones.

—Ya no te gusta Fearing —dije.

—Nunca me gustó —dijo Gloria.

Esa tarde otros tres concursantes más se retiraron. Fearing no paraba de parlotear sobre la resistencia y me puse a pensar que era mucho más difícil vivir como vivíamos Gloria y yo que vivir en la ciudad, y que quizás nosotros tuviéramos cierta ventaja. Quizás esa era la razón de que Gloria pensara que en esos momentos podía ganar. Pero sin duda yo no me sentía así. Estaba tan hecho polvo que no siempre podía dormir en los periodos de descanso, sólo podía echarme y escuchar a Fearing o

comer bocadillos hasta que me entraban ganas de vomitar.

Kromer y Gilmartin planeaban alguna atracción, pero no me involucraron y me daba igual. No quería que me lanzaran monedas. Sólo quería acabar ya.

Si construía las ciudades cerca del agua, la plaga siempre mataba a toda la población, y si las construía cerca de las montañas los volcanes mataban a toda la población, y si las construía en la llanura la otra tribu siempre atacaba y mataba a toda la población, y ya me sentía hastiado de aquella maldita situación.

—Cuando Gloria gane podríamos vivir en la ciudad durante un tiempo —dije—. Podríamos incluso conseguir trabajo, si es que hay alguno. Luego, si Lane no quiere regresar con sus padres, podría quedarse con nosotros.

—Tú podrías ganar el concurso —dijo el señor Achís.

—No lo creo —dije—. Pero Gloria sí que podría.

¿Por qué Lewis cruzó Marte? Para llegar al otro lado. Ja, ja.

Cuando salí durante el periodo de descanso, Gloria estaba gritando. Me desaté el traje y corrí hacia ella para ver que ocurría. Era tan tarde que comenzaba a clarear en el exterior y no había casi nadie en el local.

—¡Está haciendo trampas! —gritaba Gloria. Golpeaba a Kromer y él retrocedía, pues Gloria estaba totalmente fuera de sí—. ¡Esa zorra está haciendo trampas! ¡La has dejado dormir! —Gloria señaló a Anne, la de la furgoneta—. Está echada ahí durmiendo, ¡estás pasando una cinta grabada en su monitor, sucio tramposo!

Anne se sentó en su catre y no dijo nada. Parecía confundida.

—¡Sois una pandilla de tramposos! —decía Gloria una y otra vez.

Kromer la agarró por las muñecas y dijo:

—Cálmate, cálmate. Te está entrando la locura del virtualero, chica.

—¡No me digas que estoy loca! —dijo Gloria.

Se retorció zafándose de Kromer y corrió hacia el público. El señor Warren estaba allí, observándola con el sombrero en las manos. Corrí tras Gloria y grité su nombre, pero ella dijo:

—¡Déjame en paz! —y se dirigió hacia el señor Warren—. Usted lo ha visto, ¿verdad?

—¿Disculpe? —dijo el señor Warren.

—Usted tiene que haberlo visto: ella estaba totalmente inmóvil —dijo Gloria—. Venga, dígame a esos tramposos que usted lo ha visto. Le daré una cita si se lo dice a ellos.

—Lo siento, querida. Estaba mirándola a usted.

Kromer me apartó de un empujón y agarró a Gloria por detrás.

—Escúchame bien, nena, estás alucinando. Te has vuelto majara con los paisajes. Ocurre constantemente —hablaba en voz baja pero con dureza—. Si sigues comportándote así te quedas fuera del espectáculo, ¿entiendes? Vete a la parte de atrás y échate a dormir un rato. Lo necesitas.

—Cabrón —dijo Gloria.

—Seguro, soy un cabrón, pero tú te estás imaginando cosas raras —la agarró por la muñeca y Gloria se dio por vencida.

El señor Warren se levantó y se puso el sombrero.

—La veré mañana, querida. No se preocupe. Yo la sigo apoyando —dijo, y se marchó.

Gloria no le miró.

Kromer se llevó a Gloria de regreso al área de descanso, pero de repente dejó de prestarles atención. Había advertido que Fearing no estaba sacando partido de esta acción extra y probablemente se debiera a que no había mucha gente a esa hora a la que poder impresionar. Luego eché un vistazo a los alrededores y me di cuenta de que faltaban dos personas, Fearing y Lane.

Busqué a Ed y le pregunté si Lane se había retirado del concurso y me dijo que no.

—Quizás haya alguna forma de que averigües si Anne está realmente navegando por paisajes o si está haciendo trampa —le propuse al señor Achís.

—No sé cómo podría hacerlo —contestó él—. Yo no puedo visitarla, ella tiene que visitarme a mí. Y nadie me visita excepto tú —dio unos saltitos y se sacudió en sus cinco imágenes—. Me gustaría conocer a Gloria y a Lane.

—Mejor no hablemos de Lane —dije.

Cuando volví a ver a Fearing no podía mirarle a los ojos. Estaba fuera hablando con el público que se acercaba por la mañana, no por el micrófono, sino en persona, uno a uno, estrechando las manos y agradeciendo los cumplidos como si fuera él quien navegaba por los paisajes.

Sólo quedaban ocho participantes. Lane aún seguía en el concurso, pero ya me daba igual.

Sabía que, si intentaba dormir, sólo conseguiría quedarme tumbado pensando. Así que fui a lavarme un poco por debajo del traje, que empezaba a oler bastante mal. No me había quitado ese traje desde que comenzó el concurso. En el baño contemple la luz del día a través de una pequeña ventana y pensé que no había salido de ese edificio durante cinco días, por mucho que hubiera viajado a Marte y a muchos otros lugares.

Volví a entrar y vi a Gloria durmiendo, y de repente pensé que debería intentar ganar.

Pero quizás simplemente se debió a que me invadió la idea de que Gloria no lo iba a lograr.

No me di cuenta inmediatamente porque me había entretenido visitando otros lugares antes. El señor Achís me había hecho prometerle que siempre tendría algo nuevo que contarle, así que abría unos cuantos cajones antes de visitarle. Entré en un juego de tanques, pero era aburrido. Luego encontré un lugar llamado el Museo de Sangre y Cera de la Historia Norteamericana y logré evitar un par de veces que el presidente Lincoln fuera asesinado. Intenté evitar que el presidente Kennedy fuera asesinado, pero cuando lo hacía de una manera, siempre ocurría de una forma distinta. No sé por qué.

El caso es que fui a visitar al señor Achís para contárselo, y fue entonces cuando lo descubrí. Entré en su cajón y toqué los números correctos, pero lo que apareció no fueron las cinco imágenes del hombre de nieve. Eran piezas de él, pero cortado en rodajas y estirado en finas bandas blancas alrededor del borde del espacio en negro, como una banda de luz blanca.

—¿Señor Achís? —dije.

No se escuchó ninguna voz.

Salí y volví a entrar, pero ocurrió lo mismo. No podía hablar. Las bandas de líneas blancas se estrechaban y alargaban, como si estuviera intentando moverse o hablar. Parecía una mano abriéndose y cerrándose. Pero si aún estaba allí, no podía hablar. Me habría arrancado la máscara en ese momento de todas formas, pero el calor que sentía en el rostro y las lágrimas me forzaron a hacerlo.

Vi a Fearing parloteando en la parte de delante y me dirigí hacia él sin tan siquiera haber desconectado el traje, así que rompí unos cuantos cables. No me importaba. Sabía que ya me había quedado fuera del concurso. Me dirigí directamente hacia él y lo abordé por detrás. De todas formas, no era un tipo muy grande. Sólo su voz era grande. Logré derribarlo al suelo.

—Lo habéis matado —dije, y le golpeé con tanta fuerza como pude, pero, claro está, Kromer y Gilmartin me sujetaron los brazos antes de que pudiera golpearle una segunda vez. Yo continuaba gritándole a Fearing—: Lo habéis matado, lo habéis matado.

Fearing me miraba sonriendo y limpiándose la boca.

—Tu hombre de nieve se averió, chico.

—¡Eso es mentira!

—Nos estabas aburriendo mortalmente con ese hombre de nieve, pequeño gilipollas. Déjalo estar, por amor de Dios.

Yo continué pegando patadas, aunque ya me había separado de él.

—¡Te mataré! —grité.

—Ya está bien —dijo Fearing—. Echadlo de aquí.

No dejó de sonreír. Todo iba a favor de sus planes, y eso era lo que yo más detestaba.

El gran simio Kromer y Gilmartin me sacaron a rastras a la luz del día y fue como un cuchillo que se clavara en mis ojos. No podía creer que hubiera tanto brillo. Me lanzaron a la calle, y cuando me levanté Kromer me pegó con fuerza.

Entonces Gloria salió. No sé cómo lo averiguó, si me había oído gritando o si Ed la despertó. En cualquier caso, le propinó a Kromer un tremendo puñetazo en el costado.

—¡Déjale en paz! —gritó.

Kromer se quedó sorprendido y gimió y yo logré zafarme de él. Gloria volvió a golpearle. Luego se giró y propinó una patada a Gilmartin en sus partes, y este se derrumbó. A pesar de lo que pasó a continuación, siempre recordaré que les hizo comerse a esos dos un par de golpes que les dolería durante un día o dos.

La banda que nos molió a palos era una mezcla de milicianos y algunos otros tipos de la ciudad, incluyendo al novio de Lane. Resultaba gracioso que se tomara la revancha de su frustración con nosotros, pero eso sólo demuestra hasta qué punto tenía Fearing a todos los habitantes de la ciudad comiendo de su mano.

Fuera ya de la ciudad encontramos una vieja casa en la que escondernos y dormir un poco. Yo dormí más tiempo que Gloria. Cuando me desperté ella estaba en los escalones de la entrada limando una cuchara en el pavimento para convertirla en una punta afilada, a pesar de que pude ver que le dolía el brazo al hacerlo.

—Bueno, conseguimos alimentarnos durante un par de días —dije.

Gloria no dijo nada.

—Vayamos a San Francisco —dije—. Hay un montón de mujeres solitarias allí. Estaba intentando hacer un chiste, claro. Gloria me miró.

—¿Qué se supone que quieres decir? —dijo.

—Sólo que quizás por una vez yo pueda lograr que entremos.

Gloria no se rió en ese momento, pero sabía que lo haría más tarde.

6

GEORGE R. R. MARTIN

Oscuros, oscuros eran los túneles

[Dark, Dark Were The Tunnels]

George R. R. Martin es el enormemente popular autor de la serie de fantasía épica *A Song of Ice and Fire (Canción de hielo y fuego)*, así como otras novelas, como *Dying of the Light (Muerte de la luz)* y *Armageddon Rag*. Sus relatos cortos, que han aparecido en numerosas antologías y en la mayoría, sino todas, las revistas principales del género, han cosechado cuatro Hugos, dos Nebulas, el Stoker, y el World Fantasy Award. Martin también es conocido por editar la serie Wild Cards, que incluye antologías colectivas de un universo compartido de superhéroes, y por sus aportaciones como guionista en proyectos televisivos como la versión de los 80 de *The Twilight Zone (La dimensión desconocida)* y *Beauty and the Beast*.

Antes de que Martin se convirtiera en el rey de la fantasía épica (o «el Tolkien Norteamericano» como a la revista *The Time* le gusta llamarlo), gran parte de su obra pertenecía al género de ciencia ficción, tal como el relato «Sandkings», ganador de múltiples premios, y la historia que aquí incluimos.

En este relato conocerán a Greel. Es un explorador del Pueblo. Ha penetrado los Túneles Antiguos, de donde dicen los cuentistas que procedía el Pueblo hace un millón de años. No es un cobarde, pero tiene miedo, y tiene buenas razones para tenerlo. Y es que, a pesar de que está acostumbrado a la oscuridad, han llegado visitantes a los túneles y con ellos han traído la luz...

Oscuros, oscuros eran los túneles

Greel tenía miedo.

Estaba tumbado en medio de la cálida y espesa oscuridad al otro lado de la curva del túnel, y aplastaba su delgado cuerpo contra la extraña barra de metal que recorría el suelo. Tenía los ojos cerrados. Se esforzó por permanecer totalmente quieto.

Iba armado. Sujetaba con fuerza una lanza corta de púas en el puño derecho. Pero eso no disminuía el terror que sentía.

Había llegado muy, muy lejos. Había escalado y viajado más lejos que ningún otro explorador del Pueblo en muchas generaciones. Se había abierto paso a través de los Niveles Malignos, donde las criaturas gusano aún daban caza sin tregua al Pueblo. Había perseguido y dado muerte al reluciente topo asesino en los desmoronados Túneles Medios. Se había deslizado por docenas de pasadizos inexplorados y sin nombre que apenas podían ser atravesados por un hombre.

Y en esos momentos había penetrado en los Túneles Antiguos, los grandes túneles y pasadizos de leyenda, de donde procedía, según contaban los narradores, el Pueblo hace un millón de años.

No era un cobarde. Era un explorador del Pueblo, que se atrevía a recorrer túneles que ningún hombre había pisado durante siglos.

Pero tenía miedo, y no se avergonzaba de su miedo. Un buen explorador sabe cuando tener miedo. Y Greel era un explorador muy bueno. Así que permaneció echado en silencio en medio de la oscuridad, y se aferraba a su lanza, y pensaba.

Poco a poco el miedo comenzó a disminuir. Greel se infundió ánimos y abrió los ojos. Rápidamente, volvió a cerrarlos.

El túnel frente a él estaba en llamas.

Nunca había visto el fuego. Pero los narradores cantaban en muchas ocasiones sobre él. Era caliente. Y brillante, tan brillante que te hería los ojos. La ceguera era el destino de aquellos que lo miraban durante demasiado tiempo.

Así que Greel mantuvo los ojos cerrados. Un explorador necesitaba los ojos. No podía dejar que el fuego lo cegase.

De regreso a la oscuridad al otro lado de la curva del túnel, el fuego no era tan intenso. Seguía doliendo mirarlo cuando el brillo asomaba trepando por la pared curvada del túnel. Pero podía soportar el dolor.

Sin embargo, antes, cuando vio por primera vez el fuego, Greel se había descuidado. Avanzó reptando, entrecerrando los ojos, hasta donde se curvaba la pared. Tocó el fuego que colgaba de la piedra. Y luego, sin precaución alguna, miró al otro lado de la curva.

Todavía le dolían los ojos. Sólo había echado un rápido vistazo antes de girarse y arrastrarse en silencio hasta donde estaba tumbado. Pero había sido suficiente. Al otro lado de la curva el fuego era todavía más brillante, mucho más brillante, más brillante

de lo que jamás se podría haber imaginado. Podía aún verlo incluso con los ojos cerrados, dos puntos dolorosos y danzarines de horrible e intenso brillo. No desaparecían. Pensó que el fuego le había quemado parte de los ojos.

Sin embargo, cuando tocó el fuego que trepaba por la pared, no había sido como el fuego que cantaban los narradores. La piedra estaba como cualquier otra piedra, fría y un poco húmeda. El fuego era caliente, decían los narradores. Pero el fuego de la piedra no le había quemado al tocarlo.

Entonces, no debía de ser fuego, concluyó Greel tras estas reflexiones. No sabía lo que era, pero no podía ser fuego si no estaba caliente.

Se agitó levemente en su escondrijo y, moviéndose apenas, se estiró y tocó a H'ssig en la oscuridad.

Su hermano mental estaba a unos metros de distancia, cerca de la otra barra de metal. Greel lo acarició con su mente y pudo sentir que H'ssig respondía agitándose. Pensamientos y sensaciones se mezclaron sin palabras.

H'ssig también tenía miedo. La enorme rata cazadora no tenía ojos. Pero su olfato era mejor que el de Greel y percibía un extraño olor en el túnel. Su oído también era mejor. A través de ellos Greel pudo captar unos cuantos sonidos extraños que provenían del interior del fuego que no era fuego.

Greel volvió a abrir los ojos. Lentamente en esta ocasión, no del todo. Dejó los párpados entrecerrados.

Los agujeros que el fuego había quemado en su visión aún estaban allí. Pero iban desapareciendo. Y el fuego debilitado que se movía por la pared de la curva del túnel podía aguantarse, si no lo miraba directamente.

Sin embargo, no podía avanzar. Pero no debía retroceder arrastrándose. Era un explorador. Tenía un deber.

Volvió a conectar con H'ssig. La rata cazadora había estado a su lado desde su nacimiento. Nunca le había fallado. No le fallaría en esos momentos. La rata no tenía ojos que pudieran quemarse, pero sus oídos y su nariz informarían a Greel de lo que quisiera saber sobre lo que había al otro lado de la curva.

H'ssig sintió, más que escuchó, la orden. Avanzó arrastrándose lentamente hacia el fuego.

—¡Esto es una mina!

La voz de Ciffonetto sonaba embargada por la admiración. La capa de grasa protectora sobre el rostro apenas ocultaba su sonrisa.

Von der Stadt le miró vacilante. No sólo su rostro, sino todo su cuerpo irradiaba duda. Ambos hombres iban vestidos igual, con monos grises sin distintivo alguno, fabricados con una pesada fibra metálica. Pero jamás podrían ser confundidos. Von der Stadt era único para expresar duda permaneciendo al mismo tiempo absolutamente inmóvil.

Cuando se movía, o hablaba, reforzaba aún más la impresión. Como hizo en ese mismo instante.

—Pues vaya mina —dijo simplemente.

Fue suficiente para enojar a Ciffonetto. Éste miró a su compañero de mayor tamaño.

—No, lo digo en serio.

El haz de luz de su pesada linterna atravesó la espesa oscuridad y recorrió de arriba abajo uno de los pilares de metal oxidado que se alzaban desde el andén hasta el techo.

—Mira eso —dijo Ciffonetto.

Von der Stadt lo miró. Escéptico.

—Ya veo —dijo—. ¿Y cual es el tesoro?

Ciffonetto continuó moviendo la luz de arriba abajo.

—Ése es el tesoro —dijo—. Todo el lugar es un importante hallazgo histórico. Sabía que este era el lugar en el que debíamos buscar. Yo ya lo dije.

—¿Y qué hay de fantástico en una viga de metal? —preguntó Von der Stadt, deslizando el haz de luz de su linterna por el pilar.

—El estado de conservación —dijo Ciffonetto acercándose—. Casi todo lo que hay en la superficie de la tierra es detritus radiactivo, incluso ahora. Pero aquí abajo tenemos algunos artefactos maravillosos. Nos permitirá hacernos una idea mejor de cómo era la civilización antigua, antes del desastre.

—Ya sabemos cómo era la civilización antigua —protestó Von der Stadt—. Tenemos cintas, libros, películas, de todo. Todo tipo de cosas. La guerra ni siquiera llegó a Luna.

—Sí, sí, pero esto es diferente. Esto es la realidad —dijo Ciffonetto acariciando amorosamente el pilar con la mano enfundada en un guante, y a continuación dijo—: Mira aquí.

Von der Stadt se acercó. Se veía algo grabado en el metal. O, mejor dicho, raspado en él. No estaba marcado muy profundamente, pero aún se leía, aunque débilmente.

Ciffonetto sonreía de nuevo. Von der Stadt leyó las palabras con expresión dudosa.

—Rodney ama a Wanda —leyó, luego sacudió la cabeza y comentó—: Mierda, Cliff, puedes encontrar lo mismo en cualquier lavabo público de Luna City.

Ciffonetto puso los ojos en blanco.

—Von der Stadt —dijo—, si encontráramos la pintura prehistórica más antigua del mundo, tú probablemente dirías que es una birra de búfalo —señaló la inscripción con la mano libre—. ¿No lo entiendes? Esto es viejo. Es historia. Son los restos de una civilización y una nación y un planeta que pereció hace casi medio milenio.

Von der Stadt no respondió, pero seguía mirando vacilante. La luz de su linterna

se paseó por la oscuridad.

—Hay más de esos pilares si es eso lo que buscas —dijo, manteniendo el haz de luz fijo sobre otro pilar a unos pocos metros de distancia.

En esa ocasión fue Ciffonetto quien leyó la inscripción.

—Arrepentíos o seréis condenados —leyó, sonriente, después de que la luz de su linterna se fundiera con la de Von der Stadt.

Dejó escapar una breve risa.

—Las palabras de los profetas están escritas en las paredes del metro —dijo en voz baja.

—Pues vaya profetas —dijo—. Debían de tener una religión condenadamente rara.

—Oh, Dios —gruñó Ciffonetto—. No hablaba en sentido literal. Estaba citando a un poeta de mediados del siglo veinte llamado Simon. Escribió eso tan sólo unos cincuenta años antes del gran desastre.

Von der Stadt no parecía muy interesado. Se alejó impaciente, dirigiendo el haz de luz de la linterna a uno y otro lado entre las negras ruinas de la antigua estación de metro.

—Hace calor aquí abajo —se quejó.

—Hace más calor allá arriba —dijo Ciffonetto, que estaba ya absorto intentando desentrañar una nueva inscripción.

—No es el mismo tipo de calor —replicó Von der Stadt.

Ciffonetto no se tomó la molestia de contestarle.

—Éste es el hallazgo más importante de la expedición —dijo cuando volvió a levantar la vista—. Tenemos que sacar fotos. Y llamar a los otros para que bajen aquí. Estamos perdiendo el tiempo en la superficie.

—¿Y crees que nos irá mejor aquí abajo? —dijo Von der Stadt, con expresión vacilante, por supuesto.

—Eso es lo que he estado diciendo todo el tiempo —dijo asintiendo con la cabeza—. La superficie quedó totalmente devastada. Hay aún muchísima radiactividad allá arriba, incluso después de todos estos siglos. Si algo sobrevivió, fue bajo tierra. Aquí es donde deberíamos buscar. Deberíamos separarnos y explorar todo este sistema de túneles.

Barrió el aire con las manos.

—Tú y Nagel habéis estado discutiendo acerca de esto durante todo el viaje —dijo Von der Stadt—. Desde que salimos de Luna City. No veo que te haya servido de nada.

—El profesor Nagel es un idiota —dijo Ciffonetto con cierta precaución.

—No lo creo —afirmó Von der Stadt—. Soy soldado, no científico. Pero he escuchado sus argumentos y tiene sentido. Todo esto de aquí abajo está genial, pero no es lo que quiere Nagel. No es por lo que esta expedición fue enviada a la Tierra.

—Lo sé, lo sé —dijo Ciffonetto—. Nagel quiere encontrar vida. En especial, vida

humana. Y con ese objetivo en mente envía cada día sus aviones más lejos. Y hasta el momento lo único que ha encontrado es un puñado de especies de insectos y de pájaros mutantes.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Si explorara por aquí abajo, encontraría lo que anda buscando —continuó Ciffonetto—. No se da cuenta de la profundidad a la que cavaron las ciudades antes de la guerra. Hay kilómetros de túneles bajo nuestros pies. Nivel tras nivel. Ahí es donde deberían estar los supervivientes, si es que hay supervivientes.

—¿Y cómo crees que lo hicieron? —preguntó Von der Stadt.

—Mira, cuando estalló la guerra, los únicos que sobrevivieron fueron aquellos que estaban protegidos en refugios a gran profundidad. O en los túneles bajo las ciudades. La radiactividad debió impedirles regresar a la superficie durante años. Demonios, la superficie sigue sin ser muy atractiva. Quedaron atrapados allí abajo, y se adaptaron. Tras unas cuantas generaciones no quisieron regresar a la superficie.

Pero la atención de Von der Stadt ya se había dispersado y apenas prestaba atención. Se había acercado hasta el borde del andén, y miraba hacia abajo, hacia las vías.

Se quedó quieto allí en silencio durante unos segundos, luego tomó una decisión. Se guardó la linterna en el cinturón y comenzó a bajar.

—Venga —dijo—. Vayamos a buscar a alguno de tus supervivientes.

H'ssig permanecía cerca de la barra de metal mientras avanzaba. Le ayudaba a esconderse y le protegía del fuego, de manera que se movía en una pequeña franja de casi total oscuridad. Pegándose a ella lo mejor que pudo, se arrastró en silencio doblando la curva, y se detuvo.

A través de él Greel observó: observó con los oídos y la nariz de la rata.

El fuego hablaba.

Se distinguían dos olores, similares pero no el mismo. Y se oían dos voces, al igual que había habido dos fuegos. Las cosas brillantes que habían quemado los ojos de Greel eran criaturas vivas de alguna especie.

Greel escuchó. Los sonidos que H'ssig escuchaba tan claramente eran palabras. Algún tipo de lengua. Greel estaba seguro de eso. Conocía la diferencia entre los ruidos y gruñidos animales y los patrones del habla.

Pero las cosas de fuego hablaban en un idioma que él desconocía. Los sonidos no significaban más para él que para H'ssig, que era el que se los retransmitía.

Se concentró en el olor. Era extraño, distinto a cualquier cosa que hubiera encontrado antes. Pero, de alguna forma, sentía que era un olor humano, aunque era imposible que lo fuera.

Greel reflexionó. Un olor casi humano. Y palabras. ¿Sería posible que esas criaturas de fuego fueran hombres? Serían entonces hombres extraños, totalmente

distintos al Pueblo. Pero los narradores cantaban sobre los hombres de la antigüedad y decían que poseían extraños poderes y formas. ¿Podrían ser estos esos hombres? Aquí, en los Túneles Antiguos, donde la leyenda decía que los Antiguos habían creado al Pueblo... ¿sería posible que tales hombres aún habitaran este lugar?

Sí.

Greel se agitó. Se movió lentamente en donde estaba tumbado, incorporándose en cuclillas para echar un vistazo a la curva con los ojos entrecerrados. Un silencioso chasquido hizo que H'ssig regresara a lugar seguro desde el feroz túnel al otro lado de la curva.

Había una forma de asegurarse, pensó Greel. Temblando, volvió a lanzar su mente con precaución.

Von der Stadt se había adaptado a la gravedad de la Tierra con mucho más éxito que Ciffonetto. Llegó al suelo del túnel rápidamente y esperó impaciente mientras su compañero bajaba del andén.

Ciffonetto se dejó caer a medio metro y aterrizó con un ruido seco. Miró hacia el andén con recelo.

—Espero poder subir de nuevo —dijo.

Von der Stadt se encogió de hombros.

—Tú eras el que quería explorar todos los túneles —dijo.

—Sí —respondió Ciffonetto, apartando la mirada del andén y escudriñando a su alrededor—. Y todavía quiero hacerlo. Aquí abajo, en estos túneles, están las respuestas que andamos buscando.

—En todo caso, esa es tu teoría —apostilló Von der Stadt. Miró en ambas direcciones, eligió una al azar y avanzó lanzando el rayo de luz de su linterna frente a él. Ciffonetto le siguió medio paso atrás.

El túnel en el que entraron era largo, recto y estaba vacío.

—Dime una cosa —dijo Von der Stadt de forma distraída mientras andaban—, incluso si tus supervivientes lograron sobrevivir a la guerra en refugios, ¿no se habrían visto forzados a salir a la superficie finalmente para sobrevivir? Es decir... ¿cómo podría nadie vivir aquí abajo? —echó la vista al túnel con obvio desagrado.

—¿Es que Nagel te ha estado repasando la lección o qué? —replicó Ciffonetto—. He escuchado esa cantinela tantas veces que me pone enfermo. Admito que sería difícil. Pero no imposible. Al principio, tendrían acceso a grandes cantidades de alimentos enlatados. Gran parte de ese tipo de alimentos era almacenado en los sótanos. Podrían acceder a ellos mediante túneles. Más tarde, podrían cultivar comida. Hay plantas que crecen sin luz. Y también habría insectos y animales anodinos, supongo.

—Una dieta de bichos y setas. No me parece muy sano.

Ciffonetto se detuvo de repente, haciendo caso omiso del último comentario.

—Mira allí —dijo, señalando con la linterna.

El rayo de luz se deslizó sobre una grieta irregular en la pared del túnel. Parecía como si alguien hubiera golpeado la piedra mucho tiempo atrás.

El haz de luz de Von der Stadt se unió al de Ciffonetto para alumbrar mejor la zona. Había un pasadizo que descendía a partir de la grieta. Ciffonetto se dirigió allí de un salto.

—¿Y qué demonios me dices de esto, Von der Stadt? —preguntó, sonriendo. Metió la cabeza y la linterna por el primitivo túnel, pero volvió a sacarlas rápidamente—. No hay mucho que ver —dijo—. El pasadizo se ha desplomado unos metros más allá. Pero aun así, confirma lo que he estado diciendo.

Von der Stadt parecía ligeramente inquieto. Su mano libre se movió hacia la pistola enfundada en un costado.

—No sé —dijo.

—No, no lo sabes —dijo Ciffonetto, triunfante—. Ni tampoco Nagel. Hay hombres que han vivido aquí abajo. Podrían seguir viviendo aquí todavía. Tenemos que organizar una búsqueda más exhaustiva por todo el sistema subterráneo —se calló, y su mente retomó el argumento de Von der Stadt de unos segundos antes—. En cuanto a tus bichos y setas, los hombres pueden acostumbrarse a sobrevivir con muchas cosas. Los hombres se adaptan. Si hubo personas que sobrevivieron a la guerra, y esto nos prueba que fue así, entonces me apuesto lo que sea a que pudieron sobrevivir en el periodo siguiente.

—Quizás —dijo Von der Stadt—. En todo caso, no llego a ver qué hay de fantástico en descubrir supervivientes. Es decir, la expedición es importante y todo eso. Debemos restablecer el vuelo espacial, y esta es una buena manera de probar nuestros nuevos equipos. Y supongo que vosotros los científicos podéis recoger excelente material para los museos. Pero ¿humanos? ¿Qué otra cosa nos aportó la Tierra aparte de la Gran Hambruna?

Ciffonetto sonrió con condescendencia.

—Es debido a la Gran Hambruna por lo que queremos encontrar humanos —dijo, sonriendo con expresión condescendiente; luego, calló unos segundos—. Ya tenemos suficiente para convencer incluso a Nagel. Regresemos.

Comenzó a andar en la dirección por la que habían avanzado, y volvió a hablar.

—La Gran Hambruna fue una consecuencia inevitable de la guerra en la Tierra —dijo—. Cuando dejaron de llegarnos los suministros, no hubo forma de mantener vivas a todas las personas en la colonia lunar. Un noventa por ciento murieron de hambre.

»Luna pudo ser autosuficiente, pero sólo para una población muy pequeña. Eso es lo que ocurrió. La población se ajustó. Pero reciclamos nuestro aire y nuestra agua, cultivamos alimentos en tanques hidropónicos. Pasamos penurias, pero sobrevivimos. Y comenzamos a rehacernos.

»Pero perdimos a muchos. Demasiadas personas murieron. Nuestro banco

genético era muy pequeño, y no muy diverso. En todo caso, la colonia nunca tuvo demasiada diversidad racial.

»Eso no ha sido de mucha ayuda. De hecho, la población decreció durante mucho tiempo después de que lográsemos tener los recursos físicos para dar cabida a más gente. La idea de la endogamia no prosperó. Ahora la población vuelve a aumentar, pero muy lentamente. Estamos estancados, Von der Stadt. Nos ha costado casi cinco siglos volver a poner en marcha los viajes espaciales, por ejemplo. Y todavía no hemos logrado duplicar muchas de las cosas que tenían en la Tierra antes del desastre.

—Estancados es una palabra un tanto excesiva —dijo—. Creo que no nos ha ido mal.

Ciffonetto obvió el comentario con una ráfaga de su linterna.

—No muy mal —dijo—. Pero no lo suficientemente bien. No vamos a ningún sitio. Hay muy pocos cambios, tan pocas ideas nuevas. Necesitamos puntos de vista frescos, reservas genéticas frescas. Necesitamos el estímulo que nos proporcionaría el contacto con una cultura distinta.

»Los supervivientes nos aportarían eso. Después de todo por lo que ha pasado la Tierra, probablemente hayan cambiado en algunos aspectos. Y serían la prueba de que la vida humana puede florecer en la Tierra. Eso es crucial si vamos a establecer una colonia aquí.

Este último punto fue añadido casi como una ocurrencia tardía, pero logró convencer a Von der Stadt. Éste asintió con expresión grave.

Habían llegado de nuevo a la estación. Ciffonetto se dirigió directamente hacia el andén.

—Vamos —dijo—, regresemos a la base. No puedo esperar más tiempo para ver la cara de Nagel cuando le informe de nuestro hallazgo.

Eran hombres.

Greel estaba casi totalmente seguro. La textura de sus mentes era curiosa, pero humana. Greel era muy bueno mezclándose mentalmente. Conocía la tosca y débil sensación de la mente de un animal, las sombras obscenas que formaban los pensamientos de las criaturas gusano. Y conocía la mente de los hombres.

Eran hombres.

Sin embargo, había algo extraño. La mezcla mental posibilitaba una comunicación real sólo con un hermano mental. Pero siempre se daba un intercambio con otros hombres. Un intercambio oscuro y turbio, lleno de nubes y sabores y olores y emociones. Pero un intercambio. Allí no había ningún intercambio. Era como mezclarse mentalmente con un animal inferior. Tocar, sentir, acariciar, saborear... todo eso un buen mezclador mental podía hacerlo con un animal. Pero no recibía respuesta alguna. Los hombres y los hermanos mentales respondían, los animales no.

Estos hombres no respondían. Estos extraños hombres de fuego tenían mentes silenciosas y atrofiadas.

En la oscuridad del túnel, Greel se enderezó en su escondrijo. El fuego de la pared se había apagado repentinamente. Los hombres se marchaban por el túnel alejándose de él. El fuego les acompañaba.

Fue avanzando lentamente con H'ssig a su lado y la lanza en la mano. La distancia hacía difícil la mezcla mental. Debía mantenerlos en el radio de alcance. Debía averiguar más. Era un explorador. Era su deber.

Su mente se arrastró una vez más para probar el sabor de las otras mentes. Debía asegurarse.

Los pensamientos de los hombres se movían a su alrededor, un caos que giraba velozmente surcado por relámpagos de brillo y emociones y conceptos danzarines entrevistos. Greel entendía poco. Pero entonces reconoció algo. Y, luego, le llegó algo más. Se entretuvo probando hasta el fondo sus mentes, y aprendió. Pero seguía siendo como mezclarse mentalmente con un animal. No podía hacer que lo percibieran a él. No obtuvo ninguna respuesta.

Seguían alejándose, sus pensamientos se debilitaban y la mezcla mental se hizo más difícil. Greel avanzó. Vaciló al llegar a la curva del túnel. Pero sabía que debía continuar avanzando. Era un explorador.

Se agachó, entrecerró los ojos y dobló la curva del túnel a gatas.

Al otro lado de la curva, dio un respingo y ahogó un grito. Estaba en una sala enorme, una inmensa caverna con el techo abovedado y gigantes pilares que se alzaban hasta el cielo. Y la sala brillaba con luz, una extraña y feroz luz que bailaba sobre todas las cosas.

Era un lugar legendario. Una de las salas de los Antiguos. Tenía que serlo. Nunca antes había visto Greel una estancia tan amplia. Y de todo el Pueblo, era él quien había explorado más lejos y escalado más alto.

No veía a los hombres, pero su fuego danzaba alrededor de la boca del túnel en el otro extremo de la sala. Era intenso, pero no insoportable.

Los hombres habían doblado otra curva. Greel se dio cuenta de que estaba mirando tan sólo el débil reflejo de su fuego. Mientras no lo mirase directamente, estaría a salvo.

Entró en la enorme sala, y el explorador en su interior le gritaba que escalara el muro de piedra para explorar la estancia superior en la que los poderosos pilares se alzaban. Pero no lo hizo. Los hombres de fuego eran más importantes. Podría regresar a la sala en otro momento.

H'ssig se frotó contra su pierna. Greel estiró el brazo y acarició el suave pelo de la rata tranquilizándola. Su hermano mental podía sentir el torbellino de los pensamientos de Greel.

Hombres, sí, estaba seguro de ello. Y sabía más. Sus pensamientos no eran como los del Pueblo, pero eran pensamientos humanos, y podía entender algunos. Uno de

ellos ardía, se abrasaba por encontrar a otros hombres. Buscan al Pueblo, pensó Greel. Eso sí lo sabía. Era un explorador y un mezclador de mentes. No cometía errores. Pero no sabía lo que debía hacer.

Buscaban al Pueblo. Eso podría ser algo bueno. Cuando detectó por primera vez ese concepto, Greel tembló de alegría. Estos hombres de fuego eran como los Antiguos de la leyenda. Si buscaban al Pueblo, él los guiaría. Obtendría recompensas y gloria, y los narradores cantarían su nombre durante generaciones.

Además, era su deber. No le iban muy bien las cosas al Pueblo en las últimas generaciones. Los buenos tiempos acabaron cuando llegaron las criaturas gusano, que expulsaron al Pueblo de un túnel a otro. Incluso en esos momentos, bajo sus pies, la lucha todavía continuaba en los Niveles Malignos y los túneles del Pueblo.

Y Greel sabía que el Pueblo estaba perdiendo.

Era un proceso lento, pero seguro. Las criaturas gusano eran un enemigo nuevo para el Pueblo. Más que animales, pero mucho menos que hombres. No necesitaban los túneles para desplazarse. Los acechaban horadando la propia tierra, y los hombres no estaban seguros en ningún sitio.

El Pueblo los combatía. Los mezcladores mentales podían detectar a las criaturas gusano, podían matarlos con las lanzas y las grandes ratas cazadoras podían hacerlos trizas. Pero las criaturas gusano huían introduciéndose en la propia tierra. Y había muchas criaturas gusano y muy poco Pueblo.

Pero estos nuevos hombres, estos hombres de fuego, podían cambiar la guerra. Las leyendas cuentan que los Antiguos lucharon con fuego y extrañas armas, y estos hombres vivían en el fuego. Podían ayudar al Pueblo. Quizás les proporcionaran armas poderosas para hacer regresar a las criaturas gusano a la oscuridad de la que salieron.

Pero.

Pero estos hombres no eran totalmente hombres. Sus mentes estaban atrofiadas, y la mayor parte de sus pensamientos eran extraños para Greel. Sólo podía entender pequeños destellos. No podía conocerlos como hacía con alguien del Pueblo cuando se mezclaba con su mente.

Él podía llevarlos hasta el Pueblo. Conocía el camino. Atrás y abajo, un giro aquí, otro allá. A través de los Túneles Medios y los Niveles Malignos.

Pero ¿qué ocurriría si él les conducía y resultaban ser enemigos del Pueblo? ¿Qué ocurriría si se volvían contra el Pueblo con su fuego? Temía lo que pudieran hacer.

Sin él, nunca encontrarían al Pueblo. Greel estaba seguro de eso. Sólo él, tras muchas generaciones, había llegado tan lejos. Y sólo con sigilo y mezcla mental y H'ssig a su lado. Nunca encontrarían el camino por el que había venido, los túneles retorcidos que conducían a las profundidades de la tierra.

Así que el Pueblo estaría seguro si no actuaba. Pero entonces, las criaturas gusano ganarían al final. Quizás tardaran muchas generaciones. Pero el Pueblo no podría resistir. Él debía tomar la decisión. Ningún mezclador mental podía llegar ni tan

siquiera a una pequeña porción de la distancia que le separaba a él de los túneles del Pueblo. Debía decidir él solo. Y debía hacerlo pronto, porque en ese instante se dio cuenta de que los hombres de fuego regresaban. Sus extraños pensamientos ganaron fuerza y la luz en la sala fue haciéndose más intensa.

Dudó, luego retrocedió lentamente hacia el túnel por donde había llegado.

—Espera un minuto —dijo Von der Stadt cuando Ciffonetto estaba a escalando por la pared—. Probemos otra dirección.

Ciffonetto giró la cabeza hacia abajo con dificultad para mirar a su compañero, luego desistió como si no fuera una buena idea y se dejó caer de nuevo en el suelo del túnel. Parecía enfadado.

—Deberíamos regresar —dijo—. Ya tenemos suficiente.

—Venga —dijo Von der Stadt encogiéndose de hombros—. Tú eras el que querías explorar por aquí abajo. Así que será mejor que inspeccionemos a fondo los alrededores. Quizás estamos a pocos metros de uno de tus grandes descubrimientos.

—De acuerdo —dijo Ciffonetto sacándose la linterna del cinturón, donde la había enganchado para acometer la escalada al andén—. Supongo que tienes parte de razón. Sería una tragedia que trajéramos a Nagel hasta aquí y se topara con algo que se nos hubiera pasado por alto.

Von der Stadt asintió. Los rayos de sus linternas se fundieron en uno solo y avanzaron rápidamente hacia la oscuridad más profunda de la boca del túnel.

Se acercaban. El miedo y la indecisión revoloteaban en los pensamientos de Greel. Se abrazó a la pared del túnel. Retrocedió, raudo y silencioso. Tenía que alejarse del fuego hasta decidir qué debía hacer.

Pero, tras la primera curva, el túnel se extendía largo y recto. Greel era rápido. Pero no lo suficiente. Sin darse cuenta, tenía los ojos totalmente abiertos cuando el fuego apareció de repente con toda su fuerza.

Sus ojos se quemaron. Aulló por el repentino dolor, y se lanzó al suelo.

El fuego se negaba a alejarse. Danzaba ante él incluso con los ojos cerrados, cambiando de color horriblemente.

Greel luchaba por mantener el control. Todavía había cierta distancia entre ellos. Todavía llevaba el arma. Se conectó mentalmente con H'ssig, que estaba a su lado en el túnel. La rata sin ojos sería de nuevo sus ojos.

Con los ojos aún cerrados, Greel comenzó a retroceder a rastras, alejándose del fuego. H'ssig permaneció allí.

—¿Qué demonios ha sido eso?

La pregunta susurrada de Von der Stadt flotó en el aire durante unos segundos. Se había quedado petrificado nada más doblar la curva. Ciffonetto, a su lado, también se

había parado en seco al escuchar el ruido.

—No lo sé —dijo el científico, perplejo—. Era algo... extraño. Sonaba como un animal herido. Una especie de grito. Pero como si intentase al mismo tiempo permanecer en silencio.

Su linterna apuntaba de un sitio a otro, rebanando cintas de luz de la aterciopelada oscuridad, pero revelando muy poco. La luz de la linterna de Von der Stadt apuntaba al frente, inmóvil.

—No me gusta —afirmó Von der Stadt vacilante—. Quizás haya algo aquí abajo, pero eso no quiere decir que sea algo amistoso —cambió la linterna a la mano izquierda y sacó la pistola con la derecha—. Ahora veremos.

Ciffonetto frunció el ceño, pero no dijo nada. Comenzaron a avanzar de nuevo.

Eran grandes y se movían con rapidez. Greel fue consciente con una desesperación febril de que le iban a alcanzar. La elección ya había sido tomada por él.

Pero quizás fuera lo correcto. Eran hombres. Hombres como los Antiguos. Ayudarían al Pueblo contra las criaturas gusano. Amanecería una nueva era. El tiempo del terror acabaría. El horror se desvanecería. Las viejas glorias que cantaban los narradores retornarían y de nuevo el Pueblo construiría grandes salas y poderosos túneles.

Sí. Ellos lo habían decidido por él, pero la decisión era la correcta. Era la única decisión posible. El hombre debía encontrarse con el hombre para enfrentarse juntos a los gusanos.

Mantuvo los ojos cerrados. Pero permaneció quieto.

Y habló.

De nuevo, se quedaron paralizados. En esta ocasión era un grito no disimulado. Era suave, casi un siseo, pero se oía demasiado claro para ser malentendido.

Ambas luces se movían erráticamente en ese momento, durante unos segundos. Luego una paró. La otra vaciló y se unió.

Juntas formaban un chorro de luz que incidía contra la parte más alejada de la pared del túnel.

Y en el centro del foco de luz había... ¿qué era eso?

—Dios mío —dijo Von der Stadt—. Cliff, dime lo que es, rápido, antes de que le dispare.

—No dispare —respondió Ciffonetto—. No se está moviendo.

—Pero... ¿qué es?

—No lo sé —la voz del científico sonó con un extraño temblor vacilante. La criatura en el foco de luz era pequeña, apenas un poco más de un metro veinte.

Pequeña y repugnante. Había algo vagamente humano en ella, pero las dimensiones de sus miembros eran todas desproporcionadas, y las manos y los pies tenían grotescas malformaciones.

Y la piel, la piel era de un repugnante blanco, como el de una larva.

Pero el rostro era lo peor. Enorme, totalmente desproporcionado en relación al cuerpo, y la boca y la nariz apenas eran visibles. La cabeza estaba ocupada casi totalmente por los ojos. Dos enormes, inmensos y grotescos ojos, en ese momento resguardados por pestañas de piel muerta blanca.

Von der Stadt se mantuvo firme, pero Ciffonetto temblaba ligeramente mientras lo observaba. No obstante, fue el primero que habló.

—Mira —dijo el científico con voz suave—. En su mano. Creo... creo que es una herramienta.

Silencio. Largo y tenso silencio. Entonces Ciffonetto habló otra vez. Su voz sonó ronca.

—Creo que eso es un hombre.

Greel ardía.

El fuego lo había atrapado. Incluso totalmente cerrados, le dolían los ojos, y conocía el horror que acechaba ahí fuera si los abría. Y el fuego lo había atrapado. Notó un picor extraño en la piel, y dolor. Dolía cada vez más.

Sin embargo no se movió. Era un explorador. Tenía un deber que cumplir. Lo soportó mientras su mente se mezclaba con las de los otros.

Y allí, en sus mentes, vio miedo, pero miedo controlado. De una forma distorsionada y borrosa se vio a sí mismo a través de los ojos de ellos, probó el pavor y la repugnancia en la que se debatía uno de ellos. Y la repulsión pura que se agitaba en el interior del otro.

Enfureció, pero reprimió su enfado. Debía conectar con ellos. Debía conducirlos hasta el Pueblo. Eran ciegos y estaban atrofiados y no podían evitar sus sentimientos. Pero si lo entendieran, les ayudaría. Sí.

No se movió. Esperó. La piel le quemaba, pero esperó.

—¿Eso —dijo Von der Stadt—... esa cosa es un hombre?

Ciffonetto asintió.

—Tiene que serlo —respondió—. Lleva herramientas. Ha hablado —vaciló—. Pero... Dios, nunca he visto nada parecido. Los túneles, Von der Stadt. La oscuridad. Durante muchos siglos sólo la oscuridad. Jamás se me hubiera ocurrido... tanta evolución en tan poco tiempo.

—¿Un hombre? —Von der Stadt aún dudaba—. Estás loco. Ningún hombre podría transformarse en algo así.

Ciffonetto apenas le oyó.

—Debería haberlo sabido —farfulló—. Debería haberlo adivinado. La radiación, claro. Eso aceleraría la mutación. Probablemente, conllevaría una menor esperanza de vida. Tenías razón, Von der Stadt. Los hombres no pueden vivir de gusanos y setas. No hombres como nosotros. Así que ellos se adaptaron. Se adaptaron a la oscuridad y a los túneles. Esto...

Dio un súbito respingo.

—Esos ojos —continuó. Apagó la linterna y las paredes parecieron acercarse a ellos—. Debe de ser hipersensible. Le estamos haciendo daño. Desvía tu linterna, Von der Stadt.

Von der Stadt le miró de reojo con escepticismo.

—Ya está lo suficientemente oscuro aquí abajo —dijo.

Pero obedeció. Apartó el haz de luz.

—Historia —dijo Ciffonetto—. Un momento que perdurará en...

Nunca acabó la frase. Von der Stadt estaba tenso, con el dedo en el gatillo. Al apartar su rayo de luz de la silueta en el túnel, captó otro destello de movimiento en la oscuridad. Movié la luz hacia delante y hacia atrás, encontró la criatura de nuevo y la clavó contra las vías con el haz de luz.

Antes había estado a punto de disparar. Pero había vacilado porque la figura humanoide había estado quieta y le era desconocida. Esta nueva criatura no estaba quieta. Chillaba y salió disparada. Tampoco le resultaba desconocida.

En esta ocasión Von der Stadt no vaciló.

Hubo un estruendo, un fogonazo. Luego otro más.

—La pillé —dijo Von der Stadt—. Una maldita rata.

Y Greel gritó.

Tras el prolongado ardor, llegó un instante de alivio. Pero sólo un instante. Entonces, de repente, el dolor le invadió. Oleada, tras oleada, tras oleada. Le embistió, borrando los pensamientos de los hombres de fuego, borrando sus miedos, borrando su propia ira.

H'ssig había muerto. Su hermano mental había muerto.

Los hombres de fuego habían matado a su hermano mental.

Chilló embargado por el dolor. Se lanzó hacia delante, levantó su lanza.

Abrió los ojos. Tuvo un destello de visión, luego más dolor y ceguera. Pero el destello le bastó. Golpeó. Y volvió a golpear. Violenta y dementemente, golpe tras golpe, empujón tras empujón.

Entonces, de nuevo, el universo se volvió rojo por el dolor, y de nuevo sonó aquel terrible estruendo que se había oído cuando murió H'ssig. Algo lo derribó al suelo del túnel, y sus ojos volvieron a abrirse, y el fuego, el fuego estaba por todas partes.

Pero sólo durante un momento. Sólo durante un momento. Luego, en breve, la

oscuridad se cernió de nuevo para Greel, explorador del Pueblo.

La pistola aún humeaba. La mano todavía firme. Pero la boca de Von der Stadt colgaba abierta mientras paseaba su mirada, con expresión incrédula, desde la criatura que acababa de reventar en el túnel hasta la sangre que manaba de su uniforme.

Entonces la pistola cayó en el suelo, y él se sujetó el estómago, se aferró a sus heridas. Su mano estaba empapada en sangre. La miró. Luego miró a Ciffonetto.

—La rata —dijo. Había dolor en su voz—. Sólo disparé a una rata. Iba a atacarlo. ¿Por qué, Cliff? ¿Yo...?

Y se derrumbó. Pesadamente. Su linterna se hizo añicos y se apagó.

Se escuchó cierto trasiego en la oscuridad durante un largo rato. Entonces, finalmente, la luz de Ciffonetto se encendió, y el lívido científico se arrodilló junto a su compañero.

—Von —dijo, tirando de su uniforme—. ¿Estás bien?

Rasgó la tela del uniforme y dejó al aire la carne desgarrada.

—Ni siquiera lo vi venir —farfulló von der Stadt—. Aparté la luz, como me dijiste, Cliff. ¿Por qué? No iba a dispararle. No si era un hombre. Tan sólo disparé a la rata. Sólo era una rata. Además, iba a atacarle.

Ciffonetto, que había permanecido petrificado durante todo el tiempo, asintió.

—No fue tu culpa, Von. Debiste de asustarle. Pero ahora necesitas asistencia médica. Te ha herido gravemente. ¿Podrás llegar hasta el campamento?

No esperó a la respuesta. Pasó el brazo por debajo del de Von der Stadt y le ayudó a ponerse en pie. Avanzó con él por el túnel, rezando para que pudieran llegar hasta el andén.

—Sólo disparé a una rata —balbuceaba una y otra vez Von der Stadt.

—No te preocupes —dijo Ciffonetto—. No importa. Encontraremos a otros. Exploraremos todo el sistema subterráneo si es necesario. Los encontraremos.

—Sólo una rata. Sólo una rata.

Llegaron al andén. Ciffonetto bajó a Von der Stadt al suelo.

—No puedo subir al andén si te sujeto, Von —dijo—. Tendré que dejarte aquí. Buscaré ayuda.

Se enderezó y colgó la linterna del cinturón.

—Sólo una rata —dijo Von der Stadt una vez más.

—No te preocupes —dijo Ciffonetto—, incluso si no llegamos a encontrarlos, nada se habrá perdido. Eran claramente subhumanos. Hombres en otro tiempo, quizás. Pero ya no. Degenerados. En todo caso, no había nada que pudieran enseñarnos.

Pero Von der Stadt ya no podía escuchar, ya no podía oír. Simplemente se quedó sentado apoyado contra la pared, sujetándose el estómago y sintiendo cómo la sangre se escapaba por entre los dedos, murmurando las mismas palabras una y otra vez.

Ciffonetto se giró hacia la pared. Le separaban unos cuantos metros hasta la plataforma, luego la vieja y oxidada escalera mecánica, las ruinas del sótano y la luz del día. Debía apresurarse. Von der Stadt no aguantaría mucho tiempo.

Se agarró a la roca y se impulsó hacia arriba, colgó desesperadamente mientras la otra mano encontraba un asidero. Se volvió a impulsar hacia arriba.

Casi había llegado al nivel del andén cuando sus débiles músculos lunares le fallaron. Notó un repentino espasmo, una de sus manos se resbaló, la otra no pudo soportar su peso.

Se cayó. Sobre la linterna.

La oscuridad que le rodeaba no se podía comparar a nada que hubiera visto antes. Demasiado espesa, demasiado repleta. Luchó por evitar gritar.

Cuando intentó levantarse de nuevo, volvió a gritar. Algo más que la linterna se había roto en la caída.

Su grito retumbó y volvió a retumbar por el largo y negro túnel que no alcanzaba ver. Tardó mucho tiempo en apagarse. Cuando finalmente cesó, volvió a gritar. Y una vez más.

Por fin, ya ronco, paró.

—Von —dijo—. Von, ¿puedes oírme?

No obtuvo ninguna respuesta. Lo intentó de nuevo. Hablar, debía hablar para no perder la cordura. La oscuridad le rodeaba y podía escuchar suaves movimientos a unos pocos metros de él.

Von der Stadt rió, sonaba infinitamente lejos.

—Era sólo una rata —dijo—. Sólo una rata.

Silencio. Entonces, suavemente, Ciffonetto respondió

—Sí, Von, sí.

—Era sólo una rata.

—Era sólo una rata.

—Era sólo una rata.

7

TOBIAS S. BUCKELL

Esperando al Zephyr

[Waiting for the Zephyre]

Tobias S. Buckell es autor de las novelas *Crystal Rain* y *Ragamuffin*, así como muchos relatos cortos publicados en revistas como *Analog* y *Nature*, y las antologías *Mojo: Conjure Stories*, *So Long Been Dreaming*, y *I, Alien*. Próximamente aparecerá una nueva colección, *Tides from the New Worlds*, y su tercera novela, *Sly Mongoose*.

Oriundo del Caribe, Buckell vivió durante un tiempo a bordo de un barco impulsado con un generador eólico. Por ello, desde hace mucho cree que la alternativa más natural es llevar la energía eólica a un área llana y desértica, y cuando comenzó a especular sobre un futuro sin combustibles fósiles buscó la alternativa en su propia experiencia.

Buckell afirma que la ciencia ficción post-apocalíptica es frecuentemente una forma de penitencia literaria por todos nuestros pecados modernos reales o imaginados. Sin embargo, esta historia es quizás la más optimista de toda esta antología.

Esperando al Zephyr

El *Zephyr* llevaba un retraso de casi cinco días.

El viento levantaba el polvo en pequeños torbellinos de columnas en movimiento que aterrizaban aleatoriamente sobre los restos de la ciudad. Más allá, al otro lado de las moles del Super Wal-Mart y Kroger's, Mara estaba de pie limpiando los prismáticos. La plataforma en la que se encontraba se elevaba más de treinta metros y culminaba en el bulboso depósito que suministraba agua a toda la ciudad, permitiéndole unas vistas por encima del borde del horizonte de edificios. Forzaba los ojos en busca de la familiar silueta de los cuatro mástiles en forma de cuchillas, pero no avistó nada más que remolinos de porquería.

La vieja autopista de asfalto, construida en la época de la abundancia, finalmente había sucumbido a la suciedad invasora, a pesar de los enormes esfuerzos por parte de la ciudad de mantenerla a raya. Las barreras estaban desbordadas.

Mara todavía se acordaba de las revueltas y giros de la autopista, que memorizó a la edad de doce años, cuando se dio cuenta por primera vez de que llevaba a otras ciudades y gentes.

—Mara, está oscureciendo.

—Sí, Ken.

Ken colocó con cuidado los prismáticos en su bolsa y bajó por un lateral de la torre. Mara bajó hasta el polvo acumulado a los pies de la torre detrás de Ken, que en ese momento era tan sólo una enorme silueta en la repentina luz crepuscular.

—Tu madre todavía quiere hablar contigo.

Mara no respondió.

—Quiere encontrar una solución —continuó Ken.

—Me voy. He querido irme desde que tenía doce años, venga, Ken... no empieces otra vez.

Mara comenzó a andar rápidamente hacia la casa.

Ken la alcanzó y, aunque ella pudo ver que él se esforzaba por encontrar algo que decir, también vio que examinaba la granja con su visión periférica. Su granja desafiaba al polvo y el viento con una exuberante vegetación, pero sólo porque estaba bajo un cristal de protección. Ken se detuvo brevemente en dos ocasiones, buscando grietas en la fachada, resquicios por donde el polvo intentara filtrarse.

—Su generador eólico está averiado. Necesitan ayuda, Mara. Les dije que iría mañana.

Mara suspiró.

—De verdad, no quiero hacerlo.

Ken le abrió la puerta exterior, se sacudió las botas en el suelo y la cerró; luego, cuando ella abrió la segunda puerta, entró él. El polvo se colaba por todos lados y cubría todas las cosas a pesar de las precauciones. Las escobas nunca llegaban a

limpiarlo del todo. Aunque Ken creía que eran aparatos totalmente inútiles, a Mara le atraía bastante la idea de un aspirador eléctrico.

—Necesito tu ayuda, Mara, sólo durante una tarde. No te sentirías bien si te fueras dejando a alguien sin electricidad, ¿verdad que no?

Ken tenía razón, sin un generador eólico sus padres se quedarían sin suministro de energía.

—De acuerdo, ayudaré.

Ella se dio cuenta en ese momento de que Ken, con su maravillosa destreza con las manos, ya había preparado la cena para los dos. A pesar de estar ligeramente fría por haber reposado un tiempo, estaba deliciosa.

El *Zephyr* llevaba un retraso de seis días.

Mara trepó al tejado y se unió a Ken. Él ya había desmontado las partes del generador eólico y las había dejado sobre el tejado. Ella había logrado pasar junto a su padre, rozándolo pero sin que la detuviera a la fuerza. Madre estaba por ahí con expresión dolida y desconsolada.

Ken hizo una mueca.

—La pala está bien. Pero el alternador está quemado.

Una reparación simple. Los generadores eólicos consistían tan sólo en un viejo alternador de coche conectado a una pala propulsora y una rótula instalada en el tejado. Toda la electricidad que tenían las casas dependía de baterías de ciclo profundo que se recargaban con los generadores eólicos. Los paneles solares funcionaban en algunas zonas, pero aquí el polvo se colaba en su interior y, a diferencia de los generadores eólicos, no funcionaban de noche. Además, era muy sencillo ir a un depósito de vehículos y coger un alternador de cualquiera de los miles de coches muertos.

Mara sospechaba que su padre les había pedido ayuda sólo para obligarla a regresar a la granja. Maldita sea.

—Mara —dijo su padre desde el borde de la canaleta de polvo—. Tenemos que hablar.

Mara dirigió la mirada al frente, más allá del borde del tejado, a kilómetros y kilómetros del pardo horizonte.

—Mara, mírame. Mara, dijimos cosas muy duras. Lo sentimos.

—Nos gusta Ken —interrumpió su madre con voz aguda desde abajo—. Pero tú eres demasiado joven. No puedes mudarte todavía.

—Vuelve, cielo. Nos vendría bien que nos echaras una mano en la granja. No estarías tan atareada como viviendo con Ken.

Al oír el comentario, Ken levantó la mirada con una sonrisa medio herida. Mara maldijo, se deslizó por el extremo más bajo del tejado y cayó contra el polvo del suelo con un gruñido. Su padre comenzó a descender por la escalera, pero Mara ya se

había metido en la carreta, e izaba la vela y se alejaba botando entre el polvo de regreso a la relativa seguridad de la granja de Ken, dejando las lastimeras súplicas de su madre en el aire polvoriento a su espalda.

Maldita sea, ¿cómo pudo haberse dejado convencer? Sus padres eran tan obvios. Y Ken... realmente le mortificaba la idea mientras regresaba a casa. Ken no debería haberla llevado.

Incluso más tarde, cuando él regresó y cocinó como un corderito otra de sus maravillosas comidas, ella continuó enfadada. Pero la ira finalmente desapareció, como ocurría siempre.

Durante el séptimo y octavo día de espera, la recepción se aclaró lo suficiente para que ambos pudieran sintonizar algunos programas del lejano norte. Ken tenía suficientes baterías para casi ocho horas de programas de televisión, y se acurrucaron en el sillón.

Mara comenzó a dudar de que el *Zephyr* volviera a aparecer. La última visita fue hace dos años, cuando la gigante caravana con ruedas navegó a la ciudad de día. Comerciantes y mercaderes adornaban las distintas cubiertas con sonrisas y tenderetes.

Mara sabía por algunas conversaciones con los tripulantes que el *Zephyr* era una de las pocas conexiones que las poblaciones de Norteamérica todavía mantenían con las grandes ciudades, y entre estas. Desde el colapso del petróleo, con Oriente Medio bombardeado hasta quedar enterrado en el olvido y porciones de Europa ardiendo, el país había intentado reemplazar todas las infraestructuras basadas en el petróleo.

Casi dos generaciones más tarde lo estaba logrando.

Las grandes ciudades empleaban más energía nuclear, o incluso aprovechaban los sistemas de alcantarillado, pero las pequeñas ciudades fueron las más golpeadas. Acostumbradas a la energía, pero desconectadas del suministro y aisladas, una pequeña Edad Oscura se había instalado en ellas. La vida se basaba allí en las cosas más esenciales: el agua y el viento.

Mara quería ver una ciudad alumbrada en una absurda explosión de luz, desterrando el crepúsculo y la noche con un día artificial hecho por el hombre.

El décimo día Ken la encontró en el dormitorio haciendo la maleta frenéticamente.

—Han visto al *Zephyr* aproximándose por el este —dijo Mara, cargando una mochila en los hombros.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—¿Qué?

—Irte. No sabes lo que te espera ahí fuera. Lugares extraños, personas extrañas.

Peligro.

Mara lo miró.

—Claro.

Ken bajó la mirada hacia el suelo.

—Pensé que teníamos algo. Tú, yo.

—Por supuesto —Mara se detuvo—. Te dije que me iría.

—Pero yo confiaba en...

—Ken. No puedo...

—Vete —su voz se endureció y se dirigió a la cocina. Mara se sentó en el borde de la cama tragándose las lágrimas, luego agarró las dos mochilas y se marchó furiosa.

El *Zephyr* rodaba a lo largo de Main Street, ralentizando la marcha hasta moverse a paso relativamente lento para permitir a la muchedumbre que corriera a su paso y subiera de un salto. Los niños abarrotaban los laterales de la calle, a la vez que se producía un animado comercio. Los cuatro altos mástiles del *Zephyr* se cernían sobre los edificios de la ciudad de dos y tres plantas. Los mástiles parecían alas verticales, y empleaban los mismos principios que estas. El aire que pasaba por el extremo más corto del mástil afilado producía un vacío, impulsando hacia delante a la inmensa nave con ruedas.

Mara siguió a la excitada multitud detrás del barco. Saludaba con un movimiento de cabeza a los ocasionales rostros familiares.

Cuentas de plástico, más valiosas que el oro debido a la escasez de petróleo, colgaban de los tenderetes que se abrían en el lateral del casco. Mara se dirigió con paso rápido hacia uno de estos puestos, pero le bloqueó el paso una figura familiar.

—¿Tío Dan?

—Hola.

Le había agarrado el brazo con fuerza. Mara vio la mole del *Zephyr* alejándose lentamente. Intentó zafarse de él, pero no pudo. Su padre se abría paso entre la gente.

—¡Papá! ¿Qué estás haciendo?

—Es por tu propio bien, Mara —dijo el tío Dan—. No sabes lo que estás haciendo.

—Sí, lo sé —gritó ella, y comenzó a propinar patadas a las espinillas de su tío. La gente a su alrededor no parecía prestarles mucha atención, aunque Mara sabía demasiado bien que por la noche sería la comidilla de la zona.

Rogó, suplicó, gritó, pegó patadas, arañó y luchó. Pero los hombres de la casa ya habían tomado una decisión. La encerraron en el sótano.

—Saldrás cuando el *Zephyr* se marche —le prometió mamá.

No había ventanas. Mara sólo podía pensar en el lento avance del *Zephyr* saliendo de la ciudad. Intentó sobreponerse, luego se arrastró a una esquina y lloró. Después llamó a la puerta, pero nadie fue a abrirle.

El sótano era una estancia cómoda. La guarida familiar; tenía varios sillones y una alfombra. La puerta crujió al abrirse y, al mirar afuera, Mara supuso que ya había oscurecido. Ken bajó por las escaleras con cuidado.

—Soy yo, Mara.

—Supongo que tú también estás metido en esto.

—De hecho, no. Tu familia quiere que intente convencerte. No voy a mentirte, Mara. Quiero que te quedes. Pero retenerte aquí de esta forma es ridículo.

—Cuanto más tiempo continuemos aquí, y lejos de las ciudades, más demencial se volverá todo.

—Quizás. Tu familia tiene miedo. No quieren perderte.

—¡Eso no les da derecho a encerrarme como un maldito perro! —aulló Mara.

Ken se acercó.

—Mi carro a vela está fuera. Eso es todo lo que necesitas para llegar. Eres la mejor navegante, cuando lo manejas puedes adelantar a cualquiera. Aún puedes alcanzar al *Zephyr* si navegas de largo. Eh, además nunca me gustó tu tío. Mara levantó la mirada y le dio un fuerte abrazo.

—Muchísimas gracias.

—Si alguna vez vuelves a la ciudad, búscame.

—¿Irás conmigo entonces?

—Pregúntamelo entonces. Ken se separó y subió las escaleras.

—Mantente cerca de mí.

Se lanzó él mismo contra su tío y su padre, embistiéndoles con un fuerte grito. Mara se escabulló corriendo, perdió un zapato, empujó a su madre y salió al jardín.

La vela del carro se infló con un chasquido, y ya estaba avanzando a saltos por encima de la arena cuando vio a dos figuras en el vano de la puerta observando su marcha. Nadie se tomó la molestia de seguirla. Todos conocían su habilidad con la vela.

Le llevó unas cuantas horas divisar los cuatro mástiles de la nave. Podía escuchar gritos distantes cuando alcanzó al gigantesco barco terrestre.

—¡Ah del barco! —gritó.

Alguien lanzó una escalera y Mara se impulsó hacia arriba. El pequeño carro a vela viró y se volcó en el polvo, rompiendo su pequeño mástil en dos. Se sintió ligeramente liberada al aterrizar en la cubierta con una sonrisa.

El mercader de la escalera se hizo a un lado, permitiendo que avanzara un oficial

con uniforme caqui.

—Te hemos observado mientras te aproximabas en las últimas horas —dijo—. Nos gusta cómo manejas el viento.

—¿Sabes leer cartas de navegación? —preguntó una mujer uniformada. Llevaba unas extrañas trenzas que le caían por los hombros.

—No.

—¿Te interesaría un puesto a bordo del barco?

—Sí —Mara sintió que su estómago le daba un vuelco.

—Entonces te enseñaremos a leer cartas de navegación —dijo la mujer. Le ofreció una mano—. Bienvenida a bordo, chica, soy la capitán Shana. Si alguna vez me cabreas o me das el más mínimo motivo, te lanzaré por la borda y te dejaré a merced de los buitres, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Bien. Dele una hamaca.

Mara permaneció en la cubierta del *Zephyr* disfrutando del momento. Luego, el hombre de uniforme le tocó el hombro.

—Esto no es diversión y juegos, hay mucho trabajo duro, pero vale la pena. Vamos.

Mara se detuvo un instante y contempló el llano horizonte, repleto de tentadores futuros. Luego lo siguió bajo cubierta.

8

JACK MACDEVITT

Nunca desfallezcáis

[Never Despair]

Jack McDevitt es autor de más de una docena de novelas, incluyendo la joya post-apocalíptica *Eternity Road*, con la que este relato comparte su escenario. Sus relatos cortos han sido publicados en *Analog*, *Asimov's* y *F&SF*, y en numerosas antologías. Ha sido nominado para el premio Nebula en trece ocasiones, y lo ganó por primera vez en 2007 con su novela *Seeker*. Otros galardones incluyen el Locus Award por su primera novela, *The Hercules Text (El texto de Hércules)*, y el W. Campbell Memorial Award por su novela *Omega*.

«Nunca desfallezcáis» narra la historia de Chaka Milana, una mujer que abandona su ciudad natal en busca de un lugar legendario que guarda los secretos de los Fabricantes de carreteras, los casi míticos constructores de las franjas de asfalto que cubren la tierra y las ciudades en ruinas con torres tan altas que una persona no podía escalarlas en un solo día. En el curso de su viaje, Chaka encuentra un avatar histórico de un hombre que ella no reconoce, pero a quien el lector sin duda reconocerá.

Nunca desfallezcáis

La lluvia comenzó a caer mientras lanzaban las últimas paladas de tierra sobre la tumba. Quait agachó la cabeza y susurró la tradicional despedida. Chaka contempló el poste de madera en el que estaba inscrito el nombre de Flojian, sus fechas de nacimiento y muerte, y la leyenda LEJOS DEL HOGAR.

No le había preocupado mucho Flojian. Era un egocéntrico y se quejaba demasiado, y siempre sabía cuál era la mejor manera de hacer las cosas. Pero se podía contar con él a la hora de arrimar el hombro, y ahora ya sólo quedaban dos.

Quait calló, levantó la mirada y asintió. Era su turno. Le aliviaba que ya hubiera acabado todo. El pobre hijo de perra se había caído de cabeza desde el nivel más alto de unas ruinas, y durante cuatro insoportables días poco pudieron hacer por él. Qué manera más absurda y tonta de morir.

—Flojian —dijo ella—, te echaremos de menos.

Se limitó a eso, porque era lo que sentía de verdad, y además la lluvia iba en aumento.

Se retiraron hacia los caballos. Quait guardó su espada bajo la silla y montó de esa forma tan extraña que siempre daba la sensación a Chaka de que Lightfoot lo iba a dejar caer hacia el otro lado.

Se quedó quieta mirándole.

—¿Qué ocurre? —dijo él limpiándose la mejilla con el dorso de la mano. Tenía el sombrero encasquetado en la cabeza. Chorreaba agua sobre sus hombros.

—Ha llegado el momento de rendirse —dijo Chaka—. Volver a casa. Si podemos...

Retumbó un trueno. Estaba oscureciendo muy rápidamente.

—Éste no es el mejor momento para discutirlo.

Quait esperó a que ella montara en su caballo. La lluvia golpeaba la blanda tierra, se derramaba sobre los árboles.

Ella echó la vista atrás, hacia la tumba. Flojian yacía ahora junto a las ruinas, enterrado como ellas bajo las onduladas colinas y el extenso bosque. Era el tipo de tumba que él hubiera querido, reflexionó. Le gustaban las cosas que llevaban muertas mucho tiempo. Se ciñó con fuerza la chaqueta y montó en su silla. Quait se puso en marcha con un trote enérgico.

Lo habían enterrado en la cima de la elevación más alta de toda la zona. En esos momentos cabalgaban lentamente bordeando la cumbre, avanzando con cuidado entre cascotes de hormigón y vigas de madera petrificada y metal oxidado, el detritus del viejo mundo, hundiéndose lentamente en la tierra. Los escombros estaban erosionados por el tiempo: la tierra y la maleza habían redondeado los escombros, se habían derramado sobre ellos y habían absorbido sus bordes cortantes. Finalmente, pensó Chaka, no quedaría nada y los visitantes pisarían las ruinas y no sabrían ni tan

siquiera que estaban sobre ellas.

Quait se inclinó parapetándose de la lluvia, con el sombrero ladeado sobre los ojos y la mano derecha apoyada sobre el costado de Lightfoot. Tenía aspecto de estar exhausto y abatido, y Chaka se dio cuenta por primera vez de que también él se había rendido. Que sólo estaba esperando a que otra persona se responsabilizara de admitir el fracaso.

Descendieron de la cumbre y cabalgaron a través de un estrecho desfiladero repleto de bloques de piedra y losas.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Chaka estaba bien. Asustada. Exhausta. Preguntándose qué iba a decirles a las viudas y madres cuando llegaran a casa. Eran seis cuando comenzaron.

—Sí —dijo ella—. Estoy bien.

La gruta se abría frente a ellos, una oscura boca cuadrada con los bordes de yeso y medio oculta tras un helecho. Habían dejado un fuego encendido, y el lugar parecía cálido y acogedor. Desmontaron y metieron los caballos en el interior.

Quait echó un par de troncos en la fogata.

—Hacía frío allí fuera —dijo.

Un relámpago se encendió en la entrada.

Pusieron una tetera en la roca de hervir, dieron de comer y beber a los animales, se pusieron ropas secas y se tumbaron frente al fuego. No hablaron mucho durante un largo rato. Chaka estaba sentada, envuelta en una manta, disfrutando del calor y de estar resguardada de la lluvia. Quait escribió algunas notas en el diario, intentando localizar el lugar de la tumba de Flojian, para que los viajeros futuros, si es que hubiera alguno, pudieran encontrarlo. Después de un rato, Quait suspiró y levantó la mirada, no para mirar a Chaka, sino más allá de su hombro, a media distancia.

—¿Realmente piensas que deberíamos dar la vuelta?

—Sí. Pienso que ya hemos tenido suficiente. Es hora de volver a casa.

Él asintió.

—Odio tener que regresar así.

—Yo también, pero ha llegado el momento.

Era difícil adivinar para qué había servido la gruta. No era una cueva. Las paredes eran artificiales. Cualquiera que fuera el color que tuvieron en otro tiempo, había quedado descolorido. Ahora estaban grises y manchadas, y se curvaban hacia el alto techo. Una composición de líneas inclinadas, probablemente pintadas con fines decorativos, las atravesaban. La gruta era amplia, más amplia que la sala del consejo, que podía dar cabida a unas cien personas, y se prolongaba hasta gran distancia por debajo de la colina. Kilómetros, tal vez.

Por lo general, Chaka evitaba las ruinas siempre que podía. No era fácil, porque estaban por todas partes. Pero todo tipo de bichos construían sus guaridas en ellas. Y las construcciones eran peligrosas, como Flojian había podido comprobar. Peligro de derrumbamientos, hundimientos del suelo, de todo. La verdadera razón, sin embargo,

era que había escuchado demasiadas historias sobre espectros y demonios que habitaban entre las paredes desmoronadas. No era una mujer supersticiosa, y nunca habría admitido su malestar ante Quait. Y sin embargo, uno nunca sabía.

Habían encontrado la gruta unas horas después de que Flojian tuviera el accidente, y se trasladaron al interior, agradecidos de tener dónde cobijarse. Pero ahora ella ansiaba irse.

Un trueno sacudió las paredes y pudieron oír el ritmo regular de la lluvia derramándose desde la cumbre. Todavía era por la tarde, pero hasta el último resquicio de luz se iba apagando.

—El té debería estar listo —dijo Chaka. Quait sacudió la cabeza.

—Odio rendirme. Siempre nos quedará la duda de si podría haber estado en la siguiente colina.

Ella acababa de coger la tetera y comenzaba a servir el te cuando un relámpago retumbó justo encima de sus cabezas.

—Ése ha estado cerca —dijo ella, aliviada por la protección de la gruta.

Quait sonrió, cogió su taza y la levantó parodiando un brindis a cualquiera de los poderes que habitara en la zona.

—Quizás tengas razón —dijo él—. Quizás deberíamos hacer caso de las advertencias.

El relámpago había sido atraído por una cruz oxidada, un pedazo informe de metal en descomposición que sobresalía de un lateral de la colina. La mayor parte de energía se dispersó por el suelo. Pero otra parte saltó a un cable enterrado, lo recorrió hasta una caja de conexiones derretida, fluyó a través de una serie de conductos, e iluminó varios cuadros de mando antiguos. Uno de estos cuadros transmitía energía a un sistema auxiliar inactivo desde hacía mucho; otro accionó una variedad de sensores que comenzaron a registrar los sonidos en la gruta. Y un tercero, tras un adecuado retraso, accionó un interruptor y activó el único programa que todavía sobrevivía.

Comieron bien. Chaka se había topado con un desafortunado pavo esa mañana, y Quait añadió unas cuantas bayas y panecillos recién horneados. Habían agotado hacía mucho tiempo las reservas de vino, pero un arroyo corría a unos cincuenta metros en la parte trasera de la gruta, y el agua estaba limpia y fría.

—No es que haya alguna razón para pensar que estamos cerca —dijo Chaka—. De todas formas, ya no estoy segura de seguir creyendo en ello. Y aunque realmente estuviera ahí fuera, el precio a pagar es demasiado alto.

La tormenta amainó con la llegada de la noche. La lluvia seguía cayendo, pero era una lluvia ligera, no mucho más que una bruma.

Quait habló profusamente durante toda la velada; sobre sus ambiciones, sobre lo importante que era averiguar quién había construido las grandes ciudades

diseminadas por la vegetación, y qué les había ocurrido, y sobre el poder de las antiguas magias. Pero ella estaba en lo cierto, repetía él una y otra vez, lanzándole miradas, y parándose para darle la oportunidad de interrumpirle. Era mejor prevenir que curar.

—Ya lo creo que sí —dijo Chaka.

Hacía calor cerca del fuego, y al cabo de un rato Quait se quedó dormido. Había adelgazado nueve kilos desde que abandonaron Illyria hacía nueve semanas. Había envejecido, y la alegre despreocupación que a ella tanto le había atraído al principio se había esfumado.

Ahora Quait siempre estaba enfrascado en sus asuntos.

Ella intentó sacudirse el sentimiento de desesperación. Estaban muy lejos de casa, solos en una tierra inhóspita plagada de salvajes y demonios y ciudades muertas en las que parpadeaban luces y la música sonaba y los objetos mecánicos se movían. Se acurrucó envuelta en sus mantas y escuchó las gotas de agua escurriéndose de los árboles. Un tronco se rompió y sucumbió en el fuego de la hoguera.

No estaba segura de qué es lo que la había sobresaltado, pero se despertó repentinamente, con los sentidos alerta.

Alguien, cuya silueta se recortaba contra la luna, e iluminada por el fuego del interior, estaba de pie en la entrada de la gruta, mirando hacia fuera.

El pecho de Quait subía y bajaba suavemente al lado de Chaka.

Ella había utilizado su silla de montar como almohada. Sin apenas moverse, sacó la pistola de debajo.

La figura parecía la de un hombre, un tanto grueso por la zona de la cintura, vestido con una extraña indumentaria. Llevaba una chaqueta oscura y pantalones oscuros a juego, un sombrero de copa redonda, y sostenía un bastón. Se veía un fulgor rojizo alrededor de su boca, que disminuía y aumentaba de intensidad intermitentemente. Chaka detectó un olor parecido a hierba quemada.

—No se mueva —dijo en voz baja, incorporándose para enfrentarse a la aparición—. Tengo una pistola.

Él se giró, la miró con curiosidad y una nube de humo se elevó por encima de su cabeza. Sin duda, estaba fumando algo. Y el olor era inmundado.

—En efecto, la tiene —dijo él—. Espero que no la use.

No parecía demasiado impresionado.

—Lo digo en serio —dijo ella.

—Lo siento —dijo él con una sonrisa—. No tenía intención de despertarla.

Llevaba una camisa blanca y una cinta azul oscuro en el cuello. La cinta estaba salpicada de lunares blancos. Su cabello era blanco y sus rasgos toscos, casi fieros. Había algo de bulldog en su aspecto. Avanzó un par de pasos y se quitó el sombrero.

—¿Qué hace aquí? —pregunto ella—. ¿Quién es usted?

—Vivo aquí, jovencita.

—¿Dónde? —echó la mirada alrededor, a las paredes desnudas, que parecían moverse en la parpadeante luz.

—Aquí.

El hombre levantó los brazos para señalar la gruta y avanzó otro paso más. Ella miró rápidamente la pistola y luego a él.

—Ya esta suficientemente cerca —dijo ella—. No crea que vacilaré.

—Estoy seguro de que no lo hará, jovencita —su semblante adusto se transformó en una amistosa sonrisa—. En realidad no soy peligroso.

—¿Está solo? —preguntó Chaka, echando una rápida mirada a sus espaldas. No se movía nada en las profundidades de la cueva.

—Ahora lo estoy. Antes estaba también Franklin. Y Abraham Lincoln. Y un cantante norteamericano. Un guitarrista, recuerdo. De hecho, antes éramos una gran multitud.

A Chaka no le gustaban los derroteros que estaba tomando la conversación. Sonaba como si estuviera intentando distraerla.

—Como intente algún truco —dijo ella—, la primera bala va a usted.

—Es bueno tener visitantes de nuevo. Las últimas veces que he recorrido el lugar, el edificio siempre ha estado vacío.

—¿De verdad? ¿Qué edificio?

—Oh, sí. Antes atraíamos a grandes multitudes. Pero los bancos y la galería han desaparecido —paseó la mirada a su alrededor lentamente—. Me pregunto qué habrá pasado.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella.

Él la miró perplejo. Casi como si le hubiera pillado por sorpresa.

—¿No lo sabe? —se apoyó en el bastón y la contempló detenidamente—. Entonces creo que esta conversación no tiene mucho sentido.

—¿Cómo iba a reconocerle? Nunca nos hemos visto —esperó su respuesta, pero cuando no llegó ninguna, continuó hablando—. Soy Chaka de Illyria.

El hombre se inclinó levemente.

—Supongo que en las presentes circunstancias debe llamarme Winston —se ciñó la chaqueta—. Hay corrientes de aire aquí. ¿Por que no nos arrimamos al fuego, Chaka de Illyria?

Si fuera hostil, ella y Quait ya estarían muertos. O peor. Bajó el arma y la enfundó en su cinturón.

—Me sorprende encontrar a alguien por aquí —dijo Chaka—. No se lo tome a mal, pero este lugar parece haber estado deshabitado desde hace mucho tiempo.

—Sí, así es, ¿verdad?

Chaka echó una ojeada a Quait, muerto para el resto del mundo. No le habría servido de mucha ayuda si hubieran sido atacados de noche por Tuks.

—¿De dónde viene? —preguntó ella.

—¿Disculpe?

—Llevamos aquí varios días. ¿Dónde ha estado?

—No estoy seguro —dijo él con expresión vacilante—. Sin duda he estado aquí. Siempre estoy aquí.

Se agachó con dificultad sobre el suelo y mantuvo las manos en alto cerca del fuego.

—Qué bien sienta.

—Hace frío.

—Supongo que no tendrán por casualidad algo de brandy.

¿Qué era brandy?

—No —respondió ella—. No tenemos.

—Lástima. Es bueno para los huesos viejos —se encogió de hombros y miró a su alrededor—. Qué raro. ¿Sabe usted lo que ha pasado?

—No —ella ni siquiera entendía la pregunta—. No tengo ni idea.

Winston colocó el sombrero sobre su regazo.

—El lugar parece bastante desolado —dijo él; de alguna forma, el hecho de la desolación adquirió un nuevo significado en el momento en que el lo mencionó—. Lamento decir que nunca antes había oído el nombre de Illyria. ¿Dónde está, si me permite la pregunta?

—A varias semanas hacia el suroeste. En el valle del Mawagondi.

—Comprendo —su tono de voz dejaba claro que no comprendía nada—. ¿Y quién es Mawagondi?

—Es un río. ¿En serio que no lo conoce?

Escudriñó los ojos de Chaka.

—Me temo que hay muchas cosas que desconozco —su humor pareció ensombrecerse—. ¿Están usted y su amigo de camino a casa? —preguntó.

—No —dijo ella—. Buscamos el Refugio.

—Sed bienvenidos a quedaros aquí —dijo Winston—. Pero no creo que lo encuentren muy acogedor.

—Gracias, no. Me refiero al Refugio, el Santuario. Y sé que suena ridículo.

Winston asintió, y su frente se arrugó. Había un fuego amenazador en sus ojos.

—¿Está cerca de Boston?

Chaka echó otro vistazo a Quait y se preguntó si debería despertarlo.

—No lo sé —respondió ella—. ¿Dónde está Boston?

Esto provocó que se le dibujara una amplia sonrisa.

—Bueno —dijo él—, ciertamente parece que uno de los dos está terriblemente perdido, me pregunto quién.

Ella divisó la chispa en sus ojos y le devolvió la sonrisa. Entendió lo que él le decía con su extraño acento: ambos estaban perdidos.

—¿Dónde está Boston? —volvió a preguntar Chaka.

—A unos sesenta y cinco kilómetros hacia el este. En línea recta por la autopista.

—¿Qué autopista? Ya no hay autopistas en ningún sitio. Al menos, yo no he visto ninguna.

La punta del puro se encendió y volvió a apagarse.

—Oh, Dios mío. Debe de haber pasado mucho tiempo. Ella dobló las rodillas y pasó los brazos alrededor.

—Winston, en realidad no entiendo la mayor parte de esta conversación.

—Ni yo tampoco —sus ojos miraron profundamente a los de ella—. ¿Y qué es ese Refugio?

Ella estaba impresionada por su ignorancia.

—No puede estar hablando en serio.

—Estoy hablando bastante en serio. Por favor, ilumíneme. Bueno, después de todo lo que él había pasado aquí en las tierras salvajes, ¿cómo podía esperar ella que él supiera tales cosas?

—El Refugio es el hogar de Abraham Polk —dijo esperanzada. Winston sacudió la cabeza tímidamente.

—Empiece de nuevo —dijo él.

—Polk vivió al final de la era de los Fabricantes de carreteras. Sabía que el mundo se hundía, que las ciudades estaban muriendo. Salvó lo que pudo. Los tesoros. El conocimiento. La historia. Todo. Y lo almacenó en una fortaleza con una entrada submarina.

—Una entrada submarina —dijo Winston—. ¿Y cómo se propone entrar?

—No creo que lo hagamos —dijo Chaka—. Creo que vamos a rendirnos en este punto y regresar a casa.

Winston asintió.

—El fuego se está apagando —dijo.

Chaka removió las brasas y añadió un tronco.

—Nadie sabe siquiera si Polk vivió realmente. Podría ser sólo una leyenda.

La luz inundó la entrada de la gruta. Unos segundos más tarde, un trueno retumbó.

—El Refugio suena muy parecido a Camelot —comentó.

¿Qué diablos era Camelot?

—Tú misma has dado a entender —continuó él tras tomarse unos segundos para saborear su hierba— que el mundo ahí fuera está en ruinas.

—Oh, no. El mundo ahí fuera es maravilloso.

—Pero ¿hay ruinas?

—Sí.

—¿Abundantes?

—Llenan los bosques, bloquean ríos, están tiradas en las aguas poco profundas de los puertos. Están por todas partes. Algunas incluso siguen activas, de una forma extraña. Por ejemplo, hay un tren que todavía funciona, y que nadie conduce.

—¿Y qué sabes sobre sus constructores? Chaka se encogió de hombros.

—Muy poco. Casi nada.

—¿Sus secretos están encerrados en ese Refugio?

—Sí.

—A los cuales usted renuncia.

—Estamos agotados, Winston.

—Su capacidad por sentir curiosidad me tiene pasmado, Chaka.

Maldita sea.

—Mire, es muy fácil señalar culpables con el dedo. No tiene ni idea de todo por lo que hemos pasado. Ni idea.

Winston la miró con calma.

—Estoy seguro de que no la tengo. Pero la recompensa es muy grande. Y el mar está cerca.

—Tan sólo quedamos dos —dijo ella.

—Los giros de la historia nunca han sido dirigidos por las multitudes —dijo—. Ni por los cautos. Siempre es el capitán solitario el que marca el rumbo.

—Todo ha terminado. Tendremos suerte si conseguimos llegar a casa vivos.

—Eso también podría ser cierto. Y sin duda perseguir su objetivo conlleva un gran riesgo. Pero usted debe decidir si la recompensa merece tal riesgo.

—Lo tendremos que decidir. Me acompaña un socio en esta misión.

—Él acatará su decisión. Depende de usted.

Ella intentó reprimir unas lágrimas de furia.

—Ya hemos hecho suficiente. Sería poco razonable continuar.

—La razón está con frecuencia sobrevalorada, Chaka. Hubiera sido razonable aceptar la oferta de Hitler en 1940.

—¿Qué?

Desechó el comentario con un gesto de la mano.

—No tiene importancia. Pero la razón, bajo presión, normalmente produce prudencia, cuando lo que se requiere es audacia.

—No soy una cobarde, Winston.

—No he dicho que lo sea.

Mordió con fuerza su palo de hierba. Una nube azul flotó hacia ella. Le hirió los ojos haciéndola retroceder.

—¿Es usted un fantasma? —preguntó ella. La pregunta no parecía en absoluto descabellada.

—Supongo que lo soy. Me he quedado un tanto descolgado por el reflujo de la marea —el fuego brillaba en sus ojos—. Me pregunto si, cuando un suceso ya no es recordado por ninguna persona con vida, este pierde todo su significado. Si es como si nunca hubiera ocurrido.

Quait se revolvió en sueños, pero no se despertó.

—Estoy segura de que no tengo ni idea —afirmó Chaka.

Durante un largo rato ninguno de los dos habló.

Winston se puso en pie.

—No me siento cómodo aquí —dijo.

Ella pensó que estaba expresando desagrado por ella.

—El suelo destroza a un hombre viejo. Y por supuesto tiene razón: debe decidir si piensa continuar. Camelot fue una tierra de nunca jamás. Su principal valor residía en el hecho de que tan sólo existía como idea. Quizás ocurre lo mismo con el Refugio.

—No —dijo ella—. Existe.

—¿Y hay alguien más que busque ese lugar?

—Nadie. Nosotros éramos la segunda misión que fracasó. Creo que ya no habrá más.

—Entonces, por todos los santos, Chaka de Illyria, debe preguntarse a sí misma por qué ha llegado hasta aquí. Por qué murieron sus compañeros. Qué es lo que busca.

—Dinero. Simple y llanamente. Los manuscritos antiguos tienen un valor incalculable. Nos habríamos hecho famosos en la Liga. Por eso vinimos.

Los ojos de Winston la miraban pensativos.

—Entonces, regresen —dijo—. Si se trata simplemente de una aventura comercial, denlo por perdido e inviertan su dinero en bienes inmuebles.

—¿Disculpe?

—Pero yo me apostaría lo que fuera a que esas no son las razones por las que se ha arriesgado tanto. Y que desea regresar porque ha olvidado por qué vino.

—Eso no es así —respondió ella.

—Por supuesto que es así. ¿Debo recordarle por qué decidió partir para viajar a un mundo desconocido con la esperanza de que quizás, sólo *quizás*, pudiera encontrar un lugar medio legendario?

Por unos instantes él pareció difuminarse, perder definición.

—El Refugio no tiene nada que ver con la fama o la riqueza. Si llega allí, si pudiera leer sus secretos, tendría todo eso, siempre que pudiera regresar a casa con ello. Pero usted habría adquirido algo infinitamente más valioso, y creo que usted lo sabe: habría descubierto quién es realmente. Hubiera sabido que es hija de las gentes que diseñaron la Acrópolis, que escribieron Hamlet, que viajaron hasta las lunas de Neptuno. ¿Sabe algo sobre Neptuno?

—No —dijo ella—. No lo creo.

—Entonces lo hemos perdido todo, Chaka. Pero usted puede recuperarlo. Si está dispuesta a cogerlo. Y si no es usted, entonces alguna otra persona. Pero vale la pena hacerlo, cueste lo que cueste.

Durante unos instantes, su imagen se fundió en la oscuridad.

—Winston —dijo ella—, no puedo verle. ¿Está todavía aquí?

—Estoy aquí. El sistema es viejo, y no se recarga —ella veía a través de él.

—Realmente es un fantasma —dijo ella.

—Es posible que no lo logren. Nada es seguro, a excepción de la dificultad y la

penuria. Pero tenga coraje. Nunca se den por vencidos.

Ella lo miró.

—Nunca desfallezcáis —dijo él.

Una gélida ráfaga recorrió el cuerpo de Chaka como un susurro, una sensación de que ya había estado allí, de que ya había conocido a ese hombre en otra vida.

—Usted me resulta vagamente familiar. ¿He visto su fotografía en algún sitio?

—Sin duda lo ignoro.

—Quizás sean esas palabras. Me suenan de algo.

Él la miró directamente a los ojos.

—Posiblemente —ella podía ver la entrada de la cueva y unas cuantas estrellas a través de la silueta del hombre—. Acuértese, no importa lo que ocurra, pertenece a un grupo selecto. Un orgulloso grupo de hermanos. Y hermanas. Nunca estará sola.

Mientras lo observaba, él se esfumó hasta que sólo quedó el fulgor del puro.

—Es a su propio ser a quien busca.

—Usted da por hecho muchas cosas.

—La conozco, Chaka —todo su cuerpo había desaparecido ya, pero no su voz—. Sé quién es. Y usted está a punto de saberlo.

—¿Era su nombre de pila o su apellido? —preguntó Quait mientras ensillaban sus monturas.

—Ahora que lo mencionas, no lo sé —dijo, y frunció el ceño—. No estoy segura de si era real. No dejó ninguna huella. Ninguna marca.

Quait echó un vistazo al sol naciente. El cielo estaba claro.

—Así es como ocurre en estos lugares. Parte es un espejismo, y parte es algo más. Pero hubiera deseado que me despertases.

—Y yo —montó y dio unas palmaditas a la grupa de Brak—. Dijo que el mar está a tan sólo sesenta y cinco kilómetros.

Un cálido aire primaveral sopló a su alrededor.

—¿Quieres continuar?

—Quait, ¿alguna vez has oído hablar de Neptuno?

Él sacudió la cabeza.

—Quizás —dijo ella— podemos intentarlo después.

9

CORY DOCTOROW

Cuando los Admindeis
gobernaron la Tierra

[When Sysadmins Ruled the Earth]

Cory Doctorow es autor de las novelas *Down and Out in the Magic Kingdom* (*Tocando fondo en el reino mágico*), *Eastern Standard Tribe*, y *Someone Comes to Town, Someone Leaves Town*. Próximamente aparecerá *Little Brother* (*Pequeño hermano*) y una novela con el título provisional de *Themepunks*. Sus relatos breves, que han sido publicados en una variedad de revistas (desde *Asimov's Science Fiction* hasta *Salon.com*) han sido recopilados en *A Place So Foreign and Eight More* y en *Overclocked: Stories of the Future Present*. Ha ganado en tres ocasiones el Locus Award, y el Canadian Starburst Award, ha sido nominado tanto para los premios Hugo como para los Nebula, y en 2000 obtuvo el galardón John W. Campbell al Mejor Escritor Novel. Doctorow es también coeditor de *Boing Boing*, un «directorio de cosas maravillosas» online.

«Cuando los Admindesis gobernaron la Tierra» fue publicado por primera vez en la revista *Jim Baen's Universe*, y obtuvo el Locus Award de 2007 a la mejor novela corta. En esta historia, los admindesis (administradores de sistemas informáticos) se refugian en sus centros de operaciones de red tras una serie de desastres que destruyen la civilización. Internet estaba supuestamente diseñado para soportar una explosión nuclear; en esta historia, Doctorow (él mismo, ex administrador de sistemas) pregunta: si Internet *sobreviviera* al Apocalipsis, ¿cómo se comportarían las tecnologías que sobrevivieran al fin del mundo?

Cuando los Admindesis gobernaron la Tierra

Cuando el teléfono especial de Felix sonó a las dos de la mañana, Kelly se volvió, le propinó un puñetazo en el hombro y susurró:

—¿Por qué no has desconectado esa puta cosa antes de meterte en la cama?

—Porque es mi turno —dijo.

—No eres un maldito doctor —dijo ella, pateándole mientras él continuaba sentado al borde de la cama, subiéndose los calzones que había dejado en el suelo antes de acostarse—. Eres un maldito *administrador de sistemas*.

—Es mi trabajo —dijo él.

—Te explotan como a una mula del gobierno —dijo ella—. Sabes que tengo razón. Por amor de Dios, ahora eres padre, no puedes salir corriendo en mitad de la noche cada vez que el suministro pornográfico de alguien se quede colgado. No contestes al teléfono.

Él sabía que ella tenía razón. Cogió el teléfono.

—Los routers principales no responden. El BGP^[5] no responde.

A la voz mecánica del monitor de sistemas no le importaba si él la maldecía, así que lo hizo, y se sintió un poco mejor.

—Quizás pueda arreglarlo desde aquí —dijo.

Podía logear en el UPS^[6] para acceder a la jaula y reiniciar los routers. El UPS estaba en un bloque de red diferente, con sus propios routers independientes y sus propios suministros de energía ininterrumpibles.

Kelly estaba sentada en esos momentos en la cama, una silueta borrosa contra la cabecera.

—En cinco años de matrimonio no has sido capaz ni una sola vez de arreglar nada desde aquí.

En esta ocasión, ella se equivocaba... él arreglaba cosas en casa todo el tiempo, pero lo hacía de forma discreta, sin darle mucha importancia, y por eso ella no se acordaba. Y también tenía razón... sus registros demostraban que después de la una de la madrugada, nada podía ser solucionado sin tener que ir a la jaula. Ley de la Perversidad Universal Infinita, o Ley de Felix.

Cinco minutos más tarde Felix se encontraba tras el volante. No había podido solucionarlo desde casa. El bloque de red de los routers independientes también estaba desconectado. La última vez que ocurrió, algún gilipollas de la construcción había atravesado con una excavadora el conducto principal del centro de datos y Felix se había unido a un equipo de cincuenta admindeis enfurecidos congregados junto al hoyo resultante, soltándoles sapos y culebras a los pobres idiotas que tuvieron que trabajar 24 horas y 7 días a la semana para empalmar diez mil cables.

Su teléfono sonó dos veces más en el coche y permitió que se conectara al estéreo; a través de los enormes altavoces de excelentes bajos escuchó los informes automáticos de status de más desconexiones críticas de infraestructuras de red. Entonces Kelly llamó.

—Hola —dijo él.

—No tiembles, puedo escuchar el tembleque en tu voz.

Él sonrió involuntariamente.

—Compruébalo, ni un temblor.

—Te amo, Felix —dijo ella.

—Estoy totalmente loco por ti, Kelly. Vuelve a la cama.

—2.0 se ha despertado —dijo ella.

El bebé había sido beta-testado cuando estaba en su útero, y cuando rompió aguas, él recibió la llamada y salió como una exhalación de la oficina, gritando: *¡El Gold Master^[7] acaba de zarpar!* Empezaron a llamarlo 2.0 antes de que hubiera acabado su primer lloro. «Este cabroncete ha nacido para chupar teta».

—Siento haberte despertado —dijo él.

Estaba llegando al centro de datos. No había tráfico a las 2 de la mañana. Redujo la velocidad y aparcó ante la entrada del garaje. No quería perder la llamada de Kelly bajo tierra.

—El problema no es que me despiertes —dijo ella—. Llevas allí siete años. Tienes a tres subordinados que te informan. Dales el teléfono. Tú ya has cumplido con tu deber.

—No me gusta pedirles a mis informadores que hagan algo que yo no haría —respondió él.

—Pues muy bien por ti —dijo ella—. Va, por favor... detesto despertarme sola de noche. Te echo de menos casi toda la noche.

—Kelly...

—Estoy harta de estar enfadada. Simplemente te echo de menos. Tú me proporcionas dulces sueños.

—De acuerdo —dijo él.

—¿Así de fácil?

—Exacto. Así de fácil. No puedo permitir que tengas malos sueños, y ya he cumplido con mi deber. De ahora en adelante, sólo cogeré turno de noche para cubrir las vacaciones.

Ella rió.

—Los admindesis no os vais de vacaciones.

—Éste que te habla sí —dijo él—. Te lo prometo.

—Eres maravilloso —dijo ella—. Oh, mierda. 2.0 acaba de descargar sólido encima de mi albornoz.

—Ése es mi chico —dijo él.

—Oh, y tanto que lo es —dijo ella.

Colgó y condujo lentamente el coche hacia el parking del centro de datos, presentando la placa y abriendo los párpados legañosos para permitir que el escáner retinal echara un profundo vistazo a su adormilado globo ocular.

Se paró ante la máquina expendedora y sacó una barra energética de guaraná/modafinil y un café robótico letal en una taza antiderrames, aséptica y con tapa. Devoró la barra y sorbió el café, luego permitió que la puerta interior leyera la geometría de la palma de su mano y que la analizara durante unos instantes. A continuación la puerta bostezó y le lanzó la carga hermética de aire presurizado mientras entraba finalmente en el santuario.

Era un caos. Las jaulas estaban diseñadas para permitir que dos o tres admindesis maniobrasen a su alrededor al mismo tiempo. Cualquier otro centímetro de espacio cúbico estaba ocupado por ruidosos racks de servidores y routers y unidades de disco. Mezclados entre ellas había al menos otros veinte admindesis. Era la habitual convención de camisetas negras con eslóganes inexplicables, barrigas colgando por encima de cinturones con teléfonos y multiherramientas.

Normalmente hacía un frío gélido en la jaula, pero todos aquellos cuerpos recalentaban el reducido espacio cerrado. Cinco o seis levantaron la mirada e hicieron una mueca cuando él entró. Dos le saludaron por el nombre. Felix fue abriéndose paso con su barriga a través de impresoras y jaulas, y se dirigió hacia los racks de Ardent al fondo de la sala.

—Felix —era Van, que no tenía turno esa noche.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó—. No es necesario que los dos estemos hechos polvo mañana.

—¿Qué? Oh, me dejé mi ordenador personal aquí. Se apagó alrededor de la 1:30 y mi monitor de procesos me despertó. Debería haberte llamado para avisarte de que venía yo... te habría ahorrado el viaje.

El propio servidor de Felix, un ordenador que compartía con otros cinco amigos, estaba instalado en un rack un piso más abajo. Se preguntó si también estaría desconectado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un ataque masivo de gusano flash. Algún capullo con un exploit de día cero ha hecho que todos los ordenadores Windows en la red ejecuten muestreos Monte Carlo en cada bloque de IPs, incluyendo los IPv6. Todos los grandes Cisco funcionan con interfaces administrativas superiores a v6, y todos se cuelgan si se ejecutan más de diez muestreos simultáneos, lo cual significa que todos los intercambiadores se han colgado. El DNS^[8] también se ha vuelto loco... tal vez alguien infectó la transferencia de zona ayer noche. Oh, y hay un componente de correo y mensajería que envía mensajes simulando remitentes reales a todos los contactos en las agendas de direcciones, vomitando secuencias de diálogo Eliza que manipulan los mensajes instantáneos y de correo descargados para colar troyanos.

—Jesús.

—Sí.

Van era un admindesis del tipo dos: más de un metro ochenta de estatura, con una larga cola de caballo y prominente nuez. Sobre su esquelético pecho a lo parrilla tostadora, se leía en su camiseta: ELIGE ARMAS, y mostraba una hilera de dados poliédricos de juego de rol.

Felix era un admindesis del tipo uno, con un flotador de grasa extra de unos treinta o cuarenta kilos alrededor de la barriga y una aseada pero espesa barba que cubría su papada. En su camiseta se leía HOLA CTHULHU, y mostraba un Cthulhu muy cuco y sin boca en versión Hello-Kitty. Se conocían desde hacía quince años; coincidieron en Usenet, después en las sesiones cerveceras de f2f de Toronto Freenet, en una o dos convenciones de Star Trek y finalmente Felix contrató a Van para trabajar a sus órdenes en Ardent. Van era metódico y de confianza. Experto ingeniero eléctrico, guardaba una procesión de libretas de espiral llenas con los detalles de cada paso que hubiera dado en alguna ocasión, con la hora y la fecha.

—Ni siquiera es un EPETYS en esta ocasión —dijo Van. Existe Problema Entre Teclado Y Silla. Los troyanos del correo electrónico pertenecían a esa categoría... si la gente fuera lo suficientemente lista para no abrir adjuntos sospechosos, los troyanos del correo serían ya algo del pasado. Pero los gusanos que devoraban routers Cisco no eran un problema de los lusers^[9]... era un fallo de ingenieros incompetentes.

—No, es un fallo de Microsoft —dijo Felix—. Siempre que estoy trabajando a las 2 de la madrugada, es o bien un EPETYS o un Microhoff.

Terminaron por desconectar los putos routers de la red. No Felix, por supuesto, aunque se moría por hacerlo y reiniciarlos tras cerrar sus interfaces IPv6. Lo hicieron un par de BOFHs^[10] machos alfa que tenían que girar dos llaves al mismo tiempo para acceder a su jaula... como los guardas de un silo nuclear de misiles Minuteman. El noventa y cinco por ciento del tráfico a larga distancia en Canadá pasaba por este edificio. Tenía *más* seguridad que la mayoría de los silos nucleares de Minuteman.

Felix y Van volvieron a conectar los ordenadores Ardent a la red de uno en uno. Estaban siendo machacados por gusanos... conectar de nuevo los routers a la red sólo exponía al ataque a las jaulas en downstream. Todos los equipos conectados a Internet estaban inundados de gusanos, o creaban ataques de gusanos, o ambas cosas. Felix logró conectar con NIST^[11] y Bugtraq^[12] tras unos cien timeouts y tras descargar un parche del núcleo para reducir la sobrecarga que producían los gusanos en los equipos a su cargo. Eran las 10 de la mañana y estaba lo suficientemente hambriento como para comerse el culo de un oso muerto, pero compiló sus kernels y puso las máquinas de nuevo en funcionamiento. Los largos dedos de Van volaban sobre el teclado de administración, su lengua sobresalía mientras ejecutaba estadísticas de sobrecarga en cada una de ellas.

—Y pensar que tuve al Greedo doscientos días operativo, sin caerse —dijo Van. Greedo era el servidor más viejo del rack, desde los tiempos en que bautizaban sus equipos con personajes de la Guerra de las Galaxias. Ahora todos se llamaban como los Pitufos, y ya se les estaban acabando los nombres de Pitufos y habían comenzado con los personajes de McDonaldland, empezando por el portátil de Van, Mayor McCheese.

—Greedo volverá a renacer —dijo Felix—. Tengo un 486 en la planta de abajo que lleva más de cinco años operativo. Me va a partir el corazón reiniciarlo.

—¿Para qué mierda utilizas un 486?

—Para nada. Pero ¿quién es el guapo que apaga una máquina que lleva cinco años operativa? Es como hacerle la eutanasia a tu propia abuela.

—Quiero papear —dijo Van.

—Haremos una cosa —dijo Felix—. Arreglaremos tu equipo, luego el mío, luego te llevaré al Lakeview Lunch para desayunar unas pizzas y puedes cogerte el resto del día libre.

—Hecho —dijo Van—. Tío, eres demasiado bueno con nosotros los esclavos. Deberías tenernos encerrados en un pozo y azotarnos como hacen los otros jefes. Es lo único que nos merecemos.

—Es tu teléfono —dijo Van.

Felix emergió de las vísceras del 486, que se había negado incluso a encenderse. Había mendigado un generador de potencia de unos tipos dedicados a una operación de spam y estaba intentando instalarlo. Dejó que Van le pasara el teléfono, que se le había caído del cinturón mientras se retorció para llegar a la parte trasera del equipo.

—Eh, Kel —dijo. Se oía un extraño ruido de viento soplando en el fondo. ¿Estática, quizás?, ¿2.0 chapoteando en el baño?—. ¿Kelly?

La línea se cortó. Intentó llamar de nuevo, pero no se escuchaba nada... ni señal de llamada ni buzón de voz. Su teléfono finalmente apuró el tiempo límite de espera e informó de ERROR DE RED.

—Maldita sea —dijo en voz baja.

Se enganchó el teléfono al cinturón. Kelly probablemente quería saber cuando iba a regresar a casa, o encargarle que recogiera algo de camino. Le dejaría un mensaje en el buzón.

Estaba comprobando el generador cuando su teléfono volvió a sonar. Lo agarró rápidamente y contestó.

—Kelly, eh, ¿qué ocurre?

Se esforzó por borrar cualquier rastro de irritación en su voz. Se sentía culpable: técnicamente hablando, ya había cumplido sus obligaciones con Ardent Financial LLC en cuanto los servidores volvieron a estar conectados. Las últimas tres horas las había dedicado a asuntos puramente personales... aunque tuviera la intención de

cobrárselas a la empresa.

Se escuchó un sollozo en la línea telefónica.

—¿Kelly? —sintió que la sangre abandonaba su rostro y que los dedos de los pies se le ponían rígidos.

—Felix —dijo ella, aunque apenas se le podía entender por el llanto—. Está muerto, oh, Jesús, está muerto.

—¿Quién? ¿Quién Kelly?

—Will —respondió ella.

¿Will?, pensó él. ¿Quién diablos es...? Se derrumbó sobre las rodillas. William era el nombre que habían escrito en el certificado de nacimiento, aunque le llamaban todo el tiempo 2.0. Felix dejó escapar un alarido angustiado, como un ladrido enfermizo.

—Me encuentro mal —dijo ella—, ya no puedo aguantar más. Oh, Felix. Te quiero tanto...

—¿Kelly? ¿Qué está ocurriendo?

—Todo el mundo, todo el mundo... —dijo ella—. Sólo quedan dos canales en la tele. Dios mío, Felix, parece el amanecer de los muertos ahí fuera... —escuchó un ataque de arcadas. La línea comenzó a fallar, retardando los ruidos de vómito como un echoplex.

—Quédate ahí, Kelly —gritó cuando la línea se cortó.

Marcó el 911, pero el teléfono volvió a informar de ERROR DE RED en cuanto le dio a ENVIAR.

Cogió el Mayor McCheese de Van, lo enchufó al cable de red del 486, abrió el Firefox desde la línea de comandos y buscó en Google la página de la Policía Metropolitana. Rápidamente, pero sin perder la calma, buscó la solicitud de contacto en línea. Felix no perdía la cabeza, nunca. Él resolvía problemas, y perder el control no resolvía los problemas. Localizó una solicitud y escribió los detalles de su conversación con Kelly como si estuviera rellenando un informe de error, sus dedos tecleaban rápido, su descripción era completa, y luego le dio a ENVIAR.

Van lo había leído por encima de su hombro.

—Felix... —comenzó a decir.

—Dios —dijo Felix.

Estaba sentado en el suelo de la jaula y se incorporó lentamente. Van cogió el portátil e intentó acceder a otras páginas, pero en todas se agotaba el tiempo de espera. Era imposible saber si se debía a algo terrible que estaba sucediendo o porque la red renqueaba bajo el peso del supergusano.

—Necesito volver a casa —dijo Felix.

—Te llevaré en coche —dijo Van—. Así puedes seguir intentando telefonar a tu esposa.

Se dirigieron a los ascensores. Una de las pocas ventanas del edificio estaba allí, un grueso ojo de buey con pantalla protectora. Echaron un vistazo por él mientras

esperaban el ascensor. No había mucho tráfico para ser miércoles. ¿Había más coches policía de lo habitual?

—*Oh, Dios mío...* —señaló Van.

La Torre CN, una gigantesca y blanca aguja de elefante se cernía por el este. Estaba torcida, como una rama clavada en arena mojada. ¿Se estaba moviendo? Sí, se movía. Estaba derrumbándose, lentamente al principio, pero iba ganando velocidad y caía al noreste, hacia el distrito financiero. En un segundo, se inclinó más allá del ángulo de caída y se derrumbó. Sintieron el golpe, luego lo escucharon mientras todo el edificio vibraba por el impacto. Se levantó una nube de polvo desde la zona siniestrada, y se escuchó más estruendo mientras la estructura independiente más alta del mundo se desplomaba sobre un edificio tras otro.

—El Centro de Retransmisiones está cayendo —dijo Van.

Era... el impresionante edificio de la CBC, que se derrumbaba a cámara lenta. La gente corría en todas direcciones y era aplastada por los cascotes que se desprendían. Visto a través del ojo de buey, era como contemplar una virguería de imágenes generadas por ordenador descargadas de una página de intercambio de archivos.

Los admindesis se apiñaban a su alrededor en esos momentos, empujándose para poder verla destrucción.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó uno de ellos.

—La Torre CN ha caído —dijo Felix.

Él mismo se escuchó como si estuviera muy lejos.

—¿Ha sido el virus?

—¿El gusano? ¿Qué? —Felix se centró en el tipo que había hablado, que era un joven admin con sólo una incipiente barriga del tipo dos.

—No me refiero al gusano —dijo el tipo—. Recibí un correo informando de que toda la ciudad está en cuarentena por una alerta de virus. Un arma biológica, dicen.

Ofreció a Felix su Blackberry. Este estaba tan absorbido con el informe, supuestamente emitido por el Ministerio de Salud canadiense, que ni siquiera se dio cuenta de que todas las luces se habían apagado. Cuando finalmente fue consciente, devolvió la Blackberry a su propietario y dejó escapar un pequeño sollozo.

Los generadores se activaron un minuto más tarde. Los admindesis salieron en estampida hacia las escaleras. Felix agarró a Van por el brazo y le atrajo hacia sí.

—Quizás deberíamos esperar en la jaula a que pase todo —dijo.

—¿Y que pasa con Kelly? —dijo Van.

Felix sintió ganas de vomitar.

—Deberíamos entrar en la jaula, ahora —la jaula tenía filtro de micropartículas para el aire.

Corrieron escaleras arriba hacia la gran jaula. Felix abrió la puerta y luego dejó que se cerrara con un siseo a sus espaldas.

—Felix, debes ir a casa...

—Es un arma biológica —dijo Felix—. Un Supergusano. Estaremos bien aquí,

creo, mientras los filtros aguanten.

—¿Qué?

—Conéctate al IRC —dijo él.

Así hicieron. Van tenía al Mayor McCheese y Felix a Pitufina. Saltaron de un canal de chat a otro hasta que encontraron uno con algunos alias conocidos.

>el pentágono ha caído/ la casa blanca también

>MIS VECINOS ESTÁN VOMITANDO SANGRE POR EL BALCÓN EN SAN DIEGO

>Alguien ha derribado el Gherkin. Los banqueros están huyendo de la City como ratas.

>He oído que el Ginza está en llamas.

Felix tecleó: Estoy en Toronto. Acábamos de ver caer la Torre CN. He oído informaciones sobre armas biológicas, algo que actúa muy rápido.

Van leyó esto y dijo:

—No sabemos lo rápido que es, Felix. Quizás llevamos todos expuestos desde hace tres días.

Felix cerró los ojos.

—Si eso fuera así ya habríamos notado algún síntoma, creo.

> Parece que un ataque de pulso electromagnético ha apagado Hong Kong y quizás París: las imágenes a tiempo real los muestran totalmente a oscuras, y no responde ningún bloque de red allí.

> ¿Estás en Toronto?

Era un alias desconocido.

> Sí, en Front Street

> Mi hermana está en la Universidad de Toronto y no puedo contactar con ella, ¿podrías llamarla?

> No hay servicio telefónico

Felix tecleó, observando el aviso de ERROR DE RED.

—Tengo un teléfono virtual en Mayor McCheese —dijo Van lanzando su aplicación de voz sobre IP—. Acabo de recordarlo.

Felix le quitó el portátil y tecleó el número de su casa. Sonó una llamada, y luego se escuchó un sonido monótono y estridente, como la sirena de una ambulancia en una película italiana.

> No hay servicio telefónico

Felix volvió a teclear.

Miró a Van y vio que sus huesudos hombros temblaban.

—La hostia puta. El mundo se acaba.

Felix se desconectó del IRC una hora más tarde. Atlanta se había incendiado. Manhattan estaba ardiendo, y con los niveles de radiactividad tan altos que las webcams del Lincoln Plaza habían dejado de funcionar. Todo el mundo culpaba al Islam hasta que se confirmó que la Meca era un pozo humeante y que la realeza saudí

había sido ahorcada frente a sus palacios.

Sus manos temblaban y Van sollozaba en voz baja en la esquina más alejada de la jaula. Intentó llamar a casa de nuevo, y luego a la policía. No fue mejor que las últimas veinte veces.

Entró en su equipo en la planta de abajo y se descargó el correo. Spam, spam, spam y más spam. Mensajes automatizados. Ahí estaba: un mensaje urgente del sistema de detección de intrusos en la jaula de Ardent.

Lo abrió y lo leyó rápidamente. Alguien estaba sondeando toscamente sus routers. No coincidía con una firma de gusano. Rastreó la ruta y descubrió que el ataque se había originado en el mismo edificio en el que se encontraba, un sistema en una jaula un piso más abajo.

Tenía procedimientos para estos casos. Escaneó el puerto del atacante y averiguó que el puerto 1337 estaba abierto... 1337 era «leet» o «élite» en el código de sustitución de números por letras de los hackers. Era el tipo de puerto que un gusano dejaba abierto para entrar y salir.

Buscó en Google exploits conocidos que dejaran un listener en el puerto 1337, afinó la búsqueda basándose en el sistema operativo detectado del servidor comprometido, y entonces ya lo tuvo.

Era un gusano antiguo contra el que cualquier equipo debería haber sido parcheado hace años. No importaba. Tenía el cliente para él, y lo usó para crearse un usuario raíz en el equipo, con el que luego ingresó y echó un vistazo.

Había otro usuario conectado, «asustadito»; comprobó el monitor de procesos y vio que asustadito había cargado y ejecutado los cientos de procesos que le estaban sondeando a él y a una gran cantidad de otros equipos.

Abrió un chat:

> Deja de sondear mi servidor

Esperaba chulería, culpa, negación. Se quedó sorprendido.

> ¿Estás en el centro de datos de Front Street?

> Sí

> Jesús, pensé que era el único que quedaba vivo. Estoy en la cuarta planta. Creo que hay un ataque de arma biológica en el exterior. No quiero abandonar la sala de aire limpio.

Felix expulsó el aire de golpe.

> ¿Estabas sondeándome para que te rastrease?

> Sí

> Muy ingenioso

Astuto cabrón.

> Estoy en la sexta planta, hay otra persona conmigo.

> ¿Qué información tienes?

Felix copipasteó su registro del IRC y esperó mientras el otro tipo digería la información. Van se puso en pie y avanzó unos pasos. Tenía los ojos empañados.

—¿Van? ¿Colega?

—Necesito mear —dijo.

—No abras la puerta —dijo Felix—. Hay una botella vacía de Mountain Dew allí en la papelera.

—De acuerdo —dijo Van.

Se dirigió como un zombi a la papelera y sacó la botella vacía. Se dio la vuelta.

> Soy Felix

> Will

El estómago de Felix dio una lenta voltereta al pensar en 2.0.

—Felix, creo que necesito salir —dijo Van, que ya se dirigía hacia la puerta presurizada. Felix soltó su teclado, se levantó tan rápido como pudo y corrió precipitadamente hacia Van, abalanzándose sobre él antes de que llegara a la puerta.

—Van —dijo mirando a los ojos vidriosos y desenfocados de su amigo—. Mírame, Van.

—Necesito irme —dijo Van—. Necesito ir a casa y ponerles comida a los gatos.

—Hay algo ahí fuera, algo que actúa rápidamente y que es letal. Quizás se lo lleve el viento. Quizás ya ha desaparecido. Pero vamos a quedarnos aquí sentados hasta que estemos seguros o hasta que no tengamos otra elección. Siéntate, Van. Siéntate.

—Tengo frío, Felix.

Hacía un frío espantoso. Los brazos de Felix tenían la piel de gallina y sus pies eran como dos bloques de hielo.

—Apóyate en los servidores, junto a los ventiladores. Caliéntate con el aire del tubo de salida. Encontró una patilla y se acurrucó contra ella.

> ¿Estás ahí?

> Todavía aquí, organizando la logística.

> ¿Cuánto tiempo hasta que podamos salir?

> Ni idea.

Ninguno tecleó nada durante bastante rato.

Felix tuvo que usar la botella de Mountain Dew en dos ocasiones. Luego Van la volvió a usar. Felix intentó llamar a Kelly de nuevo.

La página de la Policía Metropolitana estaba caída.

Finalmente, se dejó caer deslizándose la espalda contra los servidores, se rodeó las rodillas con los brazos y lloró como un bebé.

Un minuto más tarde, Van se acercó a él y se sentó a su lado, rodeando con el brazo los hombros de Felix.

—Están muertos, Van —dijo Felix—. Kelly y mi hij... hijito. Mi familia ha

desaparecido.

—No lo sabes con total seguridad —dijo Van.

—Con la suficiente —dijo Felix—. Dios mío, todo ha terminado, ¿verdad?

—Nos quedaremos aquí encerrados durante unas cuantas horas más y luego saldremos. La situación debería normalizarse pronto. El servicio de bomberos lo solucionará. Movilizarán al ejército. Todo irá bien.

A Felix le dolían las costillas. No había llorado desde... desde que 2.0 nació. Se abrazó a sus rodillas con más fuerza.

Entonces, las puertas se abrieron.

Los dos admindesis que entraron les miraban con ojos desorbitados. Uno llevaba una camiseta en la que se leía HÁBLAME EN NERDY^[13] y el otro una camiseta de Electronic Frontiers Canada.

—Vamos —dijo HÁBLAME NERDY—. Nos estamos reuniendo todos en la última planta. Subid por las escaleras.

Felix se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración.

—Si hay un agente biológico en el edificio, ya estamos todos infectados —dijo HÁBLAME NERDY—. Simplemente subid, nos encontraremos allí.

—Hay uno en la cuarta planta —dijo Felix mientras se ponía en pie.

—Will, sí, lo tenemos. Está ya arriba.

HÁBLAME NERDY era uno de los Infames Operadores del Infierno o BOF Hs que habían desconectado los grandes routers. Felix y Van subieron las escaleras lentamente, sus pasos retumbaban en el hueco desierto de la escalera. Tras el gélido aire de la jaula, la escalera parecía una sauna.

Había una cafetería en la última planta, con lavabos en funcionamiento y máquinas expendedoras de agua, café y comida. Había una inquieta cola de admindesis delante de cada una de ellas. Nadie miraba a los ojos de nadie. Felix se preguntó quién sería Will y luego se unió a la cola frente a la máquina expendedora de comida.

Compró un par más de barritas energéticas y una taza gigantesca de café a la vainilla antes de quedarse sin cambio. Van había reservado espacio en una mesa y Felix dejó sus cosas frente a él y se puso en la cola de los lavabos.

—Sólo guárdame un poco para mí —dijo, lanzando una barrita energética a Van. Para cuando se hubieron instalado, evacuado y comido, HÁBLAME NERDY y su amigo ya habían regresado. Apartaron la caja registradora que estaba situada al final de la encimera de comida preparada y HÁBLAME NERDY se subió encima. Poco a poco las conversaciones se fueron apagando.

—Soy Uri Popovich y este es Diego Rosenbaum. Gracias a todos por venir. Esto es lo que sabemos con seguridad: el edificio lleva tres horas funcionando con los generadores. La observación visual indica que somos el único edificio en el centro de Toronto con electricidad... la cual debería durar unos tres días más. Hay un agente biológico de origen desconocido que está flotando al otro lado de nuestras puertas.

Mata rápidamente, en horas, y se propaga por el aire. Se contagia respirando aire contaminado. Nadie ha abierto las puertas exteriores de este edificio desde las cinco de esta mañana. Nadie abrirá las puertas hasta que yo dé luz verde.

»Los ataques en las principales ciudades de todo el mundo han dejado a los servicios de emergencia sumidos en un caos. Los ataques son electrónicos, biológicos, nucleares y con explosivos convencionales, y se hallan muy extendidos. Soy ingeniero de seguridad y en el lugar de donde vengo, los ataques así combinados con frecuencia son ataques oportunistas: el grupo B vuela un puente porque todos están ocupados con un desagradable incidente nuclear provocado por el grupo A. Es ingenioso. Una célula de Aum Shinrikyo en Seúl ha liberado gas en el metro sobre las 2 A.M. hora Asiática... Ése es el incidente más temprano que hemos podido localizar, así que quizás fue ese el Archiduque^[14] que colmó el vaso. Sin embargo, estamos bastante seguros de que los Aum Shinrikyo no están tras esta clase de atentado: no tienen historial de ataques informáticos y nunca han mostrado el tipo de perspicacia organizativa necesaria para alcanzar tantos objetivos simultáneamente. Básicamente, no son lo suficientemente astutos.

»Vamos a quedarnos encerrados aquí en el futuro inmediato, al menos hasta que el arma biológica haya sido identificada y dispersada. Vamos a ocuparnos de los equipos y mantener las redes en funcionamiento. Se trata de infraestructura fundamental, y nuestro deber es asegurarnos de que lleguen a los cinco nueves de tiempo de uso. En situaciones de emergencia nacional, nuestra responsabilidad se duplica.

Un admindesis levantó la mano. Llevaba un look muy atrevido con una camiseta verde del Increíble Hulk, y estaba en el tramo de edad más joven.

—¿Quién ha muerto y te ha coronado rey?

—Tengo los controles del principal sistema de seguridad, llaves de todas las jaulas y contraseñas de todas las puertas exteriores... a propósito, ahora están todas cerradas. Soy el que ha convocado a todos aquí y el que ha organizado la asamblea. No me importa si otro quiere hacer este trabajo, realmente es una mierda. Pero alguien debe hacerlo.

—Tienes razón —dijo el chaval—. Y yo puedo hacerlo tan bien como tú. Mi nombre es Will Sario.

Popovich miró al chico por debajo de su nariz.

—Bueno, si me dejas terminar de explicar todo, quizás te pase los poderes en cuanto acabe.

—Acaba rápido, entonces.

Sario le dio la espalda y se acercó a la ventana. Se quedó mirando fijamente el exterior. La mirada de Felix se dirigió también al exterior y vio varias columnas de humo espeso elevándose por encima de la ciudad. El ímpetu inicial de Popovich se había roto.

—Así que eso es lo que vamos a hacer —dijo.

El chico miró a su alrededor tras un prolongado silencio.

—Oh, ¿es ya mi turno?

Hubo un rumor de risillas bien intencionadas.

—Esto es lo que yo pienso: el mundo se está yendo a la mierda. Hay ataques coordinados contra cualquier elemento infraestructural de importancia. Sólo hay una forma de que estos ataques puedan estar tan bien coordinados: a través de Internet. Incluso si aceptáis la tesis de que todos los ataques son oportunistas, debemos preguntarnos cómo es posible que un ataque oportunista pueda ser organizado en cuestión de minutos: Internet.

—¿Entonces crees que deberíamos chapar Internet? —Popovich se rió, pero se calló cuando Sario no dijo nada.

—Ayer noche fuimos testigos de un ataque que casi se carga Internet. Un simple DoS^[15] en los routers principales, un pequeño ataque sobre los servidores raíz de DNS, y se lo follaron como a la hija de un predicador. Los polis y los militares son un panda de lusers tecnófobos, no se fían ni un pelo de la red. Si desconectamos Internet, mermaremos enormemente a los atacantes, mientras que tan sólo supondrá un inconveniente para los defensores. Llegado el momento, podremos reconstruirlo.

—Me estás tomando el pelo —dijo Popovich. Su mandíbula literalmente colgaba de par en par.

—Tiene lógica —dijo Sario—. A mucha gente no le gusta lidiar con la lógica cuando se necesitan tomar decisiones difíciles. Pero eso es un problema de la gente, no de la lógica.

Se escuchó un murmullo que rápidamente se transformó en un bramido.

—¡Callad! —aulló Popovich.

La conversación disminuyó un decibelio. Popovich volvió a gritar, dando una fuerte patada en la encimera. Finalmente pareció recuperarse cierto orden.

—De uno en uno —dijo. Tenía el rostro encendido y las manos en los bolsillos.

Un admindesis propuso quedarse. Otro propuso irse. Deberían esconderse en sus jaulas. Deberían hacer un inventario de los suministros y designar un intendente. Deberían salir y buscar a la policía, u organizar un hospital. Deberían elegir guardianes para mantener seguras las puertas de la entrada principal.

Felix fue consciente entonces de que su mano estaba levantada. Popovich le dio la palabra.

—Mi nombre es Felix Tremont —dijo, mientras se subía a una de las mesas y sacaba su PDA—. Quiero leeros algo:

«Gobiernos del Mundo Industrializado, hastiados gigantes de carne y acero, vengo del Ciberespacio, el nuevo hogar de la Mente. En nombre del futuro, os pido a vosotros del pasado que nos dejéis en paz. No sois bienvenidos. No tenéis ningún poder donde nos encontramos.

»No tenemos ningún gobierno electo, ni es probable que lo vayamos a tener, así que me dirijo a vosotros sólo con la autoridad que la propia libertad me otorga.

Declaro el espacio social global que estamos construyendo independiente de las tiranías que ansiáis imponernos. No tenéis derecho moral a gobernarnos ni poseéis métodos de coerción que realmente nos asusten.

»Los gobiernos reciben sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. Vosotros no nos lo habéis pedido y tampoco lo habéis recibido. No os hemos invitado. No nos conocéis, ni conocéis nuestro mundo. El ciberespacio no está dentro de vuestras fronteras. No penséis que podéis construirlo como si fuera un proyecto de obra pública. No podéis. Es un fenómeno natural y se retroalimenta a través de nuestras acciones colectivas.

»Eso es un fragmento de la Declaración de Independencia del Ciberespacio. Fue escrito hace doce años. Pensé que era una de las cosas más hermosas que jamás hubiera leído. Quería que mi hijo creciera en un mundo donde el ciberespacio fuera libre... y donde esa libertad contagiara al mundo real, para que el carnespacio también fuera más libre.

Tragó saliva con fuerza y se frotó los ojos con el dorso de la mano. Van, con expresión incómoda, le daba golpecitos en el pie.

—Mi hermoso hijo y mi hermosa esposa han muerto hoy. Y otros muchos millones. La ciudad está literalmente en llamas. Ciudades enteras han desaparecido del mapa.

Escupió un sollozo y volvió a tragar saliva.

—Por todo el mundo, gente como nosotros está reunida en edificios como este. Estaban intentando recuperarse del gusano de ayer noche cuando ocurrió el desastre. Tenemos suministro autónomo de energía. Comida. Agua.

»Tenemos la red, que los chicos malos usan tan bien y que los chicos buenos desconocen por completo.

»Tenemos un amor compartido por la libertad, que procede de nuestra preocupación por y para la red. Estamos a cargo de la herramienta organizativa y gubernamental más importante que el mundo jamás haya tenido. Somos lo más parecido a un gobierno que haya sobrevivido. Ginebra es un cráter. El East River está en llamas y la ONU ha sido evacuada.

»La República Distribuida del Ciberespacio ha sobrevivido a esta tormenta prácticamente intacta. Somos los guardianes de una inmortal, monstruosa y maravillosa máquina con el poder de reconstruir un mundo mejor.

»No me queda ninguna otra razón para vivir más que ésa.

Van tenía lágrimas en los ojos. No era el único. No le aplaudieron, pero hicieron algo mejor. Guardaron un absoluto y respetuoso silencio durante segundos que se prolongaron hasta un minuto.

—¿Cómo lo hacemos? —dijo Popovich, sin el más mínimo atisbo de sarcasmo.

Los grupos de noticias se estaban llenando rápidamente. Los habían anunciado en

news.admin.net-abuse.email, frecuentado por todos los combatientes de spam y donde existía una férrea cultura de camaradería frente a ataques globales.

El nuevo grupo era alt.november5-disaster.recovery, con los subgrupos .recovery.governance, .recovery.finance, .recoverylogistics y .recovery.defense. Bendita sea la ambigua Jerarquía alt.^[16] y todos aquellos que navegan por ella.

Los admindesis salieron de sus madrigueras. El Googleplex^[17] estaba en línea, con la incondicional Queen Kong mangoneando a un grupo de enanos con monopatinos que se deslizaban a través del gigantesco centro de datos reemplazando equipos muertos y apretando botones de reinicio. El Internet Archive estaba desconectado en Presidio, pero el mirror en Ámsterdam seguía en pie y había redireccionado el DNS de forma que apenas se notaba la diferencia. Amazon estaba caído. Paypal funcionaba. Blogger, TypePad y LiveJournal funcionaban, y recibían millones de mensajes de supervivientes asustados acurrucándose juntos al calor electrónico.

Las galerías de fotos del Flickr eran horribles. Felix tuvo que cancelar su suscripción después de toparse con una foto de una mujer y un bebé, muertos en la cocina, retorcidos en un agonizante jeroglífico dejado por el agente biológico. No se parecían a Kelly ni a 2.0, pero no era necesario. Comenzó a temblar y no pudo parar.

La Wikipedia funcionaba, pero renqueaba sobrecargada. El spam entraba a chorros, como si nada hubiera cambiado. Los gusanos deambulaban por la red. Era en .recovery.logistics donde la mayor parte de la acción estaba teniendo lugar.

Podemos usar el mecanismo de votación de los grupos de noticias para celebrar elecciones regionales

Felix sabía que esto funcionaría. Los votos de los grupos de noticias en Usenet habían estado funcionando más de veinte años sin una sola complicación importante.

> Elegiremos a los representantes regionales y ellos elegirán a un Primer Ministro.

Los norteamericanos insistieron en un Presidente, lo cual no le gustaba a Felix. Le parecía demasiado partidista. Su futuro no sería el futuro norteamericano. El futuro norteamericano se había esfumado junto a la Casa Blanca. Él estaba construyendo una choza más grande que todo eso.

Había admindesis franceses conectados desde France Telecom. El centro de datos del EBU^[18] se había librado de los ataques que habían golpeado a Ginebra, y estaba lleno de irónicos alemanes cuyo inglés era mejor que el de Felix. Se llevaban bien con lo que quedaba del equipo de la BBC en Canary Wharf.

Hablaban un inglés políglota en .recovery.logistics, y Felix iba ganando fuerza. Algunos de los admins se dedicaban a enfriar las inevitables y estúpidas guerras de flames” con la practica de muchos años. Algunos contribuían con propuestas útiles. Sorprendentemente pocos pensaban que Felix se hubiera vuelto majara.

> Creo que deberíamos celebrar elecciones lo antes posible. Mañana a más tardar. No podemos gobernar con justicia sin el consentimiento de los gobernados.

En pocos segundos la respuesta aterrizó en su bandeja de entrada.

> Debes de estar de broma. ¿Consentimiento de los gobernados? A menos que esté totalmente equivocada, la mayoría de las personas a las que propones gobernar están vomitando sus vísceras, escondidas bajo escritorios, o vagando con neurosis de guerra por las calles de la ciudad. ¿Cuándo van a conseguir votar?

Felix tuvo que reconocer que tenía parte de razón. Queen Kong era lista. No había muchas mujeres admindesis, lo cual era una verdadera tragedia. Las mujeres como Queen Kong eran demasiado buenas para ser excluidas del sector. Debería hackear una solución para equilibrar el número de mujeres en su nuevo gobierno. ¿Imponer a cada región que elijan a una mujer y a un hombre? Felix parloteaba animadamente exponiendo sus argumentos con ella. Las elecciones serían al día siguiente; él se encargaría de que así fuera.

—¿El Primer Ministro del Ciberespacio? ¿Por qué no te haces llamar el Gran Poobah^[20] de la Red de Datos Global? Es más digno, suena más chulo y te servirá para lo mismo —comentó Will, que se había instalado para dormir junto a él, en la cafetería, con Van al otro lado.

La habitación olía como una porqueriza: veinticinco admindesis que no se habían lavado al menos en un día, todos apiñados en la misma habitación. Para algunos de ellos había pasado bastante más de un día.

—Cállate, Will —dijo Van—. Tú proponías cargarte Internet.

—Corrección: Yo *quiero* cargarme Internet. Tiempo presente.

Uno de los ojos de Felix se cerró en un guiño nervioso. Estaba tan cansado que era como levantar pesas.

—Mira, Sario... si no te gusta mi plataforma, propón tú una. Hay mucha gente que cree que no digo más que gilipolleces, y los respeto por eso, porque todos ellos compiten contra mí o apoyan a alguien que lo hace. Es tu elección. Lo que no está incluido en el menú son gruñidos y quejas. Hora de dormir, o levántate y presenta tu plataforma.

Sario se incorporó lentamente, desenrollando la chaqueta que le había servido de almohada y poniéndosela.

—Que os jodan, tíos, me voy de aquí.

—Pensé que nunca lo haría —dijo Felix, y se giró; pero permaneció despierto mucho rato, dándole vueltas al terna de las elecciones.

Otros también se presentaban. Algunos de ellos no eran ni tan siquiera admindesis. Un senador de los Estados Unidos refugiado en su residencia de verano en Wyoming tenía un generador de electricidad y conexión telefónica vía satélite. De

alguna forma se las apañó para encontrar el grupo de noticias correcto y lanzó su sombrero al ring. Unos hackers anarquistas en Italia bombardearon el grupo durante toda la noche, enviando escritos en un inglés inconexo sobre la bancarrota política de la «gobernanza» del nuevo mundo. Felix comprobó su bloque de red y llegó a la conclusión de que probablemente estuvieran encerrados en un pequeño instituto de Diseño de Interacción cerca de Turín. Italia había sido duramente golpeada, pero allí, en la pequeña ciudad, esta célula de anarquistas había establecido su base de operaciones.

Un sorprendente número apoyaba una plataforma para cerrar Internet. Felix tenía dudas de que eso fuera ni siquiera posible, pero pensó que entendía la tentación de acabar con el trabajo y el mundo. ¿Por qué no? Todo parecía indicar que hasta el momento el trabajo había consistido en una cascada de desastres, ataques y oportunismo; todo ello contribuía al Götterdämmerung. Un ataque terrorista por aquí, una contraofensiva letal por allá por parte de un gobierno que reacciona excesivamente rápido... No tardarían mucho en cargarse el mundo.

Se quedó dormido pensando en la logística necesaria para cerrar totalmente Internet, y tuvo pesadillas en las que él era el único defensor de la red.

Se despertó escuchando un carraspeo como de papel rompiéndose. Se giró y vio que Van estaba sentado con la chaqueta hecha un ovillo sobre su regazo, rascándose vigorosamente sus flacos brazos. Se habían puesto del color de la carne encurtida y parecían cubiertos de escamas. En el rayo de luz que penetraba por las ventanas de la cafetería, motas de piel flotaban y bailaban en grandes nubes.

—¿Qué estás haciendo? —Felix se incorporó. Al ver las uñas de Van arañándose la piel se le contagió el picor por empatía. Habían pasado ya tres días desde la última vez que se había lavado el pelo y en ocasiones le daba la impresión de que su cuero cabelludo estaba repleto de pequeños bichos que lo horadaban para depositar sus huevos allí. Al colocarse las gafas la noche anterior, se había tocado por detrás de las orejas y sus dedos salieron brillantes de sebo. Le salían espinillas por detrás de las orejas cuando no se duchaba en un par de días, y en ocasiones gigantescos y profundos forúnculos que Kelly finalmente le explotaba con morbosa fruición.

—Rascarme —dijo Van. Comenzó a trabajarse la cabeza, enviando nubes de porquería casposa al aire, para unirse a los pellejos que ya había eliminado de sus extremidades—. Jesús, me pica todo.

Felix agarró a Mayor McCheese de la mochila de Van y lo enchufó en uno de los cables Ethernet que serpenteaban por el suelo. Buscó en Google todo lo que se le ocurrió que pudiera estar relacionado con eso. «Picor» daba 40.600.000 resultados. Intentó búsquedas compuestas y consiguió resultados un poco más ajustados.

—Creo que es un eccema originado por estrés —dijo Felix finalmente.

—No tengo un eccema —dijo Van.

Felix le enseñó unas cuantas fotos escabrosas de piel roja e irritada con escamas blancas.

—Eccema originado por estrés —dijo leyendo el pie de foto.

Van se examinó los brazos.

—Tengo un eccema —dijo.

—Aquí dice que hay que mantenerlo hidratado y tratarlo con pomada de cortisona. Podrías mirar en el botiquín de los lavabos de la segunda planta. Creo que vi algo allí.

Como todos los admindesis, Felix había estado hurgando por las oficinas, baños, cocina y cuartos trasteros, guardándose de paso en la mochila un rollo de papel del váter y tres o cuatro barritas energéticas.

Compartían la comida de la cafetería por acuerdo tácito, y cada admindesis vigilaba al de al lado atento a cualquier indicio de glotonería y saqueo. Todos estaban convencidos de que había saqueo y glotonería cuando nadie miraba, porque todos eran culpables de ello cuando nadie los miraba.

Van se levantó y, cuando su rostro emergió a la luz, Felix pudo ver lo hinchados que estaban sus ojos.

—Preguntaré por la lista de correo si hay antihistamínicos disponibles —dijo Felix.

Se habían creado cuatro listas de correo y tres wikis^[21] para los supervivientes del edificio a las pocas horas de la finalización de la primera reunión, y en los días sucesivos todos se fueron instalando sólo en una. Felix además estaba todavía en una pequeña lista de correo con cinco de sus amigos de mayor confianza, dos de los cuales estaban atrapados en jaulas de otros países. Sospechaba que el resto de los admindesis hacían lo mismo que él.

Van se tropezó al levantarse.

—Suerte con las elecciones —dijo, dando unas palmaditas en el hombro de Felix.

Felix se levantó, dio unos pasos y se paró para mirar por las mugrientas ventanas. El fuego todavía ardía en Toronto, más que antes. Intentó encontrar listas de correo o blogs que los habitantes de Toronto estuvieran enviando, pero los únicos que encontró eran de otros frikis informáticos en otros centros de datos. Era posible, e incluso probable, que hubiera supervivientes allá fuera con otras necesidades más urgentes que publicar mensajes en Internet. El teléfono de su casa aún funcionaba la mitad de las veces, pero Felix había dejado de llamar después del segundo día, cuando al escuchar la voz de Kelly en el buzón de voz por quincuagésima vez se puso a llorar en medio de una reunión de planificación. Él no era el único. Día de elecciones. Hora de enfrentarse a la música.

> ¿Estás nervioso?

> Nop

Felix tecleó.

> No me importa si gano o no, si te digo la verdad. Tan sólo me alegro de que estemos haciendo esto.

La alternativa era quedarnos sentados con los pulgares metidos en el culo, a la espera de rajarnos y abrir la puerta.

El cursor no avanzó. Queen Kong tenía una latencia muy alta mientras controlaba a su banda de Googloides merodeando por Googleplex, haciendo todo lo posible por mantener su centro de datos en línea. Tres de las jaulas en otros países se habían desconectado y dos de sus seis enlaces de red redundantes se habían quemado. Era afortunada, las consultas por segundo se mantenían bajas.

> Aún queda China

Tecleó ella. Queen Kong tenía un enorme panel con un mapa del mundo coloreado que mostraba las consultas por segundo de Google, y podía hacer maravillas con ello, describiendo la evolución de los apagones en el tiempo en coloridas gráficas. Había subido un montón de vídeos que mostraban cómo la plaga y las bombas habían barrido el mundo: primero la oleada inicial de consultas de personas que querían saber lo que estaba ocurriendo, y luego el lúgubre y acelerado descenso a medida que las plagas se extendían.

> China todavía funciona a un noventa por ciento nominal.

Felix sacudió la cabeza.

> No creerás que son responsables
>No

Ella tecleó, pero se detuvo, y después comenzó a teclear algo y luego paró.

> No, por supuesto que no. Creo en la Hipótesis de Popovich. Se trata de una pandilla de gilipollas que se utilizan unos a otros de tapadera. Pero China los ha sofocado más duro y rápido que cualquier otro. Quizás finalmente hemos encontrado una utilidad a los estados totalitarios.

Felix no pudo contenerse. Mecanografió:

> Tienes suerte de que tu jefe no pueda verte tecleando eso. Vosotros mismos participasteis con gran entusiasmo en el Gran Firewall de China.
> No fue idea mía

Tecleó ella.

> Y mi jefe está muerto. Probablemente estén todos muertos. Toda la zona de la Bahía fue duramente golpeada, y luego se produjo el terremoto.

Habían observado el flujo de datos automatizados del USGS^[22] desde el 6.9^[23], que cubría el norte de California desde Gilroy hasta Sebastopol. Algunas Webcams revelaban el alcance de los daños: importantes explosiones de gas, cimientos de

edificios modificados por el seísmo que se desmoronaban como una pila de bloques de juguete tras una buena patada. El Googleplex, que flotaba sobre una serie de gigantescos muelles de acero, había temblado como un plato de gelatina, pero los equipos resistieron y el peor daño que sufrieron fue el ojo profundamente morado de un admindesis que paró con la cara unas tenazas en pleno vuelo.

- > Lo siento. Lo olvidé.
- > No te preocupes. Todos hemos perdido a gente, ¿verdad?
- > Sí. Sí. De todas formas, no estoy preocupado por las elecciones. Gane el que gane, al menos estamos haciendo ALGO
- > No si votan a una de esas putas rastreras^[24]

Putas rastreras era el apodo que al unos admindesis utilizaban para describir al contingente que quería cerrar Internet. Queen Kong lo había acuñado... aparentemente vio la luz como comodín para referirse a los incompetentes directores de Tecnología de Información que Queen Kong había machacado a lo largo de su carrera profesional.

- > No lo harán. Simplemente están cansados y tristes, eso es todo. Con tu apoyo salvaremos el día.

Los Googloides eran uno de los bloques más grandes y poderosos que había sobrevivido, junto al personal del enlace ascendente vía satélite y el resto de personal transoceánico. El apoyo de Queen Kong le llegó por sorpresa y le envió un correo electrónico que ella respondió lacónicamente: «no puedo aceptar que esas putas rastreras tomen el mando».

- > gtg^[25]

Tecléo ella, y luego su conexión se cerró. Felix lanzó el navegador e intentó acceder a google.com. El navegador agotó el tiempo de espera. Recargó de nuevo la página, y luego otra vez, y entonces la página de inicio de Google se abrió. Fuera lo que fuese que hubiera afectado el centro de trabajo de Queen Kong, fallo eléctrico, gusanos, otro terremoto, ella ya lo había solucionado. Resopló cuando vio que habían reemplazado las Oes del logo de Google con pequeños planetas Tierra con nubes en forma de seta saliendo de ellos.

—¿Tienes algo para comer? —le preguntó Van.

Era media tarde, y no es que el tiempo pasara particularmente rápido en el centro de datos. Felix se palpó los bolsillos. Habían designado a un intendente, pero no antes de que todo el mundo hubiera saqueado la comida de las máquinas expendedoras. Tenía una docena de barritas energéticas y algunas manzanas. Había cogido un par de sándwiches, pero previsoramente se los había comido antes de que se pusieran

rancios.

—Me queda una barrita energética —dijo.

Había notado cierta holgura en la cintura de sus pantalones esa mañana y había sonreído levemente. Luego recordó las puyas de Kelly sobre su peso y lloró un poco. Luego se comió dos barritas energéticas, lo cual le dejó con sólo una.

—Oh —dijo Van. Sus mejillas estaban más hundidas que nunca, y tenía los hombros caídos sobre su pecho tipo parrilla.

—Toma —dijo Felix—. Vota a Felix.

Van cogió la barrita energética y luego la puso encima de la mesa.

—De acuerdo, me gustaría devolvértela y decirte: «No, no podría hacerlo», pero estoy la hostia de *hambriento*, así que simplemente la aceptaré y me la comeré, ¿de acuerdo?

—Me parece bien —dijo Felix—. Disfrútala.

—¿Qué tal van las elecciones? —dijo Van, después de lamer el envoltorio hasta dejarlo limpio.

—No lo sé —dijo Felix—. Hace rato que no lo he comprobado.

Unas horas antes ganaba por un pequeño margen. No tener su portátil era una importante desventaja en estos casos. Arriba en las jaulas había una docena o más en su misma situación, los pobres capullos se habían ido de casa de madrugada sin acordarse de pillar algo con conexión WiFi.

—Te van a machacar —dijo Sario, deslizándose a su lado. Se había hecho famoso en el centro por no dormir nunca, por escuchar a hurtadillas y por meterse en broncas en la vida real con el mismo acaloramiento que las guerras de flame en Usenet—. El ganador será alguien que entienda un par de puntos fundamentales —levantó un puño, luego fue disparando los distintos puntos levantando un dedo en cada ocasión—. Punto 1: Los terroristas están usando Internet para destruir el mundo, y necesitamos destruir Internet antes de que eso ocurra. Punto 2: Incluso si estoy equivocado, todo el asunto es una pantomima. Nos quedaremos sin combustible para el generador muy pronto. Punto 3: O si no se nos agota, será porque el viejo mundo regresa y sigue funcionando, y le importará una mierda tu nuevo mundo. Punto 4: Nos vamos a quedar sin comida antes de quedarnos sin mierdas para discutir o razones para no salir fuera. Tenemos la oportunidad de hacer algo para salvar el mundo: podemos cargarnos la red y prescindir de ella como herramienta para los chicos malos. O podemos instalar más tumbonas en la cubierta de tu *Titanic* personal al servicio de unos cuantos dulces ideales sobre un «ciberespacio independiente».

La cuestión era que Sario tenía razón. Se quedarían sin combustible en dos días... el modo ahorro de energía había alargado la vida del generador. Y si se aceptaba su hipótesis de que Internet estaba siendo usado principalmente como herramienta para organizar más caos, cerrarlo sería lo más acertado.

Pero el hijo de Felix y su esposa estaban muertos. No quería reconstruir el viejo mundo. Quería uno nuevo. El viejo mundo no tenía cabida en su futuro. Ya no.

Van se rascó la piel irritada y escamosa. Una nube de caspa y pellejos flotaba en el húmedo y grasiento aire. Sario hizo una mueca mientras lo miraba.

—Es asqueroso. Estamos respirando aire reciclado, ¿sabes? Cualquiera que sea el tipo de lepra que te está carcomiendo, espolvorearla por el suministro de aire resulta bastante antisocial.

—Tú eres la máxima autoridad en el mundo de lo antisocial, Sario —dijo Van—. Vete de aquí o te multi-rebano hasta matarte —dejó de rascarse y dio unas palmaditas a sus multi-tenazas enfundadas como un pistolero.

—Sí, soy un antisocial. Tengo la enfermedad de Asperger y hace cuatro días que no me tomo la medicación. ¿Y cuál es tu puta excusa?

Van se rascó un poco más.

—Lo siento —dijo—. No lo sabía.

Sario rompió a reír.

—Oh, tío, eres la leche. Me apuesto lo que sea a que las tres cuartas partes de esta pandilla son autistas limítrofes. Yo sólo soy un gilipollas. Pero un gilipollas que no tiene miedo de decir la verdad, y eso me hace mejor que tú, capullo.

—Putra rastrera —dijo Felix—, vete a cagar.

Les quedaba menos de un día de combustible cuando Felix fue elegido Primer Ministro del Ciberespacio. El primer conteo se fastidió por culpa de un bot que spameó el proceso de votación y perdieron un día valioso mientras contaban los votos por segunda vez.

Pero para entonces todo parecía todavía más una pantomima. La mitad de los centros de datos se habían quedado a oscuras. Los mapas de tráfico informático de Queen Kong sobre consultas en Google eran cada vez más deprimentes al tiempo que un área mayor del mundo se quedaba a oscuras, aunque ella mantenía una posición líder de nuevas consultas... en su mayoría relacionadas con cuestiones de salud, refugios, condiciones de salubridad y autodefensa.

La sobrecarga de gusanos ralentizó la red. La electricidad se agotaba en muchas viviendas de usuarios de PC, y al quedarse sin suministro eléctrico, sus PCs también se apagaban. Los backbones^[26] estaban aún encendidos y parpadeando, pero los mensajes procedentes de esos centros de datos parecían cada vez más desesperados. Felix no había comido nada durante todo un día, ni tampoco ninguno de la plantilla de una estación terrestre de comunicaciones vía satélite en la cabecera transoceánica.

El agua también se agotaba.

Popovich y Rosenbaum irrumpieron y lo atraparon cuando tan sólo había podido responder algunos mensajes de felicitación y publicar un discurso enlatado de agradecimiento en los grupos de noticias.

—Vamos a abrir las puertas —dijo Popovich. Como todos, había perdido peso y estaba casposo y grasiento. Su olor corporal era como una nube de fetidez procedente

de los contenedores de basura de una lonja de pescado un día caluroso. Felix estaba seguro de que él mismo no olía mejor.

—¿Vas a hacer un reconocimiento? ¿Conseguir más combustible? Podemos aprobar una comisión para ello... gran idea.

Rosenbaum sacudió la cabeza con tristeza.

—Vamos a ir a buscar a nuestras familias. Sea lo que sea que hubiera ahí fuera, ya debe haberse esfumado. O quizás no. De todas formas, no hay ningún futuro aquí dentro.

—¿Y qué hay del mantenimiento de la red? —dijo Felix, aunque ya sabía las respuestas—. ¿Quién mantendrá los routers en funcionamiento?

—Te daremos los passwords de usuario root de todo —dijo Popovich. Sus manos temblaban y sus ojos estaban empañados. Como muchos de los fumadores atrapados en el centro de datos, había pasado el mono a lo largo de la semana. Además, se habían quedado sin productos con cafeína dos días antes. Los fumadores lo estaban pasando fatal.

—¿Y yo simplemente me quedo aquí y mantengo todo conectado?

—Tú y cualquier otro al que todavía le importe.

Felix sabía que había desaprovechado su oportunidad. Las elecciones le habían parecido nobles y valientes, pero en retrospectiva todo fue una excusa para enzarzarse en luchas internas cuando deberían haber estado decidiendo qué hacer. El problema era que no había nada que hacer.

—No puedo obligaros a quedaros —dijo.

—Sí, no puedes —Popovich giró sobre sus talones y salió. Rosenbaum le observó marcharse, luego puso una mano en el hombro de Felix y lo apretó.

—Gracias, Felix. Era un bello sueño. Y aún lo es. Quizás encontremos algo para comer y combustible y volvamos.

Rosenbaum tenía una hermana con la que había estado en contacto por IM durante los primeros días desde que estalló la crisis. Luego ella dejó de responder. Los admindesis estaban divididos entre los que habían tenido oportunidad de despedirse y aquellos que no la habían tenido. Cada uno estaba seguro de que los otros lo llevaban mejor.

Publicaron mensajes al respecto en los grupos de noticias internos... después de todo, seguían siendo unos frikis informáticos y organizaron una pequeña guardia de honor en la planta baja, frikis que los acompañaron a las puertas dobles. Teclearon el código y los cierres de acero subieron, luego el primer par de puertas se abrió. Entraron en el vestíbulo y cerraron las puertas tras de sí. Las puertas principales se abrieron. Estaba muy brillante y soleado ahí fuera, y aparte de lo vacío que se veía, parecía reinar una total normalidad. Desgarradora normalidad.

Los dos dieron un paso vacilante hacia el mundo. Luego otro. Se giraron para despedirse con la mano en alto de las masas congregadas. Luego ambos se agarraron los cuellos y comenzaron a agitarse y retorcerse, enroscándose en el suelo.

—¡Miiiierrrd...! —fue todo lo que Felix logró escupir antes de que ambos se levantaran sacudiéndose el polvo, riéndose con tanta fuerza que se agarraban los costados. Saludaron una vez más y giraron en redondo.

—Tío, esos tipos están enfermos —dijo Van. Se rascó los brazos, que tenían largos y sangrientos arañazos. Tenía la ropa tan llena de caspa que parecía que se la hubieran espolvoreado con azúcar glas.

—Pues a mí me ha parecido muy gracioso —dijo Felix.

—Dios, tengo hambre —dijo Van con tono despreocupado.

—Tienes suerte, tenemos todos los paquetes que podemos comer —dijo Felix.

—Eres demasiado bueno con nosotros los enanos, señor Presidente —dijo Van.

—Primer Ministro —dijo—. Y tú no eres un enano, tú eres el vice Primer Ministro. Te nombro mi cortador de cintas oficial y distribuidor de gigantescos cheques regalo.

Sus dos espíritus los alentaron. Ver a Popovich y Rosenbaum irse alentó al resto. Felix sabía que todos se irían pronto.

Ya había sido decidido involuntariamente por el escaso suministro de combustible, pero, de todas formas, ¿quién quería esperar allí a que se agotase el combustible?

* * *

> me queda la mitad de personal.

Tecleó Queen Kong. De todas formas, Google aguantaba bastante bien, claro está. La carga en los servidores era mucho menor que en los tiempos en los que Google cabía en un puñado de PCs caseros debajo de un escritorio en Stanford.

> nosotros hemos bajado a casi un cuarto de los que éramos.

Respondió Felix. Sólo había pasado un día desde que Popovich y Rosenbaum se habían ido, pero el tráfico en los grupos de noticias había caído casi a cero. Felix y Van no habían tenido mucho tiempo para jugar a la República del Ciberespacio. Habían estado demasiado ocupados aprendiendo el funcionamiento de los sistemas que Popovich les había traspasado, los enormes routers que habían continuado funcionando como el principal enlace de todos los backbones de red en Canadá. Sin embargo, alguien publicaba mensajes en los grupos de noticias de vez en cuando, generalmente para decir adiós. Las antiguas guerras de flama sobre quién iba a ser PM, o si deberían cerrar Internet, o quién cogía demasiada comida... todo había acabado.

Refrescó el grupo de noticias. Había un mensaje típico.

> Procesos erráticos en Solaris

> Oh, hola. Sólo soy un MSCE^[27] de poca monta, pero soy el único despierto aquí y cuatro

DSLAMs^[28] acaban de caerse. Parece que hay algún código cuenta cliente que está intentando calcular cuánto cargar a nuestros clientes y ha generado diez mil hilos y está comiéndose todo el swap^[29]. Tan sólo quiero cargármelo, pero no parece que vaya a ser capaz. ¿Hay alguna invocación mágica para hacer que este maldito equipo weenix^[30] se cargue esta mierda? Quiero decir, no es que ninguno de nuestros clientes vaya a pagarnos por solucionarlo. Se lo preguntaría al tipo que escribió el código, pero está bastante muerto, por lo que hemos podido averiguar.

Refrescó los mensajes. Había una respuesta. Era corta, informada y servicial... justo la clase de respuesta que casi nunca se leía en un grupo de noticias de alto nivel cuando un noob^[31] publicaba una pregunta estúpida. El Apocalipsis había despertado el espíritu de paciente amabilidad en la comunidad mundial de operadores de sistemas.

Van leyó por encima de su hombro.

—Joder, ¿quién lo iba a decir de él?

Volvió a mirar el servicial mensaje.

Era de Will Sario.

Entró en la ventana de su chat.

> sario, pensé que querías cargarte la red, ¿por qué estás ayudando a mscs a arreglar sus equipos?
> “tímida sonrisa” Caramba, señor Primer Ministro, quizás es que no puedo soportar ver un ordenador sufrir a manos de un aficionado.

Cambió al canal que compartía con Queen Kong.

> ¿Cuánto tiempo?
> ¿Sin dormir? Dos días. ¿Hasta que se nos agote el combustible? Tres días. ¿Sin comer? Dos días.
> Vaya. Yo tampoco dormí ayer noche. Andamos un poco cortos de personal por aquí.
> esl^[32]? Me llamo Monica y vivo en pasadena y estoy aburrida de hacer deberes. ¿Te gustaría descargarte mi foto???

Los bots troyanos campaban por todo el IRC últimamente, saltando a cualquier canal que tuviera tráfico. En ocasiones se podía pillar a cinco o seis flirteando entre sí. Era bastante extraño contemplar a un elemento de software malicioso intentando engañar a otro ejemplo de sí mismo para que se descargara un troyano.

Ambos expulsaron al bot del canal simultáneamente. Felix ya tenía la secuencia de comandos para ello. El spam no había disminuido lo más mínimo.

> ¿Cómo es posible que el spam no se haya reducido? La mitad de los centros de datos están apagados.

Queen Kong tardó mucho tiempo antes de volver a teclear. Como hacía de forma automática cuando tenía una alta latencia, recargó la página de inicio de Google. Sin duda, se había caído.

> Sario, ¿tienes comida?
> No echará de menos un par más de comidas, su Excelencia

Van se había vuelto a conectar con Mayor McCheese, pero estaba en el mismo canal.

—Menudo capullo. Aunque se te ve bastante amarillento, tío. Van tampoco tenía muy buen aspecto. Parecía como si se le pudiera derribar con una brisa ligera y su voz sonaba débil y gangosa.

> eh, kong, ¿va todo bien?

> todo va bien, sólo tuve que ir a patear algunos culos

—¿Cómo va el tráfico, Van?

—Ha bajado al veinticinco por ciento desde esta mañana —dijo.

Había un puñado de nodos cuyas conexiones pasaban a través de ellos. Supuestamente la mayoría correspondían a clientes privados o comerciales en lugares donde aún tenían electricidad y los operadores de las compañías telefónicas todavía vivían.

De vez en cuando, Felix pinchaba las conexiones para ver si podía encontrar a alguien que tuviera noticias del resto del mundo. Sin embargo, casi todo era tráfico automatizado: copias de seguridad de red, actualizaciones de estatus. Spam.

Mucho spam.

> El spam aún continúa porque los servicios que detienen el spam están cayendo más rápidamente que los servicios que lo crean. Todo el software antigusanos está centralizado en un par de sitios. El software malicioso está en un millón de ordenadores zombis. Si al menos los lusers tuvieran el sentido común de desenchufar sus PCs caseros antes de palmarla o de huir

> al paso que vamos para la hora de la cena tan sólo estaremos enrutando spam

Van se aclaró la garganta, con un quejido dolorido.

—Sobre ese tema —dijo—, creo que va a ocurrir antes de eso. Felix, no creo que nadie notara la diferencia si nos levantamos y nos vamos de aquí.

Felix lo miró, la piel de Van seguía siendo del color de la ternera encurtida veteada de largas e irritadas costras. Le temblaban los dedos.

—¿Estás bebiendo suficiente agua?

Van asintió.

—Todo el puto día, cada diez segundos. Cualquier cosa para mantener el estómago lleno.

Señaló una botella Pepsi Max llena de agua junto a él.

—Convoquemos una reunión —dijo.

El día D eran un total de cuarenta y tres. Ahora sólo eran quince. Seis respondieron a la convocatoria de reunión simplemente marchándose. Todos sabían sin necesidad de que se lo dijeran de qué iba a tratar la reunión.

—Así que ¿ya está? ¿Vas a dejar que todo se desmorone?

Sario era el único con la suficiente energía para enfadarse lo suficiente. Se iría furioso a la tumba. Las venas del cuello y la frente le sobresalían furiosas. Sus puños se agitaban furiosos. El resto de frikis informáticos lo ignoraron, dirigiendo todos al unísono la vista hacia la reunión; ni un solo ojo quedó puesto en un log de chat o de servicio en espera.

—Sario, debes de estar tomándome el pelo —dijo Felix—. ¡Tú eras el que quería desenchufar la red!

—Yo quería que desapareciera *limpiamente* —gritó—. No quería que se desangrara y se desplomara entre pequeños estertores y vómitos eternos. Quería que fuese un acto de voluntad realizado por la comunidad global de sus cuidadores. Quería que fuera un acto de reafirmación realizado por manos humanas. No una victoria de la entropía y códigos maliciosos y gusanos. A la mierda con eso, es lo que acaba de ocurrir ahí fuera.

Arriba, en la cafetería de la planta superior, había ventanas en toda la estancia, reforzadas, reflectantes y, por defecto, con todas las persianas bajadas. En ese momento Sario corría por la habitación, subiendo las persianas. *¿De dónde cojones saca la energía para correr?*, se preguntó Felix. Él apenas había tenido fuerzas para subir las escaleras hacia la sala de reunión.

Una intensa luz solar inundó el lugar. Hacía un espléndido día soleado allí fuera, pero por toda la vista general del horizonte de Toronto se veían columnas de humo. La Torre TD, un cubo de cristal modernista gigantesco, escupía llamas al cielo.

—La red se está derrumbando, como todo lo demás.

—Escuchad, escuchad. Si dejamos que la red muera lentamente, partes de ella permanecerán en línea durante meses. Quizás años. ¿Y qué contendrá? Software malicioso. Gusanos. Spam. Procesos de sistemas. Transferencias de zona. Las cosas que usamos se deterioran y precisan un mantenimiento constante. Las cosas que abandonamos no son usadas y duran para siempre. Vamos a dejar la red hecha un cenagal lleno de residuos industriales. Esa será nuestra puta herencia... la herencia de todas las teclas que vosotros y yo y cualquier otro hemos golpeado en alguna ocasión. ¿Lo entendéis? Vamos a dejar que muera lentamente como un perro herido, en lugar de dispararle limpiamente en la cabeza.

Van se rascó las mejillas, luego Felix vio que en realidad se estaba secando las lágrimas.

—Sario, no te equivocas, pero tampoco aciertas —dijo Felix—. Dejar que siga renqueando es lo correcto. Todos vamos a estar renqueando durante una larga temporada, y quizás pueda ser de utilidad para alguien. Si hay un paquete que está siendo enrutado de cualquier usuario a otro usuario, en cualquier lugar del mundo, entonces está cumpliendo su función. Si quieres una muerte limpia, puedes hacerlo —añadió—. Soy el PM y así lo decreto. Os voy a dar el root. A todos vosotros.

Se volvió hacia el tablero blanco donde los trabajadores de la cafetería solían apuntar los platos especiales del día. En ese momento estaba cubierto con los restos

de acalorados debates técnicos en los que los admindesis se habían enzarzado a lo largo de los días que sucedieron al gran día.

Limpió un círculo con la manga y comenzó a escribir largos y complicados passwords alfanuméricos salpicados con marcas de puntuación. Felix tenía un don para recordar esa clase de passwords. Dudaba que fuera a servirle de mucho en adelante.

* * *

- > Nos vamos, kong. De todas formas ya no queda casi combustible
- > sí, bueno, está bien entonces. Ha sido un honor, señor primer ministro
- > ¿estarás bien?
- > he reclutado a un joven admindesis para cubrir mis necesidades femeninas y hemos encontrado otro alijo de alimentos que nos durará un par de semanas ahora que sólo somos quince admins... estoy en el cielo de los cerdos, colega
- > eres asombrosa, Queen Kong, en serio. Pero no te hagas la héroe. Cuando necesites irte, vete. Debe de quedar algo ahí fuera
- > cuidate felix, en serio... a propósito, ¿te he dicho que vuelve a haber tráfico de consultas en Rumanía? Quizás estén levantándose de nuevo
- > ¿en serio?
- > sí, en serio. Somos difíciles de matar... como las putas cucarachas

Su conexión murió.

Entró en Firefox y recargó la página de Google y, en efecto, se había caído. Le dio a refrescar y refrescar y refrescar, pero no se cargaba. Cerró los ojos y escuchó a Van rascándose las piernas, y luego escuchó a Van teclear escuetamente.

—Han regresado —dijo.

Felix dejó escapar una bocanada de aire. Envió el mensaje al grupo de noticias, un mensaje que había tenido que reescribir cinco veces antes de decidirse a enviarlo: «Cuidad el lugar, ¿de acuerdo?, regresaremos... algún día».

Todo el mundo se iba excepto Sario. Sario no iba a abandonar. No obstante, bajó para despedirse de ellos.

Los admindesis se congregaron en el vestíbulo, Felix abrió la puerta de seguridad y las luces penetraron rápidamente.

Sario le ofreció la mano.

—Buena suerte —dijo.

—Tú también —dijo Felix. Sario tenía fuerza en la mano, más fuerza de la que debiera—. Quizás tú tenías razón.

—Quizás —dijo él.

—¿Vas a desconectarlo?

Sario echó la mirada hacia el falso techo, como si echara un vistazo a través de los suelos reforzados a los ronroneantes equipos en las plantas de arriba.

—¿Quién sabe? —dijo finalmente.

Van se rascó y un remolino de motas blancas bailoteó a la luz del sol.

—Vamos a buscarte una farmacia —dijo Felix. Se acercó a la entrada y los otros

admindesis le siguieron.

Esperaron a que las puertas interiores se cerraran a sus espaldas y luego Felix abrió las puertas exteriores. El aire olía y sabía como a hierba cortada, como las primeras gotas de lluvia, como el lago y el cielo, como el aire libre y el mundo, un viejo amigo del que no sabían nada desde hacía una eternidad.

—Adiós, Felix —dijeron los otros admindesis.

Se dispersaron mientras él se quedaba paralizado en el escalón superior de la corta escalera de cemento. La luz le hería los ojos y se los empañó de agua.

—Creo que hay un Shopper's Drug Mart en King Street —le dijo a Van—. Lanzaremos un ladrillo al escaparate y conseguiremos algo de cortisona para ti, ¿de acuerdo?

—Tú eres el Primer Ministro —dijo Van—. Tú primero.

No vieron una sola alma durante los quince minutos que estuvieron andando. No se oía ni un solo ruido, a excepción de algunos ruidos de pájaros y unos gruñidos distantes, y el viento golpeando los cables eléctricos sobre sus cabezas. Era como andar por la superficie de la Luna.

—Me apuesto lo que sea a que hay chokolatinas en el Shopper's —dijo Van.

El estómago de Felix dio un vuelco. Comida.

—Guau —dijo, salivando.

Pasaron entonces junto a un pequeño utilitario, y en el asiento delantero vieron el cuerpo momificado de una mujer que sostenía el cuerpo momificado de un bebé, y a Felix la boca se le llenó de bilis agria, aunque el olor les llegaba débilmente a través de las ventanillas subidas.

No había pensado en Kelly ni en 2.0 durante mucho tiempo. Se desplomó sobre sus rodillas y tuvo otra fuerte arcada. Ahí fuera, en el mundo real, su familia estaba muerta. Toda la gente que conocía estaba muerta. Sólo quería echarse sobre la acera y esperar también a la muerte.

Las ásperas manos de Van se deslizaron bajo sus axilas y tiró débilmente de él.

—Todavía no —dijo—. Cuando estemos en un lugar seguro y hayamos comido algo, entonces puedes hacer esto, pero todavía no. ¿Me entiendes, Felix? Todavía no, joder.

La palabrota le impactó. Se puso en pie. Le temblaban las rodillas.

—Sólo una manzana más —dijo Van, y se pasó el brazo de Felix sobre los hombros y lo guió.

—Gracias, Van. Lo siento.

—No te preocupes —dijo—. Necesitas una ducha urgentemente. No te lo tomes a mal.

—En absoluto.

En el Shopper's tenían unas verjas de seguridad metálicas, pero habían sido arrancadas del escaparate, que estaba hecho añicos. Felix y Van se escurrieron por la apertura y entraron en la oscura farmacia. Algunos de los expositores estaban tirados,

pero aparte de eso, parecía estar en buenas condiciones. Junto a las cajas registradoras, Felix localizó los estantes de chocalatinas en el mismo instante en que Van las vio; se abalanzaron sobre ellas y agarraron un puñado, llevándoselas a la boca.

—Coméis como cerdos.

Ambos se giraron en redondo al oír una voz de mujer. Sujetaba un hacha de incendios que era casi tan grande como ella. Llevaba puesta una bata de laboratorio y zapatos cómodos.

—Cogéis lo que necesitáis y os largáis, ¿de acuerdo? No tiene ningún sentido causar problemas.

Su barbilla era puntiaguda y sus ojos penetrantes. Parecía estar en los cuarenta. No se parecía nada a Kelly, lo cual era bueno, porque sentía ganas de correr y abrazarla. ¡Otra persona con vida!

—¿Eres médico? —preguntó Felix. Vio que ella llevaba ropa de quirófano bajo el abrigo.

—¿Os vais? —blandió el hacha.

Felix levantó las manos.

—En serio, ¿eres médico? ¿Farmacéutica?

—Antes era enfermera colegiada, hace diez años. Principalmente soy diseñadora de Webs.

—Me tomas el pelo —dijo Felix.

—¿Es que nunca has conocido a una chica que sepa de ordenadores?

—De hecho, una amiga mía que dirige el centro de datos de Google es una chica. Una mujer, mejor dicho.

—Me tomas el pelo —dijo ella—. ¿Una mujer dirigía el centro de datos de Google?

—Dirige —dijo Felix—. Sigue en línea.

—NFW^[33] —dijo ella.

Bajó el hacha.

—Pues sí. ¿Tienes pomada de cortisona? Puedo contarte toda la historia. Mi nombre es Felix y este es Van, que necesita todos los antihistamínicos que te sobren.

—¿Que me sobren? Felix, amigo, tengo suficientes drogas aquí para cien años. Todo esto caducará antes de que se acabe. Pero ¿me estás diciendo que la red todavía funciona?

—Todavía funciona —dijo él—. O algo parecido. Eso es lo que hemos estado haciendo toda la semana. Manteniéndola en línea. Aunque puede que no dure mucho tiempo.

—No —dijo ella—. Supongo que no —apoyó el hacha sobre el suelo—. ¿Tenéis algo para canjear? No necesito mucho, pero he estado intentando mantenerme animada canjeando cosas con los vecinos. Es como jugar al Civilización.

—¿Tienes vecinos?

—Diez, como mínimo —dijo ella—. La gente del restaurante que hay al otro lado de la calle hace una sopa bastante buena, aunque la mayoría de las verduras son de lata. Eso sí, me dejaron sin Sterno^[34].

—¿Tienes vecinos y canjeáis cosas?

—Bueno, es una excusa para mantener el contacto. Estaría muy sola sin ellos. Me he ocupado de algún que otro resfriado. Recolocar un hueso... una muñeca rota. Escucha, ¿queréis un poco de Pan Wonder y mantequilla de cacahuete? Tengo una tonelada. A tu amigo parece que no le iría mal una comida.

—Sí, por favor —dijo Van—. No tenemos nada para canjear, pero somos unos adictos al trabajo con ganas de aprender un oficio. ¿No te harían falta unos ayudantes?

—No, realmente —giró el hacha sobre la hoja—. Pero no me importaría tener algo de compañía.

Se comieron los sándwiches y luego un poco de sopa. La gente del restaurante trajo la comida y les presentaron sus respetos, aunque Felix vio que arrugaban la nariz. Averiguó que había agua corriente en el cuarto trasero. Van entró y se dio un baño con esponja y luego él le siguió.

—Ninguno de nosotros sabe qué hacer —dijo la mujer. Su nombre era Rosa, y había encontrado una botella de vino y unos vasos de plástico en el expositor de utensilios domésticos—. Pensé que vendrían helicópteros, o tanques, o al menos saqueadores, pero simplemente todo está en silencio.

—Parece que tú también llevas en silencio mucho tiempo —dijo Felix.

—No quería atraer la clase equivocada de atención.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que quizás hay mucha gente ahí fuera en silencio? Quizás si nos unimos podamos empezar a pensar qué hacer.

—O quizás nos degüellen —dijo ella.

Van asintió.

—Algo de razón lleva.

—Ni hablar —dijo Felix poniéndose en pie—, no podemos pensar de esa manera. Señora, estamos aquí ante una encrucijada crucial. Podemos optar por el camino de la apatía, marchitándonos en nuestros agujeros, o podemos intentar construir algo mejor.

—¿Mejor? —hizo un sonido soez.

—De acuerdo, no mejor. Algo, al menos. Construir algo nuevo es mejor que dejar que se marchite. Jesús, ¿qué es lo que piensas hacer cuando hayas leído todas las revistas y comido todas las patatas que hay aquí?

Rosa sacudió la cabeza.

—Bonito discurso —dijo ella—. Pero, de todas formas, ¿qué cojones podemos a hacer?

—Algo —dijo Felix—. Podemos hacer algo. Algo es mejor que nada. Vamos a tomar este trozo de mundo donde las personas hablan unas con otras y vamos a expandirlo. Vamos a encontrar a todos los que podamos y vamos a cuidarlos y ellos

nos cuidarán a nosotros. Probablemente la jodamos. Probablemente fallemos. Pero prefiero fallar a rendirme.

Van se rió.

—Felix, estás más loco que Sario, ¿lo sabías?

—Vamos a ir a sacarlo a rastras a primera hora de la mañana. Él va a formar parte de esto también. Todos lo harán. A la mierda con el fin del mundo. El mundo no acaba. Los humanos no somos esa clase de cosas con final.

Rosa volvió a sacudir la cabeza, pero ahora sonreía levemente.

—¿Y tú serás qué?... ¿El Papa-Emperador del Mundo?

—Él prefiere Primer Ministro —dijo Van con un susurro teatrero. Los antihistamínicos habían hecho maravillas en su piel, que se había atenuado pasando de un irritado rojo a un delicado rosa.

—¿Quieres ser Ministra de Sanidad, Rosa? —dijo él.

—Estos chicos —respondió ella—... y sus juegos. A ver qué te parece. Ayudaré en todo lo que pueda, siempre que nunca me pidas que te llame Primer Ministro y tú nunca me llames Ministra de Sanidad.

—Trato hecho —dijo él.

Van rellenó los vasos, volcando la botella de vino para apurar las últimas gotas. Levantaron los vasos.

—Por el mundo —brindó Felix—. Por la humanidad —reflexionó profundamente—. Por la reconstrucción.

—Por cualquier cosa —dijo Van.

—Por cualquier cosa —dijo Felix—. Por todo.

—Por todo —brindó Rosa.

Bebieron. Quería ir a ver la casa... ver a Kelly y a 2.0, aunque se le revolvía el estómago al pensar en lo que podría encontrar allí. Pero al día siguiente comenzaron con la reconstrucción. Un mes más tarde comenzaron de nuevo, después de que ciertas discrepancias dividieran al frágil y escaso grupo que habían logrado formar. Y un año más tarde volvieron a empezar. Y cinco años más tarde comenzaron una vez más.

Pasaron casi seis meses antes de que se atreviera a ir a su casa. Van le acompañó y le escoltó, ambos montados en las bicicletas que usaban para recorrer la ciudad. Cuanto más avanzaban hacia el norte, más fuerte se hacía el olor a madera quemada. Había muchas casas quemadas. En ocasiones, los merodeadores quemaban las casas que saqueaban, pero la mayoría de las veces se debía simplemente a la naturaleza, la clase de incendios que se producían en los bosques y las montañas.

Antes de llegar a la casa, pasaron junto a seis edificios quemados y ahogados por el humo, donde todos los pisos estaban calcinados.

Pero la vieja urbanización estaba aún en pie, un oasis de edificios misteriosamente prístinos, de los que parecía que habían salido un momento sus descuidados propietarios para comprar pintura y cuchillas de podadora nuevas y

volver a rejuvenecerlos y acicalarlos.

De alguna forma, resultaba aún peor. Bajó de la bicicleta a la entrada de la subdivisión y avanzaron empujando sus bicicletas juntos y en silencio, escuchando el susurro del viento en los árboles. El invierno llegaba tarde ese día, pero estaba llegando, y mientras el sudor se secaba al viento, Felix comenzó a temblar.

No tenía las llaves. Estaban en el centro de datos, a meses y mundos de distancia. Probó el picaporte, pero no giraba. Empujó la puerta con el hombro y ésta se desgajó del húmedo y podrido quicio con un fuerte chasquido. La casa se estaba pudriendo desde dentro.

La puerta se hizo trizas cuando aterrizó. La vivienda estaba llena de agua estancada, diez centímetros de apestosa agua putrefacta en el salón. Chapoteó y avanzó con cuidado, notando que la madera del suelo cedía como una esponja a cada paso.

Subió al piso de arriba con la nariz inundada por aquel terrible hedor a moho verduoso. Entró en el dormitorio, el mobiliario le resultaba familiar, como un amigo de la niñez.

Kelly estaba en la cama con 2.0. Por la posición de sus cuerpos, estaba claro que la muerte no había sido fácil... estaban enroscados el uno con el otro, Kelly alrededor de 2.0. Sus pieles se veían abotargadas, haciéndolos casi irreconocibles. El olor... Dios, el olor.

La cabeza de Felix daba vueltas. Pensó que se iba a caer y se aferró al aparador. Una emoción que no podía identificar (¿furia, ira, pena?) le hacía difícil respirar, y necesitó boquear en busca de aire, como si se ahogara.

Y luego todo pasó. El mundo pasó. Kelly y 2.0... pasaron. Y él tenía una tarea que hacer. Los rodeó con la colcha... Van le ayudó con aire solemne. Fueron al patio delantero y cavaron a turnos usando la pala del garaje que Kelly guardaba para sus trabajos de jardinería. Para entonces ya habían adquirido mucha experiencia en cavar tumbas. Mucha experiencia en disponer de los muertos. Ellos cavaban, y cautelosos perros los observaban desde la hierba crecida de las parcelas vecinas, pero también habían practicado el lanzamiento de piedra para ahuyentarlos.

Cuando terminaron de cavar, colocaron a la mujer de Felix y a su hijo en el interior. Felix buscó desesperadamente palabras que pronunciar frente al montículo, pero no apareció ninguna. Había cavado tantas tumbas para tantas esposas de hombres y tantos esposos de mujeres y tantos niños... hacía tiempo que las palabras habían desaparecido.

Felix cavaba zanjas y recuperaba latas y enterraba a los muertos. Plantaba y cosechaba. Arreglaba algunos coches y aprendió a fabricar biodiésel. Finalmente fue a parar a un centro de datos para aportar un poco de gobernabilidad... pequeños gobiernos llegaron y se fueron, pero este fue lo suficientemente astuto para querer

guardar registros y necesitaba a alguien que mantuviera todo en funcionamiento, y Van le acompañó.

Pasaron mucho tiempo en salas de chat, y en ocasiones encontraban a viejos amigos de los extraños tiempos en los que se dedicaron a establecer la República Distribuida del Ciberespacio, frikis que continuaban llamándole PM, aunque nadie en el mundo real le llamaba ya así.

La mayor parte del tiempo no era una buena vida. Las heridas de Felix jamás cicatrizaron, ni tampoco las de la mayoría de la gente. Brotaron algunas enfermedades residuales y repentinas. Tragedia tras la tragedia.

Pero a Felix le gustaba su centro de datos. Allí, rodeado del zumbido de los equipos, nunca sintió que eran los primeros días de una mejor nación, pero tampoco sintió que eran los últimos días de otra.

- > ve a dormir, felix
- > pronto, kong, pronto... ya casi tengo completado el backup
- > eres un yonqui, tío.
- > mira quien habla

Refrescó la página de inicio de Google. Queen Kong llevaba ya un par de años manteniéndola en línea. Las oes de Google cambiaban todo el tiempo, siempre que a ella le apetecía. Hoy eran unos globos, uno sonriendo y el otro con el ceño fruncido. Los miró durante un largo rato y regresó a un terminal para comprobar su copia de seguridad. Se estaba ejecutando limpiamente, para variar. Los registros del pequeño gobierno estaban seguros.

- > de acuerdo nas noches
- > Cuídate

Van levantó la mano y le despidió cuando escuchó los crujidos de sus pisadas hacia la puerta, mientras estiraba la espalda con una larga serie de tirones.

—Dulces sueños, jefe —dijo.

—No te quedes por aquí toda la noche otra vez —dijo Felix—. Necesitas dormir también.

—Eres demasiado bueno con nosotros los enanos —dijo Van, y continuó tecleando.

Felix se dirigió a la puerta y salió a la noche. A sus espaldas, el generador de biodiesel rezongaba y producía punzantes vapores. El plenilunio había llegado, lo cual le encantaba. Al día siguiente regresaría y arreglaría otro ordenador y lucharía contra la entropía un día más. ¿Y por qué no?

Era lo que él hacía.

Era un admindesis.

10

JAMES VAN PELT

Las últimas formas-o

[The Last of the O-Forms]

James Van Pelt es autor de la novela *Summer of The Apocalypse*, y de casi noventa relatos breves que han sido publicados principalmente en *Analog*, *Asimov's*, *Realms of Fantasy*, y *Talebones*. Tiene también dos colecciones, *Strangers and Beggars* y *The Last of The O-Forms and Other Stories*.

Van Pelt estaba escribiendo una serie de relatos sobre arcas más lentas que la luz huyendo de la Tierra, cuando se le ocurrió que se estaba centrandó únicamente en los pasajeros del arca que escapaban de las «plagas de mutaciones» y que podría ser interesante escribir sobre lo que ocurría en la Tierra. Y así surgió «Las últimas Formas-o».

Este relato, que quedó finalista en los Nebula, tiene lugar en un mundo donde ya no hay nacimientos normales. Todos son mutaciones... lo cual es a un mismo tiempo bueno y malo para el Gran Espectáculo del Zoo Ambulante del Doctor Trevin...

Las últimas formas-o

Por la ventanilla abierta del enorme camión las tierras del río Mississippi se deslizaban en la oscuridad. Las ciénagas reflejaban la luna baja en el horizonte como una moneda de plata titilando a través de negros montecillos frondosos, o se filtraba por las cercas de maderos, kilómetro a kilómetro. El aire olía a humedad y a pescado putrefacto, pesado como una toalla mojada, pero se estaba mejor que entre las jaulas en las tardes calurosas, cuando el sol golpeaba las marquesinas y los animales expuestos se acurrucaban bajo la débil sombra. Viajar de noche era lo mejor. Trevin calculó la distancia en minutos. Pronto atravesarían Roxie, luego llegarían a Hamburg, McNair y Harriston en rápida sucesión. En Payette había un bar agradable donde podían desayunar, pero si paraban suponía desviarse de la carretera principal y se quedarían atrapados en el tráfico matinal de Vickburg. No, lo suyo era continuar el viaje hasta la siguiente población, donde podían salvar el espectáculo.

Alargó el brazo por el asiento hasta la bolsa de comida que había entre él y Caprice. Estaba dormida, su cabeza aniñada de cabello rubio estaba apoyada contra la puerta, sus pequeñas manos sostenían una edición griega de la *Odisea* abierta en su regazo. Si estuviera despierta podría echar un vistazo al mapa y decirle cuántos kilómetros quedaban exactamente hasta Mayersville, cuánto tiempo en minutos tardarían a esa velocidad, y cuánto diesel, en centímetros cúbicos, les quedaba en los depósitos. Sus ojos de niña pequeña lo clavarían contra la pared. «¿Por qué no puedes calcular esto tú solo?», le preguntarían. Pensó en esconderle el listín telefónico para que no pudiera sentarse encima de él para asomarse por la ventana. Eso le serviría de escarmiento. Puede que pareciera una niña de dos años, pero realmente tenía doce, y tenía el alma de un inspector de hacienda cuarentón.

En el fondo de la bolsa, bajo una caja de donuts vacía, encontró el tasajo de ternera. Sabía principalmente a pimentón, pero por debajo se notaba un sabor metálico y picante que intentó ignorar. Quién sabía de lo que podría estar hecho. Dudaba de que quedara por sacrificar alguna forma-original de vaca, o vacas-o.

Tras una larga curva, una señal de límite de velocidad apareció repentinamente en la oscuridad. Trevin pisó el freno y luego redujo marchas. Los polis de Roxie tenían una fama nefasta por este tipo de trampas de velocidad, y no había suficiente dinero para sobornos en el fondo común para evitar la multa. En el espejo retrovisor veía el otro camión y el coche que cerraba filas, en el que viajaban Hardy el manitas y su cuadrilla de peones.

La señal de tráfico de Roxie parpadeaba con luz amarilla sobre un cruce vacío, mientras las tiendas cerradas se alzaban silenciosas bajo un puñado de farolas. Tras pasar por las cuatro manzanas que formaban el centro del pueblo, otro kilómetro y medio de casas destartadas y remolques flanqueaba la carretera; lavadoras averiadas y furgonetas sobre adoquines salpicaban los patios delanteros. Algo le ladró desde

detrás de una cerca metálica. Trevin redujo la velocidad para echar un vistazo. Curiosidad profesional. Parecía un perro-o bajo la luz del porche, un animal de forma-original, viejo, si es que sus anquilosados andares podían servir de indicativo. Ya no quedaban muchos de esos. No desde que el mutágeno apareció. Trevin se preguntó si los propietarios que guardaban un perro-o en el patio tenían problemas con sus vecinos, en caso de que surgieran envidias.

Una voz infantil dijo:

—Si no sacamos 2.600 dólares en Mayersville tendremos que vender un camión, Papá.

—No me llames Papá *nunca* —tomó una larga curva en silencio. Las autovías con dos carriles no solían tener arcén y era necesario concentrarse para no salirse de la calzada—. No sabía que estuvieras despierta. Además, mil serán suficientes.

Caprice cerró el libro. En la oscuridad de la cabina Trevin no podía ver sus ojos, pero sabía que eran de un azul de hielo polar.

—Mil para el diesel, claro —dijo ella—, pero llevamos un retraso de semanas con las nóminas. Los peones no aguantarán más retrasos, no después de lo que les prometiste en Gulfport. El plazo para los impuestos trimestrales ya ha pasado, y no puedo librarme de los federales como de los otros acreedores pidiéndoles plazos extra para un par de meses. Los alimentos para los animales durarán diez días más o menos, pero tenemos que comprar carne fresca para el tigrecela y el cocodrátón, o morirán. Nos mantendremos a flote con 2.600 dólares, pero por los pelos.

Trevin frunció el ceño. Hacía ya años que su voz y pronunciación de niña pequeña no le enternecían, y casi todo lo que ella decía eran sarcasmos o críticas. Era como vivir con un abogado del tamaño de una pinta de cerveza que continuamente le hacía perder confianza en sí mismo.

—Así que necesitamos un total de... —arrugó la frente— 2.600 dólares divididos entre cuatro fulanos y medio...

—Quinientos setenta y ocho. Te sobra un dólar extra para una taza de café —dijo Caprice—. No hemos tenido unas ganancias tan grandes desde Ferriday el pasado otoño, y eso fue porque la Oktoberfest en Natchez se clausuró pronto. ¡Gracias a Dios por las leyes de alcohol en Luisiana! Deberíamos reconocer que el espectáculo ya no vende, deshacernos del inventario, vender el material y pagar a los ayudantes.

Encendió el flexo de lectura de cuello extensible que se desplegaba desde el salpicadero y abrió el libro.

—Si podemos aguantar hasta Rosedale... —dijo Trevin, recordando Rosedale la última vez que fueron allí, hacía siete años. La ciudad lo había contratado. Envió cartas y correos electrónicos. Le recibieron en Nueva Orleans con un comité de bienvenida, que incluía una belleza morena que le apretaba la pierna bajo la mesa cuando salieron a cenar.

—No podemos —dijo Caprice. Trevin recordó que la mano en su pierna le había parecido agradable y cálida. Casi saltó de la mesa, con el rostro colorado.

—El festival de la soja atrae a mucho público. Todo está hecho de semillas de soja. Pastel de soja. Cerveza de soja. Helado de soja —dejó escapar una risotada—. Arrasamos allí. Tuve que desfilar por Main Street con la Reina de la Soja de Rosedale.

—Estamos muertos. Tómate el pulso —dijo Caprice sin levantar la mirada.

La Reina de la Soja de Rosedale además había sido muy simpática y, oh, tan agradecida que él había llevado el zoo a la ciudad. Se preguntaba si todavía viviría allí. Podría averiguar dónde vivía.

—Sí, si hacemos el Festival de la Soja, nos irá bien. Un buen espectáculo y saldremos de esta. Volveré a pintar los camiones. A la gente le encanta cuando entramos en la ciudad, con la música puesta. ¡El mayor y más novedoso zoológico ambulante del mundo! ¿Recuerdas cuando el *Newsweek* publicó ese artículo? ¡Dios, qué gran día!

Volvió a mirar por la ventanilla. La luna estaba tumbada sobre el horizonte en esos momentos, mostrándoles el camino, grande como una pelota de playa, como un tapacubos bruñido rodando junto a ellos en la noche, rodando por el Mississippi, a treinta kilómetros al oeste. Podía oler el río fluyendo hacia el mar. ¿Cómo podía Caprice dudar de que fueran a triunfar? Se lo demostraré, pensó. Borrará ese mohín de su carita de niña pequeña. Se lo demostraré en Mayersville y luego en Rosedale. El dinero nos saldrá por las orejas. Lo tendremos que guardar en sacas. Ya verá. Sonriendo, volvió a rebuscar en la bolsa otro trozo de tasajo de ternera, y en esta ocasión no pensó en absoluto en cómo sabía.

Trevin aparcó el camión en Mayersville a las diez y media, con los ojos bien abiertos en busca de sus carteles y octavillas publicitarias. Había enviado una caja dos semanas antes y, si el chico al que había contratado hubiera hecho su trabajo, deberían estar pegados por todas partes, pero sólo vio uno, y estaba casi totalmente partido en dos. Había varias pancartas dando la bienvenida a los equipos de softball para el Torneo Regional Centro-Sur de Softball de Primavera y los hoteles tenían puesto el cartel de COMPLETO: la ciudad estaba hasta los topes. Subió la música y esta retumbó en los altavoces situados en el techo del camión. El Zoo está en la ciudad, pensó. ¡Vengan a ver el zoo! Pero a excepción de un par de vejetes sentados delante de la barbería que los miraron impertérritos cuando pasaron, nadie pareció darse cuenta de su llegada.

—No pueden estar jugando a la pelota *todo* el día, ¿eh, Caprice? Deben de hacer algo entre los partidos.

Ella gruñó. Tenía el portátil abierto en el asiento, junto a ella, y tecleaba recibos y facturas en su libro de contabilidad.

El recinto de la feria estaba situado en el límite norte de la ciudad, cerca de los campos de pelota. Un encargado del aparcamiento los recibió en la verja, luego se subió al estribo del camión de manera que su cabeza quedó justo por debajo de la ventanilla.

—La tarifa por ocupación es de cien dólares —dijo, con el rostro escondido bajo un sombrero de paja de ala ancha que parecía que hubiera dado la vuelta al mundo unas cuantas veces.

Los dedos de Trevin tamborilearon sobre el volante.

—Hemos pagado el alquiler por adelantado —dijo, sin perder la calma.

El encargado se encogió de hombros.

—Son cien dólares, o ya se están buscando otro lugar donde plantar las tiendas.

Caprice, de rodillas, se inclinó sobre Trevin. Habló con voz profunda impostando su mejor imitación de Trevin.

—¿Hacemos el cheque a nombre de Mayersville City Parks o al Condado de Issaquena?

Sorprendido, el encargado miró hacia arriba antes de que Caprice pudiera esconderse. Mostrando su rostro sexagenario tan polvoriento como su sombrero, respondió:

—En metálico. No se aceptan cheques.

—Me lo suponía —le dijo a Trevin mientras se alejaba de la ventanilla—. Dale veinte. Y espero por su bien que estén listos los baños portátiles y las conexiones eléctricas que reservamos.

Trevin le ofreció el billete y el encargado lo cogió limpiamente en pleno vuelo mientras bajaba del estribo.

—Eh, señor —dijo—. ¿Cuántos años tiene su hijita?

—Un millón diez, gilipollas —dijo Trevin, soltando el embrague para que el enorme camión avanzara—. Te dije que te quedaras escondida. Nos vas a meter en toda clase de problemas si los lugareños se enteran de que tengo a una mutante llevándome la contabilidad. Tienen leyes laborales, ¿sabes? Y, de todas formas, ¿por qué me has dicho que le dé el dinero? Podríamos haber comprado carne para un día o dos más con eso.

Caprice permaneció arrodillada mirando por la ventanilla.

—Es el portero. Nunca cabrees al portero. ¡Eh, han despejado algo el sitio! La última vez había unos bosquecillos entre este lugar y el río.

Trevin se apoyó sobre el volante. Conseguir que el camión girara se hacía difícil a cualquier velocidad menor que la de travesía por autopista.

—¿Tú querrías tener árboles y arbustos cerca de donde juegas softball? Si tienes que ir a buscar la pelota por la maleza ya no vuelves...

Más allá del recinto de la feria, el terreno bajaba hasta el dique de contención, y más allá discurría el Mississippi, a menos de cien metros de ellos, una enorme llanura de barro veteada por líneas de espuma de color gris oscuro a la deriva bajo el sol de media mañana. Una barcaza negra tan alejada que no podían oírla subía resoplando corriente arriba. Trevin advirtió complacido la interminable cerca metálica de tres metros de altura entre ellos y el río. Quién sabe qué terribles cosas podían salir arrastrándose de ahí...

Como siempre, tardaron la mayor parte del día en instalarse. Sacaron primero de los semirremolques a los animales grandes, que apestaban a pelo caliente y suelos sucios, de sus ocho jaulas de dos metros y medio de altura. Aletargado y enfermizo, el tigrecela, un animal de patas y pezuñas largas, sin apenas cuello bajo unas fauces impresionantes repletas de dientes como sables, levantó tímidamente la mirada mientras bajaban su jaula al suelo empapado. Ululó bajito. Trevin comprobó su recipiente de agua.

—Echa una lona encima —ordenó a Harper el manitas, un tipo grande y ofuscado que llevaba camisetas de antiguos conciertos de rock puestas del revés. Trevin añadió —: Ese remolque debería estar unos ciento veinte grados hacia dentro.

Mirando al animal con ternura, Trevin recordó cuando lo adquirió en una granja de Illinois, una de las primeras crías mutantes, antes de que el mutágeno fuera identificado y bautizado, antes de que se convirtiera en una plaga. La hermana del tigrecela era casi tan estrambótica: patas pesadas, piel con escamas, y una cabeza larga y delgada, como un galgo inglés, pero el granjero ya la había sacrificado cuando Trevin llegó. Su madre, una vaca ordinaria como cualquier otra vaca, contemplaba a sus vástagos con idiotizada confusión. «¿Qué le ocurre a mi vaca?», preguntó el granjero en varias ocasiones, hasta que empezaron a regatear con el precio. Cuando Trevin le pagó, el hombre dijo: «En caso de que vuelva a salirme un animal de aspecto raro, ¿quiere que le avise?»

Trevin olfateó las ganancias. Cargando veinte dólares a cada cliente, sacó en limpio diez mil dólares por semana en junio y julio, mostrando el tigrecela en la parte de atrás de su furgoneta. Y pensó, puede que no sea demasiado listo, pero sé cómo hacer dinero. Al final del verano, el Gran Espectáculo del Zoo Ambulante del Doctor Trevin vio la luz. Ese fue el año que Caprice pasó montada a su lado en un asiento de coche para niños, después de que su madre hubiera muerto durante el parto. En agosto, se dirigieron al norte desde Senetobia a Memphis y, a los once meses de edad, Caprice dijo sus primeras palabras: «¿No sobrepasa ciento veinte el límite de velocidad?» Incluso entonces ya se distinguía un tono mordaz y sardónico en su voz. Trevin casi empotró el camión contra un árbol.

El cocodratón gruñía y mordía los barrotes mientras lo sacaban, y su peludo hocico golpeaba contra el metal. Lanzó sus noventa kilos de peso contra la puerta y casi tiró la jaula que transportaban los peones en ese momento.

—Mantened las manos alejadas —ladró Harper a su cuadrilla—, ¡o terminaréis pegándoos con celo un lápiz en un muñón para poder escribir a vuestras mamás!

Luego descargaron el resto de animales: un Puercoesmandra, la retorcida cría de una rana toro que agitaba su húmeda y espinosa piel ante cualquier sombra; el uniganso, aproximadamente del tamaño de un pavo salvaje sobre cuatro pequeñas patas, y que mudaba las plumas marchitas a puñados bajo un brillante cuerno nacarado; y todas y cada una de las otras crías mutantes, la irreconocible progenie de gatos y ardillas y caballos y monos y focas y cualquier otro animal que Trevin había

logrado reunir para el zoo. Jaulas grandes y pequeñas, acuarios, terrarios, pequeños corrales, jaulas de pájaros, lazos de captura... todo quedó a la luz.

Hacia la puesta de sol, el último animal ya había sido instalado y alimentado. Las banderas del Circo ondeaban desde los techos de los camiones. Los altavoces colgaban de sus astas.

El encargado del aparcamiento deambulaba por las jaulas, con las manos hundidas en los bolsillos, tan cordial y amistoso que no parecía que hubiera intentado meterles un sablazo un poco antes ese mismo día.

—Si vais a acampar aquí, será mejor que os quedéis dentro de vuestras cabinas cuando se ponga el sol.

—¿Y por qué? —preguntó Trevin, receloso.

El hombre levantó la barbilla apuntando hacia el río, que en ese momento brillaba con un fulgor rojo, como si el sol poniente lo hubiera teñido de sangre.

—El nivel del agua subió hace un par de días y rebasó la cerca. El dique aguantó, pero mutoides dentados de cualquier clase podrían estar merodeando en este momento a este lado de la cerca. ¡Se ha puesto tan mal la cosa que no puedes pisar un charco sin que algo te pegue un mordisco! Voluntarios de Defensa Civil patrullan las orillas todo el día, buscando más criaturas violentas, pero este es un enorme y viejo río. ¿Llevan algún arma?

Trevin se encogió de hombros.

—Un bate de béisbol. Quizás tengamos suerte y podamos añadir algo al zoo. ¿Se espera mucha gente para el torneo de softball?

—Treinta y dos equipos. Se han instalado gradas extra.

Trevin asintió. Si conectaba la música a primera hora de la mañana, quizás pudiera atraer a los que estaban haciendo tiempo hasta que empezaran los partidos. No había nada mejor que un poco de entretenimiento antes de que se caldeara el ambiente.

Tras un par de minutos, el encargado del aparcamiento se marchó. Trevin se sintió aliviado al verlo marchar. Tenía la impresión de que el hombre pretendía robar algo. Después de la cena, Caprice escaló a la litera superior, aunque sus piernas apenas le daban para auparse. Trevin apartó su colcha de una patada. Aunque ya eran más de las diez, aún hacía una temperatura de treinta y dos grados centígrados y no soplaba ni un atisbo de brisa. La mayoría de los animales se habían tumbado en sus jaulas. Sólo el tigrecela hacía ruido, un largo y vibrante ulular, una suave y melódica llamada que no concordaba con su feroz apariencia.

—Mañana no te dejes ver. Y no bromeo —dijo Trevin después de apagar la luz—. No quiero que espantes a la gente.

Caprice respiró ruidosamente.

—Es bastante irónico que no pueda exhibirme en un zoológico de mutoides. Estoy cansada de esconderme como si fuera un monstruo. De todas formas, dentro de cincuenta años no quedará nadie de tu especie. Más les valdría aceptar lo inevitable.

Yo soy el futuro. Deberían ser capaces de aceptarlo.

Trevin se pasó las manos por detrás de la cabeza y la contempló en su litera. A través de la pantalla que había colocado sobre las ventanillas podía oír el balanceo del Mississippi contra las orillas. Un animal chilló en la distancia y su reclamo era una mezcla entre un silbato y una tos fuerte. Intentó imaginar qué tipo de criatura podría emitir un sonido de ese tipo. Finalmente dijo:

—A la gente no le gustan los mutoides humanos, al menos los que parecen humanos.

—¿Por qué? —preguntó ella, todo su sarcasmo y amargura habían desaparecido repentinamente—. No soy una mala persona, si llegaran a conocerme. Podríamos debatir sobre libros, o filosofía. Soy también una *mente*, no sólo un cuerpo.

El animal volvió a chillar en la oscuridad, una y otra vez, hasta que, a mitad de un alarido, calló. Un fuerte ruido a lucha seguido de varios chapoteos marcó el fin de la criatura.

—Supongo que les das pena, Caprice.

—¿Yo te doy pena a *ti*?

En la penumbra de la cabina del camión su voz sonaba exactamente como la de una niña de dos años. Recordó cuando era una niña pequeña, antes de saber que no era normal, que nunca «crecería», que su ADN revelaría que no era humana. Antes de que ella comenzara a hablar con esos humos y a hacerle sentirse estúpido con sus ojos de bebé. Antes de que le prohibiera llamarle Papá. Por aquel entonces le recordaba un poco a su madre. Todavía le llegaban ecos de ella cuando Caprice se peinaba el pelo, o cuando se quedaba dormida y sus labios se entreabrían para respirar, exactamente como hacía su madre. Se le hizo un nudo en la garganta pensando en aquellos tiempos.

—No, Caprice. No me das pena.

Unas horas más tarde, bastante después de que Caprice se hubiera ido a dormir, Trevin cayó en una serie de sueños en los que le asfixiaban con humeantes toallas turcas, y cuando se lograba quitar las toallas, sus acreedores lo rodeaban. Llevaban avisos de impago y ninguno de ellos era humano.

Trevin se levantó antes de la salida del sol para alimentar a los animales. La mitad del trabajo de sacar adelante el zoológico consistía en averiguar lo que comían las criaturas. Sólo porque el padre hubiese sido, digamos, un caballo forma-o, no significaba que el heno pudiera servir. Caprice confeccionaba listas completas para él: el peso del animal, cantidad de comida que consumía, los suplementos de vitaminas que parecían más beneficiosos. Había ciertos aspectos prácticos en el funcionamiento de un zoo. Lanzó un cubo de mazorcas de maíz en la jaula del trozodecerdo. El animal gruñó, luego salió a rastras de la caseta de perro donde pasaba la mayor parte del tiempo; no se parecía mucho a un cerdo, o a cualquier otro animal que Trevin conociera. Con los ojos como platos, le miró con expresión agradecida antes de enterrar la cabeza en el comedero.

Avanzó por las hileras de jaulas. Gorgojos en una jaula. Grano en la siguiente. Huesos de la carnicería. Comida de perros. Pescado podrido. Pan. Cereales. Verduras rancias. Avena. El trigrecela probó el trozo de ternera asada que le lanzó; con su delicada lengua, muy similar a la de un gato, lamía la carne antes de desgarrar un pequeño bocado para masticarlo delicadamente. Arrulló satisfecho.

Al final de la hilera, en el extremo más cercano al río, dos jaulas se habían caído de sus soportes y estaban rotas. Sangre negra y trozos de carne colgaban de los barrotes retorcidos, y los dos animales que contenían las jaulas, criaturas ciegas y apergaminadas con aspecto de aves, habían desaparecido. Trevin suspiró e inspeccionó el suelo alrededor de las jaulas. En un charco con barro, una única huella palmeada de unos treinta centímetros de ancho, marcada con cuatro profundas hendiduras de garras, delató al culpable. Un par de huellas poco profundas subían desde el río. Trevin puso el dedo en la huella y calculó una profundidad de más de un centímetro. Se asombró por el peso de la criatura e hizo una nota mental para que esa noche guardasen las jaulas más pequeñas en el remolque, lo cual significaba más trabajo. Volvió a suspirar.

A las ocho, los campos de softball al otro lado del parque ya se habían llenado. Los jugadores calentaban en la parte exterior del recinto, mientras los partidos tenían lugar. Los tenderetes para alojar a los equipos o para puestos de comida brotaron como champiñones. Trevin sonrió y enchufó la música. Los estandartes ya colgaban de los camiones. EL GRAN ESPECTÁCULO DEL ZOO AMBULANTE DEL DOCTOR TREVIN. ¡VENGAN A VER RAREZAS DE LA NATURALEZA! ¡EDUCATIVO! ¡ENTRETENIDO! A las doce del mediodía se habían presentado quince clientes.

Tras dejar a Hardy encargado de las entradas, Trevin llenó una caja de octavillas, se colgó una grapadora en el cinturón y a continuación se dirigió hacia los campos de pelota, repartiendo propaganda. El sol calentaba como un horno húmedo, sólo los jugadores en el campo no se refugiaban bajo tenderetes o sombrillas. Varios lugareños le ofrecieron cerveza, y aceptó una, pero sus octavillas, arrugadas por la humedad, desaparecieron bajo las sillas o detrás de los refrigeradores.

—Estamos ofreciendo un precio especial para el primer día del torneo —dijo—. Dos pavos por persona, o tres con acompañante —la camisa se le pegaba a la espalda—. Seguiremos abiertos después de la puesta de sol, cuando refresque. ¡Es un espectáculo que no se pueden perder, amigos!

Una veinteañera con las mejillas sonrosadas por el sol y la melena rubia atada hacia atrás, le esperó:

—¡No tengo ninguna necesidad de *pagar* para que me lo recuerden, maldita sea!

Arrugó la octavilla y la tiró. Uno de sus compañeros de equipo sentado en el suelo y con una cerveza entre las rodillas dijo entonces:

—Deja al pobre hombre en paz, Doris. Sólo intenta ganarse la vida.

—Salimos en el *Newsweek* —dijo Trevin—. Quizás haya leído algo sobre

nosotros.

—Puede que vayamos más tarde, amigo —dijo el jugador sentado en el suelo.

Doris abrió una lata.

—Sí, y también puede que nieve esta tarde —dijo.

—Sí, quizás lo haga —dijo Trevin amigablemente.

Se dirigió entonces hacia la ciudad, al otro lado del recinto de la feria. El sol le quemaba el cuero cabelludo con irritante ardor. Cuando hubo avanzado menos de cien metros se arrepintió de no haberse puesto un sombrero, pero hacía demasiado calor para regresar.

Grapó una octavilla en el primer poste telefónico que encontró. «Sí —se dijo a sí mismo—. ¡Un poco de publicidad y arrasaremos!» La acera despedía blancas oleadas brillantes de calor mientras iba de un poste a otro, o pasaba por delante de la ferretería, de la licorería, de la Iglesia Baptista (SUFREN LOS NIÑOS, se leía en la marquesina), de la sala de billares y de la tienda de accesorios para el coche. Entró en todas las tiendas y pidió a los comerciantes que colgaran su cartel. La mayoría lo hicieron. Detrás de Main Street había varios edificios de viviendas. Trevin subía por una calle y bajaba por otra, grapando octavillas, advirtiéndolo con agrado que las ventanas estaban protegidas con malla metálica. «Nunca se está lo suficientemente seguro estos días», dijo mientras la cabeza le daba vueltas por el calor. La cerveza parecía estar evaporándosele de golpe a través de los poros de la piel y se sentía pegajoso. El sol le golpeaba la espalda. El número mágico es cinco-setenta y ocho, pensó. Se repetía en su mente como una canción pegadiza. Digamos seiscientos. Seiscientas personas, ¡vengan al zoo, vengan al zoo, vengan al zoo!

El sol se estaba poniendo cuando regresó al recinto de la feria. Llegó arrastrando los pies, pero había logrado repartir todas las octavillas.

Cayó la noche. Trevin esperó en el mostrador de venta de, entradas con su uniforme de dueño del zoo, un traje rojo de anchas espaldas y hombreras doradas. La caja de las monedas se abrió con tintineante alegría; el rollo de entradas estaba listo. La música de circo sonaba bajito en los altavoces, mientras las luciérnagas parpadeaban en la oscuridad por encima del río. Era curioso, pensó, que el mutágeno tan sólo afectara a los animales vertebrados superiores, pero no a mamíferos del tamaño de un ratón ni a pequeños lagartos, ni a pequeños peces o escarabajos o plantas. De todas formas, ¿en qué se podría mutar una cucaracha? Su aspecto ya resulta lo suficientemente extraño. Se rió para sus adentros mientras la cancioncilla resonaba todavía en su cabeza: ¡seiscientas personas, vengan al zoo, vengan al zoo, vengan al zoo!

Trevin observaba todos los coches que pasaban por la autopista con la esperanza de que redujeran la velocidad para tomar el desvío hacia la feria.

Desde la puesta de sol hasta la medianoche sólo habían vendido veinte entradas; la mayoría de los clientes eran jugadores de pelota que habían descubierto que no había mucha vida nocturna en Mayersville. Las nubes se agolpaban y relámpagos

distantes parpadeaban en sus profundidades de lana de acero.

Trevin hacía girar el rollo de entradas hacia delante y hacia atrás en el carrete. Una pareja de ancianos granjeros que llevaban monos de trabajo manchados del espeso limo del Mississippi salieron del recinto arrastrando los pies.

—Tiene unos animales muy extraños aquí, señor —dijo el anciano. Su esposa asintió—. Pero nada de lo que tiene ahí es más extraño que lo que he encontrado por mis campos durante los últimos años. Hasta el punto de que no recuerdo ya cuál es el aspecto normal de las formas-o.

—Demasiado cerca del río —apostilló su esposa—. Ésa es nuestra casa, justo allí.

Señaló una pequeña granja bajo una luz solitaria, justo al otro lado del último campo de pelota. Trevin se preguntó si en alguna ocasión recogían pelotas en su porche.

El delgado fajo de billetes en la caja del dinero crujió bajo los dedos de Trevin. La pasta debería estar saliéndoles por las orejas, pensó. Deberíamos estar forrados de pasta. La pareja de viejos estaba en pie junto a él, mirando hacia el zoo. Le recordaban a sus padres, no en su apariencia, sino más bien en su firme paciencia. No parecía que tuvieran mucha prisa.

No tenía ningún motivo para hablarles, pero no tenía otra cosa que hacer.

—Estuvimos aquí hace unos años. Nos fue realmente bien. ¿Qué ha ocurrido?

La mujer sostuvo la mano de su esposo. Luego dijo:

—Esta ciudad se está muriendo, señor. Se está pudriendo desde abajo. Cerraron la escuela elemental el pasado otoño. Ya no quedan escolares. Si quiere ver un zoo *de verdad* vaya al Hospital pediátrico del Condado de Issaquena. Es el castigo por la paternidad. Aunque no muchas parejas tienen hijos.

—O como quieran llamarlos —añadió el viejo granjero—. Su zoo es deprimente.

—Sin embargo, he oído decir que tiene algo especial —inquirió la mujer tímidamente.

—¿Han visto el cocodratón? —preguntó Trevin—. Su historia es bastante asombrosa. Y el tigrecela. ¿Han visto ése?

—Los hemos visto —respondió ella, decepcionada.

La vieja pareja se subió en su furgoneta, que lograron poner en marcha tras media docena de estertores del arranque.

—Encontré a un comprador para el camión en Vicksburg —dijo Caprice.

Trevin se giró rápidamente. Estaba oculta en las sombras, junto al mostrador de las entradas, con una libreta bajo el brazo.

—Te dije que no te dejaras ver.

—¿Y quién va a verme? ¡No consigues clientes ni siquiera ofreciendo descuentos! —echó una ojeada al lugar vacío—. No tenemos que ir a ningún sitio para entregar el tráiler. El comprador vendrá a la ciudad la próxima semana para algunos asuntos. Puedo realizar toda la transacción, ponerlo a su nombre, cobrar el dinero, todo ello por Internet.

Con uno de los faros traseros fundido, la furgoneta del granjero salió del recinto de la feria en dirección al camino de tierra que conducía a su casa, que estaba a menos de doscientos metros.

—¿Y qué haremos con los animales? —le entraron ganas de llorar.

—Dejamos libres a los pacíficos. Matamos a los peligrosos.

Trevin se frotó los ojos. Ella pegó una patada en el suelo.

—Mira, no es momento de ponerse sentimental. El zoo es un fracaso. De todas formas lo perderás todo muy pronto. Si eres demasiado cabezota como para aguantarlo más tiempo, vende este camión ahora y consigue así unas semanas extra, quizás toda una temporada, si ahorramos.

Trevin apartó la mirada. Las luciérnagas todavía parpadeaban sobre el río.

—Tendré que tomar algunas decisiones —dijo con la voz entrecortada.

—Ya las he tomado —dijo ella sosteniendo en alto la libreta—. Esto es lo que cabra en un semirremolque. Ya he despedido a Hardy y los peones con un cheque de indemnización postdatado.

—¿Y qué hacemos con el material, las jaulas?

—El vertedero municipal está al norte de aquí.

¿Era una nota de triunfo lo que detectaba en su voz? Trevin tomó la libreta. Ella dejó caer las manos a los lados, con la barbilla hacia arriba, mirándole. Las luces del zoo proyectaban largas sombras en su rostro. Podría darle una patada, pensó él, y durante un segundo su pierna tembló mientras se le pasaba por la mente.

Se metió la libreta bajo el brazo.

—Vete a la cama.

Caprice abrió la boca, luego la cerró callándose cualquier cosa que fuera a decir. Se dio la vuelta.

Mucho después de que ella hubiera desaparecido en la cabina, Trevin se sentó en el taburete, con los codos en las rodillas, la barbilla en la mano, contemplando cómo volaban los insectos alrededor de las bombillas. El tigrecela estaba echado sobre sus patas, alerta, mirando hacia el río. Trevin recordó unos espantosos dibujos animados que había visto en una ocasión. Un par de viejas brujas estaban sentadas en un carromato lleno de cadáveres. La que sostenía las riendas se giró hacia la otra y dijo: «¿Sabes? Cuando la plaga se acabe, nos quedamos sin trabajo».

El tigrecela se levantó, con la vista fija en el río. Paseaba impaciente en su jaula, pero no apartaba los ojos de la oscuridad. Trevin se estiró. ¿Qué es lo que miraba ahí fuera? Durante un rato, el retablo permaneció igual: los insectos revoloteando con un suave zumbido alrededor de las luces que iluminaban las jaulas; el metal brillante contra la envolvente noche de primavera, el inquieto tigrecela, el mostrador de venta de entradas de madera pulida contra la mano de Trevin y, al fondo, el rumor penetrante del Mississippi.

Más allá de las jaulas, saliendo del río, un trozo de negrura se desgajó de la noche. Trevin pestañeó paralizado por la fascinación y con los vellos de la nuca de

punta. La criatura, de brazos cortos, se irguió más alto que un hombre e inspeccionó el zoo, luego se puso a cuatro patas como un oso, pero su piel brillaba con humedad de salamandra. Su cabeza triangular husmeaba el suelo, moviéndose sobre la tierra mohosa como si rastrear un olor. Cuando llegó a la primera jaula, una pequeña que cobijaba a la comadreja serpiente, la criatura del río levantó sus patas delanteras y agarró la jaula entre las garras de sus dedos palmípedos. En un segundo, la jaula quedó irreconocible y la comadreja serpiente desapareció.

—¡Eh! —gritó Trevin, sacudiéndose el estupor.

La criatura lo miró. Trevin metió la mano bajo el mostrador de las entradas, agarró el bate de béisbol y avanzó. El monstruo se giró para agarrar la siguiente jaula. El rostro de Trevin enrojeció.

—¡No, no, no, maldita sea! —avanzó otro paso, otro más, y de repente se puso a correr con el bate sobre la cabeza—. ¡Vete! ¡Vete! —descargó el bate en la grupa del animal con un contundente porrazo.

La criatura aulló.

Trevin retrocedió y soltó el bate para cubrirse las orejas. Volvió a aullar, con tanta potencia como un pitido de tren. Durante una docena de latidos, la criatura se irguió sobre él, con las garras extendidas, luego pareció perder interés, se dirigió a la siguiente jaula y la desguazó dando un tirón a los barrotes.

A Trevin le pitaban los oídos. Recogió el bate del suelo y lo zarandó encarándose a la criatura. Erguido sobre sus patas traseras, el monstruo le enseñó los dientes, docenas de brillantes agujas en su mandíbula triangular. Trevin golpeó a la criatura en un costado. Esta se dobló con sorprendente flexibilidad, retrocediendo con las garras distendidas y lanzando un rugido ensordecedor. Trevin le lanzó un golpe. Falló. El monstruo descargó la zarpa en su pierna, rasgó sus pantalones y casi le hizo perder el equilibrio.

La criatura se movía torpemente, retrocediendo por la colina hacia el cercado del dique cuando Trevin volvió a golpearle. Falló de nuevo. La criatura intentó moverse en círculos a su alrededor. Trevin se escabulló hacia los lados, teniendo cuidado de no resbalarse en la tierra húmeda. ¡Ay si se cayera! La criatura cargó, con la boca abierta, pero reuló hacia atrás como un perro amedrentado cuando Trevin alzó el bate. El hombre respiraba con cortos jadeos, lanzando golpes contra el monstruo y obligándole a alejarse del zoo. A sus espaldas sonó una sirena de policía y los coches de bomberos rugieron, pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Sólo podía hacer frente a la criatura y mantener el bate preparado.

Tras una larga serie de fintas de espaldas al cerco, la criatura de pesadilla se quedó inmóvil, se encorvó y luego comenzó a levantarse justo en el preciso instante en el que Trevin descargó el bate con ambas manos por encima de su cabeza, golpeándole. Notó a través del bate que el cráneo crujía y la criatura se desplomó transformada en una estremecedora masa sobre el barro. Trevin, con el pulso desbocado, se balanceó durante unos segundos y luego se sentó junto a la bestia.

En la cima de la colina, bajo las luces del zoo, la gente gritaba hacia la oscuridad. ¿Eran jugadores de pelota? ¿Gente de la ciudad? Las luces de un coche de policía parpadearon, primero azules y luego rojas, y tres o cuatro coches con los faros encendidos aparcaron junto a los remolques. Obviamente no podían verle, pero estaba demasiado cansado para gritar. Ignoró el suelo mojado y se tumbó boca arriba. La criatura muerta olía a sangre y a limo del río. Trevin apoyó un pie sobre ella, casi lamentaba que estuviera muerta. Si hubiera podido capturarla, ¡menuda adquisición para el zoo! Poco a poco, el fuerte latido en su pecho fue calmándose. El barro estaba blando y caliente. Sobre su cabeza, las nubes se alargaron sobre la luna llena.

Se oía gente hablando en el zoo. Trevin asomó la cabeza para echar un vistazo. La gente se apiñaba y las luces de las linternas surcaban la oscuridad. Comenzaron a bajar por la colina. Trevin suspiró. No había salvado el zoo, no realmente. Mañana tendrían que abandonar uno de los camiones. En un par de meses, todo desaparecería, el otro remolque, los animales (estaba sumamente apenado por el tigre), las entradas triunfales en las ciudades con la música resonando y las banderas ondeando y la gente en fila para ver su colección de animales salvajes. Ya no había razón para llevar el uniforme de dueño del zoo con sus bonitas hombreras doradas. El *Newsweek* nunca volvería a entrevistarle. Todo había acabado. Si al menos pudiera hundirse en el barro y desaparecer, no tendría que ser testigo de la disolución de su propia vida.

Se sentó para que no pensaran que estaba muerto y saludó con una mano cuando la primera luz de linterna lo encontró. El barro chorreaba de su chaqueta. Los policías llegaron los primeros.

—¡Dios Santo, uno de los grandes! —el policía pasó la luz por la criatura del río.

—Ya te dije que el cercado no era seguro —dijo el otro.

Todos permanecieron alejados a excepción de la policía. El primer poli le dio la vuelta al cadáver. Sobre la espalda y con los bracitos caídos a los lados, no parecía tan grande o amenazador. Llegó más gente: algunos de la ciudad a quienes no reconoció, la pareja de ancianos de la granja del otro lado de los campos de pelota, y finalmente Caprice, con una linterna que parecía demasiado grande como para que pudiera transportarla.

El primer poli se arrodilló junto a la criatura, se echó el sombrero hacia arriba por la frente, y luego dijo muy bajito, por lo que Trevin adivinó que sólo el otro poli podía oírle:

—Eh, ¿no se parece al hijo de los Anderson? Dijeron que lo habían sacrificado.

—No era ni la mitad de grande, pero creo que tienes razón —dijo el otro poli lanzando un abrigo sobre el rostro de la criatura; luego se quedó un largo rato mirándolo—. No les digas nada, ¿de acuerdo? Maggie Anderson es la prima de mi mujer.

—No hay nada que ver aquí, amigos —informó el primer poli con voz mucho más alta—. Éste de aquí está muerto. Pueden regresar a sus casas.

Pero la atención de la muchedumbre ya no estaba puesta en ellos. Las luces de las

linternas se volvieron hacia Caprice.

—¡Es un bebé! —dijo alguien, y luego se acercaron a ella.

Caprice dirigió su linterna de un rostro a otro. Luego, con expresión desesperada, corrió torpemente hacia Trevin, enterrando la cara en su pecho.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró.

—Calla. Y sígueme el juego.

Trevin le acarició la cabeza y luego se puso en pie. Una punzada aguda en la pierna le indicó que se había desgarrado algo. El mundo a su alrededor era todo luz brillante, y no podía cubrirse los ojos. Los entrecerró para protegerlos.

—¿Es ésa su hija, señor? —dijo alguien.

Trevin la abrazó con más fuerza. Sus pequeños puños estaban aferrados a su abrigo.

—No he visto a un niño desde hace diez años —dijo otra voz.

Las luces de las linternas se aproximaron.

La anciana de la granja entró en el círculo, su rostro se iluminó de repente.

—¿Podría tener en brazos a su niñita, hijo? ¿Me deja que la sostenga? —alargó los brazos con las manos temblorosas.

—Le daré cincuenta pavos si me deja tenerla en los brazos —dijo una voz tras las luces.

Trevin se giró lentamente, rodeado de luces, hasta volver a mirar a la anciana. Una imagen se formó en su mente, vaga en un principio, pero que fue haciéndose más nítida a cada segundo que pasaba. Un camión semirremolque, el remolque decorado como una habitación de niños... ¡no, como una guardería! Empapelado con motivos del osito Winny de Puh. Una cuna. Una de esas cosas musicales que giran, ¿cómo se llaman?... ¡un móvil! Una pequeña mecedora. Música de niños. Y podrían ir de ciudad en ciudad. El cartel anunciaría LA ÚLTIMA NIÑA FORMA-O, y les *cobraría*, sí, lo haría, y ellos harían *largas* colas. ¡El dinero les saldría por las orejas!

Trevin apartó a Caprice de sí, mientras esta se aferraba a su abrigo.

—No pasa nada, cielo. La mujer buena quiere tenerte en brazos un poquito. Yo estaré aquí mismo.

Caprice lo miró con una clara expresión de desesperación en su rostro. ¿Podría estar ella imaginándose también el remolque con el parvulario? ¿Podría imaginar el cartel y la interminable procesión de pequeñas ciudades?

La anciana tomó a Caprice en sus brazos como si fuera un valioso jarrón.

—No pasa nada, niñita. No pasa nada —giró su rostro a Trevin, con lágrimas en las mejillas—. ¡Es exactamente como la nieta que siempre quise! ¿Ya habla? No he escuchado la voz de un niño desde hace una eternidad. ¿Habla?

—Venga, Caprice, princesa, di algo a la señora buena.

Caprice clavó sus ojos en el rostro de Trevin. Incluso a la luz de las linternas pudo ver el azul polar. Recordó entonces su voz burlona, que escuchaba noche tras noche mientras viajaban por el país. «No es financieramente sostenible continuar —diría

ella con su voz de niña de dos años—. Deberíamos reconocer lo inevitable».

Ella le miró con el labio tembloroso. Se puso el puño en la cara. Nadie se movió. Trevin ni siquiera los oía respirar. Caprice se puso el pulgar en la boca.

—Papá —dijo mientras lo chupaba—. ¡Miedo, papi!

Trevin se estremeció, luego forzó una sonrisa.

—Buena chica.

—¡Papi, *miedo!*

En la colina se oyó el ulular del tigrecela y, justo al otro lado del cercado, casi apenas visible a la luz de las linternas, el Mississippi gorgoteó y lloró.

11

RICHARD KADREY

Naturaleza muerta con Apocalipsis

[Still Life with Apocalypse]

Richard Kadrey es autor de seis novelas, incluyendo *Angel Scene*, *Butcher Bird*, y la novela ciberpunk por excelencia *Metrophage* (*Metrófago*). Sus relatos cortos han sido publicados en numerosas antologías, así como en las revistas *Asimov's*, *Interzone*, *Omni*, y *Wired*.

«Naturaleza muerta con Apocalipsis» fue publicado por primera vez en la revista digital *The Infinite Matrix*. La versión que aparece aquí está revisada y ligeramente expandida.

Kadrey afirma que el relato le fue inspirado por una imagen de un sueño en la que cadáveres de caballos eran sacados de unos canales bajo focos industriales. Tomó esa imagen y la transformó en una instantánea de la vida después de que todo se hubiera derrumbado... sobre la gente que sobrevive y las tareas con las que ocupan sus días, sobre los pobres miserables que recogen la basura en el fin del mundo.

Naturaleza muerta con Apocalipsis

Están sacando otro caballo del canal, su pelaje castaño reluce con un brillo rosa chicle producido por el freón. Cada noche, nuevos pozos brotan en la superficie desde las profundidades del subsuelo. Freón. Viejo aceite de motor. Agua pesada de misiles nucleares olvidados. Todos los días, unas cuantas docenas más de animales hambrientos se ahogan en las charcas estancadas.

Muerto y descoyuntado, el caballo se balancea como un muñeco de trapo cuando la pequeña grúa a diésel lo levanta ruidosamente de la porquería y lo deja en el muelle junto a los otros cuerpos. Bajo los focos industriales azulados, dividimos los cadáveres en Humanos y Animales, subdividimos los Animales en Mamíferos y Otros, luego subdividimos Otros en Vertebrados e Invertebrados, etc.

Comencé en Recuperación de Información, buscando documentos en oficinas del gobierno sumergidas, viejas bibliotecas y librerías. En una ocasión, entré en los archivos de la policía y me vi rodeado de fichas policiales y fotos de escenas de asesinatos y violaciones flotando. Entré en una oficina de Hacienda, donde un ciudadano insatisfecho había destripado a un inspector y luego había colocado las vísceras del burócrata en la fotocopidora. Nadé a través de cientos de granulados duplicados impresos de su hígado e intestinos. Entré en una librería de adultos y me llevé unos cuantos juguetes sexuales empapados y antiguos números de *Wet & Messy Fun*. Tráete cualquier cosa útil, me dijeron, así que ¿por qué no? Todo lo que recuperaba iba a una enorme pila que debía ser organizada por los de Clasificación de Información.

Ojalá hubiera habido una guerra, una plaga o un nuevo y gigantesco Chernobyl. Algo que pudiéramos señalar y decir: «Eso es. Eso es lo que acabó con el Mundo». Pero no fue así.

Comenzó en Nueva York. O Londres. Bombay, posiblemente. Un accidente de tráfico sin importancia, sólo un rasguño, y alguien no llegó a una reunión, lo que significó que alguien no pudo enviar un fax, lo que a su vez provocó que alguien perdiera un avión. Ese alguien se enzarzó en una discusión con un taxista y recibió un tiro. Nadie sabe quién lo hizo. En todo caso, el disparo desató una revuelta. Las cámaras de televisión retransmitieron la revuelta callejera en directo en un país tan ahogado por la furia y la tensión que se reprodujeron revueltas desde Maine hasta Hawai. Cuando la cobertura mediática llegó a los satélites, estallaron revueltas espontáneas por todo el mundo.

En el aeropuerto de Helsinki-Vantaa, un grupo de portamaletas y trabajadoras del sexo en huelga lanzaron máquinas expendedoras desde las ventanas del tercer piso sobre el aparcamiento, matando a un diplomático español que estaba de visita. En Shangai, los granjeros y los estudiantes comenzaron a arrasarlo todo, destruyendo a su paso los casinos en primera línea del océano recientemente construidos, quemaron los edificios y lanzaron billones de yuanes al mar. En Nueva Orleans, los niños asaltaron los cementerios a ras de tierra y arrastraron los muertos por las calles.

Volvieron a surgir antiguas rivalidades entre naciones, y envidias recientes. En todo el mundo, los gobiernos convocaron reuniones de emergencia. Muchos políticos consideraban la repentina erupción de violencia como un ataque contra sus ciudadanos por células terroristas. Otros clamaban que se trataba de una plaga bíblica, Ragnarök o el temprano advenimiento de los Rudras.

No sabría decir cuánto tiempo ha pasado desde que el mundo se rompió en pedazos. Todos los relojes parecen haberse parado. Un par de críos construyeron un reloj de sol, pero la mitad de las ciudades del mundo todavía arden y el cielo es una sopa de torbellinos de cenizas. Nos procuramos calor saqueando las bibliotecas por las que solía pasearme; quemamos primero los viejos periódicos, luego los catálogos de fichas, los best sellers y los libros de autoayuda, hasta finalmente llegar a las primeras ediciones.

Algunos días, el cielo se abre y llueven peces. En ocasiones piedras, o muñecas Barbie. Ayer noche cociné un salmón aéreo con una copia firmada de *El gran Gatsby*. Compartí el pescado con Natasha, una chica muda que maneja una de las grúas para levantar cadáveres de las charcas de freón. Ha estado viviendo conmigo en los muelles, en el barco contenedor que expropié. Maté a un hombre para hacerme con el contenedor y todavía tengo que descuartizar y cortar en trocitos en ocasiones a algún que otro allanador de moradas. Natasha no le tiene miedo a un cuchillo o a una barra de hierro y ella misma se ha encargado de varios intrusos. O al menos supongo que eran intrusos. En todo caso, nos aseguramos el suministro de carne.

No estoy seguro de que se le pueda llamar una relación romántica típica. Vivo con una chica que sabe hacer guantes con la piel de un caniche y hurga la basura buscando botas y ropa para mí, y siempre son de mi talla. Cultiva hierbas en una bañera en el tejado y decora nuestra casa con juguetes de cuerda y pedazos de estatuas rotas de museos saqueados. Echo de menos los helados, los descapotables e ir al cine. No soy tan idiota para pensar que soy más feliz desde que el mundo desapareció, pero, a excepción de las lluvias de piedras, tampoco soy más desgraciado.

Encontraron una capa de animales del zoo bajo la carretera desmoronada del puente de Williamsburg. Las gentes de allá han estado alimentándose principalmente de filetes de elefante y hamburguesas de jirafa. El gobierno local quiere que les ayudemos a recoger el resto de cadáveres, así que eso hacemos. Nadie pregunta por qué. Es algo que hacer. Además, los funcionarios se niegan a que el mundo acabe hasta que todos los impresos sean entregados, sellados con fecha y debidamente firmados. El Apocalipsis es el último estertor de la burocracia.

Tras la cena, Natasha y yo nos sentamos en la cubierta del carguero contemplando un campo lleno de coches de policía que se hunden lentamente en un pozo de alquitrán que acaba de brotar. Todos los del puerto están allí. Lanzamos un poderoso aullido cuando desaparece el último coche, borboteando, de la superficie.

¿Podría apagar las luces el último en irse del planeta, por favor?

12

CATHERINE WELLS

Los Ángeles de Artie

[Artie's Angels]

Catherine Wells es autora de varios libros, incluyendo la novela post-apocalíptica *Mother Grimm* y la trilogía de Coconino: *The Earth Is All That Lasts*, *Children of the Earth*, y *The Earth Saver*. Su último trabajo es *Stones of Destiny*, su primera incursión en la ficción histórica. Sus relatos breves han sido publicados en *Asimov's* y *Analog*, y en las antologías *Redshift* y *The Doom of Camelot*.

Este relato, que apareció por primera vez en *Realms of Fantasy*, fue inspirado por un aterrador sueño que Wells tuvo hace más de treinta años. En el sueño, un hombre joven escalaba un caño de desagüe en una casa de vecinos para visitar a su amigo; y aunque era una buena persona, alguien entró en su tienda de bicicletas y le disparó una bala a través del vidrio del escaparate. La insensatez e injusticia de ese suceso onírico persiguió a Wells durante años, hasta que más tarde, mientras montaba en una bicicleta tándem por las calles de Arizona, se imaginó una sociedad post-apocalíptica en la que había bicicletas y jóvenes como el de su sueño, y «Los Ángeles de Artie» fue el resultado.

Los Ángeles de Artie

Cuando uno se propone contar una mentira, supongo que es contraproducente escribir la verdad en la forma que lo voy a hacer. Pero cualquier población que sobreviva en la Tierra probablemente no lea esto, y mucho menos lo crea. La mayoría de ellos ni siquiera saben leer, al menos no inglés de libro, y la cosa parece que va a ir aún peor, lejos de mejorar. Mucho, mucho peor.

Mi nombre de nacimiento es Faye, pero no lo he usado desde que tenía diez años. Ese es el año que nos mudamos bajo el escudo de radiación a un edificio ruinoso en Kansas Habitat. Mi madre lloró porque mi hermano pequeño acababa de morir cuando llegamos allí, y no paraba de lamentarse porque creía que si hubiera entrado antes podría haber sobrevivido. Pero se necesitaba dinero o tener ciertas habilidades para entrar en el escudo de radiación, y mis padres no tenían ninguna de las dos cosas. Así que nos freímos la piel y los ojos bajo la luz del sol no filtrada en la Tierra hasta que suficiente gente rica se mudó a lugares fuera del mundo y hubo sitio para nosotros bajo el escudo.

Artie llamó a mi ventana la primera noche. Había trepado por el caño de desagüe desde su apartamento justo debajo. La lluvia artificial ya no funcionaba en nuestro sector, por supuesto, porque la infraestructura iba derecha al infierno, pero el caño de desagüe todavía estaba ahí. Artie D'Angelo era un chaval flacucho de mi edad, que parecía un tanto bobalicón, pero ágil como un mono. Al verlo colgando del desagüe sentí sorpresa más que miedo.

—¡Hola! —dijo a través del cristal con una gran sonrisa. Tenía el pelo oscuro y rizado, ojos profundamente marrones y grandes orejas.

Me puse en pie en la cama, que estaba bajo la ventana, y me quedé mirándole.

—¿Vas a abrir? —preguntó—. ¿O vas a dejarme colgado del desagüe toda la noche?

Tras echar un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que la puerta estaba cerrada, levanté el cristal y Artie entró.

—Soy Artie —se presentó—. Vivo en el piso de abajo.

—Faye —contesté—. ¿No puedes usar la puerta?

—Llamé antes —dijo—, pero nadie respondió.

Yo sabía el motivo.

—Mi padre tiene miedo de abrir la puerta —le dije a Artie.

—En este vecindario es lo mejor. Pero vi que os mudabais aquí y pensé que debíais de ser de fuera, y que probablemente necesitaríais a alguien que os enseñara el barrio.

Durante los siguientes meses Artie hizo exactamente eso. Había nacido en KanHab, conocía a la perfección su superficie y su subsuelo. Si no hubiera sido por su protección, probablemente yo habría muerto ese primer año. Para cuando

permitieron que escoria como mi familia entrara, en la mitad de los sectores reinaba en mayor o menor medida la anarquía, y un niño de diez años podía acabar fácilmente muerto si no sabía hacia dónde correr o dónde esconderse. Artie me enseñó eso y más cosas. En esos primeros tiempos él fue mi salvación, y en estos últimos tiempos yo seré la suya.

Fue mientras estábamos escondiéndonos de las Patrullas Ciudadanas en el sector B4 cuando él mencionó por primera vez el nombre que yo adoptaría para mí. Por entonces las Hermanas de la Alfabetización todavía mantenían abiertas escuelas en el B4, que era lo más cercano al sector B9, donde vivíamos Artie y yo. La escuela no me divertía, pero mamá quería que fuera, y Artie insistía en que cruzar hasta el B4 era como mínimo tan seguro como vivir en el B9. La mayor parte del tiempo eso era cierto, pero no cuando las Patrullas Ciudadanas hacían sus rondas.

Sabíamos que ese día iba a haber problemas, porque el pupitre de Melissa estaba vacío cuando pasaron lista, y se rumoreaba durante el recreo que la habían encontrado en un cubo de la basura y que le faltaban algunos miembros. Así que las Patrullas Ciudadanas salieron esa tarde, buscando a alguien a quien culpar. Los del sector B9 eran su blanco favorito. Artie y yo corrimos entre sombras y luces, por encima y por debajo de la superficie, intentando alejarnos de su ruta. Les observamos desde debajo de un carro de mantenimiento abandonado mientras interpelaban a tres adolescentes que jugaban con aros en la calle.

Debieron de identificar a los chicos como habitantes del sector B4, porque la Patrulla comenzó a alejarse de ellos; pero entonces uno de los chicos dijo algo. Algo sucio y cruel. Y un agente de la patrulla simplemente le disparó. Con una ballesta, claro está, porque no se permitía ningún arma de pulso electromagnético o de proyectiles en los hábitats... había demasiado peligro de dañar el escudo. Cuando los otros dos chicos hicieron ademán de sacar sus cuchillos, los de la Patrulla les dispararon también.

He visto morir a gente antes... las cosas eran incluso peores fuera que dentro del escudo. Pero esta era la primera vez que sabía, lo sabía, que si me movía lo más mínimo, yo sería la siguiente. Uno de la Patrulla se acercó y pateó a los chicos para cerciorarse de que estaban muertos. Otro rajó los pantalones del chico bocazas y le rebanó sus partes íntimas.

—Eso por Melissa «escuché que decía, al tiempo que lanzaba la carne sanguinolenta al otro lado de la calle. Aterrizó justo en el extremo del carro donde yo estaba escondida.

La visión de aquello, allí, tan cerca de mi cara, me hizo dar una arcada de terror. Me metí el puño en la boca para evitar gritar, y Artie me abrazó, ocultando mi rostro contra su escuálido pecho y apretándome contra él.

—Sshh —susurró en mi oreja, sabiendo lo aterrada que estaba y lo terrible que sería que la Patrulla Ciudadana nos oyera—. No pueden hacerte daño. No pueden hacerte daño, Faye, porque... porque eres mágica.

Me sorprendió tanto que dejé de llorar, preguntándome de qué diablos hablaba. No podía ver a la Patrulla Ciudadana por la forma en que me apretaba contra él, pero después de un minuto o dos me dejó libre, por lo que supe que ya se habían ido.

—¿Qué has dicho? ¿Mágica? —inquirí apenas con un susurro, sin saber a ciencia cierta a qué distancia se encontraban.

—Se han ido, ¿verdad? —me susurró—. Mágica. Tienes el nombre mágico.

Le dije que estaba diciendo tonterías.

—Quizás —reconoció, observando cautamente la calle para asegurarse de que estaba totalmente despejada—. Pero tu nombre, «Faye», es como Morgana LeFey, ¿verdad? —comenzó a salir a rastras de debajo del carro.

—¿Quién? —pregunté arrastrándome tras él.

—La hermana del Rey Arturo —dijo—. Ella era mágica. Llevó a Arturo a la Isla de Avalón, donde no podía morir.

Más tarde, esa misma noche, Artie escaló por el desagüe hasta mi cuarto y nos sentamos allí durante horas en la oscuridad mientras él me contaba historias sobre el Rey Arturo y sus caballeros: hombres que defendían a los desamparados en lugar de convertirlos en víctimas, hombres que luchaban contra los villanos de su época y vencían indefectiblemente. Hasta años más tarde no fui consciente de cómo había elaborado esas historias para mí esa noche, para hacerme creer que en otro tiempo había existido gente que se preocupaba por los que eran como yo, que defendían la justicia y la nobleza de espíritu, que consideraban honorable proteger a los débiles.

Esa noche adopté el nombre de Morgana, no porque pensara que era mágico, sino porque quería formar parte de ese ideal. Necesitaba la esperanza que el Rey Arturo representaba, y lo vi reflejado en mi Arturo... Artie. Imaginarme que era su hermana me agradaba de una forma silenciosa y profunda que no podía explicar. Y no es que fuera la única que se sentía tan poderosamente atraída hacia Artie. Empezaba a tener un grupo de seguidores cuando yo lo conocí: niños con los que había crecido, y otros, como yo misma, de quien se había hecho amigo por el camino. Cuantos más fuéramos, más seguros estábamos, mientras no hubiera ballestas de por medio. El grupo ofrecía la protección de una docena de cuchillos que no podían ser arrebatados todos al mismo tiempo. Y entonces descubrimos otra forma de protección... o, más bien, Artie la descubrió, y le cambió. Nos cambió a todos.

Éramos ladrones por aquel entonces. Detesto reconocerlo, pero eso es lo que éramos. Artie era un ladrón. Yo era una ladrona. Pero seguíamos cierta ética en nuestra conducta, porque nunca robábamos a personas más pobres y más débiles que nosotros... esos fueron los rudimentarios comienzos del Código. Pero cogíamos cosas que no nos pertenecían y no le dedicábamos más reflexión que la que dedican las cabras al cultivo de la hierba. Así es como nos topamos con las primeras bicicletas.

José lo empezó todo. Un convoy de abastecimiento había llegado del exterior, cargado de mercancía para la plataforma de lanzamiento. Así es como llamábamos a

los sectores donde vivían los ingenieros y administradores y otros de la élite, aquellos que sin duda tendrían un pasaje en el siguiente carguero que sacara a gente de este planeta moribundo. Mientras el último conductor paró para flirtear con la guardia de la entrada, José abrió con una palanca la cerradura del camión y se deslizó dentro. Trabajaba para otros chicos mayores, por supuesto, pero para cuando pararon el convoy en un control de carretera en el G5, José ya había marcado el cargamento, de forma que sabían qué cajas robar. Una de ellas contenía seis bicicletas.

La bicicleta era su ganancia. Nunca vi a nadie más orgulloso que José cuando apareció con esa bicicleta. La llevaba sobre el hombro porque no sabía cómo montarla, y de todas formas se había salido la cadena. Artie la miró, y la miró aún más, y yo podía ver cómo las ideas giraban en su cabeza como un ciclón. Tenía trece años por aquel entonces, y aunque todavía era delgado, ya había crecido lo suficiente para disimular la desproporción de sus orejas y dientes, de forma que las chicas empezaban a lanzarle miraditas; pero, cuando una idea lo poseía, todavía parecía un chico bobalicón, con la boca colgando abierta y los ojos vidriosos.

—Tú sabes montar, ¿verdad? —preguntó José, porque, como la mayoría de chavales más pequeños, creía implícitamente que Artie sabía todo lo que valía la pena saber y que poseía todas las habilidades que valía la pena adquirir. Artie incluso había logrado abrirse camino hasta la Academia Spark, lo cual dejó asombrado a todo el mundo. Los niños del B9 no entraban en la Academia Spark. La mayoría de ellos ni siquiera se preocupaban de ir al colegio.

Artie no contestó a la pregunta de José; yo no estaba segura de que la hubiera oído.

—Yo sé montar —le dije en voz baja, dándole un codazo—. Aprendí en el exterior. Hay bicis tiradas por ahí que uno puede coger sin pagar nada; mi viejo me arregló una para mí.

Finalmente los ojos de Artie se apartaron de la bicicleta y se clavaron en mí, todavía dando vueltas absorbidos en sus rápidos pensamientos.

—¿Tu padre sabe arreglar bicicletas?

—Sabe de máquinas y to eso —dije encogiéndome de hombros—. Por eso pudimos entrar al final en el escudo. Aprendió el oficio de soldador.

Al oírme, Artie frunció el ceño y regresó al presente.

—No hables como una barriobajera, Morgana —me reprendió—. Tienes que practicar inglés de libro si vas a entrar en la Academia conmigo.

Ése era su sueño para mí, que yo aprobase los exámenes de ingreso para ir también a la Academia Spark. Yo me esforcé, porque él decía que debía hacerlo, pero nunca tuve muchas esperanzas de lograrlo.

—Sí, Artie, sabe algo sobre bicicletas —dije articulando las sílabas exageradamente—. No estoy segura de cuánto.

Lo suficiente. Cuando mi padre salió de su turno, dejó la bicicleta reparada en menos de quince minutos; luego Artie, con la bicicleta y conmigo, buscó una zona

desierta en el túnel donde poder aprender a montar a dos ruedas sin espectadores. Yo era la única persona que permitía que fuera testigo de la vergüenza de sus primeros fracasos. Una semana más tarde, cuando devolvió la bicicleta a José, llegó montado en la bici por la calle hasta donde los otros esperaban, frenó suavemente y desmontó con consumada práctica.

—Necesitamos más de éstas —anunció Artie—. Todos debemos tener una montura. Podemos dejar atrás a cualquiera montados en estas cosas. Podemos recoger las raciones de nuestras familias sin miedo a ser atacados de regreso a casa, porque nadie podrá pillarnos. Podemos acudir en ayuda de un amigo que esté en problemas, y podemos alejarnos del peligro cuando venga a por nosotros. Las bicicletas son la respuesta.

Y como era Artie, todos le creímos.

Durante el siguiente año las bicicletas brotaron como setas de aleación de aluminio en las calles del sector B9. Perdimos a un niño en el proceso: Torey recibió un disparo de los de Seguridad cuando escapaba del F5, donde nunca debería haber estado merodeando. Pero sin él quedábamos diecisiete sobre ruedas. Los Caballeros de la Rueda Redonda, reí.

Uno podría preguntarse cómo demonios lograba Artie tener tantos seguidores, ganarse la lealtad de tantos que no dudarían en sacrificarse ellos mismos y su propio bienestar para seguir el Código, y en ocasiones lo hacían. La respuesta, estoy convencida, reside en tres cualidades que Artie poseía en mayor medida que otros seres humanos: la compasión, la convicción y la compulsión. Cuando Artie captaba una idea, iba tras ella con una dedicación a la que los mortales ordinarios jamás podrían aspirar, y la intensidad de su devoción absorbía a otras personas como un agujero negro.

Las bicicletas se convirtieron en su mundo. Con los conocimientos básicos de mi padre y algunos libros que encontramos en la red, Artie no sólo aprendió a mantener y reparar las bicicletas, también aprendió sobre la geometría del cuadro, los factores de esfuerzo e indicadores de rendimiento. Yo también aprendí algo, porque no se podía estar con Artie y no aprender, pero principalmente me dediqué al mantenimiento y las reparaciones. Sin embargo, a él no le bastaba que todos aprendiéramos a montar y cuidar de nuestras bicis... debíamos entrenar. Nos despertaba antes de que amaneciera cada día, haciéndonos correr por las calles vacías del B9 y del B7. Nuestras piernas se llenaron de músculos mientras competíamos unos con otros por ser los mejores en velocidad y resistencia.

Pronto nos adentramos en otros sectores distintos a los nuestros, hasta que nuestra presencia llegó a ser habitual en los sectores Bs. y GS. a nivel de suelo, e incluso en algunas partes de los sectores A. Diecisiete ciclistas volando en grupo a más de treinta kilómetros por hora es una visión impresionante... lo cual era a un mismo tiempo bueno y malo. Una pandilla de matones en el A12 llamados los Grandes Perros intentaba tendernos trampas cada vez que cruzábamos su sector, y lo

cruzábamos con frecuencia escoltando a Artie hacia y desde la Academia Spark. Pero siempre éramos demasiado rápidos o demasiado astutos, demasiado móviles para ellos.

Había dos razones por las que Artie seguía aceptando el reto de acudir a la Academia Spark. De acuerdo, tres. La tercera era que no podía soportar que nadie le dijera que no podía hacer algo. Pero la primera era que le gustaba aprender. Cargaba sus baterías. Estudiaba ingeniería mecánica, y los profesores en Spark de hecho lo animaron a tomar ese camino. Supongo que pensaron que podía ayudar a evitar que la infraestructura del hábitat se derrumbara a nuestro alrededor.

Pero la segunda razón por la que seguía yendo a la Academia era Yvonne.

Es cierto que Artie tenía novias en el vecindario, y sabía desde que fue lo suficientemente mayor por qué un hombre querría insertar la Clavija A en la Ranura B. No es que me contara exactamente la primera vez que tuvo sexo (debía pensar que, siendo una chica, no me gustaría escucharle hablar sobre sus conquistas), pero sabía que había pasado, porque me di cuenta de que una chica intentaba tomar posesión de él. Pocas posibilidades tenía. Artie, en cuestión de chicas, siempre elegía champán, y uno no encuentra champán en el B9.

Yvonne era champán. Nunca la conocí, pero lo sabía porque Artie me contó todo sobre ella. Él había entregado su corazón, y no era la clase de cosas que uno podía ir contando a otros chicos, así que me lo contó a mí. La mayoría de lo que aprendía en la Academia Spark, me confesó, podría aprenderlo de libros y vídeos que estaban disponibles a distancia con un sistema remoto, incluso con el arcaico equipamiento del B9. Y, además, podía ganarse el pan con el servicio de mensajería que había montado, así que realmente no necesitaba entrar en un programa universitario. Pero una chica como Yvonne nunca se casaría con un mensajero ni viviría en el B9. Así que debía conseguir un título y una mejor ubicación para poder compartir su vida con Yvonne.

Que conste que yo creo que él habría ido a la Academia de todas formas. No es que no le gustara la mensajería... le gustaba usar sus habilidades ciclistas, evitando obstáculos, flirteando con el peligro sólo para escapar. Le gustaba organizarnos al resto como mensajeros, y le gustaba entregar paquetes de la forma más rápida y segura a personas que tenían miedo de andar por las calles. Al igual que cuando protegía a niños más pequeños y ayudaba a recién llegados a adaptarse al hábitat, era su forma de tocar las vidas de la gente y hacerlas mejores. La necesidad de hacer eso estaba profundamente arraigada en él, y en ello basó el Código que estableció.

Sin embargo, por Yvonne necesitaba ser más que un mensajero. Los demás de la pandilla sabían que Artie tenía una novia en la Academia, pero creían que no era distinta a las chicas con las que tonteaba en el B9... No obstante, resultaba más excitante montárselo con una princesa del C5, así que el resto de chicos admiraban a Artie por ello. Y por eso, cuando Yvonne dejó plantado a Artie, este escaló por el desagüe hasta mi cuarto y lloró entre mis brazos.

Nunca fuimos amantes, Artie y yo. Él nunca me quiso de esa forma, y yo tenía claro que sería un error intentar seducirlo. Habría sido de risa: yo soy una mujer hogareña, y además era una niña fea. Mi madre decía que se debía a la radiación que sufrí en el exterior. Culpaba a la radiación de todo, pero no tuve que buscar mucho para encontrar la larga mandíbula y los ojos juntos que había heredado, o el lacio y grisáceo cabello y los dientes torcidos. Mi cuerpo también carece de belleza: tengo una complexión huesuda y pechos pequeños. Hay chicos a los que no les importa cómo es la Ranura B, siempre que quepa la Clavija A, pero Artie nunca fue uno de ellos.

Así pues, lo abracé la noche que Yvonne rechazó su amor, sabiendo que eso era lo más cerca que iba a poder estar de él. Al día siguiente se marchó y construyó su primera bicicleta.

Antes de que se graduara en la Academia Spark, los consejeros del centro intentaron redirigirlo hacia capacitación profesional, por el gran don que tenía con las tareas manuales: tallar, moldear, soldar. «¿No serías más feliz —le preguntaron— fabricando componentes? ¿Construyendo máquinas? ¿Creando un producto?» Si Yvonne lo hubiera plantado antes, habría cedido a las presiones de los consejeros; pero les dijo que él podía hacer ambas cosas: diseñar y construir. Con el corazón hecho trizas, necesitaba demostrarlo.

No fue una obra de arte esa primera bicicleta: unos cuantos tubos de aleación soldados. Pero se podía usar perfectamente, y era un comienzo. DeRon y yo nos hicimos cargo del negocio de mensajería (ya gestionábamos nosotros el mantenimiento rutinario y la reparación de nuestras bicicletas) para que Artie tuviera tiempo para la fabricación. Sus maestros en el programa de ingeniería de la universidad se burlaban de él, me contó, por perder el tiempo construyendo «juguetes».

Nuevos robots para desatascar agua estancada y alcantarillas, o geometrías innovadoras para levantar los túneles hundidos de KanHab... esos proyectos valían la pena para un ingeniero mecánico, decían. No el transporte rápido por las sucias calles de los sectores sin ley.

Pero él hacía todo lo que le pedían durante el día, y cuando la oscuridad cubría KanHab, cerraba la puerta de entrada del abandonado almacén que nos servía de cuartel general, revisaba sus dibujos y construía.

Artie se responsabilizó de que todos los niños del B9 que siguieran el Código tuvieran una máquina eficiente y a punto que pudiera alejarlos del peligro. El Código era bastante simple en ese momento: cuida tu bici y a tus amigos; nunca pelees cuando puedes correr; estudia y aprende; haz que las cosas mejoren para todos, no sólo para ti. Esos mismos principios eran un requisito para todos los de la pandilla.

Por entonces ya habíamos dejado de robar y nos habíamos convertido en un negocio legítimo, reconocido por la Administración, repartíamos paquetes y llevábamos a cabo misiones de reconocimiento para los convoyes de sillas de ruedas

eléctricas y grupos de peatones a través de KanHab. Llevábamos insignias que nos identificaban como parte del equipo de Artie: los Ángeles de Artie, nos autodenominábamos, con autorización para cruzar sectores y pasar con las bicicletas por los túneles y edificios públicos. La Administración nos proporcionó cascos, guantes y armadura corporal ligera como parte de nuestro racionamiento y fabricaron tacos para que Artie los ajustara al calzado flexible con espinillera de metal y así poder bloquear nuestras zapatillas en los pedales. Cuando montábamos en pandilla, todos con idéntica armadura y calzado, la gente se apartaba con la boca abierta.

Originalmente aceptábamos el pago de nuestros servicios en comestibles, herramientas y ropa, pero a medida que nuestra base de clientes fue expandiéndose a otros sectores, cobramos cada vez con mayor frecuencia en ExCees, o Créditos de Cambio, inyectados a través del presupuesto del hábitat y canjeables por raciones, entretenimiento, o casi cualquier otra cosa que deseáramos. Yo cogía una sola ración para mí y entregaba el resto de lo que ganaba a Artie, para que comprara el material de las bicis que daban una oportunidad a los chavales del B9: una oportunidad para aprender, una oportunidad para crecer, una oportunidad para creer en la bondad y el valor de otras personas.

Pero es difícil proporcionar esperanzas a un planeta moribundo.

Mientras Artie intentaba mejorar las cosas en el B9, fuera de KanHab la vida fue haciéndose cada vez más fútil. Las plantas y los animales morían bajo la luz solar sin filtrar, la gente se moría de hambre, los bebés nacían con mutaciones tan terribles que sus propios padres los sacrificaban. Reinaba la brutalidad, porque la vida era corta y fea, y la gente no dudaba en disfrutar con cualquier placer que pudiera experimentar, y que con demasiada frecuencia se limitaba a la descarga de adrenalina obtenida al imponer la voluntad propia sobre otra persona u otras cosas. No sé cuánto tiempo llevaban los Segadores causando problemas allá fuera, pero el día que rompieron el cerco de Seguridad de KanHab es un día que nunca olvidaré.

Conducían viejas motocicletas con motores de combustión que funcionaban con cualquier alcohol que pudieran fabricar. Su filosofía era nihilista: la Tierra y sus habitantes estaban condenados, así que ¿por que no ayudarles en su camino hacia la destrucción? Si ellos mismos morían o no en el proceso parecía no importar lo más mínimo a los Segadores. De los veinte más o menos que atacaron el cerco ese día, sólo dos hicieron algún esfuerzo por escapar a la muerte segura que encontraron en manos de los defensores de KanHab.

Pero antes de morir, dieciocho agentes de Seguridad y más de cien civiles fueron abatidos por las armas de proyectiles de los Segadores... por no mencionar la gente a la que simplemente atropellaron. Cientos más se quemaron hasta morir en los incendios que habían provocado.

La infraestructura de la cerca de entrada, incluyendo el escudo de radiación, estaba tan seriamente dañada que la Administración clausuró todo el sector y simplemente construyó una nueva verja de entrada un poco más adentro. No hicieron

nada para reparar los túneles desplomados o los edificios destruidos por el fuego de los sectores A7 y 8. ¿Para qué? El espacio físico no era lo que mantenía a la gente fuera de KanHab, sino la falta de alimentos de nuestros invernaderos. Quedaban montones de viviendas y los Segadores habían aterrorizado sólo áreas residenciales en su frenesí de destrucción.

Artie dejó de asistir a clase durante dos meses mientras él y otros estudiantes ayudaban a reparar el daño causado al escudo y otras partes críticas de la infraestructura. Un día, mientras trabajábamos en el subsuelo de C17 (Artie como ingeniero de campo y DeRon y yo como sus jefes de cuadrilla), la mujer más abrumadoramente hermosa que jamás había visto se acercó a nosotros: alta y esbelta, pómulos altos en un rostro ovalado y una piel oscura e inmaculada.

—¿Señor D'Angelo? —preguntó, y su voz era como la nata espesa, un fluido suave y denso que se derramaba y empapaba el aire sediento.

Artie quedó totalmente conmocionado; lo llevaba escrito por todo el rostro mientras bajaba de la escalera en el que estaba subido.

—Yo soy Artie D'Angelo —respondió.

Intenté ver lo que Saronda veía: un joven atlético de más de un metro ochenta de estatura, con un estómago plano y muslos como troncos de árbol; el pelo negro se había apelmazado en rizos por el sudor de debajo de su sombrero rígido; ojos enrojecidos y dos días de barba indicaban que durante las pasadas cuarenta y ocho horas tan sólo se había dedicado a rescatar lo que pudiera de la destrucción.

Pero ella sonrió, una sonrisa cálida, sincera y relucientemente blanca.

—Soy Saronda McCabe. Tengo entendido que fabrica bicicletas.

Era estudiante de ingeniería eléctrica y su padre estaba preocupado porque debía desplazarse desde su casa en el F3 hasta sus prácticas en el C7. Había pensado que una bicicleta podría ser la solución. Artie estuvo conforme, siempre que también recibiera entrenamiento práctico para evitar el peligro... el cual, por supuesto, él mismo estaría dispuesto a proporcionarle sin coste alguno. DeRon y yo intercambiamos miradas, luego nos llevamos a la cuadrilla a almorzar mientras ellos dos se hacían ojitos e intercambiaban cumplidos.

—Diez ExCees a que se mete en sus bragas antes de mañana —susurró DeRon mientras doblábamos una esquina.

Yo no lo creía... Saronda era material de primera clase... pero no fui tan estúpida como para aceptar la apuesta. E hice bien... habría perdido.

En cuanto la bicicleta de Saronda estuvo lista, comenzamos a desviarnos hacia el F3 en nuestras salidas de la mañana para escoltarla unos tres kilómetros, tras lo cual ella y Artie se separaban de nosotros y seguían su camino... porque, como él decía, ella todavía no podía mantener nuestro ritmo. Y era cierto, y se quedaron más tiempo con nosotros a medida que Saronda fue mejorando. Pero ella tenía asignada una vivienda separada de la de sus padres (su padre tenía un alto cargo en la Administración) y en un par de meses recogíamos también a Artie en el sector F3. La

fabricación de bicicletas se quedó aparcada. De todas formas, por aquel entonces todos los niños del B9 tenían bicicletas y cada Ángel tenía una máquina customizada de primera. Los fines de semana regresaba al B9 para controlar el negocio de mensajería y estar con su pandilla, y seguía siendo el mismo Artie: la misma sonrisa enorme, la misma risa cálida, la misma permanente preocupación por su vecindario. No obstante, los niños le echaban de menos y algunos comenzaron a comportarse mal, violando el Código. Eso hizo que regresara durante un tiempo, porque reconocía que su presencia era necesaria para mantenerlos por el buen camino, para que siguieran creyendo. Sin embargo, fue por esa época cuando más me preocupe por él, porque al llegar la noche y cuando todos comenzaban a cerrar las puertas, se subía en su bicicleta y se dirigía al F3 para ver a Saronda. Era una mala hora para salir sin la pandilla.

Me dije a mí misma que Artie estaba cometiendo un terrible error, que iba derecho a otro batacazo como el de Yvonne; pero no creo que realmente me lo creyera. Se le veía demasiado feliz, y Saronda (maldita sea su perfecto rostro esculpido) era una buena persona. Genuinamente buena. Me gustaba, por mucho que me empeñara en lo contrario. En una ocasión ella se vino con nosotros al B9, porque quería ver dónde vivía Artie y los demás, para conocer a los niños y oírlos recitar el Código.

—Quise unirme a las Hermanas de la Alfabetización cuando era más joven —me confesó mientras Artie explicaba a un chaval de nueve años cómo funcionaba el cambio de marchas y la forma más sencilla de volver a meter la cadena—, pero mi padre se negó en redondo. Dijo que donde nos vamos a ir...

Ella se calló bruscamente, y vi el dolor en su rostro antes de cambiar de tema rápidamente. Pero entonces lo supe. Lo supe. Y quise gritarle a Artie por ser tan estúpido, y a Saronda por no detener todo esto, y a mí misma por no sacudirles a ambos y hacerles enfrentarse a la realidad... pero ellos estaban tan enamorados... Lo único que tenemos aquí en el B9 son momentos. Supuse que ellos tenían derecho a los suyos.

En septiembre, la nave de transporte llegó y comenzó a embarcar a aquellos que podían pagar los honorarios de cooperación que les permitía un pasaje fuera del mundo. Hubo un breve revuelo de nerviosismo cuando un Segador renegado asomó de donde había estado escondido durante diez meses para lanzar una granada de fabricación casera a la lanzadera en el momento en que la nave se estaba acoplando. Murió con seis pernos de ballesta clavados en el pecho, y un heroico agente de Seguridad se lanzó sobre la granada de forma que no produjo ningún daño a la lanzadera. Lo vi todo en las noticias sin prestarle mucha atención, esperando un golpe en mi ventana.

La sonrisa de Artie a través del cristal parecía forzada.

—¿Vas a abrir? —preguntó—. ¿O vas a dejarme colgado en este desagüe toda la noche?

Yo esperaba otra noche como la que Yvonne lo dejó colgado, porque sabía lo que había ocurrido: la familia de Saronda se marcharía en el transporte, y ella había preferido una vida fuera del mundo, donde se pueden vivir cientos de años de paz y comodidad, a un par de décadas con un chico del B9.

Pero me equivocaba. Su padre también había pagado el pasaje de Artie, por la felicidad de Saronda y porque consideraba que Artie era un hombre que valía la pena conservar, un hombre que tenía algo con lo que contribuir.

—Entonces esto es un adiós —dije, la voz se me rompió por el sentimiento de pérdida.

Pero Artie sacudió la cabeza.

—No voy a ir —dijo, como si nunca lo hubiera considerado en serio.

—¿Qué quieres decir? —inquirí—. Tienes que irte, Artie. Tienes que salir de aquí.

—¿Y dejaros a vosotros con toda la diversión? —preguntó, su voz se rompió y los ojos se le anegaron de lágrimas—. Naaa.

—¡Tienes que ir! —grité otra vez, y le golpeé el pecho con el puño—. ¡Tienes que hacerlo, Artie! ¡Por todos nosotros! ¡Eres el único del B9 al que le han ofrecido transporte para el exterior y tienes que marcharte! Debes marcharte donde puedas vivir cientos de años, tienes que hacerlo por nosotros. Tienes que vivir todos esos años por nosotros, Artie... tú eres el único que puede hacerlo.

Siguió sacudiendo la cabeza, aunque le llevó más tiempo hablar en esta ocasión.

—Naa —repitió—. ¿Quién fabricaría las bicis para los chavales? ¿Quién les haría vivir siguiendo el Código? Ya viste lo que pasó cuando me fui por tan sólo un par de meses —me sonrió, aunque tuvo que limpiarse los ojos con el dorso de la mano—. Además, no puedo abandonar a los Ángeles. DeRon se metería a mercenario en menos de seis semanas, y Stash ya está pasando contrabando a escondidas... Voy a tener que echarle una bronca antes de que arrastre todo el negocio al caos. Y ya lo sabes, hay pandillas ciclistas en otros cinco sectores ahora, y tres de ellos respetan el Código. Debo quedarme por aquí y asegurarme de que siga así.

—¿Y Saronda? —le presioné, desesperada por encontrar alguna forma de convencerle para que se fuera. Él dejó escapar un profundo suspiro.

—Ella cree que ya estoy a bordo. Su padre no se lo dirá hasta el momento del lanzamiento, me lo ha prometido.

Entonces miró por la ventana mientras un relámpago de luz se encendía en el oscuro cielo: la lanzadera subiendo al encuentro del transporte que le esperaba.

—¡Maldito seas, Artie! —le grité, como si yo fuera a quien había abandonado—. ¡Maldito seas, Artie, debiste irte con ella!

Y volví a golpearle una y otra y otra vez, hasta que me agarró los puños para detenerme y me desmoroné llorando. Entonces me abrazó y los dos lloramos hasta que, exhaustos, nos quedamos dormidos en los brazos del otro, y en nuestros sueños resonaba el susurro de los angustiados gemidos de Saronda.

Qué bonita historia sería si acabara ahí. Entenderéis, entonces, y quizás creáis, todas las leyendas que rodean a Artie y sus Ángeles. Pensaréis que dedicó el resto de su vida a proteger a los niños del B9, y de otros sectores, y que restauró el orgullo y el honor y, me atrevo a decir, la caballerosidad, en una sociedad que había perdido todas esas cosas. Esa era su intención, ciertamente. Pero no tuvo la oportunidad.

Sabíamos desde hacía meses que un Segador que escapó de la muerte el día de la invasión se juntaba con los Grandes Perros. Lo supimos porque la insidiosa filosofía de los Segadores comenzó a rezumar desde el sector A12. Cuando tuvo lugar el ataque a la lanzadera, todos pensamos que era el único que quedaba, y la muerte del agresor puso fin a la amenaza.

Nos equivocamos.

Seis meses más tarde, Artie estaba en su tienda fabricando una bicicleta para un chico que acababa de mudarse del exterior. Yo estaba en mi cuarto, al otro lado de la calle, estudiando el tratado de Taninger sobre mitos del folclore. Aunque nunca me aceptaron para realizar estudios avanzados, Artie insistió en que continuara estudiando a distancia. Con su ayuda, prepare el nivel de primer curso universitario en matemáticas y ciencias, y un nivel superior en estudios sociales. Yo estaba leyendo a Taninger y pensaba que el ciclo artúrico tenía muchos paralelismos con el ciclo de Cristo, cuando escuché las dos explosiones de escopeta.

Salí disparada hacia la puerta, sin asomarme siquiera a la ventana. Aunque el sonido me resultaba extraño y no supe identificarlo hasta mucho más tarde, me asaltó la terrible convicción de que procedía de la tienda de Artie.

El Segador no se había quedado a esperarnos, pero su autoría era demasiado evidente. El cristal de fibra reforzado del escaparate no estaba preparado para aguantar el ataque de armas ilegales de proyectiles; lo había roto en un millón de inofensivos fragmentos que crujían bajo mis pies mientras avanzaba a trompicones por la zona siniestrada hasta la parte trasera de la estancia. Artie estaba en el suelo, entre el soporte de reparaciones y sus plantillas de guía para el ensamblaje de marcos, bajo una pila de tubos y juntas de aleación. Su pecho estaba desgarrado donde le había alcanzado el primer impacto, y manchas de sangre brillaban en sus piernas y brazos a consecuencia de una ráfaga de perdigones.

Alguien entró detrás de mí... resultó ser Louis.

—¡Traed un doctor! —grité—. Pedid una evacuación médica.

Pero la luz ya se apagaba en los ojos de Artie.

—Quería llevarte conmigo —balbuceó, borboteando sangre junto a las palabras que brotaban de sus labios.

—No hables —le ordené—. Quédate quieto. Ya viene la ayuda.

—Les dije que iría si tú podías venir también —logró decir.

—¡Cállate, Artie! —grité—. ¡No me hagas cargar con eso! ¡No lo hagas!

Entonces, increíblemente, sonrió.

—Morgan LeFey —susurró—. Llévame a Avalón...

Y ésta es la versión oficial: lo llevamos al hospital y los médicos lograron estabilizarlo lo suficiente para introducirlo en la cámara de criogenización. Esa cámara viajaría en la siguiente nave de transporte a un mundo distante donde Saronda lo estaba esperando y donde disponían de la ciencia médica necesaria para curarle. Algún día, cuando se haya recuperado, regresará a la Tierra, a KanHab. Mientras tanto, los Ángeles de Artie aún estamos aquí, asegurándonos de que no muera lo que él comenzó.

Hasta ahí la versión oficial... Pero Artie murió en mis brazos esa noche y ningún servicio de evacuación médico se molestó en acudir. No al B9. Louis y yo lo llevamos bajo tierra, a un lugar donde un túnel derrumbado había dejado un espacio por el que sólo se podía gatear. Lo dejamos allí y sellamos la entrada, y no se lo dijimos a nadie más. Luego ideé esa historia sobre la cámara de criogenización. Ja. Como si en KanHab tuviéramos algo así.

De modo que esa es la verdad de lo que ocurrió con Artie D'Angelo, pero no intenten decírselo a nadie de KanHab. Su persona se ha hecho más grande en la muerte de lo que jamás fue en vida... ya me he ocupado de ello. Un acto brutal de nihilismo me arrebató a mi amigo, el líder de mi pandilla, mi guía, pero no permitiré que le arrebaté a KanHab la esperanza. Las historias de las hazañas de Artie van ganando en detalles cada vez que son relatadas, y en ellas Artie logra proteger a los desamparados y mejorar las vidas de aquellos que van quedando atrás, de maneras con las que tan sólo pudo soñar.

Renunció por nosotros a la oportunidad de vivir cientos de años cómodamente y en paz con su amada. Yo le daré, en su tierra, la inmortalidad.

Duerme bien en Avalón, mi Arturo. KanHab no te olvidará.

13

JERRY OLTION

El Juicio pasó

[Judgment Passed]

Jerry Oltion es autor de las novelas *Paradise Passed*, *The Getaway Special*, *Anywhere But Here*, y otras. En 1998 ganó el Nebula por su novela corta «Abandon in Place» («Espacio deshabitado»), que más tarde extendió a formato de novela. Es también el autor de más de 100 relatos breves, la mayoría de los cuales han sido publicados en las páginas de *F&SF* y *Analog*.

«El Juicio pasó», relato original para este volumen, describe el día bíblico del Juicio Final desde un punto de vista racionalista; una nave espacial regresa a la Tierra y descubre que el Apocalipsis ha tenido lugar sin ellos. Oltion sostiene unas firmes ideas sobre la religión (básicamente la considera una lacra para la humanidad), lo cual le llevó a escribir este relato, que especula si ser «dejado atrás» sería tan malo.

El Juicio pasó

Hacía frío esa mañana y la nieve crujía bajo mis botas cuando recorrí el sendero en busca de Jody. La tormenta de la noche anterior había depositado una capa de polvo virgen que llegaba hasta los tobillos sobre la costra de hielo de hacía una semana, y sus huellas se distinguían nítidas y claras alejándose entre los esqueletos desnudos de los álamos hasta perderse de vista tras la curva. Se había ido hacia las montañas. No necesitaba seguir sus huellas para saber que se había ido sola.

A excepción de las huellas de Jody, no había rastro de humanidad en ninguna parte. Mis botas producían sobre la nieve el único sonido en el bosque, y el único movimiento, además del mío, era el de las nubes que se iban alejando a mis espaldas con cada respiración. A pesar de estar protegido con un chaquetón de plumas, sentía una abrumadora soledad. Sabía por qué Jody había ido por aquí. En un lugar que se suponía que estaba vacío, ella no iba a dedicarse a buscar gente que no estaba allí.

La encontré sentada sobre la cerca de madera, contemplando un campo cubierto de nieve entre las montañas. Estaba sentada en el listón de madera inferior y apoyaba la barbilla en sus manos sobre el listón superior. Su melena de color castaño sobresalía por debajo de una gorra de lana verde. Había surcos en la nieve donde había estado balanceando los pies. Giró la cabeza cuando mis pasos crujieron a sus espaldas.

—Hola, Gregor —dijo.

Y luego se volvió de nuevo hacia las montañas. Me senté junto a ella, apoyando la barbilla en las manos como ella había hecho y también contemple el paisaje de montañas.

Los rayos del sol brillaban en los picos, haciendo que las praderas de nieve relucieran con un blanco brillante y otorgando a las rocas un color de falsa calidez. No crecía ningún árbol en sus escarpadas laderas. No había nada a excepción de roca y hielo.

La Gran Cordillera Teton, pensé. La tierra del Señor. Qué cierto había resultado ser.

—Me había olvidado de lo impresionante que pueden ser las montañas —dije; el aliento que salía de mi boca helaba el borde de mis guantes.

—Y yo —dijo ella—. Ha pasado mucho tiempo.

Doce años. Cinco años de ida, cinco años de vuelta, y dos años viviendo allí, en un planeta polvoriento que giraba alrededor de una alejada estrella.

—No hay nada como esto en Dessica —dijo ella.

—No hay glaciares. Hacen falta glaciares para esculpir una montaña como esa.

—Hum.

Contemplamos los picos iluminados, cada uno absorto en nuestros propios pensamientos. Pensé en Dessica. Habíamos tardado dos meses en bautizarla tras el aterrizaje, pero la decisión fue unánime. Cálido, seco, con tormentas de polvo que podían soplar durante semanas sin interrupción... si existía un infierno, ese lugar

debía serlo. Pero nosotros ocho vivimos allí durante dos años, explorando y recolectando datos; la primera expedición interestelar en acción.

Y entonces hicimos las maletas y regresamos... a una Tierra vacía. No quedaba ni un alma en ningún sitio. Nadie salió a darnos la bienvenida, a excepción de animales salvajes y ciudades abandonadas llenas de hojas de periódicos amarillentas de cuatro años atrás.

Según informaban esos periódicos, fue entonces cuando Jesús apareció por primera vez. No en Jerusalén, ni en el Vaticano, ni tan siquiera en Salt Lake City. Fue en Gran Tetón. La cordillera más elevada, más escarpadamente bella, el monumento más apropiado para el Hijo del Señor. Casi podía ver yo mismo al Mesías, deslizándose ladera abajo desde el pico y descendiendo hasta la Capilla de la Transfiguración cerca del hotel donde habíamos pasado la noche. Aunque era difícil de creer, allí resultaba fácil imaginárselo.

Lo que ocurrió después de su venida fue la parte más dura. Supuestamente, Él otorgó a la gente seis días para prepararse y el séptimo día los llamó para el Juicio Final. No hubo una llamada especial a los más fieles, ni momentos de aflicción entre los no creyentes; Él se los llevó a todos al mismo tiempo, supuestamente para clasificarlos más tarde. Los periódicos no informaban acerca del método que empleó para hacerlo; aparentemente todos los reporteros y editores y operarios de prensa se marcharon con los demás, pero no puedo imaginarme cómo fue en realidad. La mayoría de la gente habría pensado que se elevarían a los cielos; pero más allá de los 15.000 pies empezarían a asfixiarse y sobre los 40.000 aproximadamente su sangre comenzaría a hervir. Imagino que no era la clase de castigo que incluso el Dios del Antiguo Testamento querría que sus feligreses soportaran. El salto a una dimensión alternativa parecía más probable, pero tampoco pude imaginarme cómo sería eso.

Intentar visualizar lo inimaginable me recordó por qué había venido a buscar a Jody.

—La capitana va a celebrar una misa en breve. Pensó que igual te gustaría estar presente.

Jody me miró con una expresión que normalmente reservaba para su estúpido hermano pequeño.

—¿Para qué rezar? ¿Para intentar atraer la atención de Dios?

Asentí.

—Dave lo propuso —dije—. Afirma que cuantos más lo hagamos, más potente será la señal.

—Muy científico.

—Dave es ingeniero. Gwen está de acuerdo con él.

—Y supongo que ella va a pedirle a Dios que nos envíe a Jesús para recogernos.

—Ésa es la idea, sí —dije, comenzando a sentirme avergonzado.

Jody volvió a lanzarme una mirada.

—Tú realmente no crees que funcione, ¿verdad?

—Vale la pena probarlo. No nos cuesta nada probar, ¿verdad?

Ella rió.

—Hablas como un verdadero agnóstico.

Cambié el peso de mi cuerpo para evitar un nudo de la cerca de madera que se me estaba clavando en el muslo. La junta donde el madero se unía al poste crujió.

—Todos somos agnósticos —señalé—. O lo éramos.

Cuando los planificadores de la misión seleccionaron a la tripulación, querían gente que tomara decisiones basándose en la información que tuvieran a su disposición, no en lo que les gustaría o en rumores. Ese tipo de gente solía ser agnóstica.

—Yo todavía lo soy —dijo ella.

La miré sorprendido.

—¿Cómo puedes serlo? —pregunté—. La totalidad de la población mundial ha desaparecido, todos los periódicos que encontramos publican noticias sobre el Segundo Advenimiento de Cristo (con fotografías incluidas), y todas las tumbas están vacías. ¿No te hace eso creer?

Sacudió la cabeza y simplemente preguntó:

—¿Por qué estamos aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, si se supone que debo creer que Jesús regresó por segunda vez, anunció el día del Juicio y se llevó a todas las almas humanas al Cielo, entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué Él no nos llevó también?

—No estábamos en la Tierra.

—Ni tampoco los tres mil colonizadores lunares, y ellos también se han marchado.

—Estábamos viajando al noventa y ocho por ciento de la velocidad de la luz. Estábamos a más de tres años luz de aquí.

—Y por eso Dios se olvidó de recogerlos. A eso me refiero. Si Él fuera omnisciente, habría sabido que estábamos allí.

Yo mismo había estado dándole vueltas a ese tema desde que regresamos a casa.

—Quizás lo sabía —dije.

—¿Eh?

—Quizás Dios sí sabía de nuestra existencia. Quizás Él nos dejó aquí a propósito, como castigo por no creer en Él.

Jody resopló.

—¿Y qué me dices de los ateos, entonces? ¿Y los otros agnósticos? ¿Por qué sólo nosotros ocho?

Levanté las manos enfundadas en guantes, con las palmas hacia arriba.

—No lo sé. No soy Dios.

—Si lo fueras, lo habrías hecho mucho mejor.

No sabía si tomarme su comentario como un cumplido o no, así que decidí

ignorarlo.

—¿Y qué piensas tú que ocurrió, si no fue Dios?

—No lo sé. Quizás llegaron alienígenas, esclavizaron a todos y se los llevaron. Quizás éramos un experimento de laboratorio y ya habían obtenido todos los datos que necesitaban. Quizás sabemos a pollo. Hay un montón de explicaciones más creíbles que la de Dios.

—¿Y qué me dices de las fotos de Jesús? —pregunté.

Se frotó la roja nariz con un mitón.

—Si fueras a capturar a la totalidad de la población del planeta, ¿no utilizarías su religión local para mantenerlos sometidos?

—Jesús no tendría muchos seguidores entre los judíos —señalé—. O entre los musulmanes. O entre los ateos.

—Y eso lo dice el ex agnóstico que cree en Él por lo que ha leído en los periódicos —dijo ella cordialmente, pero aun así me dolió.

—Mira —dije—, Gwen va a comenzar muy pronto. ¿Vienes o no?

—Qué demonios —dijo encogiéndose de hombros—. Debe ser divertido escuchar un sermón agnóstico.

Pasamos las piernas por encima del tablón de la cerca y nos levantamos, luego seguimos nuestras propias huellas de regreso al hotel, un enorme edificio construido a principios del pasado siglo para alojar a las hordas de turistas que venían a visitar uno de los últimos lugares vírgenes de la Tierra.

Tomé la mano derecha de Jody con mi izquierda mientras andábamos. Era un acto instintivo; no éramos pareja en ese momento, pero lo habíamos sido unas cuantas veces. Siendo tan pocos los que formábamos la tripulación de la nave y la gran cantidad de tiempo para experimentar, habíamos probado prácticamente todas las combinaciones posibles al menos en una ocasión. La calidez y alivio que sentía mientras avanzábamos juntos por la nieve virgen hicieron que me alegrara de no haber terminado mal con ella. Parecía que se avecinaba otro periodo de tiempo juntos.

Jody debió de sentir lo mismo. Cuando bajábamos entre los álamos, dijo:

—Aceptando que Dios esté detrás de todo esto, y que no se trata simplemente de alguna enorme broma pesada, entonces quizás esto sea una recompensa.

—¿Una recompensa?

Ella asintió.

—Me gusta este sitio. Es bello y tranquilo. La última vez que estuve aquí era un circo. Turistas por todos lados, colas de autocaravanas y todoterrenos en la carretera hasta donde llegaba la vista, y basura rodando por todos lados. Ahora siento que finalmente he logrado verlo de la manera que realmente debería ser.

—¿La manera en que Dios pretendió que fuera?

—Sí, quizás —se dibujó en sus labios una sonrisa agnóstico—teológica y dijo—: Quizás nosotros seamos la siguiente Arca. De todas formas, nos fuimos de la Tierra para comenzar nuestra propia colonia. Somos la mejor muestra genética que las

Autoridades Espaciales de Naciones Unidas pudieron encontrar, y aún tenemos más óvulos fertilizados en el congelador. Quizás Dios pensó que era un buen momento para eliminar a toda la gentuza y dar una segunda oportunidad a la humanidad.

—Hace un poco de frío para ser el Edén —dije.

—Tenemos todo el Mundo —señaló ella.

Reflexioné sobre ello. Supuse que tenía razón, al menos hasta que todos los aviones y hovercars se averiasen. No había forma de que ocho personas pudieran mantener una civilización tecnológica indefinidamente. Nuestro equipo de colonización estaba diseñado para mantenernos en el nivel de lo que los científicos sociales de Naciones Unidas denominaban una «era industrial aumentada artificialmente», hasta que pudiéramos incrementar la población lo suficiente para construir nuestras propias fábricas y demás, pero ese nivel no es que fuera especialmente sofisticado. El objetivo había sido elegir un lugar y establecerse, más que jugar a hacer el turista en un nuevo planeta. Por supuesto, el planeta debía ofrecer al menos un lugar habitable, y esta fue la razón por la que desistimos tras dos años de búsqueda y regresamos a casa.

—No se me había ocurrido simplemente seguir con nuestras vidas —dije—. Quiero decir, después del Segundo Advenimiento de Cristo, eso jamás se me pasó por la cabeza.

Jody se encogió de hombros.

—Acábamos de aterrizar; hemos estado demasiado ocupados intentando averiguar qué ocurrió. Pero con un poco más de tiempo, creo que la mayoría de nosotros empezará a pensar en ello. Es decir, esto podría ser todo el Cielo que necesitamos si hacemos las cosas bien.

Un escalofrío repentino me recorrió la espalda, y no era por la nieve.

—Quizás no tengamos tiempo —dije—. Si funcionan los rezos de Gwen, Dios podría regresar a por nosotros hoy mismo.

Jody me miró y su rostro reflejó la preocupación del mío.

—Maldita sea —dijo ella, luego comenzó a correr hacia la capilla. La seguí y ambos gritamos:

—¡Gwen! ¡Gwen, espera!

Correr sobre la nieve no es fácil. Nuestros pies quebraban la capa helada que nos había sostenido antes, cuando simplemente andábamos, y terminamos luchando desesperadamente por cada nuevo paso. Irrumpimos en la capilla, sudados y jadeantes, y boqueábamos intentando inhalar el aire suficiente para poder gritar.

—¡No recéis!

Gwen estaba de pie detrás del púlpito y se había puesto una larga túnica blanca con un dobladillo dorado de un palmo de ancho. Lo había encontrado en el armario de la sacristía del cura. Su figura estaba enmarcada por una gran ventana a sus

espaldas que ofrecía a la congregación (Dave y Maria y Hammad y Arj una y Keung, sentados en el primer banco) unas vistas esplendorosas de la cordillera Teton que asomaban tras el propio esplendor de Gwen. Todos se giraron y nos miraron, mientras Jody volvía para decir:

—No recéis. Tenemos que reflexionar sobre todo esto antes.

—¿Sobre qué hay que reflexionar? —dijo Gwen frunciendo el ceño—. Debemos contactar con Dios.

—¿Debemos hacerlo?

—¿A qué te refieres? Claro que debemos hacerlo. ¡Se ha olvidado de nosotros!

—Quizás eso sea algo bueno —mientras se quitaba los mitones, el gorro de lana y el abrigo al tiempo que hablaba, Jody les dijo lo que me había dicho a mí, y terminó diciendo—: Así pues, quizás deberíamos quedarnos callados y ocuparnos de nuestros asuntos.

Gwen había estado sacudiendo la cabeza durante todo el tiempo que Jody estuvo hablando. Era una mujer corpulenta, con un espeso halo de cabello negro rizado que se meneaba de un lado al otro cuando lo sacudía.

—No sabemos cuáles son esos asuntos. Podría tratarse de algún tipo de prueba.

—¡Exactamente! Podría ser una prueba, así que en mi opinión sería mejor que tengamos cuidado con lo que pedimos. Podríamos conseguirlo.

Dave había estado escuchando con tanta impaciencia como Gwen. Antes de que ésta pudiera responder, dijo:

—Si Dios pretendiera que nosotros repoblásemos la Tierra, ¿por qué no decírnoslo? A Noé le dijo lo que quería que hiciera.

Jody se encogió de hombros.

—Dios estaba mucho más hablador por aquel entonces.

—Si crees en la Biblia judeocristiana —apostilló Hammad.

—El Día del juicio Final cristiano ha llegado y se ha ido —dijo Gwen—. ¿Qué otra cosa deberíamos creer?

Hammad extendió las manos señalando la capilla, y por implicación todo lo que había más allá.

—Deberíamos creer en lo que siempre hemos creído: en la observación de nuestros propios sentidos. La Tierra ha sido despoblada. Los periódicos que quedaron nos dicen que un ser autodenominado Jesucristo fue el responsable. Más allá de eso, tan sólo podemos especular.

—Espera un minuto —dijo Maria, pero antes de que tuviera oportunidad de acabar su frase, Arjuna intervino:

—También podemos...

Y Keung interrumpió:

—Sí, ¿qué tal si...?

Y todos comenzaron a parlotear.

Gwen había sido elegida capitana por algo. Dejó que continuaran durante unos

segundos y luego chilló con fuerza:

—¡Callaos!

La capilla quedó en silencio.

—De acuerdo —dijo cuando todos callaron—. Obviamente di por supuesto erróneamente que todos queríais pedir a Dios que regresara a por nosotros. Jody piensa que no deberíamos intentar contactarle en absoluto. ¿Qué pensáis el resto?

Un coro de voces estuvo a punto de ahogar su voz una vez más.

—De uno en uno —chilló—. Tú, Dave.

—Creo que deberíamos suplicar Su perdón y pedirle que nos lleve con Él.

—¿Hammad?

—Creo que deberíamos preguntarle a Él qué quiere que hagamos, más que presuponer ciertas cosas.

—¿Maria?

—Yo... eh, definitivamente creo que deberíamos intentar contactar con Él, pero, en realidad, creo que lo que dice Hammad tiene sentido.

—Gracias —respondió Hammad.

Gwen entonces me miró.

—¿Gregor?

Miré a Hammad, luego a Jody.

—No estoy seguro de que sea una buena idea llamar Su atención. Dependiendo de qué versión del Cristianismo sea la verdadera, podría irnos mucho peor que como estamos ahora.

—¿Arjuna?

—Me parece que estoy de acuerdo con Jody y Gregor —contestó Arjuna—, aunque me pregunto qué haremos si Dios decide apagar las luces.

—Han pasado ya cuatro años —dijo Hammad.

—Eso no significa... —dijo Dave, y el rumor de voces comenzó de nuevo.

—¡Callaos! —gritó Gwen. Agarró la cruz de madera apoyada en la parte delantera del púlpito y golpeó con ella como si fuera una maza en la barandilla—. De acuerdo —continuó cuando nos tranquilizamos—, intentémoslo de nuevo. Keung, ¿qué opinas?

—No creo que importe —dijo Keung encogiéndose de hombros—. Si pudiéramos contactar con Él rezando, entonces alguno de nosotros ya lo habría hecho. Pero también creo que, en caso de que podamos atraer Su atención, entonces es inútil esconderse, porque Él al final se dará cuenta de que estamos aquí.

—¿Es eso un voto a favor o en contra de los rezos?

—Es un «no me importa».

Gwen asintió.

—Bueno, entonces parece que el contingente de los rezos gana, pero no veo que haya ningún problema en preguntar de forma educada qué es lo que Dios pretende que hagamos, antes de comenzar a suplicar Su divina intervención. ¿Estamos todos

de acuerdo en eso?

—No —dijo Jody, pero el asentimiento de Dave, Maria y Hammad sonó más fuerte.

—Jody —dijo Gwen—, Keung tiene razón; si la oración funciona, entonces con toda seguridad alguien atraerá la atención de Dios más pronto que tarde.

—No, no funcionará —dijo Jody—. Hay millones de armas tiradas por todas partes, pero eso no significa que debamos comenzar a dispararnos unos a otros con ellas. No pienso que exista ningún motivo para rezar.

—Yo sí —dijo Dave.

Jody lo miró unos segundos, luego sacudió la cabeza y volvió a coger su abrigo, su gorra y sus mitones.

—Esperaré fuera entonces —dijo rozándome cuando pasó a mi lado en dirección a la puerta—. Quizás Él vuelva a olvidarse de mi cuando venga a por vosotros, idiotas.

La seguí afuera. No me había quitado el abrigo, sólo lo había desabrochado; me agradó notar el aire frío a través de la camisa.

—Idiotas —dijo Jody otra vez cuando estuvimos a solas—. Están jugando con dinamita ahí dentro. O peor aún, antimateria.

—Quizás literalmente —dije—. Quién sabe de lo que puede estar hecho Dios.

—Aaahhh, Dios, Dios, Dios —gruñó—. Estoy cansada de todo esto. Ojalá se hubiera quedado fuera de mi vida.

Le clavé el dedo en una de sus costillas.

—Eso hizo, boba.

—No es gracioso.

—Claro que sí. Nos hemos pasado toda la vida diciendo que no importaba lo que pensáramos o hiciéramos en cuanto a la religión, ya que la verdad no puede ser conocida por su propia naturaleza, y ahora nos da miedo que alguien nos saque de esta existencia mediante unos cuantos rezos. Creo que es divertidísimo.

Nos dirigíamos al hotel por un sendero flanqueado por pinos y bancos de nieve. Instintivamente, estiré el brazo y agité una rama justo cuando Jody pasaba por debajo.

—¡Eh! —gritó ella cuando un terrón de nieve compacta se le escurrió por el cuello.

Antes de que pudiera escapar de su alcance, ella se arrodilló, hizo una bola de nieve y me la lanzó a la cara. Me tropecé y caí hacia atrás, de forma que me quedé sentado inesperadamente en un banco de nieve, lo cual me salvó de recibir otro bolazo en toda la cara, que voló por encima de mi cabeza.

Ya en el suelo, pensé que lo mejor sería que me defendiera, así que comencé a lanzarle nieve tan rápido como pude. Estaba demasiado fría para apelmazarla en bolas, así que nos limitamos a tirárnosla a paladas, gritando y riendo como idiotas mientras el resto de la humanidad rezaba para que ocurriera un milagro.

Los rezos terminaron una media hora más tarde. Para entonces, Jody y yo nos estábamos haciendo arrumacos delante de la chimenea principal del hotel, un enorme hogar de piedra con una cámara de combustión lo suficientemente grande para asar un hovercar dentro. Hammad fue el primero que nos encontró.

—Parece que no hemos logrado invocar a la deidad —dijo mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba de una percha en la pared—. A menos, claro, que haya que tener en cuenta algún desfase temporal.

—Oh, estupendo —dijo Jody—. Ahora tendré que quedarme toda la noche a esperar a que los cielos se abran y un coro de ángeles me despierte.

—De todas formas, no tenéis pinta de que vayáis a dormir mucho, a menos que os venza el cansancio —se sentó en una de las mullidas sillas junto a nosotros y estiró los pies hacia las llamas—. ¿Sabéis una cosa?, pienso que estáis en lo cierto. Deberíamos continuar con nuestras vidas y dejar que Dios siga con la Suya. Debo admitir que me siento tremendamente aliviado por haberme perdido todo el jaleo.

—Yo también —dije—. Desde que hemos descubierto que Él existe, me he sentido como un extraño en territorio de bandas. Espero en cualquier momento ese toquecito en el hombro que signifique que estoy jodido.

—Me pregunto si es así como se sienten las personas religiosas normalmente —reflexionó Jody—. Pasando de puntillas por la vida para no atraer la clase de atención equivocada.

Hammad sacudió la cabeza.

—Dudo que la mayoría de la gente ni tan siquiera lo considere desde ese punto de vista. Ellos probablemente...

La puerta de madera maciza se abrió de golpe y Dave, Gwen y los otros entraron, sacudiéndose nieve de las botas y hablando. Dave nos miró a Jody y a mí y se marchó a su cuarto o a algún otro sitio, pero Gwen, Maria, Arjuna y Keung se quitaron los abrigos y se unieron a nosotros al calor del fuego.

—Bueno, al menos podemos decir que lo hemos intentado —dijo Gwen mientras se ponía de espaldas a las llamas. Había dejado la túnica en la capilla y llevaba puesta su indumentaria habitual de camisa y pantalones.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jody—. ¿Viajar? ¿Hacer turismo? ¿Divertirnos con los juguetes abandonados antes de que se oxiden en tierra? ¿O nos ponemos a trabajar inmediatamente en la nueva colonia?

—No os lo toméis a mal —dijo Arjuna—, pero después de doce años de constante contacto con vosotros, me apetece pasar algún tiempo a solas.

Keung se alejó de lado juguetonamente, pero dijo:

—Mis sentimientos son exactamente los mismos. No me importaría quedarme un continente para mí solo durante un tiempo.

Maria los miró con expresión aterrada.

—Espera un minuto. Dividirnos podría significar que alguno de nosotros se quede atrás si Dios regresa.

—No va a regresar —dijo Keung.

—¿Y por qué estás tan seguro?

Keung se encogió de hombros.

—De hecho —dijo—, no lo estoy, pero no me he pasado toda mi vida haciendo caso omiso de estos temas para empezar a preocuparme por ellos ahora. Si Él viene a por mí, pues que venga, y si no lo hace, tampoco pasa nada. Tengo un montón de cosas que quiero hacer solo.

—Así es como me siento yo también —dije—. Me gustaría ver el mundo durante un tiempo, ya que tengo la oportunidad de hacerlo.

—A mí también —dijo Jody.

Gwen giró el rostro hacia el fuego y dijo por encima del hombro:

—El sistema telefónico vía satélite todavía funciona, así que no debería ser muy difícil mantenernos en contacto. Hay cientos de teléfonos móviles aquí mismo en el hotel, y me apuesto lo que sea a que muchos de ellos todavía tienen cuentas activas, pagadas automáticamente cada mes mediante tarjeta de crédito. No debería ser difícil encontrar un teléfono que funcionase para cada uno de nosotros. Por supuesto, no todos tenemos que ir a hacer turismo. Quien quiera puede comenzar a establecer la colonia.

—¿Dónde? —preguntó Hammad.

—En el Mediterráneo —dijo Arjuna.

—California —dije yo al mismo tiempo. Nos miramos unos instantes, luego me encogí de hombros y dije—; de acuerdo, el Mediterráneo.

Una fuerte detonación sonó en la parte trasera del hotel.

—Ha sonado como una pistola —dijo Gwen, y cruzó corriendo hasta el vestíbulo gritando todo el tiempo—: ¡Dave! ¡Dave!

El resto la seguimos de cerca, pero yo me detuve para agarrar el atizador de la chimenea. Quizás se hubiera suicidado, o quizás no. Un atizador no era mucha defensa contra una pistola, pero parecía mejor que nada.

Encontramos a Dave fuera en la terraza con vistas al Río Snake, con una escopeta en la mano; un amasijo de plumas y sangre manchaba la nieve. Pude ver alpiste entre las alas; obviamente, Dave había esparcido un puñado y esperó a que algo se acercara. Ese algo parecía ser no mucho más grande que un ratón, por la apariencia de sus restos.

—Un poco pequeño para la cena, ¿no crees? —pregunté alargando el atizador y dando la vuelta al diminuto cuerpo del pájaro para verle el pecho.

—Es un experimento —dijo Dave. Me alivió ver que había alejado cuidadosamente el cañón de la escopeta para no apuntar a nadie—. Según Jesús, ni tan siquiera un gorrión cae abatido sin que Dios lo sepa. Supuse que era algo bastante sencillo de probar.

Jody se había acercado hasta mí y examinaba el pájaro.

—Lo sería si hubieras disparado a un gorrión —dijo ella—. Esto es un herrerillo.

Dave se ruborizó cuando todos nos reímos.

—No es cuestión de la especie —dijo—, es el concepto.

—Lo que sea, no parece que haya funcionado.

—Quizás deberías atar primero un mensaje en su pata —dije.

Keung se rió.

—Se supone que tienes que usar una paloma para hacer eso —dijo.

—No le veo la gracia —gruñó Dave; luego, suspiró profundamente y dijo—: Estoy intentando atraer la atención de Dios. Si pensáis que es gracioso o inútil, lo siento, pero yo creo que es importante y voy a seguir intentándolo todo lo que pueda hasta que lo logre.

—¿Y qué va a ser lo siguiente? —le preguntó Gwen—. ¿Sacrificios de ovejas? ¿Reconstruir el Arca de la Alianza?

—Lo que sea necesario —dijo Dave.

Sentí que me entraban escalofríos, y al no parar de temblar me di cuenta de repente de que todos nosotros, excepto Dave, habíamos salido sin nuestros abrigo.

—Vamos —le dije a Jody—. Entremos antes de que la palmemos por congelación.

A la mañana siguiente partimos hacia el Parque de Yellowstone. El resto de la tripulación se dividió partiendo hacia distintas partes del globo, pero Jody y yo decidimos que, ya que teníamos una relación tan buena, podríamos visitar juntos la mayor atracción turística del mundo. Encontramos un hovercar que todavía funcionaba y cuyo panel de diagnósticos nos indicó que continuaría funcionando unos cuantos cientos de horas, metimos nuestras pertenencias en la parte trasera y volamos a baja altura por el valle del río Snake, pasando por Jackson Lane en dirección al parque. Ignoramos las rampas de carga y los automotores que habían transportado turistas a los transbordadores durante los últimos cincuenta años, pasamos volando justo al lado de la señal que advertía que era un delito federal conducir un vehículo privado en los límites internos del parque.

El bosque parecía interminable. Volamos a baja altura por la antigua cuenca de la carretera entre árboles para poder ver todo mejor, incluyendo a los animales del parque por los que era tan famoso. En partes del mundo donde la población humana había sido más densa, el ecosistema todavía estaba dislocado por nuestra repentina desaparición, pero Yellowstone ya había alcanzado el equilibrio sin nosotros antes del Segundo Advenimiento. Contemplamos alces americanos y búfalos que avanzaban a paso lento y pesado como enormes quitanieves con pezuñas, e incluso llegamos a ver fugazmente un lobo bebiendo de un riachuelo cerca de Old Faithful.

También los géiseres eran probablemente los mismos de siempre, pero cuando estuvimos los dos allí de pie sobre la pasarela cubierta de nieve delante de Old Faithful tuve la impresión de que debíamos estar contemplando su mejor erupción de

todos los tiempos. Un chorro de vapor y agua hirviendo salía disparado hacia el cielo unos treinta metros, y el suelo temblaba por la fuerza de la erupción.

—¿Sabes? —dijo Jody cuando decreció—, me acabo de dar cuenta de lo estúpido que resulta venir aquí justamente ahora.

—¿Por qué estúpido? —pregunté.

—Si Dave logra contactar con Dios, podríamos disponer de toda la eternidad para contemplar todo esto en acción.

Eché la vista hacia el humeante montículo de roca rojiza, luego a los brillantes campos nevados y al verde bosque más allá.

—¿Estás hablando de las partes bonitas, o de las partes abrasadoras?

—¿Quién sabe?

Sí, ¿quién sabía? Había vivido una vida moralmente perfecta según los valores agnósticos, pero ¿quién podía saber si eso sería lo suficientemente bueno para Dios? Y de la misma forma, ¿quién sabía si el Cielo o el Infierno existían, incluso ahora? Así que Jesús llegó y se los llevó a otro sitio; por todo lo que sabíamos, bien pudo transportarlos a Andrómeda.

En cualquier caso, me preguntaba si era seguro dejar que Dave buscara libremente a Dios. El resto de la tripulación hablamos sobre ello antes de separarnos, pero ninguno sabía qué otra cosa se podía hacer con él. No descansaría hasta que hubiera hecho todo lo que se le ocurriera para contactar con Dios, y ninguno de nosotros estaba dispuesto a encerrarlo para evitarlo. Supongo que después de la sesión de rezos y el incidente del herrerillo ninguno creíamos realmente que pudiera conseguirlo, lo cual explica por qué no nos preocupamos mucho más con el tema. Todos confiábamos en que desistiría después de un tiempo y volvería a ser el miembro de la tripulación y amigo sensato (aunque un tanto obsesivo) con el que nos habíamos acostumbrado a vivir.

Fuimos conscientes de que habíamos cometido un error cuando Gwen recibió una llamada de él unos días más tarde. Ella había dimitido formalmente de su cargo de capitana y voló a Hawai, pero todavía actuaba como nuestra coordinadora. Dave la había llamado para averiguar dónde nos encontrábamos los demás, y cuando ella le preguntó por qué, sólo le dijo que nos advirtiera de que nos mantuviésemos alejados de Cheyenne, Wyoming, o cualquier lugar en la dirección del viento de allí.

—¿En la dirección del viento? —pregunté cuando Gwen nos llamó para hacernos llegar el mensaje—. ¿Qué demonios está intentando hacer esta vez?

Jody y yo estábamos de nuevo en el coche y nos dirigíamos al norte, hacia las fuentes termales de Mammoth.

Un fantasmagórico rostro de Gwen nos miraba a través del visualizador del teléfono proyectado en el parabrisas.

—No me lo dijo —replicó Gwen—. Sólo dijo que todo el mundo se mantuviera

alejado del Medio Oeste americano durante un tiempo.

—Me apuesto lo que sea a que va a hacer estallar una bomba nuclear —dijo Jody—. Cheyenne es una de las bases de las Fuerzas Aéreas, allí las almacenan.

—¿Una bomba nuclear? —preguntó Gwen—. ¿Y qué tiene que ver eso con Dios? Me reí.

—Quizás —dije— cree que sólo hace falta llamar a la puerta con un poco más de fuerza para que nos oiga.

—Sí, pero ¿dónde está esa puerta? —preguntó Jody—. Ciertamente, no está en Cheyenne. He estado allí; es una pequeña y sucia capital de provincias en medio de una pradera.

Mi sonrisa se desvaneció.

—Si nos puede servir de algo la localización física, supongo que debe estar en la Gran Cordillera Teton, teniendo en cuenta que fue allí donde Jesús apareció.

—No se atreverá a destruir con armas nucleares la Cordillera Teton —exclamó Jody, aterrada al pensar en ello.

—No lo sé —dijo Gwen—. Probablemente no en un primer lanzamiento, al menos. Probablemente sólo lance uno en Nebraska o algún lugar parecido. Pero si eso no funciona, entonces podría llegar a hacerlo.

Habíamos estado atravesando un largo y recto surco en un océano de pinos contortos; solté el acelerador y el hovercar desaceleró hasta pararse totalmente, mientras la nieve se arremolinaba a nuestro alrededor.

—Estamos todavía en Yellowstone —le dije a Gwen—, pero podríamos llegar a Cheyenne en... ¿cuánto? ¿Cuatro horas? ¿Cinco?

Habíamos estado navegando a ras de suelo hasta el momento, pero podíamos volar tan alto como quisiéramos si necesitábamos hacerlo.

—No sé si es una buena idea —dijo Gwen—. No me gusta la idea de que los dos dirijáis hacia una explosión nuclear.

—Tampoco es que me guste a mí la idea, exactamente —dije—, pero aún me gusta menos la idea de que Dave destruya toda una cadena montañosa sólo para llamar la atención de Dios.

—Y que destroce el ecosistema cuando justamente comienza a normalizarse de nuevo —añadió Jody.

La nieve ya no se arremolinaba a nuestro alrededor. Las turbinas del coche la habían barrido totalmente. Incliné la palanca de mando a un lado hasta que el coche dio media vuelta, luego accioné la palanca de elevación y propulsé el hovercar hacia delante de nuevo. El coche se elevó por encima de los árboles y comenzó a acelerar en dirección sureste.

—El propio Cheyenne debería ser lo suficientemente seguro —dije—. Después de todo, allí será donde esté Dave. ¿Crees que deberíamos llamarle e informarle de que vamos hacia allí, o mejor intentamos pillarlo desprevenido?

—Simplemente se esconderá si le decimos que vamos a ir —dijo Jody.

—Pero quizás no haga estallar la bomba si le hacemos creer que estáis cerca de la zona de detonación —sugirió Gwen.

—¿Quizás no? —pregunté—. ¿Hasta qué punto crees que ha perdido la cabeza?

—Puede que no la haya perdido en absoluto —dijo Gwen—. No lo sé. Es un tema con mucha carga emocional para todos nosotros. Dudo que ninguno nos estemos comportando de forma totalmente racional, pero ¿cómo saber si lo hacemos o no? Aquí estamos abriendo nuevos caminos.

—No creo que detonar una bomba nuclear sea un acto racional —señaló Jody.

—¿Ni tan siquiera si así logra que Dios se percate de nuestra existencia?

—Especialmente en ese caso. Gwen sonrió con amargura.

—Eso tampoco es totalmente racional, Jody.

—Es lo que siento.

—Y Dave, sin duda, siente que debe hacer que Dios regrese a por él.

—Sin duda. Bueno, yo siento que debo pararle.

—Tan sólo intenta no morir en el intento —dijo Gwen, asintiendo.

—Bueno —dijo Jody riendo—, eso iría justo en contra de lo que se pretende, ¿no es así?

Sobrevolábamos una cuenca barrida por el viento a unos cien kilómetros al noroeste de Cheyenne cuando vimos el hongo nuclear elevándose sobre el horizonte.

Durante un segundo me quedé demasiado aturdido para moverme, observando cómo la onda expansiva se desplazaba velozmente hacia las alturas en forma de caparazón esférico y la superficie del hongo se enturbiaba y sacudía desde el interior. Luego, recordando dónde nos encontrábamos, grité «¡Dios!» y tiré de la palanca de descenso de emergencia bajo el salpicadero. Era la primera vez que hacía algo así con un coche; los airbags se desplegaron desde las puertas, el techo y el salpicadero, me aprisionaron contra el asiento y me bloquearon totalmente la visión durante diez o quince aterradores segundos, mientras la secuencia automática de aterrizaje tomaba el control y nos dejaba caer como una roca. Rebotamos con una fuerte sacudida una vez, como un corcho golpeando el agua, luego nos estabilizamos con un crujido en el suelo. Los airbags se desinflaron y regresaron a sus cubículos y yo caí hacia delante golpeándome contra el salpicadero. Estábamos inclinados en un ángulo de unos treinta grados hacia la parte delantera.

Jody se había sujetado con las manos antes de caer hacia delante.

—Hemos aterrizado sobre un arbusto.

Miré por un lateral. No había duda, un pequeño arbusto nudoso y enjuto sostenía en el aire la parte trasera del coche. No sería una buena posición cuando la onda expansiva nos alcanzase. Arranqué el motor y levanté la palanca de mando para elevarnos y evitar el obstáculo, y con un sonido parecido al de los cubitos de hielo en una batidora eléctrica el coche dejó el arbolillo hecho astillas, arremolinando briznas

de follaje gris azuladas por todos lados y lanzando una explosión de aroma a salvia a través de los conductos de ventilación y llenándonos los ojos de lágrimas. Nos elevamos y el viento nos empujó hacia delante unos cuantos metros antes de posarnos de nuevo en el suelo. Nos quedamos sentados observando cómo se alzaba el hongo y a la espera de que nos alcanzara la onda expansiva.

Y esperamos, y esperamos. El viento cambió de dirección levemente, luego volvió a cambiar, y tras unos minutos fuimos conscientes de que no íbamos a sentir nada más desde tan lejos, así que eleve con precaución el coche unos cuantos metros y comencé a volar al sureste de nuevo. El coche vibraba con un ruido extraño tras el choque contra el arbolillo, pero todavía volaba.

El hongo nuclear se desplazó hacia el este frente a nosotros. A medida que nos íbamos acercando, el viento lo iba deshilachando a diferentes altitudes. Sin embargo, nos movíamos más rápido que el viento y conforme nos acercábamos nos dimos cuenta de que la bomba no podía haber detonado muy lejos de Cheyenne.

Jody me miró con expresión de preocupación.

—Creía que Gwen dijo que lo lanzaría en Nebraska. Yo estaba comenzando a preocuparme también.

—Quizás detonó en la lanzadera.

—Será mejor que le llamemos para comprobar que está bien —sugirió Jody.

No quería echar a perder nuestra ventaja de pillarlo por sorpresa, pero si estaba herido supuse que debíamos saberlo.

—De acuerdo —dije, y Jody marcó su número.

Cuando sonó media docena de veces sin obtener respuesta comencé a preocuparme en serio, pero entonces el visualizador del teléfono parpadeó y su rostro apareció ante nosotros.

—Dave al aparato —dijo.

Jody lo miró con expresión severa.

—Dios acaba de llamarme y me ha dicho que te diga que lo dejes estar.

Durante unos instantes pude ver que brotaba la esperanza en el rostro de Dave. Después frunció el ceño y dijo:

—Muy graciosa. ¿Me habéis llamado sólo para importunarme o tenéis algo importante que decirme?

—Hemos llamado para ver si estabas bien. La explosión parece haber sido bastante cerca de la ciudad.

—Fue en la ciudad —dijo Dave—. O, en todo caso, en la base de las Fuerzas Aéreas, lo cual es prácticamente la misma cosa. Ninguno de los cohetes estaba en condiciones de volar, así que me limité a detonar uno de los misiles in situ.

—¿Dónde estabas tú? —pregunté.

Dave se rió.

—En Colorado Springs. En el centro de control del NORAD^[35]. Tengo unos setecientos metros de montaña sobre mi cabeza en este mismo instante, en caso de

que estuvierais pensando en detenerme.

—¿No temes que Dios vuelva a olvidarse de ti? —dijo Jody en tono burlón.

Dave sacudió la cabeza.

—No os imagináis la red de espionaje que tienen aquí abajo. Tengo vigilancia vía satélite por todo el mundo. Si Él aparece, lo sabré, y haré detonar otro más cerca de casa. Él sabrá que estoy aquí.

Al igual que nosotros lo sabíamos ahora. Dirigí el coche directamente hacia el sur.

—¿No te has parado a pensar en cómo le hacen sentir a Dios las bombas nucleares? —le preguntó Jody—. Que destroces tanto de Su obra de golpe podría enfurecerle.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a asumir —dijo Dave.

—Pero lo estás asumiendo por todos nosotros, y yo no deseo asumirlo.

—Ahora no —dijo Dave—, pero me lo agradecerás cuando lo logre.

—¿Y qué pasará si no lo logras? Ninguno de nosotros va a agradecerte que liberes por los aires un montón de material radiactivo. Vamos a tener que vivir aquí, Dave. Y tú también, probablemente.

Dave se rió.

—Eso es lo que los ecologistas pensaban. Así que dejaron de talar bosques y quemar combustibles fósiles, y todo ¿para qué? Los ecologistas se han ido y los bosques y los combustibles fósiles están aún aquí. Fue una completa pérdida de tiempo.

Apenas podía creer que estuviera oyéndole hablar así.

—¿En serio piensas eso?

—Sí, en serio.

—Entonces estás mucho peor de lo que pensaba.

—Ah, ¿por qué demonios estoy hablando contigo? —dijo achinando los ojos. Se inclinó hacia delante y su imagen se desvaneció.

Jody me miró.

—No va a ser fácil contenerlo. Si está en el centro de mandos del NORAD, entonces no sé si podremos llegar hasta él.

—Ya se nos ocurrirá algo cuando lleguemos —dije.

Estaba intentando convencerme a mí mismo tanto como a ella. No tenía ni idea de lo que haríamos, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer sino intentarlo?

El coche alteró nuestros vagos planes justo al sur de la frontera entre Wyoming y Colorado. La vibración de las turbinas traseras había ido empeorando gradualmente y bajé hasta el suelo para reducir la presión, esperando poder llegar a otra ciudad antes de que muriera totalmente. Pero todavía nos encontrábamos bastante al norte de Port Collins cuando la turbina trasera se paró con un chillido y el coche se desplomó por ese lado, golpeó el suelo y luego se inclinó bruscamente hasta darse totalmente la

vuelta. Los airbags volvieron a desplegarse para mantenernos en el asiento, pero el que estaba frente a Jody explotó y la oí gritar sorprendida mientras caía de cabeza sobre el parabrisas.

—¡Jody! —forcejeé para alcanzarla por encima de las bolsas hinchadas que aún me aprisionaban en el asiento. Nos detuvimos derrapando, pero con el coche volcado, los airbags se desinflaron lentamente para que no nos cayéramos sobre el techo y nos rompiéramos el cuello. Logré escurrirme a través del espacio entre los asientos. Jody estaba empotrada en el hueco entre el techo y el parabrisas combado, con el rostro ensangrentado por una herida en la frente. Buscaba desesperadamente un asidero para poder empujarse hacia arriba.

Mi primer pensamiento fue que Jody debía tumbarse totalmente en caso de que se hubiera lesionado el cuello o la espalda, pero entonces me di cuenta de que no había suficiente espacio para eso y que, de todas formas, probablemente estaría mejor si se incorporaba. La cogí de la mano y la ayudé a girarse hasta que pudo sentarse en el techo. Los asientos estaban justo encima de nuestras cabezas.

—¿Tienes algo roto? —le pregunté mientras buscaba un botiquín en el espacio entre los asientos y el suelo.

—No lo sé —flexionó los brazos y piernas y dijo—: No lo parece —luego se llevó una mano a la frente para evitar que la sangre le entrara en los ojos mientras pestañeaba para limpiárselos—. Ambos ojos están bien —dijo tras unos segundos.

Arrastraba un poco las palabras, pero sonaba totalmente calmada, el resultado de años de entrenamiento para situaciones de emergencia.

No podía encontrar el botiquín, así que arranqué un trozo de tela de mi camisa y la usé para absorber la sangre de su herida. Se estremeció cuando taponé el corte, pero me alivió ver músculo y no hueso antes de que la sangre volviera a brotar de nuevo.

—Creo que sobrevivirás —dije, intentando que no detectara la preocupación en mi voz.

Sus heridas probablemente no la matarían, pero una noche a la intemperie en Colorado durante la estación de invierno sí podría hacerlo. Me incliné para mirar por las ventanillas. El sol estaba aún bastante alto sobre las montañas. Nos quedaban un par de horas de luz solar, pero no divisaba ninguna casa y no sabía que distancia tendríamos que andar para encontrar una. El viento no soplaba tan fuerte aquí como en el norte, pero soplaba lo suficientemente fuerte para hacer descender la sensación de frío unos veinte grados aproximadamente. Ya estaba succionando el calor del interior del coche.

Jody había estado reflexionando sobre lo mismo.

—De repente, ya no me alegra que el mundo esté vacío —dijo.

—Todavía no estamos metidos en problemas —le dije—. Por un motivo: el mundo no está vacío.

Encendí el teléfono del coche, tecleé el número cabeza abajo y esperé, confiando

en que el transmisor contactara con la antena debajo de nosotros.

—¿A quién llamas? —preguntó Jody—. ¿A Dave?

—Correcto. Es el único que se encuentra cerca de aquí.

—¿Y qué te hace pensar que querrá ayudarnos?

—No sé si lo hará o no. Pero no cuesta nada probar.

Esperamos unos diez o quince segundos mientras el teléfono intentaba realizar la conexión. Finalmente vimos un parpadeo, un espectro nevado en el parabrisas, y la voz de Dave, transmitida con estática, dijo:

—¿Qué ocurre ahora?

—Soy Gregor —dijo—. Acábamos de tener un accidente al norte de Fort Collins. Jody está herida. ¿Puedes venir a por nosotros?

Su rostro boca abajo nos miró con desconfianza.

—Es un truco para sacarme de aquí.

—No lo es —dijo Jody—. Mira, echa un vistazo.

Jody se inclinó hacia el objetivo de la cámara y se quitó el trapo empapado de sangre de la frente. La expresión de Dave se ablandó levemente, pero no lo suficiente.

—Lo siento —dijo—. Vosotros solitos os habéis metido en ese lío, así que salid también solos.

—Dave —dijo entonces—, no te estamos pidiendo un favor. Podríamos morir por congelación aquí fuera.

—Deja de ponerte melodramático. Eres un hombre de recursos... —su imagen desapareció un segundo, luego regresó—... debéis llevar abrigos y gorros y ese tipo de cosas.

—¿Estamos en el interior de un coche volcado en medio de ninguna parte y nos estás diciendo que nos pongamos los abrigos? Maldita sea, ¡Jody está herida! Tenemos que llevarla al hospital y ver si se ha roto algo. Podría tener lesiones internas.

Era difícil distinguir la expresión en su rostro en la imagen nevada y del revés. Me pareció que fruncía el ceño, luego durante unos segundos el ceño fruncido se invirtió.

—De acuerdo —dijo—. Iré. Me llevará un tiempo salir de la montaña, y una hora o dos más para llegar allí y encontraros. Tan sólo quedaos sentados y abrigados.

Entonces, antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, cerró la conexión. Durante un momento medité sobre su repentina capitulación. Desde luego, no me había dejado una buena impresión, y pronto sabría por qué.

—El cabrón no va a venir.

—¿Qué? —dijo Jody girando la cabeza y clavándome la mirada—. Acaba de decir que...

—Quiere que pensemos que va a venir, pero va a esperar a que muramos congelados. Piénsalo. ¿Qué mejor manera de atraer la atención de Dios que enviar a un par de almas libres para que llamen a las puertas del Cielo por él?

—Pero... ¿piensas que él... haría eso?

—Claro que sí. Lo acaba de decir. Le va a llevar un «rato» salir de la montaña, y un «rato» más volar hasta aquí, y un «rato» más largo encontrarnos. Se asegurará que le lleve un buen rato, y así cuando llegue aquí podrá decir honestamente que intentó rescatarnos, pero que llegó tarde.

—No, no creo que él hiciera eso —dijo Jody sacudiendo la cabeza.

—Yo sí. Y no me voy a quedar aquí para comprobarlo.

—¿Qué vas a hacer?

Alargué el brazo bajo los asientos en la parte trasera para coger nuestros abrigos.

—Voy a ir hacia Fort Collins para buscar una casa u otro coche que funcione — dije mientras ayudaba a Jody a ponerse su abrigo—. No me alejaré más allá de lo que pueda recorrer para regresar antes de que oscurezca.

Ella reflexionó sobre el plan, y luego dijo:

—De acuerdo. Mientras tú haces eso, yo llamaré a Gwen para ver quién más podría venir a rescatarnos.

—Bien.

Me puse el abrigo, el sombrero y los guantes, luego abrí la ventanilla y salí deslizándome sobre el suelo helado. Una gélida ráfaga de aire hizo entrar un remolino de nieve al interior. Me incliné para besar a Jody, luego retrocedí y me aseguré de que ella cerraba la ventana totalmente antes de levantarme.

El coche era un rectángulo oscuro que resaltaba contra la nieve blanca; no me costaría mucho encontrarlo de nuevo si volvía antes de que oscureciera. Partí hacia donde esperaba que hubiera una población, echando la vista atrás de vez en cuando para asegurarme de que podría localizar el coche de nuevo, hasta que la inclinación del terreno lo escondió de la vista. Las estribaciones de Colorado no tenían tanta nieve como las de Yellowstone, pero había suficiente para que las huellas quedaran bien marcadas. Tardarían unas cuantas horas en cubrirse, así que no estaba muy preocupado. Avance con dificultad, con las manos en los bolsillos y la cabeza ladeada para evitar que el viento se colara por el cuello, buscando cualquier rastro de civilización.

Mientras andaba, fui consciente de lo mucho que iba odiar vivir una vida primitiva cuando todas las máquinas dejaran de funcionar. Cuando fuera un anciano, probablemente tendría que desplazarme a todos lados andando. Incluso podría tener que quemar madera para obtener calor, dependiendo del tiempo que durase la central eléctrica de la colonia. No era de extrañar que Dave estuviera tan desesperado por hacer regresar a Dios para irse con Él.

Pensé en Jody, que me esperaba en el coche, posiblemente muriéndose por las heridas o por congelación antes de que regresara. En ese momento tampoco me importaba la idea de un Dios protector, siempre y cuando Él hiciera algo para ayudarnos si lo necesitábamos. Incluso si Él no quisiera (o pudiera) mantenerla con vida, la idea de que, de alguna forma, me reuniría con ella tras mi muerte me

reconfortaba levemente. Aunque tampoco mucho, porque nunca podría estar seguro de que fuera a ocurrir hasta que ocurriera, pero la más mínima posibilidad me permitiría seguir adelante durante un tiempo.

Se me ocurrió entonces que si Jody moría, podría unirme a Dave en su búsqueda. Pero ella no iba a morir. Lo único que necesitaba era encontrar algún refugio y los dos estaríamos bien. Finalmente encontré lo que estaba buscando en un suave valle: una casa y un granero rodeados de un bosquecillo de altos y desnudos álamos americanos. Había un par de vehículos aparcados frente a la casa y una larga y sinuosa carretera a mi izquierda que llevaba hasta la casa. Seguí avanzando campo a través directo hacia allí.

Estaba bastante más alejado de lo que parecía a primera vista, pero llegué justo cuando el sol tocaba las montañas. La entrada a la casa estaba abierta, así que no tuve que forzarla. Además, no estaba enchufada la calefacción, pero se estaba de maravilla en comparación con el exterior. Intenté llamar a Jody con el móvil, pero cuando lo abrí la pantalla tenía una enorme grieta y no se encendía. Al parecer, había caído encima del teléfono cuando aterricé tras el accidente. El teléfono de la casa tampoco funcionaba; no era de extrañar, tras cuatro años con un clima como este. Pero encontré un gancho en la parte interior de la puerta del que colgaba un juego de llaves, así que me las llevé fuera y las probé en los vehículos.

Había un hovercar y una furgoneta remolque de cuatro ruedas en el camino de entrada. El hovercar estaba tan muerto como el teléfono, pero la furgoneta dio un tirón hacia delante cuando giré la llave. Presioné el embrague y volví a intentarlo, y fui recompensado con el aullido de un volante de inercia girando y cogiendo velocidad. El indicador de energía marcaba bajo, pero no pensaba que fuera a necesitar mucho para recoger a Jody y regresar.

Mientras el volante de inercia ganaba velocidad, abrí la guantera en busca de un teléfono en funcionamiento, pero lo único que encontré fue un puñado de llaves inglesas y fusibles. No era muy tranquilizador. No obstante, solté el embrague lentamente y la furgoneta avanzó, maniobré por el camino de entrada y comencé a botar y zigzaguear en dirección a la carretera. Había oído que era fácil que un vehículo con ruedas se quedara atascado en la nieve, así que pensé que debía conducir por carretera tanto como fuera posible hasta que llegara lo suficientemente cerca para intentar conducir campo a través.

Fue una buena idea, y habría funcionado si no se hubiera desatado una fuerte ventisca a un kilómetro por la carretera que cruzaba el lecho del valle y que comenzaba ahora a ascender. Advertí demasiado tarde que la carretera no se elevaba con el terreno, y cuando la furgoneta penetró lentamente en el banco de nieve, tembló mientras se enterraba unos cuantos metros hasta pararse abruptamente, totalmente atascada. No podía retroceder ni avanzar, ni siquiera cuando lo dejé con la marcha puesta y salí a empujar. Por supuesto, no había ninguna pala en la furgoneta. Tendría que regresar a la casa para hacerme con una. Maldiciendo mi estupidez por no

haberlo previsto, seguí las marcas de las ruedas de regreso por el camino que había tomado.

Estaba comenzando a oscurecer cuando llegué de nuevo a la casa, así que rebusqué por los cajones de la cocina hasta que encontré una linterna que funcionaba, luego salí al granero y encontré una pala. Corrí hacia la furgoneta y comencé a desenterrarla, con la esperanza de que Jody no estuviera demasiado preocupada al no haber regresado todavía. Estaba tan sólo a uno o dos kilómetros de distancia; si tenía cuidado de no volver a quedarme atascado podría llegar allí en unos minutos.

Acababa de abrir un surco para la rueda izquierda y estaba comenzando con la derecha cuando vi una luz brillante que descendía hacia mí desde el sur. Pasó deslizándose, continuando el descenso, directo hacia nuestro hovercar volcado. Dave.

—Quién me lo iba a decir —dije en voz alta—. Al final ha venido. Me apoyé contra la furgoneta unos segundos para recuperar el aliento. No tenía por que romperme la espalda ahora; él y Jody vendrían a por mí en breve.

Si es que podían encontrarme. Pronto se haría difícil seguirme el rastro en un hovercar y, si no topaban con la granja, entonces difícilmente podrían verme en la carretera con una furgoneta.

Me metí dentro y encendí los faros. Eso podría ser de ayuda. Pero también me puse a cavar de nuevo.

Diez minutos más tarde acabé de abrir el surco de la otra rueda. Ellos aún no habían acudido a por mí. Me subí a la furgoneta, metí la marcha y solté el embrague, pero no se movió.

Salí de nuevo con la pala, esta vez retiré la nieve que había debajo del vehículo. Me llevó otros quince minutos. Cuando lo intenté de nuevo, la furgoneta se movió un poco, y la mecí hacia delante y hacia atrás hasta que comenzó a rodar, y regresé a la carretera tan rápido como pude. Algo no iba bien.

Dave se había dejado los faros delanteros encendidos. En cuanto llegué al borde del valle lo vi, alumbrando directamente nuestro coche volcado. Podía ver una figura de pie junto al auto, pero no distinguí si se trataba de Dave o de Jody.

La carretera giró en la dirección equivocada. Maldiciendo mi suerte, aceleré la furgoneta y pegué un volantazo para salirme de la carretera, botando sobre las rocas y matorrales e intentando controlarlo cuando las ruedas tocaban el suelo. Las ruedas derrapaban y el volante de inercia se quejó con un chirrido, pero mantuve el pie pisando a fondo el acelerador y aguante mientras la furgoneta botaba hacia los dos coches aéreos. Al acercarme, pude ver que era Dave el que estaba de pie iluminado, y Jody yacía en el suelo delante de él. No se movía.

Abrí con un chasquido la guantera en el mismo momento en que la furgoneta chocó contra un montículo duro, y todas las llaves inglesas salieron despedidas sobre el asiento y el suelo. Cogí una de las más grandes en la mano derecha al tiempo que frenaba derrapando hasta detenerme bruscamente junto al coche de Dave. Salté de la furgoneta con la llave levantada sobre mi cabeza y grité:

—¿Qué le has hecho?

Dave ni siquiera intentó defenderse. Se limitó a quedarse allí de pie con una sonrisa beatífica en el rostro y dijo:

—Adelante. Ya no importa. Incluso le diré a Dios que estuvo justificado.

—No va a ser Dios con quien hables —dije.

Levanté la llave para partirle la cabeza, pero al verlo allí de pie descubrí que era incapaz de hacerlo. Ni siquiera con Jody yaciendo ante nosotros en el suelo.

Él le había quitado el abrigo y los guantes. El rostro de Jody y sus manos estaban tan blancos como la nieve, y no se detectaba ningún aliento en su boca.

—Deberíamos habernos dado cuenta inmediatamente de que uno de nosotros debía partir para que Dios viniera a recogernos —me dijo Dave mientras yo me inclinaba para buscar el pulso en el cuello de Jody—. Yo mismo hubiera partido en cuanto se me ocurrió, pero Jody estaba ya tan cerca que se me ocurrió que podría ser ella la elegida. Realmente, no importa.

No vi ninguna otra herida aparte de la que tenía en la frente. Probablemente estaba inconsciente cuando él llegó, o él la había dejado inconsciente de alguna manera. No pude encontrarle el pulso, pero mis dedos estaban tan fríos después de haber cavado en la nieve que probablemente no me habría encontrado ni el mío. Me incliné aún más y arrimé la mejilla a su boca para sentir su respiración, pero no noté ninguna. No sabía qué más podía hacer, así que cubrí su boca con la mía y exhalé aire a sus pulmones.

Dave me agarró por el cuello del abrigo.

—No, no puedo permitir eso. No puedes revivirla hasta que estemos seguros de que ha cumplido la misión.

Con un rápido movimiento me puse en pie y le golpeé en la sien izquierda con la parte plana de la llave. Su cabeza rebotó de un lado a otro y cayó de espaldas con un golpe seco que provocó un remolino de nieve a su alrededor. Me incliné de nuevo sobre Jody.

Cinco compresiones torácicas, exhalación, cinco compresiones torácicas, exhalación, una y otra vez. En un momento dado, tras una eternidad, ella se agitó, inhaló aire por sí sola, y gimió.

Aullé de alegría, la levanté en brazos y la llevé al coche de Dave, donde la coloqué en el asiento del acompañante y subí la calefacción al máximo.

Corrí al otro lado y subí. Ella se despertó con un grito cuando cerré la puerta de golpe, pero al ver que era yo, volvió a desplomarse en el asiento.

—Jesús, me has asustado —dijo—. He tenido un sueño de lo más loc... espera un momento.

Eché un vistazo al coche en el que estaba, mucho más grande que el que habíamos estado pilotando.

—Éste es el coche de Dave —dijo tras unos segundos—. Así que al final vino.

—Eso es, y también te arrastró al exterior para que murieses.

Eché un vistazo fuera para asegurarme de que seguía tendido donde lo había derribado. Tuve el tiempo suficiente para darme cuenta de que no estaba allí, porque la puerta de mi lado se abrió de golpe y apareció él con la llave inglesa en la mano.

Me abalancé hacia los controles de elevación, pero él me alcanzó y me golpeó la mano con la llave antes de que el coche comenzara a desplazarse.

—No lo harás —dijo él—. Salid. Vamos a acabar este experimento de una forma u otra.

Me acuné la mano derecha, que se había quedado repentinamente entumecida, preguntándome si podría cerrarla en un puño y si podría hacer algo con él.

Jody se inclinó sobre el asiento, de forma que él pudiera verla.

—Ya ha acabado todo —dijo ella.

—¿Qué quieres decir? No puede ser. Todavía estás viva. Ella se rió.

—Estoy viva de nuevo, idiota. Estaba muerta. Estuve allí. Vi tus preciosas puertas del Cielo, y estaban totalmente cerradas.

—¿En serio? —pregunté.

—¿Cerradas? —preguntó Dave.

—Sí —los ojos de Jody brillaban con un destello de fuego elemental mientras le miraba.

Dave dejó caer al suelo la llave inglesa.

—Dejadme entrar —dijo Dave en voz baja—. Hace frío aquí fuera.

Lo pensé durante unos segundos, más tentado por la idea de dejarlo fuera un poco más de tiempo, pero Jody dijo entonces:

—Venga, déjale. Quiero decirle algo.

Así que agaché la cabeza y le dejé subir. En cuanto se sentó encendí el control de elevación y subí verticalmente unos cien metros aproximadamente.

—¿Adónde vais? —preguntó Dave.

—Lo suficientemente alto para que te pienses dos veces intentar hacerte el listo —respondí.

—No intentará nada —dijo Jody—. Ni ahora ni nunca más.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunté.

Ella sonreía como una manada de lobos acorralando a un ciervo.

—Porque si lo hace, podría resultar herido, y si piensas que este lado de la gran línea divisoria está solitario, espera a ver lo que nos espera al otro lado.

—¿Qué? —preguntó Dave, inclinándose hacia delante entre los asientos—. ¿Qué averiguaste?

Ella adoptó una mirada perdida.

—Encontré el lugar donde se supone que debería estar el Cielo. Al final de un largo túnel de luz. En realidad no había puertas; era más bien un... un espacio. Es difícil describirlo físicamente. Pero yo sabía que era donde se suponía que debía ir, y pude ver que estaba cerrado.

—¿Permanentemente? —preguntó Dave.

—Así lo sentí. Tan sólo quedaba el recuerdo de una entrada, pero ninguna promesa de que fuera a volver a estar allí. Así que me di la vuelta para volver aquí, pero no pude encontrar el camino de vuelta. Vagué de un lado a otro durante un tiempo antes de traspasar la línea y regresar. Si Gregor no me hubiera reanimado, no creo que hubiera podido encontrar el camino.

—¿Vagaste de dónde a dónde? —inquirió Dave—. ¿Cómo era el lugar?

—Era como niebla —dijo Jody, y con voz temblorosa añadió—: Yo era tan sólo un punto de vista en una niebla gris, informe e incorpórea. No se escuchaba ningún sonido, ni se olía ningún olor; yo ni tan siquiera disponía de un cuerpo con el que pudiera oír, oler o sentir. Ni siquiera sé con certeza si en realidad veía algo. No había nada que ver allí.

—Entonces, ¿cómo sabías dónde estaba tu cuerpo?

—¿Cómo sabes dónde está tu barbilla? Simplemente está ahí —Jody apartó la mirada de él y se recostó en su asiento—. Escucha, estoy cansada y me duele la cabeza, y ya he estado muerta las suficientes veces por hoy. Sólo quiero descansar. Te lo contaré todo mañana.

Capté la indirecta y piloté la nave en busca de un hospital.

Más tarde, después de que le vendásemos la cabeza y nos asegurásemos de que no sufría más lesiones, Jody y yo nos instalamos en la suite nupcial en la planta superior del Fort Collins Hilton. Dave se había instalado en una de las habitaciones de la planta de abajo. Yo tenía la intención de meterlo en la cárcel de la ciudad, pero Jody no me dejó hacerlo.

—Está neutralizado —me dijo cuando nos echamos en la enorme cama, con una docena de mantas sobre nosotros para mantenernos calientes y el mismo número de velas para iluminarnos—. Creerá cualquier cosa que le diga ahora. Además, le necesitamos. Lo mejor que podemos hacer es tratarlo como un alcohólico en proceso de rehabilitación o algo similar, e integrarlo de nuevo en nuestras vidas tan rápido como podamos.

—¿Integrarlo de nuevo en nuestras vidas? —pregunté con incredulidad—. ¿Después de lo que te hizo? Él te asesinó. ¡Estabas muerta!

Ella rió.

—Bueno, no estoy tan segura de eso.

—¿Eh? ¿Y qué hay del túnel de luz, y las puertas del Cielo y todo lo demás?

—En realidad era todo palabrería hueca. Le dije lo que quería oír. Bueno, lo que yo quería que él oyera, en todo caso.

La observé a la parpadeante luz de las velas, estupefacto. Ella se encogió de hombros.

—No recuerdo ni una sola cosa desde el momento en que Dave me dejó inconsciente hasta el momento en que me desperté a tu lado.

—¿No recuerdas nada?

—No.

—Entonces eres una actriz magnífica.

—Bien, porque quiero que siga convencido.

Reflexioné un momento sobre ello.

—¿Incluso si nosotros no lo estamos? —pregunté entonces.

—¿Qué?

—Quieres que Dave siga convencido, pero nosotros estamos en la misma situación en la que estábamos antes. No sabemos nada en absoluto acerca de lo que nos espera tras la muerte.

Ella volvió a reír y se acurrucó aún más cerca de mí bajo las mantas.

—Entonces Dios es justo, si es que existe —dijo ella—. Después de todo, soy agnóstica. Y no aceptaría cualquier otra cosa.

14

GENE WOLFE

Modo silencio

[Mute]

Gene Wolfe, quizás más conocido por su épica de varios volúmenes, *The Book of the New Sun (El libro del Sol Nuevo)*, es autor de más de 200 relatos cortos y treinta novelas, ha recibido en dos ocasiones el Nebula y el World Fantasy Award, y en una ocasión fue descrito como «el mejor escritor en lengua inglesa vivo hoy en día» por el autor Michael Swanwick. Sus novelas más recientes son *The Wizard Knight (El Caballero Mago)*, *Soldier of Sidon (Soldado de Sidón)*, y *Pirate Freedom (Confesiones de un pirata)*.

El presente relato trata de dos niños que regresan a su casa, la encuentran vacía y se ven forzados a crecer a toda prisa. Apareció por primera vez en el libro del programa de la Convención Mundial del Terror de 2002, donde Wolfe fue invitado de honor.

En el mismo libro del programa, Neil Gaiman ofrecía unos consejos para leer a Gene Wolfe. Los primeros dos puntos de su ensayo eran:

(1) Confía en el texto implícitamente. Las respuestas están en él.

(2) No confíes en el texto más allá de lo que alcances a lanzarlo, o ni tan siquiera. Contiene material travieso y al rojo vivo, y podría explotar en tus manos en cualquier momento.

Acuérdense de esto cuando lean el relato. Y cuando lo terminen, quizás quieran seguir el tercer consejo de Gaiman: «Reléelo. Es mejor la segunda vez».

Modo silencio

Jill no estaba segura de que se tratara de un autobús, aunque tenía la forma de un autobús y era del color de los autobuses. Para empezar (se dijo a sí misma), Jimmy y yo somos las únicas personas aquí dentro. Si es un autobús escolar, ¿por qué no hay más niños? Y si es un autobús urbano, ¿por qué no sube nadie? Además, había una señal que indicaba una parada de autobús, pero no paró.

La carretera era estrecha, llena de baches y grietas; el autobús los sorteaba avanzando lentamente. Los árboles se cerraron sobre el autobús y cubrieron la luz del sol, luego clareó durante un segundo o dos, y de nuevo volvieron a cerrarse sobre ellos.

Aparentemente, para siempre.

No había coches en la carretera, ni camiones o todoterrenos, ni tampoco otros autobuses. Pasaron junto a una valla publicitaria oxidada con la imagen de una chica montada a caballo, pero no había ni chicas ni caballos. Un ciervo, con grandes e inocentes ojos, estaba parado junto a un cartel en el que se mostraba un ciervo macho saltando, y se quedó observando el autobús (si es que realmente era un autobús) mientras este pasaba traqueteando. A Jill le recordó una ilustración en un libro: una niña pequeña con rubio y largo cabello con el brazo alrededor del cuello de un ciervo como ese. Esa niña siempre se encontraba con animales malos y gente horrible y fea, y le pareció a Jill que el ilustrador había sido considerado al darle ese momento de tranquilidad. Jill miraba las otras ilustraciones del libro con aterrorizada fascinación, luego regresaba a esa con un sentimiento de alivio. Había cosas malas, pero también había cosas buenas.

—¿Recuerdas al caballero que se cayó de su caballo? —le susurró a su hermano.

—Tú nunca viste a un caballero, Jelly. Ni yo tampoco.

—En mi libro. La mayoría de la gente que conocía esa chica era terrible, pero a ella le gustaba el caballero y a él le gustaba...

La voz del conductor la interrumpió.

—Justo ahí delante es donde está enterrada vuestra mamá.

Señaló con el dedo, tosiendo. Jill intentó verlo, pero sólo vio árboles.

Después de eso intentó acordarse de Madre. No le vino a la mente ninguna imagen clara, ningún tono de voz o palabras que recordar. Había existido una madre. La madre de los dos. Su madre. Ella había amado a su madre, y Madre la había amado a ella. Y se prometió a sí misma que se aferraría a ese sentimiento. No podrían enterrar eso.

Los árboles dieron paso a una pared de piedra interrumpida por una amplia verja de barrotes torneados, una entrada flanqueada por pilares culminados por leones de piedra que acechaban vigilantes. Una placa de hierro sobre los barrotes de hierro anunciaba COLINA DE ÁLAMOS.

La verja, la placa, los pilares y los leones desaparecieron antes de que ella pudiera recuperar el aliento. La pared de piedra se prolongaba interminable, con árboles delante de ella y más árboles detrás. Alisos en la parte de delante, concluyó, arces y abedules en la parte de atrás. No hay álamos.

—¿Llegué a leer tu libro de cuentos?

Ella negó con la cabeza.

—Eso pensaba. Siempre tuve intención de hacerlo, pero nunca encontré el momento adecuado. ¿Era bueno? —al ver su expresión, él la rodeó con el brazo—. No lo has perdido para siempre, Jelly. ¿De acuerdo? Quizás lo envíen.

Cuando ella se hubo secado las lágrimas, el autobús salió de la carretera y trepó por un sinuoso y estrecho camino de entrada que discurría entre árboles. Redujo la velocidad para tomar una curva, y después redujo aún más. Tomó otra curva. A través del parabrisas divisó una casa enorme. Un hombre con chaqueta de tweed estaba de pie junto a lo que parecía ser la puerta trasera, fumando una pipa.

El conductor tosió y escupió.

—Ésta es la casa de vuestro padre —informó—. Debe de estar por ahí en algún sitio, y se alegrará de veros. Sed buenos chicos para que no se arrepienta de haberse alegrado, ¿me oís?

Jill asintió.

El autobús maniobró hasta detenerse totalmente, y la puerta se abrió.

—Aquí es donde os bajáis. No os olvidéis de las bolsas.

Ella no se habría olvidado la suya, aunque no se lo hubieran recordado. Contenía todas sus posesiones terrenales que le habían permitido llevarse, y tuvo que elegir las no sin grandes dificultades. Su hermano avanzaba delante de ella con su propia bolsa, y la puerta se cerró tras ellos.

Jill contempló la puerta trasera de la casa. Estaba cerrada.

—Papá estaba aquí —dijo ella—. Lo he visto.

—Yo no —dijo su hermano.

—Estaba de pie apoyado en la puerta, esperándonos.

—Quizás sonó el teléfono —dijo su hermano encogiéndose de hombros.

A sus espaldas, el autobús dio marcha atrás, avanzó, volvió a retroceder por segunda vez y aceleró alejándose por el camino.

—¡Espera! ¡Espera un minuto! —exclamó Jill haciéndole señas con la mano.

Quizás el conductor la oyó, pero no se observó ningún indicio de que lo hiciera.

—Deberíamos entrar en la casa —dijo su hermano, alejándose—. Él podría estar dentro esperándonos.

—Quizás está cerrado con llave —dijo Jill, siguiendo a su hermano de mala gana.

No estaba cerrado con llave, ni siquiera estaba el pestillo echado. Había hojas en el suelo de la enorme cocina, como si la puerta hubiera estado abierta durante horas mientras soplaba el viento. Jill la cerró con fuerza tras de sí.

—Quizás esté... —la voz de su hermano se rompió— delante.

—Si estuviera hablando por teléfono, le oiríamos.

—No si la otra persona estuviera hablando —su hermano ya había visto suficiente en la cocina—. Vamos.

Pero ella no. Había una cocina eléctrica cuyos quemadores brillaron primero con color carmesí y luego con feroz escarlata, una nevera que contenía una libra de queso y dos botellas de cerveza, y una despensa llena de latas. Había muchísimos platos, cacerolas, cacharros, cuchillos, cucharas y tenedores.

Su hermano regresó.

—La televisión está encendida en el salón, pero no hay nadie allí.

—Papá tiene que estar por aquí en algún lugar —dijo Jill—. Lo vi.

—Yo no.

—Bueno, yo sí.

Ella siguió a su hermano hacia el amplio recibidor con altas ventanas en un lateral, luego atravesaron la enorme puerta que se abría al comedor, donde nadie se sentaba a comer, y entraron en una sala de estar en la que media docena de conductores podrían haber aparcado media docena de autobuses, llena de luz.

—Un hombre hizo esto —dijo ella, mirando a su alrededor.

—¿Hizo el qué?

—Aquí dentro. Un hombre eligió este mobiliario, las alfombras, y todo.

—Echa un vistazo a eso de allí —dijo su hermano señalando—. Hay una silla hecha de cuernos. Me mola.

—A mí también —asintió ella—. Aunque yo no la hubiera comprado. Una habitación es... es un marco, y las personas que hay en él son las ilustraciones.

—Estás loca.

—No lo estoy —sacudió la cabeza poniéndose a la defensiva.

—¿Quieres decir que papá compró todas estas cosas para parecer más atractivo?

—Para parecer correcto. No se puede hacer que alguien parezca más atractivo. Si no lo es, no lo es. Ese es todo el misterio. Pero se puede hacer que parezca correcto, y eso es más importante. Todo el mundo parece correcto y en el lugar correcto. Si tuvieras una foto de papá...

—No la tengo.

—Si la tuvieras, y estuvieras buscando un marco para ella... El hombre de la tienda de los marcos te dice que escojas la que quieras, ¿escogerías un bonito marco negro con flores plateadas?

—¡Puaj, no!

—¿Lo ves? Pero a mí me gustaría una foto mía en un marco así.

—Te lo haré uno de estos días, Jelly —dijo su hermano sonriendo—. ¿Te fijaste en la televisión?

Ella asintió.

—La vi en cuanto entré. Aunque no se puede oír lo que dice ese hombre, porque está en modo silencioso.

—Así que podría estar hablando por teléfono, tal vez.

—¿En otro cuarto?

El teléfono estaba en una mesilla cerca de la televisión. Jill descolgó el auricular y se lo acercó a la oreja.

—¿Qué ocurre? ¿Le has oído?

—No —colgó el auricular—. No se oye ningún ruido. Pero no está colgado.

—Entonces no está al teléfono en otro cuarto.

No tenía ninguna lógica, pero se sentía demasiado agotada para discutir.

—No creo que esté aquí —dijo su hermano.

—La televisión está encendida —Jill se sentó en una silla de madera natural encerada, con cojines marrones y naranja—. ¿Has encendido tú estas luces?

Su hermano negó con la cabeza.

—Además, lo he visto —insistió ella—. Estaba de pie en la puerta.

—De acuerdo.

Su hermano se quedó en silencio durante unos minutos. Era alto y rubio, como papá, con un rostro que estaba empezando a asumir que estaba hecho para la seriedad.

—Habría oído el ruido del coche si se hubiera ido. He estado atenta para ver si oía algo así.

—Yo también.

Aunque no lo dijo, ella sentía que había una presencia en esa casa vacía que te hacía escuchar. Escuchar, escuchar. Todo el tiempo.

«MUTE», mostraba la pantalla, y no emitía ningún ruido.

—Me gustaría saber qué dice el hombre de la televisión —le dijo a su hermano.

—Está en modo silencioso y no encuentro el mando. Ya lo he buscado.

Ella no dijo nada y se acurrucó de nuevo contra el cojín marrón y naranja, observando la pantalla. La silla le hacía sentirse rodeada por algún tipo de defensa, aunque fuera mínima.

—¿Quieres que cambie de canal?

—Has dicho que no pudiste encontrar el mando.

—Hay botones —abrió un panel con bisagras en un lateral de la pantalla—. Encendido y apagado. Canal más o canal menos, volumen arriba y volumen abajo. Pero no hay un botón para el modo silencio.

—No necesitamos un botón de modo silencio —susurró ella—, necesitamos un botón de modo no-silencioso.

—¿Quieres cambiar de canal? Mira.

El siguiente canal era una pantalla gris con líneas onduladas y la palabra amarilla «mute» en una esquina, pero el siguiente mostraba a una bonita mujer de aspecto agradable sentada a una mesa, hablando. El símbolo amarillo de MUTE estaba en la esquina de la pantalla también. La mujer tenía un lápiz amarillo muy afilado en la mano y jugaba con él mientras hablaba. Jill deseó que, en lugar de hablar, escribiera

algo, pero no lo hizo.

El siguiente canal mostraba una calle casi vacía, y el MUTE amarillo. La calle no estaba totalmente vacía, porque dos personas, un hombre y una mujer, estaban tendidas en el suelo. No se movían.

—¿Quieres ver esto?

Jill negó con la cabeza.

—Vuelve al hombre que estaba viendo papá.

—¿El primer canal?

Ella asintió, y los canales pasaron rápido.

—Te gusta... —su hermano se quedó congelado en medio de la frase. Los segundos pasaron arrastrándose, temerosos y, de alguna forma, culpables.

—Yo... —comenzó Jill.

—¡*Shhh!* Alguien está moviéndose por el piso de arriba. ¿Lo oyes? —su hermano salió disparado de la habitación.

Ella no había oído nada.

—Realmente no me gusta nada —murmuró para sus adentros—, pero habla más lento que la mujer, y creo que podría llegar a leerle los labios si lo observo durante suficiente tiempo.

Lo estuvo intentando y, entre medias, buscó el mando.

No había nadie en el piso de arriba, pero había un dormitorio enorme con dos camas pequeñas, una pegada a la pared este y otra a la pared sur, tres ventanas y dos armarios roperos. Su hermano quería tener una habitación para él; pero ella, aterrada ante la idea de quedarse sola en la oscuridad, le prometió que la habitación sería suya, y que ella no tendría ninguna habitación... que barrería y quitaría el polvo a su habitación todos los días, y le haría la cama.

De mala gana, él accedió.

Comieron chile enlatado la primera noche, y avena la mañana siguiente. Descubrieron que la casa tenía tres alturas y catorce habitaciones... quince contando la despensa. La televisión, que Jill apagó cuando salió del salón para calentar la cena, estaba encendida de nuevo, aún en modo silencio.

Había un garaje adosado, con dos coches. Su hermano se pasó toda la tarde buscando las llaves de uno u otro sin lograr encontrarlas. De hecho, sin encontrar llave alguna.

En el salón de estar, el hombre que había estado hablando (en modo silencio), seguía hablando silenciosamente, sin parar. Jill se pasaba la mayor parte del tiempo observándolo y finalmente llegó a la conclusión de que se trataba de una grabación. La última frase que pronunciaba (en la que bajaba la mirada al tablero pulido de su escritorio) era continuada por la primera.

Esa noche, mientras preparaba salchichas vienesas y ensalada de patata enlatada,

escuchó a su hermano gritar: «¡Papá!» El grito fue seguido por el portazo de una puerta y el sonido de los pies de su hermano corriendo.

Ella corrió también y le alcanzó mientras él se asomaba por una estrecha entrada en el vestíbulo trasero.

—¡Le he visto! —dijo—. Estaba de pie, ahí, mirándome fijamente.

La estrecha entrada se abría en la oscuridad a una escalera de madera igualmente estrecha.

—Luego escuché el portazo. Sé que era esta puerta. ¡Tiene que serlo!

Jill bajó la mirada, inquieta por la corriente de aire que se colaba por la entrada, un aire, sin duda, frío, húmedo y fétido.

—Parece el sótano —dijo ella.

—Es el sótano. He estado ahí abajo un par de veces, pero no he podido encontrar la luz. Se me ocurrió buscar una linterna y bajar otra vez —su hermano comenzó a bajar las escaleras y se giró sorprendido cuando una solitaria y tenue bombilla suspendida de un cable se encendió—. ¿Cómo lo haces, Jelly?

—El interruptor está aquí en el vestíbulo, en la pared detrás de la puerta.

—Bueno, ¡venga!, ¿no vienes?

—Ojalá estuviéramos de vuelta en aquel lugar —dijo ella obedeciéndole.

Su hermano no la oyó. O si lo hizo, prefirió ignorarla.

—Él está aquí abajo, en algún lugar, Jelly... tiene que estar aquí. Si lo buscamos entre los dos, no podrá esconderse por mucho tiempo.

—¿No hay ninguna otra salida?

—No lo creo. Pero no me quedé aquí mucho rato. Estaba muy oscuro, y olía mal.

Encontraron el origen de ese olor detrás de una hilera de estantes apoyados en el suelo y abarrotados de herramientas y latas de pintura. Estaba pudriéndose y se había manchado la ropa. En algunas zonas su carne se había marchitado, y en otras se había caído. Su hermano apartó descartes de madera, una pistola de pulverizar y media docena de botellas y jarras de los estantes, para que la luz pudiera enfocar mejor a la criatura muerta en el suelo; tras un minuto o dos, Jill comenzó a ayudarlo.

Cuando terminaron de hacer aquello, él preguntó:

—¿Quién era?

—Papá —susurró ella.

Después de eso, ella se dio la vuelta y subió las escaleras, se lavó las manos y los brazos en la pila de la cocina y se sentó a la mesa hasta que escuchó que se cerraba la puerta del sótano y su hermano entró.

—Lávate —le dijo—. Deberíamos bañarnos, realmente. Los dos.

—Entonces, hagámoslo.

Había dos baños en el piso de arriba. Jill usó el que estaba más cerca del dormitorio y su hermano el otro. Cuando se hubo bañado y secado, se puso una bata que quizás fue en otro tiempo de su madre, se la remangó atándose el cinturón fuertemente para evitar que el dobladillo rozase el suelo. Así ataviada, llevó la ropa

de ambos al piso de abajo, al cuarto de la lavadora, y la puso en la máquina.

En el salón de estar, el hombre cuyos labios intentaba leer había desaparecido. La pantalla estaba gris y vacía, a excepción de la solitaria palabra MUTE en amarillo brillante. Encontró el panel que su hermano le había enseñado. Los otros canales estaban igualmente vacíos, igualmente grises, igualmente silenciosos.

Su hermano entró, con calzoncillos y zapatos.

—¿No vas a comer? —preguntó.

—Más tarde —respondió Jill—. No me siento con ganas.

—¿Te importa si yo lo hago?

Jill se encogió de hombros.

—Tú crees que era papá, ¿verdad? —dijo—. Lo que encontramos en el sótano.

—Sí —dijo ella—, no sabía que estar muerto era así.

—Yo lo vi. No creo que tú lo vieras antes. Pero yo sí, cerró la puerta del sótano.

Le oí hacerlo.

Ella no dijo nada.

—¿Piensas que lo veremos más veces?

—No.

—¿Así de simple? Él quería que le encontrásemos, y lo hicimos... ¿Y eso era todo lo que quería?

—Nos estaba diciendo que está muerto —la voz de Jill sonaba monótona, inexpresiva—. Él quería que supiéramos que no iba a estar por aquí para ayudarnos. Ahora ya lo sabemos. ¿Vas a comer?

—Sí.

—Espera un minuto y comeré contigo. ¿Sabías que ya no hay más televisión?

—Ya no había antes —dijo su hermano.

—Supongo que no. Mañana voy a salir. ¿Recuerdas la verja por la que pasamos en el autobús?

—La Colina de los Álamos —dijo asintiendo.

—Eso es. Voy a ir andando allí. Quizás esté abierta para dejar que entren coches. Si no lo está, ya me las apañaré para escalar por el muro. Había muchos árboles, y no estaba muy alto. Me gustaría que vinieras conmigo, pero si no vienes, yo voy a ir de todas formas.

—Iremos los dos —dijo—. Venga, vamos a comer.

Partieron a la mañana siguiente. Cerraron la puerta de la cocina asegurándose bien de que se pudiera abrir desde fuera, y recorrieron el largo y sinuoso camino de entrada que el autobús había escalado.

Cuando la casa casi se perdía de vista, Jill se paró a mirarla.

—Me siento un poco como si estuviera escapándome de casa —dijo ella.

—No nos estamos escapando —le dijo su hermano.

—No lo sé.

—Bueno, yo sí. Escucha, esa es nuestra casa. Papá está muerto, así que nos pertenece a ti y a mí.

—No la quiero —dijo Jill, y luego, cuando la casa ya no era visible continuó—: Pero es la única casa que tenemos.

El camino de entrada era largo, pero no excesivamente, y al final la carretera (si es que podía llamarse así) cruzaba perdiéndose a izquierda y a derecha. Se extendía silenciosa y vacía.

—Pensé que si pasaban coches podríamos hacerles señas para que parasen —dijo su hermano—. O quizás pase de nuevo el autobús.

—Hay hierba en las grietas.

—Sí, lo sé. Por aquí, Jelly.

Él echó a andar, con la misma expresión seria de siempre, y muy, muy decidido. Ella trotó detrás de él.

—¿Vas a entrar en la Colina de Álamos conmigo?

—Si conseguimos parar un coche antes, o un camión, o lo que sea, voy a irme con ellos si me llevan. Y tú también.

Ella negó con la cabeza.

—Pero si no lo conseguimos —continuó él—, voy a ir a la Colina de Álamos, como tú dices. Quizás haya alguien allí, y si es así, quizás nos ayuden.

—Me apuesto lo que sea a que hay alguien —ella intentó que su voz sonara más segura de lo que se sentía.

—No hay imagen en la televisión. He probado todos los canales. Él iba tres pasos por delante de ella, y no miró hacia atrás.

—Yo también —mintió ella, aunque sí que había probado varios.

—Significa que no hay nadie en los estudios de televisión. En ninguno de ellos —se aclaró la garganta y su voz de repente se hizo más grave, como les ocurre a las voces de los adolescentes—. O al menos, nadie vivo.

—Quizás haya alguien vivo, pero que no sabe cómo hacerlo funcionar —sugirió ella; tras reflexionar unos segundos añadió—: Quizás no tienen electricidad allí donde están.

Él se paró y se giró para mirarla.

—Nosotros sí tenemos.

—Así que puede que haya gente todavía viva. Eso es lo que he dicho.

—¡De acuerdo! Y significa que un coche podría pasar por aquí, y eso es lo que yo he dicho.

Un pequeño arbusto, fresco y verde, brotaba de una grieta en medio de la autopista. Al verlo, Jill sintió que algún poder desconocido e incognoscible había escuchado su conversación e intentaba demostrarles delicadamente que se equivocaban. Ella se estremeció e invocó todas las buenas razones que demostraban que era el arbusto el que se equivocaba.

—Había gente viva en aquel otro lugar. Y el conductor del autobús parecía estar bien también.

Las verjas de hierro estaban todavía allí, exactamente igual a como las había visto Jill el día anterior, elegantes y fuertes entre pilares de piedra tallada. Los leones todavía gruñían sobre aquellos pilares, y en la placa de hierro sobre los barrotes de hierro se seguía leyendo Colina de Álamos.

—Están cerradas —informó su hermano; sacudió el cerrojo para mostrárselo... un tosco candado de latón que parecía nuevo.

—Tenemos que entrar.

—Claro. Voy a ir por esta pared, ¿ves? Voy a buscar un lugar donde pueda escalar, o quizás el muro se haya derrumbado en algún sitio. Cuando lo encuentre, volveré y te aviso.

—Quiero ir contigo —dijo Jill.

El miedo la invadió como un viento helado, ¿qué pasaría si Jimmy se alejaba y nunca más volvía a verlo?

—Escucha, allí en la casa estabas dispuesta a hacer esto tú sola. Si podías hacerlo sola, puedes quedarte aquí diez minutos para vigilar si vienen coches. Y ahora, *¡no me sigas!*

Y no lo hizo; pero una hora más tarde, cuando todavía lo esperaba, él apareció por la parte interior del muro, arañado y sucio y con la intención de hablar con ella a través de la verja.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó cuando Jill apareció junto a él. Ella se encogió de hombros.

—Tú primero. ¿Cómo entraste tú?

—Encontré un árbol pequeño muerto que estaba caído. Era lo suficientemente pequeño para poder arrastrarlo por el extremo más ligero. Lo apoyé en el muro, subí por él y bajé de un salto.

—Entonces no vas a poder salir —le dijo ella, y comenzó a andar por un camino que se alejaba de la verja.

—Ya encontraré alguna forma. ¿Cómo has entrado tú?

—A través de los barrotes. Pero es un espacio estrecho y pincha. No creo que tú puedas —y con un tono levemente malicioso, añadió—, llevo esperándote un buen rato.

El camino privado subía por una colina entre hileras de esbeltos árboles, que le hicieron pensar en modelos haciendo alarde de sus túnicas verdes. La enorme puerta de la entrada principal de la enorme casa cuadrada en la cima de la colina estaba cerrada; y la enorme aldaba de latón producía sólo ecos vacíos desde el interior de la casa, por muy fuerte que su hermano la golpeará. El bonito timbre de color perla que ella apretó sonó con distantes campanillas que no atrajeron a nadie.

Echando un vistazo a través de la ventana a la izquierda de la puerta, Jill vio una silla de madera con unos cojines marrones y naranja, y una pantalla gris de televisión.

En una esquina de la pantalla gris se leía MUTE en brillantes letras amarillas. Rodearon la casa y encontraron la puerta de la cocina abierta, como la habían dejado. Ella estaba sacando refrito de carne enlatada de la sartén cuando las luces se apagaron.

—Eso significa que se acabó la comida caliente —le dijo a su hermano—. Es eléctrica. Mi cocina es eléctrica.

—Volverá —dijo él con seguridad, pero no lo hizo.

Esa noche ella se desvistió en el oscuro dormitorio que se habían apropiado, en la casa sin luz, doblando ropa que no podía ver y colocándola tan ordenadamente como sus dedos pudieron sobre una silla invisible antes de meterse entre las sábanas.

Cálido y desnudo, su hermano la siguió medio minuto más tarde.

—¿Sabes, Jelly? —dijo, al tiempo que la arrimaba hacia él—, probablemente somos las únicas personas vivas en todo el mundo.

15

NANCY KRESS

Inercia

[Inertia]

Nancy Kress es autora de catorce novelas de ciencia ficción y/o fantasía, y más de ochenta relatos cortos, que han sido recopilados en *Trinity and Other Stories*, *The Aliens of Earth*, y *Beaker's Dozen*. Su novela corta «Beggars in Spain» («Mendigos en España»), que fue más tarde expandida a novela, ganó tanto el Hugo como el Nebula. Recibió el Nebula dos veces más, una vez por su relato «Out of All Them Bright Stars» («Entre tantas estrellas brillantes»), y otra vez más por «The Flowers of Aulit Prison», que también ganó el Theodore Sturgeon Memorial Award. En 2003, Kress ganó el premio John W. Campbell Memorial por su novela *Probability Space*.

En 2007 y 2008, Kress publicará tres nuevos libros: una nueva colección de relatos para Golden Gryphon Press, una nueva novela de ciencia ficción, *Steal Across the Sky*, y un thriller de ciencia ficción, *Dogs*, que, como la historia aquí incluida, trata de un virus altamente contagioso.

«Inercia» narra la historia de las víctimas de una infección que desfigura sus cuerpos y que están internadas en el equivalente moderno de las antiguas colonias de leprosos. Kress afirma que la identidad (quién eres, por qué estás aquí, por qué eres quien eres, y qué se supone que debes hacer con tu vida) es una idea central de su obra, y esta historia no es una excepción.

Inercia

Al anochecer, la parte trasera del dormitorio se derrumba. Hay una pared con alcayatas desnudas y una capa de yeso agrietado azul, y un segundo después sólo quedan tablones partidos y una valla irregular que me llega por la cintura, con los bordes recortados y a un mismo tiempo borrosos, como si estuvieran cubiertos de polvo. A través del agujero un árbol enclenque asoma en el estrecho espacio entre la parte trasera de nuestros barracones y la parte trasera de un barracón en el Bloque E. Intento salir de la cama para mirar más de cerca los desperfectos, pero hoy mi artritis me ha pegado fuerte, que es por lo que estoy en cama en primer lugar. Rachel entra corriendo al dormitorio.

—¿Qué ha ocurrido, abuela? ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza y señalo. Rachel se inclina sobre el agujero y su cabello brilla con una aureola del crepúsculo californiano. También es su dormitorio; su colchón está guardado bajo mi vieja cama con baldaquín.

—¡Termitas! Maldita sea. No sabía que teníamos. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Estaba en el otro extremo de la habitación, cielo. Estoy bien.

—Bueno... tendremos que decirle a mamá que traiga a alguien para que lo arregle.

No dije nada. Rachel se endereza, me lanza una rápida mirada y la desvía. Todavía no digo nada sobre Mamie, pero en un repentino parpadeo de la luz de mi quinqué miro directamente a Rachel, sólo porque da tanto gusto mirarla. No es bonita, ni siquiera aquí Dentro, aunque hasta el momento la infección sólo le ha afectado el lado izquierdo de la cara. La cresta de piel gruesa y correosa, áspera como el cáñamo viejo, no es visible cuando sólo muestra su perfil derecho. Pero su nariz es grande, sus cejas pobladas y bajas, su barbilla una protuberancia huesuda. Un rostro honesto, cejas expresivas, ojos grises penetrantes, barbilla que avanza hacia delante cuando ladea la cabeza mientras escucha con expresión inteligente... a ojos de una abuela, da gusto mirar a Rachel. No pensarían lo mismo Fuera. Pero se equivocarían.

—Quizás podría cambiar un boleto de lotería por más placas de yeso y clavos, y arreglarlo yo misma —dice Rachel.

—Las termitas seguirán estando ahí.

—Bueno, sí, pero tenemos que hacer algo —no le llevo la contraria; tiene dieciséis años—. ¿No notas cómo entra el aire?... te congelarás de noche en esta época del año. Será terrible para tu artritis. Entra ahora en la cocina, abuela... he encendido el fuego.

Me ayuda a ir a la cocina, donde la estufa de leña desprende un calor rosado que alivia mis articulaciones. La estufa fue donada a la colonia hace un año por quién sabe qué asociación benéfica o grupo de presión para, supongo, obtener cualquier deducción fiscal que pueda obtenerse con esa clase de cosas, si es que todavía es

posible hacerlo. Rachel me dice que todavía nos llegan algunos periódicos, y una o dos veces he envuelto verduras de nuestro campo en algunos con aspecto de ser bastante recientes. Incluso me cuenta que el joven de los Stevenson organiza la red de noticias en el salón comunitario del Bloque] con un ordenador donado, pero bueno, ya no estoy al tanto de las regulaciones fiscales del Exterior. Tampoco pregunto por qué Mamie fue la que consiguió la estufa de leña cuando no era un mes de lotería.

La luz que despide la estufa es más fuerte que la del quinqué en el dormitorio; percibo que bajo su preocupación por la pared destrozada de nuestro dormitorio, el rostro de Rachel está ruborizado por la excitación. Su joven cutis reluce desde su inteligente barbilla hasta la correosa cresta infecciosa, que, por supuesto, nunca cambia de color. Le sonrío. Los de dieciséis se excitan tan fácilmente. Una nueva cinta del pelo del depósito de donaciones, la mirada de un chico, un secreto compartido con su prima Jennie.

—Abuela —dice, arrodillándose junto a mi silla, tamborileando sin cesar con las manos en el estropeado brazo de madera—, abuela... ha llegado un visitante. De Fuera. Jennie lo vio.

Continúo sonriendo. Ni Rachel, ni tampoco Jennie, pueden acordarse del tiempo en que las colonias de enfermos recibían numerosos visitantes. Fue cuando aparecieron las primeras figuras voluminosas en uniformes anticontaminación; luego, unos años después, las figuras eran más estilizadas gracias a los sani-trajes que los reemplazaron. Desde el Exterior, seguían enterrando a la gente en la colonia, y durante años en los puestos de control del Borde había tráfico fluyendo en ambas direcciones. Pero, por supuesto, Rachel no recuerda nada de eso; ella no había nacido. Mamie sólo tenía doce años cuando fuimos enterrados aquí. Para Rachel, un visitante debía de ser un gran acontecimiento. Alargo la mano y le acaricio el pelo.

—Jennie dice que el de Fuera quiere hablar con los más mayores de la colonia, los que fueron traídos aquí ya infectados. Hal Stevenson se lo dijo a ella.

—¿En serio, cielo? —su pelo era suave y sedoso. El pelo de Mamie había sido igual a la edad de Rachel.

—¿Quizás quiera hablar contigo!

—Bueno, aquí estoy.

—¿Pero no estás nerviosa? ¿Qué crees que quiere?

Me libro de tener que contestarle porque Mamie entra, y su novio Peter Malone la sigue con una bolsa de malla llena de comida del almacén.

Al oír el primer sonido del pomo al girar, Rachel se levanta alejándose de mi silla y se pone a atizar el fuego. Su rostro pierde toda expresividad, aunque yo sé que es sólo temporal.

—¿Aquí estamos! —grita Mamie con su aguda voz de muñequita, mientras el aire frío del vestíbulo se arremolina a su alrededor como rocío brillante—. Mamá, querida... ¿qué tal te encuentras? ¡Y Rachel! No te lo vas a creer... ¡A Pete le sobran boletos del depósito y nos ha conseguido pollo! ¡Voy a preparar un

estofado!

—La pared trasera del dormitorio se ha caído —dice Rachel inexpresivamente. No mira a Peter, que lleva el pollo atado con cordeles, pero yo sí. Él sonríe con su sonrisa paciente y lobuna. Supongo que ganó al póquer los boletos del depósito. Tiene las uñas sucias. El fragmento del periódico que alcanzo a leer dice ESIDENTE CONFISCA C.

—¿Qué quiere decir «se ha caído»? —dice Mamie.

—Pues que se la comieron las termitas —dice Rachel encogiéndose de hombros.

Mamie mira inútilmente a Peter, cuya sonrisa se agranda. Puedo imaginar lo que va a pasar: más tarde tendrán una bronca, y aunque no seremos testigos de toda la pelea, la iniciarán en la cocina para que seamos sus espectadoras. Mamie suplicará con coquetería a Peter que arregle la pared. Él pondrá objeciones, sonriendo. Ella le ofrecerá con sonrientes insinuaciones un trueque, y cada nueva insinuación será más explícita que la anterior. Él aceptará arreglar la pared. Rachel y yo, como no tenemos otro cuarto caliente al que ir, observaremos el fuego o el suelo o nuestros zapatos hasta que Mamie y Peter se retiren ostentadamente al cuarto de Mamie. Es la ostentación lo que nos avergüenza. Mamie siempre ha necesitado testigos de su atractivo.

Pero Peter observa a Rachel, no a Mamie.

—El pollo no es de Fuera, Rachel. Es del corral de pollos del Bloque B. Te he escuchado hablar en más de una ocasión de lo limpios que están.

—Sí —dice Rachel escuetamente, sin gracia.

Mamie pone los ojos en blanco.

—Di «gracias», querida. A Pete le ha costado mucho conseguir este pollo.

—Gracias.

—¿No puedes decirlo como si realmente lo sintieras? —la voz de Mamie se hace más estridente.

—Gracias —dice Rachel. Se dirige a nuestro dormitorio de tres paredes. Peter, todavía observándola fijamente, se cambia el pollo de una mano a otra. La presión de la bolsa de cordel marca líneas en la amarillenta piel del pollo.

—Rachel Anne Wilson...

—Déjalo estar —dice Peter con suavidad.

—No —dice Mamie. Enmarcado en las cinco cuerdas cutáneas infecciosas entrelazadas, su rostro se endurece con rasgos desagradables—. Que al menos aprenda buenos modales. ¡Y quiero que escuche nuestra sorpresa! ¡Rachel, vuelve aquí inmediatamente!

Rachel regresa de su dormitorio; nunca la he visto desobedecer a su madre. Se detiene en la puerta abierta del dormitorio, esperando. Dos candelabros de pared vacíos, ennegrecidos por humo añejo, enmarcan su cabeza. No hemos puesto velas en ellos desde el último invierno. Mamie, con la frente aún arrugada por la irritación, sonríe radiante.

—Ésta es una cena especial, oíd todos. Pete y yo tenemos que anunciaros algo. Vamos a casarnos.

—Así es —dice Peter—. Felicitadnos.

Rachel, que ya está inmóvil, de alguna manera se queda aún más paralizada. Peter la mira fijamente. Mamie baja la mirada, sonrojándose, y yo siento una punzada de lástima impaciente por mi hija, dispuesta a apoyar sus aññados treinta años sobre un frágil junco como Peter Malone. Miro a este con dureza. Si alguna vez se le ocurre tocar a Rachel... pero no creo realmente que se atreva. Cosas como esas ya no pasan. Al menos, no Dentro.

—Felicidades —murmura Rachel. Cruza el cuarto y abraza a su madre, que responde a su abrazo con fervor teatral. Dentro de un minuto Mamie comenzará a llorar. Por encima de su hombro veo fugazmente el rostro de Rachel, momentáneamente afligido y amoroso, y bajo la mirada.

—¡Bueno! ¡Esto se merece un brindis! —exclama Mamie alegre.

Guiña un ojo, hace una torpe pirueta y saca una botella del fondo de un estante del armario que Rachel ganó en la última lotería de donaciones. El armario desentona en nuestra cocina: lacado blanco brillante, de un estilo vagamente oriental, entre las destartadas sillas y la maltrecha mesa con un cajón roto que nadie se ha encargado de reparar. Mamie blande la botella, que yo no sabía que estaba allí. Es champán.

¿En qué estarían pensando los de Fuera cuando donaron champán a una colonia de enfermos? Pobres diablos, aunque no tengan nunca nada que celebrar... ¿O por qué no enviamos algo que no les sirva para nada?... O, mejor ellos que yo, siempre que los enfermitos se queden Dentro... lo demás da igual.

—¡Me encanta el champán! —grita Mamie enfebrecidamente; creo que tan sólo lo ha probado en una ocasión—. ¡Oh, mira... aquí viene alguien para ayudarnos con la celebración! Entra, Jennie... ¡Entra y toma un poco de champán!

Jennie entra, sonriente. Puedo verla misma excitación que había mostrado Rachel antes del anuncio de su madre. La excitación reluce en el rostro de Jennie, que es muy hermoso. No se le ha manifestado la infección ni en las manos ni en el rostro. Debe de tenerla en otro sitio... nació Dentro, pero nadie pregunta esas cosas. Probablemente Rachel lo sepa. Las dos chicas son inseparables. Jennie, la hija del hermano del difunto esposo de Mamie, es la prima de Rachel y, técnicamente, Mamie es su tutora. Pero ya nadie presta atención a ese tipo de cosas y Jennie vive con otras personas en unos barracones del Bloque vecino, a pesar de que Rachel y yo le pedimos que viniera a vivir aquí. Ella rehusó sacudiendo la cabeza, con esa hermosa cabellera tan rubia que es casi blanca rebotando sobre sus hombros, y se ruborizó avergonzada, evitando penosamente mirar a Mamie.

—Me voy a casar, Jennie —dice Mamie, de nuevo bajando los ojos tímidamente. Me pregunto qué hizo, y con quién, para conseguir el champán.

—¡Felicidades! —dice Jennie afectuosamente—. Tú también, Peter.

—Llámame Pete —dice él, como ya ha dicho en otras ocasiones. Capto su mirada

hambrienta dirigida a Jennie. Ella no, pero un sexto sentido, incluso aquí, incluso Dentro, le hace dar un pequeño paso hacia atrás. Sé que seguirá llamándole «Peter».

—Toma más champán —dice Mamie a Jennie—. Quédate a cenar.

Jennie calcula con la mirada la cantidad de champán en la botella y el tamaño del pollo que sangra levemente sobre la mesa. Calcula discretamente y, a continuación, por supuesto, miente:

—Lo siento, no puedo... hoy hemos comido a las doce. Sólo quería preguntaros si puedo traer a alguien que quiere venir a verte, abuela. Un visitante —baja la voz hasta convertirse en un susurro, y de nuevo aparece el resplandor—. De Fuera.

Miro sus chispeantes ojos azules, luego el rostro de Rachel, y no soy capaz de negarme. Incluso a pesar de que, a diferencia de las dos chicas, puedo adivinar cómo será la visita. No soy la abuela de Jennie, pero me ha llamado así desde que tenía tres años.

—De acuerdo.

—¡Oh, gracias! —exclama Jennie, y ella y Rachel se miran en éxtasis—. Me alegro tanto de que hayas dicho que sí, ¡si no, jamás habiéramos tenido la ocasión de hablar tan de cerca con un visitante!

—De nada —digo. Son tan jóvenes. Mamie parece malhumorada; su anuncio ha quedado relegado a un segundo plano. Peter observa a Jennie mientras esta abraza impulsivamente a Rachel. De repente, sé que también él se está preguntando dónde están las marcas de la infección en el cuerpo de Jennie, y cuántas tiene. Peter advierte mi mirada y baja los ojos al suelo, oculta sus oscuros ojos tras los párpados, medio avergonzado. Pero sólo medio. Un tronco crepita en la estufa de leña, y durante unos segundos el fuego llamea.

La tarde siguiente Jennie trae al visitante. Me sorprende inmediatamente: no lleva ningún sani-traje, y no es sociólogo.

En los años que siguieron a los internamientos, las colonias de enfermos recibían a muchos visitantes. Los médicos todavía tenían esperanzas de conseguir una cura para las gruesas y grisáceas cuerdas cutáneas que se extendían lentamente por el cuerpo humano... o no, nadie conocía su origen. Desfiguraba. Era repugnante. Quizás finalmente letal. Y contagioso. Ese era el mayor problema: el contagio. Así pues, médicos con sani-trajes acudían para buscar las causas o curas. Periodistas en sani-trajes venían en busca de historias ilustradas con fotos en cuatricromía y a doble página. Comisiones legislativas de investigación en sani-trajes acudían buscando información, al menos hasta que el Congreso, presionado a su vez por unos contribuyentes maltrechos debido a una economía cada vez más dependiente del dólar, arrebató a las colonias el derecho al voto. Y los sociólogos acudían en masa, con mini cámaras en la mano, listos para grabar el derrumbe final de las colonias de enfermos precariamente organizadas y asoladas por el vandalismo y el caos de perro

come a perro.

Más tarde, cuando esto no ocurrió, otros sociólogos vinieron en sani-trajes de última generación para averiguar las razones por las que las colonias no se derrumbaban en el momento planeado. Todos estos grupos se marcharon insatisfechos. No había cura, no había causa, ni historia, ni razones.

Los sociólogos continuaron viniendo durante más tiempo que cualquier otro grupo. Los periodistas deben estar al día y ser interesantes, pero los sociólogos sólo tienen que publicar. Además, basándose en su bagaje cultural, todo apuntaba a que la situación Dentro, más pronto o más tarde, degeneraría en una zona de guerra: priva a la gente de electricidad (la energía se encareció), de policía local (que se negaba a trabajar Dentro), de libertad de movimiento, de influencia política, de trabajos, de carreteras y cines y jueces federales y certificados escolares estatales... y obtendrás una violencia desmedida en la que se hace imposible sobrevivir.

Todo en la cultura así lo confirmaba. Los centros urbanos bombardeados. El Señor de las moscas. Las barriadas de Chicago. Las películas occidentales. Las autobiografías carcelarias. El Bronx. El este de L.A. Thomas Hobbes. Los sociólogos lo sabían.

Pero nunca ocurrió.

Los sociólogos esperaron. Y Dentro aprendimos a cultivar verduras y criar pollos que, como averiguamos, pueden comer cualquier cosa. Los que poseíamos conocimientos informáticos mantuvimos nuestros trabajos reales a través de la red durante unos cuantos años, quizás una década, hasta que los equipos se quedaron demasiado obsoletos y no fueron reemplazados.

Aquellos que habían sido profesores organizaron aulas para los niños, aunque el currículum, creo, debe haberse simplificado a lo largo de los años: Rachel y Jennie no parecen saber mucho de Historia o Ciencia. Los médicos practicaron con medicinas donadas por las corporaciones para conseguir deducciones fiscales, y tras una década más o menos comenzaron a entrenar a aprendices. Durante un tiempo, probablemente mucho tiempo, escuchamos la radio y vimos la televisión. Quizás algunas personas todavía lo hacen, si es que queda alguna en funcionamiento donada de Fuera.

Finalmente, los sociólogos recordaron otros modelos más antiguos de privación, discriminación y aislamiento de la cultura propia: los shtetls judíos. Los hugonotes franceses. Los granjeros amish. Modelos autosuficientes, estancados pero en pie. Y mientras recordaban, nosotros celebrábamos loterías de productos, y contratábamos aprendices, y racionábamos los alimentos del depósito según las necesidades de la gente, y reemplazábamos nuestros muebles rotos por otros muebles rotos, y nos casábamos y teníamos hijos. No pagábamos impuestos, no luchábamos en guerras, no ejercíamos el voto, no proporcionábamos realismo dramático. Tras un tiempo, mucho tiempo, los visitantes dejaron de venir. Incluso los sociólogos.

Pero aquí está este joven, sin un sani-traje, mirándome con ojos castaños y sonrientes bajo una espesa mata de pelo negro y estrechándome la mano. No se

estremece cuando toca las cuerdas cutáneas infecciosas. Ni parece estar catalogando el mobiliario de la cocina para registrarlos más tarde: tres sillas, una donación de estilo Queen Anne de imitación y un Joe Kleinschmidt original de Dentro; la mesa; la estufa de leña; el reluciente armario oriental lacado; el lavabo de plástico con la bomba manual conectada a la cañería principal del embalse en el Exterior; leñera con leña donada y marcada «Regalo de Boise-Cascade»; dos jovencitas entusiasmadas, inteligentes y encantadoras con las que debía tener cuidado y no tratarlas con condescendencia, como fenómenos de circo infectados. Ha pasado mucho tiempo, pero todavía lo recuerdo.

—Hola, señora Pratt. Soy Tom McHabe. Gracias por aceptar hablar conmigo.

Asiento.

—¿De qué vamos a hablar, señor McHabe? ¿Es periodista?

—No. Soy doctor.

No esperaba esa respuesta. Ni tampoco me esperaba la repentina tensión que aparece fugazmente en su rostro hasta que se deshace en otra sonrisa. Aunque es bastante normal que exista tensión: al venir Dentro, por supuesto, ya no podrá irse. Me pregunto dónde contrajo la infección. No se han producido nuevos ingresos en nuestra colonia desde que puedo recordar. ¿Habrán sido llevados, por alguna razón política de Fuera, a otra de las colonias?

—No estoy infectado, señora Pratt —dice McHabe.

—Entonces, ¿por qué diablos...?

—Estoy escribiendo un trabajo sobre la evolución de la infección en residentes de larga duración en la colonia. Y, por supuesto, tengo que hacerlo desde Dentro —dice, e inmediatamente sé que está mintiendo; por supuesto, Rachel y Jennie no, están sentadas a cada lado de él como pajarillos ansiosos, escuchando.

—¿Y cómo va a sacar ese estudio de aquí cuando lo haya escrito? —pregunto.

—Radio de onda corta. Mis colegas lo esperan —pero no me mira directamente a los ojos.

—¿Y ese trabajo vale tanto la pena como para un internamiento permanente?

—¿Con qué rapidez avanzó la infección? —pregunta él, sin responder a mi pregunta. Me examina la cara, las manos y los antebrazos, un escrutinio objetivo y profesional que me hace pensar que al menos una parte de su historia es cierta. Es médico.

—¿Algún dolor en las zonas infectadas?

—Ninguno.

—¿Alguna discapacidad funcional o merma de actividad causada por la enfermedad?

Rachel y Jennie parecen ligeramente desconcertadas. Me está probando para ver si entiendo la terminología.

—Ninguna.

—¿Algún cambio de apariencia durante los últimos años en las primeras zonas

infectadas? ¿Cambios de color o densidad del tejido o el tamaño de las cuerdas cutáneas?

—Ninguno.

—¿Algún otro tipo de cambio que yo no haya mencionado?

—Ninguno.

Él asiente y se balancea hacia atrás sobre los talones. Está tranquilo, para ser una persona que va a desarrollar cuerdas cutáneas infecciosas no disfuncionales. Espero a ver si va a decirme por qué está realmente aquí. El silencio se prolonga. Finalmente McHabe dice:

—Usted fue contable fiscal.

Al mismo tiempo que Rachel dice:

—¿Alguien quiere un refresco?

McHabe acepta con mucho gusto. Las dos chicas, aliviadas por estar en movimiento, se entretienen bombeando agua fría, aplastando melocotones enlatados, mezclando el puré en una jarra de plástico marrón con una hendidura profunda en un lateral donde en una ocasión se derritió al tocar la estufa caliente.

—Sí —digo a McHabe—, fui contable fiscal. ¿Y qué?

—Han sido declarados ilegales ahora.

—¿Los contables fiscales? ¿Por qué? Devotos pilares del *establishment* —digo, y me doy cuenta de cuánto tiempo hacía que no utilizaba palabras como esas. Tienen un sabor metálico, como a lata vieja.

—Ya no. La Hacienda Pública hace todos los cálculos y los envía a cada hogar en una factura personalizada. Los cálculos con los que se llega a la cifra concreta personalizada son confidenciales. Se hace para evitar que los enemigos extranjeros averigüen las rentas públicas disponibles para la defensa nacional.

—Ah.

—Mi tío era contable fiscal.

—¿Y qué es ahora?

—Desde luego, no contable fiscal —dice McHabe. No sonrío. Jennie nos pasa vasos de refrescos a mí y a McHabe, y luego el le sonrío. Jennie baja las pestañas y aparece un ligero rubor en las mejillas. Algo se mueve tras la mirada de McHabe. Pero no es como Peter; nada que ver con Peter.

Miro a Rachel. No parece haber notado nada. No está celosa, ni preocupada o herida. Me relajo un poco.

—Usted también publicó algunos artículos en revistas popularizando la Historia.

—¿Y cómo sabe usted eso?

De nuevo evita responderme.

—Es una combinación poco corriente de habilidades, contabilidad y ensayos sobre historia.

—Supongo —digo, sin mucho interés. Hace tanto tiempo de eso.

—¿Puedo preguntarle algo? —dice Rachel a McHabe.

—Claro.

—¿Tienen medicinas Fuera para curar la madera de las termitas?

El rostro de Rachel permanece totalmente serio. McHabe no sonrío, y debo admitir, a mi pesar, que es agradable. Le contesta cortésmente.

—No curamos la madera, eliminamos las termitas. La mejor manera es utilizar madera saturada con creosota, un producto químico que las repele, y así se evita que ataquen la madera. Pero debe de haber otro tipo de productos que las maten una vez que ya se han instalado en la madera. Preguntaré y te traeré algo la próxima vez que venga Dentro.

La próxima vez que venga Dentro. Lanza esta bomba como si diera por supuesto que existe un pasaje de Dentro a Fuera. Los ojos de Rachel y Jennie se agrandan; ambas me miran. McHabe también lo hace, y observo que su mirada es un examen frío, una valoración de mi reacción. Él espera que yo le pida más detalles, o quizás incluso (hace mucho que no pensaba en estos términos y me cuesta) que me enfade con él por mentir. Pero no sé si está mintiendo o no, y en todo caso, ¿qué más da? Unos cuantos de Fuera entran en la colonia... ¿cómo podría eso afectarnos? No habrá mucha inmigración, y ninguna emigración.

—¿Por qué está usted realmente aquí, doctor McHabe? —digo en voz baja.

—Ya se lo he dicho, señora Pratt. Para medir la evolución de la infección.

No digo nada.

—Quizás le gustaría saber más cosas sobre cómo se vive ahora Fuera —añade él.

—No especialmente.

—¿Por qué no?

—Nos han dejado solos —digo encogiéndome de hombros.

Él me sopesa con la mirada.

—Me gustaría saber más cosas sobre Fuera —dice Jennie tímidamente.

—A mí también —añade Rachel.

La puerta se abre violentamente y Mamie entra retrocediendo, gritando hacia el vestíbulo.

—¡Y que no se te ocurra volver! Si piensas que te voy a dejar tocarme otra vez después de follarte a esa... esa... espero que tenga infectado el coño y te lo haya pasado a tu...

Entonces ve a McHabe y se calla, todo su cuerpo se agita furioso. Una débil réplica desde el vestíbulo, palabras ininteligibles desde mi silla junto al fuego, le hacen dar un grito ahogado y se pone aún más roja. Cierra la puerta con un portazo, rompe a llorar y corre a su dormitorio, dando otro portazo.

Rachel se pone en pie.

—Déjame a mí, cielo —digo, pero antes de poder levantarme (mi artritis está mucho mejor) Rachel desaparece en el cuarto de su madre. La cocina vibra con un silencio embarazoso.

Tom McHabe se levanta para irse.

—Siéntese, doctor —digo, esperando, creo, que si se queda puede que Mamie controle su ataque de histeria y Rachel salga antes del cuarto de su madre.

McHabe parece dudar. Entonces Jennie dice:

—Sí, por favor, quédese. Y cuéntenos, por favor... —puedo ver su torpeza, su deseo de no sonar estúpida—... cómo se vive Fuera.

Y él lo hace. Mirando a Jennie pero dirigiéndose a mí, habla sobre la última versión de la ley marcial, sobre el fracaso de la Guardia Nacional de controlar a los disidentes contra la guerra sudamericana, hasta que estos llegaron finalmente a la valla electrificada de la Casa Blanca; sobre el poder cada vez mayor del grupo clandestino Fundamentalista que los otros clandestinos (usa el plural) llaman «La matones de Dios». Nos habla de las fábricas con pérdidas cada vez mayores frente a sus competidores coreanos y chinos, la brusca subida de la tasa de desempleo, las reacciones violentas étnicas, las ciudades en llamas. Miami. Nueva York. Los Ángeles... han estado dominadas por el vandalismo durante años. Ahora le toca a Portland, St. Louis, Atlanta, Phoenix, Grand Rapids, todas arden. Es difícil imaginárselo.

—Por lo que sabemos —digo—, las donaciones a nuestros almacenes no han decaído.

Él vuelve a observarme con esa penetrante mirada, calculando algo que yo no puedo ver, luego toca el borde de la estufa con una bota. Me doy cuenta de que la bota es casi tan vieja y estropeada como una de las nuestras.

—Estufa coreana. Ellos hacen casi todas las donaciones ahora. Relaciones públicas. Incluso muchos de los congresistas de la ley marcial tenían familiares enterrados en las colonias, aunque ahora no lo admitan. Los asiáticos hacen tratos para prevenir un proteccionismo total, aunque por supuesto vuestras donaciones son tan sólo una pequeña parte de eso. Pero casi todo lo que entra Dentro es chino o coreano.

Usa las palabras sin darles mucha importancia, este joven cortés me da las noticias desde un punto de vista liberal, y me dice más sobre Fuera que todos sus boletines y resúmenes juntos.

—Vi... creo que vi a un asiático. Ayer —dice Jenny vacilante.

—¿Dónde? —digo bruscamente. Muy pocos americanos asiáticos han resultado infectados; otra cosa que nadie entiende. No hay ninguno en nuestra colonia.

—En el Borde. Uno de los guardias. Otros dos hombres le daban patadas y le insultaban a gritos... no podíamos oírlos muy claramente por los intercomunicadores.

—¿Quién? ¿Tú y Rachel? ¿Qué hacíais vosotras dos en el Borde? —digo, y escucho mi propio tono de voz.

El Borde, una ancha franja de tierra vacía, está electrominado y con alambrada eléctrica para mantenernos a los infectados Dentro. El Borde está rodeado de kilómetros de tierra deforestada y desinfectada, fumigada con productos químicos preventivos, pero además es patrullada por soldados forzados a hacerlo que se

comunican con el Interior mediante intercomunicadores situados a cada setecientos metros a ambos lados de la alambrada de púas. Cuando en la colonia tenía lugar una pelea, o una violación, o, en una ocasión, al principio, un asesinato, ocurría en el Borde. Cuando los odiosos y el odio venían para hacernos daño, porque antes de que se instalara la alambrada eléctrica y de púas éramos blancos fáciles y ni un solo agente de policía los seguía al Interior, los soldados, y en ocasiones también nuestros hombres, los paraban en el Borde. Nuestros muertos están enterrados cerca del Borde. Y Rachel y Jennie, dioses benditos, en el Borde...

—Fuimos para preguntar a los guardias por los intercomunicadores si sabían cómo se podía detener a las termitas —explica Jenny—. Después de todo, su trabajo consiste en detener cosas, gérmenes y cosas. Pensamos que podrían decirnos cómo parar a las termitas. Pensamos que habrían recibido un entrenamiento especial para eso.

La puerta del dormitorio se abre y Rachel sale, su joven rostro demacrado. McHabe le sonrío, y luego vuelve la mirada a Jennie.

—No creo que los soldados estén entrenados para parar termitas, pero te traeré algo para detenerlas la próxima vez que venga Dentro.

De nuevo lo vuelve a decir. Pero Rachel dice:

—Oh, bien. Hoy he intentando conseguir algo de yeso, pero aunque lo consiga, volverá a ocurrir lo mismo si no ponemos algo que las detenga.

—¿Sabías que las termitas eligen a una reina? —dice McHabe—. Mediante un sistema de voto fuertemente controlado. Es un hecho.

Rachel sonrío, aunque no creo que le haya entendido.

—Y las hormigas pueden acabar con un árbol de caucho.

Él comienza a cantar una vieja canción de mi niñez. «Grandes Esperanzas». Frank Sinatra en el estéreo (antes, incluso, que los CDs, antes que muchas cosas), té helado y refrescos de cola en vasos altos los domingos por la tarde, las tías y tíos sentados en la cocina, el fútbol en la televisión del salón junto a una mesa con un jarrón de cristal de plomo lleno de crisantemos morados del jardín. El olor de las últimas horas de las tardes de domingo, ácido pero un poco débil, las últimas horas del fin de semana antes de que el enorme autobús escolar amarillo hiciera la ruta el lunes por la mañana.

Jennie y Rachel, por supuesto, no han visto nada de esto. Escuchan palabras alegres con buena voz de barítono y un ritmo simple que ellas pueden seguir; esperanza y coraje con ripios tontos. Están encantadas. Se unen en el estribillo después de que McHabe lo ha cantado unas cuantas veces, luego, ellas le cantan tres canciones populares de los bailes del Bloque, luego le hacen más fresco, luego comienzan a hacer preguntas sobre el Exterior. Preguntas simples: ¿Qué come la gente? ¿De dónde lo sacan? ¿Qué ropa llevan? Los tres continúan hablando cuando me voy a la cama, mi artritis comienza a dolerme y echo una última mirada a la puerta cerrada de Mamie con una tristeza que no esperaba sentir y que no puedo

identificar.

—Más le vale a ese hijo de perra no acercarse a mí nunca más —dice Mamie al día siguiente.

El día es soleado y me siento junto a nuestra única ventana, cosiendo una manta para ejercitar los dedos, preguntándome si la lana donada proviene de ovejas chinas o coreanas. Rachel se ha ido con Jennie a su turno de trabajo para perforar un pozo en el Bloque E; la gente ha estado hablando de hacerlo durante semanas y, aparentemente, alguien ha logrado al final organizarlo. Mamie se desploma sobre la mesa, tiene los ojos rojos de llorar.

—Le pillé follándose a Mary Delbarton —su voz se quiebra como la de un infante de dos años—. Mamá... se estaba follando a Mary Delbarton.

—Olvídalo, Mamie.

—Me quedaré sola otra vez —dice ella con cierta compostura, aunque no le dura mucho—. ¡Ese hijo de perra se tira a esa zorra un día después de habernos prometido y otra puta vez estoy sola!

No digo nada; no hay nada que decir. El marido de Mamie murió hace once años, cuando Rachel sólo tenía cinco, de una cura experimental que estaban probando los médicos del gobierno. Las colonias eran sus conejillos de indias. Diecisiete personas de cuatro colonias murieron y el gobierno suspendió los fondos e ilegalizó el acceso hacia o desde una colonia infectada. Demasiado riesgo de infección, dijeron. Por la protección de los ciudadanos del país.

—¡No me tocará nunca más! —dice Mamie, con lágrimas en las pestañas. Una se resbala un centímetro hasta golpear la primera de las cuerdas cutáneas infecciosas, luego se desliza de lado sobre esta hacia su boca. Alargo la mano y se la limpio—. ¡Maldito sea el puto hijo de perra!

Por la noche, ella y Peter ya están haciendo manitas. Se sientan juntos y los dedos de él trepan por el muslo de ella bajo lo que piensan que es el mantel de la mesa. Mamie desliza la mano bajo los glúteos de Peter. Rachel y Jennie apartan la mirada, Jennie un tanto ruborizada. Experimento un fugaz recuerdo, de la clase de recuerdos que no he tenido durante años: yo misma a los dieciocho, mi primer año en Yale, sobre una enorme cama de bronce con una colcha de estampado geométrico moderno y un hombre pelirrojo al que he conocido hace tres horas. Pero aquí, Dentro... aquí el sexo, como todo lo demás, se mueve mucho más lentamente, mucho más cuidadosamente, mucho más privadamente. Durante mucho tiempo la gente temía que esta enfermedad, como aquella otra anterior, pudiera ser transmitida sexualmente. Y además, se añadía la vergüenza de la fealdad del propio cuerpo, atravesado con cuerdas cutáneas infecciosas. No estoy segura de que Rachel haya visto jamás a un hombre desnudo.

—Así que hay un baile de Bloque el miércoles —digo, por decir algo.

—Bloque B —dice Jennie. Sus ojos azules brillan—. Con la banda que tocó el verano pasado en el Bloque E.

—¿Guitarras?

—¡Oh, no! Llevan una trompeta y un violín —dice Rachel, obviamente impresionada—. Deberías oír qué bien suena, abuela... es totalmente distinto a las guitarras. ¡Ven al baile!

—Me parece que no, cielo. ¿Va a ir el doctor McHabe? —a juzgar por ambos rostros sé que mi predicción es cierta.

—Quiere hablarte primero —dice Jennie vacilante—, antes del baile, durante unos minutos. Si te parece bien.

—¿Por qué?

—No estoy... no estoy totalmente segura de lo que se trata.

Ella evita mis ojos: no desea decírmelo, no desea mentir. La mayoría de los niños Dentro, reflexiono por primera vez, no son mentirosos. O como mucho son unos mentirosos pésimos. Son buenos en mantener la privacidad, pero debe ser una privacidad honesta.

—¿Vas a verle? —pregunta Rachel con ansiedad.

—Le veré.

Mamie aparta la mirada de Peter sólo el tiempo necesario para añadir bruscamente:

—Si es algo sobre ti o Jennie, debería verme a mí, señorita, no a tu abuela. Yo soy vuestra tutora, no lo olvides.

—No, mamá —dice Rachel.

—¡No me gusta tu tono, señorita!

—Lo siento —dice Rachel, en el mismo tono. Jennie baja la mirada, avergonzada. Pero antes de que Mamie pueda comenzar en serio a quejarse por el indignante maltrato maternal, Peter susurra algo en su oído y ella se tapa la boca con la mano, dejando escapar una risita.

Más tarde, cuando sólo quedamos nosotras dos en la cocina, le digo a Rachel en voz baja:

—Intenta no enfadar a tu madre, cielo. Ella no puede evitarlo.

—Sí, abuela —dice Rachel obediente. Pero percibo la incredulidad en su tono, una incredulidad silenciada por su amor hacia mí e incluso hacia su madre, pero, aun así, presente. Rachel no cree que Mamie no pueda evitarlo. Rachel, nacida Dentro, no puede evitar su propia ignorancia acerca de lo que Mamie cree que ha perdido.

* * *

En su segunda visita seis días más tarde, justo antes del baile del Bloque, Tom McHabe parece distinto. Yo había olvidado que existen personas que irradian tal

energía y decisión que parecen hacer vibrar el aire que les rodea. Él está de pie con las piernas ligeramente separadas, flanqueado por Rachel y Jennie, ambas vestidas con sus otras faldas para el baile. Jennie se ha tejido una cinta roja entre sus rubios rizos; brilla como una flor. McHabe la toca ligeramente en el hombro, y me doy cuenta por la mirada con la que ella le responde de lo que puede estar pasando entre ellos. Se me hace un nudo en la garganta.

—Quiero ser honesto con usted, señora Pratt. He hablado con Jack Stevenson y Mary Kramer, así como con otros de los Bloques C y E, y me he hecho una idea de cómo viven ustedes aquí. Un poco, al menos. Voy a decir al señor Stevenson y a la señora Kramer lo que le voy a decir a usted, pero quería que usted fuera la primera.

—¿Por qué? —pregunto, más bruscamente de lo que pretendía. O creí pretender. Él no está desconcertado.

—Porque usted es una de las supervivientes a la enfermedad de mayor edad. Porque usted adquirió una educación más sólida Fuera. Porque el marido de su hija murió de axoperidina.

En el mismo instante en el que soy consciente de lo que McHabe va a decir a continuación, también me doy cuenta de que Rachel y Jennie ya lo han escuchado antes. Están escuchándole intensamente con la infantil boca medio abierta, escuchando un cuento maravilloso pero ya conocido. Sin embargo, ¿realmente lo entienden? Rachel no estaba presente cuando su padre murió, boqueando para inhalar aire que sus pulmones no podían usar.

—Ha habido mucha investigación sobre la infección desde aquellas muertes, señora Pratt —dice McHabe, mirándome.

—No. No ha habido. Demasiado arriesgada, según su gobierno. Compruebo que ha captado el pronombre.

—La administración real de cualquier cura es ilegal, sí. Para minimizar el contacto con infectados.

—Entonces, ¿cómo se ha realizado esta «investigación»?

—Ha sido realizada por doctores dispuestos a entrar y no salir nunca más. Los datos son transmitidos mediante láser. Codificados.

—¿Qué doctor sano estaría dispuesto a entrar y no salir nunca más?

McHabe sonrío; de nuevo, me sorprende esa cualidad de espontánea energía.

—Oh, le sorprendería. Nosotros teníamos tres doctores dentro de la colonia de Pensilvania. Uno de ellos ya había rebasado la edad de la jubilación. Otro, un católico a la vieja usanza, dedicó su investigación a Dios. Un tercero del que nadie sabía nada, un tipo adusto y testarudo que fue un investigador brillante.

Fue.

—Y usted.

—No —respondió McHabe en voz baja—. Yo entro y salgo.

—¿Qué les ocurrió a los otros?

—Están muertos —realiza un fugaz movimiento reprimido con la mano derecha y

me doy cuenta de que él es, o era, fumador. ¿Cuándo fue la última vez que yo misma hice ese gesto en busca de un cigarrillo no existente? Hace casi dos décadas. Los cigarrillos no están entre las cosas que la gente dona; son demasiado valiosos. Sin embargo todavía reconozco ese movimiento.

—Dos de los tres doctores contrajeron la enfermedad. Experimentaron con ellos mismos así como con voluntarios. Entonces, un día, el gobierno interceptó los datos transmitidos y entró y destrozó todo.

—¿Por qué? —pregunta Jennie.

—La investigación sobre la infección es ilegal. Todo el mundo Fuera tiene miedo de una filtración: de que un virus salga de alguna manera en un mosquito, un pájaro o, incluso, una espora.

—Nada ha salido de aquí durante todos estos años —dice Rachel.

—No. Pero el gobierno teme que, si los investigadores comienzan a mezclar y combinar genes, los virus se vuelvan más resistentes. No puedes entender cómo es Fuera, Rachel. Todo es ilegal. Éste es el periodo más represivo de la historia de Norteamérica. Todo el mundo tiene miedo.

—Pero tú no —dice Jennie, tan bajito que apenas puedo oírla. McHabe le ofrece una sonrisa que me encoge el corazón.

—Algunos de nosotros no nos hemos dado por vencidos. La investigación continúa. Pero se hace todo de forma clandestina, todo teórico. Y hemos aprendido mucho. Hemos aprendido que el virus no afecta sólo a la piel. Hay...

—Cállese —digo, porque comprendo que está a punto de decir algo importante—. Cállese un minuto. Déjeme pensar.

McHabe espera. Jennie y Rachel me miran, ambas con esa clase de resplandor de reprimida excitación. Finalmente doy con ello.

—Usted quiere algo, doctor McHabe. Con toda esta investigación pretende obtener algo de nosotros, aparte de la mera satisfacción científica. Con las cosas Fuera tan mal como usted cuenta, debe haber muchísimas enfermedades que podrían investigar sin necesidad de sacrificarse ustedes mismos, muchísimas necesidades entre su propia gente... —él asiente, con los ojos brillantes—, pero usted está aquí. Dentro. ¿Por qué? Nosotros ya no tenemos síntomas nuevos o interesantes, apenas sobrevivimos, los de Fuera ya no se preocupan por lo que nos pasó hace mucho tiempo. No tenemos nada. Así que, ¿por qué está usted aquí?

—Se equivoca, señora Pratt. Ustedes tienen algo interesante aquí. Ustedes han sobrevivido. Su sociedad ha retrocedido pero no ha desaparecido. Funcionan en unas condiciones en las que no deberían poder hacerlo.

Las mismas viejas tonterías. Levanto las cejas mirándole. Él mira el fuego y dice en voz baja:

—Decir que Washington está dominada por los disturbios es quedarse corto. Debería ver a un chaval de doce años lanzando una bomba casera, un hombre abierto en canal desde el cuello hasta la entrepierna porque tenía un trabajo al que ir y su

vecino no, un bebé de tres años muriendo de hambre porque alguien lo abandonó como un gatito que ya no se quiere... No puede hacerse una idea. Eso no ocurre Dentro.

—Estamos mejor que ellos —dice Rachel.

Miro a mi nieta. Simplemente lo ha dicho, sin vanagloriarse, pero con una especie de asombro. A la luz del fuego, las gruesas cuerdas cutáneas grises que le cruzan la mejilla resplandecen con un tenue color granate.

—Quizás lo estáis —dice McHabe—. Antes estaba diciendo que hemos averiguado que el virus no sólo afecta a la piel. También altera las zonas receptoras de neurotransmisores en el cerebro. Es una transformación relativamente lenta, lo que explica que la primera oleada de investigaciones durante los primeros años de la enfermedad no lo detectara. Pero es real, tan real como los cambios en la velocidad del potencial de acción producido, por ejemplo, por la cocaína. ¿Me sigue, señora Pratt?

Asiento. Jennie y Rachel no parecen haberse perdido, aunque no conocen este vocabulario, y me doy cuenta de que McHabe debe haberles explicado antes todo a ellas, con otras palabras.

—A medida que la infección invade el cerebro, los receptores que captan transmisores excitadores son cada vez más difíciles de activar, y los receptores que captan transmisores inhibidores son cada vez más fáciles de activar.

—¿Quiere decir que nos hemos vuelto más estúpidos?

—¡Oh, no! La inteligencia no se ve afectada en absoluto. Los resultados son emocionales y conductuales, no intelectuales. Ustedes, todos ustedes, se han vuelto más tranquilos. Poco dispuestos a la acción o la innovación. Levemente deprimidos, pero también de forma permanente.

El fuego se está apagando. Cojo el atizador, ligeramente doblado por donde alguien intentó en una ocasión usarlo de palanca, y golpeo el tronco, que es una pieza perfecta de pulpa sintética moldeada y marcada «Donación de Weyerhaeuser-Seyyed».

—Yo no me siento deprimida, joven.

—Es una depresión del sistema nervioso, pero se trata de una nueva clase... sin la desesperanza generalmente asociada a la depresión clínica.

—No le creo.

—¿No? Con todos mis respetos, ¿cuándo fue la última vez que usted, o cualquier otro líder mayor de los bloques apoyaron algún cambio significativo en la forma en que se hacen las cosas Dentro?

—A veces las cosas no pueden cambiarse de forma constructiva. Sólo se pueden aceptar. No es química, es realidad.

—No Fuera —dice McHabe con tono grave—. Fuera no cambian constructivamente, ni aceptan. Se vuelven violentos. Dentro, no han tenido violencia desde los primeros años, a pesar de que sus recursos son cada vez más escasos.

¿Cuándo fue la última vez que probó la mantequilla, señora Pratt, o que fumó un cigarro, o que tuvo unos vaqueros nuevos? ¿Sabe lo que ocurre Fuera cuando los productos de consumo no están disponibles y no hay policía en una zona determinada? Sin embargo, Dentro simplemente distribuyen todo de la forma más justa posible, o prescinden de las cosas. No hay saqueos, ni disturbios, ni envidia cancerígena. Nadie de Fuera sabía por qué. Ahora nosotros lo sabemos.

—Tenemos envidia.

—Pero no desemboca en ira.

Cada vez que uno de nosotros habla, Jennie y Rachel giran las cabezas para mirar, como espectadoras extasiadas en un partido de tenis. Algo que ninguna de ellas ha visto jamás. La piel de Jennie reluce como el nácar.

—Nuestros jóvenes tampoco son violentos, aunque la enfermedad no ha avanzado mucho en algunos de ellos.

—Los jóvenes aprenden cómo deben comportarse de sus mayores... como los niños de cualquier otro lugar.

—Yo no me siento deprimida.

—¿Se siente con energía?

—Tengo artritis.

—No me refiero a eso.

—¿A qué se refiere, doctor?

De nuevo realiza ese movimiento inquieto y furtivo en busca de un cigarrillo no existente. Pero su voz suena tranquila.

—¿Cuánto tiempo tardó en decidirse a usar aquel insecticida que le traje a Rachel para las termitas? Ella me dijo que le prohibió que lo manipulara y creo que hizo lo correcto, es un producto peligroso. ¿Cuántos días pasaron antes de que usted o su hija se decidieran a usarlo?

El insecticida sigue en el bote.

—¿Cuánta furia siente ahora, señora Pratt? —continúa—. Porque creo que usted y yo nos entendemos, y que usted ahora ya sabe por qué estoy aquí. Pero no me grita ni me ordena que me vaya, ni siquiera me dice lo que piensa de mí. Usted escucha, y lo hace con calma, y acepta lo que le digo a pesar de que sabe lo que quiero que usted...

La puerta se abre y se queda callado. Mamie entra indignada, seguida por Peter. Frunce el ceño y da una patada en el suelo.

—¿Dónde te has metido, Rachel? ¡Llevamos esperando fuera diez minutos! ¡El baile ya ha empezado!

—Sólo unos minutos más. Estamos hablando.

—¿Hablando? ¿Sobre qué? ¿Qué ocurre?

—Nada —dice McHabe—. Sólo preguntaba a su madre algunas cosas sobre la vida Dentro. Siento que hayamos tardado tanto.

—Usted nunca me hace a mí preguntas sobre la vida Dentro. Y, además, ¡quiero

bailar!

—Si usted y Peter quieren adelantarse —dice McHabe—, yo acompañaré a Rachel y a Jennie.

Mamie se muerde el labio inferior. De repente, me doy cuenta de que Mamie quiere pasear por la calle hasta el baile escoltada por Peter y McHabe llevándola del brazo, y las chicas siguiéndoles detrás. McHabe la mira a los ojos sin apartar la mirada.

—Bueno, si es eso lo que usted quiere —dice ella malhumorada—. ¡Vamos, Pete! —cierra la puerta de golpe.

Miro a McHabe, reacia a pronunciar la pregunta delante de Rachel, y confiando en que él capte el razonamiento que pretendo hacer. Lo capta.

—En casos de depresión clínica siempre hay un pequeño porcentaje en el que la enfermedad se manifiesta no como pasividad, sino como irritabilidad. Podrían ser lo mismo. No lo sabemos.

—Abuela —dice Rachel, como si ya no pudiera contenerse por más tiempo—, él tiene una cura.

—Sólo para las manifestaciones en la piel —dice rápidamente McHabe, y puedo ver que habría preferido no haberlo expresado tan bruscamente. No hay cura para los efectos en el cerebro.

—¿Cómo se puede curar una cosa sin curar la otra? —digo, a mi pesar.

Se pasa la mano por el pelo. Espeso pelo castaño. Observo cómo Jennie le mira la mano.

—El tejido cutáneo y el tejido cerebral no son iguales, señora Pratt. El virus ataca la piel y el cerebro al mismo tiempo, pero los cambios del tejido cerebral, que es mucho más complejo, se detectan mucho más tarde. Y no se pueden curar... el tejido nervioso no se regenera. Si usted se corta la punta del dedo, finalmente eclosiona y reemplaza las células dañadas para curarse. Mierda, si uno es lo suficientemente joven, puede reemplazarse una nueva punta del dedo completa. Esa capacidad de regenerar es lo que creemos que nuestra cura estimula en la piel.

»Pero si se daña el córtex, esas células están perdidas para siempre. Y, a menos que otra parte del cerebro pueda compensarlas, cualquier conducta que controlen esas células queda permanentemente alterada.

—Se transforma en depresión, quiere decir.

—En tranquilidad. En contención en las acciones... El país necesita desesperadamente contención, señora Pratt.

—Y por lo tanto ustedes quieren llevarnos a algunos de nosotros Fuera, curarnos las cuerdas cutáneas, y permitir que la «depresión» se extienda: la «contención», la «lentitud de acción»...

—Ya tenemos suficiente acción allá fuera. Y nadie puede controlarla... siempre es nociva. Lo que necesitamos ahora es ralentizar todo un poco... antes de que no haya nada que salvar.

—Serían capaces de infectar a toda la población...

—Lentamente. Discretamente. Por su propio bien...

—¿Y les corresponde a ustedes decidir eso?

—Teniendo en cuenta la alternativa, sí. Porque funciona. Las colonias funcionan, a pesar de todas las privaciones. ¡Y funcionan gracias a la infección!

—Pero todos los nuevos infectados desarrollarían cuerdas cutáneas...

—Que nosotros curaremos.

—¿Seguro que funciona su cura, doctor? ¡El padre de Rachel murió de una cura como la suya!

—No como la nuestra —dice él, y detecto en su voz la profunda convicción de la juventud. De la energía. De Fuera—. Esto es nuevo, y desde un punto de vista médico, totalmente diferente. Esta es la cepa correcta.

—Y usted quiere que yo pruebe esa nueva cepa haciendo de conejillo de indias.

Hay un momento de silencio eléctrico. Los ojos se mueven: grises, azules, marrones. Y entonces lo sé, incluso antes de que Rachel se levante de su asiento o de que McHabe diga:

—Pensamos que habrá más opciones de evitar las cicatrices con gente joven sin mucha zona cutánea infectada.

Rachel me rodea con sus brazos. Y Jennie... Jennie, con la cinta roja entrelazada en el cabello, sentada en su silla rota como si fuera un trono y que jamás había oído hablar de neurotransmisores o virus lentos o cálculos de riesgo... simplemente dice:

—Debo ser yo —y mira a McHabe con ojos hinchados de amor.

Yo digo no. Ordeno a McHabe que se marche y digo no. Razono con ambas chicas y digo no. Ellas se miran la una a la otra con tristeza, y me pregunto cuánto tardarán en darse cuenta de que pueden actuar sin mi permiso, sin obediencia. Pero no lo hacen en ningún momento.

Discutimos casi durante una hora, y luego insisto en que deberíamos irnos al baile, y que yo voy con ellas. La noche está fría. Jennie se pone el sueter, una prenda pesada tejida a mano que la cubre desde el cuello hasta las rodillas haciendo desaparecer todas sus formas. Rachel se echa encima su abrigo donado de tejido sintético negro, raído en los puños y el dobladillo. Mientras salimos de la cocina, ella me detiene apoyando la mano en mi brazo.

—Abuela... ¿por qué has dicho que no?

—¿Por qué? Cielo, te lo he estado explicando durante una hora. El riesgo, el peligro...

—¿Es sólo eso? ¿O...? —puedo sentirla en la oscuridad del vestíbulo, reuniendo fuerzas—, o se trata de... no te enfades, abuela, por favor, no te enfades conmigo... ¿o es porque la cura es algo nuevo, un cambio? ¿Algo... algo distinto que no quieres porque es excitante, como ha dicho Tom?

—No, no es eso —digo, y siento su cuerpo tenso junto a mí, y por primera vez desde que nació no sé qué significa esa tensión.

Bajamos por la calle hacia el Bloque B. Hay luna y estrellas, diminutos puntos en lo alto de fría luz. El Bloque B está también iluminado con lámparas de queroseno y antorchas clavadas en el suelo delante de las paredes desconchadas de los barracones que enmarcan la sombría plaza. ¿O tan sólo parece sombría por lo que ha dicho McHabe? ¿Podríamos haber logrado algo mejor que este anodino utilitarismo, esta desolación amortiguada... esta paz?

Antes de esta noche, nunca lo habría cuestionado.

Estoy de pie en la oscuridad al principio de la calle, un poco más allá de la plaza, con Rachel y Jennie. La banda toca frente a mí, un violín, una guitarra y una trompeta con un pistón que se atasca todo el rato. Gente ataviada con toda la ropa que posee llena la plaza, apiñándose en los círculos de luz alrededor de las antorchas y hablando en voz baja. Seis o siete parejas bailan lentamente en medio de la tierra yerma, apenas rozándose y arrastrando los pies al ritmo de una lastimera versión de «Starships and Roses». La canción fue un éxito el año que me infecté, y luego la relanzaron una década más tarde, el año que la primera expedición con tripulación humana partió hacia Marte. La expedición debía establecer una colonia.

¿Están aún allí?

No habíamos escrito nuevas canciones.

Peter y Mamie daban vueltas entre las otras parejas. «Starships and Roses» acaba y la banda comienza «Yesterday». En un giro el rostro de Mamie queda totalmente iluminado por la luz de la antorcha: está contraído y tenso, surcado con lágrimas.

—Deberías sentarte, abuela —dice Rachel. Es la primera vez que me habla desde que hemos salido de los barracones. Su voz es pesada pero no suena enfadada, y no hay ira en el brazo de Jennie cuando apoya el taburete de tres patas que ha traído para mí. Ninguna de ellas se enfada jamás realmente.

Bajo mi peso, el taburete se hunde en el suelo desnivelándose. Un chico, de doce o trece años, se acerca a Jennie y sin decir palabra le ofrece la mano. Se unen a las parejas que bailan. Jack Stevenson, mucho más artrítico que yo, se acerca a mí renqueante con su nieto Hal a su lado.

—Hola, Sarah. Cuánto tiempo.

—Hola Jack —gruesas cuerdas infecciosas cruzan sus dos mejillas y serpentean hacia abajo por la nariz. En una ocasión, hace mucho tiempo, estuvimos juntos en Yale.

—Hal, ve a bailar con Rachel —dice Jack—. Pero dame ese taburete antes —Hal, obediente, cambia el taburete por Rachel, y Jack se agacha para sentarse junto a mí—. Grandes noticias, Sarah.

—Eso he oído.

—¿Te lo ha dicho McHabe? ¿Todo? Dijo que había ido a verte justo antes que a mí.

—Él me lo dijo.

—¿Qué opinas?

—No lo sé.

—Quiere que Hal pruebe la cura.

Hal. No se me había ocurrido. La cara del chico está suave y sana, las únicas cuerdas cutáneas visibles están en su mano derecha.

—Jennie también.

Jack asiente, no parece sorprendido.

—Hal dijo que no.

—¿Eso hizo?

—¿Quieres decir que Jennie sí quiere? —me mira—. ¿Que se le ha pasado por la mente considerar algo tan peligroso como una cura no probada... por no mencionar ese supuesto paso al Exterior?

No le respondo. Peter y Mamie bailan por detrás de otras parejas, desaparecen otra vez. La canción que bailan es lenta, triste y vieja.

—Jack... ¿podríamos haberlo hecho mejor aquí? ¿Con la colonia?

Jack observa a los bailarines. Finalmente dice:

—No nos matamos unos a otros. No quemamos las cosas. No robamos, o al menos no mucho y nunca de mucha gravedad. No acaparamos. Tengo la impresión de que lo hemos hecho mejor de lo que cualquiera hubiera podido imaginar. Incluyéndonos a nosotros mismos —sus ojos inspeccionan a los bailarines en busca de Hal—. Él es lo mejor de mi vida, ese chico.

Otro extraño relámpago de memoria: Jack debatiendo en una clase de ciencias políticas en Yale olvidada hace mucho tiempo, un hombre joven enardecido. Está allí de pie apuntalado ligeramente sobre los metatarsos de sus pies, inclinado hacia delante como un luchador o un bailarín, y las luces eléctricas brillando sobre su reluciente pelo negro. Mujeres jóvenes lo observan con las manos inmóviles en sus libros de texto abiertos. Él adopta la postura a favor de la cuestión que se debate: Decidido: Fomentar las guerras preventivas en el tercer mundo es un método efectivo de evitar el conflicto nuclear entre superpoderes.

De repente, la banda deja de tocar. En el centro de la plaza Peter y Mamie se gritan.

—¡... vi la forma en que la tocaste! ¡Cabrón, capullo traidor!

—¡Por todos los santos, Mamie, aquí no!

—¿Por qué aquí no? A ti no te importó bailar con ella aquí, tocando su espalda aquí, y su culo y... y...

Ella comienza a llorar. La gente aparta la mirada, avergonzada. Una mujer que no conozco da un paso adelante y apoya una mano vacilante sobre el hombro de Mamie. Mamie se lo sacude, con las manos en la cara, y se va corriendo de la plaza. Peter se queda allí de pie, mudo durante unos segundos, hasta que sin dirigirse a nadie en particular, dice:

—Lo siento. Por favor, bailad.

Se dirige hacia la banda que comienza a tocar desafinadamente «Didn't we almost have it all». Esa canción tiene veinticinco años.

—¿Puedo ayudar en algo, Sarah —dice Jack Stevenson—, con tu chica?

—¿Cómo?

—No lo sé —dice él, y por supuesto no lo sabe. Él se ofrece no por ser útil sino por compasión, sabiendo cuánto me deprime la desagradable escenita a la luz de las antorchas.

¿Entendemos todo el mundo tan fácilmente qué es la depresión?

Rachel baila con alguien que no conozco, un hombre mayor con rostro impasible. Ella lanza una mirada de preocupación sobre el hombro de él: ahora Jennie baila con Peter. No puedo ver el rostro de Peter. Pero veo el de Jennie. Ella no mira directamente a nadie, pero tampoco le hace falta hacerlo. El mensaje que envía es claro: le prohibí asistir al baile con McHabe, pero no le prohibí bailar con Peter, y por eso ella lo hace, aunque no quiera hacerlo, aunque su rostro deja claro que este pequeño acto de rebeldía la aterra. Peter estrecha su abrazo y ella se estira hacia atrás resistiéndolo, sonriendo exageradamente.

Kara Desmond y Rob Cottrell se acercan a mí, tapándome la vista de los bailarines. Ellos llevan tanto tiempo aquí como yo. Kara tiene un bisnieto, uno de los pocos bebés nacidos ya desfigurados por la enfermedad. El vestido de Kara, que lleva encima de unos vaqueros para mantenerse caliente, está deshilachado por el dobladillo; su voz es suave.

—Sarah. Cómo me alegra ver que has salido.

Rob no dice nada. Ha ganado peso en estos últimos años desde la última vez que le vi. En la parpadeante luz de la antorcha su rostro con papada brilla con la serenidad de un Buda infectado.

Pasan dos bailes más antes de darme cuenta de que Jennie ha desaparecido.

Busco con la mirada a Rachel. Está sirviendo té de zumaque a la banda. Peter baila con una mujer que no lleva vaqueros bajo el vestido; la mujer tiembla y sonrío. Así que no es Peter con quien Jennie se ha ido...

—Rob, ¿podrías acompañarme a casa, por si me tropiezo? —el frío está afectando a mi artritis.

Rob asiente, sin el menor atisbo de curiosidad.

—Yo voy también —dice Kara, y dejamos a Jack Stevenson en su taburete, esperando su turno para el té caliente. Kara parlotea alegremente mientras andamos tan rápido como puedo, que no es tan rápido como quiero. La luna se ha puesto. El terreno es desigual y la calle está a oscuras a excepción de las estrellas y las inestables luces que se filtran por las ventanas de los barracones. Velas. Quinqués. Por una de ellas se cuelga un haz poderoso de luz, supongo que procede de una luz solar donada, la primera que veo desde hace mucho tiempo.

Coreana, dijo Tom.

—Estás temblando —dice Kara—. Toma, ponte mi abrigo.

Rehúso sacudiendo la cabeza. Les pido que se vayan cuando llegamos al exterior de nuestros barracones y así lo hacen, sin preguntar. Abro con sigilo la puerta de nuestra oscura cocina. La estufa se ha apagado. La puerta del dormitorio trasero está entreabierta y llegan voces desde la oscuridad. Vuelvo a temblar, y en esta ocasión el abrigo de Kara no hubiera servido de mucho.

Pero me equivoco. Las voces no son las de Jennie y Peter.

—... no es de lo que quería hablar en este momento —dice Mamie.

—Pero es de lo que yo quiero hablar.

—¿De verdad?

—Sí.

Me quedo escuchando las subidas y bajadas de sus voces, el mal genio en la de Mamie, el entusiasmo en la de McHabe.

—Jennie está bajo su tutela, ¿no es así?

—Oh, Jennie. Sí. Un año más.

—Entonces ella la escuchará a usted, incluso si su madre... la decisión es de usted. Y de Jennie.

—Supongo. Pero quiero pensarlo. Necesito más información.

—Le diré todo lo que quiera saber.

—¿En serio? ¿Está casado, doctor Thomas McHabe?

Silencio. Entonces suena la voz del doctor, distinta.

—No haga eso.

—¿Está seguro? ¿Está realmente seguro?

—Estoy seguro.

—¿Seguro de verdad, de verdad? ¿Quiere que pare?

Atravieso la cocina y me golpeo la rodilla contra una silla oculta. Un cielo lleno de estrellas asoma por la puerta a través del agujero de termitas en la pared.

—¡Oh!

—Le dije que parara, señora Wilson. Ahora, por favor, piense sobre lo que le he dicho acerca de Jennie. Volveré mañana por la mañana y usted puede...

—¡Usted se puede ir directamente al infierno! —grita Mamie, y luego, con una voz diferente, extrañamente tranquila—, ¿es porque estoy infectada y usted no? ¿Ni Jennie tampoco?

—No. Se lo juro, no. Pero no he venido aquí para esto.

—No —dice Mamie con esa misma voz fría, y me doy cuenta de que jamás había escuchado antes esa voz, nunca—, usted vino para ayudarnos. Para traer una cura. Para traernos el Exterior. Pero no para todo el mundo. Sólo para aquellos que no están demasiado afectados, que no son demasiado desagradables... los que puede utilizar.

—No es exactamente así...

—Puede rescatar a unos cuantos, dejándonos al resto aquí para que nos pudramos, como ocurrió antes.

—Con el tiempo, la investigación sobre el...

—¡Tiempo! ¿Pero es que cree que importa el tiempo Dentro? ¡El tiempo aquí importa una mierda! El tiempo sólo importa cuando alguien como usted entra del Exterior, mostrándonos su saludable piel y empeora nuestra situación pavoneándose con toda su ropa nueva y su reloj de pulsera y su brillante pelo y su... su... —está sollozando. Entro en la habitación.

—Ya está, Mamie. Ya está.

Ninguno de ellos reacciona al verme. McHabe simplemente se queda allí de pie hasta que le hago una señal hacia la puerta y se marcha, sin decir ni una sola palabra. Rodeo a Mamie con mis brazos y ella apoya la cabeza en mi pecho y llora. Mi hija. Incluso a través de mi abrigo noto las gruesas cuerdas de piel correosa de su mejilla presionándose contra mí, y lo único en lo que puedo pensar es que no había advertido antes que McHabe llevara puesto un reloj de pulsera.

Más tarde esa misma noche, después de que Mamie caiga en un húmedo sueño exhausto y yo me acueste dando vueltas despierta durante horas, Rachel entra en nuestro cuarto y dice que Tom McHabe ha inyectado a Jennie y a Hal Stevenson una cura experimental para la enfermedad. Está fría y temblorosa, rebelde en su miedo, atemorizada por el terrible desafío de Jennie y Hal. Yo la abrazo hasta que también ella se duerme, y recuerdo a Jack Stevenson de joven, las relucientes luces del aula sobre su espesa cabellera, razonando inspiradamente a favor del sacrificio de una civilización por otra.

Mamie sale de los barracones muy pronto a la mañana siguiente. Tiene los párpados aún hinchados y brillantes por las lágrimas de la pasada noche. Supongo que sale para cazar a Peter, y yo no le digo nada. Nos sentamos a la mesa, Rachel y yo, y comemos nuestra avena sin mirarnos. Me supone un esfuerzo incluso levantar la cuchara. Mamie lleva mucho tiempo fuera. Más tarde, me la imagino.

Más tarde, cuando Jennie y Hal y McHabe ya han regresado y se han marchado, no puedo parar de imaginármela: Mamie andando con sus párpados hinchados por las calles llenas de barro entre los barracones, por las plazas sin pavimento y sus huertos de verduras en las esquinas con destartalados emparrados de judías y matas amarillo verdosas de zanahorias; pasando por delante de los depósitos de lana y madera y estufas y planchas de aluminio y medicinas no controladas chinas y japonesas y coreanas; por delante de los corrales de pollos y los establos de las cabras; por delante de la Administración Central, ese polvoriento edificio de bloques de hormigón donde la gente dejó de registrarse desde hace quizás una década porque ¿para qué iba a necesitar nadie probar que había nacido o que se habían cambiado de barracones?; por delante de los pozos comunitarios, que bajaban profundamente hasta un nivel acuífero común y abundante. Mamie avanza hasta que llega al Borde, y es detenida, y dice lo que ha ido a decir.

Ellos llegan unas horas más tarde, vestidos con sani-trajes y pertrechados con armas automáticas que no parecen fabricadas en Norteamérica. Puedo ver sus rostros

a través del plástico transparente antirroto de sus cascos. Tres de ellos examinan abiertamente mi rostro, el de Rachel, y las manos de Hal Stevenson. Los otros dos no miran directamente a nadie, como si el virus pudiera ser transmitido por una mirada persistente.

Levantaron a Tom McHabe de su silla junto a la mesa de la cocina, tirando de él con tanta fuerza que este tropieza, y lo lanzan contra la pared. Son más cuidadosos con Rachel y Hal. Uno de ellos observa curiosamente a Jennie, helada en el otro extremo de la mesa. No dejan que McHabe les ofrezca ninguna de las apasionadas explicaciones que ha estado intentando explicarme a mí. Cuando lo intenta, el líder le golpea en la cara.

Rachel (¡Rachel!) se lanza contra el hombre. Traba sus fuertes y jóvenes brazos y piernas a su alrededor por detrás, gritando:

—¡Parad! ¡Parad!

El hombre se la sacude como a una mosca. Un segundo soldado la empuja a una silla. Cuando este le mira el rostro se estremece. Rachel sigue gritando sonidos sin palabras.

Jennie ni siquiera grita. Se lanza sobre la mesa y se aferra al hombro de McHabe, y sea cual sea la expresión de su rostro, está oculta por la mata de su pelo rubio.

—¡Dejad de joder con vuestros «doctores» de una puta vez! —grita el líder por encima de los gritos de Rachel. Las palabras brotan de su casco tan claramente como si no llevara uno puesto—. ¿Es que piensas que puedes estar pasando de Dentro a Fuera y contagiándonos a todos?

—Yo... —dice McHabe.

—¡Que te jodan! —dice el líder, y le dispara.

McHabe se desploma contra la pared. Jennie lo agarra, intentando desesperadamente mantenerlo de pie. El soldado vuelve a disparar. La bala penetra en la muñeca de Jennie, destrozándole el hueso. Un tercer tiro, y McHabe se desliza hacia el suelo.

Los soldados se marchan. Hay poca sangre, sólo dos pequeños agujeros por donde han penetrado las balas, alojándose allí. No sabíamos, Dentro, que ahora tienen pistolas como esas. No sabíamos que las balas podían hacer eso. No lo sabíamos.

—Tú lo hiciste —dice Rachel.

—Lo hice por ti —dice Mamie—. ¡Lo hice!

Están de frente, cada una en un extremo del cuarto; Mamie clavada contra la puerta que acaba de cerrar al regresar a casa, Rachel de pie delante de la pared donde ha muerto Tom. Jennie duerme sedada en el dormitorio. Hal Stevenson, con expresión angustiada por la impotencia que sintió ante los cinco soldados armados, corrió en busca del médico que vive en los barracones del Bloque J, y lo encontró recolocando la pata de una cabra.

—Tú lo hiciste. Tú —su voz sonaba monótona, pesada. Grita, tengo ganas de decir. Rachel, grita.

—¡Lo hice para que estuvierais seguros!

—Lo hiciste para que me quedara atrapada Dentro. Como tú.

—¡Nunca pensaste que esto fuera una trampa! —grita Mamie—. ¡Tú eras la que estaba feliz aquí!

—Y tú nunca lo serás. Nunca. Ni aquí, ni en ningún otro lugar.

Cierro los ojos para no ver la terrible madurez en el rostro de Rachel. Pero un segundo después vuelve a ser una niña otra vez, apartándome para dirigirse al dormitorio con un sollozo furioso y cerrando con un portazo. Me vuelvo hacia Mamie.

—¿Por qué?

Pero no me responde. Y comprendo entonces que no importa; de todas formas, no la hubiera creído. Ya no es su mente la que actúa. Está deprimida, enferma. No puedo seguir negándolo. Ella es mi hija, y su mente está afectada por las feas cuerdas cutáneas que la desfiguran. Es víctima de la infección y nada que ella diga puede cambiarlo.

Está a punto de amanecer. Rachel está de pie en el estrecho espacio entre la cama y la pared, doblando ropa. La colcha todavía tiene la marca de la silueta durmiente de Jennie; Hal Stevenson se ha llevado a la propia Jennie a sus barracones, donde no tenga que ver a Mamie cuando se despierte. En el tosco estante junto a Rachel el quinqué arde, lanzando sombras sobre la nueva pared entera que huele a líquido exterminador de termitas.

Tiene poca ropa que recoger. Un par de medias azules, viejas y torpemente remendadas; un suéter con hilos sueltos; otros dos pares de calcetines; su otra falda, la que llevó al baile del Bloque. Todo lo demás ya lo lleva puesto encima.

—Rachel —digo.

Ella no me responde, pero puedo ver el esfuerzo que le cuesta ese silencio. Tan poca rebeldía, incluso ahora. Sin embargo, se va. Usando los contactos de McHabe para llegar Fuera, se irá en busca de la organización de investigación médica clandestina. Si han logrado desarrollar la siguiente fase de la cura, la de la gente ya desfigurada, aceptará que se la administren. Quizás incluso acepte aunque aún no la hayan desarrollado del todo. Y, al marchar, infectará a tantos como pueda de su enfermedad, depresiva y no agresiva. Contagiosa. Ella cree que tiene que marchar. Por Jennie, por Mamie, por McHabe. Tiene dieciséis años y cree (a pesar de haber crecido Dentro, ella cree esto) que debe hacer algo. Aunque sea lo equivocado. Ha decidido que hacer lo equivocado es mejor que no hacer nada.

No sabe nada de la realidad de Fuera. Nunca ha visto la televisión, nunca ha estado en la cola del pan, nunca ha visto un cuchitril de adictos al crack o una

película gore. No sabe definir napalm, o tortura política, o bomba de neutrones, o violación en grupo. Para ella, Mamie, con su miedo confuso y autojustificador, representa la máxima expresión de crueldad y traición; Peter, con su rastrera y avergonzada lascivia, el epítome del peligro; el robo de un pollo, el peor delito. Nunca ha oído hablar de Auschwitz, de Cawnpore, de la Inquisición, los torneos de gladiadores, Nat Turner, el Pol Pot, Stalingrado, Ted Bundy, Hiroshima, My Lai, la masacre de Wounded Knee, Babi Yar, el Domingo Sangriento, Dresden o Dachau. Habiendo sido criada con una especie de inercia mental, no sabe nada de la inercia salvaje de la destrucción, que una vez que se pone en movimiento en una civilización es tan difícil de parar como una infección.

No creo que logre encontrar a los investigadores clandestinos, por mucho que McHabe le haya informado sobre ellos. No creo que al pasar al Exterior propague lo suficiente la infección como para cambiar de alguna forma las cosas. No creo que pueda ir muy lejos antes de que la atrapen y, o bien sea devuelta al Interior, o bien sea asesinada. Ella no puede cambiar el mundo. El mundo es demasiado viejo, demasiado arraigado, demasiado despiadado, demasiado *allí*. Fracasará. No hay mayor fuerza que la fuerza de la inercia destructiva.

Recojo mis cosas, lista para irme con ella.

16

ELIZABETH BEAR

Y el profundo mar azul

[And the Deep Blue Sea]

Elizabeth Bear es autora de varias novelas de ciencia ficción, las cuales incluyen, entre otras, la trilogía de Jenny Casey (*Hammered*, *Scardawn* y *Worldwired*), con la que obtuvo el Locus a la mejor primera novela, *Undertow*, y *Carnival*, que quedó finalista para el premio Philip K. Dick. Es también autora de la serie de fantasía *Promethean Age* y, con Sarah Monette, *A Companion to Wolves*. Es una prolífica escritora de relatos cortos y ha firmado casi cincuenta relatos desde 2003. La mayor parte de su obra ha sido recopilada en *The Chains That You Refuse*, y en su página web, www.elizabethbear.com, informa de la publicación de otras obras de ficción corta, así como de varias novelas de próxima aparición.

«Y el profundo mar azul», publicado por primera vez en la revista digital *SCI FICTION*, es la visión de Bear del relato de mensajero post-apocalíptico que recuerda, aunque sin caer en terreno trillado, a *Damnation Alley* de Roger Zelazny. La fascinación de Bear por los lugares abandonados, y el hecho de que viviera durante años en Las Vegas («la Ciudad Nuclear de Norteamérica»), le impulsaron a escribir esta historia. Durante la investigación que realizó para este relato, afirma que aprendió a cómo moverse de forma segura a través de una zona radiactiva, lo cual podría resultar útil si en alguna ocasión tienen lugar los sucesos que dan pie al siguiente relato.

Y el profundo mar azul

El fin del mundo llegó y se fue. A la larga resultó no ser de mucha importancia.

El correo debía seguir llegando.

Harrie firmó el papeleo del día anterior, comprobó las fechas en el calendario, contempló su firma durante unos segundos y tapó la pluma. Jugeteó con el tubo metálico en la mano y miró los ojos apagados de Dispatch.

—¿Qué tiene este viaje de especial?

Él se encogió de hombros y giró el portapapeles sobre el mostrador, comprobando cada hoja para asegurarse de que las había rellenado correctamente. Ella no se molestó en mirar. Nunca cometía errores.

—¿Es que tiene que haber algo especial?

—No me pagáis mis honorarios por adelantado a menos que sea especial, Patch —ella sonrió mientras él colocaba una maleta hermética de acero sobre el mostrador.

—Esto tiene que estar en Sacramento en ocho horas —dijo él.

—¿Qué es?

—Material médico. Cultivos de células madre fetales. Dentro de una cámara a temperatura controlada. No deben estar demasiado calientes ni demasiado frías, existe una fórmula ancestral para calcular cuánto tiempo pueden vivir en esta cantidad concreta de medio de cultivo, y el cliente ha pagado una buena cantidad para tenerlas en California a las seis en punto.

—Oh, son casi las diez. ¿Y qué es demasiado caliente o demasiado frío? —Harrie levantó la maleta para calcular el peso. Era más ligera de lo que parecía; entraría holgadamente en las alforjas de su motocicleta.

—Más caliente de lo que ya está —dijo Dispatch, secándose la frente—. ¿Puedes hacerlo?

—¿Ocho horas? ¿De Phoenix a Sacramento? —Harrie se inclinó hacia atrás para examinar el sol—. Tendré que atravesar Las Vegas. Las carreteras de California no son buenas para esa velocidad desde el Gran Desastre.

—No se lo encargaría a nadie más. La ruta más rápida es a través de Reno.

—No hay gasolina desde este lado de la presa hasta Tonopah. Ni siquiera mi tarjeta de correo me servirá de mucho allí...

—Hay un puesto de control en Boulder City. Ellos te suministrarán la gasolina.

—¿Militares?

—Ya te he dicho que nos pagan muy bien —se encogió de hombros, que ya le brillaban por el sudor. Iba a hacer calor hoy. Harrie calculó que hoy se llegaría a los cuarenta y nueve grados centígrados en Phoenix.

Al menos se dirigía hacia el norte.

—Lo haré —dijo ella, y alargó la mano para coger el recibo del paquete—. ¿Alguna recogida en Reno?

—¿Sabes lo que dicen sobre Reno?

—Sí. Que está tan cerca del Infierno que se pueden ver «Sparks»^[36]. —dijo nombrando el suburbio más grande de la ciudad.

—Eso es. No se te ha perdido nada en Reno. Atraviésalo sin detenerte —dijo Patch—. No pares en Las Vegas, pase lo que pase. El paso elevado se ha derrumbado, pero no te afectará a menos que haya escombros. Permanece en la 95 para atravesar Fallon; la atravesarás sin problemas.

—Recibido —se colgó la maleta en el hombro fingiendo que no veía cómo Patch se estremecía—. Contactaré por radio cuando llegue a Sacramento...

—Telégrafo —dijo él—. Las interferencias entre este lugar y aquel ahogarán la señal si lo intentas por otro medio.

—Recibido —dijo de nuevo, girándose hacia la puerta abierta.

Su Kawasaki Concours de antes de la guerra estaba acurrucada contra la acera resquebrajada como un enorme gato impaciente. No era la moto más bonita del lugar, pero nunca te dejaba tirado. A menos que se intentara mover a la hija de perra sobrecargada y en un aparcamiento.

—Harrie...

—¿Qué? —ella se paró, pero no volvió la mirada.

—Si te encuentras con Buda en la carretera, mátalos.

Ella miró por encima del hombro, algunos mechones de cabello se quedaron enganchados entre la correa de la maleta hermética y las solapas de su cazadora de cuero.

—¿Y si me encuentro con el Demonio?

Dejó que la Concours se deslizase por las curvas del largo descenso hasta la Presa Hoover, un respiro después de la dura recta desde Phoenix, y consideró sus opciones. Tendría que hacer una media de cerca de ciento sesenta kilómetros por hora para hacer la carrera a tiempo. Debería de ser una travesía tranquila; se sorprendería si encontrase otro vehículo entre Boulder City y Tonopah.

Había cogido un dosímetro extra antes de dejar Phoenix, por si acaso. Ambos comenzaron a transmitir suaves señales en cuanto cruzó la presa y el río contaminado, reconfortándola con su parloteo vigilante y cordial. No podía dejar de disfrutar la extensión de azul a su derecha o las vistas hasta los pies del risco a la izquierda, pero la presa parecía estar en buenas condiciones, teniendo en cuenta las circunstancias.

Era más de lo que se podía decir sobre Las Vegas.

En otros tiempos (bajó de marcha al llegar a la empinada cuesta al norte de Black Canyon, el sudor ya le había empapado el pelo), en otros tiempos una entrega como esta hubiera sido realizada por avión. Quizás habría lugares donde todavía se hacía de esa manera.

Lugares donde había dinero para el combustible, dinero para las reparaciones de las pistas de aterrizaje.

Lugares donde la mayoría de los aviones no estaban aparcados en pulcras hileras, pájaros contaminados alineados junto a pistas de despegue contaminadas y lo suficientemente calientes como para oír los pitidos de los dosímetros al pasar por allí en coche.

Un servicio de mensajeros terrestres era muchísimo más barato. Incluso aunque cobrase lo que Patch cobraba.

Brillaban tan lejos los rayos de sol sobre el Río Colorado, con destellos rojos y dorados como si se reflejaran sobre un espejo. En ese momento pasó junto a un casino desmoronado a su derecha y en el cañón retumbó el ronroneo de la elegante moto negra. El asfalto estaba resquebrajado en forma de tela de araña, pero se veía bastante llano... lo suficiente para una moto grande, en todo caso. Una motocicleta grande viajando a noventa kilómetros por hora constantes, demasiado rápido si hubiera algún obstáculo en la carretera. Algo se movió en un lateral mientras reflexionaba sobre esto, un manchón gris que se perdió instantáneamente entre los manchones rojos y negros de las paredes de piedra que iba dejando a ambos lados. Muflones. Nadie se preocupó de decirles que se escondieran antes de que el viento los hiciera enfermar.

Lo curioso era que la especie parecía estar en pleno apogeo por aquellos parajes.

Harrie se inclinó en la última curva, frenando al entrar y acelerando al salir para sentir el tirón de la fuerza G, y la puso a toda velocidad en la recta que conducía al puesto de control en Boulder City. Un destello rojo brilló en un poste de metal descascarillado junto a la carretera. La Kawasaki aullaba y zumbaba entre sus muslos, molesta cuando era frenada, y luego complacida al girar el puño acelerador, consciente del polvo que levantaba.

Se habían demolido algunas casas en la parte más alta de la elevación que servía de parapeto a la casa cuartel de la guardia, permitiendo así unas magníficas vistas de Boulder City extendiéndose a sus pies. La excavadora que había realizado la obra estaba aparcada cerca de allí, oxidándose por debajo de la pintura azul abombada y cuarteada, demasiado radiactiva para llevársela. Demasiado radiactiva incluso para ser fundida y convertida en chatarra.

Boulder City fue en otro tiempo un lugar próspero. Harrie podía distinguir las estructuras de elegantes tiendas a ambos lados de Main Street: edificios de ladrillo y estuco en rojo y marrón, algunos edificios de madera blanqueada pelándose en lentos rizos, sometidos al calor del desierto.

Las puertas al otro lado del puesto de control estaban cerradas y también las ventanas metálicas de la garita del guardia. Un marcador digital sobre el tejado indicaba una radiación ambiente que rondaba valores medios de dos dígitos, y una temperatura que rondaría entre los 43 a 48 grados centígrados. El calor aumentaría más y más a medida que descendiera hacia Las Vegas. Harrie echó el caballete tras

detener la Kawasaki y tocó el claxon.

El joven que salió de la chabola estaba sorprendentemente acicalado, teniendo en cuenta el lejano puesto de operaciones al que había sido destinado. Gorra calada según el reglamento, botas brillantes bajo el polvo. Se estaba ajustando todavía la mascarilla de respiración mientras bajaba las escaleras metálicas y trotaba hacia la moto de Harrie. Harrie se preguntó a quién habría cabreado para que le hubieran asignado este puesto, o si era un novelista que se había ofrecido voluntario.

—Mensajero —dijo ella, su voz retumbó por el micrófono del casco. Se señaló la tarjeta de identificación dentro del bolsillo transparente en el pecho de su cazadora, sacó los papeles de la bolsa sobre el depósito con una torpe mano enfundada en un guante y los desplegó dentro de su sobre transparente.

—Se supone que debéis suministrarme gasolina para la carrera hasta Tonopah.

—¿Lleva un filtro autónomo o sólo el del casco? —dijo derrochando eficiencia mientras examinaba los papeles.

—Autónomo.

—Suba el visor, por favor.

Jamás le pediría que se quitara totalmente el casco. Había demasiado polvo. Ella obedeció y él comprobó sus ojos y nariz comparándolos con la foto de la identificación.

—Angharad Crowther. Parece que está todo correcto. ¿Trabaja para UPS?

—Contratista independiente —dijo Harrie—. Ésta es una carrera médica.

Él se volvió dándole la espalda y haciendo gestos para que ella le siguiera y la condujo hacia los surtidores. Estaban cubiertos con plásticos, uno de diésel y otro sin plomo.

—¿Es una Connie^[37]?

—Un poco modificada para que no vibre demasiado —Harrie acarició el depósito de gasolina con la mano enfundada en el guante—. ¿Algo que debiera saber entre este lugar y Tonopah?

Se encogió de hombros.

—Ya conoce las reglas, espero —dijo él.

—Permanecer en la carretera —dijo Harrie, mientras él introducía la boca de la manguera en el depósito—. No entrar en ningún edificio. No acercarse a ningún vehículo. No parar, no mirar hacia atrás y, especialmente, no dar la vuelta; no es aconsejable avanzar a través de tu propia estela de polvo. No recoger nada que brille, y nada de la zona negra sale de ella.

—Telegrafiaré a Tonopah inmediatamente para que sepan que está llegando —dijo él, y el surtidor de gasolina hizo clic—. ¿Ha tenido algún accidente con esta máquina?

—No en más de diez años —dijo ella, y no se preocupó de cruzar los dedos. Él le pasó un recibo; ella rebuscó su pluma Cross inoxidable lacada que tenía guardada en su bolsillo de cremallera y firmó con su nombre como si realmente lo pretendiera.

Los guantes hicieron de su firma un garabato incomprensible, pero el guarda lo comparó con gran ceremonia con su tarjeta de identidad y le dio una palmada en el hombro.

—Tenga cuidado. Si tiene un accidente allá fuera, no habrá nadie que la ayude. Buen viaje.

—Gracias por los ánimos —dijo ella, le sonrió antes de bajarse el visor y se marchó a toda pastilla.

En los altavoces del casco sonaba música digitalizada mientras Harrie mantenía agachada la cabeza tras el carenado, el tórrido aire le levantaba las mangas y le resbalaban gotas de sudor entre los guantes y los puños. La Kawasaki se estiraba bajo su cuerpo, lista para una dura carrera, y Harrie estaba deseando dársela. Algo bueno podía decirse acerca de la zona negra de Las Vegas: no había mucho tráfico. Las casas, idénticas con tejados de teja roja y paredes de estuco color crema, iban sucediéndose borrosas a ambos lados, flanqueadas por árboles que el desierto marchitó cuando ya no hubo gente para regarlos. Sobrepasó los ciento sesenta kilómetros por hora al resguardo de las barreras sonoras, el taquímetro daba vueltas como un reloj, casi volando en sexta mientras la Kawasaki cogía su propio ritmo. La enorme moto se movía como un gorrino en un aparcamiento, pero en la autopista se deslizaba tan suave como el cristal.

A esa velocidad le sobrarían casi ciento cincuenta kilómetros de más para llegar a Tonopah, Dios mediante y si las aguas del río no crecían, pero no iba a comprobarlo desviándose de su camino mientras cruzaba lo que quedaba de Las Vegas. Sus dosímetros sonaban a ritmo irregular, nada de lo que preocuparse por el momento. Harrie tomó el carril central y atravesó a ciento cuarenta el tramo de circunvalación de autovía que rodeaba el antiguo centro urbano de la ciudad. Cascarones de casinos a la izquierda y terrenos baldíos y guetos dejados de la mano de Dios a la derecha le devolvían el eco del aullido afinado de la Kawasaki; no podía avanzar más rápido debido a que las carreteras estaban llenas de baches y los pasos entre barreras de hormigón eran demasiado estrechos.

El cielo sobre su cabeza era de un azul monótono, como de turquesa barata. Había una cortina de polvo de color siena tostado, una inversión térmica atrapada dentro del anillo montañoso que conformaba su horizonte en las cuatro direcciones.

La autovía se ensanchó en cuanto dejó atrás el casco urbano, el paso elevado que Patch le había mencionado se combaba hacia arriba en una maraña de curvas en terraplén sobre los cruces de calles en el corazón de la silenciosa ciudad. Saludó a los hoteles fantasmas de los buenos tiempos cuando el sol llegó a su cenit, anunciando temperaturas altas durante otras cuatro horas aproximadamente. Harrie venció el impulso de echar mano atrás y tocar la alforja para asegurarse de que el valioso cargamento estaba bien; de todas formas, jamás sabría si el control térmico falló

durante el viaje, y además no podía arriesgarse a distraerse mientras aceleraba la Kawasaki a ciento setenta y agachaba el casco bajo la estela del carenado.

Ruta directa desde aquí hasta la ciudad muerta llamada Beatty, si tenía cuidado con las barreras guardaganados en las carreteras cerca de pequeños pueblos abandonados. Ruta directa, con el pitido de los dosímetros y el rock & roll añejo mezclándose en los altavoces del casco y la Kawasaki ronroneando y zambulléndose ansiosa por saltar hacia delante y correr.

Había pasado peores días en su vida.

Redujo a cuarta y volvió a acelerar al entrar en el paso elevado, el gran paso donde la autopista de Phoenix a Reno cruzaba la autopista que iba desde L.A. hasta Salt Lake, cuando aún existía L.A. Patch le había informado de que el paso elevado se había derrumbado, lo que podría significar que no era seguro para el tráfico y podría suponer que la carretera que lo cruzaba por debajo estuviera llena de bloques de cemento del tamaño de camiones, y Harrie no tenía ningún interés en averiguarlo cuando ya no le quedase suficiente tiempo para frenar. Bajó el volumen de la música y aprovechó para contemplar un poco el paisaje. Y, entonces, dejó escapar una maldición en el filtro de aire, reduciendo aún más la velocidad hasta que se dio cuenta que había soltado el puño acelerador.

Algo o, mejor dicho, alguien estaba apoyado sobre una chapa con agujeros de bala y la pintura pelada que debió ser en otro tiempo una señal de límite de velocidad, cuando la gente aún se preocupaba por ese tipo de cosas.

Los pitidos de los dosímetros se fueron haciendo más agresivos a medida que Harrie arrimaba la motocicleta al arcén. No debería parar. Pero era una sentencia de muerte estar solo e ir a pie por allí. Aunque el sol aún no estaba muy alto en el cielo, el sudor ya corría por debajo del casco de Harrie y el traje de cuero estaba pegado a su piel.

Cuando ya estaba casi totalmente parada se dio cuenta de que lo conocía. Reconoció su piel cetrina, su elegante traje cruzado de raya diplomática y su sombrero fedora ligeramente ladeado, y el brillo del cordobán de sus mocasines. Durante unos segundos demenciales deseó tener una pistola a mano.

Y no es que una pistola pudiera serle de mucha ayuda. Incluso si optaba por meterse ella misma la bala.

—Nick —dijo Harrie, puso la moto en punto muerto y apoyó los pies en el suelo mientras rodaba hasta pararse—. Qué casualidad que nos encontremos en medio del Infierno.

—Tengo unos papeles para que me los firmes, Harrie —se echó hacia atrás el fedora descubriendo un rostro de pómulos hundidos—. ¿Tienes una pluma?

—Sabes que sí —abrió la cremallera del bolsillo y buscó su Cross—. No le dejaría mi pluma estilográfica a cualquiera, ¿sabes?

Él asintió, se reclinó hacia atrás contra la barrera protectora de hormigón para poder subir una rodilla y apoyó allí los documentos. Tomó la pluma.

—Sabes que está a punto de vencer tu plazo.

—Nick...

—No me vengas ahora con lloros —dijo él—. ¿No he cumplido yo mi parte del trato? ¿Has tenido que abandonar tu moto en la cuneta desde la última vez que hablamos?

—No, Nick —alicaída.

—¿Te la han robado? ¿Te ha dejado tirada? ¿Has llegado tarde a algún reparto?

—Ahora mismo voy a llegar tarde a uno si no te das prisa con mi pluma —tendió la mano con ademán imperioso, aunque no demasiado convincente, pero lo hizo lo mejor que pudo teniendo en cuenta las circunstancias.

—Mmm... mmm... —el se tomaba su tiempo.

Perversamente, saberlo la calmó.

—Entonces, si el plazo se acaba, ¿has venido a cobrar?

—He venido para ofrecerte una oportunidad de renegociar —dijo él, tapó la pluma y se la devolvió—. Tengo un trabajo para ti; podrías ganar unos años más si juegas bien tus cartas.

Harrie se rió en su cara, guardó la pluma en el bolsillo y cerró la cremallera.

—¿Unos años más? —él se limitó a asentir, con los labios apretados y expresión seria, mientras ella pestañeaba y también se ponía seria—. Lo dices en serio.

—Nunca ofrezco lo que no estoy dispuesto a dar —dijo, y se rascó la punta de la nariz con la uña del pulgar—. Digamos, oh... ¿tres años más?

—Tres no es mucho tiempo —la brisa cambió de dirección. Los dosímetros echaban chispas—. Ni tampoco diez son muchos, ahora que echo la vista atrás.

—Pasan rápido, ¿verdad? —se encogió de hombros—. De acuerdo. Siete...

—¿Para qué?

—¿Qué quieres decir?

A Harrie le entraron de nuevo ganas de reírse de la transparente y excesivamente calculada candidez en sus ojos.

—Quiero decir que qué es lo que quieres que haga a cambio de siete años más de protección —la moto pesaba, pero ella no tenía intención de bajar el caballete—. Estoy segura de que son malas noticias para alguien.

—Siempre lo son —se bajó el ala del sombrero un centímetro y señaló las alforjas casualmente—. Sólo quiero que me dejes un momento con lo que tienes ahí en esa maleta.

—¿Eh? —miró el cargamento, frunciendo los labios—. Es extraño que me pidas esto. ¿Qué es lo que puedes querer hacer con una caja llena de células de laboratorio?

Él se enderezó separando la espalda del poste y se acercó un paso.

—Eso no es asunto que le concierna a usted, jovencita. Dámelo y te doy siete años. Si no lo haces... el plazo acaba la próxima semana, ¿no es así?

—El martes —le habría gustado escupirle, pero no tenía intención de quitarse el casco—. No te tengo miedo, Nick.

—Tú no le tienes miedo a casi nada —sonrió, plácidamente—. Es parte de tu encanto. —Ella volvió la cabeza apartando la mirada hacia el oeste, hacia el desierto bañado por el sol y los tejados de casas abandonadas, de vidas abandonadas. En Nevada siempre se les dio bien convertir sus metrópolis en ciudades fantasma—. ¿Qué ocurre si digo que no?

—Tenía la esperanza de que no me preguntaras eso, cielo —dijo él. Se estiró para colocar una mano sobre la mano derecha de ella, que descansaba en el acelerador. La motocicleta rugió, un sonido alto y estridente, y Nick echó rápidamente la mano hacia atrás—. Veo que os habéis hecho amigas.

—Nos llevamos bien —dijo Harrie, acariciando el depósito de gasolina de la Kawasaki—. ¿Qué ocurre si digo que no?

Nick se encogió de hombros y se cruzó de brazos.

—No terminarás tu entrega.

No había ninguna amenaza en sus palabras, ni mayor gravedad en la forma en que la sombra del ala del sombrero caía sobre el rostro. No había amenaza alguna en su sonrisa. Era simplemente un hecho y ella podía tomárselo como quisiera.

Harrie deseó en ese instante tener un chicle para masticarlo entre los dientes. Le iría bien a su estado de ánimo. Se cruzó de brazos, sujetando la Kawasaki entre los muslos. A Harrie le gustaba regatear.

—Ése no es el trato. El trato es ninguna caída, ni choques, ni averías, y todas las entregas completas y a la hora. Dije que llevaría estas células a Sacramento en ocho horas. Estás malgastando mis horas de luz; la vida de alguien depende de ellas.

—La vida de alguien depende —respondió Nick, torciendo los labios hacia un lado—. La vida de mucha gente, si uno se detiene a pensar en ello.

—Rompe el trato, Nick, jódeme la entrega, y estarás incumpliendo lo pactado.

—No tienes nada con lo que regatear.

Harrie se rió entonces, abiertamente. La Kawasaki ronroneaba entre sus piernas, infundiéndole ánimos.

—Siempre hay tiempo para enmendarse...

—No si mueres antes de llegar a Sacramento —dijo él—. Última ocasión de que lo reconsideres, Angharad, mi princesa. Todavía estamos a tiempo de estrecharnos las manos y despedirnos como amigos. O puedes terminar tu última carrera a mi manera, y no va a ser nada agradable para ti —la Kawasaki rugió suavemente y subió el olor penetrante de gasolina quemada—, o para tu moto.

—Vete a la mierda —dijo Harrie, con una patada subió el pie y giró el acelerador dirigiendo la moto directamente hacia él, sólo por el puro placer estúpido de verle bailotear para no ser atropellado.

Nevada había estado muriendo lentamente durante mucho tiempo: el agua del subsuelo contaminada con perclorato, legado de las plantas de titanio de la Segunda

Guerra Mundial; aumento de los índices de cáncer por la exposición a lluvia radiactiva producida por las pruebas nucleares en la superficie de la tierra; una devastadora sequía y el cambio climático; focos de leucemia infantil en las poblaciones rurales. La explosión de la planta PEPCON en 1988 podría haber sido percibida por alguna mente lo suficientemente imaginativa como una advertencia divina, pero el verdadero daño no ocurrió hasta décadas más tarde, cuando un tren que transportaba residuos nucleares de alto riesgo hasta el almacén de Yuca Mountain colisionó con un camión cisterna lleno de gasolina que estaba atravesado en las vías.

El incendio resultante y la contaminación radiactiva de Las Vegas Valley resultó ser una bendición divina disfrazada de desgracia. Cuando la Guerra llegó hasta la base de la Fuerza Aérea Nellis y la montaña nuclear, Las Vegas ya era una ciudad fantasma similar a Rhyolite^[38] o Goldfield^[39]... aunque en su caso estaba desierta, no porque los bancos hubieran colapsado o se hubiera agotado el oro, sino porque el polvo que flotaba en las calles estaba lo suficientemente caliente como para fulminar a un gorrión en pleno vuelo, o eso decía la gente.

Harrie no sabía si la historia del gorrión era cierta.

—Entonces —susurró dentro del casco, agachada sobre el depósito de la Kawasaki mientras la moto aullaba nornoroeste, dejando la espeluznante ciudad de Las Vegas atrás—, ¿con qué crees que nos va a sorprender, chica?

La moto gimió, agarrándose fuerte al asfalto. De Central City se pasaba a los desolados suburbios, y la autopista bajaba hasta nivel del suelo enderezándose en una larga recta, una estrecha cinta negra sobre la que se reflejaba el calor del verano con plateados espejismos.

El desierto se extendía a ambos lados, un espacio pardo de matorrales y caliche que se estrechaba a medida que la Kawasaki escalaba por el ancho paso entre dos polvorientas cordilleras. Las señales de los dosímetros de Harrie se habían estabilizado, marcando ligeros incrementos de radiación mientras pasaba a todo gas junto a las instalaciones originales de pruebas nucleares en Mercury a casi doscientos kilómetros por hora. Redujo velocidad cuando apareció ante ella una pequeña y triste población... unos cuantos remolques abandonados, otra base militar y una prisión vacía. No había peatones por los que preocuparse, pero debía tener cuidado de no chocar contra las barreras guardaganado a toda velocidad.

Pasado ese tramo, no encontró nada que la obligara a bajar de velocidad durante setenta y cinco kilómetros. Le metió caña a la música, agachó la cabeza tras el carenado y puso el tacómetro en zona roja en dirección a Beatty y hacia el lejano horizonte.

La carretera volvió a ponerse abrupta al aproximarse a Beatty. La civilización en Nevada se apiñaba junto a los oasis y los manantiales que se agazapaban a los pies de las montañas y en las zonas bajas de los valles. Esta había sido una región minera y las montañas estaban horadadas con dinamita y excavadoras de dientes afilados. La larga garganta situada en la franja derecha de la autopista estaba salpicada por verdes

grupos de árboles; el agua corría allí contaminada por la fuga de residuos y los dosímetros chasquearon cuando la carretera pasó cerca de allí. Si fuera andando hasta la orilla y chapoteara en el río entre las raíces de sauces y álamos, saldría de allí brillando como una bombilla, y estaría muerta para cuando cayera la noche.

Tomó la curva y entró en el fantasma de Beatty.

El problema, reflexionó, surgió porque todas las pequeñas poblaciones de Nevada se desarrollaron en el mismo lugar: en un cruce de carreteras, y Harrie estaba casi totalmente convencida de que Nick la estaría esperando también en este. La Kawasaki gemía mientras atravesaban las calles llenas de matojos secos rodantes, pero pasaron por debajo del único semáforo de la ciudad sin toparse con ninguna otra criatura. A pesar del sol que aplastaba literalmente el traje de cuero sobre su piel, un escalofrío paseó sus largos e inseguros dedos sobre su espalda. Preferiría saber dónde diablos estaba él, gracias.

—Quizás tomó el desvío equivocado en Rhyolite.

La Kawasaki gruñó, impaciente por poder correr libre en carretera abierta de nuevo, pero Harrie avanzaba sorteando coches oxidados y rodeando la basura arrastrada por el viento con un cuidado minucioso.

—Nadie nos busca ya, Connie —murmuró Harrie, y acarició el tanque de gasolina que ardía bajo el sol con la mano enfundada en un guante. Pasaron una gasolinera desierta, los surtidores colgaban impotentes y desconectados; los dosímetros chasquearon y repicaron—. No quiero levantar todo ese polvo si puedo evitarlo.

Los edificios destartados de una y dos plantas dejaban paso al desierto y la autopista.

Harrie se paró, colocó los pies en el asfalto derretido y pegajoso por el sol y se aseguró de que la mochila de agua estuviera bien asegurada en el portamaletas. El horizonte temblaba por el calor, cadenas de montañas a cada lado y caliche pardo extendiéndose hasta el infinito.

Suspiró y sorbió un largo trago de agua estancada.

—Allá vamos —dijo, notaba las manos dormidas sobre el puño del acelerador y la palanca del embrague cuando subió los pies a los estribos. La Kawasaki se deslizó hacia delante, ganando velocidad—. No queda mucho para Tonopah, y entonces podremos alimentarnos las dos.

Nick le estaba dando tiempo para que reflexionara sobre ello, y ella ahogó su preocupación con los Death Kennedys, los Boiled in Lead y los Acid Trip. El trayecto de Beatty a Tonopah fue rápido y sin incidentes, la llana carretera se expandía bajo sus ruedas como una cinta métrica desenrollada y las murallas de montañas

avanzaban pesadamente a ambos lados.

La única variación en el camino la proporcionó la desolada ciudad de Goldfield, con calles enrevesadas, vacías marchitas. Había sido una población de veinte mil almas, abandonada antes de que Las Vegas fuera golpeada por la radiación, incluso mucho antes de que el cementerio nuclear se rompiera. Harrie condujo a doscientos kilómetros por hora la mayoría del trayecto, con la carretera toda para ella, y sólo el resplandor del sol reflejándose sobre un parabrisas lejano le disputaba sus dominios. El silencio y la carretera vacía sólo le produjeron algo más por lo que preocuparse, y eso hizo, hurgando en su problema como un buitre hurga en un cadáver.

La pluma estilográfica empezaba a pesarle en el bolsillo del pecho cuando ante ella se hizo visible Tonopah temblando en la distancia. La cabeza le daba vueltas por el calor y el casco chapoteaba sobre su cabello empapado. Sorbió más agua, intentando racionársela; la temperatura estaba rozando los cuarenta y nueve y no aguantaría mucho si no se hidrataba. La Kawasaki tosió un poco, bajando suavemente por una pendiente prolongada, pero el indicador de gasolina mostraba que aún tenía un cuarto del depósito... e incluso le quedaba la reserva si agotaba el tanque principal.

Sin embargo, los instrumentos no siempre funcionaban correctamente y la suerte no estaba exactamente de su parte.

Apagó la música con un toque de la punta de la lengua sobre los controles del interior del casco. Soltó la palanca de la mano izquierda y golpeó el tanque.

Le respondió con un sonido hueco, pero había suficiente líquido dentro para poder oírlo desplazándose sobre una superficie en movimiento. La pequeña ciudad frente a ella le resultó una vista reconfortante; habría agua fresca y gasolina, y podría pasar la manguera y eliminar la mayor parte del polvo, ah, y echar una meada. Maldita sea, nadie pensaría que iba a necesitar esto último, con todo aquel sudor chorreando de su traje de cuero y pegándolo a su cuerpo, pero como se dice habitualmente, los problemas están en los detalles.

Harrie nunca quiso ser un chico. Pero algunos días deseaba profundamente tener la habilidad de mear de pie.

Estaba tan sólo a medio kilómetro cuando se dio cuenta de que pasaba algo raro en Tonopah. Aparte de lo habitual, los dosímetros sólo registraban ruido de fondo mientras se acercaba, pero un áspero tufo a carbón quemado le raspaba la garganta incluso a través de los filtros de polvo, y la extraña pequeña ciudad no era la extraña pequeña ciudad que ella recordaba. Ondulantes colinas verdes se alzaban a su alrededor en todas direcciones, llenas de árboles oscuros y sin hojas, y una nube de humo flotaba en el aire estancado, pero no había polvo. Un resplandor caliente flotaba sobre la carretera agrietada, y los edificios que se apiñaban a ambos lados no eran las construcciones erosionadas por el desierto, sino casas con laterales de tablas pelándose y blanqueadas, el escaparate de una oficina de correos, una iglesia blanca con el campanario hundido y la mitad de la fachada desplomada en un humeante

socavón en el suelo.

La Kawasaki aulló y tembló cuando Harrie giró el puño del acelerador. Se sentó erguida en el asiento, dejando que la enorme moto rodara.

—¿Dónde demonios estamos? —su voz reverberó.

Se sobresaltó; se había olvidado de que tenía el micrófono encendido.

—Exactamente —le respondió una voz familiar a su izquierda—. Bienvenida a Centralia.

Nick llevaba puesto un casco que le dejaba el rostro descubierto y se desplazaba sentado a horcajadas sobre la parte trasera de una Honda Goldwing del color de la sangre reseca, si la sangre estuviera salpicada de purpurina. La Honda bufó a la Kawasaki y la Connie le respondió con un gruñido, cimbreado desafiante. Harrie la contuvo con mano suave, dándole un poco más de gas para enderezarla.

—¿Centralia?

Harrie nunca había oído ese nombre, a pesar de que tenía a gala conocer la mayoría de lugares.

—Pensilvania —Nick levantó la mano de la palanca del embrague y señaló vagamente a su alrededor—. O Jharia, en la India. O quizás la provincia china de Xinjiang. Ya sabes, carbón subterráneo en llamas, antracita ardiendo en minas evacuadas. Ciudades enteras abandonadas, sulfuro y azufre escapando a través de los conductos de ventilación, el suelo lo suficientemente caliente para convertir la lluvia en vapor. Tus neumáticos se derretirán. Esa moto terminará atascada en una grieta. Por no mencionar los gases de efecto invernadero. Todo cosas maravillosas —sonrió mostrando dientes de tiburón, cuatro hileras—. Ésta es la segunda vez que te lo pregunto, Angharad, mi princesa.

—Y ésta es la segunda vez que te digo que no —clavó los ojos en la carretera; vio en ese momento que se combaba el asfalto y que surgía un tenue resplandor del fondo del socavón bajo los cimientos de la iglesia—. Realmente estás acostumbrado a que la gente te obedezca, ¿verdad, Nick?

—Normalmente no suelen darme muchos problemas —giró el puño del acelerador manteniendo presionada la palanca del embrague, haciendo brotar una tos gimiente y competitiva de su Honda.

Harrie captó de reojo que se encogía de hombros, pero mantuvo la mirada firme hacia delante. ¿Estaba temblando la tierra, o sólo era el resplandor de la calima sobre la carretera?

La Kawasaki aulló. Harrie acarició la palanca del embrague para tranquilizarse.

El gemido sordo que le respondió no procedía de la Kawasaki. Harrie apretó las rodillas en el asiento mientras el suelo se inclinaba y se sacudía bajo sus neumáticos y agarró el puño acelerador firmemente para azuzar a la Connie hacia delante. Fragmentos de asfalto agrietado salían despedidos de su neumático trasero. La carretera se resquebrajaba haciéndose añicos y desapareciendo a sus espaldas. Mantuvo la moto enderezada a base de pura fuerza y se armó de valor para echar un

vistazo por los espejos retrovisores; un pesado vapor brotaba de un enorme agujero en la carretera.

Nick la adelantó imperturbable.

—¿Estás segura, princesa?

—¿Qué fue eso que dijiste sobre el Infierno, Nick? —dijo Harrie, se agachó y le lanzó una sonrisa por encima del hombro, sabiendo que él no podía ver más que sus ojos arrugándose tras el casco. Fue lo suficiente para que obtuviera una mirada irritada de él.

Él se reclinó sobre sus caderas y se puso de puntillas sobre los estribos, lanzando al mismo tiempo las manos hacia arriba, liberando la palanca del embrague y el acelerador y dejando que la Honda se deslizara serpenteando tras su estela.

—Dije que bienvenida.

La Kawasaki gruñía y gemía alternativamente, pesada y al mismo tiempo ágil entre sus piernas mientras aceleraba todo lo que se atrevía. Había contado con repostar combustible aquí, pero la sólida Tonopah del suroeste había sido reemplazada por una extensión de edificios destrozados, la mayoría de ellos obviamente derribados con excavadoras o hundidos en agujeros que se abrían a la superficie como ojos de lobos reflejando relámpagos, y una gasolinera no parecía ser una de las opciones disponibles en aquel lugar. Por lo menos, las calles eran anchas y estaban desiertas, y más que serpenteantes se expandían en suaves curvas que atravesaban llanas hondonadas y subían por lomas. Anchas, pero no intactas; el asfalto se había agrietado como si lo hubieran horadado topos y algunas de las elevaciones y depresiones escondían fisuras y socavones. Sus neumáticos ardían; tosió en el filtro y el micrófono lo amplificó hasta sonar como la risa de una hiena. La pluma Cross en el bolsillo le presionaba el pecho sobre el corazón. Se consoló con ella, agazapándose tras el carenado para esquivar el apestoso viento y las ramas en forma de garra de árboles descuidados. Después de todo, ella había firmado el contrato. Y, o bien Nick se aseguraba de que ella y la Kawasaki llegaban sanas y salvas, o tendría que devolverle lo que ya había pagado.

Como si Nick respetara los contratos.

Como si él no pudiera simplemente matarla y conseguir lo que quisiera de esa manera. Aunque, si lo hacía, entonces no podría tenerla.

—Maldita sea —murmuró Harrie y escuchó el eco de su voz y se agachó sobre el depósito de la Kawasaki. El viento tiraba de su traje de cuero. La pesada motocicleta voló ligeramente por los aires cuando rebasó la última elevación. Tenía unas ganas locas de mear, y la vibración del motor no era de gran ayuda, pero se rió en voz alta al dejar la ciudad a sus espaldas.

Había escapado más fácilmente de lo que esperaba, aunque al bajar la colina el indicador de combustible marcaba que el depósito estaba vacío. Conectó la reserva y dejó escapar una maldición. Árboles muertos y tocones humeantes se alzaban temblorosos a su alrededor hasta desvanecerse, y los solitarios y llanos desiertos se

extendían hasta las escarpadas montañas al este y al oeste. De vuelta a Nevada, si es que alguna vez abandonó ese lugar, y en dirección al oeste y en línea recta hacia el resplandor del sol de la tarde. Su visera polarizada la protegía un poco, quizás no lo suficiente, pero la carretera volvía a ser llana delante y detrás de ella y podía ver Tonopah alejándose polvorienta y abandonada en el espejo retrovisor, inaccesible como un espejismo, una ciudad en el fondo de un pozo.

Quizás Nick sólo podía atraparla en las ciudades. Quizás necesitaba obras humanas en medio del desierto para lograr sus objetivos, o quizás simplemente le divertía.

Quizás se tratase de los cruces de carreteras, después de todo. Sin embargo, no creía que pudiera regresar a Tonopah si lo intentaba, así que fingió no haber visto la ciudad a sus espaldas y se dirigió al oeste, hacia Hawthorne. Rogaba por tener suficiente gasolina para llegar, aunque no esperaba que sus ruegos fueran respondidos por nadie con quien tuviera interés en hablar.

La 95 viraba al noroeste de nuevo en el desértico cruce de Coaldale; no había existido una ciudad allí desde mucho antes de la Guerra, o incluso del desastre en Las Vegas. Mina también había desaparecido, el límite de la población estaba marcado por un cartel con la pintura pelada que anunciaba un criadero de moluscos abandonado, el Centro de Langostas del Desierto.

La mochila de agua se había vaciado. Sorbió de la pajita con tristeza una última vez y la escupió, dejando que se deslizara por su mandíbula, húmeda y pegajosa. Se agachó sobre el depósito y se deslizó por una larga línea de carretera humeante, inclinándose suavemente cuando debía hacerlo, preocupada por sus recalentados y maltratados neumáticos. Al menos iba refrescando a medida que la noche se aproximaba y ella avanzaba hacia el norte ganando mayor altura. La temperatura debía de haber descendido hasta los treinta dos grados centígrados, aunque era difícil de notarlo a través del traje de cuero.

A su izquierda, las Sarcophagus Mountains se interponían entre ella y California.

El nombre no le divertía tanto ahora como normalmente lo hacía.

Y entonces comenzaron a escalar. Dejó escapar un largo suspiro de alivio y dio unos golpecitos a la hambrienta y gruñona moto en el depósito de gasolina cuando el violento azul del lago Walker apareció ante sus ojos, la polvorienta y pequeña ciudad de Hawthorne se acurrucaba como un cangrejo sobre la orilla próxima. No parecía que se moviera nada por allí y Harrie se mordió el labio tras el filtro. El polvo había entrado en el casco de alguna forma, arañándole cada vez que pestañeaba; surcos de lágrimas le cruzaban las mejillas tras el visor. Esperaba que el polvo no fuera del tipo que hacía brillar, pero los dosímetros se habían estabilizado en una especie de cloqueo de pollo, así que suponía que estaba segura.

La Kawasaki aulló como si pidiera perdón y murió cuando se aproximaban a la

ciudad.

—Jesús —dijo y se estremeció al recibir el eco de su propia voz amplificada. Hizo ademán de apagar el micrófono pero, tras pensárselo un poco más, lo dejó encendido. Había demasiado silencio allí fuera para prescindir de los comentarios de la Kawasaki. Con la lengua conectó la música y seleccionó hasta encontrar la canción de Grey Line Out.

Bajó el pie derecho y dio una patada al caballete con el izquierdo, luego se irguió sobre el estribo y pasó la pierna por encima del asiento. Le dolía el cuerpo por la vibración y sus manos eran como garras rígidas por la constante presión en los manillares. El tirón muscular que le cruzaba todo el trasero y los muslos era un recordatorio de la paliza de dos días, pero se apoyó de nuevo sobre la moto, la suela de la bota resbaló en la gravilla mientras la empujaba y la ponía en movimiento. Saltó sobre un pie para levantar el caballete, estremeciéndose dolorida.

El problema no lo tenía al conducir. Lo tenía al enderezarse luego.

Empujó la Kawasaki por la desierta autopista, entre edificios vacíos, el asfalto estaba tan caliente que le abrasaba los pies a través del cuero de las botas si se quedaba quieta de pie durante demasiado tiempo.

—Buena chica —dijo a la Kawasaki, acariciándole la palanca de freno. Estaba inclinada sobre ella pesadamente, avanzando torpemente a velocidad de paseo, como si estuviera llevando a una amiga borracha a casa—. Tiene que haber una gasolinera en algún sitio.

Por supuesto, no habría electricidad para poner en marcha los surtidores, y probablemente no habría agua apta para el consumo, pero ya pensaría en una solución cuando llegase allí. Los rayos de sol se reflejaban en el lago. Se encontraba bien, se dijo a sí misma, porque no se notaba tan deshidratada como para que su boca no se mojara de saliva pensando en toda aquella agua fría del lago.

Pero no había forma de saber qué tipo de veneno contaminaba aquel lago. Había una vieja base naval en la orilla, y el propio lago había sido empleado como una especie de piscina inflable para almacenar submarinos. En sus aguas podía haber flotando cualquier tipo de cosas. No le faltaba cierta ironía a la situación, admitió Harrie, al echar un vistazo al paisaje en un momento como este.

Divisó una estación de Texaco, con el cartel rojo y blanco desvaído, que ahora se veía rosa y marfil y cuarteado por el incesante sol del desierto. Harrie no podía recordar si en esos momentos estaba en el desierto de Mojave o en el de Black Rock, o quizás en otro desierto totalmente distinto. Unos se entremezclaban con los otros. Se sobresaltó al escuchar su propia risilla ligeramente histérica. Los surtidores estaban apagados, como había esperado, pero, de todas formas, apoyó la Kawasaki en el caballete, sacó la maleta hermética de temperatura controlada de la alforja y marchó a buscar un lugar donde echar una meada.

El cuero le quemaba los dedos cuando se quitó los guantes y se bajó los pantalones.

—Maldita sea, qué idiota... Lo primero que haré cuando regrese a la civilización será comprar un traje de cuero y un casco blancos, maldita sea.

Echó un vistazo a la Kawasaki mientras se aliviaba, esperando escuchar un siseo de asentimiento, pero la negra moto permaneció en silencio. Harrie pestañeó los ojos irritados y apartó la mirada.

Había una manguera de jardín enrollada en un gancho detrás de una de las casas con fachadas amarillentas que se apiñaban junto a la gasolinera Texaco, con la parte superior de un verde amarillento, como la panza de una serpiente muerta. Harrie tiró de ella y la soltó del gancho con una mano. La goma se rompía fácilmente porque estaba podrida; se quebró en dos ocasiones mientras intentaba desenrollarla, pero logró sacar unos dos metros de manguera intactos. Abrió la escotilla del depósito subterráneo de combustible con una cruceta y se quitó el casco y el filtro de aire para olisquear el interior, comprobando antes ambos dosímetros.

Después de todo, éste estaba siendo uno de esos días en los que cualquier cosa podía ocurrir.

Sin embargo, el vapor que captó olía más o menos a gasolina, y sabía también a jodida gasolina cuando le dio un buen trago al chupar de un sifón improvisado. No muy buena gasolina, quizás, pero a falta de pan buenas son tortas. El sifón no bombeaba el líquido porque no conseguía colocar el extremo superior a un nivel más bajo que el extremo inferior, pero sí podía sorber combustible hacia arriba y transferirlo, manguera a manguera, al depósito vacío de la Kawasaki, mientras la preciosa maleta seguía apoyada en su bota durante toda la operación.

Finalmente, vio el oscuro brillo del líquido brillando a través de la boca del depósito cuando miró al interior y dio un golpecito en un lateral del depósito.

Lo cerró y entonces escupió y volvió a escupir, deseando tener algo de agua para lavarse el sabor a gasolina. El lago titiló, burlándose de ella, y Harrie le dio la espalda con determinación y recogió la maleta.

Le pareció ligera al levantarla. Se detuvo con una mano encima de la solapa de la alforja, sopesando aquel brillante objeto plateado, y bajando la vista se miró las botas. Se lamió el labio inferior, sabía a gasolina, volvió la cabeza y escupió de nuevo.

—Unos cuantos años más de libertad, Connie —dijo, y acarició el metal con la mano enfundada en su guante negro—. Tú y yo. Podría beber de esa agua. No importaría si te metiera gasolina de mala calidad. Nada podría salir mal...

La Kawasaki guardaba silencio. Las llaves repiquetearon en el bolsillo de su cadera. Tocó ligeramente el acelerador, retiró la mano, colocó la maleta cerrada sobre el asiento.

—¿Qué dices tú, chica?

Nada, por supuesto. Estaba inactiva, durmiendo, era un demonio soñando. Harrie no la había puesto en marcha.

Con ambos pulgares al mismo tiempo, levantó los pestillos y abrió la maleta.

El interior estaba fresco, lo suficientemente fresco para que pudiera notar la

diferencia de temperatura en su rostro cuando se inclinó sobre ella. Mantuvo la tapa medio abierta, intentando bloquear aquel aire frío con su cuerpo para que no se escapase. Ladeó la cabeza para ver el interior: gomaespuma azul entrelazada con elementos refrigerantes y moldeada para proteger el contenido de los traqueteos. Documentos en un sobre de plástico y algo dentro de placas de cultivo, gelatina transparente salpicada de lunares estriados.

Había una nota adhesiva pegada en el sobre de plástico. Introdujo la mano en la maleta y retiró la nota adhesiva acercándola a la luz. Era la letra de Patch.

Pestañeó.

«Venga, a Sacramento, que si estas no llegan allí...», se leían las gruesas y bien definidas líneas negras. «Como Fausto, todos contamos con una buena oportunidad de cambiar de parecer».

Si te encuentras con el Buda en la carretera...

—Siempre pensé que ese hijo de puta es más de lo que aparenta —dijo ella, y cerró la maleta y metió la nota en el bolsillo junto a la pluma. Se volvió a colocar el casco, comprobando el filtro que parecía que había comenzado a gotear un poco por los bordes en Tonopah, pasó la pierna sobre el asiento de la Kawasaki y cerró el estárter.

La moto dejó escapar una tos seca cuando embragó y accionó el botón de arranque y tembló entre sus piernas como un poni asmático. Harrie le metió un poco de acelerador, luego lo redujo como si estuviera reduciendo la velocidad con un amante virgen. Persuadiendo, suplicando en voz baja. Los vapores del combustible en su boca le hicieron llorar dentro del casco; las lágrimas o alguna otra cosa le limpió la arenilla del rostro. Un cilindro dejó escapar un hipido. Un segundo cilindro se le unió.

Soltó el estárter mientras la Kawasaki tosía y ronroneaba, temblando y lista para correr.

Ambos dosímetros emitían fuertes señales mientras se deslizaba por la llana y amplia llanura hacia Fallon, un oasis sepulcral por derecho propio. Aparentemente, a Nick no le bastaba con un brote de leucemia y la contaminación del agua del subsuelo con perclorato y arsénico; los árboles que Harrie vio mientras pasaba junto a magníficos campos verdes del poblado agrícola no eran álamos del desierto, sino altísimos gigantes del bosque europeo, y algo gris e inmenso, que centelleaba con una radiación de Cherenkov de encantador y vibrante resplandor azul, brillaba tras ellos. Las señales que pasó estaban escritas con un alfabeto que no entendía, pero sabía el nombre de ese lugar.

Una lluvia ligera caía mientras atravesó Chernobyl.

Aceleró aún más cuando viró hacia el oeste por la 50, hacia Reno y Sparks y en dirección a una grieta bajo unas nubes que brillaban con un color tóxico y amarillento al llegar la noche. Los neumáticos derrapaban en el asfalto resbaladizo y grasiento.

En el lugar donde las ciudades deberían haber estado, apestosas montañas de basura se recortaban en el amarillento cielo del atardecer, y personas casi desnudas y escuálidas por la desnutrición se movían con cautela sobre la basura amontonada, llamando a sus seres queridos enterrados bajo la avalancha. El agua de la lluvia chorreaba por el casco, empapaba el asiento y aplastaba el traje de cuero contra su cuerpo. Sintió deseos de beberse esa lluvia. No lograba aliviar el calor que sentía, tan sólo la mojaba.

No volvió la cabeza para observar a aquellas desgraciadas víctimas del corrimiento de un vertedero. Estaba a una hora de Sacramento, y también en Manila hace unos cincuenta años.

Donner Pass estaba bastante verde y se estaba bien allí, mientras la puesta de sol tintaba el cielo frente a ella de rojo carne.

Le sobraba mucho tiempo. Desde ese punto ya todo era cuesta abajo.

Nick no era de los que la dejarían marchar sin un último combate.

El gran terremoto también había cambiado el curso del río Sacramento, y Harrie dio media vuelta en el borde, porque el puente se había desplomado y el agua estaba ardiendo. Se alejó de allí unos cien metros, o doscientos, hasta que dejó de notar en la espalda el calor del río en llamas.

—¿Qué es eso? —preguntó Harrie al hombre delgado con traje de raya diplomática que la esperaba al borde de la carretera.

—El fuego en el río Cuyahoga —dijo—. 1969. Y da gracias. Podría haber sido Bhopal.

—¿Dar gracias? —Harrie le dedicó una sonrisa burlona, invisible tras su casco. Élladeó el ala de su sombrero con un dedo enfundado en un guante gris.

—Supongo que podría decirse así.

—¿Qué es realmente?

—El Flegetonte.

Harrie se levantó el visor y echó un vistazo sobre su hombro, observando el río en llamas. Incluso allí hacía tanto calor que su traje de piel empapado desprendía vapor sobre su espalda. Con el dorso de la mano presionó el bolsillo del pecho. La nota de Patch crujió; la pluma Cross se clavó en la teta.

Miró a Nick y Nick la miró a ella.

—Así que todo ha acabado.

—Eso es todo, sí. Demasiado lejos para saltar al otro lado.

—Ya lo veo.

—Dame la maleta y te dejaré marchar a casa. Te daré la Kawasaki y te daré tu libertad. Quedaremos en paz.

Ella lo miró, tensó su pierna derecha y apoyó la punta de los dedos en el suelo. La gran moto ronroneante se agitó violentamente entre sus piernas, ágil como un gato,

lista para virar y escupir gravilla con sus neumáticos chirriando.

—Demasiado lejos para saltar al otro lado.

—Eso es lo que he dicho.

Demasiado lejos para saltar al otro lado. Quizás. Y quizás si ella le daba lo que contenía la maleta y condenaba a Sacramento como a Bhopal, como a Chernobyl, como a Las Vegas... Quizás se condenaría a sí misma incluso si él se la devolvía. E incluso si no se condenaba, no estaba segura de que ella y la Kawasaki pudieran vivir con esa duda.

Si él quería conservar a Harrie, debía dejar que diera el salto para salvar Sacramento. Si él deseaba perderla, podría morir de camino hacia allí, y Sacramento podría morir con ella, pero morirían libres.

De una u otra manera, Nick perdía. Y eso a ella le bastaba.

—Sálvese quien pueda —dijo en voz baja, y giró el acelerador una vez más.

17

CAROL EMSHWILLER

Asesinos

[Killers]

Carol Emshwiller es autora de seis novelas y más de 100 relatos cortos. Su obra ha sido publicada en antologías y revistas y ha sido recopilada en varios volúmenes, más recientemente en *I Live with You*. A lo largo de su carrera, que se desarrolla durante cinco décadas, obtuvo el premio Nebula y el World Fantasy, así como el galardón Philip K. Dick. En 2005, World Fantasy le concedió el premio al mérito por toda una carrera. Su novela más reciente, *The Secret City*, fue publicada en 2007.

Emshwiller no puede evitar preguntarse si nuestra civilización no estará a punto de derrumbarse. Pero, siendo una persona que ama la vida sencilla (quién sabe, paseos, bombear agua para ducharse, lavar pañales a la orilla de un lago con una vieja tabla de lavar), vacila a la hora de afirmar que «teme» que ocurra. No es que anhele que llegue el momento, pero dice que es tan divertido escribir sobre el retroceso y la devastación como sobre un futuro lleno de nuevos cacharros e invenciones.

«Asesinos» surgió a partir del rechazo de Emshwiller a la guerra de Irak. A los norteamericanos se les había contado que estaban luchando contra terroristas allí para no tener que luchar contra ellos aquí. Esta historia reflexiona qué ocurriría si finalmente tal guerra llegara a nuestras orillas.

Asesinos

La mayor parte de la gente se marchó porque no había agua. No sé si encontraron un lugar donde las cosas fueran algo mejor. Algunos de nosotros nos sentíamos más seguros aquí que en ningún otro sitio. E incluso mucho antes de que la guerra decayera, se hacía difícil recoger las cosas y marcharse a otro lugar. No había gasolina para los civiles. Pronto no habría gasolina para nadie.

Tras el sabotaje de nuestro oleoducto (un hombre con una granada podría haberlo hecho), nos unimos y decidimos trasladar la ciudad a un lugar un poco más elevado, junto a un riachuelo, y construimos acequias para que el agua pasara por las viviendas. Tenemos que transportar el agua en cubos, vaciar los fregaderos a mano y tirar el agua al patio. Pero, al menos, el agua fluye por los jardines de nuestra cocina y pasa por nuestros árboles frutales. Cuando hace buen tiempo nos bañamos en nuestra acequia, cuando hace peor tiempo nos lavamos con esponjas en el interior, en palanganas, pero ya casi nunca hace frío.

No hubo mucho lío al trasladar la ciudad, porque la mayoría ya se había marchado; por supuesto, todos los hombres en buenas condiciones físicas. Así que nos tocó a nosotras las mujeres realizar el traslado, sin caballos ni mulas. El enemigo nos los robó o los mató o los lisió para ponernos las cosas más difíciles.

No hay electricidad, aunque algunas mujeres creen que se puede poner en marcha de nuevo la presa para conseguir energía. Nadie se ha molestado en intentarlo aún. De alguna forma, nada de esto me preocupa tanto como ustedes pueden suponer. Siempre me gustó andar y hemos recuperado las lámparas de aceite y velas que brillan con un suave y acogedor fulgor.

Nuestra casa ya estaba bastante por encima de donde estaba la ciudad. Bien, porque yo no quería mudarme. Quiero que mi hermano aún pueda regresar a nuestra vieja casa. Y, además, yo no podía mover a Madre.

Más allá de nuestro patio trasero se encontraba el Departamento de Agua y Energía, después seguía terreno del Servicio Forestal, y luego el parque natural John Muir. Ahora la ciudad se ha trasladado por encima de mi casa y, por supuesto, ya no existe ni el Departamento de Agua y Energía, ni el Servicio Forestal. Nuestra casa tiene buenas vistas. Siempre nos sentábamos en los escalones de la entrada y contemplábamos las montañas. Ahora que todo el mundo se ha trasladado a la ladera de la montaña, todos tienen buenas vistas.

La ciudad a nuestros pies está vacía. Los centros comerciales Vons y Kmart son enormes graneros saqueados. Aquí arriba hay una pequeña tienda donde vendemos los unos a los otros nuestros productos o nuestras labores de costura y punto. Especialmente calcetines. Es difícil conseguir calcetines en estos tiempos. Antes de la guerra éramos tan derrochadores que nadie remendaba calcetines, pero ahora no sólo remendamos, sino que reforzamos los talones y dedos de los nuevos calcetines antes

de usarlos.

Trasladamos también la pequeña biblioteca. De hecho, tiene más libros ahora que antes. Nos trajimos todos los libros que pudimos encontrar, los nuestros y aquellos de la gente que se había marchado. No necesitamos bibliotecario. Todo el mundo los devuelve siguiendo el decálogo de honor.

Tenemos un pequeño hospital, pero ningún doctor, sólo un par de enfermeras ancianas que eran demasiado mayores para ser reclutadas. Tienen setenta años y siguen activas. Han entrenado a nuevas enfermeras. Sin embargo, no hay medicinas. Sólo lo que podemos sacar de las hierbas del lugar. Acudimos a los paiute para encontrar más. Hay un par de enfermeras paiute que vienen para ayudar de vez en cuando, aunque ellas ya tienen suficiente con su trabajo de enfermería en la reserva (también trasladaron la reserva a unos terrenos más elevados, y ya no lo llaman reserva).

Ahora es una ciudad de mujeres. Llena de artesanías y labores de mujeres... Fabricantes de edredones, tejedoras de jerséis... Y las mujeres también realizan el trabajo duro. Hay un buen equipo de reparación de tejados, y hay carpinteras...

Muchas mujeres marcharon a la guerra junto a los hombres, pero yo tenía que cuidar de Madre. Yo cuidaba de ella antes incluso de que mi hermano se fuera. No estaba exactamente enferma, pero estaba gorda y bebía. Sus piernas tenían un aspecto horrible, llenas de varices. Andar le hacía daño, así que nunca lo hacía. Cuando estalló la guerra mejoró un poco debido a la carestía de productos, aunque todavía había mucha cerveza casera, pero no podía andar. O no quería. Creo que todos sus músculos se marchitaron. Cuidar a alguien que no puede andar me resulta normal. Lo llevo haciendo desde que tengo memoria.

Ahora que Madre se ha ido tengo la oportunidad de hacer algo útil. Si supiera que la guerra todavía continúa en algún lugar específico, iría a luchar, pero *parece* que ya ha terminado. Quizás. No terminó exactamente. No sé cómo acabó, ni si acabó realmente. No tenemos manera de averiguarlo, pero no hemos tenido noticia de ninguna acción desde hace bastante tiempo. Por encima de nuestras cabezas, nada pasa volando. Ni siquiera algún viejo avión. (Y no es que tuviéramos acción digna de destacar por aquí. A excepción del bombardeo de nuestro gaseoducto y el robo de nuestro ganado, nadie se preocupaba mucho por nosotros).

Pero así era la guerra, difícilmente hay un principio y difícilmente hay un final. Las guerras ya no son como antes... con dos bandos claramente diferenciados. El enemigo estaba entre nosotros incluso antes de que estallara. Nunca podrían ganar una guerra a la antigua usanza contra nosotros, eran débiles y contaban con pocos medios tecnológicos, pero esa escasa tecnología bastaba siempre que fueran muchos. No se sabía quién era de fiar, y todavía no lo sabemos. Nuestro bando puso a todos los que se pudo en campos de internamiento, prácticamente todo el que tuviera ojos y pelo negro y piel cetrina, pero no se puede detener a todos. Y entonces la guerra duró tanto tiempo que consumimos todos nuestros recursos, pero ellos todavía tenían los

suyos: el sabotaje no necesita parar jamás. Escaparon de los campos de internamiento. De hecho, simplemente salieron andando. Los guardias habían desertado.

Muchos de esos hombres trajeron sus heridas y locuras a nuestras montañas. Ambos bandos acudieron aquí para alejarse de todo. Son ermitaños. No se fían de nadie. Algunos de ellos todavía siguen luchando entre sí allá arriba. Es casi tan malo como tener campos minados. Todos están gravemente dañados, física o mentalmente. Por supuesto, probablemente todos nosotros también lo estemos y ni siquiera lo sepamos.

Mi hermano podría estar en algún lugar allá arriba. Si está vivo debería estar aquí. Ama este lugar. Cazaba, trampeaba y pescaba. Podría arreglárselas muy bien aquí y sé que haría cualquier cosa por regresar.

La mayoría de esos hombres no bajan a nuestra ciudad, incluso si tienen hambre o frío o si están enfermos. Y los que lo hacen, vienen para robar. Se llevan nuestros tomates, y el maíz y los rábanos. También desaparecen otras cosas. Cuchillos de cocina, cucharas, anzuelos... Y por supuesto jerséis y calcetines de lana... Esos locos viven aún más alto que nosotros. Todavía hace frío allí arriba.

Y están locos. Y ahora uno de ellos ha estado matando a otros hombres y los ha ido dejando tirados a las afueras del pueblo. Todos han sido asesinados por la espalda con dardos de ballesta de madera. Bellamente tallados y pulidos. Espero que no sea uno de nuestro bando. Aunque supongo que los bandos ya no importan.

Cada vez que esto ocurre, antes de llevarlos al depósito, voy siempre a comprobar si se trata de mi hermano. No me gustaría que llevaran a mi hermano al depósito. Jamás. Pero esos hombres siempre están tan hechos polvo (sucios y con barba) que me pregunto si podría reconocerlo. Y entonces pienso: ¿cómo podría no reconocerlo? Pero yo sólo tenía quince años cuando él se marchó. Él tenía dieciocho. Ahora tiene treinta y dos. Si es que está vivo.

Todos estamos un poco tensos, aunque no seamos nosotros los que morimos. Por ejemplo, la otra noche vi a alguien mirando por mi ventana. Yo estaba dormida, pero escuché un ruido y me desperté. Vi la silueta de un sombrero abollado y una masa de pelo enmarañado que salía disparado por debajo, y el cielo iluminado por la luna recortaba su silueta. «¡Clement!», le llamé, aunque no había tenido intención de hacerlo. Estaba medio dormida, y en ese estado pensé que era mi hermano. Quienquiera que fuese se agachó rápidamente y escuché los crujidos de alguien que se alejaba a toda prisa. Después me entró miedo. Podrían haberme disparado mientras dormía.

A la mañana siguiente vi pisadas; daba la impresión de que alguien había pasado algún tiempo detrás del cobertizo en mi jardín.

Siempre tengo la esperanza de que sea mi hermano, aunque no me gustaría que fuera él quien asesina a esos pobres hombres, pero parecía lógico pensar que no tendría miedo de venir a su propia casa. Por supuesto, él no sabe que Madre está

muerta. Puedo entender que tenga miedo de ella. Nunca se llevaron bien. Cuando se emborrachaba solía lanzarle cosas a la cabeza. Si él se acercaba mucho, ella le agarraba del brazo y se lo retorció. Luego mi hermano se hizo demasiado fuerte para ella. Pero no parecía posible que me tuviera miedo a mí, ¿verdad? Soy su hermana pequeña.

Madre era más buena conmigo. Se preocupaba si no me tenía a mano, o porque dejara de ayudarla. Podría haberme ido y haberla abandonado, pero ni se me pasó por la cabeza hacerlo hasta su muerte. De hecho, no lo hice. Cuidé de ella durante tanto tiempo que creí que era la única forma de vida. Y, en todo caso, nunca podría haberla dejado. Ella era mi madre y no había nadie más que la cuidara aparte de mí.

Si es mi hermano el que ha estado mirando por la ventana, debe saber ya que Madre no está aquí. Ella nunca se levantaba de la cama. La casa es pequeña y está todo en una sola planta, así que ha podido mirar por todas las ventanas. Tenemos tres dormitorios pequeños y una cocina-salón comedor en una sola estancia. Madre y su enorme cama ocupaban todo el espacio de pared a pared del dormitorio más grande.

Colgué la fotografía de Clement en la tienda y en la biblioteca, pero, claro está, era una fotografía de hace mucho tiempo. Se le ve con el habitual pelo rapado del ejército. Dibujé una versión con el pelo despeinado. Luego dibujé otra de él calvo con el pelo revuelto en las sienes (la calvicie es un rasgo de familia). Dibujé una barba diferente en cada una de ellas. Colgué ambas versiones.

Leo el de la tienda dijo:

—Quizás no quiera hablar contigo... ni con nadie.

Pero yo ya sé eso.

—Creo que ha venido a mirar por mi ventana.

—Bueno, ahí lo tienes. De haber querido, hubiera entrado.

—Tú fuiste a la guerra. ¿Cómo es que tú estás bien y la mayoría de los otros hombres se han convertido en salvajes?

—Tuve suerte. Nunca presencié el verdadero horror.

De hecho, puede que él no estuviera tan bien. La mayoría de nosotros nunca nos casamos. Nunca tuvimos la ocasión de hacerlo cuando todos los hombres se fueron. Él podía haberse casado con alguna de nosotras, pero no lo hizo. Vive en un destartalado cobertizo detrás de la tienda y huele mal, a pesar de que la acequia pasa justo al lado de su tienda. Y siempre está malhumorado. Hay que llegar a acostumbrarse a él.

—Si mi hermano pasa por aquí, dile que voy a salir a buscarlo a todos sus lugares favoritos.

—Aunque lo encuentres, no regresará.

—Pues entonces iré tras el loco que ha estado matando a esos hombres.

La verdad es que no sé qué hacer con mi vida. No sé cómo vivir ocupándome sólo

de mí. Puedo ir a cualquier sitio y hacer lo que me dé la gana. Debería encontrar al hombre que ha estado asesinando. No tengo nada mejor que hacer. ¿Quién mejor que yo para hacerlo?

Pero podría encontrar a ese hombre aquí mismo, escondiéndose en los límites del pueblo... o probablemente mirando por mi ventana. Quizás pueda atraparlo en mi casa. Debe de haber estado mirando dentro por algún motivo.

Hago las maletas y finjo que me marchó. Me quito de en medio del pueblo. Ésta es una tierra rocosa y agreste... y hay muchos lugares donde esconderse. Nadie sabrá que no me fui a ningún sitio. Mi mochila está casi vacía. Tengo pimienta. Es difícil conseguir pimienta en estos tiempos, así que he guardado la mía para un arma. Tengo un cuchillo pequeño en la bota y uno más grande en el cinturón. Ya no hay criaderos de peces en los ríos, pero aún quedan peces, aunque no tantos como antes. Me llevo hilo de pescar y anzuelos. Los usaré hoy. No me alejaré demasiado.

Pesco una trucha. Tengo que hacer un fuego con el método antiguo. Ya no hay cerillas. Siempre llevo encima un puñado de hebras de salvia seca que uso de yesca. Aso el pescado y me lo como. Cuando anochece y aparece la media luna, regreso con sigilo a nuestra casa, como si yo misma fuera uno de aquellos locos.

La puerta está abierta de par en par. La arena cubre todo el suelo. ¿Es que no podía siquiera cerrar la puerta? En los últimos tiempos estamos teniendo tormentas de arena y remolinos de polvo con más frecuencia que antes. ¿Es que no lo sabe quienquiera que sea? Y además ese fue otro de los motivos de que nos trasladáramos a un lugar más elevado, entre los árboles, donde no es tan desértico.

Lo huelo antes de verlo. Escondo el cuchillo en la manga para soltarlo en la mano.

Le puedo oír respirar. Suena a respiración asustada. Un hombre tan asustado será peligroso.

Está acurrucado en el dormitorio de Madre, entre la cama y la mesilla. Lo único que veo es su sombrero, echado hacia abajo de forma que su rostro está en sombra. Veo sus rodillas desnudas que asoman a través de unos pantalones rotos. Veo mejor sus pantalones que su rostro.

Inmediatamente pienso que mi hermano no estaría en el cuarto de Madre, estaría en su propio cuarto. Además, la habitación todavía huele a muerte y agonía.

—¿Clement? —le llamo, incluso sabiendo que no puede ser él—. Sal de ahí.

Gruñe.

—¿Estás enfermo?

Suena enfermo. Supongo que por eso está aquí. Ojalá hubiera encendido la lámpara primero. Contaba con el resplandor de la luna, pero no hay mucho brillo aquí dentro. Todavía podría ser mi hermano, bajo toda esa porquería y pelo enmarañado y barba, loco como todos los demás.

—Sal. Ven a la sala principal. Encenderé una lámpara. Te prepararé algo de comer.

—Luz no.

—¿Por que no? Estoy sólo yo. Y ya no hay más guerra. Lo más probable es que haya terminado.

—Juré luchar hasta morir.

(Supongo que mi hermano también lo hizo).

Toco con los dedos el cuchillo.

—Voy a encender la lámpara.

Le doy la espalda deliberadamente. Me dirijo a la sala principal, enciendo la lámpara con la bujía de chispas, manteniéndome de espaldas a la puerta del dormitorio. Le oigo entrar. Me giro y le echo un buen vistazo.

Sombrero remendado, cabello largo y desaliñado sobresaliendo por debajo. No sé si es moreno o sólo está curtido por el tiempo, quemado por el sol y sucio. Barba larga con canas. Ojos tan negros como siempre son los de los enemigos. Cejas tan espesas como las suyas. Tiene un diente frontal partido. Hoy en día eso no es poco habitual. Ya nadie los arregla. Tiene un tono verdoso bajo su bronceado y círculos oscuros alrededor de los ojos. Si piensa que no está enfermo es que no sabe mucho.

—Tú eres el enemigo. Y ya estás medio muerto.

Hay una silla junto a él, pero se escurre de lado hasta el suelo. Termina totalmente tumbado sobre nuestro gastado suelo de linóleo. Si piensa que todavía está luchando en la guerra, debería matarlo ahora que tengo la oportunidad. Está tan hecho polvo y huele tan mal que estoy a punto de matarlo sólo por esas razones. Después de que Madre muriera pensé que ya no tendría que lidiar con más porquería desagradable.

—Escóndeme. Sólo esta noche. Me iré por la mañana.

—¿Estás loco? —me arrodillo junto a él—. Tú eres el que está asesinando a gente. Debería matarte ahora mismo.

Él intenta levantarse apoyándose en la pared. No quiero tocarle, así que le agarro de la camisa por la pechera para ayudarle y la tela podrida se raja completamente.

—Hueles fatal. ¿Y por qué voy a creer que no quieres matarme? Has estado matando a los otros.

—No llevo arma.

—Desnúdate.

—¿Qué?

—Quítate esa ropa asquerosa. La quemaré. Te traeré una palangana para que te laves.

(Y de paso averiguo si lleva un arma).

No tiene fuerzas para desvestirse o lavarse. Detesto tocarlo, pero lo hago. Estoy acostumbrada. Madre estaba hecha un asco mientras agonizaba. (Al final esparcí pinocha por el suelo, pero no sirvió de mucho). Pensé que ya no tendría que volver a hacer ese tipo de cosas. Pensé que era libre. Pero, de acuerdo, una vez más. Lo lavo y lo visto con ropa vieja de mi hermano, y... luego ¿qué? Si lo mato, la ciudad lo agradecerá.

Al menos su cuerpo es totalmente distinto al de Madre, delgado y fuerte y peludo. Es un cambio agradable. Si no olierá tan mal lo disfrutaría. Bueno, de hecho, lo disfruto.

Él permanece medio dormido durante todo el proceso.

Quemo sus ropas en nuestra pequeña estufa. Después de lavarle, le doy caldo de tasajo con un huevo dentro, aunque no paro de pensar: ¿Para qué gastar un huevo con él? Se duerme nada más terminar el caldo. Se desliza por la pared hasta tumbarse totalmente otra vez con lo que parece más un desmayo que un placentero sueño.

Decido afeitarse y cortarle el pelo. No se dará cuenta. Si estuviera más consciente le preguntaría si quiere dejarse el bigote o una pequeña barbita, pero me alegro de que no lo esté. Me divierto probando distintos cortes de pelo, diferentes patillas, bigotes cada vez más pequeños hasta que ya no queda ninguno. El pelo también. Le corto más de lo que pretendía, pero ¿qué más da?, es un hombre muerto.

No logro que parezca atractivo con ninguno de los cortes de pelo y barbas que pruebo, aunque hay momentos en los que se le ve mejor... mejor que como lo dejé finalmente. Terminó afeitándose. Tampoco un buen trabajo. Le hago algunos cortes. Por donde le he afeitado la barba la piel se ve pálida. La frente, donde tenía puesto el sombrero, también está pálida. Sólo tiene una banda bronceada por el sol en el rostro, justo debajo de los ojos. Me gusta su virilidad, aunque sea feo. No me importa su diente roto. Todos estamos en el mismo barco en cuanto a cuestiones dentales.

Me quedo dormida en la mesa de la cocina, justo cuando estaba pensando distintas maneras de matarlo. También pensaba cuánto hemos cambiado todos... y que en los viejos tiempos jamás hubiera estado pensando cosas como esa.

Por la mañana parece que el hombre se encuentra un poco mejor... lo suficientemente bien para que le ayude a ir tambaleante primero al cobertizo exterior y luego al cuarto de mi hermano. Se toca todo el rato la cara y el cabello. Me paro frente al espejo del vestíbulo y le dejo que se eche un vistazo. Está impresionado. Tiene el aspecto de un gato mojado/pollo desplumado.

—Lo siento —le digo. Y *de verdad* lo siento... lo lamento por cualquiera que se deje cortar el pelo por mí. Pero debería alegrarse de que no le haya rebanado el pescuezo.

Se mira, pero luego dice «gracias». Lo dice tan sinceramente que me doy cuenta de que le he hecho el mejor disfraz de todos. Él dijo, «escóndeme», y eso hice. Nadie pensaría ahora que es uno de esos hombres salvajes.

Lo recuesto sobre los almohadones de la cama de mi hermano y le llevo leche y té. Parece estar tan bien que me pregunto... si no va a morir por sí mismo, tendré que pensar qué hacer con él.

—¿Cómo te llamas?

No responde. Podría decir cualquier cosa, yo le habría creído y habría tenido un

nombre con el que llamarle.

—Dime un nombre. No importa cuál.

Reflexiona unos segundos y luego dice:

—Jal.

—Mejor que sea Joe.

No me fío de él. Pero si tiene algo de sentido común debe de saber que soy la única persona que puede protegerle. Aunque nadie tiene mucho sentido común ya.

—Todo el mundo se cansó de la guerra hace mucho tiempo —dejo mi taza sobre la mesa con tanta fuerza que el té se derrama—, ¿no te has dado cuenta?

—Juré luchar hasta la muerte.

—Me apuesto lo que sea a que ni siquiera sabes ya cuáles son los bandos. Si es que alguna vez lo supiste.

—Vosotros sois los que calentasteis el planeta. No nosotros. Fuisteis vosotros y vuestra avaricia.

No me había sentido tan exasperada desde los tiempos en que mi hermano aún vivía aquí.

—El planeta se calentó principalmente por sí solo. Ya lo había hecho antes, ya lo sabes. Además, todo eso ha acabado. Al menos nuestra responsabilidad por ello. Matar a locos no va a servir de nada. ¡Tú mismo estás loco —no es lo mejor que se le puede decir a un loco, pero continuo de todas formas—. Todos vosotros, los ermitaños, estáis locos. Tan sólo causáis problemas.

Él está asimilándolo todo... Quizás lo esté haciendo. O quizás no tiene ni fuerzas para discutir.

—Voy a salir a cazar un conejo. Si tienes intención de seguir dando problemas, asegúrate de no estar aquí cuando vuelva.

Me voy. Se quedará totalmente solo con mi cuchillo de carnicero y mi pimienta. Y supongo que su ballesta no andará lejos. Bien podría darle la oportunidad de demostrarme qué es realmente.

Hago la ronda de mis trampas. Están abajo. Las he colocado alrededor de la antigua ciudad. Es una ciudad fantasma. Soy la única que baja allí de vez en cuando... normalmente, sólo cuando hace frío. Lo cual casi nunca ocurre. Hoy perfectamente podríamos estar a más de cuarenta y tres grados. Ahora nuestro valle en invierno es como Death Valley en verano.

Lo que atrapo allí son ratas. Las asamos y las llamamos conejos, aunque ya nadie se preocupa por cómo se les llame.

Encuentro dos negras grandes como gatos. Nos gustan más esas que las pequeñas y marrones, tienen mucha más carne. (Da la impresión de que las ratas cada vez son más grandes). Las trampas les han roto el cuello. No tengo que entretenerme matándolas. Ato las colas a mi cinturón, luego vago por la ciudad con la esperanza de

encontrar algo que se haya salvado de la rapiña. Encuentro una moneda de 25 centavos. La cojo aunque no vale nada. Quizás una paiute podría transformarla en una joya. Me aseguro de no regresar a casa hasta última hora de la tarde y hasta beber toda el agua que traje.

Antes de entrar inspecciono el cobertizo y la casa en busca de la ballesta y los dardos, y luego más allá, bajo los arbustos, pero no encuentro nada.

Él sigue allí. Dormido. Y no veo que lleve armas, pero compruebo los cuchillos de la cocina. El más grande, que es como un machete, ha desaparecido. Quizás esté fingiendo estar más enfermo de lo que realmente está.

Enemigo o no, me gusta tener un hombre en la casa. Le miro mientras duerme. Tiene unas pestañas tan largas. Me gusta el pelo en sus nudillos. Sólo mirándole las manos me hace pensar en los pocos hombres que hay en la zona. De hecho, sólo cuatro. Y sus antebrazos... Los nuestros nunca tienen ese aspecto, por mucho que usemos la sierra y el martillo. Incluso los de mi hermano jamás fueron así. Me gusta que necesite ya otro afeitado. Incluso me gustan sus espesas cejas.

Pero tengo que ir a limpiar las ratas.

Cuando comienzo a trastear en la sección de la cocina de la sala principal, él se levanta y se acerca tambaleante a la mesa. De camino, se para de nuevo ante el espejo del vestíbulo y se examina durante un largo rato, como si hubiera olvidado cómo era debajo de todo ese pelo. Luego se sienta y me observa mientras cocino las dos ratas con cebolletas y nabos. Espeso el guiso con harina de bellota que intercambié con los paiute.

El estofado tarda un tiempo en estar preparado. Hago té de india y me siento frente a él. Estar tan cerca de él y mirarle a los ojos me disgusta. Tengo que levantarme y darle la espalda. Finjo que el estofado necesita ser removido.

—¿Dónde está tu ballesta? —pregunto para ocultar mis sentimientos—. ¿Y dónde está mi cuchillo? No te daré de mi estofado hasta que me lo digas.

Sueno más enfadada de lo que pretendo.

—Debajo de la cama del dormitorio grande. Las dos cosas.

Voy a comprobar y allí están, además de varios virotes. Llevo la ballesta a la mesa. Es una hermosa obra de artesanía. Viejas chapas de metal y un viejo tornillo, reciclados de algún otro objeto, y ahora brillantes y engrasados. La madera de la ballesta, tallada como una obra de arte. Está en perfectas condiciones. La llevaré a la reunión municipal para demostrar que encontré al asesino y que me he deshecho de él. Pero ¿lo haré? Querrán ver su cuerpo.

—No atacaré a nadie. No ahora.

—Sí. Pero tu juramento sigue en pie.

—Puedo luchar en otro lugar.

—Oh, sí.

Después de comer dejo las sobras en un viejo bidón a prueba de osos, lo llevo a la acequia de riego y lo hundo en barro mojado para mantenerlo frío.

No sé si debería irme a la cama sin atrancar la puerta antes de alguna manera. Ojalá todavía tuviéramos a nuestro perro, pero Madre y yo nos lo comimos hace mucho tiempo. De todas formas, a estas alturas ya estaría muerto. Pero sería bonito tenerlo. Me sentiría mucho más segura. Era un buen perro, aunque estuviera ya viejo. Pensamos que sería mejor que nos lo comiéramos nosotras antes de que otro lo robara. Eso fue antes de que comenzáramos a comer ratas.

Aunque estoy cansada, tardo un rato en dormirme. No paro de decirme a mí misma: si va a colarse en mi habitación, será mejor que lo sepa por adelantado. Así que apoyo la silla contra la puerta de manera que caiga si la fuerzan. Al menos oiré cuando entre.

Sobre todo no puedo dormir porque, en contra de lo que me dicta el sentido común, estoy pensando en quedarme con el hombre. O intentarlo. Me gusta la idea de tenerle por aquí, aunque me asuste. Hago planes.

Es lógico que alguien que llegue a nuestro nuevo asentamiento se encuentre primero con mi casa. Quizás alguien de fuera con noticias del norte. Y es lógico que yo le lleve a una reunión municipal para anunciar las noticias a todos.

Pero ¿qué noticias? Por la mañana (la silla no ha caído), nos inventamos algunas. Carson City está tan vacía y plagada de ratas como nuestra propia ciudad. (Lo cual muy probablemente sea cierto). Recuerdo entonces un avión (creo que se llamaba el cóndor sutil) que volaba con una hélice propulsada a pedales y no necesitaba gasolina. No puede volar mucha distancia, o lo habríamos visto aquí abajo. Joe puede decir que él lo ha visto.

Joe propone: «¿Qué tal una epidemia de una nueva enfermedad transmitida por las pulgas y que aún no ha llegado aquí?» Y a continuación dice: «¿Qué tal que por allá arriba, en Reno, han encontrado un alijo de municiones y ahora pueden quitar el polvo a sus viejas pistolas y usarlas otra vez?»

Le propongo noticias sobre Clement que contar a la gente. Dire que esa es otra de las razones por las que Joe ha acudido a mí en primer lugar... para informarme sobre mi hermano. (Creo que invente esas noticias porque sé que mi hermano está muerto. Si no fuera así, no le habría mencionado nada sobre él. Seguiría pensando que sigue allá fuera en nuestras montañas como un loco más, pero me parece que jamás lo he creído realmente. Sólo era un deseo).

En una ocasión me coge la mano y la aprieta... me dice lo agradecido que está. Tengo que levantarme otra vez y le doy la espalda. Priego los platos, lentamente. Estoy tan turbada que apenas he podido sentir cómo es el tacto de su mano. Fuerte y cálido. Eso sí lo sé.

En esas reuniones suceden cosas muy agradables. Nos contamos los unos a los otros nuestras noticias. Tenemos todo tipo de comités de ayuda. En cierto sentido, nos cuidamos unos a otros más ahora que antes de la guerra. La gente solía traer a las reuniones sus ciervos y ovejas salvajes y compartían la carne con todos, pero cada vez hay menos caza y más leones de montaña. Se comen toda la caza, y la verdad es que no somos muy buenos matando leones. Me apuesto a que Joe sí lo sería con su ballesta.

Así que le llevo a la reunión. Lo presento. La gente se apiña a nuestro alrededor y hace preguntas sobre sus lugares favoritos, o lugares donde solían tener familiares. Es bueno inventándose cosas. Me hace preguntarme, ¿fue antes oficial? ¿Q estaba actuando?

Cada vez lo admiro más, y puedo ver que el resto de mujeres también. Podría elegir a cualquiera de nosotras. Me da miedo que se aleje de mí, y yo soy la única que sabe quién es realmente. La que se lo quede finalmente tendrá que andarse con ojo.

Además está bastante atractivo, a pesar del corte de pelo. La camisa azul de granjero de mi hermano le sienta bien a su piel morena. Es demasiado grande para él, pero eso es normal en estos tiempos.

Las mujeres han salido en busca de nidos de pájaro y han hecho una enorme cantidad de sopa de pajarito. Me alegro de que hayan preparado ésa en lugar de la otra.

Hay una mujer paiute que asiste a nuestras reuniones e informa de las mismas a la reserva. Es hermosa... más que hermosa, extraña y muy atractiva. Debería haberlo adivinado. Cuando la ve por primera vez queda totalmente claro... ambos se miran y luego, rápidamente, desvían sus miradas.

Más tarde él se sienta a beber té con varias mujeres, incluyendo a la paiute. Todas se apiñan a su alrededor, pero veo que él se abre sitio al lado de ella. Las mesas son pequeñas, pero ahora hay nueve sillas apretadas alrededor de donde él está sentado. No puedo ver lo que ocurre, pero veo que el hombro de ella toca el suyo. Y sus rostros están tan cerca que no entiendo cómo pueden mirarse.

Me escabullo y regreso corriendo a casa. Ojalá hubiera guardado su ropa apestosa y a jirones. Ojalá hubiera guardado el cabello sucio y enmarañado que le corté, pero también lo quemé. Sin embargo, encuentro el viejo sombrero. Eso sirve para que me crean. Les llevo la ballesta.

También ayuda que él intente escapar.

Han colgado a Joe en el depósito. Les pido que no me digan nada sobre ello. Prefiero no saberlo cuando decidamos utilizarlo.

18

NEAL BARRETT, JR.

El Circo Ambulante
de Ginny Caderasdulces

[Ginny Sweethips' Flying Circus]

Neal Barrett, Jr. es autor de más de cincuenta novelas, incluyendo la novelas post-apocalípticas *Through Darkest America*, *Dawn's Uncertain Light*, y *Prince of Christler-Coke*. Ha publicado docenas de relatos cortos, en *F&SF*, *Galaxy*, *Amazing Stories*, *Omni*, *Asimov's*, y un número de antologías. Su obra ha sido recopilada en *Slightly Off Centery Perpetuity Blues*.

Este relato, finalista tanto para los premios Hugo como para los Nebula, presenta a Ginny Caderasdulces y su espectáculo ambulante, que se gana la vida vendiendo sexo, tacos y drogas peligrosas. Sus compañeros son su conductor y el charlatán de feria Del, y Comadreja Oscura que vive sólo para los momentos en que puede escupir plomo a diestro y siniestro.

Así pues, y sin más demora, aquí la tienen, caballeros: Ginny Caderasdulces. ¿No les parece que es lo que cualquier hombre podría desear?

El Circo Ambulante de Ginny Caderasdulces

Del conducía y Ginny estaba sentada.

—Están tardando mucho —dijo Ginny—, que me muera ahora mismo si no están tardando mucho.

—Están inquietos —dijo Del—. Todo el mundo está inquieto. Todos intentan sobrevivir.

—¡Ajá! —Ginny mostró su indignación—. Pues yo tengo totalmente claro que no tengo ninguna intención de quedarme aquí sentada bajo el sol. Mi tarifa sube cada minuto que pasa. Espera y verás.

—No te vuelvas avariciosa —dijo Del.

Ginny retorció los dedos de los pies sobre el salpicadero. Se calentaba las piernas bajo el sol. El recinto cercado estaba a unos cien metros. El alambre de púas se retorció sobre el vallado. En el cartel sobre la entrada se leía:

Primera Iglesia de la Alta Refinería Sin Plomo god & Ace
BIENVENIDOS
PROHIBIDA LA ENTRADA

La refinería necesitaba una mano de pintura. Probablemente había sido plateada en otro tiempo, pero en esos momentos estaba tan gris como el peltre y el óxido negro. Ginny se asomó por la ventanilla y llamó a Comadreja Oscura.

—¿Qué está ocurriendo, amigo? ¿Esos cabrones se han muerto ahí dentro o qué?

—Están pensando —dijo Comadreja—. Se preparan para moverse. Están considerando qué hacer.

Comadreja Oscura estaba sentado en la parte superior de la furgoneta, en una silla de oficina giratoria atornillada al techo. Rodeando la silla había un soporte circular pivotante con dos magníficas recortadas del calibre cincuenta y doble cañón negras como el betún. Comadreja poseía una visibilidad completa a su alrededor. Para protegerle del sol había una sombrilla de Cinzano roja que ahora era rosa. Comadreja vigilaba el recinto y observó cómo el calor distorsionaba las líneas de los edificios. No le preocupaba ese efecto. Siempre sospechaba de cosas que no fueran totalmente obvias. Inquieto, imaginaba todo tipo de cosas. Se rascó la nariz y enroscó la cola alrededor de la pierna. La verja se abrió y comenzaron a salir hombres que atravesaron la maleza. Él los provocaba con sus miradas. Rogaba que hicieran algo estúpido y grandioso.

Comadreja contó treinta y siete hombres. Unos cuantos portaban armas en un costado, a la vista o a escondidas. Comadreja los vio a todos de un solo vistazo. No estaba demasiado preocupado. Parecían una pandilla fácil de manejar, con más ganas

de divertirse que de gresca. Sin embargo, siempre cabía la feliz posibilidad de que se estuviera equivocando.

Los hombres se apiñaron. Llevaban vaqueros con parches y camisas descoloridas. Comadreja los ponía nerviosos. Del contrarrestó ese malestar general; su apariencia les tranquilizó. Los hombres miraban a Del, se pegaban codazos unos a otros y sonreían. Del estaba escuálido y calvo, a excepción de unos mechones alrededor de las orejas. El polvoriento abrigo negro que llevaba era demasiado grande. Y su cuello se proyectaba de la camisa como un pollo de buitre reclamando carne. Los hombres se olvidaron de Comadreja y se agolparon alrededor de Del, curiosos por ver qué iba a hacer. Esperando a que Del les mostrara lo que habían venido a ver. La furgoneta estaba pintada de color verde tortuga. Unas letras en tipo Gold Barnum anunciaban el nombre de la propietaria y los vicios selectos que se ofrecían:

Circo Ambulante de Ginny Caderasdulces
***SEXO * TACOS * DROGAS PELIGROSAS ***

Del andaba atareado con esto y aquello. Desenganchó el remolque de la furgoneta y desplegó un manejable y diminuto escenario. No tardaba ni tres minutos en montarlo, pero en esta ocasión lo alargó hasta diez, y luego otros diez más. Los hombres comenzaron a silbar y aplaudir. Del pareció alarmarse. A ellos les divirtió su reacción. Se tropezó y se rieron.

—Eh, señor, ¿tiene ahí una chica o no? —gritó un hombre.

—Más le vale que haya alguien más aparte de usted —dijo otro.

—Caballeros —exclamó Del, levantando las manos para que se callaran—, Ginny Caderasdulces aparecerá pronto en el escenario, y ustedes se sentirán más que satisfechos por haber esperado. Cada uno de sus deseos se cumplirá, se lo prometo. Traigo belleza a estas tierras baldías, caballeros. Gocen de la manera que más les guste, no repriman su pasión. ¡Delitos sexuales que ni se imaginan!

—Corte el rollo, señor —gritó un hombre con ojos como huesos de melocotón a Del—. Muéstrenos la mercancía.

Otros se le unieron, comenzaron a dar patadas con los pies en el suelo y a silbar. Del sabía que se los había ganado. Enojo era lo que quería de ellos. Frustración y privación. Odio anhelando su dulce liberación. Del gesticuló para que parasen, pero ellos insistían. Colocó una mano en la portezuela de la furgoneta... e hizo que se callaran de inmediato.

Las puertas dobles se abrieron. Apareció un telón rojo, con estarcidos de corazones y querubines. Del alargó el brazo. Parecía buscar algo tras las cortinas, guiñando un ojo por la concentración. Parecía alarmado mientras manoteaba a ciegas

en busca de algo que no podía encontrar. Vacilante, recordó entonces cómo hacer el truco en cuestión. Y entonces, en una repentina explosión de movimiento, Ginny realizó un doble salto mortal hacia delante, y apareció en toda su gloria sobre el escenario.

Los hombres rompieron a gritar con salvaje desenfreno. Ginny los arrastró a una ovación. Estaba vestida para la ocasión. Minifalda blanca brillante, botas blancas con borlas. Suéter blanco con una enorme G roja bordada sobre el pecho.

—Ginny Caderasdulces, caballeros —anunció Del pomposamente—, ofreciéndoles su mejor interpretación de Barbara Jean, la Vecinita Animadora. Tan inocente como la nieve y, sin embargo, un poco traviesa y deseosa de aprender, si Biff el Quarterback se presta a enseñarle. ¿Qué me dicen de eso, señores?

Silbaron y chillaron y pegaron patadas en el suelo. Ginny desfilaba y se movía lanzando sus largas piernas y dejándoles boquiabiertos de placer. Treinta y siete pares de ojos le mostraban sus ansias. Los hombres adivinaban las partes escondidas de su cuerpo. Desempolvaban viejos escenarios de violencia y amor. Luego, Ginny se marchó tan rápido como había llegado. Los hombres amenazaban con invadir el escenario. Del sonrió sin preocupación alguna. El telón se abrió y Ginny regresó, el cabello rubio había sido reemplazado por un rojo picante, y se había cambiado el vestuario en un abrir y cerrar de ojos. Del presentó a la enfermera Nora, un ángel piadoso y dócil como un corderillo en las manos del paciente Pete. Un poco después, cabello negro como el pescuezo de un cuervo, y era la profesora Sally, fría como agua de manantial, hasta que Steve el mal estudiante desataba la furia que la reprimía.

Ginny volvió a desaparecer. El aplauso tronó por los llanos. Del los animó y luego extendió los brazos pidiendo silencio.

—¿Les he mentado, caballeros? ¿No es todo lo que un hombre pueda desear? ¿No es este el amor que han anhelado todas sus vidas? ¿Podrían querer un cuerpo más dulce, una piel más suave? ¿Unos dientes más blancos, unos ojos más brillantes?

—Sí, pero ¿es real? —gritó un hombre con el rostro desgajado y remendado como un calcetín—. Aquí somos gente religiosa. No follamos con máquinas.

Otros repitieron la pregunta con burdos gritos y puños en alto.

—Bueno, lo comprendo perfectamente, señor —dijo Del—. Yo mismo he tenido algunas muñecas androides. Un abrazo de plástico como mucho, en eso le doy toda la razón. No es algo para gente como usted, porque está claro que usted es un hombre que entiende de mujeres. No, señor, Ginny es tan real como la lluvia, y ella puede ser suya en el papel que elija. Siete minutos de éxtasis. Les parecerá como toda una vida, caballeros, se lo prometo. Sus mercancías les serán devueltas con sumo gusto si miento. ¡Y todo por sólo cuatro litros de gasolina!

Se escucharon entonces aullidos y gruñidos, tal como Del esperaba.

—¡Es un timo, eso es lo que es! ¡No hay ninguna mujer que lo valga!

—¡La gasolina vale más que el oro, y nos dejamos la piel para obtenerla!

Del se mantuvo firme. Les miró con gesto adusto y contrariado.

—Yo sería el último hombre vivo que intentase arrebatárles sus pertenencias —dijo Del—. No me corresponde a mí obligar a nadie a dejarse envolver en los brazos de la dulce satisfacción, a que repose su varonil cuerpo entre muslos dorados. No si piensa que esta encantadora chica no vale lo que cuesta, no señor. No hago negocios de esa manera, y nunca los he hecho.

Los hombres se acercaron. Del podía oler su descontento. Leyó fugaces pensamientos flotando sobre sus cabezas. Siempre llegaba ese momento en el que se les ocurría que, tal vez, pudieran obtener los placeres de Ginny de forma gratuita.

—Piénsenlo, amigos —dijo Del—. Un hombre debe hacer lo que debe hacer. Y mientras se deciden, eleven sus ojos a la parte superior de la furgoneta para disfrutar de un sorprendente espectáculo absolutamente gratuito, ¡la prueba más sorprendente de puntería que jamás hayan visto!

Antes de que todas las palabras salieran de la boca de Del, antes de que los hombres pudieran apenas comprenderlas, Ginny apareció de nuevo y lanzó una docena de platillos de cerámica al aire.

Comadreja Oscura se movió fugaz como un manchón borroso. Se giró 140 grados en su silla de oficinista atornillada y disparó las pistolas acertando en los blancos, reventando los platillos y convirtiéndolos en polvo. Un rugido atravesó las llanuras. La loza llovió sobre los hombres. Comadreja se incorporó y ofreció una rosada sonrisa de asesino y una leve reverencia. Los hombres contemplaron dos metros y diez centímetros de feliz furia marsupial y asombrosa rapidez, de ojos negros como el ágata y un hocico lleno de glaciales dientes de alimaña. Las dudas quedaron despejadas. Una locura del calibre 50 no era la respuesta. Estaba claro que la diversión ese día no iba a salir gratis.

—Caballeros, calienten motores —sonrió Del—. Estaré aquí mismo para aceptar su dinero. Disfruten de un taco picante mientras esperan su turno para la gloria. Echen un vistazo a nuestra gama de exquisitas maravillas farmacéuticas y drogas visionarias.

En cuestión de minutos los hombres se dirigieron al recinto. Poco después regresaron cargando latas abolladas llenas de gasolina. Del olió cada uno de los litros, en caso de que algún payaso pensase que podría colarse a cambio de agua. Cada hombre recibió un vale y se buscó un sitio. Del vendía tacos y drogas peligrosas y aceptaba cualquier cosa que le ofrecieran en el trueque. Velas y tarros de vidrio, un cuchillo oxidado. Medio manual de instrucciones para una revisión de mantenimiento completa del Chrysler Mark XX Urban Tank. Las drogas eran de distintos colores, pero siempre la misma: doce partes de orégano, tres partes de cagada de conejo, una parte de raíces de marihuana. Todo esto bajo el vigilante ojo de Comadreja.

—Dios mío —dijo el primer hombre que salió de la furgoneta—. Vale lo que cuesta, os lo aseguro. Que os haga de enfermera, ¡no os arrepentiréis!

—La profesora es la mejor —dijo el segundo hombre que entró—. Jamás vi nada igual. Me da lo mismo que sea real o no.

—¿De qué están hechos estos tacos? —preguntó un cliente a Del.

—De nadie que usted conozca, señor —respondió Del.

—Ha sido una larga jornada —dijo Ginny—. Estoy hecha polvo, esa es la verdad —arrugó la nariz—. En cuanto lleguemos a una ciudad, métele a la furgoneta un buen manguerazo, Del. Este sitio huele a alcantarilla, o peor.

Del achinó los ojos mientras miraba el cielo y aparcó bajo la escuálida sombra de los mezquites. Salió de la furgoneta y dio unas patadas a los neumáticos. Ginny bajó, anduvo un poco y se desperezó.

—Se hace tarde —dijo Del—. ¿Quieres seguir o paramos aquí?

—¿Piensas que esos chicos podrían venir a reclamarnos su gasolina?

—Eso espero —dijo Comadreja desde la parte superior de la furgoneta.

—Eres la leche —rió Ginny—, en serio. Qué demonios, continuemos. No me vendría mal un baño caliente y comida de ciudad. ¿Qué crees que hay más adelante en esta dirección?

—Malas Noticias del Este —dijo Del—, si es que este mapa sirve de algo. Ginny, conducir de noche no es conveniente. No sabemos qué vamos a encontrar por la carretera.

—Sé lo que tengo en el techo —dijo Ginny—. Hagámoslo. Me pica todo el cuerpo por las chinches y la basura, y esa bañera sigue resplandeciendo en mi cabeza. Si quieres que conduzca yo un poco, lo haré sin problemas.

—Entra —gruñó Del—. Tu forma de conducir da más miedo que cualquier otra cosa que haya conocido.

Llegó la mañana con sombras moradas y colores metálicos, cobre, plata y oro. Desde una distancia, Malas Noticias del Este le parecía a Ginny un vertedero de basura derramado sobre edificios. Más cerca, parecía un vertedero de basura más grande. Chabolas de chapas y tiendas de campaña y edificios caóticos recuperados a partir de lo que antes habían sido. Ardían fuegos para cocinar, y los lugareños vagaban de un lado a otro y bostezaban y se rascaban. En tres puestos se ofrecía comida. Otros lugares ofrecían cama y baño. Al menos, algo interesante. Localizó el cartel en el extremo opuesto de la ciudad.

REPARACIONES MORO

Armamento * Maquinaria * Mierdas Electrónicas de Todo Tipo

—¡Espera! —dijo Ginny—. Mete la furgoneta hasta dentro.

Del la miró alarmado.

—¿Para qué?

—No te pongas nervioso. Hay algunas piezas que tienen que ser reparadas en la

parte de atrás. Sólo quiero que le echen un vistazo.

—No me lo mencionaste antes —dijo Del.

Ginny advirtió los ojos tristes y párpados caídos y los exhaustos mechones de pelo que sobresalían en horizontal de las orejas de Del.

—Del, no había nada que mencionar —dijo con tono amable—. Nada de lo que tú pudieras encargarte, quiero decir, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas —dijo Del, claramente malhumorado.

Ginny suspiró y salió. El patio trasero de la tienda estaba cercado con alambre de púas. El jardín tenía medio metro de una maraña de cuerdas y cables de cobre, y piezas oxidadas no identificables. Un remolque aboyado estaba aparcado junto a la pared. El calor de la mañana ondulaba el tejado de chapa del edificio. Otras piezas se derramaban por la puerta hacia el exterior. Comadreja emitió un ruido extraño, y Ginny vio a Perro salir a la luz del día. Un Pastor, quizás un metro noventa. Miró a Comadreja Oscura con ojos amarillos. Un hombre apareció detrás de Perro, limpiándose grasa negra en los pantalones. Desnudo hasta la cintura, con una mata frondosa de pelo en punta como el relleno de una silla. Facciones duras como la piedra, ojos como pedernales para no desentonar. No era feo, pensó Ginny, si se le diera un buen baño.

—Bueno, veamos —dijo el hombre. Echó un vistazo a la furgoneta, leyó el letrero en un lateral, miró a Ginny de arriba abajo—. ¿En qué puedo ayudarla, joven dama?

—No soy realmente joven y tampoco creo que sea una dama —respondió Ginny—. Sea lo que sea que estás pensando, no sigas. ¿Estás aquí para hacer negocios o sólo para charlar?

El hombre sonrió.

—Me llamo Moro Gain. Nunca rechazo un negocio si puedo evitarlo.

—Necesito material eléctrico.

—Tenemos de eso. ¿Cuál es el problema?

—¿Eh?... uhm —Ginny sacudió la cabeza—. Primero, debo preguntarte algo. ¿Realizas encargos confidenciales o vas contando por ahí todo lo que sabes?

—Secreto es mi segundo nombre —dijo Moro—. Podría salirte un poco más caro, pero te lo garantizo.

—¿Cuánto?

Moro cerró un ojo.

—Bueno, ¿y cómo puedo saber eso? ¿Tiene ahí un arma nuclear, o es un reloj averiado? Mételo en el taller con la furgoneta y le echaremos un vistazo —señaló con un dedo grasiento a Comadreja Oscura—. Déjalo fuera.

—Ni hablar.

—No se admiten armas en la tienda. Es la norma.

—No lleva ninguna. Sólo las pistolas que ves —Ginny sonrió—. Puedes sacudirlo cabeza abajo si quieres. Aunque yo no lo haría, no señor.

—Impone bastante, sin duda.

—Exacto.

—Qué demonios —dijo Moro—. Mételo aquí dentro.

Perro abrió las puertas. Comadreja bajó y siguió con mirada melancólica el vehículo.

—Ve a buscarnos un lugar donde alojarnos —dijo Ginny a Del—. Limpio, a ser posible. Y toda el agua caliente de la ciudad. Jesús, Del, ¿todavía estás enfurruñado o qué pasa?

—No te preocupes por mí —dijo Del—. No te preocupes lo más mínimo.

—De acuerdo —Ginny saltó y se colocó tras el volante. Moro comenzó a pegar patadas a la persiana del taller. Finalmente se soltó y la abrió lo suficiente para que cupiese la furgoneta. El remolque de suministros rodó detrás. Moro levantó la lona y echó un vistazo a las treinta y siete latas de combustible sin plomo con gran interés.

—¿Es que consumís demasiado combustible o qué? —preguntó a Ginny.

Ginny no le respondió. Salió de la furgoneta. La luz se filtraba a través de vidrieras. Las estrechas ventanas le recordaron a una iglesia. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vio que eso es lo que era. Había bancos de iglesia en un lateral, apilados junto a piezas de automóvil. Un Oldsmobile de 1997 reposaba sobre cuatro gatos hidráulicos delante del altar.

—Bonito lugar has encontrado —observó ella.

—Trabajo bien aquí —le dijo Moro—. ¿Qué tipo de problema tenéis? ¿Algo que ver con conexiones eléctricas? Dijiste algo sobre material eléctrico.

—No me refería al motor. Aquí atrás —ella le condujo a la parte trasera y abrió las puertas.

—¡Por todos los santos! —exclamó Moro.

—Huele un poco mal ahora mismo. No podemos hacer nada hasta que la lavemos con una manguera —Ginny entró, miró hacia atrás y vio a Moro todavía en tierra—. ¿Subes o no?

—Sólo estaba pensando.

—¿Sobre qué? —ella le había visto mirarla mientras se movía, y en realidad no le habría hecho falta preguntárselo.

—Bueno, ya sabes... —Moro arrastró los pies—. ¿Y cómo piensas pagarme? Por lo que sea que tenga que reparar.

—Gasolina. Echa un vistazo. Dime cuántas latas. Yo te digo sí o no.

—También podríamos pensar en alguna otra cosa.

—Sí, podríamos, ¿eh?

—Claro —Moro la miró con una sonrisa estúpida—. ¿Por qué no?

Ginny no pestañeó.

—Señor, ¿qué tipo de chica se piensa que soy?

Moro parecía desconcertado y atento.

—Sé leer bastante bien, señorita, aunque no lo creas. Me imaginé que no eras ni

los tacos ni las drogas peligrosas.

—Pues imaginaste mal —dijo Ginny—. El sexo es sólo software para mí, y no lo olvides. No tengo todo el día para verte baboseando encima de material. O me muevo o me quedo quieta. Cuando me quedo quieta, me miras. Cuando me muevo, me miras aún más. No puedo culparte por ello, soy la cosa más bonita que hayas visto jamás. Tan sólo no dejes que eso interfiera en tu trabajo.

A Moro no se le ocurrió nada que decir. Inspiró aire con fuerza y subió a la furgoneta. Había una cama atornillada al suelo. Una colcha de algodón rojo, una almohada de raso desgastado en la que se leía «Durango, Colorado» con dibujos de ardillas y cascadas. Una mesa de tres lados, una lámpara con la pantalla en tonos rosa con flamencos en los laterales. Cortinas rojas en las paredes. Grabados de escenas de ballet y una Minnie Mouse desnuda.

—¿Algo más? —preguntó Moro.

—Aquí está el problema —dijo Ginny. Descorrió una cortina en la parte delantera de la furgoneta. Había un armario de contrachapado, construido con tornillos de latón. Ginny se sacó una llave de los vaqueros y lo abrió.

Moro lo inspeccionó durante un minuto, luego se rió en voz alta.

—¿Grabaciones sensoriales? Bueno, que me aspen —miró a Ginny con una mirada distinta, una mirada que Ginny alcanzó a ver—. No he visto material de este tipo en años. No sabía que todavía se usara.

—Tengo tres grabaciones —explicó Ginny—. Una morena, una pelirroja y una rubia. Encontré todo un alijo en Ardmore, Oklahoma. Tuve que rebuscar entre unas trescientas o cuatrocientas para encontrar a chicas que se parecieran a mí. Casi me vuelvo loca antes de acabar. De todas formas, lo logré. Y las corté en periodos de siete minutos para cada una de ellas.

Moro echó la vista atrás hacia la cama.

—¿Y cómo los duermes?

—Una diminuta aguja sale del colchón. Les pincha en el trasero rápido como un rayo. Y caen al momento. Es una dosis para siete minutos. Los cascos están en la mesilla de allí. Los coloco y los retiro muy rápidamente. Los cables van por debajo del suelo hasta el equipo que está aquí.

—Jesús —dijo Moro—. Si alguna vez te pillan, lo vas a tener crudo, señorita.

—Para eso tenemos a Comadreja —dijo Ginny—. Comadreja es muy bueno en lo que hace. Bueno, ¿a qué viene esa mirada?

—No estaba seguro en este mismo instante de si eres real o no. Ginny se rió en voz alta.

—¿Y qué piensas ahora?

—Pienso que probablemente lo seas.

—Correcto —dijo Ginny—. Del es el androide, no yo. Serie Wimp IX. No fabricaron muchos de ellos. Parece ser que no hubo mucha demanda. Los clientes se piensan que soy yo, y nunca se paran a mirarlo a él. Es muy buen charlatán de feria y

bastante bueno preparando tacos y drogas. Quizás un tanto sensible, en mi opinión. Bueno, nadie es perfecto, o eso dicen.

—¿Y el problema que tienes está en el equipo?

—Supongo —dijo Ginny—, no tengo ni puta idea —se mordió el labio y frunció el ceño. A Moro esos gestos le parecieron sumamente atractivos—. Creo que salta un poco. ¿Podría tratarse de un cortocircuito?

—Quizás —Moro toqueteó el equipo y comprobó una de las bobinas con el pulgar—. Tendré que abrirlo y comprobarlo.

—Todo tuyo. Estaré en el alojamiento que me haya buscado Del.

—Ruby John —dijo Moro—. Es el único lugar con un buen techo encima. Me gustaría invitarte a cenar.

—Y tanto que te gustaría.

—Menuda actitud de mierda, amiga.

—He tenido mucha práctica —dijo Ginny.

—Y yo tengo cierta cantidad de orgullo —le respondió Moro—. No tengo intención de pedírtelo más de tres o cuatro veces, y ni una más.

Ginny asintió, a punto de decir que sí.

—Prometes —dijo—. No mucho, quizás, pero prometes.

—¿Significa eso un sí a la cena o no?

—Significa que no. Significa que si quisiera salir a cenar con algún hombre, tú podrías servir.

Los ojos de Moro se encendieron.

—Váyase al infierno, señorita. No estoy tan necesitado de compañía.

—De acuerdo —Ginny husmeó el aire y se alejó—. Que tenga un buen día.

Moro la miró mientras se alejaba. Observó cómo se ajustaban los vaqueros a sus piernas, estudió la hidráulica de sus caderas. Imaginó varios actos sexuales improbables. Pensó en lavarse y ponerse ropa adecuada. Pensó en encontrar una botella y ver las grabaciones. Un abrazo de plástico como mucho, o eso había oído, pero con muchas menos complicaciones al final.

Comadreja Oscura vio que la furgoneta desaparecía en el interior del taller. Inmediatamente se sintió inquieto. Su lugar estaba en el techo de la furgoneta. Cuidando de Ginny. Dirigiendo feroces plegarias de muerte a ausentes dioses genéticos. Sus ojos no se habían despegado de Perro desde que apareció. Olores primigenios, viejos miedos e instintos, asaltaron sus sentidos. Perro echó el candado a la puerta y se giró. No se acercó, tan sólo se giró.

—Soy Perro Rápido —dijo cruzando unos brazos peludos—. No les tengo mucha simpatía a las Comadreas.

—Y yo no les tengo mucha simpatía a los Perros —dijo Comadreja Oscura. Perro pareció entenderle.

—¿A qué te dedicabas antes de la Guerra?

—Trabajaba en un parque temático. Nuestra Herencia Natural. Esa clase de mierda. ¿Y tú?

—En seguridad, ¿en qué otra cosa? —Perro hizo una mueca—. Aprendí un poco de electricidad. Aprendí bastante más con Moro Gain. No me puedo quejar —meneó la cabeza hacia el taller—. ¿Te gusta disparar a la gente con esa cosa?

—Siempre que tengo ocasión.

—¿Juegas a las cartas?

—Algunas veces —Comadreja Oscura le mostró los dientes—. Supongo que puedo ganar sin problemas a un Perro.

—¿Apostando cosas de verdad? —preguntó Perro devolviéndole la sonrisa.

—Nueva baraja, sin desprecintar, apuestas sobre la mesa —dijo Comadreja.

Moro se presentó en el Emporio de Catres de Ruby John hacia el mediodía. Ginny disponía de una cama semiprivada, cubierta con una colcha. Se había bañado, se había hecho trenzas y había recortado las perneras de sus vaqueros. A Moro le llegó al corazón.

—Estará listo mañana por la mañana —dijo Moro—. Te costará cuarenta litros de gasolina.

—Cuarenta litros —respondió Ginny—. Eso es un robo, y lo sabes.

—O lo tomas o lo dejas —dijo Moro—. Tienes estropeado un cabezal del equipo. Se saldrá totalmente si no lo reparas. Y no querrás que eso ocurra. A vuestros clientes no les gustaría en absoluto.

Ginny pareció conformarse, pero no del todo.

—Dieciséis litros. Máximo —regateó.

—Treinta y dos. Tengo que fabricar yo mismo las piezas.

—Veinte.

—Veinticuatro —ofreció Moro—. Veinticuatro y te invito a cenar.

—Veintidós, y quiero salir de esta sauna al amanecer. Quiero estar en la carretera y bien lejos cuando el sol comience a hornear tu encantadora ciudad.

—Maldita sea, me divertiría tanto tenerte por aquí.

Ginny sonrió. Dulce y cautivadora, un suceso inesperado.

—No estoy tan mal. Se me tiene que conocer.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—No puedes —dijo, mientras la sonrisa se tornaba sobria—. Y aún no he encontrado una solución para eso.

Parecía que arreciaba lluvia por el norte. El amanecer fue gris y sombrío. Amarillos y rojos turbios y nada espectaculares. Como colores atravesando una

ventana que nadie se hubiera ocupado de limpiar. Moro sacó la furgoneta. Dijo que le echaría un poco de lubricante y le pegaría un manguerazo por la parte trasera. Se sacaron veintidós litros del remolque. Ginny hizo que Del los contara mientras Moro le observaba.

—Soy honesto —dijo Moro—, no tiene por qué hacerlo.

—Lo sé —dijo Ginny, mirando con curiosidad a Perro, que parecía estar bastante extraño. No tenía pinta de estar muy animado. Malhumorado y sin apetito. Ginny siguió su mirada y fue a dar con Comadreja sobre la furgoneta. Comadreja le ofreció una húmeda sonrisa de comadreja.

—¿Y adónde os dirigís ahora? —preguntó Moro, deseando retenerla tanto tiempo como pudiera.

—Al sur —dijo Ginny, que miraba en esa dirección.

—Yo no iría en esa dirección —dijo Moro—. La gente de por allí no es que sea muy cordial.

—No tengo manías. Los negocios son los negocios.

—No, señor —dijo Moro sacudiendo la cabeza—. Ése es un mal negocio. Tenéis las Arcadas Secas al sur y al este. Después de eso Ciudad Maldita. Un poco más abajo están los Hackers. Podrías incluso acabar en Fuerte Pru, una pandilla de agentes de seguros disgustados allá en los llanos. Manteneos alejados de ellos. No vale la pena el poco negocio que podáis sacarles.

—Has sido de gran ayuda —dijo Ginny.

Moro le abrió la puerta.

—¿Alguna vez escuchas a alguien, señorita? Te estoy dando buenos consejos.

—Estupendo —respondió Ginny—, te estoy todo lo agradecida que puedo estarlo.

Moro la observó mientras se alejaba. Estaba consumido por su belleza. El día parecía concentrarse en sus ojos. Nada de lo que decía la complacía lo más mínimo. Y, sin embargo, su desdén resultaba bastante cordial. No podía ver en ella ni un ápice de malicia.

Había algo en el nombre de Ciudad Maldita que no le gustaba. Ginny indicó a Del que se dirigiera hacia el sur, y quizás al oeste. Alrededor de las doce del mediodía apareció una neblina amarilla sobre el escarpado borde del mundo, como si alguien estuviera enrollando una barata y sucia alfombra sobre los llanos.

—Una tormenta de arena —advirtió Comadreja desde el techo—. Directamente desde el oeste. No me gusta nada. Creo que lo mejor será que demos media vuelta. Tiene toda la pinta de causar problemas en breve.

No había nada que Comadreja dijera que Ginny no hubiera visto antes. Tenía el hábito de decir o muy poco o demasiado. Le ordenó que cubriera las pistolas y se metiera, porque la arena iba a despellejarle y no había nada ahí fuera que necesitase

matar y que no pudiese esperar. Comadreja Oscura se enfurruñó pero obedeció. Tumbado en la parte trasera de la furgoneta, formaba en el aire con sus manos culatas y gatillos. Practicaba la fuerza del impacto y el efecto del viento en su cabeza.

—Me apuesto lo que sea a que puedo atravesar esa tormenta —dijo Del—. Tengo el presentimiento de que puedo lograrlo.

—¿Atravesar hacia dónde? —preguntó Ginny—. No sabemos dónde estamos ni lo que nos espera más adelante.

—Eso es cierto —dijo Del—. Pues con más motivo entonces debemos llegar allí tan pronto como podamos.

Ginny salió de la furgoneta y echó un vistazo al mundo con desdén.

—Tengo arena entre los dientes y entre los dedos de los pies —se quejó—. Me apuesto lo que sea a que Moro Gain sabe perfectamente dónde hay mayor probabilidad de tormentas. Me apuesto lo que sea a que es eso lo que ha pasado, sin duda.

—Me pareció un tipo decente —dijo Del.

—A eso me refiero —dijo Ginny—. No te puedes fiar en absoluto de un tipo así.

En un principio la tormenta parecía que fuera a durar un par de días. Finalmente, Ginny calculó que sólo había durado una hora. El cielo estaba tan turbio como una sopa de repollo. La tierra se veía igual que siempre. No podía ver la diferencia entre la arena recientemente desaparecida y la nueva que llegaba. Del puso la furgoneta en marcha de nuevo. Ginny se acordó del baño del día anterior. Malas Noticias del Este tenía sus encantos.

Antes de que llegaran a la cima de la primera elevación, Comadreja Oscura comenzó a dar patadas en el techo.

—Vehículos a babor —gritó—. Sedanes y remolques. Camiones de plataforma y tráileres. Autobuses de todos los tipos.

—¿Qué hacen? —preguntó Del.

—Vienen directos hacia nosotros, transportan madera.

—¿Transportan qué? —Ginny hizo una mueca—. Maldita sea, Del, ¿quieres parar el coche? En serio, eres un demente al volante.

Del paró. Ginny trepó junto a Comadreja para observar. La caravana se mantenía en línea recta. Los coches y camiones no transportaban madera exactamente... pero algo transportaban. Cada uno llevaba una sección de un vallado. Maderos partidos unidos y acabados en punta por la parte superior. El coche guía viró y los otros le siguieron. El coche guía volvió a girar. En unos minutos formaron un cercado de madera en los llanos, cuadrado como si lo hubieran dibujado con una regla. Un cercado y una entrada. Sobre la entrada había un cartel de madera:

FUERTE PRU
Juegos de Azar y Entretenimiento

—No me gusta —dijo Comadreja Oscura.

—A ti no te gusta nada que esté todavía vivo —dijo Ginny.

—Tienen brazos cortos y parecen una pandilla bastante nerviosa.

—Sólo están cachondos, Comadreja. Es lo mismo que el nerviosismo, o bastante parecido.

Comadreja fingió entenderla.

—Parece que han acampado para pasar la noche —informó Ginny a Del—. Hagamos un poco de negocio, amigo. Los gastos generales siguen subiendo.

Cinco de ellos se aproximaron a la furgoneta. Se parecían mucho entre sí. Fibrosos, con la piel oscura por el sol. Iban desnudos de cintura para arriba, a excepción de unos cuellos de camisa y corbatas a rayas. Cada uno llevaba un maletín tan fino como dos rebanadas de pan sin mantequilla. Dos de ellos llevaban pistolas enganchadas en los cinturones. El líder llevaba una preciosa Remington del calibre 12 con cañón recortado. Colgaba de una correa de guitarra de camuflaje en la cintura. A Del no le gustó en absoluto. Tenía perfectos dientes blancos y estaba calvo. Sus ojos eran del color de una medusa derritiéndose en la playa. Estudió la leyenda en el lateral de la furgoneta y miró a Del.

—¿Tienes a una puta ahí dentro o no?

Del le miró a los ojos.

—Me desagrada ligeramente ese comentario. No es forma de hablar.

—Eh —el hombre guiñó un ojo a Del—. No hace falta que te pongas fino con nosotros. También somos gente del espectáculo.

—¿Es eso cierto?

—Ruedas de la fortuna y barajas limpias. Apuestas que sé que te gustarán. Soy actuario de seguros y jefe de toda esta tropa. Mi nombre es Fred. Ese animal de ahí arriba tiene una actitud de mierda, amigo. No veo ninguna razón para que nos meta el cañón de sus pistolas por la garganta. Somos gente de paz.

—No veo ninguna razón para que Comadreja esparza plomo y diarrea por todo el lugar —dijo Del—. A menos que se te ocurra a ti algo que a mí se me escape.

Fred sonrió ante el comentario de Del. El sol parecía una enorme bola de oro sobre su cabeza.

—Supongo que le echaremos un tiento a tu chica —le dijo a Del—. Por supuesto, tenemos que verla antes. ¿Qué podéis aceptar como pago?

—Mercancía de tanta calidad como la que os ofrecemos.

—Tengo justo lo que buscas —el actuario jefe volvió a guiñar. El gesto estaba comenzando a irritar a Del. Fred hizo una señal con la cabeza y un colega sacó hojas

de papel en blanco de su maletín.

—Esto es papel registro —explicó a Del, pasando los bordes de los folios con el pulgar—. Cincuenta por ciento de trama de lino, y lo vendemos por resmas. No encontraréis nada similar. Podéis imprimir en ellos o podéis intercambiarlo por otra mercancía. Los Escritores de la Séptima Guerra Mercenaria se pasaron la semana pasada. Toda una brigada montada a caballo. Nos dejaron casi sin existencias, pero aún nos quedan algunas resmas. También tenemos lápices. Mirado del número dos y tres, sin afilar, con gomas en un extremo. ¿Cuándo fue la última vez que visteis algo así? Este material es tan valioso como el oro. Tenemos grapadoras y blocs de papel tamaño oficio. Impresos de reclamación, impresos de invalidez, impresos de todo tipo. Gangas sobre ruedas, eso es lo que tenemos. Y vosotros tenéis gasolina bajo las lonas del remolque de Vuestra furgoneta. La puedo oler perfectamente desde aquí. Amigo, sin duda podemos hablar de negocios en estos términos. Tengo diecisiete esponjas de gasolina sobre ruedas y con el trasero oxidado que se están quedando secas.

Un cable del grosor de un pelo de mosquito se recalentó en la cabeza de Del. Pudo percibirlo en los ojos del vendedor de seguros. Ansia de gasolina, de eso se trataba, y supo entonces que esos hombres buscaban algo más que placeres carnales. Supo con terror androide que, en cuanto pudieran, intentarían jugársela.

—Bueno, vamos a ver, la gasolina no está en venta —dijo tan calmadamente como pudo—. Sexo, tacos y drogas peligrosas es lo que vendemos.

—No hay problema —dijo el actuuario—. No, señor, ningún problema. Sólo era una idea, sólo eso. Tú trae a tu chica aquí y yo traeré a mi cuadrilla. ¿Qué te parece media resma por hombre?

—Me parece todo lo justo que pueda ser —dijo Del, pensando que la mitad de eso ya hubiera estado bien, y sabiendo con total certeza en esos momentos que Fred tenía intención de recuperar cualquier cosa que tuviera que pagar.

—El tal Moro tenía razón —dijo Del—. Estos chicos de los seguros sólo traen problemas. Lo mejor que podemos hacer es levantar el campamento y dejarlo estar.

—¡Puff! —dijo Ginny—, es típico de los hombres. Llegan enrabetados como perros echando espuma por la boca y se marchan como gatitos lamiendo crema. Esa es la naturaleza del negocio de la fornicación. Espera y verás. Además, no creo que quieran propasarse teniendo a Comadreja Oscura por aquí cerca.

—No rezarías para que lloviera ni aunque estuvieras ardiendo —murmuró Del—. Bueno, no voy a descargar la gasolina del remolque. Te montaré el escenario sobre la lona. Puedes hacer tu número allí arriba.

—Como prefieras —dijo Ginny, besándole una mejilla de plástico y azuzándolo hacia la puerta—. Ahora, sal de aquí y déjame que me ponga preciosa.

Parecía ir todo bien. La animadora Barbara Jean despertó olvidados sueños

húmedos y les dejó las bocas tan secas como serpientes. Los enamoró con Sally la Profesora y Nora la Enfermera, secretas violaciones del alma. Quizás Ginny tuviera razón, concluyó Del. Ante las delicias femeninas, las percepciones negativas de un hombre se desvanecían. Cuando acababa, no deseaba romper nada durante una hora o quizás dos. No le apetecía matar durante medio día. Del sólo podía realizar suposiciones sobre esta magia y cómo funcionaba. Los datos eran una cosa, y los dulces encuentros otra.

Miró a Comadreja a los ojos y se sintió seguro. Cuarenta y ocho hombres esperaban su turno. Comadreja sabía cuáles eran los calibres de sus armas, la longitud de cada cuchillo. Sus cincuenta milímetros de doble cañón los bendecía a todos desde arriba.

Fred el actuario se arrimó y sonrió a Del.

—Sin duda deberíamos hablar sobre la gasolina. Eso es lo que deberíamos hacer.

—Mira —dijo Del—, la gasolina no está en venta, ya te lo dije. Ve y habla con los tipos de la refinería, como hemos hecho nosotros.

—Ya lo he intentado. No necesitan material de oficina.

—Ése no es mi problema —dijo Del.

—Quizás sí lo sea.

Del detectó el tono afilado.

—Si tienes algo que decir, dilo. —La mitad de vuestra gasolina. Pagamos a nuestra manera a la chica y no os causamos ningún problema.

—¿Te olvidas de él?

Fred observó detenidamente a Comadreja Oscura.

—Puedo permitirme las bajas más que tú. Escucha, sé lo que eres, amigo. Sé que no eres un hombre. Tuve a un androide contable exactamente como tú antes de la Guerra.

—Quizás podamos hablar —dijo Del, intentando decidir qué hacer.

—Caramba, eso es lo que quería oír.

El cuarto cliente de Ginny salió dando rumbos, con los ojos como platos y blanco como el papel.

—Maldita sea, probad a la Enfermera —berreó a los otros—. ¡Jamás disfruté tanto en toda mi vida!

—Siguiente —dijo Del, y comenzó a apilar papel registro—. Deseo es el nombre del juego, caballeros, ¿qué les había dicho?

—¿La chica también es de plástico? —preguntó Fred.

—Tan real como tú —dijo Del—. Si hacemos un trato, ¿cómo sé que mantendrás tu palabra?

—Jesús —dijo Fred—, ¿quién te crees que soy? ¡Tienes mi juramento de agente de seguros de vida!

El siguiente cliente salió disparado de detrás del telón, se tropezó y cayó de bruces. Se levantó y sacudió la cabeza. Parecía perjudicado, y sangraba alrededor de

los ojos.

—Es un tigre —anunció Del, preguntándose qué demonios estaba pasando—. Discúlpame un minuto —le dijo a Fred, y se escabulló al interior de la furgoneta—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó a Ginny—. Esos chicos salieron de aquí como si se hubieran caído dentro de una trilladora.

—Ni puta idea —dijo Ginny, a medio camino entre Nora y Barbara Jean—. El último tipo comenzó a sacudirse de un lado a otro como una serpiente con epilepsia. Comenzó a tirarse de los pelos. Hay algo que no funciona bien, Del. Tienen que ser las grabaciones. Supongo que el tal Moro es un fraude.

—Tenemos problemas dentro y fuera —le dijo Del—. El jefe de toda esta pandilla quiere nuestra gasolina.

—Bueno, no puede ser de ninguna manera, por Dios.

—Ginny, al hombre se le van a saltar los ojos de las órbitas. Dice que está dispuesto a enfrentarse a Comadreja. Será mejor que nos piremos mientras podamos.

—¿Eh?... umm —Ginny sacudió la cabeza—. Eso, sin duda, los cabreará. Dame un minuto o dos. Hemos hecho unas cuantas Noras y una Sally. Cambiaré todos a Barbara Jean y veremos.

Del volvió a salir. Le pareció una respuesta cuanto menos dudosa.

—Menuda mujer —dijo Fred.

—Hoy está distinta. Tus chicos aseguradores la han puesto a cien.

Fred sonrió al escuchar el comentario.

—Supongo que será mejor que la pruebe, entonces.

—Yo no lo haría —replicó Del.

—¿Por qué no?

—Deja que se calme un poco. Podría ser demasiado para ti.

Supo inmediatamente que no debía haber hecho ese comentario. Fred se puso del color de una tarta de Ketchup.

—¡Pero qué te crees, pedazo de mierda de plástico! Ninguna mujer nacida o ensamblada de un kit de plástico es demasiado para mí.

—Como prefieras —dijo Del, presintiendo que el día se les iba por el desagüe—. Paga la casa.

—Y tanto que lo paga —Fred empujó a un lado al siguiente de la cola—. Prepárate, jovencita, ¡voy a colmar todas tus necesidades de pólizas!

Los hombres le vitorearon. Comadreja Oscura, que captó al menos tres quintas partes del problema que se estaba liando abajo, lanzó a Del una mirada interrogadora.

—¿Tiene uno de esos tacos? —preguntó alguien.

—Parece ser que no —dijo Del.

Del consideró la idea de desenchufarse. El suicido androide parecía la respuesta. Pero en menos de tres minutos se escucharon unos aullidos salvajes que procedían de la furgoneta. Los aullidos se transformaron en alaridos. Los agentes de seguros de vida se pusieron rígidos. Entonces, Fred emergió, destrozado. Parecía como si le

hubiera pegado una patada en el trasero a un oso con almorranas. Sus extremidades parecían torcerse hacia el sentido contrario. Miró a Del con los ojos fuera de las órbitas, aturdido y descoordinado. Y entonces todo ocurrió en unos segundos tan finos como el alambre.

Del vio que Fred lo localizaba, vio que sus ojos de petróleo vertido lo miraban directamente. Vio los cañones recortados cubriendo sus ojos tan rápido que incluso sus pies eléctricos no pudieron apartarlo a tiempo. El brazo de Del explotó. Lo dejó allí y corrió hacia la furgoneta. Comadreja no podía ser de mucha ayuda. El actuario estaba justo debajo de él y demasiado cerca. Sus escopetas de calibre cincuenta de doble cañón abrieron fuego. Los agentes de seguros huyeron. Comadreja cosió la arena y los hizo saltar por los aires agujereados y muertos.

Del llegó al asiento del conductor mientras el plomo salpicaba la furgoneta. Se sentía un tanto estúpido; allí sentado, con un brazo y una mano en el volante.

—Muévete de ahí —dijo Ginny—, no creo que puedas conducir.

—Supongo que no.

Una vez al volante, Ginny los lanzó por la maleza dando bandazos.

—Jamás había visto algo así en mi vida —dijo en voz alta—. Enchufé a ese pobre tío y comenzó a retorcerse como una culebra mientras se le rompían los huesos como palillos. El orgasmo más cabrón que jamás haya visto.

—Algo no funciona correctamente.

—Bueno, eso está claro, Del. Jesús, ¿qué es eso? —Ginny giró el volante cuando una enorme porción del desierto se elevó en el aire. Arena humeante llovió sobre la furgoneta.

—Cohetes —dijo Del con tono grave—. Ésa es la razón de que no le tuvieran miedo a la Comadreja de dedos locos. ¡Mira hacia dónde vas, chica!

Dos feroces pilares de arena explotaron delante de ellos. Del se asomó por la ventana y miró hacia atrás. La mitad del cercado de Fuerte Pru los perseguía. Comadreja escupía plomo a todo lo que veía, pero no podía localizar de dónde procedían los cohetes. Los vehículos de asalto de los agentes de seguros se dividieron y se aproximaron a ellos por ambos flancos.

—Están intentando rodearnos —dijo Del. Un cohete explotó a su derecha—. Ginny, no estoy realmente seguro de lo que debo hacer.

—¿Cómo va el muñón?

—Noto un leve zumbido eléctrico. Como un timbre de puerta a ochocientos metros de distancia. Ginny, nos van a encerrar en un círculo, estamos bien jodidos.

—Si alcanzan con un cohete toda esa gasolina, no tendremos que preocuparnos de nada más. Oh, Señor, bueno, ¿por qué tenía que ocurrírseme eso?

Comadreja alcanzó de lleno a uno de los tráileres. Se detuvo y murió, derrumbándose hacia un lado como un bicho. Del pudo ver que ser un camión y una pared al mismo tiempo tenía sus inconvenientes, por ejemplo, la falta de equilibrio.

—Dirígete directamente hacia ellos —le dijo a Ginny—, luego vira bruscamente.

Ellos no pueden girar rápido a toda velocidad.

—¡Del!

Las balas rebotaban en la furgoneta. Se oyó un golpe de algo pesado. La furgoneta patinó dando bandazos hasta detenerse del todo.

Ginny levantó las manos del volante y le miró consternada.

—Parece ser que han alcanzado los neumáticos. Del, estamos muertos, ésa es la verdad. Salgamos de este cacharro.

¿Y hacer qué?, se preguntó Del. Comenzó a desorientarse y sintió que estaba a punto de sufrir una avería.

Los vehículos de Fuerte Pru frenaron con chirridos. Agentes de seguros de vida enloquecidos salieron en tropel y se aproximaron atravesando los llanos, disparando armas pequeñas y lanzando piedras. Un cohete explotó cerca.

Las armas de Comadreja de repente se detuvieron. Ginny hizo una mueca de disgusto.

—No me digas que nos hemos quedado sin munición, Comadreja Oscura. Con lo difícil que es de conseguir.

Comadreja comenzó a hablar. Del sacudió en el aire su único brazo, señalando hacia el norte.

—¡Eh, rápido, mirad eso!

De repente, se hizo el caos en las filas de los agentes de seguros. Un remolque que les sonaba vagamente había aparecido en el horizonte. El conductor esquivaba el tráfico lanzando granadas. Estas explotaban en racimos, brillantes ramilletes rosas. Localizó al hombre con el lanzacohetes, tumbado totalmente sobre un autobús. Las granadas lo dejaron fiambre. Los agentes abandonaron el campo de batalla y corrieron. Ginny vio entonces una escena de lo más peculiar. Seis Harley negras se habían unido al remolque. Perros Chow con Uzis serpentearon por entre las filas de agentes, mientras los motores gruñían y escupían colas de caballo de arena hacia el cielo. No mostraron ninguna compasión y remataron a los escapados mientras corrían. Unos cuantos agentes lograron parapetarse. En unos segundos, todo había acabado. Fuerte Pru huyó en diagonal y en total confusión.

—Bueno, si eso no es llegar por los pelos... —dijo Del.

—Odio a los Perros Chow —dijo Comadreja—. Tienen lenguas negras, y eso es un hecho comprobado.

—Espero que estéis bien —dijo Moro—. Vaya, amigo, parece que acabas de echarle una mano a alguien.

—Nada realmente grave —dijo Del.

—Te estoy muy agradecida —dijo Ginny—. Supongo que debo decírtelo.

Moro quedó impactado por su penetrante encanto, sus ingratas maneras. El atractivo manchón de grasa en su rodilla. Pensó entonces que era toda una monada.

—Sentí que debía hacerlo —respondió finalmente Moro—. Teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Y cuáles son esas circunstancias? —preguntó Ginny.

—Ese Perro Pastor apestoso es de alguna forma responsable de cualquier inconveniente que hayáis podido tener. Se cabreó cuando Comadreja lo dejó limpio. Póquer a cinco cartas, creo que fue. Por supuesto, quizás hubo algunas cartas marcadas y onduladas, pero no podría asegurarlo.

Ginny se apartó el flequillo de los ojos con un soplido.

—Señor, hasta el momento no parece que tenga mucho sentido lo que dice.

—Estoy realmente avergonzado por todo esto. Ese Perro se volvió loco y jodió todo el equipo.

—¿Dejaste que un Perro reparase mi equipo? —preguntó Ginny.

—Es un técnico perfectamente cualificado. Yo le he enseñado casi todo. Es un buen tipo si no se le cabrea. Esos Pastores son de pura raza, o eso he oído. Lo que hizo fue programar las grabaciones en bucle y aumentar la velocidad. El cliente obtiene así, digamos, veintiséis veces más de lo que ha pagado. Equivale a un mach de siete folladas. Podría causar graves daños.

—Señor, debería dispararle en un pie —exclamó Ginny.

—Mira —dijo Moro—, yo doy la cara por mi trabajo, y llegué aquí tan rápido como pude. Me traje a algunos amigos para que ayudaran, y voy a tener que comerme ese gasto extra.

—Y tanto que sí —dijo Ginny.

Los Perros Chow habían aparcado sus Harley un poco alejadas y miraban con hostilidad a Comadreja. Comadreja Oscura les devolvió la mirada de hostilidad. En secreto admiraba sus trajes de cuero, los logos de Purina bordados en las espaldas.

—Y le añadiré otro gasto más —dijo Ginny—. Espero una reparación completa.

—La tendrás. Por supuesto, deberás quedarte en Malas Noticias. Podría llevar un poco de tiempo.

Ella sorprendió su mirada y no le quedó más remedio que reír.

—Menudo cabezota hijo de puta estás hecho. Lo reconozco. ¿Y qué harás con ese Perro?

—Si necesitáis carne para los tacos, podemos llegar a un acuerdo.

—Puaj. Mejor paso.

Del comenzó a mover el brazo frenéticamente dibujando con él cuadrados trapezoidales. Comenzaron a salir volutas de humo del muñón.

—Por todos los santos, Comadreja, Siéntate encima de él o algo —dijo Ginny.

—Yo puedo arreglarlo —le dijo Moro.

—Me parece a mí que tú ya has arreglado bastante.

—Nos llevaremos bien. Espera y verás.

—¿Eso piensas? —Ginny lo miró con preocupación—. Será mejor que no me acostumbre a tenerte cerca.

—Podría ocurrir.

—E igual de fácilmente, podría no ocurrir.

—Me ocuparé de cambiar ese neumático —dijo Moro—. Deberíamos proteger del sol a Del. Piensa en algún vestido bonito para llevar durante la cena. En Malas Noticias del Este son un poco quisquillosos. Tenemos mucho orgullo por estos lares...

19

DALE BAILEY

El Fin del Mundo tal como lo conocemos

[The End of the World as We Know It]

Dale Bailey es autor de tres novelas, *The Fallen*, *House of Bones* y *Sleeping Policemen* (con Jack Slay, Jr.). Ha publicado más de veinte obras de ficción cortas, principalmente en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, y una selección de estas ha sido recogida en *The Resurrection Man's Legacy and Other Stories*.

Este relato, que quedó finalista en el premio Nebula, surgió del intento de Bailey de entender nuestra fascinación morbosa por el género de relatos del fin del mundo y la idea de nuestra propia extinción. «El Fin del Mundo tal como lo conocemos» trata de los intentos de un superviviente del Apocalipsis por lidiar con la dimensión emocional de su pérdida. Pero más que eso, es una historia del fin del mundo que nos ilustra cómo funcionan realmente las historias del fin del mundo.

Algo que Bailey comprendió mientras escribía la historia es que el mundo se acaba para alguna persona cada minuto de cada día. El propio autor dice: «No necesitamos la destrucción de ciudades completas para saber lo que significa sobrevivir a una catástrofe. Cada vez que perdemos a alguien que amamos profundamente, experimentamos el fin del mundo tal como lo conocemos. La idea central de la historia no es simplemente que el Apocalipsis se acerca, sino que se acerca a ti. Y no hay nada que puedas hacer para evitarlo».

El Fin del Mundo tal como lo conocemos

Entre 1347 y 1450 d. C. la peste bubónica asoló Europa matando a unos 75 millones de personas. La peste, apodada la Muerte Negra debido a las pústulas oscuras que brotaban en la piel de los afectados, era causada por una bacteria que ahora se conoce como *Yersinia pestis*. Los europeos de aquella época, al carecer de microscopios o de conocimientos sobre los vectores de la enfermedad, atribuyeron su desgracia a un Dios enojado. Deambulaban flageladores por todos los lugares esperando así apaciguar Su ira. «Morían a cientos, tanto de día como de noche —nos cuenta Agnolo di Tura—. Yo mismo enterré a mis cinco hijos con mis propias manos... morían tantos que todos pensaron que era el fin del mundo».

Hoy, la población de Europa es de unos 729 millones de personas.

A Wyndham le gusta sentarse por las tardes a beber en el porche. Le gusta la ginebra, pero le da a todo. No tiene manías. Últimamente ha estado observando el cielo mientras cae la noche (*observándolo* realmente, quiero decir, no simplemente sentado allí) y hasta el momento ha llegado a la conclusión de que la frase hecha es incorrecta. La noche no cae. El proceso es mucho más complejo.

Y no es que esté totalmente seguro de la exactitud de sus observaciones.

Es pleno verano en ese momento y Wyndham con frecuencia comienza a beber a las dos o las tres, de manera que cuando el sol se pone, sobre las nueve, normalmente ya está bastante borracho. Sin embargo, tiene la impresión de que, en todo caso, la noche se levanta, concentrándose primero en negros manchones bajo los árboles, como si manara de pantanos subterráneos, para luego extenderse hacia los lindes del jardín mientras arriba en el cielo todavía hay luz. Es sólo al final cuando algo cae... la negrura del espacio profundo, supone, se despliega desde lo alto sobre la Tierra. Los dos planos de oscuridad se encuentran en algún punto medio, y eso es la noche para ustedes.

En todo caso, ésa es su teoría actual.

En sentido estricto, no es su porche, por cierto, ni tampoco es su ginebra... aunque, al menos por lo que ha podido averiguar Wyndham, ahora todo le pertenece.

Las historias sobre el fin del mundo normalmente se presentan en dos modalidades.

En la primera, el mundo acaba por un desastre natural, ya sea un suceso sin precedentes o a una escala sin precedentes. Las inundaciones van a la cabeza frente a otros contendientes (el propio Dios, nos cuentan, es muy aficionado a ellas), aunque las pestes tienen sus propios defensores. Una nueva edad del hielo también es

bastante popular. Ídem las sequías.

En la segunda modalidad, los irresponsables seres humanos se condenan a sí mismos. Científicos locos y burócratas corruptos, normalmente. Un intercambio de Misiles Balísticos Intercontinentales es el método más habitual, aunque ese escenario ya resulta caduco en el actual entorno geopolítico.

Y ahora, mezclen y combinen ambas modalidades con total libertad:

¿A alguien le apetece un virus de la gripe genéticamente modificado?
¿Derretimiento del casco polar?

El día que el mundo acabó, Wyndham ni siquiera se dio cuenta de que *era* el fin del mundo... o, al menos, no en ese mismo instante. Para él, en ese punto de su vida, casi *todos* los días le parecían el fin del mundo. Tampoco era consecuencia de un desajuste químico. Era consecuencia de trabajar para UPS, donde, el día que el mundo acabó, Wyndham llevaba trabajando dieciséis años, primero como cargador, luego en el almacén clasificando la mercancía y, finalmente, en el codiciado cargo de conductor, con el uniforme marrón y todo. Para entonces la empresa había salido a bolsa y él tenía algunas acciones. El salario era bueno... muy bueno, de hecho. Y no sólo eso, además le gustaba su trabajo.

Sin embargo, el comienzo de cada maldito día siempre parecía un cataclismo en un principio. Intenten ustedes levantarse a las 4:00 a.m. cada mañana y a ver cómo se sienten.

Esta era su rutina:

A las 4:00 a.m. sonaba la alarma... una alarma anticuada a la que daba cuerda todas las noches (no podía tolerar la radio sin haber bebido antes un café). Siempre la apagaba de inmediato, para no despertar a su esposa. Se duchaba en el cuarto de baño de invitados (también para no despertar a su esposa, su nombre era Ann), llenaba los termos de café y comía algo que probablemente no debiera, un bagel, un hojaldre relleno, de pie junto al fregadero. Para entonces, ya eran las 4:20, o 4:25 si iba con retraso.

Entonces hacía algo paradójico: regresaba al dormitorio y despertaba a la esposa, a quien había estado intentando no despertar los veinte minutos previos.

—Que tengas un buen día —decía siempre Wyndham.

Su esposa también hacía siempre lo mismo. Hundía el rostro en la almohada y sonreía.

—Hmm —respondía, y era normalmente un tipo de «hmm» tan agradable, amoroso, mañanero y reconfortante que casi hacía que valiese la pena levantarse a las malditas 4 de la mañana.

Wyndham se enteró del ataque al World Trade Center (no fue el fin del mundo,

aunque a Wyndham sin duda se lo pareció) por uno de sus clientes.

El cliente en cuestión (su nombre era Monica) era uno de los habituales de Wyndham: esta mujer era el terror del Canal de la Tienda en Casa. Además, estaba gorda. El tipo de mujer de la que la gente diría «Tiene una personalidad atractiva» o «Tiene una cara muy bonita». Tenía realmente una personalidad atractiva... o al menos eso pensaba Wyndham. Así que se preocupó cuando le abrió las puertas con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurre? —dijo.

Monica sacudió la cabeza, sin poder articular palabra. Le hizo una señal para que entrara. Wyndham, incumpliendo alrededor de cincuenta normas de UPS, la siguió. La casa olía a salchicha y a ambientador floral. Había cachivaches del Canal de la Tienda en Casa por todos lados. Y quiero decir *por todos lados*.

Wyndham apenas se dio cuenta.

Tenía la mirada lija en la televisión. En la pantalla había un avión de pasajeros chocando contra el World Trade Center. Se quedó allí de pie y lo observó desde tres o cuatro ángulos distintos antes de advertir el logotipo del Canal de la Tienda en Casa en la esquina inferior derecha de la pantalla.

Y ése fue el momento en que llegó a la conclusión de que debía ser el fin del mundo. No podía imaginar que el Canal de la Tienda en Casa reemplazara su programación habitual por cualquier otra cosa de menor importancia.

Nos dicen que los extremistas musulmanes que estrellaron los aviones de pasajeros contra el World Trade Center, el Pentágono y un campo de suelo durísimo en Pensilvania, por lo demás común y anodino, estaban totalmente seguros de su instantánea entrada al paraíso.

Había diecinueve de ellos.

Y todos tenían nombre.

La esposa de Wyndham era aficionada a la lectura. Le gustaba leer en la cama. Antes de dormir marcaba el punto de lectura con un marcador que Wyndham le había regalado un año por su cumpleaños: era un marcador de cartón con una cinta de hilo en la parte superior y el dibujo de un arco iris arqueado sobre montañas coronadas por nieve. *Sonríe*, decía el marcador. *Dios te ama*.

Wyndham no leía mucho, pero si hubiera cogido el libro de su esposa el día que el mundo acabó, las primeras páginas le habrían parecido realmente interesantes. En el primer capítulo Dios rapta y eleva a los Cielos a todos los cristianos verdaderos. Esto incluye a los verdaderos cristianos que conducen coches y trenes y aviones que colisionan y provocan innumerables muertes, así como importantes daños materiales. Si Wyndham *hubiera* leído el libro, habría recordado una pegatina en el parachoques

que en ocasiones veía desde lo alto en su camioneta de UPS. *Precaución* —rezaba la pegatina—. *En caso de Arrebatamiento, este coche quedará sin conductor*^[40]. Cada vez que veía esa pegatina, Wyndham imaginaba coches chocando, aviones cayendo del cielo, pacientes abandonados en las salas de operaciones... de hecho, un escenario bastante parecido al descrito en el libro de su esposa.

Wyndham iba a misa todos los domingos, pero no podía evitar preguntarse qué ocurriría con los incalculables millones de personas que *no eran* verdaderos cristianos... ya fuera por elección o por la casualidad geográfica de haber nacido en algún lugar como Indonesia. ¿Qué ocurriría si fueran ellos quienes cruzaban la calle colocándose delante de uno de esos coches asesinos, se preguntó, o quienes paseaban en campos irrigados en los que esos aviones pronto impactarían?

Pero como iba diciendo:

El día que acabó el mundo Wyndham no entendió inmediatamente qué había ocurrido. La alarma de su reloj sonó como siempre sonaba y realizó todas sus rutinas diarias. Ducha en el baño de invitados, café en los termos, desayuno junto al fregadero (un donut de chocolate en esta ocasión, un poco rancio). Luego regresó al dormitorio para despedirse de su esposa.

—Que tengas un buen día —dijo, como siempre decía e inclinándose hacia delante la sacudió un poco: no lo suficiente para despertarla del todo, sólo para que se removiera un poco. Tras dieciséis años realizando este ritual, a excepción de las vacaciones federales y las dos semanas de vacaciones pagadas en verano, Wyndham se había convertido en todo un experto. Era capaz de hacerla removerse sin despertarla del todo casi siempre.

Así que huelga decir que se sorprendió cuando su esposa no hundió el rostro en la almohada ni sonrió. De hecho, se quedó impactado. Y además había una circunstancia adicional: ella tampoco había dicho «hmm». Ni el habitual y exuberante «hmm» de cálida cama matinal, ni tampoco el menos frecuente pero también familiar y nasal «hmm» de tengo-un-resfriado-y-me-duele-la-cabeza.

Ningún «hmm» en absoluto.

El aire acondicionado se paró. Por primera vez Wyndham percibió un extraño olor... un leve hedor orgánico, como de leche derramada, o pies sucios.

De pie en la oscuridad, Wyndham comenzó a experimentar una sensación muy angustiada. Era un tipo de mala sensación distinto al que había experimentado en el salón de Monica mientras miraba aviones lanzándose una y otra vez contra el World Trade Center. Esa había sido una sensación acusada pero en su mayor parte impersonal... y digo «en su mayor parte impersonal» porque Wyndham tenía un primo tercero que trabajaba en Cantor Fitzgerald (el nombre del primo era Cristo; Wyndham tenía que buscarlo cada año en su agenda cuando enviaba tarjetas de celebración del nacimiento de su redentor personal). La mala sensación que comenzó

a experimentar cuando su esposa no dijo «hmm», por otro lado, era acusada y personal.

Preocupado, Wyndham alargó la mano y tocó el rostro de su esposa. Era como tocar a una mujer hecha de cera, sin vida y fría, y fue en ese momento (ese momento, precisamente) cuando Wyndham se dio cuenta de que el mundo se había acabado.

Todo después de eso sólo fueron minucias.

Aparte del científico loco y los burócratas corruptos, los personajes en los relatos del fin del mundo normalmente corresponden a uno de estos tres tipos.

El primero es el del tosco individualista. Ya saben, solitarios autosuficientes e iconoclastas, entendidos en el uso de armas y capaces de asistir en un parto. Hacia el final del relato, han logrado avanzar a medio camino de Restablecer la Civilización Occidental... aunque normalmente son lo suficientemente listos para no regresar a los Viejos Malos Hábitos.

La segunda modalidad es la del bandido apocalíptico. Estos personajes frecuentemente se presentan en pandillas y se enfrentan a los toscos supervivientes. Si prefieren las adaptaciones cinematográficas del cuento del fin del mundo, podrán normalmente reconocerlos por su afición a los artículos de *bondage*, cortes de pelo en punta y vehículos customizados. A diferencia de los supervivientes toscos, los bandidos post-apocalípticos abrazan los Viejos Malos Hábitos... aunque no les desagradan las mayores ocasiones para las violaciones y el pillaje que la nueva situación les brinda.

El tercer tipo de personaje, también muy común, aunque bastante menos que los otros dos, es el sofisticado hastiado del mundo. Como Wyndham, tales personajes beben demasiado; a diferencia de Wyndham, sufren profundamente por el *hastío*.

Wyndham también sufre, por supuesto, pero sea lo que sea que le haga sufrir, pueden apostar lo que sea a que no es por el *hastío*.

Sin embargo, estábamos discutiendo sólo minucias:

Wyndham hizo todas las cosas que la gente hace cuando descubre que un ser querido está muerto. Descolgó el teléfono y marcó el 9-1-1. Sin embargo, parecía haber algún problema con la línea; nadie contestó. Wyndham inspiró aire profundamente, se dirigió a la cocina e intentó llamar con el supletorio. De nuevo, no lo logró.

Por supuesto, la razón era que, al ser el fin del mundo, todas las personas que debían atender las llamadas estaban muertas. Imagínenselos barridos por un maremoto, si eso les ayuda... que es exactamente lo que pasó a más de 3.000 personas durante una tormenta en Pakistán en 1960 (no es que esto pasara *literalmente* a los operadores que hubieran debido contestar la llamada al 9-1-1 de

Wyndham, ya me entienden; ya les contaré más un poco más tarde sobre lo que *realmente* les había ocurrido... lo importante es que en un momento dado estaban vivos y un segundo más tarde muertos. Como la esposa de Wyndham).

Wyndham se rindió y dejó el teléfono.

Regresó al dormitorio. Realizó una torpe versión de la reanimación con el boca a boca durante quince minutos más o menos, y luego también se rindió y dejó de reanimarla. Entró en el dormitorio de su hija (tenía doce años y se llamaba Ellen). La encontró echada boca arriba, con los labios ligeramente entreabiertos. Alargó el brazo para despertarla, iba a decirle que algo terrible había pasado; que su madre había muerto, pero descubrió que también a ella le había pasado algo terrible. De hecho, la misma terrible desgracia.

Wyndham entró en pánico.

Corrió al exterior, donde el primer atisbo de fulgor rojo había comenzado a sangrar sobre el horizonte. El riego automático de su vecino estaba en funcionamiento y los aspersores se cimbreaban en silencio mientras atravesaba el jardín a la carrera. Wyndham sintió el agua pulverizada como una mano gélida sobre su rostro. En breve, se encontró frente a la puerta de entrada de la casa de su vecino, golpeando la puerta con ambos puños y gritando.

Después de un lapso de tiempo (no sabía cuánto), una terrible calma le invadió. No se escuchaba ningún ruido, tan sólo el sonido de los aspersores que lanzaban relucientes arcos de agua pulverizada hacia el halo de luz de la farola en la esquina.

Entonces tuvo una visión. Era lo más cerca que jamás había estado de experimentar una premonición. En la visión, contempló ante él las casas residenciales que se extendían silenciosas hasta la lejanía. Contempló los silenciosos dormitorios. En el interior, acurrucados bajo las sábanas, vio a una legión de durmientes, también en silencio, que jamás volverían a despertar.

El gato del vecino pasó corriendo por su lado, maullando lastimeramente. Wyndham bajó los escalones de la entrada para cogerlo y entonces percibió el olor... ese desagradable hedor orgánico. No era como leche agria. Ni como olor a pies. Era algo peor: pañales sucios o un baño atascado.

Wyndham se enderezó y se olvidó del gato.

—¿Herm? —llamó—. ¿Robin?

Ninguna respuesta.

Dentro, Wyndham descolgó el teléfono y marcó el 9-1-1. Escuchó los tonos durante mucho tiempo; luego, sin tomarse la molestia de colgar, dejó caer el teléfono al suelo. Recorrió la silenciosa vivienda encendiendo luces. En la puerta del dormitorio principal vaciló. El olor (en ese momento ya estaba totalmente claro: una combinación de orina y heces, de todos los músculos corporales relajándose simultáneamente) era más fuerte allí. Cuando volvió a hablar, o más bien, susurrar:

—¿Herm? ¿Robin?

... ya no esperaba una respuesta.

Wyndham encendió la luz. Robin y Herm eran unos bultos en la cama, inmóviles. Wyndham se acercó un poco más y los observó. Una serie fugaz de imágenes se deslizó por su mente, imágenes de Herm y Robin ocupándose de la barbacoa en las fiestas del barrio o atareados en su huerto de verduras. Robin y Herm tenían buena mano con los tomates. A la esposa de Wyndham siempre le gustaron sus tomates.

A Wyndham se le hizo un nudo en la garganta.

Entonces salió un rato.

El mundo se volvió gris a su alrededor.

Cuando regresó, Wyndham entró en el salón y se situó delante de la televisión de Robin y Herm. La encendió y comprobó todos los canales, pero no mostraban nada. Literalmente nada. Nieve, eso era todo. Setenta y cinco canales de nieve. El fin del mundo siempre había sido televisado, según la experiencia de Wyndham. El hecho de que no estuviera siendo televisado en esos momentos hacía suponer que en esta ocasión se trataba realmente del fin del mundo.

Con esto no quiero sugerir que la televisión dé validez a la experiencia humana... al fin del mundo o, en efecto, a cualquier otra cosa.

Se les podría haber preguntado a los habitantes de Pompeya, si la mayoría no hubiera perecido durante la erupción del volcán en el año 79 d. C., cerca de dos milenios antes de la televisión. Cuando el Vesubio entró en erupción lanzando lava con gran estruendo ladera abajo a una velocidad de seis kilómetros por minuto, murieron alrededor de 16.000 personas. Por un extraño azar geológico, algunas de ellas (o al menos sus carcasas) se preservaron congeladas dentro de fragmentos fundidos de ceniza volcánica. Tenían los brazos extendidos suplicando piedad y una expresión de terror dibujada en sus rostros.

Cualquiera puede visitarlos hoy en día, previo pago de una módica suma.

A propósito, ahí va uno de mis escenarios favoritos del fin del mundo:

Plantas carnívoras.

Wyndham entró en el coche y se dispuso a buscar ayuda... un teléfono o una televisión, o un transeúnte servicial. Pero lo que encontró fueron más teléfonos y televisores averiados. Y, por supuesto, más personas averiadas, muchas personas, aunque le costó encontrarlas más de lo que esperaba. No estaban dispersas por las calles, o muertas a los volantes de sus coches en un inmenso atasco de tráfico... aunque Wyndham supuso que ese podría haber sido el caso en algún lugar de Europa, donde la catástrofe (fuera la que fuese) había tenido lugar en plena hora punta por la mañana.

Aquí, sin embargo, parecía haber sorprendido a la mayoría de gente en casa y en la cama; como resultado, las carreteras estaban más despejadas que de costumbre.

Totalmente desconcertado (anestesiado, en realidad), Wyndham se dirigió en coche a su lugar de trabajo. Puede que en esos momentos estuviera en estado de

shock. En cualquier caso, ya se había acostumbrado al olor, y los cadáveres de los compañeros del turno de noche (hombres y mujeres que, en algunos casos, él conocía desde hacía dieciséis años) no le impresionaron tanto. Lo que realmente le impresionó fue la visión de todos los paquetes apilados en la zona de clasificación. Repentinamente le asaltó la idea de que ninguno de esos paquetes iba a ser entregado. A continuación, cargó la furgoneta y salió a hacer su ruta. No está seguro de qué le llevó a hacerlo... quizás porque, en una ocasión, alquiló una peli en la que un trotamundos post-apocalíptico se hace con el uniforme del servicio postal de un cartero muerto y logra Restablecer la Civilización Occidental (pero no los Viejos Malos Hábitos) haciéndose cargo de las entregas asignadas al desafortunado cartero. Sin embargo, la futilidad de los esfuerzos de Wyndham pronto se hizo evidente.

Desistió cuando descubrió que incluso Monica (la señora del Canal de la Tienda en Casa, sobre la que pensaba cada vez con más frecuencia) ya no estaba en condiciones de recibir paquetes. Wyndham la descubrió boca abajo sobre el suelo de la cocina, sujetando una taza de café en una mano. Muerta, ya no tenía ni un rostro bonito ni una personalidad atractiva. Sin embargo, de su cuerpo manaba ese mismo desagradable olor a putrefacción. A pesar de esto, Wyndham se quedó mirándola durante un largo rato. No podía apartar la mirada.

Cuando finalmente lo hizo, regresó al salón donde en otra ocasión vio morir a 3.000 personas, y él mismo abrió el paquete dirigido a Monica.

En cuanto a las normas de UPS, el salón de la señora del Canal de la Tienda en Casa se estaba convirtiendo por derecho propio en una zona post-apocalíptica.

Wyndham rompió el precinto del paquete y lo dejó caer en el suelo. Abrió la caja. Dentro, envuelta en tres capas de plástico de burbujas, encontró una figurilla de porcelana de Elvis Presley.

Elvis Presley, el Rey del Rock'n'Roll, murió el 16 de agosto de 1977 mientras estaba sentado en el váter. Una autopsia reveló que había ingerido un cóctel impresionante de medicamentos... que incluía codeína, etinamato, metacualona y varios barbitúricos. Los médicos también encontraron en sus venas rastros de Valium, Demerol y otros productos farmacéuticos.

Durante un tiempo, Wyndham se consoló con la idea de que el fin del mundo hubiera sido un fenómeno local. Se sentó en la furgoneta, que había aparcado frente a la entrada del edificio de la señora del Canal de la Tienda en Casa y esperó a que alguien viniera a rescatarle... el sonido de sirenas o helicópteros acercándose, o lo que fuera. Se quedó dormido acunando la figurilla de Elvis. Se despertó de madrugada, con el cuerpo dolorido por haberse quedado dormido en la furgoneta, y vio entonces un perro callejero hociqueando la parte exterior de la furgoneta.

Estaba claro que el rescate no era inminente.

Wyndham ahuyentó al perro y colocó la figurilla de Elvis con cuidado sobre la acera. Luego se alejó en la furgoneta en dirección a la ciudad. De tanto en tanto paraba, y en cada ocasión confirmaba lo que supo en el mismo instante en que acarició el rostro muerto de su esposa: el fin del mundo se le echaba encima. No encontró nada a excepción de teléfonos averiados, televisores averiados y personas averiadas. Y de camino escuchó un montón de emisoras de radio averiadas.

Puede que ustedes, al igual que Wyndham, sientan curiosidad por saber qué tipo de catástrofe ha tenido lugar a su alrededor. Incluso puede que se estén preguntando por qué Wyndham ha sobrevivido.

Los relatos del fin del mundo habitualmente le dan mucha importancia a este tipo de cosas, pero la curiosidad de Wyndham nunca se verá satisfecha. Desafortunadamente, tampoco la de ustedes.

Es lo que hay.

Después de todo, es el fin del mundo.

Los dinosaurios tampoco supieron nunca qué fue lo que causó su extinción.

Sin embargo, en el momento de este relato, la mayoría de científicos están de acuerdo en que los dinosaurios llegaron a su fin cuando un asteroide de catorce kilómetros de ancho impactó contra la Tierra al sur de la Península de Yucatán, provocando gigantescos tsunamis, vientos huracanados, incendios forestales mundiales y una oleada de actividad volcánica. El cráter está todavía allí (mide unos 180 kilómetros de ancho y más de un kilómetro y medio de profundidad), pero los dinosaurios, junto al 75% de las otras especies que existían en aquellos tiempos, han desaparecido. Muchos de ellos desaparecieron en el momento del impacto, fulminados por la explosión. Aquellos que sobrevivieron al cataclismo inicial debieron perecer poco después, cuando la lluvia ácida contaminó el agua de la tierra y el polvo en suspensión ocultó el sol, sumiendo al planeta en un invierno de años.

A pesar de su importancia, este impacto fue sólo el más dramático de una larga serie de extinciones masivas; se detectan en registros fósiles a intervalos de 30 millones de años aproximadamente. Algunos científicos han relacionado estos intervalos con el desplazamiento periódico del sistema solar a través del plano galáctico, el cual provoca el desprendimiento de millones de cometas de la nube Oort más allá de Plutón que caen sobre la Tierra. Esta teoría, todavía por confirmar, ha sido bautizada como la Hipótesis Shiva, en honor al dios hindú de la destrucción.

Los habitantes de Lisboa habrían agradecido dicha información antes del 1 de

noviembre de 1755, cuando la ciudad fue sacudida por un terremoto de nivel 8,5 en la escala de Richter. El temblor destruyó más de 12.000 viviendas y provocó un incendio que duró seis días.

Más de 60.000 personas perecieron.

Este suceso inspiró a Voltaire su novela *Cándido*, en la que el doctor Pangloss afirma que este es el mejor de los mundos posibles.

Wyndham podría haber llenado el depósito de gasolina de su furgoneta. Había gasolineras en casi todas las salidas de la autopista, y estas sí parecían estar funcionando correctamente. Pero no se preocupó por ello.

Cuando el camión se quedó sin gasolina, se limitó a arrimarse al arcén de la carretera, bajó de un salto y comenzó a andar campo a través. Cuando comenzó a anochecer (esto fue antes de que se sumergiera en su estudio acerca de cómo cae la noche), buscó refugio en la casa más cercana.

Era un bonito lugar, una casa de ladrillo de dos plantas bastante alejada de la carretera comarcal por la que pasaba en aquellos momentos. Tenía algunos árboles grandes en el patio delantero. En la parte trasera, un prado ensombrecido bajaba hacia la clase de bosque que se ve en las películas, pero muy raras veces en la realidad: viejos y enormes árboles con generosas avenidas sembradas de hojas. Era la clase de lugar que le habría encantado a su esposa y lamentó tener que romper una ventana de la casa para entrar. Pero qué remedio: era el fin del mundo y él tenía que encontrar un lugar para dormir. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Wyndham no había planeado quedarse allí, pero cuando se despertó a la mañana siguiente no se le ocurrió ningún otro sitio donde ir. Encontró dos ancianos averiados en uno de los dormitorios del piso superior e intentó hacer por ellos lo que no había sido capaz de hacer por su esposa y su hija: tomó una pala del garaje y comenzó a cavar una tumba en el patio delantero. Una hora más tarde, sus manos comenzaron a agrietarse y llenarse de ampollas. Sus músculos, débiles tras tantos años sentado en una furgoneta de UPS, se rebelaron.

Descansó un tiempo, y luego cargó a los ancianos en el coche que encontró en el garaje... un Volvo monovolumen azul pizarra con 60.047 kilómetros en el contador. Los alejó un kilómetro o dos por la carretera, aparcó, los sacó y los tumbó en un bosquecillo de hayas. Intentó pronunciar algunas palabras de condolencia antes de marcharse (su mujer lo habría querido), pero no se le ocurrió nada apropiado que decir, así que, finalmente, se rindió y regresó a la casa.

No habría servido de nada: aunque Wyndham no lo sabía, los ancianos eran judíos no practicantes. Según la fe que Wyndham compartía con su esposa, estaban condenados a quemarse en el infierno durante toda la eternidad. Ambos eran

inmigrantes de primera generación; la mayoría de sus familiares ya habían sido quemados en los hornos de Dachau y Buchenwald.

Lo de quemarse no les habría resultado algo nuevo.

Hablando de fuegos, la Fábrica Triangle Shirtwaist de Nueva York ardió el 25 de marzo de 1911. Ciento cuarenta y seis personas murieron. Muchas de ellas podrían haber sobrevivido, pero los propietarios de la fábrica cerraron todas las salidas para evitar robos.

Roma también ardió. Se dice que, mientras tanto, Nerón tocaba la lira.

De regreso a la casa, Wyndham se lavó y se sirvió una copa de la licorera que encontró en la cocina. Nunca había sido muy aficionado a la bebida antes de que el mundo acabara, pero no veía ningún motivo por el que no debiera probarlo en esos momentos. Su experimento salió tan bien que comenzó a sentarse por las noches en el porche a beber ginebra y observar el cielo. Una noche creyó ver un avión, con luces parpadeantes mientras pasaba trazando un arco por encima de su cabeza. Más tarde, ya sobrio, llegó a la conclusión de que debió ser algún satélite que todavía giraba alrededor del planeta, emitiendo datos telemétricos a estaciones receptoras y puestos de control desiertos.

Un día o dos más tarde se quedó sin electricidad. Y unos pocos días después se quedó sin licor. Tomó el Volvo y partió en busca de una ciudad. Los personajes en las historias del fin del mundo normalmente conducen vehículos de dos tipos: los sofisticados hastiados tienden a conducir coches deportivos trucados y con frecuencia recorren a toda velocidad la línea costera australiana, porque ¿qué mejor cosa podrían hacer con sus vidas? Todos los demás conducen todoterrenos cascados. Desde la Guerra del Golfo Pérsico de 1991 (en la que murieron unas 23.000 personas, la mayoría de ellas reclutas iraquíes muertos por bombas inteligentes norteamericanas), los Humvees de estilo militar han sido muy populares. Sin embargo, a Wyndham el Volvo le pareció totalmente adecuado a sus necesidades.

Nadie le disparó.

No fue atacado por una jauría errante de perros salvajes.

Encontró una ciudad a tan sólo quince minutos por la carretera. No vio ningún rastro de saqueo. Todos estaban demasiado muertos para saquear; es lo que tiene el fin del mundo.

De camino, Wyndham pasó por una tienda de artículos deportivos, donde no se detuvo para coger armas o equipo de supervivencia. Pasó numerosos vehículos abandonados, pero no paró para extraer un poco de gasolina de sus depósitos. Pero sí que paró en la tienda de licores; allí reventó una ventana con una piedra y se agenció varias cajas de ginebra, Whisky y vodka. También paró en la tienda de comida, donde encontró los cadáveres hediondos de la plantilla de noche tirados junto a los carros de suministros que nunca llegarían a las estanterías. Wyndham sostuvo un pañuelo en la

nariz y cargó agua tónica y otro tipo de refrescos para combinados. También cogió alimentos enlatados, aunque no sintió el imperativo de acaparar más de lo que le dictaban sus necesidades más inmediatas. Ignoró el agua embotellada.

En la sección de libros, sí que tomó una guía del buen barman.

Algunos relatos del fin del mundo nos presentan dos supervivientes post-apocalípticos, un hombre y una mujer. Estos dos supervivientes se encargan de Repoblar la Tierra como parte de sus esfuerzos por Restablecer la Civilización Occidental sin los Malos Viejos Hábitos. Sus nombres siempre son astutamente ocultados hasta el final del relato, y entonces son revelados e invariablemente resultan ser Adán y Eva.

La verdad es que casi todos los relatos del fin del mundo son, hasta cierto punto, relatos de Adán y Eva. Ésa puede ser la razón de que disfruten de tanta popularidad. Para ser totalmente sincero, debo reconocer que en los periodos inactivos de mi vida sexual (y, ay, estos periodos han sido más frecuentes de lo que me hubiera gustado) en muchas ocasiones las fantasías de un post-holocausto a lo Adán y Eva me parecían extrañamente reconfortantes. Desde mi punto de vista, ser el único hombre vivo reduce de forma significativa la posibilidad de un rechazo. Y reduce el pánico escénico casi totalmente.

También hay una mujer en esta historia.

No se hagan muchas ilusiones.

Hasta el momento, Wyndham lleva viviendo en la casa de ladrillo casi dos semanas. Duerme en el cuarto de la pareja de ancianos y duerme bastante bien, aunque quizás eso se deba a la ginebra. Algunas mañanas se despierta desorientado, preguntándose dónde está su esposa y cómo llegó a un lugar desconocido. Otras mañanas se despierta con la sensación de que todo lo demás lo ha soñado y que su dormitorio siempre ha sido ese.

Sin embargo, un día se despierta pronto en el grisáceo resplandor previo al amanecer. Alguien se mueve en el piso de abajo. Wyndham siente curiosidad, pero no miedo. No lamenta entonces no haberse parado en la tienda de artículos deportivos para coger una pistola. Wyndham no ha disparado una pistola en toda su vida. Y si disparase a alguien (aunque fuera un gamberro post-apocalíptico con intenciones caníbales) probablemente sufriría una crisis nerviosa.

Wyndham no intenta ocultar su presencia cuando baja. Hay una mujer en el salón. No está nada mal: rubia, aunque un tanto descolorida, esbelta y joven, veinticinco años, treinta como mucho. No parece estar muy limpia, y no es que huelga muy bien,

pero la higiene no ha estado últimamente entre las prioridades de Wyndham. ¿Quién es él para juzgarlo?

—Estaba buscando un lugar donde dormir —dice la mujer.

—Hay una habitación libre en el piso de arriba —le dice Wyndham.

A la mañana siguiente (son casi las doce del mediodía, pero Wyndham se ha acostumbrado a despertarse tarde) desayunan juntos: un hojaldre relleno para la mujer, un cuenco de Cheerios secos para Wyndham.

Intercambian información, pero no es necesario que nos adentremos en ello. Es el fin del mundo y la mujer no tiene más información acerca de cómo pasó que Wyndham o que ustedes o que nadie. Sin embargo, es ella la que toma la voz cantante. Wyndham nunca ha sido muy hablador, incluso en sus mejores momentos.

Él no le pide que se quede. Tampoco le pide que se marche.

No le pregunta prácticamente sobre nada.

Y así transcurre el día.

En ocasiones, es todo este asunto del sexo lo que provoca el fin del mundo.

De hecho, si me permiten que vuelva a mencionar una vez más a Adán y Eva, el sexo y la muerte han estado conectados con el fin del mundo desde... bueno, desde el principio del mundo. Eva, a pesar de haber sido advertida, prueba la fruta del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal y se da cuenta de que está desnuda y que es un ser sexual. Entonces, propone a Adán que muerda la fruta.

Dios castiga a Adán y Eva por su pecado expulsándolos del Paraíso e introduciendo la muerte en el mundo. Y así fue como ocurrió: el primer Apocalipsis, *Eros* y *Tanatos* unidos en un pequeño y pulcro hatillo, y todo por culpa de Eva.

No es de extrañar que a las feministas no les guste esa historia. Es un punto de vista bastante corrosivo sobre la sexualidad femenina si se piensa detenidamente.

A propósito, quizás una de mis historias del fin del mundo favoritas trata de unos astronautas que caen en un bucle temporal; cuando salen descubren que todos los hombres están muertos. Entre tanto, a las mujeres les ha ido bastante bien sin los hombres. Ya no los necesitan para reproducirse y han establecido una sociedad que parece funcionar perfectamente sin hombres... de hecho, mejor que lo que jamás han funcionado nuestras sociedades con dos sexos.

Pero ¿se conformarán los hombres con ser dejados fuera?

Por supuesto que no. Son hombres, después de todo, y les mueve su necesidad de dominación sexual. Están genéticamente programados, por decirlo de alguna manera, y en breve intentan regresar a este Edén en otro mundo devastado.

Lo logran con el sexo, sexo violento de macho... violación, de hecho. En otras palabras, un sexo que tiene más que ver con la violencia que con el sexo.

Y por supuesto, nada que ver con el amor.

Lo cual, si se piensa detenidamente, representa un punto de vista bastante

corrosivo sobre la sexualidad masculina. Cuanto más cambian las cosas, más igual permanecen, supongo.

Pero volvamos con Wyndham.

Wyndham sale al porche sobre las tres. Tiene tónica. Tiene ginebra. Es lo que hace ahora. No sabe dónde está la mujer, tampoco le preocupa demasiado si se queda o se marcha.

Ha estado sentado allí durante horas cuando ella se le une. Wyndham no sabe qué hora es, pero el aire tiene esa cualidad submarina difusa que aparece durante el crepúsculo. La oscuridad está comenzando a arremolinarse bajo los árboles, los grillos comienzan a afinar sus instrumentos y está todo tan tranquilo que durante unos segundos Wyndham casi logra olvidar que es el fin del mundo.

Entonces, la puerta de tela metálica se cierra con un chasquido mientras la mujer sale. Wyndham percibe inmediatamente que ha cambiado algo su aspecto, aunque no sabría decir el qué: es esa magia que poseen las mujeres, piensa. Su esposa también solía hacerlo. A él siempre le parecía que estaba bien, pero en ocasiones se la veía resplandeciente. Maquillaje, un poco de colorete. Pintalabios. Ya me entienden.

Y él agradece el esfuerzo. Lo agradece de verdad. Incluso se siente halagado. Es una mujer atractiva. E inteligente.

Sin embargo, la verdad es que él no está interesado.

Ella se sienta junto a él y habla todo el tiempo. Y aunque no lo expresa con tantas palabras, habla sobre la Repoblación del Mundo y el Restablecimiento de la Civilización Occidental. Habla sobre el Deber. Habla sobre estas cosas porque es de lo que se supone que se habla en situaciones como esta. Pero debajo de todo ello subyace el sexo. Y más abajo, mucho más abajo, la soledad... y él se identifica con ella en ese sentido, lo hace de verdad. Un poco más tarde, ella toca a Wyndham, pero él no reacciona en absoluto. Parece que está totalmente muerto allá abajo.

—¿Cuál es el problema? —pregunta ella.

Wyndham no sabe qué responderle. No sabe cómo decirle que el fin del mundo no consiste en ninguna de esas cosas. El fin del mundo consiste en algo distinto, pero Wyndham no es capaz de encontrar la palabra que lo defina.

Bueno, por dónde íbamos, la esposa de Wyndham.

Ella también tiene otro libro en su mesilla de noche. No lo lee todas las noches, sólo los domingos. Pero una semana antes del fin del mundo estaba leyendo la historia de Job.

Conocen la historia, ¿verdad?

En ella se cuenta lo siguiente: Dios y Satán (o, en todo caso, el Adversario; quizás esa sea la mejor traducción) hacen una apuesta. Quieren comprobar cuánta mierda es

capaz de comer el más ferviente siervo de Dios antes de renunciar a su fe. El nombre del siervo es Job. Así pues, hacen la apuesta y Dios comienza a lanzar sobre Job toneladas de mierda: le arrebató sus riquezas, su ganado, su salud. Le priva de sus amigos. Etcétera, etcétera. Finalmente (y esta es la parte que siempre toca la fibra sensible de Wyndham), Dios le arrebató sus hijos.

Permítanme aclararles que en este contexto «arrebatar» significa «matar».

¿Me siguen? Es como Krakatoa, una isla volcánica que existió tiempo atrás entre Java y Sumatra. El 27 de agosto de 1883, Krakatoa entró en erupción escupiendo cenizas hasta una altura de setenta y cinco kilómetros y vomitando veinte kilómetros cúbicos de roca. La explosión se oyó a 4.500 kilómetros de distancia. Provocó tsunamis que se elevaron hasta treinta y seis metros en el aire. Imaginen toda esa agua rompiendo sobre los precarios poblados que bordeaban las costas de Java y Sumatra.

Treinta mil personas murieron.

Todos ellos tenían nombre.

Los hijos de Job. Muertos. Exactamente como los 30.000 habitantes anónimos de Java.

¿Y qué hace Job? Continúa tragando mierda a borbotones. Jamás renegará de Dios. Mantiene su fe. Y es recompensado: Dios le devuelve sus riquezas, su ganado, su salud, y le envía amigos. Dios reemplaza a sus hijos. Presten atención: la elección de las palabras es importante en un relato sobre el fin del mundo.

He dicho «reemplaza», no «devuelve».

¿Y sus primeros hijos? Esos siguen muertos, desaparecidos, averiados, borrados de la faz de la Tierra por siempre jamás, exactamente como los dinosaurios y los 12 millones de indeseables incinerados por los Nazis y los 500.000 masacrados en Ruanda y los 1,7 millones asesinados en Camboya y los 60 millones inmolados en la Ruta de los Esclavos. Qué gracioso es este Dios.

Menudo bromista está hecho.

Y eso es en lo que consiste el Fin del Mundo, o al menos es lo que Wyndham hubiera querido expresar. El resto son sólo minucias.

A esas alturas, la mujer (¿les gustaría que tuviera un nombre? Se merece uno, ¿no creen?) ha comenzado a llorar suavemente. Wyndham se pone en pie y se dirige a la cocina en busca de otro vaso. Luego regresa al porche y prepara un gin-tonic. Se sienta junto a ella y le insiste para que lo acepte. Es lo único que sabe hacer.

—Toma —dice él—. Bébetelo. Te sentirás mejor.

20

DAVID GRIGG

Una canción antes del Ocaso

[A Song Before Sunset]

David Grigg es autor de unos cuantos relatos publicados entre 1976 y 1985. Este relato, el primero que aceptó publicar, apareció por primera vez en la antología *Beyond Tomorrow*, que le llevó a compartir el índice con no menos que seis galardonados con el Grand Master de Science Fiction and Fantasy Writers of America. En 2004, fue narrado en un audiolibro por Alex Wilson para Telltale Weekly (www.telltaleweekly.org), y está incluido en la colección de relatos de Grigg, *Islands*, disponible gratuitamente en su web (www.rightword.com.au). Grigg ha sido nominado en varias ocasiones para los premios Ditmar de Australia, en una ocasión en la categoría de relato corto, dos ocasiones como escritor no profesional, y en una ocasión por la edición del fanzine *The Fanarchist*.

Grigg afirma que la semilla de este relato fue una frase de «Las tres hermanas» de Chekhov, donde Tuzenbach dice (sobre una de las hermanas): «¡Imagina saber tocar tan exquisitamente, y sin embargo no tener a nadie, nadie en absoluto que pueda apreciarlo!» Fue esta triste ironía del talento desperdiciado lo que sugirió a Grigg la idea de cómo se las arreglarían, o no, los muy talentosos cuando nuestra civilización ya no existiera. Si, como afirma Grigg, la cultura es un epifenómeno de la civilización, sin la civilización ¿sería la cultura algo totalmente irrelevante?

Una canción antes del Ocaso

Tardó tres semanas en encontrar el mazo. Estaba cazando ratas entre cascotes de cemento y metal oxidado de un antiguo supermercado. El sol comenzaba a descender sobre los escarpados horizontes de la ciudad, proyectando sombras como gigantescas lápidas sobre los edificios más cercanos. Un hilo de oscuridad había comenzado a arrastrarse por los escombros, que era lo único que quedaba del establecimiento.

Avanzó con cuidado desde un bloque de cemento a otro, bordeando el metal retorcido, en busca de un agujero o un escondrijo que pudiera servir de madriguera a una camada de ratas, usando aquí y allá su palo para darle la vuelta a algún cascote suelto con la vaga esperanza de encontrar una lata de comida aún no descubierta tras años de rapiña. Le colgaban de la cintura tres ratas grandes, con las cabezas aplastadas y sanguinolentas por el golpe propinado con el palo. Las ratas todavía eran lo suficientemente gordas y lentas para poder atraparlas por sorpresa con un golpe en la cabeza, lo cual era toda una suerte, porque su vista y su habilidad con la honda ya no era la de otros tiempos. Descansó un rato, husmeando el frío aire. Esa noche iba a helar y sus huesos conocían el miedo al frío. Se estaba haciendo viejo.

Tenía sesenta y cinco años y la vida le había hecho pasar mucha hambre. La carne de su juventud se había aflojado y colgaba flácida, dejando su esqueleto cubierto con una fina capa y unos ojos que observaban el mundo desde una cabeza huesuda como un gnomo curioso.

Tenía sesenta y cinco años y su cabello, canoso desde hacía muchos años, se alzaba como un halo blanco sobre su rostro apergaminado. Estaba sorprendido por haber sobrevivido tanto tiempo, porque sus primeros años no lo habían preparado para un mundo como el presente. Pero, de alguna manera, había aprendido a luchar y a matar y a correr y todas las demás cosas que fueron necesarias durante los largos años que transcurrieron desde que la ciudad murió.

Sin embargo, los días ya no le parecían tan repugnantes y desesperantes como en el pasado. En este momento raras veces temía morir de hambre. Pero en los malos tiempos, como muchas otras personas, comió carne humana.

Su nombre era Parnell y seguía vivo. El sol se hundía rápidamente y se dio la vuelta para regresar antes de que lo atrapase la oscuridad. Fue al girarse cuando detectó el débil brillo de metal por el rabillo del ojo. Miró más detenidamente, alargó la mano y recogió un mazo de entre los escombros. Lo balanceó para probar su peso, lo sujetó en las manos y sintió su movimiento. Tras unos minutos se vio obligado a dejarlo de nuevo en el suelo, los brazos comenzaron a temblarle con una tensión poco habitual. Pero no importaba: con el tiempo suficiente sabía que ese sería el instrumento con el que haría realidad el sueño que había estado albergando durante tres semanas. Se ató el mazo al cinto con cierta dificultad y se apresuró hacia casa, huyendo de las sombras de la ciudad.

Ya casi había anochecido por completo cuando llegó a su hogar, una casa de piedra desvaída por el tiempo y rodeada por la enmarañada maleza de un jardín

descuidado. Una vez dentro encendió meticulosamente las humeantes velas del salón, que produjeron una luz cancerosa que se esparcía implacablemente por las esquinas. La puerta estaba cerrada con cerrojo y cancela de barrotes y finalmente pudo sentarse en paz delante del piano carcomido de la sala principal. Suspiró levemente mientras corría los dedos por las amarillentas teclas descascarilladas y sintió la habitual tristeza a medida que las notas ascendían. Puede que ese piano hubiera sido un buen instrumento para practicar en su día, pero el tiempo no lo había tratado bien. Aunque no hubiera temido atraer la atención de los moradores de la oscuridad exterior, los esfuerzos por arrancar notas a aquel piano le resultaban más una agonía que un placer.

En otro tiempo la música había sido su vida. Ahora su mayor aspiración era acallar los ruidos de sus tripas. Entonces se acordó, sus ojos vagaron hacia el mazo que había encontrado entre los escombros, y la esperanza retornó, como lo había hecho unas semanas atrás.

Pero no quedaba tiempo para las ensoñaciones, no quedaba tiempo para la esperanza. Antes de dormir tan sólo le quedaba tiempo para limpiar y despellejar las ratas que había capturado. Mañana debía ir a comerciar con la Mujer de las Ruinas.

La Mujer de las Ruinas y su pareja vivían en medio de cientos de decrepitos tranvías en un viejo depósito. El porqué habían decidido vivir allí era un misterio que nadie que comerciaba con ella había logrado desentrañar. Allí vivía y allí hacía negocios. El mostrador de su tienda estaba instalado en un vagón solitario abandonado en las vías a unos pocos metros del depósito, con la pintura descascarillada aunque todavía se distinguían los patéticos anuncios publicitarios de una época pasada. Mientras que en el exterior del tranvía se anunciaban vacaciones a lugares lejanos y eficaces desodorantes, en el interior la Mujer de las Ruinas vendía basura expuesta como objetos lujosos de un mundo que había muerto. Dentro, dispuestos en los asientos de madera o colgados del techo, había latas con asas improvisadas, grasientas velas artesanales, cajas de verduras de aspecto sospechoso y que nadie sabía de dónde procedían, hileras de animales muertos: ratas, gatos, conejos y algún que otro perro, cucharas de plástico, botellas, abrigos de pelo de rata y todo tipo de objetos recuperados de los escombros de comercios desvalijados cientos de veces.

La Mujer de las Ruinas era vieja, negra y fea, y se rió socarronamente cuando vio a Parnell acercándose lentamente en el frío de la mañana. Ella había sobrevivido a la crisis mejor que muchos hombres, siendo más despiadada y cruel de lo que ellos habían sido con ella años atrás. Se frotó las manos produciendo un ruido muy áspero y saludó a Parnell con una mueca desvaída.

—Dos ratas, Mujer de las Ruinas, recién matadas ayer —dijo sin mayores preámbulos y sin vacilar.

—Te daré algo bueno por ellas, Señor del Piano —respondió ella.

—Bueno, sería la primera vez que lo haces. ¿Qué me das?

—Un anillo de diamante auténtico, oro de veinticuatro quilates, ¡mira!

Sostuvo la reluciente joya bajo el sol.

Parnell no se molestó en responderle a las burlas con una sonrisa.

—Dame comida y deja de bromear.

Ella le miró desdeñosa y le ofreció un repollo y dos zanahorias. Asintiendo, él le entregó los dos cadáveres despellejados, metió la comida en su zurrón y se volvió para marcharse. Llevaba el mazo en un costado y la mujer lo detuvo de un grito.

—¡Eh, hombre del piano, ese mazo! ¡Te lo cambio por un abrigo de piel! ¡De conejo auténtico!

Él se volvió y vio que en esta ocasión no bromeaba.

—Quizás cuando haya acabado con él. Veremos entonces.

Su respuesta pareció complacer a la mujer, porque esta sonrió y volvió a gritar:

—Eh, hombre del piano, ¿has oído las noticias sobre el viejo Edmonds? ¡Los Vándalos han venido y lo han asesinado, han quemado aquel lugar de libros donde vivía Edmonds!

Parnell dejó escapar un grito de horror.

—¿La Biblioteca? ¿Han quemado la Biblioteca?

—¡Eso es!

—¡Dios mío! —se quedó inmóvil, en silencio y anonadado durante un minuto eterno mientras la Mujer de las Ruinas le sonreía. Luego, incapaz de seguir hablando por la furia que lo invadía, enlazó fuertemente sus dedos en amarga frustración y partió.

El mazo le impedía avanzar cómodamente. Lo había deslizado por el cinturón con la cabeza metálica a la altura de la cintura y el mango le golpeaba las piernas al andar. Si lo llevaba en las manos, los músculos de los brazos comenzaban a protestar en cuestión de minutos y se veía obligado a descansar. Estaba haciéndose viejo, y lo sabía. El descenso hacia la muerte estaba comenzando a hacerse más pronunciado y creía que no estaba muy lejos de su final.

En lentas y agotadoras etapas recorrió la distancia hasta el corazón del cadáver que en esos momentos era la ciudad. Hacía tiempo que su pulso se había parado. Pasó junto a los esqueletos oxidados de coches y las vías polvorientas de los tranvías, atravesó calles con edificios medio derruidos en formación como irregulares arrecifes. Hace tiempo ya que los pulmones de la ciudad habían exhalado su último aliento; las altas chimeneas se habían desplomado y habían esparcido los ladrillos por la calle que tenía frente a él.

Finalmente llegó al centro y dirigió la mirada una vez más a las puertas del antiguo Ayuntamiento, que estaban sólidamente cerradas con barrotes y precinto y medio enterradas por los escombros de los arcos de entrada derruidos. Aunque hubiera podido forzar los barrotes de la puerta, habría necesitado apartar los escombros para poder abrir las puertas. Y esto lo superaba.

Pero a un lado del edificio la carcasa de una furgoneta descansaba de forma

absurda contra la pared, subida a la acera y con el morro pegado a un árbol que en esos momentos había invadido la cabina del conductor con frondosa maleza.

Parnell se subió a la furgoneta y ascendió con cuidado hasta sentarse con bastante dificultad sobre la rama de un árbol, cerca de una ventana con barrotes. Tres semanas atrás había limpiado la suciedad del cristal para ver los polvorientos pasillos en el interior. En la pared más alejada del pasillo había una indicación de dirección, desvaída y amarillenta, pero en la que todavía se leían las palabras: SALA DE CONCIERTOS.

De nuevo, mientras contemplaba aquella señal borrosa, se vio embargado por recuerdos de conciertos que él mismo había dado. Sus manos seguían sus propios recuerdos sobre las teclas, la música ascendía en espiral y, después, la audiencia casi invisible de la sombría sala aplaudía sin cesar...

Sus recuerdos se esfumaron de golpe cuando descargó el mazo impulsándolo desde el hombro y golpeó los barrotes de la ventana. Llovió polvo y se desmoronó algo de cemento. La tarea parecía más sencilla de lo que había pensado, lo cual era una suerte, porque un solo golpe ya lo había dejado terriblemente débil. Volvió a lanzar el mazo y los barrotes se movieron. De alguna forma se las apañó para descargar otro golpe y los barrotes cedieron, se soltaron y atravesaron el cristal cayendo dentro, hacia el pasillo.

Experimentó el triunfo envuelto en una nube de debilidad, que le dejó jadeante y con los brazos flojos y temblorosos. Se quedó sentado sobre la rama durante bastante tiempo, recuperando fuerzas y ánimo para aventurarse a entrar.

Por fin, pasó las piernas por el borde y se dejó caer sobre el suelo del pasillo. El cristal crujió. Rebuscó en su bolsa y sacó una vela pequeña y algunas valiosas cerillas. La caja de cerillas utilizables le había costado diez pieles de ratas en el tranvía de la Mujer de las Ruinas hacía dos semanas. Encendió la vela y la luz amarillenta inundó el polvoriento pasillo.

Lo recorrió dejando sus pisadas marcadas en el polvo virgen. Hasta su mente flotó un recuerdo sobre retransmisiones de exploradores lunares marcando huella tras huella en un antiquísimo polvo lunar, y sonrió amargamente.

Finalmente llegó hasta una pared llena de puertas dobles, con barrotes y candados. En ese momento tuvo que descansar de nuevo para poder golpear los candados con el mazo y avanzó hacia una negrura cósmica.

Una vez sus ojos se hubieron acostumbrado a la luz de la vela, que había disminuido por efecto del vasto espacio abierto, vio filas y más filas de lo que en otro tiempo fueron lujosas butacas. En algún lugar indeterminado una rata se escabulló, y sobre su cabeza podía oír los suaves crujidos y cuchicheos de lo que podría ser una camada de murciélagos en lo alto del techo.

El pasillo entre butacas se extendía ante él, descendiendo ligeramente. Parnell avanzó con cuidado, levantando el mínimo polvo posible. En la oscura inmensidad de la sala, su vela era sólo una chispa que iluminaba un reducido círculo a su alrededor

que se filtraba a través de las nubes de polvo que se formaban a su paso.

En el escenario, el metal reflejaba la llama de la vela desde distintos rincones. A su alrededor estaban los atriles y partituras de una gran orquesta, cubiertos de una película de polvo de años. Había un estuche de instrumento abierto, y en su interior una trompa de latón brillaba todavía, abandonada por algún concertista desaparecido hace tiempo con olvidadizas prisas. Cubierto con un paño blanco y culminado por un candelabro deslucido, se alzaba ante él el piano de cola.

El corazón de Parnell comenzó a latir con más fuerza y velocidad mientras limpiaba el polvo de la tela que cubría el piano. Con mano ansiosa, encendió el candelabro usando su precaria vela, y lo levantó lo suficientemente alto para que la luz se expandiera por todo el escenario. En ese momento pudo ver otros instrumentos, olvidados por sus dueños mucho tiempo atrás: un violín aquí, allí un oboe, desterrados por una época en la que poseerlos ya no tenía ningún valor.

Colocó la luz en el suelo y retiró con cuidado la sábana del piano. La luz amarillenta bailó sobre la superficie negra de madera pulida y destelló en el latón.

Durante largo rato sus viejas manos no pudieron hacer otra cosa más que acariciar el instrumento con creciente afecto. Finalmente, se sentó en el taburete del piano, percibiendo quizás por primera vez lo cansado que estaba. Vio con alivio que la llave estaba todavía en el cerrojo. Sin duda, habría podido forzarlo, pero le habría partido el corazón haber dañado esa forma perfecta.

Giró la llave, levantó la tapa y corrió la mano suavemente sobre el blanco y el negro de las teclas del piano. Se echó hacia atrás y con un tímido gesto de ironía, echó hacia atrás su abrigo andrajoso por encima del asiento y volvió el rostro hacia la sala.

Tenemos el local lleno esta noche, señor Parnell. Todo Londres está haciendo cola para escucharle. Las emisoras de radio pagan fortunas por retransmitir su concierto. La audiencia está en silencio, expectante. ¿Puede oírlos respirar, ahí fuera? Ni siquiera una tos, ni un estornudo, ni un solo susurro mientras esperan, callados, para poder oír como se desgranán las primeras notas de la punta de sus dedos. La música tiembla bajo sus manos, esperando comenzar... ¡ahora!

Unos acordes disonantes sacudieron la sala vacía, y los murciélagos, molestos, volaron en excitada bandada sobre las butacas desiertas y putrefactas. Parnell dejó escapar el aliento en un suspiro doloroso.

El instrumento debía ser afinado de nuevo con esmero, nota a nota. Todavía no había alcanzado su objetivo. Pero en esos momentos, al menos, podía alargar la mano y tocarlo. Ahora, una a una, comenzó a darse cuenta de las dificultades que todavía debía superar. Sintió hambre y observó que las velas se quemaban con rapidez. Probablemente pudiera encontrar diapasones en la sala, pero necesitaba encontrar la forma de seguir subsistiendo mientras pasaba el tiempo allí sin poder cazar o forrajear. Tendría que regresar al tranvía de la Mujer de las Ruinas y ver qué podría ofrecerle a cambio del mazo. No iba a ser un abrigo de piel lo que obtendría, de eso

estaba seguro.

De nuevo en el exterior, abrió la bolsa y sacó la comida que llevaba dentro. Se sentó en la furgoneta a comer trozos de rata asada y repollo crudo, reflexionando sobre la manera de atrapar y matar la camada de murciélagos de la sala. Sin duda debían tener una carne de lo más peculiar, y quizás sus apergaminadas alas podrían tener alguna utilidad. Pero todos los planes que ideaba resultaban impracticables y terminó desechándolos.

En la distancia, sobre los edificios desintegrados, un fino hilo de humo negro se elevaba lentamente hacia el cielo. El día lucía brillante y sin nubes y el humo formaba un manchón que destacaba contra el azul. Desconcertado, Parnell se preguntó qué podría estar ardiendo. La estela era demasiado reducida para tratarse de un incendio en el bosque. A menos que algún edificio hubiera ardido espontáneamente, tras todos estos años, debía ser algo causado por hombres. Incapaz de llegar a una conclusión más convincente, apartó la mirada y desterró la cuestión de su mente.

Después de recoger los restos de la comida, volvió a colocar los barrotes de forma precaria sobre la ventana para que su entrada al lugar no resultara tan obvia a cualquiera que transitara por allí. Levantó el mazo y comenzó a alejarse del deseo de su corazón.

A la Mujer de las Ruinas se le había agriado el humor a última hora de la tarde, como a un gordo sapo negro regodeándose bajo los últimos rayos de sol. Estaba sentada en el estribo del tranvía; saludó a Parnell con escaso entusiasmo. Su marchito esposo estaba en ese momento sentado sobre el techo del tranvía y observaba ávidamente el horizonte con expresión amenazante y una vieja escopeta bajo el brazo, ignorando por igual a su esposa y a Parnell.

Parnell se sentó y discutió con la mujer durante casi una hora.

Ella insistía en ofrecerle el abrigo de piel, pero él quería una llave inglesa ajustable, velas, cerillas y comida a cambio del mazo, y todos eran objetos caros. Por fin, Parnell cedió y aceptó su oferta final, que era todo lo que quería excepto la comida.

La Mujer de las Ruinas colgó el mazo en un lugar destacado dentro del tranvía y le dio los objetos que quería. Después se volvió y le dirigió una mirada amarga.

—Estás loco, señor del piano, ¿lo sabes?

Parnell, que estaba apoyado exhausto en el vano de la entrada del tranvía, acunando las velas, se sintió inclinado a mostrar su acuerdo.

—Supongo que tienes razón.

—¡Y tanto que tengo razón! —respondió asintiendo enfáticamente—. Eres un viejo chocho.

—Sí, debo de estar loco por hacer negocios contigo —dijo él, pero la mujer simplemente lo fulminó con la mirada; entonces él se acordó y dijo—: Había mucho humo al sur esta mañana. ¿Sabes de qué se trataba?

La Mujer de las Ruinas sonrió y le guiñó un ojo.

—Y tanto que lo sé. ¿No te hablé esta mañana de los Vándalos? Han invadido totalmente esta ciudad. La semana pasada quemaron al viejo Edmonds y sus libros. Ahora ese sitio de los cuadros. Están como cabras, esos Vándalos.

Y a continuación se entretuvo colocando y recolocando sus mercancías por el tranvía. El corazón de Parnell se hundió un poco más.

—¿La Galería de Arte?

—Sí, eso es lo que he oído. Jack el Cojo, que ha estado en el sur esta mañana, me lo dijo. A los Vándalos no les gustan los libros ni los cuadros, no señor.

La furia comenzó a hervir en su interior y a continuación se tornó en amarga frustración por la carencia material. La mayoría de las cosas que valoraba habían sido destruidas durante la crisis. Y ahora aquellas que habían sobrevivido estaban desapareciendo de igual manera, por una destrucción sin sentido.

—¿Por qué lo hacen? —protestó, sentándose en un asiento vacío para poder dejar de temblar—. ¿De qué sirve hacer lo que hacen?

—¿Y a quién le importa? —dijo la mujer—. No podemos comernos los libros, no podemos refugiarnos en esos cuadros. Esos Vándalos están locos, sin duda, pero ¿a quién le importa?

—De acuerdo —dijo Parnell—, de acuerdo.

Las respuestas que brotaban en su interior no significaban nada para la Mujer de las Ruinas. Lo único que podía hacer era reprimir su sensación de pérdida y pena, esconderla. Apretó los dientes y recogió fatigado todo lo que había sacado en el trueque, lo metió en la bolsa y salió del tranvía. La Mujer de las Ruinas le vio marcharse con una expresión de hastiado disgusto. Su esposo seguía sentado allá arriba, observando sin cesar el horizonte oscurecido y con el arma bajo el brazo.

Parnell pasó toda la mañana del día siguiente cazando ratas entre las hileras de casas medio derruidas por el paso del tiempo y que todavía se erguían en líneas uniformes en el sector oeste de la ciudad. Tras unas cuantas horas de inútil búsqueda tuvo suerte y encontró una conejera que penetraba la blanda tierra de un patio trasero vallado y lleno de maleza. Logró atrapar dos conejos sorprendidos antes de que el resto huyera a lugar seguro. Se pasó el resto de la mañana limpiando y asando los conejos y salando sus pieles. Por la tarde, volvió de nuevo a la oscura sala, donde comenzó la larga tarea de afinar cada cuerda del piano hasta obtener el timbre perfecto. Si hubiera sido un afinador profesional, habría podido avanzar a mayor velocidad, pero se veía obligado a hacerlo a paso de tortuga, tomando decisiones por el método de ensayo y error: primero escuchaba cada cuerda, luego las escuchaba en comparación con las otras cuerdas ya afinadas, entonces las ajustaba escuchando el diapason, y finalmente tensaba de nuevo la cuerda con su llave inglesa oxidada.

Medía el tiempo por lo que tardaban en quemarse las velas y, de nuevo, se marchó

antes de que cayera la noche.

Los días transcurrieron de esa manera, hasta que ya no pudo fiarse de su oído y se vio obligado a descansar durante horas en cada ocasión antes de poder volver a entrar.

Cada vez que salía de la sala para comer o para descansar sus ojos y oídos, veía humo en algún punto del horizonte. Y finalmente llegó el día; probó el piano con escalas y ejercicios simples y comprobó que el afinamiento era perfecto. Entonces supo que tenía miedo de comenzar, miedo de sentarse y tocar una pieza musical real en el piano. Sus manos todavía recordaban sus composiciones favoritas, pero le embargaba el corazón un temor ahogado de estropear y distorsionar la música de alguna manera. Había mantenido sus manos fuertes y sus dedos ágiles gracias a haber estado todos esos años peleando contra un viejo piano monstruoso, pero no estaba seguro de haber conservado sus habilidades. Había pasado mucho tiempo.

Parnell salió de la sala y se sentó abatido y tembloroso sobre el camión oxidado y lleno de maleza. Era por la tarde y, por primera vez desde hacía días, no se veía humo alzándose al cielo. Se comió el último trozo de conejo que le quedaba y pensó que tendría que ir de caza al día siguiente. Se rió de sí mismo por ser un viejo idiota, pegó un trago de agua de su cantimplora, encendió la vela y se apresuró a entrar en la sala, dejando una estela de polvo a su paso.

En el escenario había apartado todos los atriles a un lateral para dejar el piano de cola solo y sin nada alrededor. En ese momento limpió la superficie brillante una vez más, sacó brillo a las letras de latón, levantó la tapa, encendió el candelabro y se sentó ante el teclado. Los murciélagos aletearon un aplauso tumultuoso. El inclinó la cabeza ligeramente hacia las butacas vacías de terciopelo carcomido por las polillas y comenzó a tocar.

Empezó con la Sonata para Piano Opus 109 de Beethoven. La música fluía, crecía; se desgranaba de las cuerdas de aquel magnífico piano mientras sus manos se movían y sus dedos pulsaban las teclas, recordando lo que su cerebro no recordaba más que vagamente. Y supo, al escucharse, que no había perdido su habilidad, y que, de alguna manera, la había logrado conservar en su interior y mantenerla latente durante todos estos años de tormento. Tejió una red de música y proyectó movimiento y luz y armonía hacia la oscuridad, envolviéndose él mismo en su sonido, y continuó tocando. Y mientras tocaba, lloró. Acabó la pieza musical; luego comenzó otra. Y otra más. Beethoven, Mozart y Chopin resucitaron. La música se expandió a través de las horas, un torrente de alegría, de tristeza, de anhelos. Estaba ciego, insensible y sordo a todo menos a su música, aislado del mundo exterior por el castillo de sonido que se construía a su alrededor.

Por fin, Parnell se detuvo, sus manos palpitaban dolorosamente y levantó la mirada por encima de la superficie del piano.

De pie ante él había un Vándalo. En sus brazos acunaba el mazo que Parnell había intercambiado con la Mujer de las Ruinas. La cabeza del mazo estaba manchada de sangre.

El Vándalo permaneció inmóvil, mirándolo con desdén y acariciando en todo momento el mango del mazo que llevaba. Vestía cuero toscamente curado y metal oxidado. Alrededor del cuello llevaba una docena de collares y cadenas de metal que colgaban sobre su pecho desnudo y velludo, cruces y esvásticas, símbolos de la paz y peces, repiqueteando suavemente unos contra otros. Estaba sucio y tenía el cabello grasiento y despeinado, y sobre la frente se veía la cicatriz de una quemadura en forma de V. Apestaba.

Parnell era incapaz de hablar. El miedo lo había petrificado y su corazón brincaba en su pecho como un pez fuera del agua. El Vándalo emitió una risa áspera; disfrutaba del terror dibujado en el rostro de Parnell.

—¡Eh, viejo, tocas muy bien! Dime, Hombre Músico, ¿y qué tal cantas?

—No sé cantar —la voz de Parnell sonó como un crujido en su garganta.

El Vándalo sacudió la cabeza fingiendo consternación.

—Mala suerte, Hombre Músico. Pero te aseguro que pronto estarás cantando de puta madre cuando haya terminado contigo. De puta madre y bien fuerte.

Se deshizo del mazo y sacó un largo cuchillo. Éste lanzó fieros reflejos sobre el escenario cuando el filo atrapó la luz de la vela.

Parnell sintió que estaba a punto de vomitar pero, como un demente, su vieja ira se inflamó en su interior a pesar del miedo que lo atenazaba.

—¿Por qué? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Por qué quieres matarme? ¿Qué daño te hago yo?

El Vándalo entrecerró los ojos con gesto de total concentración y fiero humor.

—¿Por qué? ¿Por qué no? —y el cuchillo lanzó destellos amarillos a los ojos de Parnell.

—Todo eso que hacéis... destrozando todas las cosas bellas, los libros, los cuadros... —Parnell estaba comenzando a excitarse a pesar de su miedo—. Todas esas cosas es lo único que nos queda de nuestro legado, nuestra cultura; de la civilización, de la grandeza del Hombre, ¿no lo comprendéis? No sois más que bárbaros, matando y quemando todo...

Se calló cuando el Vándalo blandió el cuchillo hacia él, y en el rostro de este ya no quedaba ni rastro del previo regocijo.

—Tocas una música preciosa y tus palabras son preciosas, pero lo que dices es una puta mierda. ¿Sabes lo que vuestra bonita cultura nos ha traído? Nos ha traído mierda y luchas... y que nos comamos los unos a los otros. Tú eres encantador y viejo, tío precioso; ya eras viejo cuando los asesinatos y las muertes comenzaron. Yo y los míos sólo éramos niños por aquel entonces. ¿Sabes cómo nos fue? Tuvimos que correr y escondernos para no ser la comida de los mayores; tuvimos que comer mierda y escoria para sobrevivir, tío. Eso es lo que vuestro precioso legado nos trajo a nosotros, tío precioso, así que no me vengas con gilipolleces sobre lo grande que fue el Hombre, porque no lo fue —el Vándalo estaba en ese momento inclinado sobre Parnell, exhalando su terrible aliento contra el rostro del anciano; Parnell enmudeció

totalmente cuando el Vándalo se echó hacia atrás y le contempló con odio—. Y tú, sentado aquí en la oscuridad tocando esa preciosa música... ¡lo único que deseas es que todo sea como antes! Bueno, yo y los míos nos estamos asegurando de que nunca vuelva a ser como antes. Y ahora dime, tío, ¿qué cosas buenas hizo esa música, esa cultura, eh?

Los pensamientos de Parnell se derrumbaban. Finalmente, se limitó a decir:

—Proporcionaba placer a la gente, eso es todo.

El Vándalo recuperó su sonrisa desdeñosa.

—De acuerdo, Hombre Músico, matarte va a darme muchísimo placer. Pero primero, tío, me lo voy a pasar de puta madre destrozando este precioso trasto musical que tienes delante, para que tú también puedas disfrutarlo. ¿Qué te parece?

Y, tras girarse, el Vándalo blandió el mazo y lo levantó sobre las cuerdas del piano de cola.

Algo se rompió en el interior de Parnell.

Saltó y agarró al Vándalo por los brazos. Sorprendido, este dejó caer el mazo. Parnell le echó las garras a la cara. El Vándalo lanzó un velludo puño propinando a Parnell un golpe desgarrador en la mandíbula que casi lo tiró al suelo, pero las manos de Parnell estaban en ese momento alrededor del cuello del Vándalo. Las manos de Parnell eran las únicas partes de su cuerpo que no se habían debilitado ni temblaban, unas manos firmes como el hierro después de décadas de practicar sobre un teclado, y sus pulgares comenzaron a hundirse en la tráquea del Vándalo. El joven comenzó a ahogarse e intentó en vano apartar las manos de Parnell, pero los dedos crispados estaban cerrados ejerciendo una presión asesina; se cerraron aún más con histérica energía. Durante lo que parecieron unos minutos eternos, los dos permanecieron pegados en un abrazo estrambótico. A continuación, el Vándalo se derrumbó sobre el escenario, mientras Parnell seguía encima de él, estrangulando la vida que le quedaba, hasta que el Vándalo murió.

Parnell dejó escapar un grito ahogado y vomitó violentamente por el borde del escenario. Se acurrucó de rodillas durante un rato, transformado en un animal embrutecido por la reacción y el horror. Finalmente se giró y, embargado por una extraña emoción, contempló el cuerpo del Vándalo. Del exterior le llegaron muy débilmente los alaridos y gritos del resto de la manada de nuevos bárbaros mientras quemaban y saqueaban. Dentro, sólo se oía el silencio de la muerte y el suave cuchicheo de los murciélagos.

Se arrastró hasta el piano, donde estaba tirado el mazo. Se levantó ayudándose del mazo para sujetarse sobre sus piernas temblorosas y luego lo tomó entre sus brazos.

Con un balanceo angustiado, descargó el mazo sobre las cuerdas del piano.

El impacto desgarró todo su cuerpo. Las cuerdas se rompieron con violentos latigazos y la madera se astilló, llenando el aire de estridencias. El candelabro cayó sobre el suelo y se apagó, derramando oscuridad por toda la sala.

Parecía que el silencio iba a durar mucho tiempo.

21

JOHN LANGAN

**Episodio Siete: La última defensa contra
la Jauría en el Reino de las Flores Púrpura**

[Episode Seven: Last Stand Against
the Pack in the Kingdom of the Purple Flowers]

JOHN LANGAN ha publicado varios relatos en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, dos de los cuales («On Skua Island» y «Mr. Gaunt») fueron nominados para los Premios del International Horror Guild. Próximamente será publicada una antología de sus relatos cortos, *Mr. Gaunt and Other Uneasy Encounters*, en Prime Books. Las críticas y ensayos de Langan han aparecido en *Dead Reckonings*, *Erebos*, *Extrapolation*, *Fantasy Commentator*, *The Internet Review of Science Fiction*, *The Lovecraft Annual*, *Lovecraft Studies*, y *Science Fiction Studies*. Ejerce de profesor asociado en SUNY New Paltz, y está acabando una tesis sobre HP Lovecraft.

«Episodio Siete» es una variación a partir de un relato anterior de Langan que escribió tras cumplir la veintena. La versión que se presenta en esta antología está influenciada por otro relato de este mismo volumen: «El fin del mundo tal como lo conocemos» de Dale Bailey. «El relato de Dale es una excelente revisión del relato clásico post-apocalíptico de los años cincuenta», afirma Langan. «Me maravilla lo que ha logrado (Bailey), pero su lectura también me hizo sentir cierta rivalidad, un deseo de mostrar que no todo el mundo se sometería y marcharía discretamente hacia esa bendita noche».

Episodio Siete: La última defensa contra la Jauría en el Reino de las Flores Púrpura

Quedan cantidades ingentes de odio en este mundo, Spiderman.
Samuel R. Delany, *La intersección de Einstein*

Baja aquí y resiste por última vez.
The Alarm, «La Resistencia»

No fue atacado por una jauría errante de perros salvajes.
Dale Bailey, «El fin del mundo tal como lo conocemos»

Llevaban tres días y tres noches huyendo...

...durante las cuales durmieron en periodos de treinta, sesenta y noventa minutos en los asientos traseros de enormes coches y todoterrenos, en el vestíbulo de un hotel, en unos grandes almacenes de artículos deportivos en un lateral de un centro comercial...

... lograron escapar de la Jauría...

...que había estado demasiado cerca desde el principio y se aproximaba a ellos todavía más, a pesar de las trampas de Wayne, todas ellas muy ingeniosas y algunas bastante originales, y que como mínimo lograban causarles dos o tres bajas en cada ocasión, hasta que Wayne consiguió atraerlos al pasillo entre la zona de restaurantes y la entrada principal del centro comercial, donde detonó un explosivo que no sólo hundió el suelo bajo los pies de la Jauría, sino que también derrumbó el techo sobre ellos, haciendo que llovieran fragmentos de cristal como si fueran guillotinas de tamaño familiar... Jackie quiso rematar a los supervivientes, pero Wayne afirmó que todavía era demasiado peligroso y la arrastró hacia el exterior...

...al otro lado del Puente...

... estaba demasiado congestionado con coches para pasar con el Jeep Cherokee, y Wayne le había dado las indicaciones hacia el tramo sorprendentemente vacío de la Ruta 9 entre el centro comercial y el Puente de Mid-Hudson, lo cual les llevó a sopesar los pros y los contras de continuar hacia el norte siguiendo el cauce del Hudson hasta llegar al siguiente puente, el cual podría estar despejado, o no (sólo en esta ocasión, Wayne pareció dudar), hasta que Jackie insistió en que les iba a dar igual cruzar allí mismo como en cualquier otro sitio: todos los puentes estarían llenos de coches al otro lado y, si no hacían algo, iban a tener que malgastar bastante plomo y enfrentarse a la Jauría en su propio terreno (lo cual, aparte de aquella primera y terrible presentación, habían logrado evitar)... así pues, abandonaron el Jeep, cargaron con las mochilas, más pesadas que nunca (y eso que estaban descansados), y (el Puente se movía bajo sus pies al compás del viento que zumbaba a través de sus

cables como un coro calentando las voces) avanzaron serpenteando a través de un laberinto de vehículos atrapados de todas las formas concebibles, y con sus interiores abarrotados por las gigantescas flores de grueso tallo que Jackie y Wayne habían descubierto dentro de la mayoría de vehículos que habían encontrado hasta el momento, y que se retorcían alrededor de los volantes, los cambios de marcha y los pedales (las ventanas empolvadas por el polen violeta), lo cual hacía que para poder arreglar los coches necesitasen unas herramientas y un tiempo del que no disponían... había un remolque con la cabina del conductor vacía, pero estaba empotrado contra la barandilla por otros tres coches más pequeños, como si lo tuvieran acorralado allí...

...instalaron el campamento...

... en un saliente desde el que se veía el punto en el que el Puente se adentraba en las pronunciadas colinas de la orilla occidental del Hudson; fue Wayne quien descubrió la repisa de roca mientras subían por la carretera que viraba hacia la derecha, y tras bordear otro grupo de coches lleno de flores púrpura se lo señaló a Jackie... cuando llegaron a un lugar desde el que se podía acceder al saliente desde la carretera, subiendo por un empinado sendero bloqueado por una verja que Wayne estaba seguro de poder abrir, él encabezó la marcha (a pesar de que las piernas de Jackie temblaban sólo de pensar que todavía le quedaba más escalada y más dura), le metía prisa, le susurraba ánimos, halagos, durante todo el tiempo que tardaron en llegar a la parte más elevada del camino; cuando Jackie le alcanzó, Wayne ya había abierto el cerrojo de la verja, pasaron los dos, y cerró de nuevo el candado tras su paso... Jackie lo seguía mientras él avanzaba cuidadosamente por las rocas esparcidas por la repisa de piedra; no medía más de cuatro metros y medio de ancho en sus puntos más alejados, calculó ella; el Puente volvió a hacerse visible y entonces Wayne levantó la mano como si fuera alguna especie de guía nativo señalando las vistas al resto del safari y dijo que ese lugar serviría...

...y se dispusieron a preparar una emboscada...

...Wayne comenzó a retroceder de nuevo por el saliente casi en el mismo instante en que se descolgaron las mochilas; tan sólo se llevó la enorme bolsa de lona negra que Jackie en ocasiones imaginaba como su bolsa de los trucos y en ocasiones su cinturón de herramientas, y una de las pistolas, dejando las otras armas con ella: el rifle cuyo nombre ella no podía recordar pero que a Wayne tanto le había emocionado encontrar en el almacén de artículos deportivos, y las dos pistolas restantes, una de las cuales procedía de la caja fuerte del padre de Wayne, la otra de un coche de policía abandonado... «No tienes que cubrirme —le había dicho él—, pero presta atención», y eso es lo que ella había hecho, sentada con su bolsa apoyada contra las mochilas y el rifle descansando sobre la parte superior de su barriga, mientras Wayne volvía sobre sus pasos y bajaba por la colina hasta el Puente; luego lo atravesó para colocar una trampa que se le había ocurrido, o quizás dos si tenía tiempo, hasta que lo perdió de vista, oculto por la ladera de la colina frente a ella.

Jackie...

... Jacqueline Marie DiSalvo: veinte años de edad; un metro setenta centímetros, alta como su (probablemente muerto) padre; ya no sabía cuántos kilos pesaba, porque subirse a una báscula no había estado entre sus prioridades desde hacía bastante tiempo; cabello castaño oscuro, lo suficientemente largo para no parecer bajita; ojos castaños, también; rasgos cuidadosamente proporcionados (en una ocasión su padre [muerto] los había descrito como remilgados, lo cual ella no había estado segura de cómo tomárselo); tenía la piel menos morena de lo que hubiera esperado, teniendo en cuenta la gran cantidad de tiempo que había pasado a la intemperie ese último mes, aunque gran parte de noche, cierto, y había transcurrido casi toda una semana lloviendo a mediados de mes, pero incluso así...; llevaba puesta una camiseta de algodón de hombre extra grande, unos pantalones de chándal grises, calcetines de correr de algodón blanco y unas sandalias Birkenstocks de imitación, que eran cómodas pero que le apretaban demasiado los pies: de nuevo, ir a comprar zapatos no resultaba una prioridad cuando uno huía (o, más bien, escapaba corriendo como un pato, como en su caso) para salvar la vida... cinco semanas atrás, había estado treinta y cinco días menos preñada, seis meses y medio en lugar de los casi ocho meses «en camino» (el eufemismo favorito de su [más que probablemente muerto] doctor para referirse al embarazo, como si tener un hijo fueran unas vacaciones exóticas) ese momento: una diferencia que significaba, desde un punto de vista práctico, una barriga más pequeña, pechos más pequeños, todo más pequeño; un ella más pequeño que no se cansaba tan rápidamente; que no se quedaba sin aliento todo el tiempo; que no dormía bien pero bastante mejor que en los últimos tiempos, cuando la comodidad se alejó en el último tren; que no necesitaba parar a mear todo el tiempo, mientras Wayne vigilaba con la pistola desenfundada y barriendo con los ojos el horizonte de dondequiera que estuvieran, intentando detectar la inevitable (re)aparición de la jauría...

... sentada, esperando a Wayne...

... Wayne Anthony Miller: veinte años de edad, de hecho dos días más joven que Jackie: ella nació el tres de julio, él el cinco; un metro noventa y dos centímetros; tal vez setenta y ocho kilos, todavía no ha superado el aire desgarbado de adolescente (así lo describió su [con toda probabilidad muerta] madre, tal como él le había escuchado usarlo en la fiesta de Año Nuevo y que le hizo sentir, tal como confesó a Jackie, traicionado en lo más esencial); de manos y pies grandes, que colgaban de unos brazos largos y delgados y unas piernas unidas a un largo y delgado torso; con el pelo largo, castaño claro que fue rubio hasta la pubertad enmarcando un rostro ancho y cuadrado, con una nariz pequeña, ojos rasgados y boca generosa; llevaba los mismos vaqueros que había llevado todo el mes anterior, y que eran los que más a gusto llevaba (tremenda campaña publicitaria: «Levi's: Te Conduciremos a través del Fin de la Civilización: los Número Uno en Escenarios Post-apocalípticos»), con una camisa roja de cuadros escoceses abierta sobre una camiseta gris con el emblema negro del murciélago de Batman estampado, y unas Doc Martenis... cinco semanas

antes había estado trabajando en Barnes and Noble, al sur del Puente en la otra ribera, y gastaba de su salario más de lo que debiera en la tienda de cómics en la plaza: había completado la Diplomatura en Artes y Letras del Community College del Condado de Dutchess el semestre anterior; su futuro, que giraba entre sueños de escribir uno de los títulos de Batman, todavía era, como le gustaba decir a él, un trabajo en fase de desarrollo (esto ocurría cuando el futuro se abría ante él más allá de las próximas doce horas y era algo en cierto sentido más complejo, y sin embargo también algo más simple, que intentar localizar comida y un refugio defendible).

El sol quemaba...

... tostaba, sería la palabra más adecuada, aunque soplaba una brisa bastante fuerte desde el río... Jackie supuso que la roca expuesta a su alrededor, un material grisáceo y áspero que debería haber podido reconocer pero cuya identidad aparentemente permanecía en aquella parte de su memoria marcada con «Ya no es Necesario», amplificaba el calor, que no era totalmente agobiante (aunque pronto lo sería, y la dejaría jadeando como un perro, y probablemente sentiría la necesidad de quedarse en ropa interior, pero por el momento irradiaba un agradable calor a través de su cuerpo).

Más tarde...

... casi dos horas más tarde, ¿qué había estado haciendo ahí fuera?...

... Wayne regresó...

... la saludó mientras se alejaba del Puente, ella le devolvió el saludo...

... le quedaba el tiempo suficiente para sacar una cuerda...

... la sacó de su mochila, un pesado rollo como los que emplean los montañeros y cuyo hallazgo en una ferretería dos semanas atrás le había proporcionado una tremenda alegría, lo cual Jackie no pudo entender, porque la cuerda parecía bastante pesada y no veía la necesidad de llevar más peso del absolutamente necesario... Wayne ya cargaba con más de lo que le correspondía para compensarla a ella; ella no quería que Wayne se agotase por no saber prescindir de todo aquello que podría resultarle útil algún día... sin embargo, no dijo nada en voz alta y la incorporación de la cuerda no pareció hacer mella en él...

... y de regreso al Puente...

... donde Wayne extendió la cuerda por la carretera, pasándola una y otra vez por un par de cables de sujeción del puente, tejiendo una especie de red improvisada que Jackie pensó que sólo detendría a los miembros más débiles de la Jauría durante medio segundo, y que el líder (ya fuera animal, hombre o mujer) y sus compañeros la atravesarían en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando hubo acabado de colocar la última trampa...

...la cual no le parecía a Jackie más impresionante ya acabada que lo que le había parecido cuando se dio cuenta de qué se trataba; aunque había más cuerda de lo que esperaba; una docena, o quizás quince tramos de cuerda que Wayne había dispuesto siguiendo un diseño que ella no podía comprender, de manera que algunos tramos de

la cuerda corrían unos treinta centímetros o más por detrás de los otros... y no es que se hubiera quedado dormida mientras él montaba la trampa: por el contrario, había mantenido los ojos bien abiertos durante todo el proceso, pero su mente había estado divagando, como le ocurría con frecuencia durante el último día y medio, sobre el bebé, que había pasado de lo que ella denominaba sus calistenias diarias a una completa quietud, y no se había movido en absoluto por lo que ella había podido sentir (y, en esta fase, era capaz de sentir muchas cosas) durante aproximadamente unas treinta y seis horas, lo cual podría ser algo totalmente normal por lo que sabía: había una carencia bastante dramática de obstetras por esos lares (ja, ja) y, aunque Wayne sabía una gran cantidad de cosas sobre todo tipo de asuntos, su experiencia tendía más hacia la ultraviolencia y no tanto hacia el espectro de actividades relacionadas con el milagro de la vida... lo único que podía hacer era escuchar las lamentaciones de Jackie, encogerse de hombros y decirle que no se preocupara por ello, consejo que ella misma ya se había dado y que cada vez le resultaba más difícil seguir... Jackie podía sentir que el pánico la invadía, fundiéndose en una tormenta que la arrastraría en un torrente de lágrimas y gritos, porque el niño que llevaba dentro estaba muerto, transportaba una criatura muerta (de acuerdo, en realidad su mente no había divagado, sino más bien se había limitado a dirigirse directamente hacia su ansiedad y la había observado crecer), la cuestión era que no estaba segura de si Wayne había ensartado en su red algunos de los explosivos (propiedades dichos o improvisados) que llenaban su bolsa de los trucos, o si tenía otros planes para sus gigantescos juegos de hilo...

... Wayne regresó...

... y menos mal, porque el sol ya se había hundido tras la colina a espaldas de Jackie, y aunque el cielo en lo alto todavía estaba azul, era de ese azul más intenso que oscurecía gradualmente durante las dos horas siguientes hasta tornarse de un añil que un mes de observación del cielo nocturno le había enseñado que era el color real sobre el que las estrellas brillaban, y aunque la Jauría había demostrado ser capaz de aparecer a cualquier hora del día, sin duda prefería moverse tras la puesta de sol, y aunque Jackie había practicado con las pistolas y había disparado a uno de la Jauría a una distancia atterradoramente corta (la bestia huyó corriendo, ilesa), sólo había recibido una clase con el rifle (cuyo nombre tenía en la punta de la mente) y además sin munición, y no confiaba en absoluto en su habilidad de lograr disparar más de un solo tiro, o ni siquiera, lo cual no quería decir nada sobre su habilidad para matar o incluso alcanzar su blanco, así que cuando Wayne ató el último nudo de su barrera de cuerda y comenzó a subir por la carretera, la envolvió un sentimiento de alivio...

... y encendió un fuego...

... utilizando madera que había recogido de los árboles del sendero que llevaba hasta el saliente, un pesado haz que transformó en una hoguera más grande de lo que ella pensaba que era prudente, un lapsus inexplicable por parte de Wayne... a menos que deseara ser visible; y si era así, se trataba de una nueva estrategia para él: sus

trampas anteriores se habían basado en falsos rastros, en hacer creer a la Jauría que los dos estaban en algún lugar del cual estaban totalmente alejados y a salvo, pero esta táctica había comenzado a ser cada vez más difícil a medida que la Jauría se adaptó a los métodos de Wayne... francamente, Jackie se había quedado sorprendida de que la emboscada del centro comercial hubiera funcionado tan bien, porque había sido tan obvia, tan obvia como cualquiera de los primeros trucos de Wayne, tanto que la Jauría debió de imaginar (si es que se puede aplicar tal verbo a ellos; aunque evidentemente poseían algún proceso de cognición) que no podía tratarse de una encerrona, y por ello entró hasta el mismísimo centro de la emboscada... en realidad, no hacía falta una hoguera, todavía no, el calor manaba de la roca del saliente y seguramente seguiría haciéndolo durante la noche, mientras los focos del Puente, una hilera de bombillas en forma de llama que iluminaba el arco de cada cable de suspensión, parpadearon y se encendieron cuando la luz diurna se apagó (uno de esos sucesos intermitentes englobados en la vaga categoría a la que ella se refería como las maquinarias del Viejo Mundo), su brillante resplandor recorría todo el espectro desde el azul al rojo y de nuevo al azul, y la luz era suficiente para que Jackie pudiera leer su maltrecha copia de *Qué esperar cuando estás en estado de esperanza* si le apetecía (pero no le apetecía; se sentía levemente culpable por ello, pero estaba demasiado cansada [y... siendo honesta... temía lo que el libro pudiera decirle sobre la quietud del bebé] si se pensaba con detenimiento, el fuego era un faro y un cebo, la forma en que Wayne le hacía un corte de mangas a los miembros de la Jauría que hubieran sobrevivido en el centro comercial y los guiaba al otro lado del Puente... mientras ella se reclinaba sobre su mochila y aceptaba el bagel de manteca de cacao que Wayne le ofrecía, Jackie pensó, *Ya está aquí, nuestra última defensa; tras cuatro semanas, vamos a quedarnos y resistir.*

Cenaron en silencio...

... de la manera en que hacían todas las cosas en silencio esa última semana, aproximadamente... antes, Wayne había sido un hablador de proporciones épicas, el tipo de persona con la que no inicias una conversación a menos que tengas disponibles al menos tres días libres, lo cual a Jackie le había parecido algo encantador, porque casi todo lo que decía era divertido e interesante, y si ella ponía los ojos en blanco exasperada en alguna ocasión, era sólo cuando él comenzaba a explayarse sobre este o aquel cómic con el que estuviera encaprichado en esos momentos, lo cual hacía con tal microscópico detalle que la aturdiría mentalmente... cómics que nunca le habían interesado, las hazañas secretas de hombres usando disfraces en lo que era esencialmente un campo de batalla carente de cualquier consecuencia, simplemente no le atraían; aunque la prolijidad y profundidad de las descripciones y análisis que Wayne derrochaba sobre ellos la animaban de vez en cuando a adivinar por sí misma; en esos momentos, deseaba haber leído algunas de las colecciones de las que Wayne tantas alabanzas cantaba (*El regreso del Caballero Oscuro* y *Batman: Año Uno* [pero no *El contraataque del Caballero Oscuro*, que era

basura sobrevalorada] y Sandman y Johnny el Maníaco Homicida [ojalá este título le resultara más gracioso]), o al menos haber prestado más atención a sus enseñanzas sobre ellas, porque podría haberle ayudado a entender lo que le había pasado a Wayne durante el último mes, desde que el mundo había caído en picado, cuya más pequeña manifestación fue que el torrente de palabras que manaba de sus labios se secó, y cuyo ejemplo más dramático fue... fue una locura...

... entonces limpió las pistolas...

... una a una, Wayne desmontaba cada pistola mientras Jackie practicaba con el rifle apuntando a la barrera de cuerda, luego limpió el rifle mientras Jackie apuntaba con la automática de la policía... ella misma podría haber desmontado, limpiado y engrasado las armas: Wayne había insistido en que aprendiera a hacerlo en caso de que le ocurriera algo a él (lo cual era una broma: ¿pensaba él realmente que, a estas alturas, gorda y torpe como estaba, ella podría ir a algún sitio sin él?... era casi gracioso: la enorme mujer preñada con una pistola humeante en cada mano, haciendo frente ella sola a la Jauría), pero el pesado olor de la grasa le producía náuseas, así que se levantó (o, mejor dicho, se reclinó) para hacer guardia y dejó que Wayne hiciera las cosas como él obviamente quería hacerlas...

... y se acomodó para pasar la noche...

... a esperar y dormir, él haría el primer turno de vigilancia, ella el segundo... tras haber desenrollado su saco de dormir y usar sus propios pies para desprenderse de las sandalias, miró a Wayne, que estaba sentado al otro lado de la hoguera (a la que él había echado más madera, manteniéndola encendida y brillante), y le preguntó: «¿Cuándo llegarán aquí?», a lo cual Wayne respondió, «Difícil de decir. Si tenemos suerte, a última hora de la mañana y primera de la tarde», lo cual la sorprendió: hubiera o no hubiera emboscada o última defensa, ella confiaba en que si la Jauría no hacía acto de presencia con las primeras luces de la mañana, o quizás un poco más tarde, ambos abandonarían su posición, la cual, a pesar de todas las ventajas que les proporcionaba en cuanto a la altura («Control del terreno desde lo alto», ¿cuántas veces Wayne lo había repetido?), era un callejón sin salida: si la Jauría lograba atravesar cualquiera de las trampas que Wayne había preparado en el Puente, por no mencionar su improvisada red, y subían en tropel por la carretera hasta llegar al sendero que conducía al saliente, ella y Wayne estarían atrapados (violando así otro de los mantras de Wayne: «Ten siempre una salida a mano»); era mejor, pensaba ella, mantener abiertas sus opciones y retroceder que confiar en la ingenua esperanza de Wayne de causar más bajas a la Jauría... todo lo cual comunicó a Wayne sin que sirviera para nada: «Ésta es nuestra mejor oportunidad», dijo él, y mientras ella le rebatía recordándole su mantra «El que pelea y huye, vive para pelear otro nuevo día», Wayne se mantuvo en sus trece, y de todas formas a Jackie le pesaban los párpados, así que abandonó la discusión hasta el nuevo día y se deslizó en su saco de dormir.

El sueño de Jackie fue ligero, inquieto...

... porque dormir profundamente era imposible a estas alturas del embarazo, al menos en una repisa de piedra y dentro de un saco de dormir, y porque sus sueños eran vívidos e inquietantes; no era de extrañar, como le aseguraba su libro *Qué Esperar*: las mujeres encinta padecían todo tipo de ataques de ansiedad durante el sueño, una tendencia agravada en su caso por los sucesos del último mes, la larga lucha por mantenerse en movimiento y por delante de la jauría, lo cual había aportado a su inconsciente todo un nuevo vocabulario de inquietud y terror...

[... ella estaba en aquel tramo de la Ruta 9 donde todos los coches, dos o tres docenas, se habían quedado parados casi simultáneamente, con excepción de un todoterreno negro que había aplastado el maletero del sedán rojo que iba delante... ella y Wayne miraban por las ventanillas de los coches, sus interiores, y todos ellos estaban abarrotados de flores púrpura, en todos los casos de una a cuatro flores por vehículo, tallos gruesos y retorcidos como serpientes, capullos del tamaño de girasoles, una clase de plantas que Jackie jamás había visto antes y, aunque no era una experta, la botánica había sido una de sus aficiones... las flores presentaban una acumulación de pétalos superpuestos, vagamente parecidas a las rosas, pero cada pétalo era de entre diez a quince centímetros de largo, con los bordes irregulares, casi en forma de sierra, y una tonalidad berenjena uniforme; los centros de las flores se oscurecían con matojos de pétalos cerrados que se asemejaban a bocas fruncidas y listas para besar, un efecto que a ella le pareció lo suficientemente inquietante para hacerle bajar la mirada hacia los tallos, verdes como el perejil, leñosos, cubiertos de gruesas cerdas, y con diminutas hojas en forma de abanico como extremidades atrofiadas... Jackie había analizado las plantas, que se enredaban en los volantes, los cambios de marcha, los reposacabezas, los picaportes de las puertas, los pedales, unas sobre otras, a través de ventanillas rociadas con polen violeta, cada coche convertido en un terrario independiente, y concluyó que nada de esto tenía sentido: no había forma posible de que una planta de semejante tamaño pudiera sobrevivir en ese tipo de ambiente, desprovistas, por lo que Jackie podía observar, de alimento y agua... antes de que Wayne pudiera pararla, ella agarró el picaporte del coche junto al que estaba para abrir la puerta y recoger una muestra de la flor cuyo capullo presionaba contra la ventanilla, como el rostro asomado de un niño, pero el tallo mantenía cerrada la puerta con sorprendente fuerza, así que lo máximo que consiguió fue abrirla tan sólo una rendija, no lo suficiente para llegar a la planta, pero sí para que una nube pequeña de polen saliera flotando... un segundo después, Wayne se acercó y la alejó del coche agarrándola por el hombro, aunque no antes de que ella inhalara algo de polen e invadiera su nariz de un fuerte olor a lavanda, el cual permaneció el resto del día a pesar del violento ataque de estornudos que le provocó... ella había estado enfadada con Wayne no sólo por ser tan condescendiente con ella, sino por recordarle que no iba a servir de mucho que tomara una muestra... ¿qué iba a hacer

con ella?, podría ponerlo bajo un microscopio si es que encontraban uno y luego ¿qué?... ella era una simple estudiante del primer ciclo universitario especializada en Biología y Psicología de asignatura optativa: si analizase una porción de la flor púrpura, como mucho podría identificarla como planta... lo cierto es que Jackie no había podido ofrecer ninguna explicación de la situación... ella se alejó con paso airado lo mejor que pudo y respondió a las constantes preguntas de Wayne acerca de cómo se sentía con el mismo monosílabo, «Bien», lo cual era bastante cierto, a excepción de aquel olor a lavanda (pero esa noche ella soñó que, mientras conducía, su piel, que le picaba increíblemente, tanto que le estaba resultando difícil concentrarse en la carretera, comenzó a deshacerse bajo las yemas de los dedos, cubriéndose de fino polvo y, de repente, todo su cuerpo comenzó a desmoronarse... durante unos instantes, fue consciente de que todo su cuerpo se secaba, se deshacía, hilos de polvo caían de las manos, la barbilla, los dedos, derramándose por el volante, su cuerpo se disolvía sobre el asiento y sus pies se reducían a polvo dentro de los zapatos... tuvo suficiente tiempo para experimentar el pánico de no poder respirar, luego ya dejó de importarle, y se derrumbó... y se despertó con el corazón latiendo con fuerza, y el bebé respondió ante su excitación, pero eso estaba bien, bien, porque significaba que ella estaba todavía aquí, todavía en su cuerpo... durante más de media hora, se pasó las manos arriba y abajo recorriendo su piel, asegurándose con cada grano, cada marca, cada mechón de cabello sucio, que estaba completa y que no se estaba derrumbando... Wayne debió de notarlo, pero permaneció en silencio, y tuvo que pasar una semana para que Jackie lograra ganar suficiente distancia con el sueño y sus sensaciones y contárselo a él... pero para sorpresa de ella, Wayne no le ofreció ninguna interpretación, tan sólo gruñó y no volvió a mencionarlo nunca más)]

[... ese sueño dio paso a otro en el que ella estaba en el cuarto de estar de sus padres con Glenn, que estaba borracho otra vez... aun así: había sacado la botella de ginebra y la de tónica y las había situado junto al sillón, para no tener que andar mucho cada vez que quisiera rellenar el vaso, junto a una cubitera de la que sacaba cubitos de hielo medio derretidos y los añadía a su bebida cuando se calentaba demasiado... el fin del mundo, o algo parecido, y él había pasado gran parte de ese momento sumergido en alcohol, porque ¿quién le iba a decir que no lo hiciera?, sus padres no habían regresado de su excursión a Shop Rite, lo cual no debiera de haberles llevado más de dos horas, tres a lo sumo, y ya hacía veintidós, no, veinticuatro horas que se habían marchado de casa, tras despedirse de ella con un beso e ignorar a Glenn (como acostumbraban a hacer desde que supieron que ella estaba embarazada), y prometerle que regresarían pronto, una promesa que algo les había impedido cumplir, lo cual la puso nerviosa pero no la afectó tanto como debiera; aún albergaba esperanzas de verles aparecer, a pesar de lo que había visto en la televisión antes de que los canales comenzaran a apagarse y cualquiera de los

horrores que pudieran estar retransmitiendo fuera reemplazado por la tranquilidad de una pantalla color azul eléctrico... cuando Jackie subió las escaleras hasta el salón y se asomó a los ventanales, lo único que vio fue su porción de vecindario, el mismo de siempre: sin incendios, ni revueltas, ni gente muriendo de algo que hacía que su carne hirviera y dejaba sus huesos expuestos (y que se había propagado más rápidamente que lo que tardaron los expertos en proponer hipótesis explicativas de la peste: una nueva cepa de gripe aviar había servido de base para un arma biológica; alguna especie de mutación de la viruela; lo cual era más verosímil, teniendo en cuenta su increíble virulencia; pero si eso fuera así, quienquiera que lo propagó erró en sus cálculos, porque logró tener al planeta en jaque durante tres días enteros... el terrorismo había sido complementado con otras explicaciones más imaginativas: nanotecnología descontrolada, liberada durante el incidente en aquella planta de Albany una semana antes; un virus extraterrestre, transportado a la Tierra sobre uno de los meteoros que impactaron en la atmósfera terrestre unas cuantas noches antes, y, por supuesto, la Ira de Dios, y qué más daba que los sucesos globales poco o nada se asemejaran a lo descrito en el *Libro de la Revelación*: los predicadores que insistían en esta respuesta tenían tanta práctica en adaptar los textos bíblicos a sus propios intereses que no sorprendió a nadie que fueran capaces de hacer lo mismo en este caso) (¿y qué hay de esas otras imágenes que ella y Glenn habían contemplado, casi totalmente perdidas entre tanta confusión cuando todo se venía abajo? No podía ser la sombra de algo moviéndose proyectada en ese edificio de Chicago, ¿verdad? La idea era absurda: hubiera tenido que ser imposible alto... pero ¿qué fue lo que colisionó con el Air Force One? Esas cosas no podían ser alas, ¿verdad? Igualmente ridículo: no existía un pájaro de ese tamaño)... Jackie miraba por la ventana y vio algo moviéndose, un coche aceleraba por la carretera... durante un segundo pensó que eran sus padres, finalmente de regreso de su excursión, y entonces ella se dio cuenta de que no era su Subaru, sino un coche más pequeño, un Geo Metro blanco, el coche de Wayne, sobre el que siempre le gastaban bromas, que se aproximaba con el motor forzado y a toda velocidad, y mientras lo contemplaba fue consciente de que había algo flotando por encima de su cabeza, algo malo a punto de caer sobre ella y llevársela en el interior de su gáznate dentado, y tuvo la oportunidad de pensar, *Vete lejos, pasa de largo*, cuando Wayne viró el coche hacia el camino de entrada de su casa haciendo chirriar los neumáticos, y coleando aparcó medio coche sobre el césped, esparciendo terrones de tierra y hierba... dejó el motor en marcha, saltó de su interior y corrió hacia la puerta de entrada, golpeó con ambos puños la puerta y gritó su nombre con la voz ronca de una garganta ya castigada... ella se quedó donde estaba, con la esperanza de que Wayne regresara corriendo a su diminuto coche y evitara cualquier catástrofe que pudiera recaer en él; y entonces escuchó las insistentes palabras arrastradas de Glenn diciendo que ya iba, por Dios, resiste, y así pues ella se dirigió a la puerta que Wayne no había dejado de aporrear, totalmente decidida a convencerle de que se marchara, que fuera cual fuese, no era su

problema (asombroso pensar que ella pudiera dar la espalda a Wayne, a quien ella misma describía como su mejor amigo durante años, después de Glenn, por supuesto), pero en el instante en que descorrió el pestillo la puerta se abrió de par en par y Wayne entró en la casa, gritando que debía salir, inmediatamente, que no quedaba tiempo... Jackie percibió primero su olor, una pesada mezcla de cobre y álcali: sangre y miedo, a eso le olió a Jackie mientras tocaba su ropa, empapada y acartonada con sangre coagulada y otras cosas (¿era eso un trozo de hueso?, ese terrón rosa...)... No tenía buena pinta, pero finalmente sus palabras lograron pronunciar algo con sentido y ella colocó la mano sobre su brazo, estremeciéndose al notar la sangre aún fresca al tocarlo (¿qué le había podido ocurrir?), le dijo que se relajase, que se calmase, que todo había pasado, pero él no captó ninguna de sus palabras de consuelo, y siguió insistiendo en que debían irse y la agarró del brazo, y fue entonces cuando Glenn apareció en la parte superior de las escaleras y ¿quién sabe lo que vio? El tipo que había sido su constante preocupación, la causa de sus inseguridades en su relación, dispuesto finalmente a llevarse a Jackie... ella debería haber sospechado lo que ocurrió a continuación, pero a pesar de su actitud de macho, Glenn siempre le había parecido a Jackie un hombre esencialmente cuidadoso y pacífico; sin embargo, no había nada como un litro de ginebra con tónica para conectar a cualquiera con su defensa de fútbol americano interior, lo cual probó haciendo un placaje desde el otro lado del cuarto, impactando contra Wayne a la altura de la cintura de este y empotrándolo contra la pared con la suficiente fuerza para lanzarlos a ambos al suelo... Wayne seguía sujetando a Jackie e hizo que esta cayera hacia atrás sobre el sillón... en ese momento Glenn también estaba cubierto de sangre espesa, y levantó el puño dispuesto a golpear a Wayne, pero este logró meter una pierna entre ambos y desviar a Glenn de una patada, lanzándolo casi hasta la parte superior de las escaleras... Jackie, con las manos crispadas sobre la barriga, gritaba que parasen, que era ridículo, pero a Wayne no le gustaba Glenn más de lo que él le gustaba a Glenn; estaban celosos, ella lo sabía, a pesar de que había hecho todo lo posible por ignorar las razones que alimentaban esos celos... ambos se abalanzaron el uno contra el otro y cayeron al suelo en una maraña de brazos y piernas, gruñendo y maldiciéndose, y entonces Jackie pensó, *Estupendo: y ahora llegarán Mamá y Papá...* y entonces el ventanal explotó hacia dentro y una enorme forma retorcida se alzó en el salón, sacudiéndose los cristales como un perro se sacudiría agua... ella gritó, y sus pies la empujaron hacia atrás, alejándola y subiéndola por el sillón... durante unos instantes registró el colosal tamaño de la cosa, su mole: debía de medir un metro y medio hasta el hombro, con una joroba que arqueaba su espalda otros treinta centímetros más, una cabeza grande como un pavo de Acción de Gracias, unos pies del tamaño de platos, y en ese instante pensó, *¿Qué hace una hiena al norte de Nueva York?* y, a continuación, *Esto no es un hiena...* antes de que la criatura saltara sobre Glenn, que se había detenido con el brazo en alto cuando la ventana reventó hacia dentro... la criatura atrapó su brazo extendido entre

sólidas mandíbulas y se lo arrancó a la altura del hombro: el crujido y chasquido del hueso y tendones desgarrados se mezcló con el chorro de sangre, el grito procedente de la garganta de Glenn y el gruñido de la cosa, un rugido bajo acompañado por el alarido de un violín... la criatura sostenía el brazo de Glenn colgando de su boca como un cachorrillo con un juguete mordedor, a continuación lanzó el brazo a un lado con un rápido movimiento de cabeza y se lanzó hacia él, al tiempo que Wayne se quitaba de en medio arrastrándose con el rostro blanco por el terror, y Jackie unió su grito al de Glenn mientras la cosa lo arrinconaba contra la pared y encajaba la cabeza entre sus dientes, entonces, la voz de Glenn escaló hasta agudos que ella jamás pensó que fueran posibles, sin duda sus cuerdas vocales se habían roto... ella no sabía cuánto más podría soportar... la criatura cerró las mandíbulas, y se escuchó un pequeño estallido y un crujido como la cáscara de un huevo cediendo a la presión de una mano, y el grito de Glenn cesó; aunque el de Jackie continuó, derramando su terror a lo que tenía ante sus ojos a grito limpio... en el mismo momento que Wayne logró ponerse en pie, cruzó el cuarto a tropezones hasta donde estaba ella, pasando justo al lado de la criatura, que estaba atareada alimentándose, casi se resbaló sobre un fragmento de cristal, tomó su mano y comenzó a tirar de ella hasta la puerta de entrada, todavía abierta, y entonces se detuvo al escuchar un nuevo sonido que inundaba el aire, una cacofonía aguda como una orquesta desafinada, y formas oscuras (¿quién podría decir cuántas había?, ¿veinte?, ¿treinta?, ¿más?) subían al galope por la calle, casi hasta el final de su camino de entrada... la mano de Wayne temblaba en su mano como si lo estuvieran electrocutando; más tarde ella comprendería que su mente había estado a punto de derrumbarse, algún motor esencial con la correa de transmisión a punto de romperse y pararse... cuando ella estaba tomando aire para lanzar otro alarido, porque se hacía difícil inhalar suficiente para soltar un grito prolongado cuando se estaba embarazada de seis meses y medio (por cortesía de una botella de Jack Daniel's y el amor de su vida, que había perdido su vida entre los dientes de, de...), la mano de Wayne se calmó; ella miró su rostro, y lo que vio reflejado allí, cambió del terror ciego a otra cosa, la hizo callarse... «Vamos», dijo él, apartándola de la puerta de entrada y cruzaron el salón (la criatura gruñía y les lanzaba mordiscos, y *Oh, Dios mío, Glenn*) hacia la cocina y la puerta del sótano, bajaron las escaleras y atravesaron el sótano hasta el tanque de gasoil, realizando antes una parada en el banco de trabajo de su padre para coger un trapo y la caja de cerillas largas que Papá guardaba allí desde que ella tenía uso de razón... sobre sus cabezas, el suelo retumbaba y crujía a medida que más de esas cosas entraban en la casa... Wayne consultó el indicador del tanque de gasóleo, y comenzó a desatornillar... el indicador giró una vez, dos veces, luego se atascó... Wayne regresó corriendo al banco de trabajo en busca de una llave mientras arriba las criaturas aullaban y gruñían hundiendo sus garras en el suelo de madera... *Glenn*, pensó ella, *Están peleándose por un pedazo de él, por lo que queda de él...* Wayne logró sacar el indicador; un espeso olor a petróleo inundó sus fosas nasales, y

sumergió el trapo en el tanque, primero una mitad, luego la otra... dejó el trapo colgando por fuera del tanque y abrió la caja de cerillas... «Ve a las puertas exteriores y ábrelas», dijo él, mientras seleccionaba tres cerillas, «pero no del todo, sólo lo suficiente para poder echar un vistazo a la situación en el patio trasero»; hizo lo que le ordenó, descorriendo el cerrojo y levantando las puertas metálicas por las que se salía del sótano... el arco de patio que podía ver estaba verde y tranquilo... «Bien», dijo Wayne, «cuando diga «Ahora», abre las puertas del todo y corre a casa de tus vecinos, esa amarilla», y antes de que ella pudiera preguntarle cómo esperaba que una mujer preñada de seis meses y medio pudiera hacer algo remotamente parecido a correr, él ya estaba rasgando la primera cerilla en un lateral de la caja... se encendió la llama, y sin detenerse la arrimó a la punta del trapo... una lengua de fuego lamió el trapo, y ella ya se encontraba a tres metros en el patio trasero antes de que Wayne gritara a sus espaldas «¡Ahora!», su barriga y pechos se balanceaban pesada y dolorosamente, y sus piernas protestaban amenazando ya con un ataque de calambres; los pulmones le ardían; no echaba la vista atrás, porque no quería ver lo que fuera a matarla; tan sólo suplicó que fuera rápido, y entonces Wayne apareció a su lado, frenando su frenética carrera para igualar el paso con el de ella, y llegaron al linde del patio cuando el tanque de gasóleo explotó, engullendo la casa en un estruendo amarillo anaranjado que escupió madera y cristal por los aires y sobre el patio y detonó el tanque de gasóleo bajo la ventana y, por el sonido que le llegó, también alcanzó al coche de Wayne... Jackie podía sentir el calor desde el lugar donde estaba, y veía los esqueletos de no sabía cuántas de esas criaturas despanzurradas entre las ruinas de la casa... «Glenn», dijo ella, pero Wayne ya tiraba de ella para llevársela de allí...].

... en una ocasión se despertó, y vio a Wayne sentado junto al fuego, y volvió dormirse...

... y más sueños... [... estaban dentro de un edificio de urgencias en la Ruta 9, donde Jackie había insistido que parasen para conseguir suministros médicos, y porque debían curar el corte que zigzagueaba por el antebrazo de Wayne, el cual ella había vendado lo mejor que pudo, pero estaba preocupada de que se le infectara: la piel alrededor de la costra había amarilleado y estaba poniéndose verde, y de la herida se desprendía un olor dulzón que le producía arcadas... Jackie quería conseguir como mínimo un paquete de Zithromax para él; como máximo, si lograra encontrar los instrumentos adecuados, pretendía desbridarlo (una de las ventajas de haber tenido una madre enfermera que en realidad era una doctora frustrada)... Wayne protestó asegurándole que se encontraba bien, pero encabezó él la marcha por el edificio, con una pistola en cada mano y los brazos estirados... Jackie todavía no estaba segura de si debía llevar también un arma, así que se limitó a sujetar la descomunal linterna que había cogido de la casa de su vecino a modo de porra; había suficiente luz en los pasillos como para necesitar gastar las baterías: aunque los tubos fluorescentes sobre sus cabezas estaban apagados, el techo se abría a la luz del cielo a intervalos

regulares, por donde se filtraba la suficiente luz del día gris y lluvioso del exterior para permitirle a ella y a Wayne seguir con su búsqueda... ella no estaba segura de qué iban a encontrar, si es que encontraban algo, en el sombrío interior de la sala de urgencias... estaba razonablemente segura de que habían sacado la suficiente delantera a lo que habían comenzado a referirse como la Jauría (término acuñado por Wayne y que sin duda era una referencia a alguna historia de cómic que ella desconocía) para no tener que temer encontrarse cara a hocico con uno de sus gruñones miembros... quizás encontrarán una o más de esas extrañas flores púrpura; casi todos los coches que habían visto durante el camino de regreso por la Ruta 9 estaban abarrotados de esas plantas, aunque ese era el único lugar donde las habían visto: los distintos almacenes en los que habían entrado en busca de comida, ropa y otros suministros variados estaban totalmente vacíos (Jackie creyó captar algo moviéndose por el rabillo del ojo, pero al mirar no vio nada... probablemente fueran sus nervios engañándola)... a pesar de lo cual, Wayne se negó a relajar la precaución, y saltaba cada vez que atravesaban una puerta abierta con ambas pistolas apuntando al frente, y luego barría el aire con los cañones a uno y otro lado mientras inspeccionaba la habitación, y a continuación gritaba «Despejado» a Jackie, a la cual toda esa representación le parecía de lo más divertida aunque sabía que no debía reírse de ello; la precaución estaba más que justificada, y Wayne había demostrado sus capacidades en varias ocasiones, desde convertir su casa en una bomba, lo cual había reducido las filas de la Jauría como mínimo a la mitad, o quizás un sesenta por ciento, hasta la hazaña del día anterior, cuando logró atraer a uno de los guías de la Jauría a un congelador industrial en un McDonald's y lo dejó encerrado allí... pero había un elemento teatral en las acciones de Wayne que la divertía, como si este se estuviera imaginando dentro de las viñetas de un cómic ilustrado por uno de sus dibujantes favoritos... los sucesos de hace una semana y media habían perjudicado a Wayne en aspectos fácilmente observables sin necesidad de poseer una licenciatura en Psicología (aunque se precisaría de un post-doctorado para adentrarse en sus profundidades)... quizás ella estuviera reaccionando de forma desproporcionada a los cambios en el comportamiento de Wayne: una violencia despiadada y endiabladamente imaginativa dirigida principalmente contra sus perseguidores, o quizás estuviera malinterpretando la reacción de Wayne a estos últimos once días extremos, pero estaba inquietantemente segura de que él había desarrollado una doble personalidad, posiblemente debido a una profunda reorganización de su psique que le permitía acceder a zonas de su yo previamente bloqueadas por las normas de su educación, la sociedad y la religión; posiblemente se tratara de una identidad totalmente diferenciada... era como si estuviera viviendo uno de los escenarios sobre los que había estado leyendo durante años, lo cual podría explicar la impresión que tenía Jackie de que, aparte del inimaginable trauma psíquico y el continuo terror y ansiedad que la situación le había producido a Wayne, en cierta manera él estaba disfrutando de todo esto, el mundo reorganizado en un modelo con el que él sí podía

manejarse de forma más competente y con mayor seguridad que en su previa existencia de trabajo de salario mínimo y estancamiento profesional, y como únicas prioridades diarias, comer, dormir y moverse... en la segunda sala de exploraciones en la que entraron encontraron un armario cerrado que Wayne forzó y abrió; estaba lleno de blísteres con pastillas y tarros de antibióticos y otras medicinas, las cuales Jackie barrió con un brazo introduciéndolas en una de las bolsas de plástico que había cogido en grandes cantidades en el Stop-N-Shop... en la tercera sala encontraron una caja de metal como un estuche de lápices de tamaño grande, llena de escalpelos, sondas y pinzas, así como una docena de tarros de solución salina y una variedad de gasas y rollos de esparadrapo... «Premio gordo», dijo ella (ése había sido el mote de su padre [muerto] que ella usaba hasta que cumplió los doce años y se prometió no usarlo nunca más; limpiándose las lágrimas, se tragó la nostalgia)... situó a Wayne con un brazo en el borde del lavabo del cuarto, por la sangre, y le hizo sostener la linterna con la mano libre... él no estaba muy convencido de dejar en el suelo sus pistolas, pero ante la ausencia de cualquier otra fuente de luz disponible (en ese cuarto no entraba la luz del exterior) no quedaba otra opción; finalmente aceptó y colocó en equilibrio las pistolas en el extremo opuesto del lavabo y le ordenó a ella que se agachara si veía que algo entraba por la puerta, lo cual ella le aseguró que no sería un problema... le limpió la costra del brazo con la solución salina, para hidratarla y ablandarla, y comenzó a trabajar con el escalpelo y la sonda, despegando la sangre coagulada, introduciendo el escalpelo bajo las zonas más rebeldes y haciendo palanca para arrancarlas, mientras Wayne jadeaba con más fuerza cuando se desprendían; cuando la herida estuvo expuesta al aire, utilizó media botella de solución salina para irrigarla, eliminando con el líquido todo tipo de detritos durante el proceso, y a continuación indicó a Wayne que acercara la linterna para poder observar el corte, testándolo tan suavemente como pudo con la sonda, esto hizo que la luz temblara, luego dejó la sonda y tomó unas pinzas de sutura que utilizó para reventar una ampolla de pus y recoger de dentro un trozo de algo (el cual, concluyó ella, era un fragmento de diente de uno de la Jauría, y que, de tener la ocasión, le hubiera encantado examinarlo con mayor detalle, pero esto no se lo mencionó a Wayne, porque él se limitaría a recordarle que era tan sólo una estudiante de Biología, y no una científica de fama mundial que pudiera descubrir algo útil a partir de la muestra), tras lo cual limpió el pus, examinó el brazo una vez más, quedó satisfecha, untó una gruesa línea de pomada antibiótica sobre la herida y comenzó a vendarla... Jackie había intentado por todos los medios no mirar el rostro de Wayne mientras trabajaba, no quería distraerse de su tarea por el dolor que sabía que en esos momentos retorció sus facciones, pero con el brazo limpio y curado lo mejor que supo, por no mencionar la gran cantidad de medicamentos que le suministró para noquear cualquier infección persistente, Jackie se relajó y lo miró, sonriendo... pero inmediatamente saltó hacia atrás con un grito ante lo que contemplaba: el rostro de Wayne había desaparecido parcialmente desde la boca hacia arriba, estaba cubierto

por una pesada y aceitosa oscuridad, como si alguien hubiera lanzado una lata de pintura negra sobre su cabeza, pero que en lugar de derramarse por su piel, se quedara inmóvil en su lugar... Jackie retrocedió sobre sus pasos y salió al vestíbulo, se chocó contra una pared mientras Wayne la seguía, diciendo: «¿Qué? ¿Qué ocurre?», y apuntaba la linterna hacia ella, luego arriba y abajo en el vestíbulo, luego de nuevo hacia ella, el haz de luz deslumbrante la reducía a una silueta y, sin embargo, logró ver algo detrás y por encima de Wayne, una nube de oscuridad que ondeaba como una capa o un par de alas... ella mantuvo una mano sobre la barriga y la otra sobre los ojos mientras Wayne finalmente bajó el chorro de luz hacia el suelo, todavía preguntando qué pasaba, cuál era el problema, y cuando ella se atrevió a mirarle de nuevo el rostro, ya no quedaba rastro de lo que antes había contemplado (si es que alguna vez hubo algo), ni tampoco había nada detrás de él... ella dejó caer las manos, y le respondió a sus continuas preguntas con un «Lo siento... se me ha ido la cabeza», ella sabía que era una respuesta que no convencía a Wayne pero también sabía que él la aceptaría con tal de mantener la ventaja que sacaban a la Jauría... por lo que ella había podido observar, él no sospechaba que ella hubiera visto lo que había visto... fuera lo que fuese...].

A primera hora de la mañana...

... tres y media...

... Wayne la despertó para el segundo turno de vigilancia...

... Jackie lo pasó sentada cerca del fuego, que había quedado reducido a un montón de brasas, envuelta en su saco de dormir, porque la noche se había enfriado más de lo esperado, más de lo habitual en los últimos días (¿pronóstico de invierno temprano?), el rifle cuyo nombre ella había querido preguntar a Wayne para satisfacer su curiosidad, estaba en el suelo, junto a ella; aunque cada quince minutos más o menos lo sujetaba y barría el final del Puente con la mira telescópica, deteniéndose en la trampa de cuerdas de Wayne, pero lo único que vio fue el par de coches situados más allá de la trampa del Puente, cuyas luces seguían recorriendo todo el espectro cromático, del azul al rojo y de nuevo al azul... también echó un vistazo a Wayne; por lo que podía ver, seguía dormido dentro de su saco de dormir... todavía conmocionada por su sueño, Jackie se sorprendió a sí misma, y no era la primera vez, intentando imaginar qué le había ocurrido a él, especulando sobre las turbulencias tectónicas de su geografía psíquica... él se había negado a contarle lo que había ocurrido antes de que huyera hacia la casa de Jackie, ni de quién era la sangre y carne que lo cubría de pies a cabeza, pero ella sabía que su madre no salía de casa, y era bastante posible que su padre y hermana pequeña también estuvieran allí con ella, porque Wayne se negaba a responderle sobre ninguno de ellos, y parecía probable que estuvieran todos muertos, que la Jauría hubiera irrumpido en casa de Wayne y los hubieran despedazado delante de sus propios ojos... lo cual le llevaba a la siguiente pregunta, *¿Cómo había escapado él?* (por no mencionar *¿De dónde venía la jauría en primer lugar?*)... ella sospechaba que la respuesta era una combinación de azar y

estúpida suerte: quizás la Jauría había entrado por la parte trasera de la casa de Wayne, permitiéndole a él escapar por la puerta de entrada; quizás él se había caído por las escaleras del sótano y pudo escabullirse por el garaje; era posible que su padre o su madre distrajeran a la Jauría, se sacrificaran ellos mismos para permitir que él llegara hasta su coche... ese tipo de trauma, combinado con el otro encuentro con la Jauría cuando atacaron a Glenn, debió provocar el inicio de algún proceso mental compensatorio, combinando de forma provisional los fragmentos de su mente hecha añicos, de manera que le permitiera sobrevivir y, sí, ella era consciente de que estaba describiendo la trama de los orígenes de un sinfín de superhéroes, la dolorosa herida psíquica que da pie a un alter ego disfrazado, tanto respondiendo como prolongando el síntoma del trauma, pero quizás Wayne había recurrido a ese modelo para evitar que lo que quedaba de su conciencia se dispersara en todas direcciones... cuánto lamentaba Jackie en esos momentos no haberse apuntado a la asignatura de Psicopatología el último semestre, en lugar de posponerlo para un futuro que nunca había llegado; aunque ¿qué cuestión abordada en una clase de universidad podría haberle equipado lo suficiente para esto? y, lo que es más, ¿qué buscaba exactamente?, ¿entender a Wayne, o intentar curarlo?, ¿y en qué consistía esto último, exactamente? ¿que volviera a ser el tipo pacífico y hablador que había conocido hacía un millón de años?... ¿podía ella permitírselo?, ¿sería ese otro Wayne capaz de mantenerla a ella y a su bebé a salvo de la misma manera que este Wayne (que en ocasiones le recordaba a Batman, y otras veces a la Sombra; aunque no le mencionó a él ninguno de esos dos nombres), quien aparentemente recordaba todos los trucos y trampas que había leído en las historias de *El Mercenario* y en *Ajuste de cuentas*, había demostrado ser capaz?... Era una pregunta retórica, aunque ¿estaba más segura con alguien cuya personalidad iba a la deriva hacia oscuras direcciones (o cuya personalidad secundaria parecía estar sometiendo a la primaria)?, alguien que estaba... ¿cuál era la palabra exacta?, ¿poseído?, ¿que estaba poseído?, por esa especie de densa sombra que había enmascarado su rostro y que se había derramado por su espalda como una capa, porque, a pesar de que ella había hecho todo lo posible por convencerse de que había sufrido algún tipo de alucinación, sabía que no era así: había visto lo que había visto, algo que suponía que podía haber salido de dondequiera que se escondía por el dolor de Wayne, el estrés de sostener la linterna sobre la herida que Jackie había vuelto a abrir y había estado toqueteando... en las dos semanas y media transcurridas desde entonces, ella había estado esperando verlo de nuevo, pero lo más cerca que estuvo de hacerlo tuvo lugar la semana pasada, al despertarse una vez más tras soñar con el grito agónico de Glenn vio a Wayne apoyado contra la pared frente a ella, una enorme sombra se expandía a sus espaldas... ella se incorporó de un salto con el corazón sobrecogido, pero entonces descubrió que se trataba de un efecto de la luz (eso pensó)... hasta el momento, Wayne no había mostrado ni una sola señal de que él sabía que ella lo sabía, aunque ¿cómo podría estar segura?, y se preguntó si él quizás no fuera ni tan siquiera

consciente de la oscuridad que lo envolvía... era extraño: cualquiera podría pensar que allí, en esos momentos, en el país de las cosas fundamentales, ella hubiera debido tener las agallas de girarse hacia Wayne y preguntarle qué ocurría, y él hubiera sido capaz de responderle tan directamente, pero no, ella no podía arriesgarse a que él se sintiera alienado, que él fuera consciente de que ella había descubierto un secreto que deseaba mantener oculto, porque ¿qué haría si él la abandonaba?... era como cuando supo con total certeza que estaba embarazada, una pálida cruz azul confirmó lo que su estómago le había estado diciendo durante semanas; cualquiera hubiera pensado que la gravedad de la situación habría requerido que ella y Glenn y los padres de ambos hablaran sobre lo que importaba, pero ocurrió justamente lo contrario: Glenn no fue capaz de decir nada, como si temiera que, al añadir palabras a la situación, estuviera admitiendo irremisiblemente su parte de culpa y, así pues, se escudó tras vagas promesas e intentó tener incluso más sexo con ella, porque ya no tenían que preocuparse por la protección en esos momentos, lo cual ella consintió, incluso en el coche de Glenn aparcado en la universidad comunitaria; al menos era un punto de contacto... en cuanto a los padres de ella, se negaron a seguir sus iniciales promesas consternadas de apoyo (reacio) en lo que fuera necesario... irónicamente, fue el padre de Glenn, el cual los había puesto de vuelta y media dejando a los dos llorando antes de ordenarles que salieran de una puñetera vez de su casa, y que llamaba al menos una vez a la semana para saber cómo iba todo, el que parecía ser, echando la vista atrás, el más honesto de todos ellos, el más capaz de expresar sus sentimientos... no, la presión de los acontecimientos no facilitó en absoluto la conversación; muy al contrario, hizo cualquier comunicación significativa todavía más imposible casi de forma exponencial... lo único que Jackie podía afirmar con cierta seguridad era que la sombra que envolvía a Wayne estaba relacionada con todo lo demás, con la peste, con las flores púrpura, con la Jauría (y para responder a esa otra pregunta acuciante, y con relación a la Jauría, ella carecía de cualquier explicación acerca de qué eran, y mucho menos de dónde procedían; cómo habían llegado al norte de Nueva York tan repentinamente... en demasiados aspectos para poder contarlos todos, la existencia de la Jauría no tenía ningún sentido; había visto suficientes documentales en los canales *Nature* y *Nova* para saber que los depredadores de ese tamaño y con esa actividad requerían de una enorme cantidad de alimento, el cual, por lo que sabía, no estaba disponible: ella y Wayne sólo habían encontrado un puñado de cuerpos en sus viajes [ella supuso que el resto de personas habían sido devoradas por el virus al que había visto derretir los rostros de la gente en la CNN, y que debió de seguir deshaciéndolos hasta los huesos; aunque ese era otro problema], difícilmente suficiente para sustentar ni tan siquiera al contingente mermado de la Jauría y, ciertamente, no parecían estar muy interesados en la vegetación; aunque suponía que era posible... tampoco es que tuviera mucho sentido que les persiguieran a ella y a Wayne durante tanto tiempo como llevaban haciéndolo: ninguno de ellos podía proporcionar mucha comida para toda la jauría, y sin duda los animales [¿?] deberían haber aprendido a estas alturas a

asociar esta persecución con el dolor y la muerte... era como estar atrapado en una de esas películas de ciencia ficción de serie Z, donde el espectáculo y el suspense torpedean cualquier lógica y coherencia: *Última Defensa contra la Jauría* o algo similar), eran piezas de un puzzle cuya caja se había extraviado... desde el segundo día hasta el último de la semana de lluvias, cuando el cielo descargó con tal fuerza que era imposible ver nada a través de las ventanas de la casa donde se habían cobijado (cuyo camino de entrada estaba bloqueado por un monovolumen lleno con el espécimen más grande de flores púrpura que habían encontrado hasta ese momento), y el techo crujía inquietantemente con cada ráfaga de viento, ella y Wayne pasaron el rato inventando explicaciones acerca de lo que le había pasado al mundo, cuanto más fantasiosas, mejor: Dios había decidido que el Apocalipsis propuesto en el *Libro de la Revelación* no era suficientemente *au courant*, y había estado hojeando novelas de misterio de bolsillo para encontrar algo con más gracia; unos monstruos habían cruzado desde el otro lado del espejo, La Tierra al otro lado del Espejo de Alicia de alucinógenos; este mundo se había cruzado con otra dimensión, otra Tierra o incluso una serie de Tierras, cada una de ellas radicalmente distinta, y todo se había mezclado (Wayne había acuñado el término «ruptura cuántica» para describir este escenario); el inconsciente colectivo, el *Spiritus Mundi*, había explotado, vomitando pesadillas a mansalva... en un momento dado, excitada por lo que le había parecido un renacimiento del viejo Wayne, el Wayne con el que podía hablar sobre cualquier cosa, Jackie había intentado verbalizar la sensación que se había negado a abandonar desde que las catástrofes comenzaron: la idea de que, de alguna manera, todo esto era eventual, y que ninguno de los cambios que habían desfigurado el mundo era permanente, todavía no... la mejor descripción que se le ocurrió para esa sensación fue compararla con la sensación que experimentó un año atrás tras saber que su mejor amiga, Elaine Brown, había sido asesinada por un conductor borracho cuando regresaba a casa de su trabajo en Dunkin' Donuts: durante aproximadamente un día después de que sus padres la sentaran a la mesa de la cocina para contárselo, Jackie estuvo totalmente convencida de que la muerte de Elaine no estaba grabada en piedra aún, que había alguna forma de que ella cambiase las cosas, si es que podía averiguar cuál era... estaba en estado de shock, sí, pero fue como si ese mazazo en su sistema la hubiera acercado temporalmente a la maquinaria del mundo, como si le hubiera permitido sentir el desgarramiento de estas circunstancias de otras posibilidades... la sensación que ahora experimentaba era distinta principalmente por su magnitud y duración: cuando Elaine fue asesinada, se sintió como si estuviera de pie junto a un motor pequeño, una motocicleta, durante, digamos, veinticuatro horas, más o menos; en este caso era como estar de pie junto a unas vías de tren mientras un tren de mercancías de tres motores pasaba atronadoramente, de día y de noche, durante semanas... Wayne había bautizado esa sensación como «divergencia cuántica» (había un montón de cuánticas volando por todas partes ese día), lo cual sonaba muy bien pero realmente no expresaba lo que él quería expresar... era, dijo Jackie, como ser

capaz de sentir a los Hados cambiando la urdimbre del mundo... fuera el que fuese el nombre que se le diera a la percepción de Jackie, se tratara simplemente de un efecto curioso producido por una profunda conmoción, o de una versión más suave de las transformaciones que alteraban a Wayne (por lo que ella sabía, era una reacción bastante documentada asociada a un trauma), el problema de su convicción del tren de los acontecimientos alejándose ruidosamente de escenarios alternativos era su total inutilidad: después de todo, ¿qué podía hacer ella?, lo cierto es que no tenía la capacidad de hacer retroceder el tiempo, hacer que los Hados deshicieran lo que habían tejido y comenzaran de nuevo (aunque secretamente se preguntaba si, en algún lugar, existía una puerta que abriera de nuevo el mundo tal como ella lo había conocido)... aparte de su intento por darle un nombre, Wayne no había sabido qué decir sobre la sensación de Jackie, y la conversación derivó hacia otros temas, hacia el bebé, y el plazo de tiempo que quedaba antes de que Jackie saliera de cuentas, ¿y qué iban a hacer cuando ella estuviera lista para dar a luz?... ella todavía confiaba en poder usar las instalaciones del Hospital Vassar, donde calculaba que llegarían cuando el bebé estuviera a punto de nacer, y si la Jauría había sido derrotada y aniquilada para entonces, no veía ningún impedimento para instalarse allí; había muy buenas razones por las que quedarse en un hospital... pero habían huido por la Ruta 9 más rápido de lo que había esperado; la Jauría había demostrado ser más astuta y cada vez más difícil de matar, y en esos momentos tendrían que conformarse con alguno de los hospitales en Kingston (si es que había motivo para hacerlo; si el bebé todavía vivía; si no rompía aguas antes y paría un niño muerto)... *Ya basta*, pensó mientras se frotaba la barriga moviendo la mano en grandes círculos, como si fuera una lámpara y estuviera invocando al duende; *No te mueras*, susurró al bebé, *no te mueras*... es curioso lo mucho que podía querer algo que al mismo tiempo le aterrorizaba profundamente, algo que no había deseado en un principio pero que no había podido rechazar (gracias a los doce años de educación en una escuela católica), algo que le había arrebatado el volante de las manos y había dado un giro a su vida hacia una carretera inesperada y sin pavimentar; vaya con la divergencia cuántica... Jackie recordó la primera vez que sintió que el bebé se movía, la primera vez no estuvo del todo segura, un simple aleteo que a un mismo tiempo la asustó y emocionó, y que fue aumentando hasta convertirse en patadas y puñetazos, para pasar a usar su vejiga como trampolín privado... la emoción que brotó en respuesta a su embarazo fue distinta a la que había esperado: no había ni rastro del empalagoso sentimentalismo que había estado segura que manaría de todos sus poros, por el contrario, lo que brotó en ella fue más básico, más primitivo incluso, una conexión profunda con el niño que abombaba su vientre, como si pudiera sentir el hilo umbilical uniéndolos... esta emoción se entremezcló con otras: ansiedad, principalmente, y un patetismo emotivo y, ocasionalmente, una profunda satisfacción, tan sólida y pesada como una piedra... *No te mueras*, le dijo al bebé, *no te mueras*.

Justo antes del amanecer...

... mientras el cielo se llenaba de luz, y el añil se desteñía en un azul oscuro, y las estrellas más lejanas se apagaban...

... la Jauría llegó...

... su llegada fue anunciada por el aullido de la alarma de un coche, la cual, dedujo ella, Wayne debía de haber activado exactamente para tal fin... en un segundo, Jackie se pegó el rifle a la mejilla y uno de la Jauría se puso a tiro; ella movió el arma hacia delante y hacia atrás y vio a dos más detrás del primero, y uno más que cerraba la marcha, los cuatro estaban a unos tres metros de la trampa de cuerdas, avanzaban lentamente moviendo cada pie del tamaño de un plato con cautela, parando para husmear la carretera a sus pies, deteniéndose para observar los cables de sujeción del Puente... Jackie tuvo suficiente tiempo para repasar su conteo inicial una segunda y una tercera vez, y cuando estuvo totalmente segura de que los cuatro bultos que veía eran la Jauría, que eso era todo lo que quedaba de ella y que no había más avanzando a escondidas tras ellos, su corazón se inundó de una fiera alegría y pensó, *Cuatro, sólo hay cuatro; podemos hacerlo; Wayne tenía razón; podemos librarnos de ellos, finalmente...* los cuatro parecían estar bastante magullados; parecía que habían logrado escapar de los escombros de la emboscada en el centro comercial, sus pellejos estaban adornados con cortes, tajos, quemaduras; matas de pelo arrancadas y pellejo arañado; colgajos de piel pendían como serpentinas; el primero en el que ella se centró parecía tener algún problema con su ojo izquierdo, que estaba cubierto por una costra de sangre oscura, mientras que el que cerraba la marcha arrastraba su pata posterior izquierda... que hubieran sobrevivido los convertía en los más fuertes, sí, gracias señor Darwin, pero observando su cuidadoso avance, Jackie se acordó del perro de su abuela, un caniche que ya era viejo cuando ella era una niña y se había hecho poco a poco más gris, más enfermizo, más tembloroso y tímido cada año que pasaba, y si el corazón de Jackie no se había compadecido entonces, las últimas cuatro semanas terminaron por hacer imposible que lo hiciera en esos momentos, aunque la asociación atenuó su alegría... *Ya es hora de acabar con todo esto*, pensó, y se giró para despertar a Wayne, que ya estaba (por supuesto) despierto y enfundándose las pistolas en sus vaqueros; se pasó la correa de su bolsa de los trucos por encima de la cabeza, el rostro impassible... se acuclilló a su lado y le ofreció una tercera pistola: «En caso de que alguno de ellos logre escaparse de mí», dijo, mientras ella la cogía, comprobaba el seguro, y la apoyaba sobre la roca a su lado... Wayne alargó la mano para coger la mochila de Jackie, y la arrastró hacia ella para que se apoyara: «Apunta al último», le dijo, «y a cualquiera que intente escapar», y antes de que ella pudiera contestar, él se alejó corriendo por el saliente... mientras sostenía el rifle en alto en la mano derecha, Jackie se arrellanó moviéndose hacia arriba y hacia abajo, hasta que finalmente se echó contra la mochila, luego colocó el rifle en posición, apoyando la culata en el hombro y anclándola contra la carne para recibir el impacto del retroceso, que, según le aseguraba Wayne, no era tan fuerte... miró la escena y allí estaba la Jauría, se

habían parado en seco, los lomos erizados; podía oírlos, emitían una nota baja profunda, como una viola cuyas cuerdas estuvieran desafinadas por el uso, y enroscó el dedo en el gatillo, preparada para que se asustaran y huyeran y recordándose a sí misma que debía pellizcar el gatillo, no tirar de él, y preguntándose si sería capaz de acertar, ya no digamos derribar, a alguno de ellos... Wayne corría por la carretera hacia el Puente, con las manos vacías, y cuando la Jauría lo vio, la nota que emitían se elevó a un desgarrado chillido, ahogando las palabras que Wayne les gritaba; sin duda, los estaba insultando, azuzándolos (y una parte de Jackie se preguntó de qué forma podría funcionar esa táctica, por qué unos animales iban a reaccionar ante un insulto, y se preguntó si tal vez no fueran animales, pero no estaba segura de lo que dicha pregunta implicaba, porque no podía creer que unas máquinas pudieran responder a las provocaciones de Wayne, lo cual tan sólo dejaba, ¿el qué?, ¿humanos?, lo cual era ridículo).

Acabó rápidamente...

... o eso pensó Jackie más tarde... mientras todo ocurría, parecía transcurrir con una angustiada lentitud, casi como una serie de cuadros vivos que iban sucediéndose al ritmo que cambiaban las luces del Puente:

violeta, y Wayne corría con la boca abierta y las manos colocadas a cada lado, la mandíbula del líder de la Jauría se tensó en una mueca que se parecía extraordinariamente a una sonrisa, los otros avanzaron;

azul, y Wayne había parado, a no más de seis metros de la barrera de cuerdas, la cual, en comparación con la Jauría que se aproximaba, parecía descabalada, el burdo intento de un niño de llevar a cabo un plan más sólido;

verde, y el líder se agachaba dispuesto a saltar, las manos de Wayne todavía estaban vacías, el miembro más retrasado de la Jauría había dejado de avanzar y parecía estar considerando la retirada; Jackie tenía su reducida cabeza en el punto de mira;

amarillo, y el líder saltó por los aires, las manos de Wayne ya sostenían las pistolas que apuntaban no a la cosa que pendía suspendida frente a él, sino al par que la seguía; la retaguardia se había girado para echar a correr, apartando su cabeza del objetivo y mostrando el cuello a Jackie;

naranja, y el líder se chocó contra la red y quedó enganchado, la cuerdas cedían ligeramente pero resistían; las bocas de las pistolas de Wayne llamearon con luz blanca mientras las vaciaba en medio de los dos miembros de la Jauría, los cuales saltaron hacia delante a pesar de que les reventaron las cabezas en pedacitos; la criatura que quedaba atrás se estaba girando para salir huyendo, exponiendo la parte trasera de la cabeza a Jackie, que apretó el gatillo; el rifle estalló y soltó un fogonazo, golpeó su hombro, y casi se le cayó de las manos por el impacto.

rojo, y ella luchaba por recuperar su punto de mira, intentando localizar al último miembro de la Jauría antes de que estuviera demasiado lejos, y con la esperanza de quizás poder dispararle una vez más; si lograra herirlo y lisiarlo, Wayne entonces

podría rematarlo, pero no podía verlo, había desaparecido, y recorrió con la vista de un extremo a otro y finalmente allí lo encontró, yacía de bruces sobre la carretera, la parte frontal de la cabeza había desaparecido, destrozada, y durante unos instantes se sintió tan feliz que deseó gritarlo en voz alta, y luego pensó en Wayne y lo buscó con la mirada, mientras su dedo se cernía sobre el gatillo;

naranja, otra vez, y vio que Wayne había abandonado las pistolas, las había lanzado a ambos lados, y andaba hacia el último miembro de la Jauría, que no había logrado desenredarse de la trampa de cuerdas de Wayne, y que se sacudía y retorecía, mordiendo el aire por pura frustración; ella pensó entonces, *¿Qué demonios?*, y apuntó al pecho de la criatura, pero

amarillo, algo estaba saliendo mal, la mira estaba oscura; se apartó a un lado, pestañeó y volvió a mirar por la mira;

verde, y vio que Wayne llevaba una capa, que le seguía una banda de oscuridad que ondeaba detrás y a ambos lados de él, a través de la cual la luz verde titilaba y relucía;

azul, y Wayne estaba de pie delante de la criatura, llevaba la cabeza cubierta por la misma oscuridad, excepto su boca, que estaba diciendo algo a la criatura que luchaba por alcanzarle, y Jackie debería haber podido leer los labios de Wayne; siempre se le había dado bien, pero no podía creerlo que estaba viendo;

violeta, y Wayne extendió unos brazos cubiertos de negro, agarró las mandíbulas del último miembro de la Jauría y le desgajó la cabeza en dos mientras la criatura se convulsionaba al tiempo que una sangre tan oscura como lo que envolvía a Wayne salió a chorro de su cuello... sin pensar, Jackie centró el punto de mira sobre el pecho de Wayne, sobre la oscuridad que podría jurar que lo atravesaba ondulante y que, Dios se apiadase de ella, se estaba moviendo hacia la sangre que empañaba el aire, y el tiempo se convirtió en una habitación en la que ella podía pasearse, distinguiendo la multitud de voces que gritaban en su cabeza: una de ellas gritaba «¡Qué coño!», y otra: «¿Qué estás haciendo?», y una tercera: «¿Cómo vas a sobrevivir sin él?», una cuarta: «Se lo debes», y una quinta: «¿Qué es él?... su dedo ligero en el gatillo; si iba a hacerlo, debía hacerlo ya; un segundo más tarde, Wayne se daría cuenta de lo que ella estaba tramando... entonces las luces del Puente se apagaron, sumergiendo su visión en sombras, y el bebé eligió ese preciso instante para pegar una patada, fuerte, un golpe que le hizo decir a Jackie ¡Uff! y soltar el gatillo, y entonces fuera lo que fuese que Wayne había instalado en el Puente detonó en una explosión de luz y sonido, un brillante y blanco ESTALLIDO que le hizo agacharse tras la mochila con las manos sobre la cabeza, soltando el rifle, olvidado... el aire a su alrededor se convulsionó con la fuerza de la explosión; la roca que tenía a sus espaldas tembló al tiempo que la superficie del Puente se desplomó sobre el río, los cables de sujeción se partieron como cuerdas de guitarra demasiado tensas, jirones de metal, fragmentos de pavimento, un volante lloviendo a su alrededor mientras el Puente gemía... Jackie se arriesgó a asomarse y lo vio combándose hacia dentro con la espina dorsal rota, las

fuerzas que lo habían mantenido en equilibrio se desataron sobre él... los cables de suspensión temblaron, las torres se inclinaron juntándose y entonces supo que toda la estructura iba a girar sobre sí misma hasta hacerse pedazos... el bebé volvió a pegar una patada, una combinación un-dos y ella buscó el escaso cobijo que encontró tras la mochila, mientras la cornisa continuó vibrando y el gemido de miles de toneladas de metal lamentando su final retumbó contra las colinas sobre su cabeza, haciendo que el bebé se retorciera, y se cubrió el vientre con las manos, enroscándose lo mejor que pudo, repitiendo que no pasaba nada, que todo estaba bien...

... y después, Jackie partió hacia el norte...

... pasó junto a tres coches que ofrecían a sus florales moradores las mismas vistas un día sí y otro también... iba acompañada de Wayne, que había reaparecido mientras el Puente aún seguía quejándose (aunque no terminó de derrumbarse del todo: las torres se quedaron inclinadas peligrosamente, los cables tensos en los extremos y demasiado laxos en el centro, y no había manera de cruzarlo, pero todavía unía una orilla a la otra); él ya se había librado de su negro, ¿cómo lo podría llamar?, ¿disfraz?... optó por estar acompañada, un acompañante molesto pero certero... en respuesta a su pregunta, él respondió que sí, que ya habían acabado con todos ellos, pero que sería mejor marcharse a otro sitio: Kingston estaba muy lejos, ¿y quién sabía qué tal estarían las cosas a este lado del Hudson?... Si él sabía que Jackie lo había tenido en su punto de mira, acunando su vida como acunaba la vida del bebé que no le había dejado olvidar su presencia durante esas últimas horas (lo cual significaba que [quizás] se podía tranquilizar por ello), o si él sospechaba las preguntas que se columpiaban en el mismo borde de la lengua de Jackie, amenazando con explotar a la mínima provocación, o si él sabía que ella avanzaba con una mano embutida en la chaqueta de chandal que se había echado encima porque había escondido la tercera pistola allí, antes de decirle que debía de haberse caído por el saliente con la fuerza de la explosión, desde luego que Wayne no mostraba ninguna señal de ello.

A la caída de la noche, viajaron lejos.

LECTURAS RECOMENDADAS

La siguiente lista es una bibliografía seleccionada de ficción post-apocalíptica. No pretende ser una lista completa, y tan sólo se ofrece como una base para lectores que deseen ahondar en el subgénero.

Al igual que los relatos incluidos en este volumen, he centrado esta bibliografía en libros en los que los elementos post-apocalípticos son vitales para la historia. Hay muchos libros, sin embargo, que aunque no son puramente post-apocalípticos, podrán resultar de interés a los aficionados del subgénero. Estos libros (que emplean los temas o ambientes de la ciencia ficción post-apocalíptica, pero que son principalmente conocidos por otras razones) están marcados con asteriscos para señalar su importancia asociada al subgénero.

Para saber más sobre los relatos de *Paisajes del Apocalipsis*, pueden visitar la página Web de la antología en johnjosephadams.com/wastelands.

Aldiss, Brian

—*Greybeard (Barba Gris)*, Bruguera, 1977)

—*Hothouse (Invernáculo)*, Minotauro, 1982)

Anderson, Poul

—*Twilight World (El crepúsculo del mundo)*, EDHASA, 1965)

—*The Winter of the World*

—*Vault of the Ages*

Anvil, Christopher

—*The Day the Machines Stopped*

Atwood, Margaret

—*The Handmaid's Tale** (*El cuento de la criada*, Seix Barral, 1987)

—*Oryx and Crake (Oryx y Crake)*, Ediciones B, 2004)

Ballard, J. G.

—*The Drowned World (El mundo sumergido)*, Minotauro, 1977)

—*The Drought (La sequía)*, Minotauro, 1984)

Barrett, Jr., Neal

—*Kelwin*

—*Through Darkest America (et seq.)*

—*Prince of Christler-Coke*

Bova, Ben

—*Test of Fire*

—*Empty World*

—*A Wrinkle in the Skin*

Crace, Jim

—*The Pesthouse*

Crowley, John

—*Engine Summer (El verano del pequeño San John, EDHASA, 1984)*

Dick, Philip K.

—*Dr. Bloodmoney (El doctor Moneda Sangrienta, EDHASA, 1988)*

Dickson, Gordon R.

—*Wolf and Iron*

Disch, Thomas M.

—*The Genocides (Los genocidas, EDHASA, 1979)*

Ellison, Harlan & Richard Corben (il.)

—*Vic and Blood (Vic y Blood, Norma, 1989)*

Frank, Pat

—*Alas, Babilon (Ay, Babilonia, Vértice, 1965)*

Florman, Samuel C.

—*The Aftermath*

Galouye, Daniel F.

—*Dark Universe (Mundo tenebroso, EDHASA, 1963)*

Goonan, Kathleen Ann

—*Queen City Jazz (et seq.)*

Hand, Elizabeth

—*Winterlong**

—*The Glimmering**

Harrison, M. John

—*The Committed Men*

Heinlein, Robert A.

—*Farnham's Freehold* (Los dominios de Farnham, Géminis, 1968)*

Herbert, Frank

—*The White Plague (La peste blanca, Ultramar, 1983)*

Hoban, Russell

—*Riddley Walker (Dudo errante, Berenice, 2005)*

Huxley, Aldous

—*Ape & Essence (Mono y esencia, EDHASA, 1983)*

Jefferies, Richard

—*After London*

Johnson, Adam

—*Parasites like Us*

King, Stephen

—*The Stand (La danza de la muerte, Plaza y Janés, 1989)*

—*The Gunslinger *(et seq.) (La Torre Oscura I, EdicionesB, 1998)*

—*Cell* (Cell, Plaza y Janés, 2006)*

Kirkman, Robert & Tony Moore (il.)

—*The Walking Dead (et seq.) (Los muertos vivientes, Serie, Planeta de Agostini,*

2007-2012)

Koontz, Dean

—*The Taking**

Kornbluth, C. M.

—*The Syndic (El síndico, Miraguano, 1991)*

Laumer, Keith

—*Catastrophe Planet (Catástrofe planetaria, Producciones Editoriales, 1977)*

Leiber, Fritz

—*Gather, Darkness! (Hágase la oscuridad, Ediciones B, 1987)*

Lethem, Jonathan

—*Amnesia Moon **

London, Jack

—*The Scarlet Plague (La peste escarlata, Bruguera, 1970)*

Matheson, Richard

—*I Am Legend* (Soy leyenda, Minotauro, 1960)*

McCarthy, Cormac

—*The Road (La carretera, Mondadori, 2007)*

McCamrnon, Robert R.

—*Swan Song (El canto del cisne, MR Ediciones, 1991)*

McDevitt, Jack

—*Eternity Road*

McIntyre, Vonda N.

—*Dreamsnake (La serpiente del sueño, Ediciones B, 1989)*

Merle, Robert

—*Malevil (Malevil, Emecé, 1973)*

Merril, Judith

—*Shadow on the Hearth*

Miéville, China

—*The Tain**

Miller, Jr., Walter M.

—*A Canticle for Leibowitz (Cántico a San Leibowitz, Bruguera, 1969)*

—*Saint Leihowitz and the Wild Horse Woman (San Leihowitz y la mujer caballo salvaje, Bruguera 2000)*

Miller, Jr., Walter M. & Martin H. Greenberg (ed.)

—*Beyond Armageddon*

Morrow, James

—*This Is the Way the World Ends**

Niven, Larry & Jerry Pournelle

—*Lucifer's Hammer (El martillo de Lucifer, Acervo, 1983)*

Norton, Andre

—*Star Man's Son (a/ k/ a Daybreak 2250/1.D.)*

O'Brien, Robert C.
—*Z for Zachariah*

Pangborn, Edgar
—*Davy*
—*The Judgment of Eve*
—*The Company of Glory*

Pournelle, Jerry (ed.)
—*After Armageddon*

Reaves, Michael & Steve Perry
—*Dome*

Robinson, Kim Stanley
—*The Wild Shore (La playa salvaje, Ediciones Júcar, 1989)*

Sagan, Nick
—*Edenborn (et seq.) (Los hijos del paraíso, La Factoría de Ideas, 2009)*

Sharpe, Matthew
—*Jamestown*

Sheckley, Robert (ed.)
—*After the Fall*

Sheffield, Charles
—*Aftermath*

Shelley, Mary
—*The Last Man (El último hombre, El Cobre Ediciones, 2008)*

Sherriff, R. C.
—*The Hopkins Manuscript*

Shiel, M. P.
—*The Purple Cloud (La nube púrpura, Seix Barral, 1936)*

Shute, Nevil
—*On the Beach (La hora final, Plaza y Jannés, 1960)*

Simak, Clifford D.
—*Cemetery World*

Smith, Mitchell
—*Snowfall (et seq.)*

Stewart, George
—*Earth Abides (La Tierra permanece, Minotauro, 1962)*

Stirling, S. M.
—*Dies the Fire (et seq.)*

Swanwick, Michael
—*In the Drift (En la deriva, Ediciones Júcar, 1990)*

Taylor, Justin (ed.)
—*The Apocalypse Reader*

Tucker, Wilson

—*The Long Loud Silence (El clamor del silencio, Gaviota, 1986)*
—*The Year of the Quiet Sun (El año del sol tranquilo, Martínez Roca, 1983)*
—*Ice and Iron*

Van Pelt, James

—*Summer of the Apocalypse*

Varley, John

—*Millennium*

Vaughan, Brian K.

—*Y: The Last Man (et seq.)*

Wells, Catherine

—*The Earth Is All That Lasts (et seq.)*

—*Mother Grimm*

Wilhelm, Kate

—*Where Late the Sweet Birds Sang** (*Donde solían cantar los dulces pájaros, Bruguera, 1979*)

Williams, Walter Jon

—*The Rift*

Wright, S. Fowler

—*Deluge*

—*Dawn (Amanecer, Diana, 1955)*

Wylie, Philip

—*Tomorrow!*

—*Triumph*

Wylie, Philip & Edwin Balmer

—*When Worlds Collide (Cuando chocan los mundos, Vértice, 1964)*

—*After Worlds Collide*

Wyndham, John

—*The Chrysalis (Las crisálidas, Minotauro, 1956)*

—*The Day of the Triffids (El día de los Trífidos, Minotauro, 1956)*

Zelazny, Roger

—*Damnation Alley (El callejón de la muerte, Nueva Dimensión 99, 1978)*

AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quiero expresar mi más sincera gratitud y reconocimiento al editor de *F&SF* Gordon Van Gelder, que me ayudó a realizar el sueño de tener un trabajo en el que se me paga por leer todo el día, pero más aún, él me introdujo en este campo que tanto amo, me enseñó todo lo que sé sobre la edición y me brindó la oportunidad de realizar otros proyectos editoriales como este, a pesar de que hubiera sido totalmente razonable por su parte no hacerlo. Verdaderamente, si no hubiera contado con su tutela y amabilidad, este libro no hubiera sido posible. Gracias, jefe.

Otros agradecimientos van dirigidos:

A Jeremiah Tolbert, por nuestros años de amistad y nuestras numerosas sesiones de chat en línea a altas horas de la noche (que probablemente son responsables de forma indirecta de esta antología). Además, es tan amable de alojar mi página Web y blog en su servidor, y es responsable del diseño de la genial página Web de *Paisajes del Apocalipsis* (johnjosephadams.com/wastelands), que creó desde los cimientos para mí. Gracias por todo, hermano.

A la Superagente Jenny Rappaport, que creyó en este proyecto desde el primer momento en que lo mencioné y lo vendió no sólo a un mercado grande, sino además en un tiempo récord.

A Jason Williams y Jeremy Lassen de Night Shade Books, por arriesgarse con un antólogo primerizo y por todo su apoyo a este libro.

A Daniel Kvasznicza por la estelar ilustración de portada, a Michael Fusco por el elegante diseño, y a Marty Halpern por su experimentada corrección del texto.

A los creadores de los videojuegos *Wasteland* y *Fallout*, por las horas y más horas de divertidos mutantes y maleantes peleando en desolados páramos desiertos abrasados por el sol y por avivar mi pasión por este subgénero. Agradecimientos indirectos a Jared Braddock, mi amigo y frecuente compañero post-apocalíptico que siempre ha estado dispuesto a cargar junto a mí en la batalla, con su AK-47 en modo automático.

A Liz Holliday, por comprar mi artículo sobre la ciencia ficción post-apocalíptica, a pesar de que la revista tuvo que cerrar antes de que pudiera publicarlo, y a *Internet Review of Science Fiction* (www.irosf.com) por publicarlo (o digitalizarlo, en realidad); fue este artículo el que me hizo evolucionar y pasar de ser simplemente un furibundo aficionado al subgénero a convertirme en un experto.

A Ellen Datlow, cuyos consejos sobre la edición de antologías (para este y para otros proyectos) ha sido inestimable durante muchos años.

A todos mis amigos, colegas y amables extraños que me ayudaron a avanzar en el proceso editorial... leyendo borradores, sugiriendo relatos, solicitando derechos, etc.: Kathleen Bellamy, Douglas Cohen, Marsha DeFilippo, Charles Coleman Finlay, Vaughne Lee Hansen, David Barr Kirtley, Chris Lotts, Carol Pinchefskey, Claire Reilly-Shapiro, Betty Russo, Bill Schafer, Amy Tibbetts, Alex Wilson, y cualquier

otra persona que pudiera haber olvidado.

Y finalmente, a todos los autores que me permitieron publicar sus relatos en esta antología; esto sin duda no hubiera sido posible sin todos vosotros.

Agradecimientos por permisos de impresión

«Savage» © 1986 Orson Scott Card. Originalmente publicado en *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, Febrero, 1986. Reimpreso con permiso del autor.

«People of Sand and Slag» © 2004 Paolo Bacigalupi. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, Febrero 2004. Reimpreso con permiso del autor.

«Bread and Bombs» © 2003 M. Rickert. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, Abril, 2003. Reimpreso con permiso del autor.

«How We Got In Town and Out Again» © 1996 Jonathan Lethem. Originalmente publicado en *Asimov's Science Fiction*, Septiembre 1996. Reimpreso con permiso del autor.

«Dark, Dark Were the Tunnels» © 1973 George R. R. Martin. Originalmente publicado en *Vertex*, Diciembre, 1973. Reimpreso con permiso del autor.

«Waiting for the Zephyr» © 2002 Tobias S. Buckell. Originalmente publicado en *Land/Space*, 2002, Reimpreso con permiso del autor.

«Never Despair» Jack McDevitt © 1997 Cryptic, Inc. Originalmente publicado en *Asimov's Science Fiction*, Abril, 1997. Reimpreso con permiso del autor.

«When Sysadmins Ruled the Earth» © 2006 Cory Doctorow. Originalmente publicado en *Jim Baen's Universe*, Agosto, 2006. Reimpreso con permiso del autor.

«The Last of the O-Forms» © 2002 James Van Pelt. Originalmente publicado en *Asimov's Science Fiction*, Septiembre, 2002. Reimpreso con permiso del autor.

«Still Life With Apocalypse» © 2002 Richard Kadrey. Originalmente publicado en *The Infinite Matrix*, Mayo 29, 2002. Reimpreso con permiso del autor.

«Artie's Angels» © 2001 Catherine Wells Dimenstein. Originalmente publicado en *Realms of Fantasy*, Diciembre, 2001. Reimpreso con permiso del autor.

«Judgment Passed» © 2008 Jerry Oltion. Publicado por primera vez en este volumen.

«Mute» © 2002 Gene Wolfe. Originalmente publicado en 2002 *World Horror Convention Program Book*. Reimpreso con permiso del autor y los agentes del autor, the Virginia Kidd Agency.

«Inertia» © 1990 Nancy Kress. Originalmente publicado en *Analog Science Fiction ÓFact*, Enero 1990. Reimpreso con permiso del autor.

«And the Deep Blue Sea» © 2005 Elizabeth Bear. Originalmente publicado en *SCI FICTION*, Mayo 4, 2005. Reimpreso con permiso del autor.

«Speech Sounds» © 1983 Octavia E. Butler. Originalmente publicado en *Asimov's Science Fiction*, mediados Diciembre, 1983. Reimpreso con el permiso de los herederos de Octavia E. Butler.

«Killers» © 2006 Carol Emshwiller. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, Octubre/Noviembre, 2006. Reimpreso con permiso del autor.

«Ginny Sweethipsy Flying Circus» ©1988 Neal Barrett, jr. Originalmente publicado en *Asimov's Science Fiction*, Febrero, 1988. Reimpreso con permiso del autor.

«The End of the World as We Know It» © 2004 Dale Bailey. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, Octubre/Noviembre, 2004. Reimpreso con permiso del autor.

«A Song Before Sunset» © 1976 David Rowland Grigg. Originalmente publicado en *Beyond Tomorrow*, 1976. Reimpreso con permiso del autor.

«Episode Seven: Last Stand Against the Pack in the Kingdom of the Purple Flowers» © 2007 John Langan. Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, Septiembre, 2007. Reimpreso con permiso del autor.

Nota sobre el editor

John Joseph Adams —llamado «el rey reinante del mundo de las antologías» por Barnes & Noble.com— ha sido asistente de editor de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, y fue el editor invitado del número monográfico sobre piratas en la revista *Shimmer*. Ha escrito críticas para *Kirkus Reviews*, *Publishers Weekly* y *Orson Scott Card's Intergalactic Medicine Show*, y es el corresponsal de noticias de *SCI FI Wire* (el servicio de noticias del SCI FI Channel). Su obra de no ficción también ha aparecido en: *Amazing Stories*, *The Internet Review of Science Fiction*, *Locus Magazine*, *Novel & Short Story Writers Market*, *Science Fiction Weekly*, *Shimmer*, *Strange Horizons*, *Subterranean Magazine*, y *Writer's Digest*.

Es editor de un buen número de antologías, entre las que destacan: *Brave New Worlds*, *The Living Dead*, *By Blood We Live*, *Federations*, *The Improbable Adventures of Sherlock Holmes*, *The Way of the Wizard* y Otras.

En el 2011 fue finalista de dos premios Hugo y dos World Fantasy. En la actualidad es editor de *Fantasy Magazine* y *Lightspeed Magazine*.

www.johnjosephadams.com

Nota sobre el editor

John Joseph Adams —llamado «el rey reinante del mundo de las antologías» por Barnes & Noble.com— ha sido asistente de editor de *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, y fue el editor invitado del número monográfico sobre piratas en la revista *Shimmer*. Ha escrito críticas para *Kirkus Reviews*, *Publishers Weekly* y *Orson Scott Card's Intergalactic Medicine Show*, y es el corresponsal de noticias de *SCI FI Wire* (el servicio de noticias del SCI FI Channel). Su obra de no ficción también ha aparecido en: *Amazing Stories*, *The Internet Review of Science Fiction*, *Locus Magazine*, *Novel & Short Story Writers Market*, *Science Fiction Weekly*, *Shimmer*, *Strange Horizons*, *Subterranean Magazine*, y *Writer's Digest*.

Es editor de un buen número de antologías, entre las que destacan: *Brave New Worlds*, *The Living Dead*, *By Blood We Live*, *Federations*, *The Improbable Adventures of Sherlock Holmes*, *The Way of the Wizard* y Otras.

En el 2011 fue finalista de dos premios Hugo y dos World Fantasy. En la actualidad es editor de *Fantasy Magazine* y *Lightspeed Magazine*.

www.johnjosephadams.com



Notas

[1] *Wastelands*, se publicó en el 2008, de modo que estas breves notas biográficas sobre los autores han quedado necesariamente desfasadas en cuatro años. Hemos preferido no modificarlas, dada la imposibilidad de mantenerlas actualizadas permanentemente. El lector interesado encontrará información actualizada sobre todos ellos en Internet, y especialmente para las publicaciones de género en nuestro país recomendamos *La Tercera Fundación* (www.tercerafundacion.net). <<

[2] *Rye*: en inglés, también significa «centeno». (N. de la T.) <<

[3] Juego de palabras intraducible, con el término *rain* (lluvia), y el diminutivo del nombre propio Lorraine. De ahí la broma de que Rain inundó el lago. (N. de la T.) <<

[4] *Weevil*: es un coleóptero polífago, conocido comúnmente como gorgojo, picudo o minador. (N. de la T.) <<

[5] *BGP: Border Gateway Protocol*; protocolo o conjunto de reglas que controlan o permiten la comunicación entre equipos en red. (N. de la T.) <<

[6] *UPS: Uninterruptible Power Supply*; sistema de energía ininterrumpida. (N. de la T.) <<

[7] *Gold Master*: en la industria informática, programa de ordenador listo para su lanzamiento. (N. de la T.) <<

[8] *DNS: Domain Name System*: sistema de resolución de nombres que funciona sobre una base de datos distribuida y que permite que cualquier sistema conectado a Internet o a una red informática privada pueda obtener información de los nombres de dominio. (N. de la T.) <<

[9] *Lusers*: contracción del inglés entre *loser* (perdedor) y *user* (usuario); forma despectiva de referirse al usuario común sin muchos conocimientos informáticos. (N. de la T.) <<

[10] *BOFHs: Bastard Opemtors From Hell*, o Infames Administradores del Demonio, y que se caracterizan por descargar todas sus iras contra los *lusers*. (N. de la T.) <<

[11] *NIST: National Institute of Standards and Technology.* (N. de la T.) <<

[12] *Bugtraq*: lista de correo electrónico dedicada a temas de seguridad informática.
(N. de la T.) <<

[13] Se trata de un juego de palabras con la expresión «Talk dirty to me» (dime cosas guarras), en la que se sustituye «dirty» por «nerdy». Un «nerd» viene a ser un friqui informático. (N. de la T.) <<

[14] Hace referencia al atentado contra el Archiduque Francisco Fernando de Austria que propició el inicio de la I Guerra Mundial. (N. de la T.) <<

[15] Ataque DoS: Denial-of-Service, o denegación de servicio; mediante saturación de los puertos y sobrecarga del servidor, se impide que un recurso de Internet esté disponible para los usuarios legítimos. (N. de la T.) <<

[16] Jerarquía alt. : clase mayor de los grupos de noticias en Usenet, contiene todos los grupos cuyo nombre comienza por alt. organizados jerárquicamente y no por temas o tipos de grupo. (N. de la T.) <<

[17] Googleplexz oficinas centrales de Google. (N. de la T.) <<

[18] EBU: European Broadcasting Union (Unión Europea de Radiodifusión). (N. de la T.) <<

[19] Flames: mensajes deliberadamente hostiles o insultantes enviados sin ningún propósito constructivo. (N. de la T.) <<

[20] Grand Poobah: es el célebre personaje de la opereta de Gilbert and Sullivan, *The Mikado* (1885). En la opereta Poobah posee numerosos cargos de relevancia, entre los que se incluyen «Primer Lord del Tesoro», «Presidente del Tribunal Supremo», «Lord Gran Almirante», «Novio de las Escaleras de Servicio», «Arzobispo de Tiripu» y «Lord Alto de Todo lo Demás». El nombre ha llegado a usarse para referirse a alguien con aires de importancia o alcurnia, o que posee una autoridad muy limitada pero impresionantes títulos.

Este término también fue utilizado en el show de «Los Picapiedra». Pedro Picapiedra y su amigo Pablo Mármol eran miembros de la Leal Orden de los Búfalos de Agua, Logia 26. Un puesto de alto rango por voto dentro de esta organización era el Gran Poobah o Gran Poobah Imperial. (Wikipedia) (N. de la T.) <<

[21] Un Wiki o una wiki (del hawaiano Wiki, «rápido») es un sitio web cuyas páginas pueden ser editadas por múltiples voluntarios a través del navegador web. (N. de la T.) <<

[22] USGS: U.S. Geological Survey (Servicio Geológico de los EE.UU. (N. de la T.)

<<

[23] 6.9: versión del software de Google de descarga de mapas vías satélite. (N. de la T.) <<

[24] En el original «fuckrags»; trapo con el que se limpia el semen tras la masturbación; también se utiliza como insulto a las mujeres. (N. de la T.) <<

[25] gtg: I got to go, tengo que irme. (N. de la T.) <<

[26] Backbone (columna vertebral): Conexión de alta velocidad que conecta equipos encargados de intercambiar grandes volúmenes de información. Los *backbones* conectan ciudades, o países, y constituyen la estructura fundamental de las redes de comunicación. (N. de la T.) <<

[27] Microsoft Certified Engineer. (N. de la T.) <<

[28] DSLAM: Un DSLAM (Digital Subscriber Line Access Multiplexer) es un dispositivo, normalmente en una central de telefonía, que recibe señales de múltiples conexiones DSL (Digital Subscriber Line). (N. de la T.) <<

[29] Swap: del inglés «intercambiar». El swap o espacio de intercambio es una zona del disco (un fichero o partición) que se usa para guardar las imágenes de los procesos que no han de mantenerse en memoria física. (N. de la T.) <<

[30] Weenix: término despectivo para referirse al sistema operativo Unix. «Wee» significa, «pis», «orina». (N. de la T.) <<

[31] Noob: forma corta de *newbie*, novato. (N. de la T.) <<

[32] esl: edad/sexo/lugar (asl en el original en inglés: age/sex/location). (N. de la T.)

<<

[33] NFW: siglas de «No Fucking Way», de uso común en internet, y que significa «Ni de coña». (N. de la T.) <<

[34] Sterno: marca de «canned heat» (calor enlatado); combustible compuesto de etanol y de alcohol gelatinoso. (N. de la T.) <<

[35] NORAD: acrónimo de North American Aerospace Defense Command (Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial). (N. de la T.) <<

[36] *Sparks*: en inglés, chispas, destellos. También hace referencia al suburbio de Reno (N. de la T.) <<

[37] Connie: diminutivo del modelo Concours de Kawasaki. (N. de la T.) <<

[38] Rhyolite: despoblado del condado de Nye, Nevada, Estados Unidos. La ciudad surgió a inicios del siglo xx y su decaimiento se inició como consecuencia del pánico financiero de 1907. (N. de la T.) <<

[39] Goldfield: ciudad en el Condado de Esmeralda, Nevada. Su origen data de principios del siglo xx cuando acudieron multitud de personas para trabajar en las minas de la zona, su apogeo fue durante 1906 con 30.000 personas censadas, pero en 1910 ya sólo quedaban cuatro mil almas. (N. de la T.) <<

[40] La doctrina del arrebatamiento, llamada a veces arrebatamiento de la Iglesia o rpto (si bien no se encuentra con esa palabra en las traducciones al castellano de la Biblia), es resultado de ciertas interpretaciones de la escatología cristiana que hace referencia a la ascensión a los cielos dada por Jesucristo a sus discípulos tras su prometida Segunda Venida, momento en el cual Jesús rescataría a los salvados o escogidos, llevándolos a los cielos (para algunos la Nueva Jerusalén) junto a los resucitados.

Generalmente adoptan esta doctrina las corrientes milenaristas como Cristianos Evangélicos, Bautistas, Pentecostales, etc. (Wikipedia). (N. de la T.) <<